EVA AMUEDO

EL DÁRICO GRIS

El despertar de Osharan I

OBSCURA editorial

OBSCURO, –RA

(oβs'kuro, -ra)

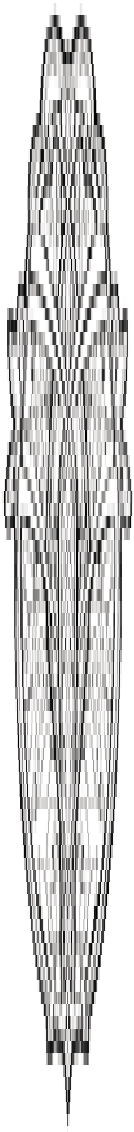
Incierto/a, de modo que infunde temor, inseguridad o desconfianza. Desconocido/a, mal conocido/a o misterioso/a.

EL DÁRICO GRIS

EL DÁRICO GRIS

El despertar de Osharan

Libro primero



Eva Amuedo

© 2022, Eva Amuedo
© 2022, Obscura Editorial, S.L.
Avinguda d'Esplugues, 77. 08034 Barcelona
© 2022, Laia Baldevey, por la ilustración de cubierta

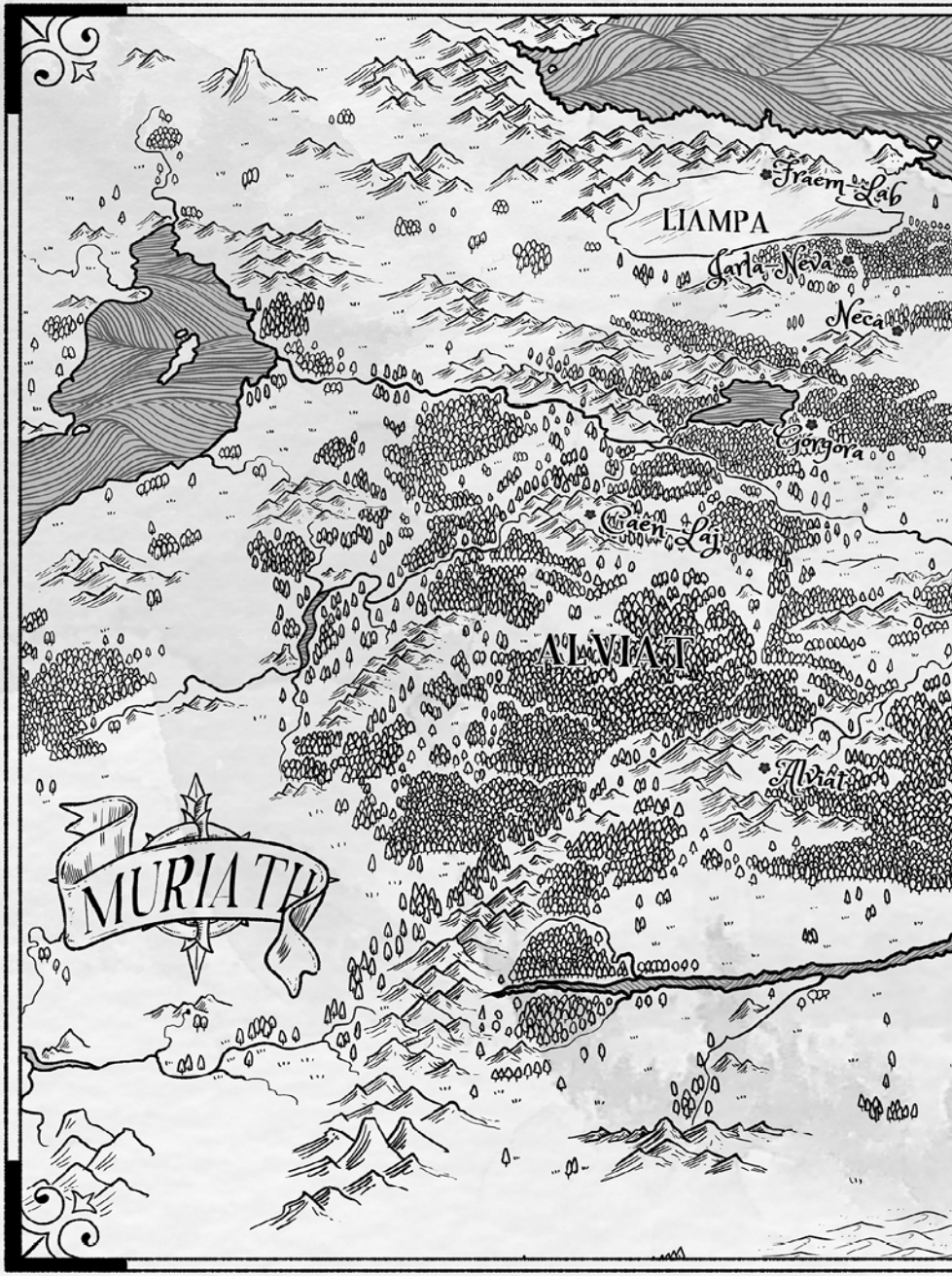
Primera edición: mayo de 2022

Edición de texto: Roser Vales i Abenoza
Ilustración del mapa de Muriath: Pablo Uría Díez
Fotografía de la autora: Amparo Benzal
Composición de cubierta: Marc Vilaplana
Corrección: Obscura Editorial y Àlex López
Realización: La Letra, S.L.

Todos los derechos reservados. Agradecemos que haya comprado una edición autorizada de esta obra. De acuerdo con las leyes de *copyright*, esta publicación no puede ser reproducida ni distribuida, ni total ni parcialmente, del mismo modo que se prohíben cualquier tipo de reproducción y comunicación pública de la misma sin el consentimiento previo por escrito del titular o titulares.
En caso de necesitar fotocopiar o escanear un fragmento de esta obra, diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org).

ISBN DIGITAL: 978-84-124734-6-9
ISBN: 978-84-123827-8-5
Depósito legal: B. 1488-2022

A mi padre,
que se marchó demasiado pronto,
y cuyo recuerdo permanecerá escondido en estas páginas


Fraem Lab
LIAMPA
Sarla Néva
Neca
Jorgora
Craen Laj
ALVIAT
Alviat
MURIATH

ÍNDICE

Créditos
Dedicatoria
Mapa
Prefacio

PRIMERA PARTE

Asthaluss
Muriath
Haven
Sol-Naem
Górgora
Laen'dah

SEGUNDA PARTE

Górgora
Montañas Avíseas
Górgora
Marial-Pat
Górgora
Marial-Pat
Górgora
Shavara
Marial-Pat
Jarla-Neva
Górgora
Marial-Pat
Jarla-Neva
Las Óleas
Atasia
Llanura de Liampa
Fraem-Lab

Atasia
Laen'dah

TERCERA PARTE

Fraem-Lab
Marial-Pat
Fraem-Lab
Neca
Fraem-Lab
Edmoden
Fraem-Lab
Liampa
Fraem-Lab
El Hicama
Montañas Avíseas
Fraem-Lab

Epílogo
Agradecimientos
Hijos de muriath
Glosario

PREFACIO

El sueño era distinto, desconcertante. Un sueño extraño. Nunca se había encontrado en uno de esa forma: él solo los soñaba, jamás los vivía desde dentro. Sentía un hormigueo en la nuca, y una vocecilla casi inaudible susurraba en su oído como guiándolo. Hacía rato que había decidido ignorarla, pues el sueño había atrapado sus sentidos por completo. Se abrió paso entre la gente arrodillada, caminando a través de la muchedumbre como si de un cúmulo de bruma se tratase. Nadie parecía notar su presencia; ni siquiera pestañeaban cuando los rozaba con su halo fantasmal.

La gente murmuraba al unísono, entonando un rezo. No se detuvo; ansiaba conocer el origen de semejante ovación, llegar hasta el punto al que se dirigían aquellas miradas cargadas de esperanza y de agradecimiento. Sus voces, antes susurrantes, se apagaron dejando el pueblo sumido en el más absoluto silencio.

Todas y cada una de las abarrotadas calles de Jarla-Neva convergían en la plaza. Extendió la mano una vez hubo alcanzado el puente de piedra y trató de acariciar las florecillas blancas que crecían entre las grietas. Las atravesó y fue entonces cuando reparó en que presenciaba su sueño de manera incorpórea.

La luz del atardecer del nuevo otoño cabalgaba sobre las montañas, despidiendo el verano. A pesar de no tener un cuerpo tangible, pudo sentir el frescor de la brisa sobre su piel.

Entró en la plaza y entonces lo vio: el origen de aquel rezo común, el motivo por el que cientos de hombres, mujeres y niños, se habían congregado y permanecían arrodillados. Una imponente figura se alzaba de espaldas a todos ellos. Portaba una corona cuidadosamente colocada sobre el cabello oscuro. No pudo ver su rostro, pues el hombre contemplaba absorto una estatua de casi cuatro metros de altura, elaborada en bronce. La precisión de los rasgos tallados en el metal lo sobrecogió, y la mirada que la estatua le devolvía, bondadosa y fiera a la vez, le provocó escalofríos; parecía dispuesta a impartir justicia. Su postura era solemne: con las manos apoyadas en el pomo de la espada de hoja curva, dejaba reposar la punta en el suelo.

No cabía dudas: era él.

«El dárico gris».

Examinó una vez más los rostros de las personas que permanecían allí: reflejaban

la más profunda admiración. ¿Quién era el dárico para ellos? ¿Qué había hecho para merecer tal glorificación? Supo enseguida que el Jarla-Neva que estaba contemplando pertenecía a un tiempo futuro, uno tan lejano que sospechaba que él no llegaría a vislumbrarlo. Y no era de extrañar, pues la vida de los dáricos era mucho más longeva que la de los humanos. Sintió envidia y deseó compartir aquel legado, comprender qué podía llegar a acontecer para que cientos de humanos idolatrasen a un dárico.

El hombre de la corona comenzó a volver el rostro: iba a encarar la audiencia, quizás para dar un discurso. Supo que debía ser el tan ansiado rey. Después de todo, lo habían encontrado. ¿Cuánto pesar padecerían en su búsqueda? ¿Cuántas muertes bastarían? ¿Cientos? ¿Miles? Deseaba escuchar lo que el rey tenía que decir, así que permaneció inmóvil, a la espera. Un estremecimiento recorrió su cuerpo al contemplar la figura del rey frente a la colosal estatua del dárico. Tuvo la sensación de haber hallado la respuesta a algo importante, pero era incapaz de saber con certeza de qué se trataba.

El sueño comenzó a desvanecerse. ¡No! No quería irse todavía... Sintió que sus ojos se humedecían.

Al despertar, quedó largo tiempo contemplando el techo de su estancia. Oía el arrullo del agua, el canto de las aves y el sonido ronco de una voz que lo llamaba desde el otro lado de la puerta, pero era incapaz de moverse. Tan solo podía pensar en la imagen de aquella estatua de bronce.

Su poder era incomparable, sus sueños se cumplían. Siempre. Y, sin embargo, no lograba adivinar si esa visión en particular se volvería realidad. Sentía punzadas detrás de los ojos, y un hormigueo en la nuca se negaba a abandonarlo.

La realidad de lo que acababa de suceder cayó de pronto sobre él como una losa: alguien había entrado en su mente. Alguien había depositado aquel sueño en ella.

Riaku palideció.

Primera parte

Asthaluss

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y se apartó el flequillo, mal cortado, de la frente. Sintió el sabor húmedo y salado en los labios y se dijo que era suficiente. Dejó el libro en la balaustrada de ladrillo sobre la que estaba sentada y le dio un sorbo a la cerveza. Estaba muy fría y los dientes le pincharon. «Necesito beber algo más fuerte», pensó, «quizás un poco de tequila». Las piernas le colgaban sobre el vacío, muy por encima de las calles abarrotadas de gente. La ciudad era un hervidero de luces y sonidos, los coches circulaban sin descanso, ignorando la tormenta que se acercaba. Comenzó a llover, con timidez, pero las primeras gotas ya le empaparon el rostro. ¿Seguía llorando? ¿O era solo lluvia? Cogió de nuevo el libro para poner fin a su ritual de cumpleaños, obligándose a leer todas las páginas hasta el final. Las últimas palabras la estrangularon y quemaron por dentro. Sí, definitivamente necesitaba unos cuantos tequilas.

> No siempre somos lo que soñamos y no siempre conseguimos lo que nos proponemos. Pero tú, Alhanna, lo harás. Gobernarás el mundo. Cuando tu cuerpo arda y tus ojos se vuelvan oscuros, toda criatura se postrará ante ti. Lo he visto en mis sueños, te he visto alzarte ante ellos. Recuerda mis palabras, que han de cumplirse, y no olvides que yo decidí mi destino mucho antes de saber tu nombre o ver tu rostro. Escogí el camino de la muerte para concederte la vida. Jamás lo olvides, a pesar de lo que digan los demás. He cerrado los ojos y en mis sueños he visto en qué te convertirás.
>
> Gobiérnalos, Alhanna.

Alhanna cerró el viejo libro de golpe, pensando en las últimas palabras escritas por su madre. Pasó la yema de los dedos por su cubierta de piel desgastada y cálida, acariciándola. Lo acercó a su cuerpo y trató de cubrirlo con la chaqueta de cuero para que no se mojara. Lloraba de nuevo sin poder controlarse. Cerró los ojos y dejó las lágrimas correr, cubriéndose la boca con las manos para tratar de ahogar sus gemidos. Grandes oleadas de tristeza la golpeaban hasta provocarle punzadas en todo el cuerpo. Gritó en silencio, de rabia y de impotencia. Deseó que todo hubiese sido diferente. «Si ella no hubiese muerto, yo no estaría aquí hoy». Eso era cierto, pero ¿por qué había de sentirse culpable por su sacrificio?

Levantó la cabeza y dejó que el agua refrescara su rostro acalorado. Necesitaba ocupar su mente con otros asuntos, a poder ser, menos dolorosos.

Pensó en Sabrina. ¿Cómo iba a decirle que lo suyo había terminado? Nunca debió permitir que su relación llegase tan lejos. Alhanna jamás la había amado, estaba con ella para escapar de su soledad. Siempre había sentido un gran vacío en su interior, incluso de niña. Era incapaz de querer a otras personas, no lograba empatizar con nadie.

Trazó un plan de lo que haría cuando llegara la mañana, porque algo tenía que hacer: la policía no tardaría en llamar a su puerta, y no estaba dispuesta a dejarse atrapar. Y su padre... Bueno, él era el menor de sus problemas.

Volvió a centrarse en el libro que guardaba con celo, intentando comprender cómo debieron de ser los últimos días de su madre, cómo la enfermedad trastornó su mente hasta hacerle confundir realidad y fantasía. Eso fue lo que la condujo a escribir historias inverosímiles en las que creía ciegamente. Su familia intentó salvarla, pero la locura fue más fuerte.

Veinticinco páginas llenas de palabras y frases que formaban pequeñas historias escritas con tinta azul. Era todo cuanto le había dejado. Leía esos enigmas y era incapaz de darles sentido. Si alguna vez, siendo niña, intentó comprenderlos, su precipitada madurez había desmantelado todas esas ideas. Su madre hablaba de lugares y personas que no existían, describía un cielo nocturno con dos lunas y momentos que era imposible que hubiera podido vivir.

Alhanna cumplía veintiún años que ya le pesaban en el alma. Sentada de aquella forma, observando desde semejante altura, se sentía como en casa, reconfortada. Las lágrimas habían cesado. Las luces intermitentes, el ruido, los coches que recorrían las calles, el humo... Todo se mezclaba en un aura que la fascinaba. Jamás se había imaginado viviendo en otro lugar, lejos de su hermosa urbe, de los viejos edificios y los rascacielos. No le había resultado sencillo construir su vida hasta darle una forma con la que se sintiese a gusto, y ahora todo aquel trabajo se estaba desmoronando mientras leía y tomaba cerveza. ¿Hasta cuándo duraría? ¿Hasta el amanecer, quizás?

Sintió una profunda sensación de vacío. «Mañana todo cambiará, de un modo u otro». La cárcel no era para ella, así que debía tomar una decisión antes de que fueran a buscarla.

—¡Eh! ¡Chica del cumpleaños! —Sabrina gritaba desde la ventana de su apartamento—. ¡Vamos a cortar la tarta sin ti! ¡Baja, antisocial!

—¡Voy! —Usó sus manos para simular un altavoz.

Sus amigos parecían no tener intención de marcharse. No tenían ni idea de lo que había sucedido horas antes en una cafetería del centro. Alhanna los quería como coartada, pero no estaba segura de si iba a funcionar.

Pobre Sabrina. Estaba segura de que ella sería la única en lamentarlo.

Dio un último trago a su cerveza y bajó de la balaustrada de un salto. Las cadenas de los vaqueros tintinearon contra sus muslos. Al mirar hacia la puerta de la azotea

sintió que la cabeza empezaba a darle vueltas, y cerró los ojos. Quizás había bebido demasiado, quizás fuera el cansancio. Aguardó unos instantes y, más calmada, caminó hacia la puerta. De repente, notó que el suelo temblaba. Se quedó inmóvil. Algo brillaba en el cielo, justo sobre su cabeza. Con el ceño fruncido, miró hacia el origen de la luz y se apartó el pelo de la cara.

Una fina línea de fuego bajaba directamente hacia ella. Alhanna no podía moverse. El fuego la rodeó formando un círculo, un anillo llameante que giraba lentamente y calentaba su piel con una dulzura extraña. Alargó la mano para tocarlo y el anillo se cerró, aprisionando sus brazos, pero sin quemarlos. Los sonidos de la ciudad le llegaban amortiguados, como si estuviese sumergida bajo el agua. Se oyó un grito atronador que la aterrorizó. Giró sobre sí misma en todas direcciones para comprobar de dónde había salido. Se levantó una suave brisa que parecía transportar sonidos de lo más singulares, palabras sin sentido y gritos de angustia. Una voz masculina, potente y atronadora, hablaba en un idioma que desconocía. El suelo empezó a vibrar con más intensidad bajo sus pies. Un ensordecedor estruendo le produjo un intenso dolor en los oídos. Durante unos instantes, solo oyó un pitido continuo, hasta que, poco a poco, otros muchos sonidos la invadieron: gritos, chasquidos, golpes, un repiqueteo metálico y, de nuevo, aquella voz. Abrió los ojos y una espada atravesó su vientre.

En solo un instante, apenas un pestañeo, todo su entorno cambió de forma drástica. El fuego todavía danzaba a su alrededor, aunque escaso y mortecino. Ahora ante ella se encontraba una especie de guerrero enorme que yacía de rodillas en el suelo, cubierto con una armadura y con el brazo alzado, como si intentara protegerse de un golpe inminente, sin duda de la espada que acababa de atravesarla a ella desde atrás.

La joven miró hacia abajo, asustada. Notó el sabor de la sangre, y un frío atroz la envolvió haciendo que su cuerpo se convulsionara. Vio el líquido escarlata escurrirse por la brillante hoja de acero. El dolor era espantoso. El guerrero bajó el brazo y se puso en pie. Era muy alto, y le resultó difícil levantar la cabeza para mirarlo a los ojos. Por un breve instante, este miró más allá de ella y habló. Alhanna supo que sus palabras iban dirigidas a quien seguía a su espalda, sosteniendo el arma que la había atravesado, sin la menor intención de extraerla de su cuerpo.

Se quitó el casco y una melena de un intenso color gris se derramó sobre sus hombros. Tenía unas facciones verdaderamente armoniosas. Alhanna lloraba. Lo miró a los ojos y sintió una profunda sensación de vértigo, un abismo bajo sus pies y, por un instante, el mundo pareció dar vueltas a su alrededor. No conocía el rostro impávido y robusto que parecía estar esculpido en mármol y que la observaba con intensidad. Por sus labios entreabiertos, observó unos dientes perfectamente alineados y dos colmillos de una longitud inusitada.

Alhanna sucumbió al dolor de la herida y se dejó caer al suelo, sin fuerzas y con

la espada todavía atravesándola. Una sensación febril recorrió su cuerpo, acentuando su sufrimiento. Era incapaz de apartar la mirada del rostro de aquel hombre. De pronto, él le dijo algo con un fuerte torrente de voz, pero Alhanna no entendió nada. El guerrero gritó de nuevo las mismas palabras, como si quisiera obligarla a comprender, pero hablaba un idioma desconocido.

Comenzó a sentir que aquella extraña realidad se desvanecía a su alrededor. Estaba en un bosque en llamas, podía oler la madera quemada y también algo más que apestaba de una manera nauseabunda. A su alrededor se movían muchos pies que se iban desdibujando. Escupió sangre y dejó de sentir. El fuego la rodeó de nuevo y a lo lejos le pareció oír la estridente voz del hombre de cabello gris. Esta vez entendió lo que decía: le pedía que regresara con él.

Cerró los ojos, y los gritos, chasquidos y golpes de metal cesaron. De nuevo, solo oía la lluvia por encima del rumor de la ciudad. Abrió los ojos. Estaba echada en la terraza. Había regresado a su realidad, pero la espada seguía clavada en su cuerpo. La terraza parecía distinta: el suelo no era el mismo, y el rosal estaba precioso, lleno de flores blancas. Había más macetas dispuestas en hilera, llenas de margaritas de distintos colores.

Le costaba mantener los ojos abiertos, el dolor era espantoso. Necesitaba ayuda, pero no era capaz de gritar para pedirla. Miró hacia la puerta cerrada, ahora de un intenso color rojo. ¿Quién la había pintado? ¿Cuándo? Su sangre se mezclaba con la lluvia y descendía por la pendiente de la terraza, en dirección al libro de su madre, que tenía a su lado. El reguero alcanzó una esquina y empezó a empapar las hojas del cuaderno. Quiso cogerlo, pero no logró moverse. Observó la espada; el acero de la hoja reflejaba las lu-ces de la ciudad. Quizás, si se incorporaba, lograría llegar hasta la puerta... Pero el cuerpo ya no le respondía. Sus ojos acuosos le mostraban imágenes borrosas y brillantes. «Debí tomarme el tequila cuando tuve la oportunidad», pensó.

Supo que iba a morir sin entender siquiera el cómo ni el por qué. Quiso tocar el libro, aferrarse a él como a un salvavidas. Las llamas lo envolvieron, y después a ella.

De nuevo, tuvo la leve conciencia de ser transportada. Era como si no tuviera cuerpo, como si la nada la hubiera consumido y solo quedase el silencio. Se entregó a la oscuridad.

Podía moverse, aunque mantenía los ojos cerrados por miedo. Sintió sus extremidades relajadas y fuertes; de pronto, ya no quedaba atisbo de dolor o cansancio en su cuerpo.

¿Dónde estaba? ¿Había muerto al fin?

No, eso era imposible; estaba segura de poder palpar cuanto la rodeaba, incluso de ponerse en pie. La espada había desaparecido, y también la herida en su abdomen, aunque tenía la camisa blanca rota y manchada de sangre.

—Alhanna —El dulce susurro ahogó el sonido sordo de su respiración

entrecortada y el bombeo de su corazón.

Abrió los ojos para abrazar la oscuridad. Alhanna se puso en pie de un salto, con los puños y los dientes apretados, sobre una superficie invisible.

—Alhaaannaaa... —Oyó tras ella. Se dio la vuelta.

Una diminuta esfera de luz apareció. Despacio, con la mirada fija en la luz, comenzó a caminar hacia el origen de aquella voz que pronunciaba su nombre con suavidad y calidez. La esfera no debía de ser más grande que una manzana. Alzó su mano derecha, temblorosa, para tocarla.

La esfera de luz se agitó, la rodeó y se instaló a su espalda, dejándola de nuevo ante la oscuridad.

—Alhanna...

La voz sonó más firme y aguda y todo su cuerpo vibró. Sintió un escalofrío que le recorrió la columna vertebral. La esfera cayó a sus pies y, formando una espiral, comenzó a expandirse, devorando la oscuridad y llenando de vida todo cuanto la rodeaba.

Se abrió ante ella un mundo que, pese a antojársele nuevo, sabía que no lo era, pues reconocía cada rincón de aquel sueño: la playa de arena oscura que se extendía hasta perder la vista, bañada por los rayos del sol, las olas acariciando las rocas esparcidas por la orilla, desordenadas, como si un niño las hubiese lanzado; era el mismo acantilado que limitaba a su espalda como el final de un cuadro, formando una línea imperfecta con el cielo brumoso. Había visto aquel lugar cientos de veces, quizás miles. Iba a esa playa cuando soñaba, cuando deseaba ver el rostro de su madre muerta. Porque ella siempre aparecía, observando el horizonte desde la orilla.

—Alhanna... —El susurro arrancó un gemido en la joven.

Dio una vuelta sobre sí misma, despacio, buscando el origen de la voz, y todo su entorno giró con ella. Vio haces borrosos en derredor y tuvo que cerrar los ojos para evitar marearse. Al abrirlos, la vio: en la orilla estaba su madre, mirándola con sus enormes ojos castaños. Alhanna contuvo el aliento; era como ver una vieja fotografía en movimiento. La mujer comenzó a caminar en su dirección; su cabello, largo hasta media espalda y ondulado, danzaba sobre su esbelta figura. Iba vestida con un traje gris que se ajustaba a su cintura de avispa, con mangas bordadas con pequeñas flores blancas. Nada se movía salvo la ligera tela de su falda, que se agitaba entre sus piernas. La habría abrazado si hubiera sabido cómo hacerlo. Mentiría si dijera que no había imaginado incontables veces que su madre vivía y estaba a su lado, que podía hablar con ella y recibir el amor que nadie había sido capaz de ofrecerle. Aunque nunca tuvo claro qué significaba amar, había ansiado que su madre hubiera vivido para quererla. La miró a los ojos. Era tal como la recordaba de las fotografías. Mientras trataba de pensar qué hacer y cómo comportarse su madre la alcanzó. Sus gruesos labios dibujaron una sonrisa extraña, casi torcida.

—Mamá. —La misma palabra le pareció ridícula, jamás había llegado a usarla. Intentó acariciar su rostro, pero solo atravesó una cortina de humo que recuperó la

forma de su madre tras apartar la mano de ella—. No eres real.

—Sí, lo somos.

Sus labios se movieron y numerosos sonidos salieron a la vez de aquella garganta hecha de humo; voces de hombres, mujeres y niños, todas entonadas al mismo tiempo, como si fuesen una sola entidad.

—Por fin has llegado. Sí... por fin —dijo su madre. Hizo una pausa para ladear la cabeza—. Te hemos estado esperando... Sí... esperando. A ti.

—¿Dón...? —Alhanna carraspeó para aclararse la voz—. ¿Dónde estoy? ¿Por qué estoy aquí? ¿Es un sueño? —Estaba jadeando—. Quiero irme a casa.

El cielo tronó anunciando tormenta. Comenzó a oscurecer y Alhanna notó una repentina pesadez en el cuerpo. Le faltaba el aire.

—Contesta, por favor —rogó la joven.

—Escucha. —Esta vez, la multitud de voces hablaron descompasadas, algunas en susurros, otras dando gritos. Unas pocas se quedaron mudas—. Hemos tomado esta forma y hemos elegido este lugar solo para ti.

Las olas rompían más fuerte contra el acantilado, y el cielo era una masa negruzca dispuesta a arrojar un aguacero. La mano de su madre le tocó el brazo, y el aire, que parecía salir de sus adentros, la golpeó con fuerza, haciéndola tambalear. La miró a los ojos: eran castaños, y pudo ver en su interior diminutas esferas brillantes que giraban alrededor del iris.

—¡¿Qué quieres de mí?!

—Queremos que nos lo traigas a él. Queremos a nuestro juez. Tú irás a buscarle. Por eso te necesitamos. —Hizo una larga pausa de nuevo—. Te devolveremos, te enviaremos a nuestro mundo hermano... Allí está nuestro juez, y debes traerlo.

—No entiendo nada. Solo quiero irme a casa, ¡por favor!

Cerró los ojos intentando aspirar una bocanada de oxígeno que llenara sus pulmones. La cabeza le daba vueltas, el aire de aquel extraño lugar era pesado y sentía sus pies hundirse cada vez más en la arena. La imagen de su madre sonrió levemente ladeando la cabeza, con ternura. Una breve sucesión de relámpagos iluminó la playa.

—¿Quién es el juez? —preguntó la joven con renuencia.

—Es nuestro juez, y también el de nuestro hermano. Pertenece a ambos, contiene nuestra esencia y la suya. Tú lo traerás. —El dolor aumentaba en su pecho y el sudor resbalaba por su frente; le resultaba difícil seguir escuchando aquel cúmulo de voces que hablaban con tanta lentitud—. Él juzgará... Sí... Juzgará a los humanos. Y decidirá si son culpables o inocentes. Debe juzgarlos y hacerlos desaparecer. Debe liberarnos de ellos, pues nos hacen padecer y enfermar.

Su madre levantó un brazo hacia ella, y aunque no llegó a tocar su cuello, Alhanna notó como lo aprisionaba, impidiéndole respirar.

—¡No! —Alhanna se arañaba el cuello inútilmente, intentando apartar la mano invisible que parecía estrangularla.

Su madre ya no la miraba con cariño. Las olas rompían con bravura en las rocas y

llegaban hasta ellas mojando sus pies.

—No te queda tiempo... Te desvaneces, pronto ya no estarás aquí, ni en ninguna parte. Así lo queremos. Traerás a nuestro juez.

Bajó el brazo y Alhanna respiró profundamente, intentando recuperar el aliento. Deseó lanzarse contra su madre y golpearla hasta quedarse satisfecha, pero al mirarla a los ojos, el miedo volvió a interrumpir su ira.

—¿Cómo lo encontraré?

—Él te hallará a ti.

Su mano, pálida y fría como el hielo, agarró la de Alhanna, rodeó su muñeca con los finos dedos y, alargando las uñas, las hundió en su carne. La joven gritó soltando el poco aire que le quedaba y arqueando la espalda hacia delante, hasta caer de rodillas. La presión no disminuyó; levantó la cabeza y observó su mano, asustada. Gritó de nuevo cuando el fuego salió de la herida, pequeñas hebras rojas y naranjas que comenzaron a trazar señales en su piel, abrasando la carne y dejando a su paso una cicatriz negra, como un tatuaje.

El fuego avanzó por su antebrazo, rodeándole el bíceps y subiendo por su hombro derecho, descendió lentamente por su pecho en diagonal hacia el lado izquierdo de su cadera; cruzó el abdomen por debajo del ombligo y, cogiendo más velocidad, recorrió la pierna derecha, rodeando el muslo y el gemelo hasta terminar en el dedo pequeño del pie. Alhanna fue incapaz de dejar de gritar.

De rodillas, observó la cicatriz en su cuerpo, aquel raro tatuaje. Parecían letras formando líneas redondeadas con trazos perfectos y hermosos, una palabra unida a otra. Jamás había visto aquella escritura.

—¿Quién eres? —preguntó la joven, asustada.

La imagen de su madre se inclinó hasta pegar la frente a la suya. Alhanna intentó contener sus temblores y permanecer inmóvil, aunque algo en su interior la instaba a huir. La piel de aquella criatura estaba helada.

—Somos Asthaluss.

Todas las voces gritaron al mismo tiempo en perfecta armonía. Fue lo último que escuchó.

Muriath

Una fina lluvia empapaba su cuerpo haciendo que el frío le calase hasta los huesos. Llevaba varios minutos despierta; no sabía dónde se encontraba ni cómo había llegado hasta allí. Estaba sentada sobre un suelo húmedo y reblandecido por la lluvia. Tenía la espalda apoyada sobre el tronco de un gigantesco árbol, el único que había sobrevivido al fuego que había quemado todo a su alrededor. El agua estaba terminando de apagar las débiles llamas que seguían crepitando en algunos árboles cercanos. Al mirar hacia arriba, pudo intuir a través del follaje nubarrones que amenazaban con descargar una fuerte tormenta. La oscuridad se vio interrumpida por un lejano relámpago, y el sonido del trueno la sobresaltó.

Respiraba despacio, ordenando sus pensamientos; ráfagas de imágenes iban y venían en su mente. Recordaba la espada, al guerrero y la oscuridad; recordaba una voz potente: Asthaluss... O quizás había sido de verdad su madre.

Se incorporó despacio. Apoyándose en el rasposo y grueso tronco del árbol, logró ponerse en pie. Comprendió que había estado sentada sobre el barro y, por alguna razón, le pareció más confortable que la oscuridad que se anunciaba ante ella. Debía encontrar el modo de regresar a casa o, al menos, encontrar un techo bajo el que guarecerse de la lluvia.

Percibía un penetrante olor a madera quemada y un hedor que era incapaz de identificar y que la tenía con el estómago revuelto. Los recuerdos se agolpaban en su mente, y no estaba segura de cuánto había sido real y cuánto inventado. ¿La habían drogado, quizás? Sintió escalofríos al tratar de imaginar cuál de sus amigos podría haberse atrevido a dejarla allí tirada.

Pasados los árboles más frondosos, el humo y las nubes formaban una gruesa capa impenetrable que no dejaba ver el cielo. Sus ojos claros se fueron adaptando poco a poco a la negrura. El camino era angosto, y tropezaba repetidamente con ramas caídas y pedruscos cubiertos de lodo. Un silencio voraz lo consumía todo: solo se oía el tintineo de las cadenas de sus pantalones. Se quitó la chaqueta de cuero y la tiró sin contemplaciones; estaba chamuscada. Una pasta viscosa se le pegó a las botas.

Recordó el fuego. Vio de nuevo la imagen del guerrero, las llamas engullendo todo a su alrededor y el calor sofocante. Se dijo que era imposible que la batalla que había presenciado hubiese sido real; le parecía sencillamente disparatado. De pronto,

sus piernas flaquearon, y tuvo que apoyarse en un arce medio carbonizado. Se tocó el vientre. No había rastro de ninguna herida, pero la camisa blanca seguía manchada y rota.

Se obligó a continuar, pero tropezó y cayó sobre un bulto atascado entre una maraña de ramas rotas. Aquella masa estaba cubierta de barro y de una sustancia viscosa y oscura que se le pegó al rostro. Se limpió con las mangas de la camisa y trató de levantarse. Cuando comprendió que había caído sobre un cadáver, gateó hacia un lado para apartarse y volvió a sentarse. Lo miró con atención, más intrigada que asustada. Con torpeza, logró ponerse en pie. Los truenos se acercaban, y la luz de un relámpago iluminó débilmente el bosque, que se transformó por un momento en una pintura borrosa sobre un lienzo consumido por las llamas.

Se quedó sin aliento al reparar en las decenas de cadáveres esparcidos por el suelo, carbonizados y cubiertos de cenizas. Ojos sin vida miraban hacia la nada a la espera del amparo de la bruma. Había espadas y restos de corazas de metal a su alrededor.

Se quedó inmóvil, atenta a cualquier sonido, temerosa de hacer ruido. Arrancó con cuidado las cadenas que adornaban sus vaqueros y las depositó sobre el lodo. También se desprendió de las pulseras. Con paso firme, se puso en marcha intentando no tropezar con los cuerpos, ignorando aquel olor a muerte.

Un trueno más potente la sobresaltó, Alhanna miró atrás para comprobar que la tormenta se dirigía hacia ese lugar. Emprendió la marcha en sentido opuesto. Logró abandonar la zona pantanosa y, cuando sus pies pisaron tierra dura, aligeró el paso. No podía detenerse. El aire agitaba las ramas de los árboles y esparcía las cenizas en todas direcciones. El sudor hizo que se le pegaran a la cara y al cuello, pero no por eso cesó en su empeño de salir de allí.

Comenzó a caminar despacio, mirando a su alrededor y tratando de reconocer su entorno. Algo agarró su tobillo y la joven cayó de bruces contra el suelo. Maldijo y se giró para ver con qué se había tropezado. Se quedó paralizada: un hombre con el cuerpo quemado y ensangrentado le agarraba el tobillo con fuerza.

Alhanna expulsó el aire que había estado conteniendo y gritó cuando aquel hombre tiró de ella con fuerza, con el brazo derecho, pues el izquierdo lo tenía cercenado a la altura del codo. La arrastró un poco más hacia él y Alhanna pudo verle los ojos. Sus pupilas no eran normales: se estrechaban hacia el centro, como relojes de arena. Asestó una patada al muñón sanguinolento y consiguió que la dejara libre mientras se retorcía por el dolor y lanzaba un desgarrador alarido. Por un instante, todo pareció ralentizarse, como a la espera de que el sonido recorriese el lugar. Una serie de gritos sonaron al mismo tiempo en respuesta. Alhanna se alejó de rodillas y, con gran esfuerzo, logró ponerse en pie. La criatura le mostraba unos largos colmillos en algo que se asemejaba a una sonrisa. El monstruo miró más allá de ella, hacia el bosque, y Alhanna siguió su mirada. Extrañas sombras parecían moverse entre los árboles. Al principio no supo de qué se trataba, hasta que comprendió que eran otros

como él. Echó a correr.

Mientras huía, escuchaba el repiqueteo metálico de armas y armaduras tras ella. Las fuertes pisadas se acercaban. No tenía la menor idea de quiénes eran sus perseguidores, pero tampoco estaba dispuesta a detenerse para comprobarlo. Sin saber por qué, deseó intensamente que el extraño guerrero de cabello gris apareciera para socorrerla. Estuvo a punto de gritar para pedir ayuda, pero no encontraba un nombre. Solo lograba evocar su rostro, grabado en su memoria junto con el sonido de su profunda voz.

Miró hacia atrás y comprobó que la perseguían diez figuras por lo menos; el miedo hizo que sus fuerzas mermaran y que ralentizara su carrera. Eran veloces y, a pesar de lo aparatosas que debían de ser sus armaduras, ganaban terreno con bastante facilidad. La espesura del bosque dio paso a una arboleda más despejada; la intensidad del olor a hierba mojada pareció avivar sus pulmones.

—¡Estoy aquí! —gritó a pleno pulmón con la voz entrecortada por el esfuerzo—. ¡Aquí! ¿Me oyes? ¡Estoy aquí!

Sus perseguidores gritaron en respuesta. De pronto, giró a la derecha sin pensarlo; se internó en el bosque, abandonando aquel camino donde era más visible y vulnerable. Sentía la sangre palpitar con fuerza en sus sienes. Asfixiada y convencida de haber logrado ganar algo de distancia, salió a un claro. Detuvo su carrera. Con el corazón desbocado y la adrenalina recorriendo sus venas, caminó unos pasos engullendo con sus ojos grises la imagen que se ofrecía ante ella. Lo que estaba viendo no podía ser real.

Caminó con torpeza por un entramado de hierbas bajas y zarzas, olvidando el motivo de su huida. Avanzó hacia el lago que abarcaba prácticamente cuanto su vista alcanzaba hasta fundirse con el cielo al caer por un acantilado en una estruendosa catarata. Sus aguas reflejaban los astros nocturnos como de un espejo se tratase. No era posible...

Una barca acababa de atracar en su orilla a escasos metros de ella. Alzó la vista y vio en el cielo las dos lunas que el lago reflejaba. Los astros brillaban con fuerza. La luna blanca, una esfera perfecta y lisa que ocupaba casi todo el espacio nocturno, absorbiendo las nubes y ocultando las estrellas. Casi pegada a ella, una luna mucho más pequeña parecía andar cogida de su mano y destilaba una tenue luz rosada, llenando su superficie menos perfecta de menudos destellos blanquecinos que alumbraban los numerosos cráteres.

Alhanna percibió que aquellos monstruos acababan de llegar al claro. Volvió el rostro para verlos, atemorizada. Parecían hombres, salvo por el color grisáceo de su piel y las orejas acabadas en punta. A su lado, la madera de la barca crujió. Alhanna se dio la vuelta y vio a ocho soldados saltando a la orilla con agilidad. Llevaban armaduras y espadas. Pensó en que iban a matarla. Fue entonces, sin embargo, cuando reconoció al guerrero de cabello gris avanzando en último lugar, sin prisas. Llevaba el casco en una mano y una espada en la otra. La miraba fijamente, y

Alhanna sintió cómo su cuerpo se relajaba. Se dejó caer de rodillas, exhausta. Los guerreros pasaron corriendo a su lado. Tras ella, ya solo se escuchaba el choque de las armas.

Contempló a la joven con alivio, aunque eso no era lo que su pétreo rostro reflejaba. Había logrado encontrarla, y justo a tiempo, por lo que podía comprobar. La herida de su vientre era grave y la muerte debería haberle llegado muy rápido. No entendía las razones que lo habían empujado a buscarla, y tampoco había tenido tiempo para pensarlo. Cuando hubo desaparecido, con la espada atravesada en su vientre, nació en su interior una abrasadora necesidad de partir en su busca. Y allí estaba.

Se detuvo a un par de metros de ella, observándola con curiosidad: era distinta a como recordaba. Le sorprendieron sus ojos grises, que le habían parecido oscuros al verla por primera vez. Su rostro también era diferente, más delicado. Tras ella, vio a uno de los kalastys esquivar un envite y lanzar un cuchillo en su dirección. Pasó demasiado cerca de la joven y se clavó justo frente a sus pies. Observó el arma, gruñó y dirigió una mirada hosca a su compañero, que inclinó la cabeza a modo de disculpa y lanzó un ataque hacia el kalasty. Esa vez no falló.

Alhanna miró sus oscuros ojos y se puso en pie. ¿Debía tenerle miedo? Lo observó con cautela; no se había equivocado al pensar que debía de medir al menos dos metros. La armadura que cubría su robusto cuerpo refulgía como la plata pulida y, entre las manchas de barro y sangre, se entreveía el grabado de unas hojas de hiedra que la rodeaban en espiral como una serpiente. Su cabello era totalmente gris, con algunos mechones anudados en diminutas trenzas que se extendían hasta media espalda. Su rostro estaba cubierto por una barba incipiente que le hacía parecer mayor, aunque estaba segura de que debía doblarle la edad. Se hizo el silencio tras los últimos gemidos lastimeros de un herido. Tragó saliva con dificultad, tenía la garganta seca.

—¿Quién eres? —le preguntó en un murmullo atragantado.

—Mi nombre es Kishur. —Su voz era ronca y firme. Hablaba con un extraño acento que le hacía arrastrar las erres—. Hemos venido en tu ayuda, y me siento afortunado por haber logrado llegar a tiempo.

Ahanna guardó silencio. Se había fijado en los dos colmillos que asomaban por sus labios al hablar y en sus orejas acabadas en punta.

—Deberías haber muerto. —Kishur evitó mirarle la tela rota y manchada que le cubría el vientre.

—Es la primera vez que veo a alguien con unas orejas como las tuyas —comentó la joven en voz baja—. Son iguales a las de esos hombres que me perseguían.

—Eran kalastys. No deberías compararnos, somos muy distintos a ellos.

A pesar de la indiferencia derrochada en su forma de hablar, Alhanna percibió que aquellas palabras iban cargadas de un gran peso.

—¿Y qué eres tú? No pareces un hombre normal, y hablas de forma extraña.

—No soy humano como tú: soy un dárico. Pertenezco al pueblo más antiguo que ha caminado sobre este mundo.

—Este... ¿mundo? —Alhanna se sintió arrollada por las palabras del guerrero—. No, yo soy de Londres. Si tan solo pudiera averiguar cómo regresar a casa...

Kishur sonrió ante unas palabras que poco significaban para él. Los humanos le resultaban extremadamente raros. La joven tembló; parecía asustada.

—No tengas miedo de mí o mis hajaeks, somos soldados dáricos y ningún daño te haremos. Tienes preguntas, pero ahora no es el momento de hacerlas, me temo. Debemos marcharnos en busca de un lugar más seguro. Vendrás con nosotros.

—¿Por qué debería ir contigo?

—Porque yo te lo pido.

Su voz había sonado suave y amable, pero Alhanna no estaba segura de si podía confiar en él, de si era sincero o solo fingía para engañarla. A lo largo de su vida había aprendido a desconfiar de los rostros bondadosos y las sonrisas cálidas.

—No me conocéis, ni yo a vosotros. —Miró de reojo hacia atrás para intentar ver a los demás—. ¿Por qué habéis venido a buscarme? No lo entiendo, ¡no entiendo nada de todo esto! Solo quiero salir de aquí. —Al mirar al cielo, su calma se esfumó en un instante—. ¡Joder! ¿Y por qué hay dos lunas? ¿Qué hago aquí? ¡Esto es una puta locura!

—Tranquilízate. —Kishur tomó aire para armarse de paciencia, repentinamente mareado por las palabras aturrulladas de la joven—. Estás sorprendida por todo cuanto te rodea y debes de sentirte muy confusa. Yo lo estoy, porque tu herida ha desaparecido como si nada, pero, como puedes apreciar, no me dedico a lanzar alaridos. Ya te lo he dicho, habrá momento para las explicaciones.

—Mi señor, el tiempo apremia —dijo un anciano con una fea cicatriz y la armadura manchada de sangre.

Alhanna lo miró con cautela y, vencida por el cansancio, optó por sentarse en el suelo. Kishur se agachó a su lado y, con un gesto delicado, apartó el pelo castaño del rostro de la joven. No estaba segura, pero por alguna razón, aquel gesto insignificante logró calmarla.

—No debes temer.

—Es que no entiendo nada. —Sus párpados luchaban por mantenerse abiertos—. Ni siquiera sé qué lugar es este.

—Eres una humana traspasada y acabas de llegar a nuestro mundo, Muriath. —Estiró los labios en una sonrisa torcida al ver la expresión abatida de la joven—. Es extraordinario que sigas con vida después de la terrible herida que te han infligido. Tienes suerte de poder hablar y moverte con normalidad. Los traspasados suelen tardar semanas en recuperar totalmente sus facultades.

Kishur tomó el rostro de la joven entre sus manos y se acercó a ella hasta casi tocar la punta de su nariz con la de él. La miró fijamente a los ojos, observando el gris

de sus pupilas. Alhanna golpeó sus muñecas y se apartó de él con brusquedad.

—¿Qué haces?

—Hay algo en tus ojos que me resulta conocido.

Alhanna lo miró, extrañada: ella habría dicho lo mismo de él.

—Quise llamarte para que vinieras a salvarme, pero no sabía tu nombre. Puede que suene estúpido, pero deseaba que me encontraras. —Lanzó un suspiro mientras revisaba el rostro de él. Estaba muy cansada.

—¿Y cuál es tu nombre?

—Creo que voy a desmayarme —susurró Alhanna cerrando los ojos.

Kishur la sujetó de los hombros y ella cayó inconsciente sobre su pecho. Con la muchacha en sus brazos, el dárico se sintió extrañamente incómodo.

—Mi señor... —El anciano carraspeó a su lado, recordando su presencia—. Debemos partir enseguida, no es un lugar seguro. Esos malditos son buenos rastreadores, dudo mucho que nuestro viaje en barca los haya despistado.

—Sí, Ghiro —contestó airado—. Debemos ponernos en marcha, iremos a buscar las monturas y viajaremos sin perder tiempo; tenemos que ir a Fraem-Lab.

—¿Cómo decís? —El anciano se tiró fuerte de la barba—. Fraem-Lab queda al otro lado de nuestro destino, se encuentra a varias semanas de viaje. ¿Estáis seguro?

—¿Hay algo que te indique que no lo estoy? —Alzó a la joven en brazos y se puso en pie—. No comprendo los acontecimientos de esta noche, pero algo ha traído a esta humana hasta mí. No puedo explicar cómo he sabido que estaría en este lugar, y sin embargo aquí nos hallamos. Debo conocer la respuesta a todo esto, y Fraem-Lab es el único lugar donde podrán dármela.

—Mi señor. —El anciano carraspeó para aclararse la voz—. Debemos regresar a Alviat como estaba acordado, allí podrían estudiar a la humana y tratar de entender cómo ha sobrevivido a tamaña herida.

—Jamás un humano puso un pie en Alviat, y no será esta vez la primera. No estoy dispuesto a ofrecerle a mi padre una razón más para poner a todos en mi contra —respondió Kishur mirando intensamente al viejo, que mantenía la espalda erguida—. Los profesores de Fraem-Lab antepondrán su curiosidad a las leyes. Siempre ha sido la cuna de nuestro conocimiento, confirmemos cuánta verdad persiste de esa idea.

—¿Esas son las únicas razones? —preguntó el anciano con calma.

—Es cuanto necesitas saber. Iremos a Fraem-Lab.

—Como ordenéis.

Kishur miró el rostro de la joven. Su cuerpo era tan liviano que podía sostenerla sin el menor esfuerzo. La camisa blanca que llevaba tenía las mangas chamuscadas y un gran desgarrón que le dejaba el vientre al descubierto. Su piel blanca no evidenciaba que hubiese habido herida alguna allí. Sin embargo, él había sido testigo de cómo la espada la atravesaba, y había empapado sus dedos con su sangre, derramada sobre la hierba tras desaparecer ella ante sus ojos. Y ahora la había encontrado. No albergaba dudas: los dioses la habían puesto en su camino.

Haven

Ya amanecía cuando Alhanna, a duras penas, consiguió abrir los ojos. Tenía la cabeza algo embotada y los músculos tensos. La luz del alba se derramaba por las montañas anunciando la llegada del nuevo día; un haz anaranjado cruzaba el cielo, donde brillaban aún algunas estrellas remolonas. Esta vez despertó relajada, y sabía, o al menos intuyó dónde estaba. Tras desmayarse había despertado en la barca, pero su agotamiento la había obligado a dormirse. Durante el trayecto por el lago, había conseguido abrir los ojos varias veces, para volver a cerrarlos al instante. En todo momento supo que Kishur estaba a su lado, a pesar de que ninguno de ellos hablase. Solo los acompañó el sonido de los remos y la lejana tormenta.

Logró mantenerse despierta cuando Kishur cargó con ella sobre su espalda. Le explicó fugazmente que iban a buscar sus monturas. Hubiera protestado, pero estaba rendida. Por primera vez pudo reparar en los demás, pero era de noche y no logró ver sus rostros. Le sorprendió que se desenvolvieran tan bien en la oscuridad. Los dáricos caminaron en silencio, con las manos en las empuñaduras de sus armas, rodeándolos a ellos dos como si trataran de formar una barrera para protegerlos. Aquellos a los que habían llamado kalastys debían de estar siguiéndolos.

Recorrieron un sendero rodeado de arbustos y cipreses, dejando las lunas atrás. El kalasty le había hecho profundos arañazos en la piel, pero le habían vendado el tobillo. Una capa aterciopelada la cubría casi por completo y la resguardaba del frío.

—Aún tendremos que caminar un largo rato —le dijo Kishur—. Vuelve a dormir, debes de estar agotada.

Pero la inquietud no le permitió conciliar el sueño; Alhanna mantuvo los ojos abiertos. Llegaron al pie de una montaña y Kishur la dejó con delicadeza en el suelo, sobre una roca. Alhanna no dijo nada mientras trataba de ordenar sus ideas, e intentó concentrarse en ellas hasta que, vencida, comprendió que resultaba totalmente inútil. Se puso en pie y las piernas le temblaron. Al menos tenía suficiente energía para caminar. La hierba alcanzaba la altura de sus rodillas, lo que dificultó su movimiento. Los árboles se alzaban gigantescos a su alrededor, y las ramas se zarandeaban con la brisa. Entre el follaje, la luz de las lunas penetraba iluminando trémulamente el lugar. Era un campamento establecido alrededor de una hoguera apagada y algunos sacos y bultos con mantas cerca. Los dáricos lo estaban recogiendo todo. Se acercó a Kishur,

que acababa de poner la silla de montar sobre un caballo. Alhanna miró sorprendida al animal: nunca había visto uno tan grande como aquel. Cerca, los demás dáricos hacían lo mismo, pero Alhanna solo podía mirarlo a él. El pelaje del animal era de color gris, muy parecido al de la melena de su dueño. Kishur estaba colocando una de sus espadas en la silla de montar. La joven vio que el dárico también portaba otra espada cruzada a la espalda. ¿Cuántas armas llevaría encima?

—¿Qué lugar es este?

—El bosque de Haven; hemos pasado aquí la noche —contestó sin mirarla, ocupado en atarse la espada correctamente—. Uno de mis hajaeks, que montaba guardia, localizó a los kalastys a dos kilómetros de aquí y decidí anticiparme a su ataque, así que nos marchamos y dejamos atrás lo prescindible. Si tu enemigo va a pie, debes imitarlo.

—¿La batalla fue a tan solo dos kilómetros?

—Sí. —Cerró un instante los ojos para hacer acopio de paciencia—. Aunque te parezca que nos hemos alejado después del paseo en barca, en realidad no ha sido de ese modo. Solo quisimos despistarlos. Lo que hemos hecho es regresar, no podíamos abandonar nuestras monturas.

—Entonces esos kalastys deben de estar cerca. —Se le puso la piel de gallina y miró a su alrededor.

—No te preocupes.

Eso era fácil de decir, pero Alhanna no pudo evitar que sus manos temblaran. No recordaba bien cuánto tiempo les había llevado el viaje en barca, porque lo había pasado prácticamente todo durmiendo, pero se había sentido a salvo al pensar que se estaban alejando de aquel lugar lleno de cadáveres.

El relincho del animal la sobresaltó. Kishur le pasó la mano por la cabeza y susurró algo que ella no pudo escuchar, pero que pareció tranquilizarlo.

—Nunca había visto un caballo tan grande.

—Eso es porque no es un caballo, es un vargum. Su nombre es Ceara, que en mi idioma significa «cenizas».

Kishur se apresuró a revisar la silla de montar y aseguró las correas y las bridas. Alhanna acarició el lomo del animal. Su pelaje era espeso y muy suave, como una fina manta. El vargum respondió a su contacto pateando el suelo con potencia y haciendo que ella retrocediera unos pasos. Sus patas eran robustas y musculosas. Kishur puso el pie izquierdo en la espuela y, agarrando las riendas, montó sobre el animal sin el menor esfuerzo.

Alhanna alzó la vista para contemplar al animal y su jinete. Se le encogió el estómago y se sorprendió imaginándose al guerrero con la espada en la mano, dando caza a un enemigo.

—¿Me dirás tu nombre?

—Me... me llamo Alhanna —titubeó.

—Alhanna. —Hizo una leve reverencia con la cabeza—. Es un bonito nombre.

Dame la mano. —Le divirtió el semblante de Alhanna, que parecía espantada ante la idea de tener que montar—. No puedo creer que después de haber sido perseguida por los kalastys te asuste montar.

—¿Por qué iban tras de mí?

—Cuando apareciste estábamos luchando contra ellos, llevan semanas siguiéndonos. Hace mucho tiempo me granjeé un enemigo algo vengativo, y parece dispuesto a sacrificar a todos sus soldados con tal de apresarme. —Kishur rio—. Supongo que cuando apareciste y recibiste ese espadazo por mí debieron pensar que estabas con nosotros. O quizás te estén buscando por alguna razón que desconozco.

—¿Por qué? Yo no pertenezco a este lugar.

—Que tú no la conozcas no significa que no exista una razón. —Miró hacia los demás, que aguardaban ya sobre sus vargums—. Vamos, monta conmigo.

Kishur le tendió la mano y Alhanna dio un respingo cuando en animal relinchó y agitó la cabeza. El dárico evitó reír. Al final, ella tomó su mano y, de un solo tirón, Kishur la alzó sobre la silla, dejándola caer de lado frente a él. La joven no tenía fuerzas para sujetarse, aunque jamás lo admitiría. Sabía que, si él la soltaba, acabaría estrellándose contra el suelo.

—Pasa la pierna por encima de la crin y agárrate a la perilla.

—Esto está más alto de lo que pensaba, jamás había montado a caballo.

—No estás montando a caballo —replicó Kishur.

La joven bufó. Se tensó y mantuvo la espalda recta. La cercanía del dárico le resultaba incómoda, podía notar su respiración. Kishur la rodeó con su brazo y la atrajo para que reposara sobre él.

—Relájate, puedes dormir si quieres, yo procuraré que no te caigas.

Alhanna no supo si lo había dicho en serio o solo trataba de burlarse de ella. Intentó separarse de él, azorada, pero el dárico no se lo permitió.

—No necesito apoyarme en ti, creo que lograré mantenerme en la silla.

—Es posible, pero así viajarás mucho mejor.

La joven puso los ojos en blanco y decidió rendirse; estaba demasiado cansada para lidiar con él. Al principio, Alhanna pensó que viajar sobre un vargum era sencillo, pero tardó poco tiempo en comprobar que no resultaba cómodo en absoluto. El trote hacía que sus piernas se entumecieran y que pequeños calambres recorrieran su espalda. Pero una cosa era cierta: viajar apoyada sobre el cálido torso del guerrero era agradable. Recordó la armadura y, pensando que era imposible que un metal desprendiese tal calor, cerró los ojos y volvió a dormirse.

Recogió las cadenas que estaban tiradas en el suelo, retiró con los dedos el barro que las cubría y las observó. Eran tres. Los eslabones eran grandes, pero pesaban muy poco para ser de acero. No tenía idea de para qué podían servir, así que las arrojó lejos. «Deben de ser de ellos, estoy seguro». La tormenta se estaba alejando. La zona

se había convertido en un lodazal; había llovido lo suficiente para asentar las cenizas, que ahora formaban una pasta con los restos del incendio.

Estaba de un pésimo humor. Se frotó la nuca rapada y masajeó sus sienes; comenzaba a dolerle la cabeza. Su piel curtida brillaba por el sudor. Era de un color grisáceo que lo hacía parecer enfermo, una característica propia de su pueblo que los diferenciaba a simple vista de los humanos. Chascó los dedos y dos soldados arrastraron a Edmur, cogido por los brazos. Lo obligaron a arrodillarse frente a él. Lo habían golpeado con violencia y tenía un feo corte en la pierna derecha. Una de sus orejas acabadas en punta sangraba en abundancia. Guardaba silencio.

—Ogrora, mi señor —anunció una voz a su espalda—, hemos encontrado esto.

Astrud, su capitán, le tendió una chaqueta confeccionada en cuero negro, que podría haber resultado de lo más normal de no haber sido por los remaches, hechos más para decorar que para reforzar. La prenda era demasiado corta para servir de algo. «Esto también les pertenece», pensó, y la arrojó al suelo.

Se acarició la barba, enmarañada y larga hasta la base del cuello, donde un pequeño broche, con la forma de una pica atravesando un círculo, sujetaba la capa. Miró a Edmur y de forma inconsciente se pasó la mano por el parche que cubría la cuenca vacía de su ojo izquierdo.

—Comandante Edmur —dijo con voz ronca, logrando que el soldado levantara la cabeza para mirarlo—. Supongo que entiendes el error que has cometido y el castigo que mereces. No deberías haber vuelto.

—Era mi deber volver para informaros.

—Lo era. Pero eso no te va a librar del castigo por haber huido de la batalla y abandonado a tus soldados.

Ogrora sacó la espada que llevaba a la cintura. Edmur mantuvo la calma; eso le agradó, odiaba a los cobardes. Ya sabía que no pediría clemencia ni tampoco trataría de excusarse por su fracaso, había regresado a pesar de saber cuál sería el castigo. Empuñó la espada y los dos soldados rasos que sujetaban al prisionero tiraron de sus brazos. Edmur no agachó la cabeza.

—Te ofrecí comandar esta campaña porque confiaba en tu capacidad y fuerza. Llevabas contigo a treinta soldados. —Señaló a su alrededor con un gesto de cabeza —. Eres el único que ha sobrevivido. Tuviste al dárico frente a ti y pudiste haberlo matado, pero fracasaste. Dices que una humana se interpuso y luego desapareció sin dejar rastro. ¿Y después? ¿Qué te impidió terminar lo que habías comenzado?

—No fui rival para él.

—Pero sigues con vida —dijo con rabia—. Ese desgraciado no perdona: si no te mató, es porque huiste.

—¡Claro que lo hice! ¡Nos enviaste a la muerte!

Ogrora ladeó la cabeza y sonrió ligeramente. Después de todo, Edmur sí que era un cobarde. Levantó la espada y, de un solo golpe, cercenó la cabeza de su

comandante. Los dos soldados que lo sujetaban dejaron caer el cuerpo. Ogrora guardó el arma sin limpiarla y se volvió para mirar a su alrededor. Treinta cadáveres, la mayoría carbonizados. Solo unos pocos se habían salvado de las llamas.

—¿Los incineramos? —preguntó Astrud.

—¿Para qué? Dejadlos tal y como están, que los cuerpos encuentren su propio cementerio.

Apretó los puños al pensar que, de nuevo, el dárico gris había escapado. Los soldados que permanecían cerca se alejaron de él. Su furia y corpulencia les daban pavor. Su capitán fue el único que permaneció a su lado.

—Astrud, quiero que regreses con tu mejor soldado. Toma dos grupos de treinta y dirígete hacia el bosque de Górgora. Separaos para intentar cerrarles el paso a los dáricos, bajo ninguna circunstancia debes permitir que alcancen el pueblo de Górgora. Yo trataré de encontrarme con el dárico, pero, si no logro darle alcance, el trabajo recaerá en ti. Llevamos semanas siguiendo a ese maldito y siempre se me escurre entre las manos. Esta vez no va a lograrlo.

—Como ordenéis, mi señor. —Agachó la cabeza a modo de saludo.

—Si logras apresarlo con vida, espera a que llegue, deseo ser yo quien le dé muerte. Pero, si te pone las cosas difíciles, mátalo sin más, lo prefiero muerto a huido.

Ogrora levantó el brazo para que Astrud guardara silencio. Vislumbró una sombra entre los árboles más alejados y supuso que debía tratarse de ella.

—Aguarda aquí —le ordenó Ogrora a su capitán.

Comenzó a caminar hacia el sotobosque. A su alrededor, los cadáveres parecían estar riéndose de él. Se detuvo cuando la tuvo cerca; estaban lejos del lugar de la batalla. Si alguno de los soldados la había visto, estaba fingiendo lo contario: ninguno de ellos poseía el coraje suficiente para enfrentarse a la mujer.

—Mi señora —dijo el kalasty mientras saludaba a la dama roja con una leve reverencia.

La mujer salió a su encuentro dejando las sombras atrás. Se sacudió la falda del fino vestido color granate, de mangas largas y anudado a la cintura. La humedad había empapado sus ropas, pero no parecía afectarle en absoluto.

—Has perdido a muchos soldados en tu obsesión por atrapar al dárico gris. ¿Cuándo comprenderás que no eres rival para él? —Ella sonrió y sus ojos azules miraron intensamente a Orgrora, quien se abstuvo de contestar—. Quiero a la humana que marcha con el dárico, esa será tu prioridad.

—¿La humana? Mi comandante aseguró haberla herido de muerte.

—Pues vive, a pesar de todo. Debes capturarla para mí y debes darte prisa en hacerlo. El dárico gris se aleja, y lo hace rápido; está intentando poner a la humana a salvo. Presiente algo, estoy convencida. —La dama observó el parche que Ogrora llevaba para ocultar la cuenca vacía—. Ha sido desafortunado que cayera justo en sus manos.

Ogrora se sintió profundamente intrigado, pero era mejor aceptar las palabras de

la dama roja sin hacer demasiadas preguntas.

—Daré con los dáricos y os la traeré personalmente. —De pronto, le dolió el ojo ausente—. La capturaré antes de que puedan alcanzar Górgora, allí hay un fuerte bastión de humanos. Los dáricos no serán bien recibidos, aunque aprovecharán que la llevan con ellos para entrar.

—¿Estás seguro de poder alcanzarlos? Llevas ágaras persiguiendo al dárico gris y solo has logrado obtener la muerte de tus soldados. —Cruzó los brazos a la altura del pecho; su mirada azul se había vuelto tan gélida como la nieve—. No te ofreceré mi perdón si fracasas. Necesito a la humana.

—Le daré caza. No dejaré que ese maldito vuelva a escapar, le daré la muerte que ansío. —De forma inconsciente, acarició el parche que cubría la cuenca vacía de su ojo.

La mujer negó con la cabeza y un rizo escapó del sombrero que mantenía su cabello rojizo escondido. Soltó una suave carcajada que provocó escalofríos a Ogrora.

—Cuando te enfrentes a él, solo tendrás dos opciones: morir o matarle. Intenta otra cosa y fracasarás —dijo ella.

El rostro de Ogrora se contrajo. Deseaba arrancarle el cabello gris al dárico, acuchillarle el ojo derecho, despedazarlo. Pero supo que ella tenía razón: si tenía la menor oportunidad de darle muerte, debería hacerlo sin importar que hubiese de acabar con su vida de forma rápida.

—Os juro, que no me detendré hasta capturar a la humana. —Ogrora inclinó la cabeza y, al levantarla, ella ya no estaba.

La dama roja había desaparecido sin dejar rastro. Las lunas asomaron con timidez bañando el bosque con su luz. Ogrora tragó saliva y templó su ánimo. Resuelto, le hizo una señal a Astrud para que se acercara.

—¿Mi señor? —Astrud llegó a su lado con cautela; el rostro ominoso de su general no dejaba dudas de la intensidad de la conversación mantenida con la mujer.

—La dama roja nos ha encomendado capturar a la humana.

—¿No ha muerto? —preguntó incrédulo.

—Nuestra señora afirma que no. —Lo miró de reojo y sonrió con frialdad—. ¿Deseas preguntárselo tú mismo para confirmarlo?

—Antes os pediría que me arrancarais la piel.

—Lo imaginaba. No pierdas más tiempo, Astrud, debemos apresurarnos. —Apretó los dientes con fuerza—. No subestimes a los dáricos, no cometas el mismo error que Edmur. En la medida de lo posible, sepáralos de la humana.

—No fracasaré, mi señor.

Ogrora aguardó un instante mientras Astrud se marchaba. Puede que el capitán fuera lo más parecido que tenía a un amigo, si es que eso existía. Le habría dicho que lo enviaba a la muerte, igual que a Edmur, pero prefirió pensar que Astrud tenía alguna oportunidad de lograrlo, o, por lo menos, de atrapar a la humana.

El primer traspasado murió hace más de cien ágaras, y sus descendientes han progresado a una velocidad sorprendente. Sus cortas vidas los obligan a asumir una pronta madurez. Siguen acudiendo a mí en busca de respuestas, pero me temo que no puedo aportarles nada nuevo. Desconozco qué los ha traído a Muriath. Cada cierto tiempo, de forma aleatoria, se halla un nuevo traspasado, aunque cada vez ocurre con menos frecuencia. Continúan llegando con pérdida de memoria y, en muchas ocasiones, tardan semanas o meses en recuperar la capacidad de hablar. Unos pocos quedan postrados en cama y mueren a los pocos días.

Me tiemblan las manos, y mis ojos están parcialmente cegados por las cataratas, no tardaré en marcharme. He vivido suficiente. Sin embargo, lamento no haber sido capaz de encontrar la razón por la que los traspasados cruzan el umbral entre Asthaluss y Muriath. Persisto en mi convicción de que Asthaluss está intentando enviar a un ser de gran importancia para Muriath y que los traspasados son meros errores en su elección.

Yo encontré al primer traspasado, fui testigo de su llegada a través del fuego. Le enseñé la lengua común y le ofrecí las herramientas necesarias para sobrevivir. Pienso que hice lo correcto, a pesar de haberme convertido en alguien despreciado por mi gente. No entienden a los humanos y los ven como una raza invasora. Temo por ellos.

Extracto de Viaje al conocimiento: Memorias de Gromlab-San.

Sol-Naem

El sol comenzaba a despuntar tras las montañas de Sol-Naem, tiñendo el cielo de tonos anaranjados y rojos llameantes, como si el horizonte ardiese hasta alcanzar las nubes. Alhanna abrió los ojos despacio y se frotó las mejillas para salir de su letargo. Tenía la espalda apoyada en una de las piedras del acantilado que se erguía tras ella. Estaba cómodamente sentada sobre una de las sillas de montar y le habían cubierto las piernas con una manta. Perezosa, estiró los brazos y bostezó.

—Por fin has despertado. —La voz aguda la sobresaltó—. Mi señor se alegrará, parecía que no ibas a abrir los ojos nunca.

Alhanna lo miró en silencio. Era joven, quizás tuviera su misma edad. El cabello, rubísimo, sucio, le llegaba a la altura del pecho. Su rostro de facciones finas y alargadas guardaba cierta semejanza con el de Kishur: tenía los ojos rasgados, con largas pestañas enmarcadas por las cejas oscuras que contrarrestaban la claridad del pelo.

—¿Quién eres tú? —preguntó Alhanna.

—Mi nombre es Alfar.

Sin añadir nada más, el joven se levantó y se fue con sus compañeros. Estaban montando un campamento. No parecía gran cosa, pero al menos no pasarían frío gracias a la hoguera que estaban preparando en el centro. Comenzó a sentirse inquieta por la ausencia de Kishur. Los dáricos no la observaban directamente, solo le lanzaban escuetas miradas. Pero cada vez que los ojos de Alhanna coincidían con alguno de ellos, notaba un fuerte pinchazo en la nuca y sentía vértigo.

Se fijó en su entorno. Podía escuchar el sonido del agua. Unos vargums paseaban tranquilos junto al río, justo enfrente, pero no estaban todos. Se encontraban en un pequeño claro entre gruesos árboles que les ofrecían sombra. A su espalda, tenían la montaña. A ambos lados, el bosque continuaba serpenteando por la ladera hasta donde su vista lograba alcanzar, internándose entre los acantilados rocosos.

Alhanna observó a un anciano que estaba agachado en el centro del campamento, dedicado a la tarea de encender la hoguera. Se había desprendido de su armadura. Colocó los trozos de madera y esparció el forraje seco sobre ella. Levantó la mano derecha y, con los dedos índice y anular extendidos hacia el cielo, susurró una palabra que Alhanna no alcanzó a oír. Un débil destello saltó desde los dedos hacia la madera

y la hojarasca seca. La joven abrió los ojos como platos cuando la leña empezó a arder con fuerza. El anciano miró hacia la Alhanna y le sonrió. Ella se sobresaltó.

Alfar regresó y se sentó a su lado. Le ofreció una taza con agua. Ella la cogió y bebió con ganas, tenía la garganta seca.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —Alhanna volvió a bostezar.

—Todo el día; a ratos llegué a pensar que habías muerto mientras montabas en el vargum de mi señor. Estabas muy pálida. Nos asentamos aquí antes de lo previsto porque pensaron que sería lo más adecuado para ti. Ghiro dijo que había que tratarte con cuidado y que no era conveniente someterte a tanto esfuerzo.

—¿Quién es Ghiro?

Alfar señaló con la cabeza al anciano que había encendido el fuego. Cuando Alhanna miró de nuevo hacia él, encontró a Ghiro devolviéndole la mirada. ¿Los había escuchado? No, no era posible a esa distancia. El anciano sonrió y la saludó con una breve inclinación de la cabeza. La joven se frotó las sienes y cerró los ojos. Una sensación de vértigo la sacudió. Cuando desapareció y volvió a abrir los párpados, el anciano ya no la estaba observando.

—Me duele todo el cuerpo.

—Te acostumbrarás a viajar en vargum. —Alfar sacó un trozo pequeño de madera a medio tallar y una daga que llevaba oculta en un bolsillo de su pantalón—. Siento mucha curiosidad hacia ti. Ningún traspasado ha sido capaz de reponerse a tanta velocidad como tú. Los que no morían al llegar perdían aptitudes como el habla y tardaban semanas en recuperarse del todo. Pero tú estás bien, aparentemente.

Tenía una voz agradable, juvenil. Hablaba despacio; parecía escoger con cuidado las palabras. Arrastraba un poco la erre, y la ese la pronunciaba con mucha suavidad.

—Hablas con mucho acento —comentó cambiando de tema—. ¿Cuál es tu idioma natal?

—El dárico.

A Alhanna le pareció que el muchacho se sonrojaba. No tenía sueño, pero seguía estando muy cansada y notaba el cuerpo engarrotado y dolorido. Se fijó en los rasgos de Alfar: era algo distinto a los otros. Al menos, él se mostraba más expresivo, y sus ojos, aunque fueran negros como los del resto, desprendían cierta bondad. Quizás fuera por su juventud. Largos mechones de pelo rubio le tapaban parcialmente la cara. También era muy alto, todos lo eran, y a su lado se sentía como una niña.

Uno de los dáricos era mujer. Miró a la dárica que se encontraba a varios metros, cerca del río. La dureza de su rostro le daba escalofríos, prefería evitar su mirada a toda costa. Estaba charlando con el anciano. Le fascinó e inquietó su capacidad de hablar sin mutar apenas sus expresiones.

Alfar tallaba el trozo de madera. Aún le quedaba mucho para terminar, pero Alhanna pudo intuir las formas de un animal, quizás un caballo. No, un vargum. Lanzó un suspiro; seguía muy confundida.

—Tenéis algo para el dolor de cabeza, ¿verdad? —le pidió en voz baja, intentando

que los otros no la escucharan—. Me va a estallar.

—Ghiro podrá hacerte una infusión para ayudarte.

—Dudo que eso vaya a servirme de algo —replicó. Siempre había odiado las infusiones y los tés, por muy inglesa que fuera—. Necesito un analgésico, o un buen trago de cerveza.

—Lo primero no sé lo qué es. Y de lo segundo no tenemos. —Le sonrió.

Siempre faltaba cerveza cuando más se necesitaba. Alhanna dejó de prestar atención al joven. Parecía que le hubieran encargado la labor de vigilarla. Pensó en si sería sencillo aprovechar un descuido de Alfar para salir corriendo, huir, pero entonces miró a los demás. La dárica le daba escalofríos, y los otros dos le producían pavor, sobre todo el de la nariz grande.

—¿Cómo se llaman ellos? —preguntó.

—Ella es Mayara, te gustará cuando la conozcas. —Habló sin mirarla, concentrado en la talla de madera—. Los otros dos son Borat y Ádria.

Alhanna arrugó el entrecejo, preguntándose si sería capaz de distinguirlos; aunque le daba lo mismo, decidió, no le importaba no conocer sus nombres.

—¿Dónde está Kishur?

En cuanto pronunció su nombre, todos dejaron lo que estaban haciendo y la observaron, aunque ninguno de ellos estaba lo suficientemente cerca para haberla oído. ¿Es que podían escucharla a tanta distancia? Alfar había detenido el movimiento de sus manos y aguardaba en silencio mientras levantaba la cabeza hacia ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó al joven entre susurros—. ¿No es ese su nombre?

—¡Si mi señor no te ha dicho que está mal que lo llames por su nombre, entonces no lo está! —Alhanna dio un brinco al oír los gritos de Ghiro desde el centro del campamento.

Alfar soltó el taco de madera y dejó la daga a un lado.

—Pronto volverá, ha ido junto a Eltsay y Tottem-Hon a inspeccionar los alrededores para asegurarse de que no nos han seguido. Esos kalastys son muy persistentes, no tardarán en darnos alcance. —Se arrepintió de inmediato de sus palabras, no quería asustarla—. Mi señor me ha encargado que me ocupe de ti hasta su regreso y que te preste ayuda si la necesitas. Si tienes más sed, puedes decírmelo; para comer tendrás que esperar, me temo.

El joven se apartó el pelo de la cara y le ofreció una sonrisa bonita e infantil. Alhanna desvió la mirada hacia el anciano y Mayara. Ella estaba poniendo una olla sobre el fuego mientras el anciano asentía conforme. Le rugieron las tripas.

—Sois muy altos. —Sacudió la mano espantando a un bicho.

—¿Eso crees? Tenemos una estatura normal.

—Lo sois, incluso ella —musitó, como si temiera que Mayara pudiera oírla y se enfadara—. ¿De verdad vamos a pasar aquí la noche?

No necesitó una respuesta para saber que así iba a ser. Hundió los hombros,

abatida, y sopló para apartarse el flequillo de la cara. Deseaba irse a casa.

Mayara tomó asiento en una piedra plana, alejada del grupo y del campamento. El estómago le rugía de hambre, apenas habían probado bocado durante el día. Necesitaba pensar, así que dejó solo a Ghiro preparando el caldo con las especias. Junto al fuego, Borat despellejaba la liebre que habían cazado. La dárica oteaba el curso del río; la corriente arrastraba hojarasca seca y ramas partidas. Llevaba sus rebeldes rizos recogidos en una trenza, pero algunos mechones caían sobre su rostro. No era especialmente hermosa, sus rasgos eran duros y había adquirido una mirada más gélida incluso que la de sus compañeros. La situación le desagradaba: no quería cargar con la humana, sabía que les acarrearía problemas.

Ádria se acercó a ella y se sentó a su lado.

—Nuestro señor ha tomado una decisión y es nuestro deber respetarla. Solo Borat podría hacer algo para hacerle cambiar de idea —le dijo Ádria.

—Lo sé. —Su oscura mirada recorrió a la humana palmo a palmo. Frunció el ceño intentando atravesar la barrera invisible que parecía cubrirla y leer en su rostro qué pensamientos llenaban su mente—. ¿Tú lo has conseguido?

—No. Desde que ha despertado, es como si su mente fuera capaz de bloquear nuestra visión. Es algo muy extraño, me pregunto quién será esa chica.

—Dejad de darle vueltas al asunto o saldrá humo de vuestras cabezotas —les espetó Borat mientras se lavaba las manos en el río—. Esto es tan ridículo como que aquel kalasty lograra derribar a nuestro señor; vamos de absurdo en absurdo desde que esa humana ha aparecido. Debería haber muerto por la herida de su vientre, eso nos habría ahorrado muchos problemas. Pero aquí está, y ahora es asunto nuestro.

—Haberla encontrado muerta hubiese sido más sencillo —comentó Mayara.

—Sí, pero últimamente los dioses nos ponen a prueba. —Borat sonrió descaradamente. Esperaba una reprimenda por parte de Ghiro, pero no llegó, estaba demasiado ocupado preparando el caldo para la escasa carne de la liebre—. Será mejor que dejéis de darle vueltas, no hará que la situación mejore. Parece una broma de mal gusto que ahora nos encontremos viajando en dirección contraria a Alviat.

—¡Ja! Ya decía yo que estabas en contra —dijo Ádria—. ¿Y qué piensas hacer?

—¿Yo? ¿Acaso he de hacer algo? —Borat se alejó del río—. Mi señor ha tomado una decisión. Ya habéis presentado vuestra opinión y él os ha escuchado, ¿qué más queda por hacer? Dímelo, te lo ruego.

—No queda nada por hacer —contestó Ádria, desdeñoso.

—Está bien que recuerdes que debes obediencia a tu señor. —Borat sonrió.

La noche había caído por completo. El fuego ardía iluminando el claro y calentando al grupo. El dulce aroma del guiso despertaba los sentidos de Alhanna, que seguía

con el estómago torturado por el hambre. Alfar tallaba la pieza de madera, daba pequeños toques con la daga y la examinaba detenidamente, como si temiera haber errado. Los demás se mantenían en silencio, sentados sobre un grueso tronco atravesado en el suelo, y miraban absortos la mano del anciano moviendo la sopa. Ella no era la única que estaba hambrienta.

—¡Mi señor! —Alfar se levantó a gran velocidad, dirigiéndose como un niño pequeño hacia los tres dáricos que acababan de irrumpir en el claro—. ¡Habéis tardado! Mi estómago lleva rugiendo un buen rato.

Kishur desmontó del vargum de un salto y le tendió las riendas a Ádria, que había acudido velozmente a su encuentro, desabrochó el cinto que sujetaba la espada a su espalda y se la tendió a Alfar. Se frotó la cara y, sonriendo, pasó el brazo por los hombros del joven. Era muy alto y corpulento, y Alhanna sentía algo de miedo al contemplarlo. Estaba tan absorta con Kishur que ignoró a los dáricos que habían llegado con él.

—Hemos tenido que alejarnos bastante, se han movido rápido. Pero podemos estar tranquilos por el momento —le explicó Kishur sosegadamente—. La barca logró despistarlos, aunque es posible que nos crucemos con ellos antes de llegar a Górgora.

—Dormiré con mi armadura —dijo Alfar—. Así las sorpresas serán menores. ¿Se dice así?

—Creo que sí. —Kishur lo soltó de pronto y se puso rígido. Miró hacia Alhanna como si acabara de recordar su presencia—. Este idioma me molesta.

—Lo habláis mejor que yo —lo animó el joven.

—Mejor será que cenemos de una vez.

Ghiro sacó el cucharón que guardaba atado bajo su capa. Sentados alrededor del fuego, todos suspiraron aliviados cuando comenzó a repartir la sopa en los pequeños cuencos. Alhanna lo tomó casi con desesperación. El olor de las especias era exquisito y el calor que el barro desprendía ayudaba a calentar sus manos. El anciano se sentó a su lado, ofreciéndole una enorme sonrisa, mas la cicatriz que cruzaba su rostro se tensó, otorgándole un semblante un tanto siniestro. Intentaba ocultar parte de aquella antigua herida con su barba cana, pero la cicatriz continuaba por el pómulo derecho y subía, ensanchándose, hasta la ceja.

Los demás se levantaron y fueron a sentarse sobre el tronco caído, al otro lado del claro. Alhanna no perdió detalle de sus movimientos. Comenzaron a conversar tranquilamente y, en algunas ocasiones, desviaban la mirada hacia la profundidad del bosque, como si temieran que algo los estuviese acechando.

—Me complace ver que te encuentras mejor. Tienes buen aspecto. —Kishur se acercó a ella—. ¿Te han tratado bien en mi ausencia?

—Sí.

Quería pedirle que la llevara a casa. Al mismo tiempo, sin embargo, deseaba preguntarle muchas cosas, averiguar por qué razón se sentía tan segura cuando lo tenía al lado. Eso la enfurecía: ella nunca había necesitado a nadie.

Alfar se acercó a ellos llevando dos cuencos de sopa. Le ofreció uno a Kishur antes de dar media vuelta con intención de regresar con sus compañeros.

—Alfar, por favor, siéntate junto a nosotros si lo deseas —lo invitó Kishur.

El joven asintió feliz y se sentó al otro lado de Alhanna, encerrándola entre él y Ghiro. El dárico de cabello gris escogió el asiento frente a ella, haciendo que se sintiera minúscula en su presencia; tenía un porte magnífico y desprendía un aura sobrecogedora.

—Supongo que ahora es buen momento para que hablemos; tenías muchas preguntas, si mal no recuerdo. —El dárico sonrió mostrando una hilera de perfectos dientes entre los que destacaban los dos largos colmillos.

—Es mejor comer la sopa mientras esté caliente. —Ghiro asentía para dar énfasis a sus palabras. Había notado como a la joven le temblaba la barbilla.

Alhanna suspiró agradecida y continuó comiendo. Los trozos de carne estaban un poco duros, pero la sopa estaba deliciosa. El tiempo que el anciano había dedicado en cocinarla había merecido la pena. Supo que Kishur la estaba observando y no pudo evitar levantar la cabeza. Al mirarle, sintió un profundo pinchazo en la nuca, pero desapareció al instante.

—La jovencita quiere saber si es correcto llamaros por vuestro nombre —comentó Ghiro mientras sorbía la sopa—. Quizás fuera conveniente que le explicarais cómo debe llamaros para evitar confusiones en el futuro.

—Puede llamarme como desee. —Kishur la miró con amabilidad—. Mi rango es superior al de ellos, es el motivo por el que me llaman señor. Pero, puesto que no eres dárica, puedes usar mi nombre. He de decir que, después de quince ágaras sin oírlo, resulta agradable.

—No tengo ni idea de lo que hablas, pero dicho así parece mucho tiempo. —Alhanna dio un bocado al último trozo de carne de su cuenco—. ¡Esto está muy bueno!

—Ghiro es un excelente cocinero —apuntó Kishur—. Aunque solo cuando el buen humor lo acompaña.

El anciano gruñó, molesto por el comentario, pero siguió comiendo tranquilamente. La madera crepitaba, lanzando diminutas chispas de fuego a su alrededor, y el humo ascendía hacia la bóveda nocturna, confundiéndose con algunas nubes que se arremolinaban en círculos. Alhanna miró hacia el grupo, que estaba cenando al otro lado del campamento. Charlaban y reían.

—Hemos sido un poco desconsiderados —dijo el anciano a la vez que ladeaba la cabeza hacia Alhanna—. Debimos habernos presentado adecuadamente, pensarás que no tenemos modales. Yo soy Ghiro, es un placer conocerte. A mi señor y a Alfar ya los conoces.

—Yo le dije algunos nombres —comentó Alfar, encogiéndose de hombros.

—Bueno, pues deja que te los presente a mi modo. —Ghiro sonrió ampliamente, y a Alhanna le pareció que la cicatriz era incluso más fea—. Empezaré por Mayara. Es

nuestra única dárica, y tiene más agallas que diez guerreros juntos. Es una hajaek ejemplar que acata las normas a la perfección. El que está a su lado, el de la narizota, es Ádria, todo lo contrario de ella. No te preocupes por su rostro, siempre lo tiene avinagrado, nieve o luzca el sol.

Alhanna dio un brinco cuando Ádria giró la cabeza hacia ellos y esbozó una retorcida sonrisa. Apartó la vista hacia el dárico que estaba de pie junto a Mayara: era uno de los que habían llegado con Kishur. Seguía teniendo el arco en la espalda y el carcaj en la cintura. De cabello corto y castaño, tenía un rostro amable.

—Ese es Tottem-Hon, nuestro arquero. Normalmente no usamos el nombre familiar, todos los hajaeks pasamos a formar parte de la misma familia cuando nos graduamos, pero como él es arquero... ¡Bah! La fuerza de la costumbre, supongo. Tú puedes llamarlo Tottem, no le importará. El idiota con cara de bobo sentado frente a Mayara es Eltsay. —Ghiro señaló a un joven de cabello dorado—. Mejor evítalo, solo te meterá en problemas. Por último, ese que ves ahí sentado con esa cola enmarañada y sucia es Borat —terminó el anciano, mirando al corpulento dárico. Sus ojos reflejaban tal dureza que a Alhanna le provocaban escalofríos.

—¿Te has quedado satisfecho? —preguntó Kishur.

—Mucho —contestó el anciano soltando una carcajada.

Alhanna terminó de comer. Saciada, soltó el cuenco y tosió intentando templar los nervios que atravesaban su garganta.

—¿De qué quieres hablar?

—Cuéntanos sobre lo ocurrido ayer, estamos intrigados. —Ghiro se limpió la barba con la manga de su camisa—. ¿Sabes cómo llegaste aquí? ¿Recuerdas qué fue lo que pasó?

—Lo recuerdo todo muy confuso. Es como si parte de lo ocurrido se hubiese esfumado, y siento que cada vez que duermo y despierto olvido más detalles. Mi cabeza no para de dar vueltas; es desconcertante despertar cada vez en un lugar distinto, tengo la sensación de que todo lo que me rodea cambia cuando cierro los ojos. No quiero hablar de lo que ocurrió, ni siquiera sé qué hago aquí, en este... bosque o lo que sea, rodeada de bichos y cubierta de mugre. Solo quiero irme a casa, supongo.

Se hizo el silencio.

—Para no querer hablar... —se burló el anciano.

—Cuenta solo lo que puedas, cualquier cosa que recuerdes. —Kishur sujetaba el cuenco delicadamente, lo acercaba a la boca y sorbía sin hacer el menor ruido—. Quiero comprender cómo has llegado hasta aquí, cómo te cruzaste en mi camino.

De nuevo aquella punzada en la nuca la hizo rascarse intentando matar un insecto invisible. Nunca nadie le había hablado con tanta delicadeza, con ese cuidado que rozaba lo paternal. Ella estaba acostumbrada a los gritos e insultos, o simplemente a la ignorancia. Su padre nunca había sido amable ni comprensivo. Quizás por eso Alhanna se decidió a hablar al fin.

—Ayer estaba en casa, en la terraza del bloque de pisos donde vivo. Y estaba leyendo.

—¿Qué leías? —preguntó Alfar sin contemplaciones.

El anciano gruñó, molesto por la intromisión, y el joven se sonrojó.

—Pues leía un libro. —La joven le sonrió—. Leía un libro escrito por mi madre. Bueno, más bien lo releía. De pronto, el fuego me envolvió. —Tuvo escalofríos al recordarlo—. Las llamas me trajeron aquí.

Guardó silencio. Esperaba que la tacharan de loca, que se burlaran de lo que acababa de decir. Se sorprendió al ver que los dáricos permanecían inmóviles, escuchando.

—Apareciste de la nada y luego desapareciste envuelta en las llamas de un fuego que surgió de tu propio cuerpo. Era como si te hubiese rodeado formando una coraza hasta desvanecerse sin dejar rastro —dijo Kishur.

—Sí, creo que sí.

—¿Hiciste algo? ¿Puedes recordar algo más? —preguntó Ghiro intrigado.

—No, solo estaba leyendo mientras bebía cerveza. ¿Qué piensas que pude haber hecho para provocar lo ocurrido? —Alhanna comenzó a ponerse nerviosa.

—No importa, nada de eso importa —afirmó Kishur.

—¿Cómo decís? —preguntó Ghiro, confuso.

—Hay cosas que, simplemente, suceden, porque así ha de ser. Lo que debemos averiguar es el motivo por el que Alhanna está aquí.

De nuevo, el dolor en la nuca y la pesadez en los párpados. Una fina capa de sudor le empapaba la frente debido al esfuerzo por recordar y, aun así, le resultaba inútil.

—Recuerdo una playa —los sorprendió Alhanna—. Muchas noches he soñado con ese lugar. Siempre aparecía mi madre paseando por la orilla, mirando hacia el atardecer y dándome la espalda. En mis sueños, yo la llamaba para poder verla, pero jamás volvía el rostro. Si yo intentaba caminar hacia ella, la playa comenzaba a expandirse; a cada paso que daba, mi madre quedaba más lejos de mí. Con el tiempo, aprendí a estar en aquel sueño. Permanecía en silencio, dejé de intentar acercarme para ver su rostro, simplemente me sentaba en la arena y la observaba.

Otro silencio prolongado.

—Estuve en esa playa y vi una vez más a mi madre. En esa ocasión, ella se acercó. Clavó sus uñas aquí —dijo señalándose el brazo—, el fuego comenzó a recorrer mi cuerpo y después desapareció. Dejó una marca. —Tenía los agujeritos ennegrecidos en las mangas de la camisa.

—¿Qué clase de marca?

Ghiro se inclinó hacia ella, pero la joven retiró el brazo llevándolo a la espalda para esconderlo del anciano. Fue un acto más instintivo que racional.

—Te pido disculpas, no pretendía asustarte —concluyó Ghiro.

—No me has asustado, es solo que todo esto es... es extraño y confuso. Sois muy

grandes, habláis con un acento que jamás había oído, vuestros animales también son distintos. Todo esto me parece...

—Tenemos un tamaño normal, los humanos sois pequeños —sentenció Kishur con el ceño fruncido—. Y si hablamos de forma extraña es porque este no es nuestro idioma materno y no lo usamos en demasiadas ocasiones. Además, es una lengua fea y hosca. Hay muchas diferencias entre nosotros. ¿Es eso importante para ti?

—No —titubeó la joven—. Aun así quiero regresar. —En la mirada de Alhanna había anhelo y algo de miedo. Kishur la miraba fijamente, pensativo—. Pero me parece que no puedo volver a casa, ¿verdad?

—Hasta donde nosotros conocemos, *naet*. Alhanna, ahora estás en Muriath y, aunque me gustaría decirte lo contrario, creo que regresar te será imposible.

—No me gusta nada el camino por el que lleva esta conversación. ¿Insinuáis que, de algún modo, he abandonado mi mundo para venir a este? ¿Me estás diciendo que no solo he dejado Londres, sino que estoy en otro mundo? ¿En el bosque de otro puto mundo?

—¿Recuerdas las dos lunas? —preguntó Kishur.

—Sí.

—La luna blanca es Erotesa y, la pequeña, Egoresa. Te sorprendiste al verlas porque en el mundo del que procedes no existen —dijo Kishur ante el estupor de ella.

El anciano gruñó. Estaba un poco irritado, había preparado su discurso mentalmente durante las últimas horas y ahora, sin más, Kishur se ponía a soltar todo aquello sin ton ni son. No sentía ningún respeto por sus conocimientos.

—Si me permitís... —susurró Ghiro, inclinando la cabeza hacia su señor para tomar la palabra—. Creo que yo podré ordenar tus ideas algo mejor, Alhanna. Has dejado atrás tu mundo y ahora te encuentras en Muriath. Eres una traspasada —dijo Ghiro con calma mientras se rascaba la cicatriz—. No se conocen las causas que os traen aquí a los humanos, y tú eres afortunada, desde luego; la mayoría pierde completamente la memoria. Lo que te hizo venir quiso que siguieras sabiendo quién eres, y esa marca que has mencionado debe guardar algún significado.

—Estás aquí para algo importante, lo presiento —afirmó Kishur.

Ella guardó silencio, consternada. Ghiro y Kishur se miraron un instante.

—Quizás podríamos investigar un poco —apuntó Ghiro. Tratad de hablar con los ancianos de Fraem-Lab, puede que ellos sepan algo que nosotros desconocemos, a lo mejor encontramos alguna forma de devolverte a tu mundo.

—¿De verdad lo crees? —preguntó Kishur arqueando una ceja—. Ghiro, las mentiras no la ayudarán.

—No he mentido, he pronunciado la palabra «quizás», que significa posibilidad, no certeza. —El anciano enrojeció ante su atrevimiento, acababa de explicar a su señor algo que sabía con total seguridad—. Estudios se han hecho, mi señor, investigaciones fehacientes que arrojaron luz a ciertos aspectos. Hay manuscritos, no me negaréis la existencia de las puertas que encontraron...

Kishur levantó la mano y Ghiro guardó silencio.

—Eso no son más que palabrejas que has escogido para darte credibilidad. —Miró a Ghiro con severidad—. Alhanna, si hay alguna forma, trataremos de encontrarla, pero lo mejor es que comiences a aceptar que no existe. No dejes que la palabrería de Ghiro te aliente. Una vez se cruza el túnel, no puede volverse atrás.

Se apartó el cabello gris de la cara; tenía un rostro llamativo por los ojos rasgados y los gruesos labios. Como los de Alfar, pensó la joven.

—¿Y cómo he pasado por ese túnel?

—Con el fuego, sin duda. Fuimos testigos de ello. —Ghiro suspiró—. Según las leyendas, hay dos formas de cruzar ese umbral entre ambos mundos: una es el agua, otra el fuego. Y, aunque no se conoce su paradero con exactitud, hay un lago en nuestro mundo que funciona como puerta. Su nombre es Lashvaeg.

—Pero, si he llegado por un túnel, debería poder regresar por él.

—Me temo que no es tan sencillo. Todo cuanto conocemos proviene de canciones antiguas y leyendas. El lago jamás ha sido encontrado. Sé del relato de un grupo de expedición que creyó haber encontrado las puertas de la antigua morada del dios Dragón, donde se halla el Lashvaeg. Pero relataban que no pudieron traspasar sus muros, así que solo obtuvieron conjeturas. Como bien ha mencionado mi señor, aunque me pese, toda búsqueda conduce a un enorme y profundo mar en el que te acabas ahogando.

—Entonces debería ir a esa morada que dices.

—*Naet.* —Ghiro se limpió las manos sudorosas—. Ese es un lugar maldito.

—Alhanna —interrumpió Kishur—, lo que Ghiro intenta explicarte es que ese lugar se encuentra demasiado lejos, pasadas las fronteras de nuestras tierras. Los exploradores jamás lograron entrar en ese sitio y tampoco se conoce si, aun llegando a él, podrías regresar. No arriesgaré la vida de mis hajaeks intentando encontrar un lugar que solo conocemos a través de leyendas.

A sus palabras siguió el silencio, incómodo y pesado. Esperaban que Alhanna entendiera todo lo que intentaban explicarle. El fuego jugaba con las sombras y los brillos haciendo que las negras pupilas la sobresaltaran cada vez que su mirada se cruzaba con la de alguno de los dáricos. Kishur permaneció con el semblante sereno e inmutable. Solo reaccionó cuando Ádria se acercó y le entregó un vaso de acero con el té de hierbas que había preparado.

—Gracias. —Su señor lo tomó entre sus manos, acercó la taza a su boca y bebió un sorbo; sus movimientos resultaban elegantes, relajados.

Ádria se detuvo un instante ante la joven y se perdió en su mirada gris. Ella se agarró las sienes y gimió por el profundo dolor. El hajaek retiró la mirada y la joven sintió como la presión desaparecía de su cabeza.

—Basta. —La voz profunda y autoritaria de Kishur la sobresaltó—. Ádria, se te olvidó cómo comportarte ante una joven, ¿puedes volver con los demás?

—Disculpadme, mi señor. —En su rostro no había nada, solo una pérdida

aparente de color en las mejillas—. No volverá a pasar.

—Bien. Ghiro, continúa. —Estaba realmente irritado.

—¡No! —gritó Alhanna—. Ya basta. Vosotros escondéis algo y quiero saber de qué se trata. No me gustan los rodeos ni las mentiras.

—¿A qué te refieres? —Kishur estaba sorprendido ante el arrebato de ella.

—¿Qué me ha hecho? —señaló a Ádria—. ¡Todos lo estáis haciendo! Cada vez que ellos me miran me duele la cabeza y siento un hormigueo en las sienes. Quiero que paren, por favor. Y también creo que están escuchando nuestra conversación desde la otra punta. ¡Están muy lejos! ¿Cómo cojones lo hacen? Ya estoy cansada de este dolor de cabeza, ¡quiero que paréis!

Kishur gruñó y miró de reojo hacia el grupo sentado en el tronco.

—Discúlpanos —Ghiro habló con el consentimiento implícito de su señor, el permiso que se otorga cuando se es demasiado mayor para que te contradigan—. Los dáricos tenemos un oído muy desarrollado.

—Lo llamamos «visión» —dijo Kishur, que sabía que el anciano no estaba dispuesto a revelar tal cosa a la joven—. Es la capacidad de interpretar el mundo con más intensidad, de captar cosas que los ojos o los oídos no son capaces de percibir. Entre esas cosas, podemos conocer lo que alguien está pensando por las expresiones de su rostro. Normalmente, un humano solo nota un ligero hormigueo en la nuca, nada más. Pero, por alguna razón, no podemos ver nada en ti. Logras bloquearlo y ese esfuerzo inconsciente te provoca el dolor de cabeza.

—No deberíais habérselo contado —le reprochó Ghiro a su señor.

—Soy yo quien lo decide.

—Me gustaría saber cómo lo hacéis.

—Es demasiado complicado de explicar e imposible de mostrar —dijo Kishur mientras volvía a adoptar su rostro impávido.

—Yo dije que eres muy hermosa. Y acabo de descubrir que también eres inteligente —comentó Alfar.

Alfar consiguió robar una carcajada a su señor. Él siempre había sido de lo más imprevisible y, sus comentarios, de lo más innecesarios e incoherentes. Logró aliviar la tensión del momento; hasta el anciano se permitió sonreír.

La suave brisa mecía cariñosamente las hojas de los árboles, y algunas caían como pequeños regalos otorgados a quienes estaban bajo sus copas. La luz de las lunas se filtraba en el claro, tenue, contrastando con la furia del fuego. Durante los momentos en que las nubes ocultaban por completo los astros nocturnos, el bosque quedaba en silencio, solo los lobos aullaban alertando de su presencia. Mayara, con los ojos clavados en el suelo, se concentraba en ocultar sus sentimientos, y con los puños cerrados intentaba establecer el ritmo de su respiración. «La humana solo nos traerá problemas, deberíamos arrojarla al río como ha dicho Ádria».

—Kishur. —Alhanna alzó la voz y las risas cesaron. Debía de seguir incomodándoles que lo llamara por su nombre—. ¿Por qué aparecí ante ti?

—No puedo darte una respuesta. Siempre hay una razón para todo, nada sucede por casualidad, al menos, no hechos como este. Ghiro piensa que apareciste para librarme de la espada. —Señaló con la cabeza hacia ella, como si quisiera recordarle lo ocurrido—. Pero puedo asegurarte que los dioses no te enviaron para evitarlo, no soy tan importante.

Ghiro lo miró de reojo y negó con la cabeza.

—Esto se parece mucho a mi mundo.

—Por supuesto, si son tan iguales es porque son mundos gemelos —dijo Ghiro.

—Mundos gemelos... —Alhanna desvió la mirada intentando recordar algo que parecía extraviado en su mente—. En la playa, la figura de mi madre me dijo que debía encontrar al juez y llevarlo de vuelta.

Al oír eso, de pronto, las manos temblorosas de Ghiro se aferraron a su estómago, temeroso por un mal presagio. El resto del grupo dejó de disimular y se puso en pie.

—¡Por todos los dioses! —El anciano consiguió llenar sus pulmones de aire.

—¿Lo conocéis? ¿Conocéis al juez?

—Válganme los dioses, ¡no! Y espero no toparme jamás con semejante ser.

—Basta —ordenó Kishur, a punto de perder la paciencia—. Eres algo descortés, anciano. Los demás, retomad los asientos. Y tú, Alfar, ve a buscar agua al río.

Guardaron silencio mientras el joven se marchaba. Lo quería lejos de allí. ¿Por qué trataba a Alfar como a un niño, si parecía un hombre como el resto? Alhanna estaba desconcertada.

—Te pido disculpas en nombre de todos. —Kishur se pasó las manos por el cabello y lo apartó de su frente—. El juez es un ser que aparece en nuestras leyendas, es una criatura que vaticina terribles desgracias. Su nacimiento está ligado con el fin de todas las razas: deberá juzgar nuestra forma de vivir en el mundo y ejecutar su sentencia. Si nos considera culpables, nos hará desaparecer del mundo con su extraordinario poder. Muchos temen su nombre y lo que representa.

—¿En ambos mundos se conoce la figura del juez? —preguntó Ghiro en voz baja.

—¿Crees que no es posible? —Kishur sonrió al anciano—. Una humana traspasada atravesó corriendo el bosque de Haven huyendo de kalastys que la perseguían, y tú sabes lo veloces que son. Yo vi con mis propios ojos cómo una espada atravesaba su vientre y, sin embargo, no ha muerto. —Señaló hacia ella de nuevo—. En todo lo concerniente a la chica, obviemos pensar que es imposible.

—He de daros la razón —dijo Ghiro.

—Y ahora, Alhanna —el dárico volvió a mirarla—, ¿recuerdas algo más?

—El juez... Él me dijo que era Asthaluss.

De nuevo se hizo el silencio.

Conocían ese nombre, no había duda. Escuchó gruñir al anciano. Kishur no hizo el menor gesto, pero no apartó la mirada de Alhanna.

—No he tenido tiempo de pensarlo hasta ahora, hay tantas cosas dando vueltas en mi cabeza que me resulta difícil ordenarlas. ¡Joder! —La joven se frotó la frente con ímpetu—. Y no tengo ni idea de quién cojones es Asthaluss.

—¿Siempre hablas de ese modo? —preguntó Kishur levantando una ceja.

—¿De qué modo? —replicó Alhanna.

—Olvídalo.

Ghiro carraspeó y recuperó la atención de la joven y su señor.

—¿Cómo se comunicó contigo? ¿Puedes recordar eso? —quiso saber el anciano. Mantenía la compostura, pero su voz denotaba nerviosismo.

—Era mi madre. Mejor dicho, tenía la forma de mi madre. Al hablar, lo hacía con muchas voces al mismo tiempo, y me costaba mucho entender todo lo que decía. Solo puedo recordar algunos fragmentos de la conversación. Me dijo que mi tiempo se estaba acabando. —Negó con la cabeza, era difícil dar sentido a todo lo que explicaba —. ¿Qué cojones significa eso?

—Háblame del juez, ¿qué te dijo exactamente sobre él? —pidió Kishur.

—Dijo que yo debía llevarle al juez, que él debería acabar con los humanos — murmuró sin levantar la cabeza.

—¿Y te pidió que lo buscaras?

—En realidad, no. Me dijo que el juez me hallaría a mí. —Se pasó la lengua por los labios secos. Estaba sedienta—. ¿Sabes qué quiere decir? ¿Cómo va a encontrarme?

Alhanna lo miró con anhelo; deseaba que el dárico le diera una respuesta. Quería que le explicara qué estaba pasando y por qué razón tenía que pasarle a ella.

—Es difícil sacar una conclusión con tan poco. —Kishur le apartó un mechón de pelo de la cara y se lo colocó tras la oreja. Ella relajó los hombros al instante—. Te hemos exigido demasiado, deberíamos conformarnos con que no hayas perdido la memoria por completo.

—Si no debes buscarlo, eso significa que tu llegada hará surgir a ese ser en nuestro mundo de una forma que no podemos ni imaginar —dijo Ghiro con convicción.

Kishur le lanzó una mirada hosca al anciano para hacerle callar.

—Entonces, cuando ese ser aparezca, ¿deberé volver a mi mundo? —preguntó Alhanna.

—Me parece que eso no va a depender de ti, sino del juez —contestó Ghiro.

Era una conversación surrealista; por lo menos, a Kishur se lo parecía. Le incomodaba estar hablando de un ser que solo había llegado a conocer a través de leyendas y canciones, como si fuera real.

—Si el juez debe hallarme, ¿no es posible que lo haya hecho ya? —le preguntó Alhanna directamente a Kishur—. Tú me encontraste, ¿significa eso que eres el juez?

Él soltó una sonora carcajada. Fue el único que rio, pero no por eso dejó de parecerle divertido. ¿Que él era el juez? Podía ser muchas cosas, pero no una criatura

destinada a acabar con las razas del mundo.

—No, Alhanna. No soy el juez.

Ella se mostró decepcionada. Kishur pensó que era comprensible. Deseaba regresar a su mundo, volver a reunirse con las personas que había dejado atrás. Pero él no creía que fuera posible que encontrara a esa criatura ni que pudiera volver a Asthaluss.

—Hemos tenido suficiente hoy, necesitamos descansar. —Kishur sonrió a la joven, había comprendido que ese gesto la tranquilizaba—. Ya tendremos tiempo para explicaciones, no vamos a resolverlo todo en una sola noche.

—Al menos, dime quién es Asthaluss.

—Es el nombre del mundo del que procedes —respondió Kishur—. El mundo que has dejado atrás y al que no volverás.

Alhanna abrió los ojos, descorazonada.

—Perdona si mis palabras te han parecido duras. Debes comprender que estoy acostumbrado a tratar con hajaeks. A ellos no les afectaría algo así.

—Bien entonces. Allí no tenía nada. —«Nada», pensó, «salvo un cadáver a mi espalda»—. Cualquier lugar puede servirme, supongo.

El anciano se puso en pie y se sacudió los pantalones. Después, fue hacia el otro lado del campamento mientras mascullaba algo indescifrable.

—Puedes usar mi cama —le dijo Kishur mientras se incorporaba.

Todos estaban preparándose ya para ir a descansar. Alfar estaba volviendo del río y Kishur sonrió al pensar que el joven dormiría con la armadura. Se acarició el pecho y recordó que él también la llevaba puesta. Eran iguales, grabadas con hojas de hiedra, hechas a medida. Asintió conforme: de todos modos, haría guardia esa noche. Mayara pasó por su lado, y la vio inclinar la cabeza hacia Alhanna.

—Ven conmigo —la escuchó decir a su espalda—. Tu nombre era Alhanna, ¿cierto? Te diré dónde vas a dormir.

—Me gustaría beber agua, tengo mucha sed.

Kishur fue hacia la hoguera y acercó las manos al fuego para calentarlas. Durante un rato, olvidó cuanto sucedía a su alrededor y contempló las llamas, ensimismado. No podía dejar de pensar en el juez y en la relación que pudiera tener con Alhanna.

—Mi señor —Alfar lo interrumpió. Le tendía las dos espadas.

—Gracias.

Cogió el arma más larga y la cruzó a su espalda, dejando que Alfar le abrochara las correas. La otra era más corta y la sujetó a su cintura. Kishur posó una mano sobre el hombro derecho del joven cuando terminó.

—Yo haré guardia al otro lado del río, no regresaré en toda la noche. Cuida de ella y, si algo sucede, mantenla a tu lado y no la pierdas de vista. —Le puso la mano en el hombro y presionó un poco—. Alfar, no te fíes de ella. En ocasiones, el miedo hace actuar de forma ilógica.

El joven asintió y Kishur lo dejó para abandonar el campamento. Ádria ya no

estaba; debía de haberse subido a algún árbol para tener mejor panorámica del entorno. Ambos harían la guardia esa noche. Sin darse cuenta, detuvo sus pasos cerca de Alha-
nna. La joven estaba cogiendo la taza con agua que Mayara le ofrecía. Pensó en las palabras que le había dirigido momentos antes, al decirle de forma tajante que no volvería a su mundo. Habría esperado que se asustara o que llorara. Sin embargo, después de la sorpresa, había mostrado una infinita indiferencia. «¿Quién eres realmente, Alhanna?».

Todos estaban acostados alrededor del fuego. Ghiro y Borat roncaban de forma admirable mientras Alhanna contemplaba las llamas de la hoguera deseando que no se apagaran en toda la noche. Había visto a Kishur entrando en el río. Por primera vez en dos días, estaba tranquila y podía disfrutar de un poco de soledad para tratar de ordenar sus ideas. No le importaba la razón por la que había viajado hasta allí, ni si debía encontrar a ese juez. Sonrió. Iba a librarse de la cárcel después de todo.

Kishur observaba el curso del río, absorto en sus pensamientos. La corriente era rápida, pero atravesarlo a pie no representaba ningún problema, ya que allí el agua solo alcanzaba la altura de sus rodillas. Olía a cieno y a animal muerto. Estaba subido a una roca alta, se había encaramado para que el légamo del río no se le pegara a las botas. Le había costado limpiarlas contra la hierba. Los aullidos de los lobos lo mantenían alerta. Debían encontrarse a mucha distancia, pero lograba escucharlos a pesar del ruido impetuoso del río. Al otro lado, la hoguera ardía como un punto escarlata en mitad de la oscuridad.

Hacía girar sin parar una pequeña cajita de plata entre sus manos. El frío del metal acompañaba los latidos de su corazón. Estaba tratando de ordenar sus ideas; habían sido días muy intensos y tenía la certeza de que todo aquello solo era el comienzo de algo mucho más grande. En unas pocas semanas, habrían llegado a Alviat. Sonrió y casi fue un gesto de alivio; apretó la pequeña caja en su mano, dejando que las esquinas se le clavaran en la piel. De nuevo, rememoró cómo la humana había aparecido, interponiéndose entre la espada y él. ¿El kalasty habría logrado matarlo de no haber sido por Alhanna? Hacía mucho tiempo que nadie conseguía acercársele tanto. «Me distraje de forma imperdonable». No pensaba confesarlo. Lo cierto era que, mientras luchaba con el kalasty, había notado cómo el mundo palpitaba bajo sus pies, como si intentara avisarlo de algo. Él no era tan creyente como fingía ante los demás, así que no tenía ni idea de cómo explicar lo ocurrido. Había sido como si el mundo lo estuviera avisando de su llegada. Quizás solo se había tratado de un mero temblor de tierra.

Algo se movió a su alrededor y el aire pareció espesarse. Escondió la cajita en un

bolsillo oculto de su capa. Contuvo la respiración, atento a cualquier indicio que le dijera qué estaba ocurriendo. Un soplo de aire cálido comenzó a danzar a su alrededor, levantando las hojas secas y diminutas gotas de agua. Kishur cerró los ojos y escuchó atento los débiles susurros que el viento transportaba, inhalando aquel peculiar olor a jazmín tan familiar y tan desagradable a la vez.

Saltó y cayó en la húmeda tierra de la vera del río. Los pantalones de piel le quedaron salpicados de lodo. En sus ropas se marcaba la musculatura de sus piernas, y sus botas de caña alta se hundieron levemente en el barro bajo su peso. Desenvainó la espada de su cintura, despacio, observando cómo la hoja reflejaba a los soldados que lo rodeaban. Apretó la empuñadura con la mano enguantada en acero. Eran ocho, vestidos con las ropas color oliva del comando de Ogrora; reconoció los bordados de garras de dragones que llevaban en el pecho. Maldijo entre susurros. Se acercaban a él. Kishur retrocedió unos pasos.

Sintió el movimiento a su espalda, efectuó un giro completo para esquivar el ataque de uno de los kalastys, se posicionó con un rápido movimiento a su espalda y lo atravesó a la altura del vientre. Desde su derecha, otros dos se abalanzaron contra él. Los abatió sin dificultad. Un cuarto soldado tomó posición frente a él, y Kishur sonrió al percibir el miedo en su rostro, mezclado con rabia. Los demás lo estaban rodeando, pero no les prestó atención, lo encerraban en un círculo manteniendo una distancia prudente, dejando a ambos contrincantes encerrados en el interior. No importaba, podía matarlos a todos.

Recordaba aquella situación.

—Es suficiente —dijo Ogrora, que apareció frente a él, empujando al soldado que intentaba enfrentarse al dárico como si no tuviera la menor posibilidad.

Kishur cerró los ojos. Por un instante le pareció haber vuelto al pasado, y sonrió. Todos se replegaron y comenzaron a alejarse, pero Kishur no se inmutó, pues sus oscuras pupilas ya tenían apresado a Ogrora, y estaba convencido de que Ádria vería llegar a los soldados desde su puesto de guardia. Las ropas del kalasty eran distintas a las de sus soldados: negras, con un dragón escarlata bordado en el pecho. La cicatriz que atravesaba su ojo derecho le demacraba el rostro, y un parche le ocultaba la cuenca vacía.

—Dárico, tú y yo tenemos algo pendiente, ¿no lo crees?

—Te he esperado largo tiempo —gruñó el dárico con su potente voz.

Hubo una leve vacilación en los movimientos del kalasty, y el dárico supo que estaba controlando su miedo y, a la vez, su ira. «Esto acaba aquí».

Alhanna no conseguía coger el sueño, le era imposible después de haber dormido todo el día y gran parte de la noche anterior y, aunque el cansancio seguía pesando sobre ella como una gigantesca losa, su mente estaba despejada y activa. Tenía muchas cosas en las que pensar. ¿Debía intentar escapar de esa gente tan extraña?

¿Huir de Kishur? La mera idea la hacía temblar bajo las mantas. Alguien la observaba, y eso le provocaba un desagradable cosquilleo en las sienes y la nuca. Quedo inmóvil, fingiendo dormir. Al cabo de un rato, el malestar desapareció. Cuando Kishur le ofreció su cama no había imaginado que se trataría de dos simples mantas. Jamás podría descansar de aquel modo, necesitaba su almohada de plumas, el ruido de la cuidad y las luces inundando su habitación. Había demasiados sonidos procedentes del bosque, todo parecía estar vivo y los aullidos de los lobos le erizaban la piel. Tenía miedo.

Ádria sonrió cuando la joven se quedó por fin inmóvil. Pensaba que iba a estar agitándose toda la noche como la cola de una lagartija. No es que el descanso de la joven le importara, pero temía que intentase escapar. Aunque quizás fuera lo mejor, que huyese y se la comieran los lobos. Estaba subido a un arce, encaramado a una gruesa rama desde la que tenía una visión perfecta del claro; en varias ocasiones, había logrado distinguir la silueta de su señor al otro lado del río.

A pesar de la quietud del entorno, algo no iba bien. Nada se movía, solo los lobos rompían la tranquilidad del bosque con sus aullidos lejanos. Se rascó el mentón donde le crecía la barba, rebelde y oscura; llevaba demasiados días sin afeitarse. Algunos mechones de su cabello negro escapaban de la cinta y le caían sobre la cara. Mirando hacia el río, volvió a abrocharse los guantes de acero y se aseguró de tener bien sujeta la capa, que el viento hacía ondear. Algo iba mal, lo presentía

Necesitaba concentrarse, distraerse como lo había hecho mirando a Alhanna era un error imperdonable. Muy despacio, repasó con los dedos el fino relieve del pecho de su armadura de plata envejecida con los dedos. Recorrió con la yema el grabado del árbol sin hojas y la luna tras él.

Prestó atención y miró en derredor tratando de encontrar el motivo de su azoramiento, y lo halló en el río. No había distinguido el sonido a causa del ruido de la corriente, pero vio las sombras que lo cruzaban. Gruñó mostrando los dientes al darse cuenta de su negligencia. Sus compañeros, dormidos, no iban a tener tiempo para armarse, porque el enemigo ya estaba demasiado cerca. ¿Cómo había ocurrido?

Bajó del árbol, desenvainó la espada que llevaba a la cintura y corrió hacia el río mientras gritaba:

—¡Emboscada!

Todos se despertaron. Ádria pasó como una exhalación atravesando el claro, sin que los otros apenas tuvieran tiempo de verlo mientras se ponían en pie. Enmendaría su error. Darles tiempo era lo único que podía hacer.

La oscuridad de la noche cobijaba a los dos contrincantes, solo las luces de las lunas iluminaban la escena, interrumpidas en breves ocasiones por alguna nube despistada.

Kishur estaba parado en el mismo sitio con la espada fuertemente aferrada en la mano derecha. Observaba al kalasty que trataba inútilmente de mantener la calma y parecer confiado. Ogrora avanzó unos pasos acortando la distancia que los separaba, intentando evaluar la pasividad del dárico, ansioso por abalanzarse sobre él.

—Nunca aprenderás —le dijo Kishur con aplomo. Conocía sus intenciones—. Soy un dárico y tú un kalasty cegado por el rencor, sabes cómo acabará esto.

—¿Tan seguro estás? El pasado cuenta otra cosa.

—Era joven, pero a pesar de eso, te arranqué el ojo.

Ogrora apretó los dientes con fuerza y mantuvo la calma que había estado guardando. No había llegado tan lejos para caer en las redes del dárico gris.

Kishur escuchó el grito de Ádria, proveniente del otro lado. Cerró los ojos un instante para concentrarse, no estaba dispuesto a dejarse llevar por el deseo de matar al kalasty. Ogrora corrió hacia él y atacó por la derecha. Pero la espada del dárico ya lo estaba esperando. Kishur notó un ligero calambre en la muñeca; su rival era tan fuerte como recordaba.

Los movimientos de ambos eran rápidos, seguros y recios; solo el conocimiento que tenían sobre su adversario los ayudaba a prever el ataque y esquivarlo, Ogrora con mayor dificultad, puesto que tenía que concentrarse para que el dárico no leyera su rostro mediante la visión. El cabello plateado de Kishur se derramaba por su cara enmarcando sus ojos negros. Observaba cada gesto de Ogrora.

—¿Es que no vas a tomarme en serio? —preguntó Ogrora, enfurecido.

Kishur tensó los labios en una media sonrisa; el kalasty tenía razón. Volvió a atacarle y Kishur detuvo el golpe y se desplazó con agilidad hacia un lado, al tiempo que arañaba la cara de su oponente con la punta de la espada. Ogrora se llevó dos dedos a la herida y contempló la sangre que los manchaba. Ambos tomaron distancia mientras preparaban el nuevo ataque. Podía oír la lucha al otro lado del río. Kishur sintió la urgencia de acabar de una vez y acudir en ayuda de sus compañeros. Enderezó su cuerpo y guardó la espada en la vaina que tenía atada a la cintura. Con movimientos ágiles, desenvainó el arma que llevaba cruzada a la espalda. La hoja era fina y ligeramente curvada. Ogrora contuvo el aliento: conocía la espada.

—Voy a tomarte en serio —dijo Kishur.

Flexionó las piernas, pasó la derecha atrás formando una línea recta con su cuerpo; enderezó el brazo izquierdo y levantó horizontalmente la espada a la altura de sus hombros. Una sonrisa felina se dibujó en sus labios, y el kalasty retrocedió unos pasos.

Corrió hacia Ogrora a la vez que gritaba en dárico, con una voz profunda y ronca capaz de hacer temblar a una horda de kalastys. Las aves volaron de los árboles alejándose del peligro, y las bestias nocturnas aullaron con fuerza. Unas truchas saltaron en el río y un zorro corrió hacia el sotobosque.

—¡*Restralag io náeda*!

«Venceré sin derramar mi sangre».

En la otra orilla del rio, Ádria trataba de impedir que los kalastys alcanzaran el claro. Ya eran tres los que habían abandonado el agua, y sus cuerpos estaban tendidos en el suelo. Quedaban tan solo dos por cruzar el río, y justo cuando pensó que podía acabar con ellos, otros diez aparecieron por la vera desde el otro lado. Sus rostros se difuminaban tras la oscuridad de la noche. Algo seguía chapoteando en el agua. Ádria saltó hacia atrás para esquivar el puñal de uno de ellos, después giró y se cubrió para que la espada del mismo atacante no lo cortara en el hombro. Eran demasiados. Lo rodearon.

Desde la izquierda, vio las sombras de otro grupo que se acercaba. Se abrió paso con la espada y rompió el círculo que lo mantenía encerrado; hirió gravemente a un kalasty en la pierna y logró abrirle el vientre a otro, que cayó a sus pies con los ojos desorbitados. Mientras luchaba con otro adversario, una espada lo hirió en el brazo y Ádria bramó enfurecido. Una flecha pasó rozándole el rostro y se clavó en la garganta del kalasty, que cayó fulminado hacia atrás.

La sangre del brazo le comenzó a empapar la mano y le descendía por la espada, manchando la hoja de acero. Sonrió de forma siniestra mostrando el brillo de sus dos colmillos. La herida lo estaba debilitando; perdía mucha sangre, pero no importaba, lucharía igualmente. Escuchó la voz de Borat, que le ordenaba regresar con ellos.

Alfar había despertado con el aviso de Ádria y, con legañas en los ojos, lo había visto correr en dirección al río. Como un resorte, se puso en pie; gracias a su promesa de dormir armado fue el primero en reaccionar. Recordó la advertencia de su señor, así que, sin meditarlo demasiado, se dirigió hacia la humana que miraba estupefacta al grupo mientras se armaba. La asió del brazo sin miramientos y la condujo hacia la hoguera. En tan solo un momento, los demás los rodearon mientras terminaban de ajustarse las correas y los guanteletes.

Miró a Alhanna y supo que estaba asustada. Temblaba. La agarró de una mano y, con la otra, desenvainó la espada. Tottem-Hon tensó el arco y disparó hacia el lugar donde Ádria debía de encontrarse. El humo le impedía ver la orilla del río.

—¡*Ádria*, *aslhae*! —le ordenó Borat, sin moverse de su sitio.

Alfar alcanzó a ver como el hajaek corría en su dirección, seguido por los kalastys. Tottem-Hon disparó otra flecha, que alcanzó al soldado más cercano a Ádria. Pero eso no logró amedrentarlos, solo los envalentonó para que apretaran el paso, enfurecidos.

—¡Mantened la posición! —gritó Borat—. ¡Mantenedla!

—¡Le dan alcance! —Mayara adelantó un pie.

Mayara se arrancó la manga de la camisa y la cortó con la espada; fue la encargada de recibir a Ádria. Mientras este alzaba el brazo herido con un gran esfuerzo, ella, con una rapidez sorprendente, le hizo un torniquete mientras tomaban posición junto a los demás. Ambos se movían con una eficiencia que parecía

ensayada.

—¡No dejéis kalasty con vida! —Borat alzó su espada y flexionó las piernas. Se dijo que eran muchos y sonrió casi con alegría—. *¡Restralaf!*

Alhanna gritó cuando los kalastys llegaron y chocaron con la barrera de dáricos. Intentó zafarse del agarre de Alfar, incluso le asestó varias patadas, dejándose llevar por el pánico. El joven no cedió ni un ápice; absorto en la batalla que se producía ante sus ojos. Borat se estaba destrozando la voz impartiendo instrucciones. Alhanna estaba asustada, muerta de miedo, temblaba y le dolía el estómago. Quería salir de allí, correr hacia el bosque y esconderse donde nadie pudiera encontrarla; donde el silencio la resguardara de los gritos atroces y la sangre dejara de salpicar el suelo.

Alfar la empujó con brusquedad, y un puñal se clavó en el suelo cerca de sus pies. Alhanna lo recogió y se quedó mirando la afilada hoja. Por un momento, los sonidos de su alrededor desaparecieron, y miró el reflejo de las llamas en el cuchillo. Le pareció hermoso. Alfar continuaba sujetando su mano con obstinación.

—¡Puedes soltarme! —exclamó Alhanna—. No me moveré de aquí, pero no dejes que me maten... No te alejes mucho.

Alfar asintió y soltó su mano. Fue hacia Ghiro, que estaba teniendo problemas para arrancar su espada de uno de los cuerpos. Tuvo que cubrirlo con su espada mientras el testarudo anciano recuperaba el arma. La hoguera imprimió su sombra sobre la vieja armadura del kalasty; Ghiro le cortó la cabeza, que rodó hacia el interior del círculo.

La joven se alejó de la cabeza, acercándose demasiado al fuego. Sentía el vómito subir por su garganta; aferraba el puñal con fuerza.

Borat estuvo a punto de caer al suelo al tropezar con un trozo de madera. Alfar logró sostenerlo y lo ayudó a tomar impulso para contraatacar. Bufó cuando lo escuchó reírse. La situación no tenía nada de divertida. Se preguntó dónde estaba su señor. Un kalasty consiguió romper la formación y pasar entre ellos arrastrándose por el suelo. Agarró el tobillo de Alhanna y derribó la joven tirando de ella. Ella logró poner una mano delante y evitar el golpe brusco en la cara, pero al ver quien se aferraba a su pierna gritó angustiada. Alfar contuvo el aliento mientras trataba de ayudarla. Borat saltó sobre el atacante, primero le cortó el brazo para liberar a Alhanna y luego lo remató. La joven miró la escena conmocionada, sin poder apartar la mirada del cadáver.

Alfar intentó ayudar a ponerse en pie a Alhanna; le tendió la mano, y ella iba a cogerla cuando un kalasty saltó sobre su espalda. Era delgado y apenas pesaba. Alfar logró deshacerse de él y Mayara apareció de pronto, le cortó el vientre y regresó a su posición mientras el kalasty trataba de cubrirse el tajo, sujetándose los intestinos entre los dedos. El hedor que desprendía la herida abierta mareaba.

Todo ocurría tan deprisa que Alhanna no era capaz de concentrarse en una escena concreta, todo a su alrededor parecía desmoronarse, todo eran cortes, golpes y gritos que resonaban en su cabeza. Gritó de nuevo al sentir una mano en su hombro.

—¿Estás bien? —Alfar la cogió de las axilas para ponerla en pie—. ¿Estás herida?

Alhanna se apartó de él y comenzó a vomitar.

Ogrora saltó hacia su oponente con el arma cruzada, y Kishur lo bloqueó; estaba perdiendo la paciencia. Los ataques del kalasty eran cortos y veloces, sin estrategia alguna. No buscaba hacerle daño, solo agotarle. Y lo conseguiría, porque la espada pesaba demasiado para seguir la velocidad de los movimientos de su adversario.

Ogrora rio.

—Si tanto miedo le tienes a mi espada, sería mejor que huyeras en lugar de hacerme perder el tiempo. —Kishur sonrió. Supo que lo enfurecía.

—Maldito seas, dárico gris —siseó entre dientes—. ¡Maldito seas por siempre!

Ogrora pasó al ataque y se lanzó hacia él. Las espadas chocaron. La saliva le empapaba la barba oscura y la piel grisácea le brillaba por el sudor. Sabía que el dárico estaba cansado, estaba seguro de que el peso del arma lo iba debilitando. Pero no mostraba ni el menor síntoma de desgaste. Kishur le sonrió de nuevo.

—Algún día, tropezarás. —Ogrora escupió al suelo. Sintió que la sangre le ardía en las venas—. La chica humana a la que has decidido proteger será tu perdición. Y creo que lo sabes. Entrégamela y retiraré a mis soldados.

No había contado con que Ogrora escogiera una salida para eludirlo a él y a su espada. No pudo evitar sentirse decepcionado. Kishur apretó el puño de la espada con fuerza, respiró profundamente y la levantó. El aire le sacudió el cabello gris. Por un instante, se vio rodeado de kalastys, vio la fuente cubierta por la nieve, escuchó los alaridos de los humanos que estaban siendo devorados; vio su mano manchada de sangre, encerrando el ojo de Ogrora. Respiró de nuevo. «Aquel no era yo».

—Vas a morir, Ogrora.

Dio un paso atrás y, apoyándose sobre la rodilla derecha, se lanzó con toda su fuerza hacia él. Sus pies se separaron del suelo con un salto tremendo que despistó al kalasty. La hoja cayó sobre su hombro derecho y Ogrora gritó.

Kishur no se detuvo, fue atravesando el cuerpo de su oponente mientras la sangre le salpicaba en la cara y las ropas; Ogrora perdió la voz y su rostro se deformó por el lacerante dolor. Sus ojos no lo abandonaron en ningún momento. Siguió cortando, carne, órganos y hueso, separando el cuerpo en dos mitades hasta la altura de la cintura. Las vísceras de Ogrora se desparramaron por todas partes. Kishur soltó el arma y se tambaleó. Acabó por apoyarse en una de las rocas, sin aliento. Contempló el cadáver de Ogrora en la orilla del río. El agua arrastraba todo lo que podía, como si quisiera limpiar la escena lo antes posible. Observó el rostro de aquel a quien había esperado durante ágaras, y no se sentía más aliviado. La espada seguiría pesando demasiado en sus manos.

El fuego estaba a punto de extinguirse, solo resistían los últimos rescoldos y una fina llama que iluminaba las armaduras de los dáricos. Estaban cansados y en silencio. Borat estaba sorprendido de que todos estuvieran vivos, lo más grave que podían lamentar era la herida de Ádria en el brazo.

—¿Cuántos han logrado huir? —quiso saber Ghiro—. Yo conté cuatro.

—Algunos más que no tardarán en recuperar fuerzas y volver. —Borat escupió—. No entiendo la razón de su huida, nos estaban acorralando. Y ninguno de estos de aquí parece ser su comandante.

Había una docena de cuerpos tirados en el suelo y el hedor empezaba a extenderse. Alhanna estaba acurrucada a un lado, pensando en todo lo que acababa de ocurrir mientras los demás revisaban sus heridas. Le temblaban las manos y seguía con el estómago revuelto. Había sido testigo de cosas que jamás pensó que llegaría a ver. Enterró la cabeza entre los brazos.

—¿Estás bien? —Levantó la cabeza; no conocía esa voz.

—Sí.

Era joven y muy rubio, parecido a Alfar, pero sin inocencia en el rostro. Se estaba limpiando una herida en la muñeca izquierda. Tenía las ropas de cuero manchadas de sangre, no había tenido tiempo de ponerse la armadura. Se pasó el antebrazo para limpiarse el rostro, que a Alhanna le pareció atractivo.

—¿Cuál era tu nombre?

—Eltsay. —Sonrió mostrando dos colmillos que le arañaban el labio inferior.

Escucharon al anciano maldecir y ambos miraron en su dirección. Eltsay se marchó, dejándola sola de nuevo. Ghiro gruñó. Ádria estaba sentado, permitiendo que Ghiro examinara su herida. Iba a ponerse en pie cuando la mano del anciano lo retuvo.

—Estate quieto —le ordenó—. La herida es profunda, hay que coserla.

—¡Lástima que no se la hicieran en el cuello! —gritó Borat.

Ádria cerró los ojos. Les habían tendido una trampa y él no había sabido verlo por haberse distraído con la humana.

—Vas a tener que dar muchas explicaciones, Ádria —continuó Borat mientras señalaba hacia el río.

Todos siguieron el curso de su dedo, incluida Alhanna. Era Kishur. Estaba saliendo del agua con la espada curva en la mano derecha. Sus ropas estaban empapadas de rojo escarlata y tenía el cabello apelmazado. Su mirada torva hubiese podido prender fuego al bosque entero. A la joven se le secó la garganta. En aquellos momentos, había desaparecido de su rostro cualquier rasgo amable; la oscuridad de sus ojos le provocó una inevitable sensación de estupor. Alhanna se rebulló en su sitio. Por primera vez desde su encuentro, tuvo miedo de él.

El silencio de los dáricos se prolongó hasta que su señor los alcanzó. Repasó rápidamente con la mirada el llano, la hoguera apagada y esparcida, los cadáveres. Envainó el arma a su espalda y comenzó a desabrocharse el guantelete derecho

mientras caminaba hacia Ádria. El hajaek se puso en pie de inmediato. Cuando tuvo la mano libre, estiró los dedos para desentumecerlos, el peso de la espada le había dejado la muñeca y la mano doloridas. Miró al hajaek largamente cuando lo tuvo delante.

—*¡Escaleat!* —lo insultó Kishur. Escupió saliva al gritar.

Kishur le asestó un puñetazo en la nariz. Ádria retrocedió unos pasos, pero logró mantenerse erguido y no caer de culo al suelo.

—¿Creéis aconsejable tal cosa? —preguntó el anciano, airado, mientras se daba un fuerte tirón de la barba—. La herida es grave.

—Debe estar agradecido de que antes me quitara esto. —Levantó el guante de acero a la altura de su rostro y lo movió ante los ojos de Ghiro—. ¡Y de que todos estén vivos!

—Claro que lo estamos. —El anciano suavizó el gesto, lo último que necesitaba era enfadar a Kishur—. No existe nadie infalible, ha cometido un error, solo eso.

—¿Y lo dices tú? ¿Acaso me tolerabas a mí esta clase de faltas?

—Soy muy viejo para acordarme. —Tensó los labios en una enorme sonrisa que, aunque resultó bastante forzada, logró quitar algo de peso a la situación.

Mayara carraspeó. Vio a Kishur asentir y entonces la dárica corrió hacia Ádria para socorrerlo. Cubrió su rostro con un paño que enseguida quedó empapado. Kishur los miró a todos, uno a uno. Él mismo había caído en la emboscada, no los había visto llegar.

—Tiene suerte de no estar en Alviat y deberos obediencia a vos, yo no me habría conformado con un simple golpe en la nariz —dijo Borat mientras anudaba la funda de su arma al cinto de su cadera.

Kishur se rascó la mejilla izquierda y le sonrió. Vio como Ádria volvía a sentarse. Estaba pálido.

—¿Tan grave es la herida? —preguntó Kishur al anciano.

—Sí, es bastante fea, le impedirá luchar por algún tiempo. Pero esto no le matará, así que puede estar agradecido —razonó Ghiro, que rebuscaba entre sus cosas—. Tengo que coserla enseguida.

—¿Necesitas hacerlo ahora? —Borat estaba ansioso.

—¡Claro que sí! ¡Habrase visto!

—Podré aguantar, mi señor —dijo Ádria a través de la tela que cubría su nariz y boca—. Puedo hacerlo, por mi honor.

Todos lo miraron, esperando una orden. Kishur iba a pasarse la mano por el cabello para echarlo hacia atrás cuando recordó que lo tenía cubierto de sangre. Miró la palma abierta y creyó ver en ella el ojo derecho de Ogrora.

—Ghiro, tienes el tiempo justo que tardemos en recoger, hazle una sutura de urgencia y no te entretengas, ya tendrás tiempo de arreglarlo cuando hayamos salido de aquí. —Esquivó la mirada de inquina de Ghiro—. Y los demás, dejadlo todo para poder partir de inmediato. Llevaos solo lo imprescindible, ¿lo habéis entendido?

Nada de cacerolas ni cuencos ni cucharones, solo lo que nos sirva para luchar. —Giró la cabeza hacia el río con la furia marcada en su rostro—. ¡Eltsay! ¿A dónde vas?

—Necesito acercarme al río. —El joven sonrió cambiando el peso de su cuerpo de un pie a otro.

—Si Ádria puede aguantar con su herida y esperar, tú podrás hacerlo —gruñó Borat malhumorado—. Siempre puedes mearte en los pantalones.

Recogieron con rapidez y ensillaron los vargums. No se molestaron en quemar o cubrir los cuerpos de los kalastys, no había tiempo. Por unos momentos, Kishur había olvidado a la joven por completo.

Tottem le entregó a Kishur las riendas de Ceara. El dárico montó y dirigió al animal hacia Alhanna.

—Vamos, monta. —Le tendió la mano.

—¡Y una mierda! —gritó Alhanna poniéndose en pie—. ¡No me moveré de aquí! ¡Estáis todos locos, no pienso ir con vosotros a ninguna parte! ¡Me matarán por vuestra culpa! ¡Joder!

Kishur la miró desde las alturas. Estaba serio, y la vena de su sien palpitaba, hinchada. La joven aguantó la respiración, todo su ímpetu se había esfumado. Deseó buscar a Alfar, pero los oscuros ojos de Kishur parecían retenerla. Sin la hoguera, todo estaba en penumbra, y solo podía verlo a él.

—Me has conocido en un buen momento y quizás eso te haya dado una imagen equivocada de mí. —Hablaba en voz baja, pero el tono era suficiente para amedrentarla—. Intento ser comprensivo, porque nada conoces de nosotros, pero estoy acostumbrado a que todos acaten mis órdenes, y no estoy dispuesto a educarte. Mi paciencia es efímera, Alhanna. Te lo diré solo una vez: deja de decir palabras malsonantes y de negar mis directrices. Puedes acompañarnos en silencio o puedes hacerlo amordazada. Elije.

Las nubes comenzaron a tapar la luz de las lunas; iba a llover. Olía a humedad, a tierra mojada. En lugar de tomar el camino que bordeaba el río y lo cruzaba por un antiguo puente varios kilómetros más adelante, se adentraron en la espesura con la esperanza de que la lluvia borrara sus huellas. Kishur dirigía la marcha, agarrando a la joven con el brazo izquierdo, temiendo que cayera de la montura. No tenía tiempo para hacer que comprendiera. «Debe obedecer», decidió. «Eso la mantendrá con vida».

—Estáis locos —susurró Alhanna acongojada.

—Ya lo has mencionado antes.

—No se ve absolutamente nada, deberíamos habernos quedado en el claro, con esta oscuridad caeremos por un barranco.

Él guardó silencio, respiró hondo y vació sus pulmones. Alhanna sintió el cálido aire bajar por su nuca.

—Nunca te rindes. —Kishur apoyó la barbilla sobre la cabeza de la joven—. ¿No

eres capaz de entender que nosotros somos lo único que puede salvarte?

—No, me matarán por vuestra culpa. —Sintió ganas de llorar.

—Lo más probable es que a nosotros nos maten por la tuya —dijo Borat, que iba justo detrás de ellos—. Pero no tiene la menor importancia, porque ahora eres nuestro problema. Nuestro llorica y mal hablado problema.

Alhanna sintió el bufido de Kishur.

—¿Por qué os atacaron? —preguntó la joven—. ¿Sois enemigos?

—Lo somos, aunque no siempre fue de ese modo. Hubo un tiempo en el que logramos convivir en paz. La guerra de las razas nos dividió a todos, incluso a los kalastys. Nos separamos en dos bandos y algunos pueblos quedaron segregados por defender ideas contrarias. Solo nosotros nos mantuvimos unidos. Han pasado casi dos mil ágaras, pero somos incapaces de olvidarlo. Sobre todo los kalastys, que se enfrentaron a nosotros y lucharon contra sus propios hermanos. Siempre nos culparon de su división. —Kishur guardó silencio, meditando sus propias palabras—. Ahora, todo está cambiando: los kalastys se unen de nuevo como pueblo, y están sedientos de poder y de odio. Llevan varias ágaras emigrando hacia las montañas Avíseas y atacan a cuantos encuentran a su paso. Cada vez con menos piedad.

—¿Y todo eso en qué me afecta a mí? Me persiguieron cuando llegué y, durante la lucha de esta noche, intentaron atraparme. —Alhanna apretó los dientes para impedir que le castañearan.

—Es cierto. Por alguna razón, te buscaban a ti —dijo Kishur al recordar las palabras de Ogrora, sin preocuparse por la reacción de los demás, que lo desconocían —. En Fraem-Lab podremos buscar respuestas y dar sentido a cuanto está sucediendo.

Los demás guardaron silencio. Alhanna trató de calmarse, pero le era imposible hacerlo ante la oscuridad que los rodeaba.

—Caeremos por un barranco —insistió la joven.

—No hay barrancos, viajamos por una zona llana. Te contaré un secreto sobre nosotros, y si sirve para que estés más tranquila y dejes las quejas, habrá merecido la pena. —Kishur bostezó y agitó la cabeza para expulsar el cansancio—. Para nosotros, los dáricos, no existe la oscuridad.

Había comenzado a llover. El río seguía arrastrando los restos y desechos del bosque y los arremolinaba en charcas estancadas. También se llevaba los restos de un cuerpo partido en dos. El único ojo de Ogrora estaba abierto, mirando a la nada. La mujer se inclinó un poco hacia él. Su vestido color burdeos, empapado, se manchó de lodo.

Era una noche preciosa, a su parecer. Las finas gotas comenzaron a caer con timidez y chispeaban sobre la superficie del río. Se acomodó el cabello húmedo, colocando los bucles detrás de sus orejas puntiagudas. La lluvia mojó su piel tostada y la enfrió, erizando su vello e irguiendo sus pezones. Un animal se movía entre las

cañas y chapoteaba en el agua. La corriente del río transportaba veloz hojillas y ramas caídas. Escuchó el sonido de una lechuza. El mundo estaba en calma, parecía dormitar sobre un remanso de tranquilidad otorgado por la noche. Las cobardes lunas se escondían detrás de los nubarrones que iban agolpándose. Suspiró al observar de nuevo el cuerpo de Ogrora, partido en dos. «Sí, realmente es una noche magnífica».

Górgora

Kishur hizo girar al vargum hacia la derecha para cambiar de camino. Le acarició la crin. Habían abandonado la comodidad del llano horas atrás y estaban atravesando un paraje escarpado que se extendía entre cañones rojizos y ocres. La marcha era lenta, y solo se oía el relinchar de los animales y el sonido de los cascos sobre el suelo retumbando contra las paredes rocosas. El cielo despertaba despejado, de un azul brillante. Abandonar el campamento los había privado de un merecido descanso, los vargums se encontraban exhaustos y Kishur podía oír en la distancia los cansados jadeos de Ádria. Ya era suficiente. Abandonó el sendero y bajó de su montura. Ató al vargum a un árbol escuálido. Los demás lo imitaron en silencio, porque no había ánimo ni necesidad de hablar.

—Tottem y Eltsay, tomad sacos y acompañadme —indicó Borat, cortante—. Los animales necesitan agua, la tomaremos de las charcas que hay justo abajo.

—Como digas. —Eltsay estiró los brazos.

Tottem-Hon hizo una señal de conformidad: llevó el dedo índice de su mano derecha desde la boca hacia el corazón con un rápido movimiento.

—Estaría bien que de camino consiguierais algo para comer. —Ghiro suspiró al sentir su estómago vacío—. Aunque no veo ni un maldito pájaro desde hace rato.

—Queda algo de carne seca; poca, pero suficiente —dijo Mayara.

—Dudo que con eso baste, tengo mucha hambre —comentó Ghiro.

Alfar y Mayara ayudaron a Ádria a bajar del vargum y lo sentaron bajo la escasa sombra del árbol. El hajaek estaba sudando y parecía tener fiebre. El anciano cogió un saco de cuero que colgaba de su silla de montar y fue hacia ellos. Suspiró cansado, tenía una ardua tarea por delante.

—Debimos coser la herida adecuadamente y no hacer un remiendo.

Le hizo un gesto con la mano a Alfar para que le dejara sitio al lado de Ádria. El joven fue a sentarse bajo otro árbol, apartado de ellos.

—Enséñame esa herida, veamos qué podemos hacer con ella.

—No es tan grave. —Estaba muy pálido y hablaba impasible—. Exageras.

—Claro, claro.

Kishur ayudó a Alhanna a bajar del vargum. La joven trastrabilló y estuvo a punto de caerse, pero el dárico logró sujetarla. Ella también estaba agotada.

—Alhanna, siéntate junto a Alfar y descansa —ordenó Kishur.

No iba a discutir. Hizo lo que le dijo y se dejó caer en el suelo, al lado de Alfar. Lucía profundas ojeras y sentía los ojos muy irritados. Intentó recogerse el pelo, pero estaba tan enmarañado que desistió. Le dolían la espalda y el culo de montar tanto rato en vargum, e incluso sentarse en el suelo le pareció reconfortante ante los calambres que sufría sobre Ceara.

—¿Te encuentras bien? —Alfar tenía un libro entre las manos—. Tienes mal aspecto, mucho peor que el de la primera noche.

—Estoy agotada, no hay una sola parte de mi cuerpo que no me duela, parece que me haya pisoteado una manada de elefantes.

—Si eso fuera cierto, estarías muerta —afirmó sin apartar la vista de la cubierta del libro—. Una manada de esos animales te habría aplastado como si fueras de gelatina.

Kishur le lanzó una piedrecita que rebotó en los pertrechos del joven. Alfar se sobresaltó y enrojeció al instante.

—Si da igual, no me importa —dijo ella—. Os lo tomáis todo al pie de la letra. Es un libro muy gordo, tiene pinta de ser un auténtico suplicio. De pequeña odiaba que me obligaran a leer, he tirado a la chimenea más de un libro como ese para ahorrarme la lectura.

Alfar la miró desconcertado, con el flequillo rubio cubriéndole el ojo derecho.

—¿Quemar libros has dicho? —Parecía afectado por tal confesión—. En Alviat te encerrarían por hacer algo así.

—Pues no me quiero imaginar qué me pasaría por matar a alguien.

—Que un dárico asesine a otro dárico se considera el peor de los crímenes, y está castigado con la muerte. —Miró de reojo a Kishur, pero este había dejado de prestarles atención.

La joven soltó una risotada y tuvo que agarrarse la barriga al sentir dolor en los músculos. Miró a Alfar: le parecía alguien demasiado infantil como para sujetar una espada. Pero lo hacía.

—¿De qué trata ese libro?

—Habla del forjado de espadas dáricas. —El joven se lo mostró—. Fue escrito por Janais-Pal, un famoso herrero de nuestro pueblo. Él diseñó la espada corta más ligera del mundo, con la mitad de gramos y con un mango curvo que se adapta a cualquier mano, sin importar que sea de infante o anciano.

—Entiendo.

—Has puesto cara de desagrado, ¿no te interesan las armas? ¿A qué te dedicabas en tu mundo?

—A nada en particular.

—Pero eso no tiene sentido, todos poseemos un deber, desde que nacemos se nos otorga una dedicación que debemos tomar por el resto de nuestras vidas. Yo soy hajaek, igual que todos los miembros de mi estirpe. ¿Y tú, Alhy? —Se sonrojó al ver

cómo la humana levantaba una ceja—. Lo lamento, mi señor ya me advirtió que no te llamase de esa forma, me dijo que no sería apropiado. Pero es que pronunciar tu nombre completo me resulta complicado.

—No tiene importancia, puedes llamarme así, si quieres. —Tomó el libro en sus manos—. Tuve algunos amigos que me llamaron Alhy durante un tiempo.

Si Alhanna lo hubiese mirado, habría visto a alguien demasiado joven para llevar una espada entre sus manos, y habría visto la gran sonrisa que cruzaba su rostro. Nadie, excepto su señor, lo toleraba de aquel modo, y eso lo hacía sentirse plenamente feliz. Alhanna pasó la yema de los dedos por la suave cubierta y lo abrió por la mitad. Aquel gesto, tan habitual, trajo a su mente el recuerdo que intentaba ignorar desde hacía dos días: el libro que su madre escribió. Agitó la cabeza apartando aquellos pensamientos que solo lograban perturbarla y se concentró en el objeto que tenía ante ella. Sus finas líneas escritas danzaban por las hojas de papel en armonía, trazaban símbolos alargados y redondeados, separados en algunas partes por espacios en blanco. No conocía aquellos signos, pero le resultaron sumamente hermosos.

—Eres una humana muy extraña —comentó Alfar.

Ambos levantaron la cabeza al ver la sombra de Kishur sobre ellos.

—Alfar, ve a ayudar a Mayara a repartir la comida.

Asintió y se puso en pie. La dárica estaba cerca del anciano y Ádria estaba sacando la comida del zurrón sin quitarles los ojos de encima. Alfar se marchó.

—¿Está en vuestro idioma? —preguntó Alhanna.

—Sí, está escrito en dárico. Si se lo pides, Alfar te lo traducirá encantado, es un gran lector. Cuando dije que abandonaran todo lo indispensable debió de pensar que el libro era importante. —Se rascó la frente—. Este creo recordar habérselo visto leer casi una docena de veces. No entiendo qué encuentra tan interesante, yo intenté leerlo y no pasé de la quinta página.

—Lo que es interesante para unos puede no serlo para otros, y eso no tiene explicación. ¿Tú también eres hajaek?

—Así es. Creo que Alfar ignora que los humanos os comportáis de modo distinto, piensa que todos sois como los que habitan Cimeag, esos humanos que se rigen por nuestras costumbres. —Hizo un rápido gesto con la mano para espantar una mosca —. No está familiarizado con los de vuestra especie.

—Por eso me llama extraña. Los raros sois vosotros. ¿Es cierto que al nacer ya tenéis establecido lo que seréis? —Soltó una risita burlona, le parecía algo sencillamente estúpido—. ¿Y si el hijo de un herrero quiere ser cocinero?

Aquella pregunta debía de estar fuera de lugar, y la joven lo supo, porque todos la miraron. Ádria lo hizo con particular intensidad.

—Ádria es descendiente de un herrero —dijo Kishur.

¿Eso debía decirle algo? Entender a los dáricos era lo más complejo que había intentado hacer jamás. Debían de estar agotados, aunque no lo parecieran a simple vista. Alhanna no entendía cómo podían seguir en pie después de haber estado

luchando y haber cabalgado toda la noche sin dormir. Mayara había desaparecido durante un buen rato y, cuando quiso darse cuenta, estaba de nuevo allí, con unas plantas que no reconocía. Les estaba quitando las raíces y dejaba las largas hojas junto a la carne.

—Así que tú no hacías nada en particular —dijo Kishur atrayendo la atención de la joven—. Pues debías de aburrirte mucho.

—Algo parecido. —Alhanna sonrió para quitar peso a las palabras—. Podrías enseñarme vuestro idioma.

—Es complicado. —Kishur miró de reojo hacia Mayara. Podía oler la carne, y su estómago lo estaba torturando—. Existen articulaciones casi imposibles para vosotros, además es un idioma muy complejo, ni siquiera nosotros somos capaces de dominar la escritura antes de la edad adulta.

—Entiendo. —Alhanna miró dubitativa a Kishur. Se remangó la camisa hasta el codo y le mostró un trozo de la marca que había sobre su piel y que recorría su antebrazo. Parecía un tatuaje—. ¿Está escrito en tu idioma?

—No. —Kishur sujetó la muñeca de la joven para levantar su brazo—. Pero las letras se asemejan a las nuestras, debe ser una lengua parecida. ¿Comprendes lo que dice?

La joven negó con la cabeza, decepcionada. Observó el tatuaje que Asthaluss le había dejado impreso sobre la piel. No había tenido ocasión de desnudarse para verlo al completo y se preguntaba qué significado tendrían esas hermosas letras. Retiró el brazo y volvió a cubrirse con la prenda.

Ghiro se acercó a ellos limpiándose las manos llenas de sangre con un pañuelo.

—Esos tres se están demorando demasiado con el agua —apuntó, molesto—. He tenido que usar las últimas hojas de garabia para desinfectar la aguja, vamos a estar en serios problemas si no conseguimos reponerlas. También haría falta... ¡Bah! ¡Qué importa! Ni me estáis escuchando ni os interesa lo que digo.

—Siéntate —dijo Kishur con voz cansada.

—Y encima me mandáis sentar, como si no hubiese cosas por hacer. —Su voz se apagó en un gruñido. Obedeció y apoyó la espalda contra una roca.

Alhanna estuvo tentada de mostrarle a Ghiro el tatuaje, pero no se sentía cómoda con el anciano. De hecho, solo Alfar o Kishur habían logrado ganarse algo de su confianza.

—Nunca habláis vuestro idioma en mi presencia —dijo Alhanna.

—No, nunca —respondió Kishur ocultando una sonrisa—. Mi pueblo considera una falta de respeto y un deshonor hablar en una lengua que los presentes no conocen.

Ghiro enarcó una ceja y miró a Mayara, que evitaba sonreír.

—Arrastras mucho la erre al hablar. La ese resulta agradable, muy melódica. —Intentó imitarlo, siseando—. No lo logro —admitió Alhanna. Estiró los brazos mientras bostezaba—. Decís alguna palabra en vuestro idioma. Lo que pienso es que

no habláis en vuestra lengua para que nadie pueda aprenderla. Estoy totalmente segura de que jamás un humano ha hablado dárico. ¿Estoy en lo cierto? Sois muy reservados. Ghiro se enfadó cuando me explicaste qué era la visión. No compartís nada de lo que sabéis.

Comenzó a soplar aire, hacía frío.

—Te equivocas —dijo Kishur tras una larga pausa.

—¿Seguro? —Su mirada era afilada—. No os relacionáis con humanos, no os gustan, lo noto cada vez que os referís a mí como «la humana».

Borat y los otros dos llegaron justo en ese momento, cargados con los sacos de cuero por los que se filtraba el agua dejando un rastro en el camino. Soltó una estruendosa carcajada.

—Los humanos sois una peste que comenzó a invadir nuestro mundo hace más de mil ágaras —bramó Borat, y a continuación le dio su saco a Tottem-Hon—. Los traspasados llegáis y no paráis de reproduciros, de tener niños y más niños. Hay mujeres que hasta llegan a dar a luz a ocho. ¡Qué locura! Llevas algo de razón, puede que no nos gustéis demasiado y tratemos de evitaros, y eso es porque la historia ya nos enseñó el precio de relacionarnos con los tuyos.

—Borat, es suficiente.

—Mi señor, la joven quiere saber. —Se encogió de hombros—. Y ya me conocéis, soy un maestro por naturaleza, nunca niego el acceso a la sabiduría.

—Alhanna —dijo Kishur en tono conciliador—, los humanos y los dáricos raras veces se mezclan, procuramos mantenernos alejados de ellos, y al revés. Tuvimos un mal comienzo y nunca hemos logrado remontarlo. Lo que para unos es costumbre de nacimiento, para los otros es un insulto, lo que para unos es una broma, para otros es una afrenta. Así será siempre. Ellos no nos comprenden y nosotros tampoco a ellos. Y no estamos dispuestos a imprimir más esfuerzo en hacerlo; como ha dicho Borat, la historia nos enseñó bien.

—Eso sí puedo entenderlo.

Kishur gruñó cuando Borat pasó por su lado, sin mirarlo.

Dieron de beber a los animales y comieron las escasas porciones de carne que traían consigo. Las raíces estaban amargas, pero las engulleron también. Después, se tumbaron un rato al sol y, antes de permitir que el cansancio los venciera, continuaron el viaje.

Alhanna permaneció en silencio, pensando en todo lo que habían hablado. Era evidente que la habían tomado por una ingenua, una niña llorona y asustadiza; y puede que parte de todo eso fuera cierto, pero no era tonta. Desconocía los motivos por los que Kishur estaba empeñado en mantenerla a su lado. Quizás tardara, pero acabaría descubriéndolo.

—¿Qué tiene de especial esa ciudad a la que me lleváis? —preguntó, mientras el sol ocupaba su cenit.

—Fraem-Lab alberga nuestras academias y nuestra mayor biblioteca. Es donde

van a estudiar quienes quieren especializarse en la doctrina que les fue asignada al nacer, desde los hajaeks a los endómicos. La ciudad está ubicada en un páramo helado y eso hace de ella el lugar idóneo para concentrarse en el aprendizaje. Como ya te dije en otra ocasión, es posible que allí puedan guiarnos sobre la razón de tu llegada. O sobre por qué te buscan los kalastys.

—¿Y si no quiero averiguarlo? ¿Y si me da igual por qué estoy aquí?

—Me parece que aún no lo has comprendido —Kishur habló en voz baja—: no hay elección ni para ti ni para mí. Nuestros caminos se cruzaron por una razón y no debemos ignorarlo.

No le apetecía seguir hablando, así que no continuó con la conversación. Fueron abandonando las pendientes rocosas para alegría de Alhanna, que no confiaba en que aquellos animales no acabaran despeñándose. Viajaron parte de la mañana por llanos despoblados y pequeñas arboledas que daban poca sombra, pero que alojaban a cientos de aves. Fue incapaz de reconocer ninguna especie, y se fijó en que los que abundaban eran unos pájaros pequeños de color azul intenso. No parecían tenerles miedo y revoloteaban cerca de ellos como si quisieran acompañarlos en su camino.

—Son gorriones azules —le dijo Alfar, que cabalgaba a su derecha—. Estamos en el bosque del Boja-Daro, aquí abundan. Y también las zarzas.

Alcanzaron un bosquecillo más amplio y la sombra de los árboles los cobijó. Olía a humedad. Los arbustos eran pequeños, pero la hierba crecía alta y verde. Circulaban por un sendero empedrado, y las herraduras de los vargums sonaban como picotas contra un trozo de metal. Alfar bajó de su montura, manteniendo las riendas agarradas. Se agachó a recoger unas setas oscuras y de sombrero ancho que crecían junto a un pino. Tuvo que galopar un poco para alcanzarlos y se quedó tras Kishur y Alhanna. Ella continuó observándolo ensimismada, sorprendida por el buen humor del joven. Los otros guardaban silencio.

—Tú y Alfar sois hermanos, ¿verdad? —preguntó Alhanna a Kishur, distraída—. ¿Qué edad tiene? Al hablar con él, parece más joven de lo que aparenta.

Kishur no respondió.

—Os parecéis mucho —continuó ella—. Vuestro pelo es de distinto color; en algunos rasgos sois diferentes, pero tenéis los mismos ojos, pómulos y color de piel. Incluso compartís ciertos gestos, como la forma de pasaros la mano por el pelo.

—Eres muy observadora —comentó Ghiro, que viajaba a su lado.

—Pero, ¿por qué te llama señor?

—¿Y cómo pretendes que lo llame? —Ghiro parecía indignado de pronto—. Es su superior en todos los aspectos posibles; Alfar es un hajaek bajo su mando, no es solo su hermano.

—¡Alfar! —gritó Kishur—. Acércate.

El joven tiró de las riendas y desvió al vargum. Pasó al trote junto a sus compañeros y se detuvo cuando llegó hasta su hermano y la humana.

—Alhanna me ha preguntado tu edad. —Sonrió.

—Tengo setenta y cuatro ágaras.

Alfar se puso repentinamente serio ante la mirada estupefacta de la joven. Tras ellos sonaron las carcajadas de Borat y Eltsay. Tottem-Hon se limitó a sonreír y Ghiro se aguantó la risa. Alhanna pensó que le estaban tomando el pelo; sin embargo, Alfar parecía estar diciendo la verdad.

—No tiene gracia —les reprochó la joven. Imaginó que Kishur estaría sonriendo, aunque no pudiera verle la cara.

—Nosotros vivimos mucho más tiempo que los humanos, al menos tres veces más —le explicó Kishur.

—Los dáricos nos desarrollamos más lentamente que los humanos, con lo cual, si Alfar fuera humano... —Ghiro juntó las cejas, pensando—. Físicamente se podría equiparar a un humano de veintidós ágaras.

—¡Diecinueve! —Mayara alzó la voz desde atrás.

—Mi hermano, como lo has llamado, es el más joven del grupo, seguido muy de cerca por Eltsay —afirmó Kishur.

—¿Diecinueve? Pensé que tenía menos edad —dijo ella en voz baja. Luego, se dio cuenta de lo que acababa de decir—. ¡Lo siento! No era mi intención insultarte.

Alfar miró a su hermano, que asintió conforme.

—No me insultas, estoy acostumbrado a que todos se sorprendan. Mi mente tiene menos edad —dijo risueño—. Sufro una extraña enfermedad, única en mi pueblo. Tardé en aprender a hablar, a caminar y a todo. Siempre he ido detrás del resto. Mi mente ya no seguirá desarrollándose, por más ágaras que cumpla.

—Debería haberme quedado callada. —Se le enrojecieron las mejillas.

—Si temes haber dicho algo incorrecto, puedes estar tranquila, no ha sido así —dijo Kishur—. Alfar es un ser especial, único entre nuestra gente. Es el mejor hajaek de su promoción y supera a muchos hajaeks de promociones anteriores a la suya. Maneja la espada con maestría; él tiene la teoría de que su carencia hace que pueda desarrollar otras capacidades con más facilidad.

—Y así es —afirmó el aludido.

—Además —Eltsay se acercó—, es el único dárico que ha sido capaz de derribar a Ghiro. Es un gran honor.

—¡Sabrás tú algo de eso! —Ghiro gritó con voz ronca y se le hinchó la vena del cuello—. ¡Conocerás tú lo que es el honor! ¡Sandeces es lo único que dices!

Dicho esto, Ghiro se alejó al trote. El vargum percibió su mal humor y relinchó, enfadado. El resto del grupo aguantó la risa para que la situación no empeorase.

Alfar rio con ganas mientras se pasaba la mano por el cabello rubio. Kishur lo observó y, sin esperarlo, algo escondido vino a su mente. Se vio tumbado en el suelo, con el brazo extendido bajo la cama. El llanto y los gritos llenaban la estancia, pero los ignoraba. Solo se fijaba en la pequeña figura acurrucada entre las sombras. Cerca había una daga que había caído al suelo. «Por favor, hermano, ven conmigo». El

infante lloraba, se pegaba a la pared y él no lograba alcanzarlo. «Ven y te prometo que no dejaré que nadie te haga daño, jamás».

—¡Mi señor! —gritó Borat.

—¿Qué ocurre? —Kishur, sobresaltado, volvió a la realidad.

Miró a su alrededor y lo supo de inmediato: alguien los seguía desde la espesura del bosque.

Alhanna sintió un escalofrío y percibió que algo ocurría ante el repentino silencio de los dáricos. Su corazón comenzó a latir con fuerza.

—Kishur, ¿qué ocurre?

—Nada, no te preocupes —contestó el dárico sin mirarla.

—No quiero ir con vosotros —musitó Alhanna con la voz atragantada—. Quiero salir de este sitio y llegar a una ciudad, allí podrán ayudarme. ¿Me estás escuchando?

Kishur no contestó y eso solo ayudó a enfurecerla.

Alhanna cerró los ojos. El corazón le latía desbocado y sentía un hormigueo en la punta de los dedos. Estaba tan enfadada que se habría liado a golpes con cualquiera. Intentó concentrarse; en su mente apareció aquel extraño lago que parecía acudir a ella cada vez con más frecuencia en los últimos meses; era un embalse que brillaba igual que un espejo, sus aguas podrían confundirse perfectamente con plata líquida. A su alrededor solo había oscuridad, una profunda nada que la dejaba a solas con el lago. Sus pies estaban anclados en la orilla, descalzos, sobre una superficie negra e irreconocible. Le pareció estar flotando. Metió el pie izquierdo en el agua, rompiendo la perfección acristalada de su superficie. El frío recorrió todo su cuerpo y de pronto notó la relajación, una profunda sensación de vacío que estabilizó su pulso y la sumió en la calma. Iba a zambullirse por completo cuando una voz lejana dijo su nombre. Al principio no fue capaz de reconocer a quien la llamaba, la voz venía de tan lejos que a duras penas lograba oírla. ¿Qué quería de ella? Abrió los ojos con un sobresalto.

—¿Alhanna? —Kishur había puesto una mano sobre su hombro para zarandearla —. ¿Sigues con nosotros? ¿Qué ha sido eso?

—¿Ahora sí quieres hablar? —soltó sin pensarlo—. Solo estaba intentando relajarme, nada más.

—Y parece que lo has logrado, ¿cómo lo has hecho? —Carraspeó para aclararse la voz—. Tu estado no era de simple relajación, parecías sumida en un trance. ¿Cómo has aprendido a concentrarte de ese modo? Me has recordado a los hajaeks cuando... —Detuvo sus palabras.

—Solo intentaba relajarme como me enseñó mi abuela. —Se puso tensa de nuevo —. Solía enfadarme mucho cuando era niña; ella me enseñó cómo controlar mi genio. Solo es eso, un ejercicio mental.

—A tu ejercicio mental nosotros lo llamamos «tarsaej» —musitó distraídamente Kishur, que ahora tenía puesta la atención en los movimientos que había en el bosque.

—¿También lo usáis para calmaros?

—No, el tarsaej sirve para concentrarte antes de luchar, para lograr percibir lo que tu oponente está pensando de una forma más clara.

Ghiro tosió con disimulo y Kishur lo miró con expresión hosca. No era necesario que el anciano le recordara que estaba hablando más de lo necesario. Pero, si ella había podido explicarle algo tan íntimo, ¿por qué no iba a hacerlo él?

—Yo no sé por qué... Mi abuela solo me enseñó a cerrar los ojos y concentrarme en la oscuridad, a aislarme de todo cuanto sucedía a mi alrededor. A veces llegaba a ponerme enferma de tanto como me enfadaba, acababa con jaqueca. —Encogió los hombros mostrando indiferencia, aunque solo era fingida—. Por alguna razón, hay un lago que siempre aparece, y al zambullirme en él no necesito hacer nada más para concentrarme.

—Es un catalizador —dijo Ghiro cansado de mantenerse al margen de la conversación—. Usas el lago para alcanzar tu fin sin esfuerzo. No imaginaba que pudieras hacer algo así.

—Y yo no puedo creer que alguien como ella pueda enfadarse hasta el punto de enfermar. —Borat rio tras ellos—. Supongo que no le compraban vestidos de su agrado.

Kishur sonrió a escondidas. La joven frunció el ceño y entró en un mutismo del que tardaría un buen rato en salir. Ghiro y Kishur se miraron, las palabras no eran necesarias. Alhanna era todo un enigma para ellos.

El aire zarandeaba los árboles. De reojo, Kishur vio una sombra asomarse desde uno de los troncos, estaba lejos para reconocer sus facciones. Cerró los ojos un momento para concentrarse y respiró profundamente, dejando su mente completamente vacía. Los sonidos del bosque estallaron en sus oídos. El aleteo de las aves, una serpiente reptando por un árbol que dejaba atrás; las pisadas de un animal, quizás un jabalí. El ronroneo de un felino. «Nos están siguiendo». Abrió los ojos de nuevo. No le importaba que fueran tras ellos. Estaba dispuesto a matarlos a todos.

El antiguo bosque de Górgora fue creciendo, engullendo al grupo como las fauces de una cueva. Los árboles eran viejos, pero frondosos, de troncos gruesos cubiertos por una tupida capa de musgo y que se alzaban gigantescos, como columnas que sostenían el cielo. Al mirar hacia arriba, sus ramas entrelazadas impedían ver la luz del atardecer. La hierba cubría las patas de los vargums hasta el corvejón, y los animales se quejaban, inquietos. Los jinetes los dirigían con cautela, sin forzarlos.

—Tranquila, Ceara —susurró Kishur mientras le acariciaba el lomo.

—¿Cuándo pararemos? —preguntó Alhanna con voz cansada.

—Ten paciencia, ya estamos en el bosque de Górgora.

Había dormido un poco, recostada en el pecho de Kishur, pero se despertaba con frecuencia a causa del hambre. A pesar de sus quejas, solo había podido beber agua. Estaba sorprendida por la resistencia y la determinación de los dáricos: llevaban sin

dormir un día completo, pero no mostraban signos de agotamiento. Miró hacia atrás y sus ojos se cruzaron con el arquero; recordaba que se llamaba Tottem-Hon. Aún no lo había escuchado hablar. Luego, observó a Ádria.

El vargum del hajaek mordió el brocado, pateó contra el suelo y trotó hasta que él pudo enderezar las riendas. Le sudaba la cara, tenía el cabello pegado a la nuca y el cuero se le resbalaba de las manos. La infusión de sauce preparada por Ghiro antes de partir no le había ayudado a bajarle la fiebre. Se enderezó sobre la silla cuando notó que Alhanna lo miraba.

—¡Necesito mear! —gritó Borat—. ¡Seguid adelante! Enseguida os alcanzo.

Bajó de su montura, y los demás continuaron sin prestarle atención. Solo Alhanna se atrevió a mirarlo para ver como reía. ¿Qué le parecía tan gracioso?

Borat aguardó allí de pie mientras los demás continuaban, esperaría hasta que estuvieran lejos. Kishur lo había mirado un instante, justo antes de que bajara del vargum. Se rascó el muslo y aprovechó que su mano estaba cerca para sacar la daga. Entró a toda prisa en el sotobosque, el vargum se asustó y se puso a dos patas, relinchando; pero no salió al galope como habría sido de esperar de otro animal menos afín a su jinete. El dárico corrió entre los árboles y arrancó de su escondrijo al kalasty. Lo agarró del cuello y lo lanzó con todas sus fuerzas contra unas zarzas. No le concedió tiempo para ponerse en pie, le puso la daga en el cuello y se lo cortó. «Hay otro más y piensa que no lo sé». Escuchó las pisadas a su espalda. Se tiró al suelo y evitó la embestida de la espada. El kalasty vestía ropas oscuras y tenía bordada sobre el pecho la cabeza de un tigre. Eran rastreadores, lo que significaba que un amplio comando de soldados les pisaba los talones.

Kishur se esforzaba para no volver la vista hacia atrás. Borat se estaba demorando mucho, ¿cuántos soldados habría encontrado? Notó a Alhanna inquieta.

—Alhanna —Kishur habló en voz baja haciendo que la joven diera un respingo. Tal era su fuerza hablando incluso a susurros—. ¿Has dejado a muchos seres queridos en Asthaluss?

—¿Seres queridos? No, tenía buenos amigos, pero ninguno que en un par de meses vaya a seguir acordándose de mí. Quizás hasta Sabrina me olvide. —Soltó una risa cansada.

—¿Y tu familia? Has mencionado a una abuela que te enseñó a concentrarte. ¿Era poderosa? Si fue capaz de mostrarte algo así, debía de serlo.

—Era anciana y enfermiza. No era fuerte en absoluto.

—La fuerza no solo está en el exterior, también se encuentra en nuestro lanfe.

Alhanna suspiró. No tenía la menor idea de qué significaba eso y, por el momento, no deseaba preguntarlo.

—Mi abuela murió hace tiempo, apenas pienso en ella. Se encargó de cuidarme, porque mi madre murió cuando nací. Lo hizo lo mejor que pudo.

—¿Y tu padre? ¿Tienes hermanos? ¿Otros abuelos?

—Tuve padre y dos hermanos, pero los expulsé de mi vida.

—No se puede expulsar a la sangre —arremetió Ghiro con algo de inquina.

—Sí que se puede, basta con mandarlos a la mierda y no volver a verlos.

Kishur rio con suavidad, agarró las riendas solo con la mano derecha y posó la izquierda en el hombro de la joven. Notó como su pequeño cuerpo se tensaba.

—No puedes volver, así que, si no dejaste amor en Asthaluss, mejor para ti —le dijo.

—Me matarán por vuestra culpa. Aunque lo prefiero ante la idea de ser capturada.

—Eso que dices se parece un poco a nuestra forma de pensar: muerto antes que apresado. Al final no vas a ser tan distinta de nosotros. —Aguantó la risa cuando escuchó como Ghiro gruñía; al anciano le encantaba mostrar así su enfado—. Continuarás con nosotros, quieras o no.

—No puedes obligarme —dijo, desafiante.

—Claro que puedo.

La cabezonería de Alhanna comenzaba a molestarle, no estaba acostumbrado a que cuestionaran sus decisiones. ¿Cómo una humana tan débil y pequeña como ella osaba hacerlo? Debería estar agradecida, ningún otro dárico la habría ayudado. «Debe quedarse a mi lado». Su propio pensamiento lo sobresaltó. De nuevo, allí estaba; aquella fuerza en su interior le hacía desear protegerla. Era un sentimiento que no podía rechazar, como si alguien hubiera metido la idea dentro de su mente.

Borat limpió su espada en la capa del kalasty. El bordado se había manchado. Había acabado con los seis rastreadores. Agarró el cuerpo y lo arrastró hasta las zarzas junto a los otros. Miró los rostros sin vida, la cara desencajada del degollado y los ojos entreabiertos del otro. Sintió rabia. Estaba harto de tener que matar, y estaba convencido de que aquellos soldados también estarían cansados de luchar solo para encontrar la muerte. Aquello no llevaba a ninguna parte, solo servía para manchar los bosques de sangre. Comenzó a recoger hojarasca, arrancó helechos y cubrió a los muertos.

Estaba helada. Habían dejado el bosque del Boja-Daro atrás para atravesar un monte despoblado y pedregoso; no era demasiado elevado y eso les permitió mantener el ritmo. Alhanna tiritaba a pesar de la capa que le habían dado y de la cercanía de Kishur. El cielo se cubría de nubes.

Estaban bajando del monte. El bosque que se extendía frente a ellos, pronto volverían a estar bajo el resguardo de los árboles. Alhanna distinguió la silueta de una cabaña un poco más adelante, anclada entre dos robustos robles. A medida que se

acercaban, pudo ver el humo que salía de la chimenea y la luz encendida a través de la rendija de la puerta. Las dos ventanas estaban cerradas. Olía muy bien, a carne asada. Kishur tiró de las riendas y condujo al vargum lejos de allí, hacia el bosque. Alhanna se arrebujó en la capa.

—Ya estamos en el bosque de Górgora —anunció Kishur.

—Otro bosque... —se quejó Alhanna.

Notó el aliento de Kishur sobre su nuca cuando rio. A ella no le hacía ninguna gracia, tenía mucha hambre y frío, y habría dado cualquier cosa por saborear la carne que se estaba cocinando en la cabaña. Estaba anocheciendo, y las ramas de los árboles crujían mecidas por el aire.

Se adentraron en un viejo camino flanqueado por árboles. Parecía conducir al peñón que se dibujaba en el horizonte.

—Alhanna, mira allí arriba. Eso es Górgora. —Kishur señaló hacia la cima.

Entrecerró los ojos. Estaba demasiado oscuro para verlo con claridad, pero supo que era un pueblo, ya que pudo reconocer la silueta de una torre y la muralla que lo rodeaba. Alhanna elevó la palma de la mano cuando sintió que caían las primeras gotas de agua.

Si entraban en algún pueblo o ciudad podría aprovechar para abandonarlos. No tenía intención de continuar viajando de aquella forma. Podría buscar un lugar donde refugiarse. ¿Y luego? Miró las manos enguantadas de Kishur, que aferraban las riendas con suavidad, sin necesidad de manejarlas. Sin darse cuenta de lo que hacía, posó sus manos sobre las de él.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Kishur.

Negó con la cabeza y retiró las manos, avergonzada.

La fina lluvia terminó de despertar el mal humor de Ghiro. Se estremeció bajo la capa; la humedad había calado sus ropas. Eltsay lo había llamado viejo un buen rato antes, y quizás fuera cierto. No, pensó, simplemente, su pelo había encanecido demasiado pronto, las arrugas que surcaban su cara eran notables debido a la fea cicatriz que le recorría el rostro y los huesos le dolían de tanto viajar por aquellos bosques. No, no era viejo, solo pagaba el precio de una vida llena de sacrificios. Volvió a estremecerse por el frío.

Los otros estaban sumidos en una molesta discusión. Siempre era lo mismo: los jóvenes no entendían nada, ni el pasado ni el presente que estaban viviendo. Y a su señor parecía darle todo igual, nunca intervenía, ni siquiera para hacerlos callar.

—Ellos afirman que sirven a los dioses, ¿quién nos asegura que no sea cierto? —dijo Mayara con calma—. Los kalastys han abandonado su retiro de las montañas heladas por alguna razón más importante que la de atacar a los pueblos humanos, debe de haber algo más.

—Solo es ambición, quieren arrebatarles algunas tierras y recuperar los territorios que una vez fueron suyos —comentó Eltsay.

—Si fuera solo por eso, lo habrían intentado hace siglos, antes de que los

humanos se volvieran fuertes. —Mayara se echó un rizo detrás de la oreja.

Tottem-Hon alzó la mano izquierda en un puño y la giró para indicar que estaba de acuerdo con Mayara. El anciano hizo chirriar sus dientes, captando la atención de los tres hajaeks.

—Callad ya, no habláis más que de sandeces —escupió, airado—. Estamos tan preocupados con los territorios que otros ocupan que no miramos con más detalle lo que hay a nuestro alrededor. Siempre es lo mismo, una guerra tras otra. Con kalastys, con humanos; y vuelta a empezar. El mundo nos está avisando, la oscuridad comienza a cubrirnos a todos por igual y atacará sin contemplaciones, se aprovechará de nuestra desunión y debilidad. Poco importará si somos dáricos; sucumbiremos también.

—¿A qué oscuridad te refieres? —preguntó Eltsay con burla.

—Los kalastys siempre se habían mantenido confinados en Eralan, pero ahora algo está haciendo que se desplacen y cambien de territorio. Obedecen a un poder que no alcanzamos a entender. Hay oscuridad en el mundo, puedo sentirla. Y llegará hasta nosotros, más pronto incluso si nuestros jóvenes comienzan a dejar a un lado las antiguas enseñanzas; el pecado de la ignorancia pasará factura al pueblo dárico.

No obtuvo respuesta. El anciano era el único que creía en sus palabras, y era consciente de que no podía cambiar las mentes de los jóvenes. Pero era su deber intentarlo. Su señor le lanzó una mirada severa y Ghiro enrojeció al instante. Había olvidado por un momento que no debía mencionar a la dama roja que comandaba a los kalastys; esa odiosa mujer que atormentaba a Kishur.

Ádria los había estado escuchando sin prestarles atención, su mente estaba tan embotada que no era capaz de interesarse por la conversación. Tenía la frente perlada de sudor, a pesar de la lluvia que lo había empapado y del frío que lo hacía temblar sin control. Sabía que tenía fiebre y, por la debilidad que sentía, el dolor de huesos y los mil pinchazos que le recorrían el cuerpo, era muy alta. Pero era consciente de que los estaban siguiendo y no podían detenerse, así que se esforzó para mantenerse erguido sobre la silla, luchando por no caer.

Kishur sabía que los vargums estaban cansados y no aguantarían galopando mucho más tiempo. Debía esperar. Guardaron silencio, prestando atención; los estaban acechando en la oscuridad, entre los árboles. El viento esparcía la lluvia por el bosque. A pesar de la frondosidad de las copas, podían distinguir el contorno de las lunas: la pequeña Egoresa se había alejado un poco de su hermana, y parecía observar el camino de los dáricos, brillante, tentadora. Junto a Tottem-Hon y Mayara pasó una débil brisa cálida, imperceptible para ellos. Se estremecieron y se miraron con el ceño fruncido. El aire rodeó el vargum de Kishur como una barrera invisible, llenando el espacio con un peculiar aroma. El calor acarició sus mejillas y su corazón se aceleró involuntariamente. Cerró los ojos para concentrarse y, al abrirlos, sus pupilas se

dilataron por completo; ya era de noche, y el bosque se volvió de color gris. Sus oídos captaron el susurro que la brisa transportaba, y Kishur escuchó.

Alhanna arrugó la nariz. Notó algo raro en el aire; no estaba segura de qué podía ser, pero había en él algo inusual. Un olor a jazmín la sobresaltó.

—Alhanna —dijo Kishur con voz glacial y autoritaria—, coge las riendas. Vamos, cógelas, cierra los puños con fuerza y no las sueltes.

—No puedo hacerlo, no me pidas eso...

—Mi señor —susurró Ghiro señalando hacia el bosque.

—Dadme un momento.

Aprovechó un espacio abierto y detuvo al vargum tirando de las manos de Alhanna, que se aferraban a las riendas. Bajó de un salto y Ceara coceó al dejar de notar el peso de su jinete, agitó la cabeza y relinchó. Kishur cogió la espada de acero dárico y se la colgó a la espalda; la otra la dejó enganchada a la silla de montar. Acarició la crin de Ceara y el animal le correspondió con un golpe en el pecho que le hizo reír, una risa que a la joven le pareció la más melancólica que había oído nunca.

—¡Desmontad! —ordenó Kishur. Después miró a Alhanna y le señaló la espada que seguía enganchada a la silla de montar—. Si llegas a necesitarla, cógela.

—¡Espera!

—Alhanna, debes marcharte. ¿Ves el camino? Tú solo coge las riendas con fuerza, Ceara decidirá por ti.

Podía oír las pisadas amortiguadas y ver el brillo de las armaduras de los kalastys a través de la vegetación. Los demás habían echado a sus vargums y estaban plantados a su alrededor. El gesto de Kishur se endureció y sus pómulos se amorataron cuando volvió el rostro hacia ella, con una mirada fría que la sobrecogió. Parecía un ser completamente distinto.

—No hay tiempo que perder.

—¡No! Podéis huir también... Por favor, no me obligues a irme sola... Esa voz que ha traído el viento... No debes hacerle caso.

—¿Cómo has sido capaz de escucharla? Solo hablaba para mí. —Comprobó de reojo que los kalastys estaban cerca, demasiado—. Déjalo. Alhanna, nosotros jamás huimos, pero tú debes irte. Protege a Ceara, te entrego algo muy preciado. Mantente recostada sobre su grupa y no mires atrás.

La joven asintió con renuencia.

Golpeó el trasero del animal y los vio alejarse. Kishur retuvo algo amargo en su garganta y desenvainó la espada sin volverse. Contempló como Alhanna y Ceara desaparecían en la espesura del bosque.

Los kalastys salieron y los rodearon. Los superaban ampliamente en número, y Kishur dudó si lograrían la victoria. Tomó posición junto a Ghiro, formando un círculo cerrado con el resto de sus hajaeks. Sus enemigos se acercaban y, por un momento, creyó ver el rostro de Ogrora en cada uno de ellos. Había tomado la decisión correcta al enviar a Alhanna lejos, la lucha no iba a ser fácil. «No vamos a

lograrlo». En muy pocas ocasiones había tenido que admitir algo así.

—*Ejdrab*... —El débil murmullo de Ádria atrajo todas las miradas de sus compañeros, que contemplaron como el musculoso cuerpo del hajaek se estampaba contra el barro.

—*¡Ádria venaer also naeda!* —gritó Kishur para que cubrieran a Ádria mientras sus enemigos se abalanzaban sobre ellos.

Ceara era más veloz de lo que imaginaba. Reclinada sobre la grupa, aferraba las riendas con tanta fuerza que los nudillos comenzaban a ponérsele morados y la piel de las manos se le volvía blanca. La lluvia había calado su ropa, sucia y rasgada, enfriando su cuerpo al contacto con el aire. Los viejos árboles crujían al ser mecidos por el viento, más fuerte, acompañado por la tormenta. La espesura de las copas ocultaba la poca luz que escapaba de los nubarrones; Erotesa parecía esforzarse por no quedar relegada por completo. Ceara aminoró la marcha al verse obligada a saltar obstáculos en el suelo y esquivar los árboles que se cruzaban en el camino.

Alhanna temblaba, asustada y helada de frío. El agua empañaba sus ojos, pero podía oír a sus perseguidores, escuchaba el galope de los caballos. Se limpió la cara con el hombro y miró hacia el bosque, a su derecha, y después a su izquierda. Cabalgaban casi tan rápido como ella. Apretó los muslos contra el vargum y Ceara aumentó el ritmo. Instintivamente, acarició el cuello del animal como había visto hacer a los dáricos.

Una flecha pasó por su lado y terminó clavada en un árbol. Gimió. Los jinetes estaban muy cerca. Salieron al camino y uno de ellos le dio alcance. Trató de quitarle las riendas y Alhanna le golpeó en el brazo.

—¡Corre, Ceara! —Le entró agua en la boca—. ¡Corre!

El vargum logró dejarlos atrás, pero las flechas seguían pasando muy cerca de la cabeza del animal. Alhanna miró hacia atrás. Eran muchos y no parecían dispuestos a dejarla escapar. Se adentraron en un claro; la hierba saltaba al paso del vargum, sus fuertes patas pisaban el suelo con fuerza. Una flecha silbó en el aire y atravesó el grueso cuello de Ceara. El animal relinchó broncamente y se levantó sobre las dos patas traseras. Ambas cayeron al suelo. Alhanna sintió la fuerza del golpe en su espalda, y todo su cuerpo tembló por el dolor. Durante unos instantes, fue incapaz de tomar consciencia de lo ocurrido. Le pitaban los oídos. El vargum había caído de lado y se estaba agitando. Se arrastró hasta Ceara; la sangre salía de la herida a borbotones. Acarició el espeso pelaje de su crin.

—¡No! —El animal quedó inmóvil—. ¡Ceara!

«¿Y qué hago yo ahora?». Los jinetes bajaron de sus vargums y comenzaron a acercarse a ella. Jadeando, Alhanna rebuscó entre las cosas que colgaban de la silla de montar, tiró de la manta y encontró la espada. Levantó la cabeza y vio a los kalastys.

Los miró con cautela. De repente, las nubes ocultaron la luz de las lunas. No

podía ver nada. A tientas, logró desenvainar la pesada espada. La agarró con las dos manos y trató de levantarla. En aquel instante, algo distinto, desconocido y abrasador, nació dentro de ella. Sentía las pisadas a su espalda. Erotesa logró abrirse camino entre las sombras del cielo y arrojó algo de luz al claro. Alhanna contuvo el aliento.

El kalasty que se encontraba frente a ella levantó su arma y la dirigió en su dirección. Al verlos de cerca, reconoció que tenían un cierto parecido a los humanos. Sus orejas acababan en punta y tenían los colmillos largos como los dáricos. Sin embargo, su físico era similar al de los humanos, tanto en altura como en complexión. Lo único que los distinguía de ambas razas eran las extrañas pupilas alargadas.

—Ha sido difícil darte alcance. —Pasó la afilada lengua por sus labios cortados, por el aire frío—. Esperaba que tomaras otro camino.

—¿Qué quieres? —Su voz sonó más temblorosa y aguda de lo que esperaba.

—A ti, por supuesto.

La joven miró a Ceara, que yacía inmóvil. La sangre había empapado sus botas. «Fuego, quiero fuego», se dijo sin saber la razón. Sus ojos ceniza miraron los de Ceara, apagados, sin vida. Pensó en Kishur. Levantó la espada todo cuanto pudo.

—Así que quieres luchar —dijo el kalasty.

Escuchó las pisadas tras ella; se acercaban con paso lento. Tuvo miedo. Tenía el cuerpo tan rígido que el dolor impedía a sus pulmones tomar el aire necesario. Por un momento, pensó que iba a desmayarse.

—¡No os acerquéis! —Giró sobre sí misma arrastrando el arma—. ¡No me tocaréis ni a mí ni a Ceara! ¡Alejaos!

—¡Mírame a mí, humana! —La voz del kalasty la obligó a volverse de nuevo—. ¿Quieres luchar por tu vida? ¡Pues lucha!

Sin previo aviso, se lanzó contra ella. Alhanna sacó fuerzas de donde no creía poseerlas y levantó la espada. Agachó la cabeza al mismo tiempo. El arma del kalasty le arrebató la suya de las manos de un golpe. La joven cayó al suelo gimiendo por el dolor en su hombro; nunca habría imaginado que mantener una espada en alto pudiera resultar tan difícil. Aguantó el llanto mientras lograba recuperarse del fuerte golpe, arrodillada sobre la tierra húmeda. El soldado comenzó a caminar despacio a su alrededor, con la espada meciéndose lánguida a su costado. Tenía los ojos grandes y el cabello espeso, sujeto en una trenza. Una pequeña cicatriz le partía el labio inferior en dos.

—Pareces asustada. Mi nombre es Astrud, soy capitán a las órdenes de Ogrora. Me encomendaron buscarte. No quiero hacerte daño, solo que vengas conmigo.

—¡Y una mierda! —gritó la joven con rabia.

Otra vez, sintió algo ardiendo en su interior. La cabeza iba a estallarle, no podía pensar. Respiró profundamente, tomando todo el aire que sus pulmones aceptaron, se puso en pie, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. El lago de plata apareció al instante y, sin pararse a meditar en las consecuencias, se zambulló por completo en él. Por primera vez en su vida, permitió que la rabia la consumiera. Se ordenó a sí misma

no contener en su interior aquel calor que amenazaba con quemar sus entrañas. Creyó oír el susurro asustado de su abuela: «Alhanna, no debes enfadarte tanto. Mira lo que has hecho».

Esta vez el agua helada del lago no la ayudó a calmarse, porque eso no era lo que ella quería, lo que deseaba era estar furiosa. Ansiaba quemarlo todo. Ansiaba el fuego. Abrió los ojos; sus pupilas se habían oscurecido hasta volverse del color del acero. Los kalastys retrocedieron ante su torva mirada.

—Deseo que todos ardáis.

Astrud levantó el brazo para que todos sus soldados se detuvieran. Estaba desconcertado por el color que habían tomado los ojos de la joven, que ya no parecía asustada. Se sorprendió al darse cuenta de que sus propias manos estaban temblando. ¿La dama roja la quería con vida? Eso no iba a ser posible.

—¡Flechas! —ordenó a sus soldados.

Las lunas desaparecieron tras las nubes y la oscuridad más absoluta volvió a consumirlos. Pero no importaba: Alhanna podía verlo todo, era capaz de distinguir claramente la imagen de cada árbol, cada arbusto, cada kalasty; su alrededor había tomado tonalidades inimaginables para ella. Los árboles se agitaban con el viento en colores ocres y dorados. Levantó una mano hacia ellos, atraída por su belleza. ¿Era real o solo estaba en su mente? Notó la energía fluyendo de los robles, casi podía palparla con la punta de sus dedos. La deseaba.

Apretó el puño y los árboles comenzaron a abandonar los tonos luminosos para volverse oscuros. Sintió la energía fluyendo en su interior, una apabullante fuerza que la desbordó. Sus músculos se agarrotaron y el dolor recorrió su cuerpo. Gritó, reteniendo todo ese poder dentro de ella.

—¡Disparad! —La voz del kalasty le sonó lejana.

Alhanna jadeó por el esfuerzo. Miró al kalasty y sonrió. Su cabello se elevó y flotó como si estuviese sumergido en agua, mientras sus ropas se agitaban con el aire. Las letras de su tatuaje se desprendieron de su cuerpo y la rodearon, girando en espiral. Alhanna abrió el puño de la mano que mantenía cerrado y el tatuaje prendió en llamas, generando un torbellino de calor que consumía todo cuanto tocaba. A sus pies, la hierba se carbonizaba al instante. Las flechas ardían y se transformaban en cenizas antes de cruzar la espiral de fuego y viento que rodeaba a Alhanna.

El capitán Astrud ordenó que volvieran a disparar, pero la mitad de los arqueros estaba montando sobre sus vargums para escapar.

Alhanna sintió que el calor se extendía por su cuerpo.

—Que mi fuego os consuma —siseó mientras estiraba los brazos en cruz.

El tatuaje interrumpió su movimiento de golpe, dejó de girar y, transformándose en enormes lenguas de fuego, se lanzó hacia sus presas. La tormenta de llamas se abrió paso con gran rapidez, devastando todo el claro y consumiendo a su paso a cada criatura que encontraba.

Alhanna los escuchó gritar y huir y contempló como las llamas devoraban sus

cuerpos. Las armaduras y las espadas se volvieron rojizas y un nauseabundo olor a carne quemada inundó sus pulmones. Solo el lugar donde ella y el cuerpo del vargum se encontraban quedó intacto. Al comandante se le derritieron los ojos antes de cubrirse inútilmente la cara, la piel se le hizo jirones y pronto no quedó nada de él salvo un puñado de cenizas. La joven sonrió.

Kishur gritó de nuevo mientras Tottem-Hon y Ádria se alejaban a gran velocidad. Sintió un corte en la pierna, clavó la espada en el pecho de su enemigo y saltó hacia atrás para ganar distancia. La sangre le empapaba los pantalones de piel, podía incluso olerla. Elevó la espada hasta ponerla en horizontal frente a su rostro. Sus pupilas se habían dilatado para ver en la oscuridad, y podía apreciar las figuras de todos los kalastys. Había muchos, decenas de ellos. Alfar y Ghiro estaban a su lado. De pronto, sintió una punzada en su pecho, y el mundo pareció detenerse un instante. «Algo acaba de morir».

—Hermano —dijo Kishur a Alfar, que luchaba a su lado, olvidando que debía tratarlo como a un hajaek—, procura mantenerte con vida.

Corrió hacia el sotobosque, profiriendo un alarido de furia, al encuentro de sus oponentes.

Los ojos de Alhanna reflejaban el fuego que recorría el bosque como una lengua que lo devoraba todo. La barrera de robles ennegrecidos que la joven había visto dentro de su cabeza parecía retener el avance de las llamas, que rodearon el claro como una masa de agua a punto de desbordarse de su recipiente; luego se calmaron y comenzaron a extinguirse. Sintió el tatuaje regresar de nuevo a su piel con una sacudida. No le dolió, al contrario: le resultó reconfortante. Había dejado de llover. Las cenizas se le pegaron en la cara y en el pelo. Cayó de rodillas, exhausta.

No lograba moverse. Por un instante, pensó que se estaba quedando ciega, porque todo a su alrededor comenzó a desaparecer, incluida Ceara. Sus pies no se habían movido, pero una oscuridad insondable la había alcanzado. Una extraña bruma la rodeaba. De ella aparecieron docenas de ojos pertenecientes a criaturas ocultas que no era capaz de distinguir. Las pupilas que la miraban eran de color ámbar, de distintos tamaños. Escuchó el sonido de su propia respiración agitada. Notó como se abalanzaban hacia ella, y un dolor lacerante recorrió su cuerpo. La agarraron con fuerza, arañando su piel. Una cabeza envuelta en bruma danzó a su alrededor, mostrando dos hileras de perfectos colmillos dentro de la boca. No tenía rostro. Le mordió en la pierna y gritó aterrorizada. Las manos que la sujetaban comenzaron a tirar de ella. El dolor era terrible.

Las sombras giraron y tomaron formas extrañas, irreconocibles. Abrieron una pequeña abertura. Alhanna intentó alcanzarla con la mano, pero las criaturas que la

agarraban no se lo permitieron. A través de la brecha, algo la observaba. Solo logró apreciar dos ojos brillantes con rojas pupilas, del color de la sangre. Su corazón se paralizó. Alhanna volvió a intentar alcanzar la abertura, pero un suave gruñido animal escapó de ella. Las garras y colmillos que la aprisionaban comenzaron a desaparecer y las criaturas se alejaron entre gemidos. Notó angustia y miedo a su alrededor, y sintió un profundo poder emanar desde la brecha. Aquellos ojos parecían haberla atrapado. Era incapaz de respirar.

«Al fin te encuentro».

Escuchó la voz dentro de su cabeza, le retumbó en los oídos y sintió un profundo dolor en las sienes. Era una voz metálica, atronadora, animal. Las lágrimas corrieron por sus mejillas. Cuando la abertura se cerró, Alhanna perdió el conocimiento.

Laen'dah

Los días se sucedían imperturbables, uno tras otro. El tiempo transcurría sin que me afectase, despacio, cansado. Nada lograba sacarme de tan angustiosa desidia, ni siquiera el canto de las dáricas que se esforzaban por complacerme. La estancia en la que me encontraba comenzaba a asfixiarme, y, aunque no sentía deseos de abandonarla, me pareció de pronto un lugar insignificante. Mi cuerpo había envejecido y el peso de la edad me atosigaba. A veces sentía curiosidad por los sentimientos de quienes me rodeaban, por cómo debía de ser para ellos saber que la muerte les aguardaba. Nacen y mueren, y yo nací, pero no sé cuándo llegará mi hora, si alguna vez ha de llegar.

Aquel día, cuando Alhanna usó su poder por primera vez, yo me encontraba sentado en el cómodo sillón de mis aposentos, con las manos cruzadas en el regazo. Observaba las lunas brillando en el exterior. Había sentido aquella inquietud de nuevo, desconocida y curiosamente agradable. Los sonidos del mundo llenaban mis oídos, aislándome de todo. Algo había cambiado, algo estaba despertando.

Sobre la mesita de té de ébano permanecía el viejo libro, con la portada de cuero desgastado. Su superficie estaba iluminada con la luz de las velas, reflejando las débiles marcas de su cubierta, de la grasa de los dedos que habían quedado impresos al acariciar el suave material. Era una verdadera lástima ver la pequeña mancha de sangre que cubría una de sus esquinas; era el último recuerdo que Alhanna había dejado en él.

—Mi señor. —Mi joven acólito interrumpió mis devaneos.

Detuve la escucha del mundo y centré toda mi atención en la criatura que tenía ante mí. Nervioso y encorvado, el joven intentaba cerrar su mente para que yo no pudiese leer sus pensamientos. Como había imaginado, no eran las noticias que yo ansiaba. Tembló ante mi mirada hosca; mi humor iba empeorando según el trascurso de las ágaras.

—Vas a darme malas noticias o, al menos, crees que lo son. Ya deberías haber aprendido que los sucesos de Muriath no me afectan. —Sonreí, pero supe que mi acólito se había asustado: no estaba acostumbrado a verme hacer tal gesto—. Habla.

—S-ss-í —Retorcía las manos sudorosas, sin atreverse a mirarme—. Los kalastys que abandonaron su retiro se han unido en un solo ejército dirigido por la dama roja.

Suspiré, fatigado. Lo había visto con mis propios ojos; después de todo, esa era mi labor: observar y escuchar los acontecimientos del mundo, de cualquier rincón, en todo momento. Mi acólito sabía que me había molestado, y me quedé esperando la disculpa que el dárico gestaba en sus labios. A veces aborrecía ser capaz de entrar en la mente de los demás; conocer cada recóndito deseo de los seres que me rodeaban me había convertido en alguien amargado. Después de todo, ¿de qué sirve conocerlo todo si no puedes intervenir para cambiarlo?

El suelo de mi habitación tembló bajo nuestros pies. Aquello me cogió por sorpresa, había bajado la guardia y desconocía qué estaba sucediendo en Muriath. Mi

ayudante cayó de rodillas sin proponérselo, contra el frío mármol negro. Los libros se agitaron en las estanterías, y nuestros ojos quedaron fijos en la gran mesa que abarcaba todo el centro de la habitación. La noble madera vibró como una hoja de papel.

—La Drefara... —suspiré animado.

Un nuevo temblor hizo que mi ayudante posara la frente en el suelo. Asustado y temeroso, lanzaba entre murmullos algún tipo de rezo.

Como un infante al que se le ofrece un regalo, me levanté y caminé despacio hasta el centro de la estancia. La mesa ovalada estaba construida en roble oscuro, sus patas eran anchas, cilíndricas, y grabadas delicadamente con una enredadera de espinas que trepaba a su alrededor. La Drefara era mi mayor orgullo, la había construido con mis propias manos. En su superficie, tallado con gran relieve, se encontraba el mapa de Muriath. Cada rincón estaba representado: los lagos, las montañas, las ciudades... El mundo entero se encontraba allí.

Y, sobre ella, colocadas estratégicamente en los lugares correctos, había un millar de diminutas figuritas de mármol blanquecino, talladas para representar formas distintas. Algunas eran tan pequeñas como el colmillo de un dárico. También eran obra mía.

—¡Rápido! —le grité al joven dárico—. Trae la estatuilla que dejé sobre la mesa.

La había cincelado días atrás con un trozo de mármol gris. Representaba la figura de una chica humana con los brazos cruzados sobre el pecho. Cuando mi acólito la posó sobre mi mano, sentí un estremecimiento. Estuve tentado de dar marcha atrás a mis planes; durante un breve instante, sentí miedo de lo que podría llegar a ocurrirme si era descubierto, pues no tenía permitido intervenir. No era el momento de dudar. Dejé la figura sobre el bosque de Górgora y asentí satisfecho.

Un tercer temblor sacudió la estancia. Los libros resbalaron de los estantes y el techo de piedra crujió. Abrí los ojos con atención.

La figura apostada en el centro de la Drefara, tallada en delicado mármol negro, comenzó a agitarse. Sus ojos, antes ausentes, se volvieron del color de la sangre y las fauces de su boca se abrieron mostrando un centenar de dientes afilados, tan diminutos que era incapaz de apreciarlos bien. Era mi mayor obra, la figura más grande de todas. Ya no había vuelta atrás, ni pesar, ni arrepentimiento.

Tras unos minutos, me retiré de nuevo a mi sillón, me recosté con el cuello apoyado en el cabezal y volví a mirar a través de la ventana. El cristal reflejaba mi rostro, la sonrisa que había aflorado en mis labios, y que sabía que tardaría en desaparecer.

—Por fin. Todo comienza después de tan larga espera.

Fui testigo del verdadero poder de los endómicos. Siempre he sentido fascinación por la endomia, la capacidad de nuestro mundo para usar la energía que nos rodea y convertirla en otra completamente diferente. Como el fuego. Dicen que el fuego es la energía más sencilla de generar. De infante, presencié como un endómico creaba burbujas de aire y encerraba pétalos de rosa en su interior. Fue hermoso. No recuerdo su rostro, pues, como todos los de su gremio, vestía una larga túnica y lo ocultaba bajo la enorme capucha.

Siempre creí que ellos usaban la endomia para concebir cosas maravillosas y para protegernos del mal que nos rodea. Pero descubrí que semejante poder puede volverse en nuestra contra dependiendo de las manos en las que se halle.

En Falar-Shan, durante la guerra de las razas, los endómicos de ambos bandos fueron llamados a filas para luchar. Nuestros enemigos lo hicieron con el objetivo de derribar la torre de Zahel; nosotros, para protegerla. Fue una lucha encarnizada entre los endómicos más poderosos que existían, capaces de canalizar la energía de otros seres vivos. Los endómicos saben que usar su propia energía los conduce a una muerte precipitada.

El precio fue la devastación de Falar-Shan. Tras el paso de los endómicos, solo quedó muerte y destrucción; toda vida fue arrebatada por la endomia. La tierra se agrietó y las cenizas de los árboles moribundos impregnaron el aire; los lagos se vaporizaron y el cielo se cubrió de una eterna tormenta cuya lluvia quemaba la piel. Falar-Shan quedó plagado de cadáveres: ya nada volvería a crecer en aquel lugar.

Al contemplar esto, Raehlan-Tae, nuestro rey, ordenó la retirada de los endómicos. Muchos habían enloquecido, y otros habían muerto al intentar canalizar demasiada energía. Ya era tarde para revertir el desastre.

Han pasado cincuenta ágaras desde el fin de la guerra y quedan pocos endómicos capaces de encauzar la energía proveniente de otros seres vivos. Quizás, con el trascurso de las ágaras, lleguemos a olvidar que una vez los endómicos fueron realmente poderosos. Su endomia fue responsable de la destrucción de todo un continente, de la destrucción de Falar-Shan.

Extracto del diario de Kaelan-Homron, general de Alviat.

Segunda parte

Górgora

Atravesaban un páramo arrasado por las llamas y rodeado de árboles mortecinos que resistían en pie con gran dificultad. Kishur tosió, se tapó la boca con la capa y la cerró para que solo sus ojos irritados quedaran al descubierto. Caminaba despacio, tratando de no hundirse. El suelo estaba formado por una mezcla de barro y una masa grisácea, una pasta espesa que se pegaba a sus botas y a las patas del vargum. Las heridas de las piernas le escocían cuando el pantalón de piel se le pegaba al cuerpo, y la sangre aún no se había secado. Tenía varios cortes en los muslos, poco profundos, pero muy molestos. Ghiro y Eltsay viajaban detrás de él.

Iban en silencio, observando la devastación que el fuego había causado. Durante la batalla con los kalastys, habían visto bandadas de pájaros huir volando por encima de sus cabezas. Luego, las llamas se habían alzado sobre los robles a tal altura que parecían querer cubrir el cielo por completo. Los kalastys aprovecharon ese momento de incertidumbre para escapar. Kishur apretó los dientes, furioso. «El fuego lo ha consumido todo». La rama de uno de los árboles se desprendió a pocos pasos de él, y se detuvo para observarla. La madera era igual a la del resto de robles que rodeaban aquella zona. Estaban muertos, pero había algo extraño en ellos: se habían salvado del fuego y se conservaban a la perfección, con las hojas e incluso los hongos que crecían en la madera intactos.

—Han perdido la energía —susurró Ghiro, angustiado—. Están muertos, son esqueletos. Pronto comenzarán a desintegrarse.

—No hay ningún endómico por estos bosques capaz de hacer algo así. —Eltsay tiró de las riendas de su vargum para no quedar rezagado.

—Más concretamente, no ha existido endómico con semejante poder desde que la guerra de las razas concluyó —añadió Ghiro mientras contemplaba los árboles.

Atravesaron la barrera de robles negros; las hojas se agitaban con la brisa, oscuras y duras como el cristal. Las ramas se cimbreaban y producían un sonido parecido al de metales al chocar. Algunas se rompían y caían al suelo. Los troncos estaban cubiertos de ceniza.

—Esto es un cementerio —afirmó Kishur.

—¿Y qué seres oculta? —Ghiro se estremeció por el aire gélido.

Se distinguían los restos de armaduras y espadas, algunas deformadas. Todo lo

demás se había consumido como la mantequilla en un cazo ardiendo. Había un pequeño fuerte en medio de la putrefacción, una fracción de suelo con un enorme bulto cubierto por cenizas. Aligeró el paso ignorando los cortes en las piernas, se agachó y comenzó a retirar los restos que cubrían a la joven y al vargum.

—¿Vive? —preguntó Ghiro mientras buscaba agua en su zamarra.

Al mirarla, habría jurado que estaba muerta, pero sabía que no era así. Alhanna tenía los labios morados y la piel le brillaba por el sudor. Estaba ardiendo. La tomó entre sus brazos y le apartó el cabello de la cara; no tenía heridas visibles, pero sus ropas estaban quemadas y dejaban al descubierto buena parte de su cuerpo, incluido el tatuaje. Eltsay se apresuró a quitarse la capa y la cubrió con ella.

—Por los dioses...

—El agua, Ghiro. —Kishur alargó el brazo.

Le mojó los labios y la cara. Su pulso era normal, parecía dormida. Hizo una señal y Eltsay se agachó a su lado para cogerla.

—Encárgate de ella.

Kishur retiró las cenizas del cuerpo de Ceara y le acarició la crin, despacio y con suavidad. Gritó para liberar su rabia. Él mismo había entrenado a Ceara, llevaba a su lado casi veinte ágaras. Rozó con los dedos las plumas de la flecha que le había dado muerte, cuyo color reconoció. «Soldados de Ogrora».

—Es terrible cuando un compañero de viaje nos abandona, y más si es de esta forma —se lamentó a su lado Ghiro, que siempre encontraba las palabras adecuadas.

No podía dejar que vieran su tristeza, así que alejó la mano de Ceara y se puso en pie. Debía incinerarla, como haría con un camarada muerto en combate. Miró a su alrededor y comprobó que no había madera que pudiera arder.

—Tenemos esparciaras —le indicó el anciano.

—Servirá.

Aguardó mientras el anciano iba hasta el vargum de Ádria y rebuscaba entre los enseres del hajaek. Extrajo de una bolsa una pequeña cajita de madera y regresó a su lado. Kishur la tomó en sus manos y la volcó directamente sobre Ceara. Tuvo cuidado de no respirar cuando las virutas oscuras cayeron.

—Concédeme tu endomia, Ghiro —pidió Kishur.

El anciano se agachó. Se concentró tanto que la vena de la frente se le hinchó hasta el límite. El sudor cayó desde sus sienes y por sus mejillas. Levantó la mano derecha a la altura de su rostro, dibujó en el aire un círculo con el dedo índice y lo pegó al pulgar. Acercó los dedos a los labios.

—Fuego —susurró Ghiro.

Una diminuta llama rojiza saltó de sus dedos hacia Ceara, el fueguecito prendió las virutas de esparciara y estas fueron extendiendo una llama violácea por el animal. Se separaron para no respirar el humo venenoso.

—Que la madre de todos guíe tus pasos —comenzó a susurrar Kishur—. Viaja en paz, amiga mía. Que tu energía recorra el mundo y se una a Muriath, donde esperan

tus antepasados. Nos volveremos a encontrar en el mundo venidero.

—Allí donde todos hemos de regresar —concluyó Ghiro.

Esperaron hasta que el cuerpo del vargum terminó de consumirse. Kishur tomó un puñado de cenizas en su mano, las acercó a su boca y sopló para que volaran. Quemaban muchísimo, y la palma de la mano se le quedó roja, pero no le importó. Guardaron silencio. Unos pájaros volaban sobre sus cabezas. Cuervos.

Eltsay caminó hacia los vargums para dejar a Alhanna. Se distrajo mirando los cuervos que graznaban; algo estaban buscando. Odiaba a esas malditas aves. Concentrado en el cielo, al pasar al lado de un árbol golpeó a Alhanna en la cabeza con una rama, que se rompió y cayó al suelo. Se quedó mirando la madera ennegrecida, que parecía de carbón. De reojo, comprobó que su señor y Ghiro no lo habían visto, y suspiró aliviado. Dejó a Alhanna sobre el vargum. Procuró cubrirla bien con la capa y le puso la capucha para ocultar su cabeza.

Los cuervos se marcharon tras comprobar que allí nada quedaba para ellos. Kishur sintió un sabor amargo en su boca. Ghiro miraba su alrededor, absorto.

—Es algo tan insólito... —balbuceó el anciano volviendo la mirada hacia Kishur —. Un endómico arrebató la energía de todos estos robles y la transformó en fuego. El uso de la endomia está limitado, es muy pobre. En nuestro mundo ya no quedan seres capaces de tal proeza, ni los endómicos más poderosos de Alviat lograrían algo así. Morirían al intentar encauzar tanta energía, sus cuerpos no lo soportarían.

—¿Y entonces?

—¡No lo sé! —Se frotó las sienes y luego se pasó la mano por la barba; necesitaba calmarse—. Yo solo puedo lanzar unas míseras chispas para encender un fuego. Tardé casi treinta ágaras en lograrlo, después de un duro estudio de la endomia. Todo esto... —Extendió los brazos y giró sobre sí mismo—. Un ser capaz de algo así ha de ser muy poderoso.

—Ha sido ella. —La voz de Kishur sonó apagada tras la tela que cubría su boca.

—Los humanos no poseen endomia —intervino Eltsay.

Los tres dirigieron la mirada hacia Alhanna, echada sobre el vargum, con la cabeza boca abajo, colgada como si fuera un fardo. Kishur se pasó la mano por el cabello sucio. El aire sacudía los árboles creando una extraña melodía. Más ramas muertas iban cayendo al suelo, y algunas se deshacían sobre el barro. Aquellos robles acabarían desapareciendo por completo, dejando un devastador vacío en su lugar.

—La endomia es un arte muy complejo, muy pocos somos capaces de encauzar energía y transformarla. —Ghiro se acercó a su señor y lo miró a los ojos—. Los humanos no poseen esa aptitud, en dos mil ágaras ninguno logró jamás usar la endomia. ¿Y decís que ha sido ella? No, eso no puedo aceptarlo.

—No te he pedido que lo hagas. —Forzó una sonrisa que sabía que molestaría a Ghiro.

El anciano gruñó. Eltsay se mantuvo al margen, no deseaba entrometerse en una discusión entre ellos dos.

—No tenéis respeto a mi edad —lo acusó Ghiro.

Tenía que reconocer que a veces olvidaba que Ghiro, en el pasado, había sido mucho más que un simple hajaek. Intentó recordarlo como general de Alviat, tan temido que fueron muy pocos los que alguna vez osaron enfrentarse a él. Kishur asintió y eso valió como disculpa.

—Quiero que intentes aceptar que ella ha podido causar todo este caos, que tiene ese poder que aseguras que ya no existe en nuestro mundo. Si es de ese modo, ¿a qué nos enfrentamos?

—No os va a gustar mi respuesta. —Se cruzó de brazos, malhumorado.

—Dilo.

—Yo la lanzaría por el precipicio más alto que encontrara. Deberíamos temer un poder de esta envergadura, no estamos preparados para luchar contra algo así. —Negó con la cabeza y se rascó la cicatriz—. Debéis pensar detenidamente qué haréis cuando despierte. Asumiendo que ella haya provocado esto y que fuera la primera vez que usaba su endomia, ha debido de sumirse en el sueño del rechazo; no sabemos en quién se habrá convertido cuando abra los ojos. Puede que ya no quede nada de Alhanna y que, en su lugar, despierte un demonio.

—Eso son solo cuentos —le recriminó Kishur.

—¡Cuentos, decís! ¿Vos, que nunca usasteis la endomia? No lo son, el sueño del rechazo es real, pero creedlo falso si ese es vuestro deseo. Decidle a Tottem-Hon que lo que le ocurrió de infante fue un cuento, que perdió la voz sin motivo. Muchos infantes usan la endomia por accidente, sin estar preparados y sin haber tenido formación de ningún tipo. Y lo pagan muy caro. Al hermano de mi abuelo tuvieron que encerrarlo porque perdió la razón y trató de matar a toda su familia. Dejó de hablar dárico para hacerlo en una lengua desconocida; quizás el idioma sagrado. Y cada día se laceraba el cuerpo con sus propias manos como si intentara escapar de él.

Durante un rato, dejaron que el silencio los acompañara. Los dos tardaron en volver a mirarse a la cara, necesitaban reposar cuanto habían dicho.

—La mantendréis a vuestro lado, ¿cierto?

—Yo la encontré, me pertenece. —Sus palabras sorprendieron a Ghiro. Tenía los puños apretados; una apremiante necesidad de protegerla nacía en su interior—. No puedo explicarlo, solo tengo esa certeza. Debo protegerla, Ghiro.

—¿Y la protegeréis a cualquier precio? —Puso una mano sobre su hombro derecho y se acercó un poco a su oído—. Contraeréis una gran deuda con Alviat, mi señor. Pero no seré yo quien os contradiga ni os pida otra cosa, hace mucho que comprendí que las decisiones que toméis me arrastrarán, aunque intente impedirlo. Siempre lográis convencerme.

Kishur miró las cenizas de Ceara que el viento estaba esparciendo. Cerró los ojos para sentir mejor la brisa en su piel. «La muerte nos acaba encontrando a todos».

Montañas Avíseas

La tormenta estaba cerca y pronto comenzaría a nevar. Quedaban algunas semanas para la llegada del invierno, pero allí las temperaturas ya habían descendido lo suficiente para que un manto blanco y espeso cubriera la superficie rocosa. El kalasty se arrebujó en la capa, hacía un frío atroz. A pesar del tiempo que llevaba viviendo allí, no se había acostumbrado. Las Avíseas eran una cordillera montañosa compuesta por tres picos importantes, dos de ellos desconocidos, pues jamás alguien había escalado a tanta altura. Se perdían entre las nubes que permanecían inalterables, ya fuera invierno o verano. La montaña de Grae estaba en medio de las otras dos: era más pequeña y, en su cima, albergaba un amplio valle, rodeado de paredes rocosas y cuevas profundas. Algunos pinos crecían luchando contra las condiciones extremas en invierno, formando pequeñas arboledas.

En el centro del valle, se encontraba una fortaleza que resistía a los embates del viento y los temporales. Era una construcción circular, compuesta por una torre del homenaje con almenas voladizas y cuatro torres defensivas con tejado cerrado de pizarra. Las almenas acabadas en punta de diamante recorrían el paseo de todos los muros. Frente al castillo, había una enorme fuente de base ovalada, construida con una piedra tan oscura que por las noches parecía desaparecer. Dentro, se alzaba una figura hecha del más resistente cristal. Tenía la forma de una mujer con alas a la espalda, inclinada hacia abajo con las manos unidas, como si ofreciera algo. De ellas salía el agua, y también de diferentes puntos situados por toda la base.

Vibledor estaba absorto observando la fuente: el agua fluía limpia y borboteaba sobre la superficie. Sus pupilas tenían un tono amarillento, parecían relojes de arena que se hundían en una cara estrecha y afilada. Se rascó la barba y miró a los soldados tras él.

Estaban preparados para marcharse. Su grupo estaba compuesto por dos mil soldados. Vibledor odiaba que todos se hubieran rapado la cabeza siguiendo el ejemplo de Ogrora. Buena parte de ellos se había tatuado su emblema en la nuca, un dragón con las alas desplegadas. Él mantenía su cabello castaño largo hasta los hombros. Cubrían sus cabezas con gorros de lana y llevaban ropas gruesas de color blanco para poder camuflarse en la nieve. Cuando salieran de las Avíseas tendrían que cambiarse el atuendo.

Había demasiado silencio. Vibledor prestó atención al horizonte, deseando que la tormenta diera media vuelta. El amanecer había llegado con la noticia sobre la muerte de Ogrora, con la noticia de su fracaso. Era lo más parecido que habían tenido a un rey, y los soldados estaban consternados, furiosos y, por qué no decirlo, decepcionados. Ogrora había hecho muchas promesas, había jurado darles un lugar. Logró reunir a los distintos clanes que habían permanecido segregados después de la guerra de las razas; muchos de ellos habitando en tierras inhóspitas a las que los dáricos los habían confinado bajo amenazas tras finalizar la guerra. Pocos recordaban ya en qué bando lucharon, y Ogrora había sabido aprovecharlo para volver a unirlos bajo una misma causa. Los había encomendado a luchar para recuperar las tierras que una vez fueron suyas y que ahora los humanos habitaban. Pero había muerto. Y Vibledor sentía un gozo que no era capaz de expresar.

—General, la dama solicita vuestra presencia. —El sirviente tiritaba por el frío.

—¿En este momento?

—Me temo que sí, y no parece estar de buen humor —susurró para que solo el general pudiera escucharlo—. Ha matado a una doncella sin razón aparente.

Apretó las mandíbulas y trató de contener su furia. Estaba siendo un día agradable, incluso un tanto feliz por la muerte del desgraciado de Ogrora.

—Está bien, Janas. —Bajó del caballo y le tendió las riendas—. Espera aquí hasta que vuelva.

Con paso lento, caminó hacia el castillo al que había estado dando la espalda. Iba dejando sus huellas en la nieve. Siempre caminaba un poco encorvado, aunque era fuerte y ágil. Los soldados lo miraron con atención y Vibledor mantuvo la expresión serena que había estado mostrando toda la mañana. Le había costado un gran esfuerzo no sonreír en medio del desánimo general por el final de Ogrora.

Atravesó las puertas del castillo y gruñó cuando el calor cargó contra su cuerpo. Las paredes de mármol reflejaban las llamas de las chimeneas; detestaba tanta ostentación, la encontraba absurda, un derroche. Pero la dama roja la requería y, por ella, sus antepasados habían cargado con las piedras de tierras lejanas y las habían pulido y usado para la construcción de aquel inexplicable castillo en medio de la nada, rodeado de blancas colinas. También por la dama sus soldados bajaban cada día a la ladera para talar los árboles y traer leña para las chimeneas. Dentro del castillo los fuegos nunca se apagaban, aunque ella no estuviera presente.

Había algunos cuadros adornando las paredes, con pinturas de flores y paisajes montañosos, y también varios tapices bordados, pero él nunca solía fijarse en esas cosas. Entraba en el castillo en pocas ocasiones; prefería quedarse en el campamento ubicado en una de las cuevas de la montaña, la que estaba más alejada de la fortaleza y cuya profundidad permitía albergar las mil tiendas en las que vivían las familias de los soldados. Aquel se había convertido en su hogar.

Avanzaba por el pasillo, tenuemente iluminado por las lámparas de cristal. Cuando llegó a las puertas de la estancia, se detuvo para saludar a los guardias.

Sintió arcadas al entrar. Había demasiada luz allí dentro; además de las lámparas, un centenar de velas blancas rodeaban el cuarto. Era muy amplio, con una enorme cama en el centro, oculta por un baldaquino de madera con pequeñas rosas talladas. El tocador no era menos ostentoso, con un enorme espejo dorado. El olor a jazmín impregnaba la estancia.

—Mi señora. —Se postró de rodillas.

La mujer se levantó de la cama, perezosa. Sus rizos castaños y rojizos cayeron sobre su pecho desnudo. Vibledor levantó el rostro para observarla. Sus ojos eran de un intenso color azul, y su semblante el de una pequeña muñeca de porcelana. Tenía los pómulos coloreados y llevaba los labios carnosos pintados de rojo. Con la mano derecha, le hizo una señal para que se pusiera en pie.

—Pásame la bata.

El general obedeció. La prenda estaba en una silla cerca de la puerta; la cogió con cuidado y se la dio. La dama sonrió y Vibledor sintió escalofríos. Con sensualidad, se colocó la suave prenda tapando su desnudez y caminó hacia la ventana. Desde allí solía contemplar el valle y la fuente. Bufó, molesta, pues ahora sus tropas se apostaban de forma que le impedían contemplar la hermosura del agua cayendo de las manos de la estatua.

—Eras hermano de Ogrora —dijo ella sin mirarlo—. Su muerte ha sido algo desafortunada. Voy a depositar en ti la misma confianza que deposité en él. Quiero encomendarte una tarea.

—En estos momentos nos disponemos a partir, mis soldados aguardan.

Ella giró la cabeza hacia él y sonrió. Vibledor notó que la sangre se le helaba en las venas, sintió un frío atroz recorriendo su cuerpo y dio varios pasos atrás, aturdido. Se frotó las sienes y luego se obligó a levantar la cabeza.

—Os escucho —dijo con la voz ahogada.

—Quiero a la humana que viaja con el dárico gris. No debes intentar quitársela, él no va a permitírtelo. Lo que quiero es que sigas sus pasos y aguardes hasta que ambos se separen. Porque lo harán. Será tu oportunidad. —Le dio la espalda al cristal de la ventana—. Procura que el dárico no te descubra o te arrancaré las entrañas.

—Por supuesto. —Inclinó la cabeza en un gesto de reverencia.

—Ordena a tus soldados que partan como estaba previsto, que la tormenta no los detenga. Cuando se hayan marchado, regresa aquí, te mostraré la forma de llegar a Górgora.

—No deseo contradeciros, pero Górgora se encuentra a más de cuatro meses a caballo. —Vibledor pensó que se había vuelto loca.

Ella volvió a sonreír y al kalasty le pareció más terrorífica, si cabía. Toda la belleza que poseía quedaba eclipsada por su mirada ominosa y sus gélidas pupilas.

—¿Dudas de mi poder?

—Jamás osaría.

De hacerlo, su familia moriría, y puede que incluso todos los soldados que

esperaban fuera. Era una mujer de pocas palabras, prefería la acción.

—Viajarás a través de una brecha —dijo de pronto ella—. La abriré para ti y podrás llegar a Górgora de inmediato.

Ahora Vibledor comprendía cómo Ogrora podía estar en tantos sitios casi al mismo tiempo, cómo había sido capaz de mantener el orden de todos los bastiones sin importar la distancia que los separara. Sintió la bilis subir por su garganta. Odiaba a su hermano profundamente.

—Márchate y haz como te he dicho —le ordenó.

—Mi señora. —Hizo otra reverencia y abandonó la estancia.

La tormenta estalló y retumbó por todo el castillo. La mujer se acercó a la ventana y puso las manos sobre el cristal. Contempló su propio reflejo. Fuera, el viento levantaba la nieve, y los relámpagos cruzaban el cielo cubierto de nubes.

Fuera de la estancia hacía un frío desgarrador. El aire arremetía contra los muros, se colaba por los pequeños agujeros en el techo, y las chimeneas comenzaban a apagarse. «¿Qué está ocurriendo?», se preguntó Vibledor. Los sirvientes corrían por los pasillos, transportando paños calientes, agua y leña. El kalasty salió al patio y el viento cargado de nieve lo golpeó. Necesitó cubrirse por completo con la capa. Los animales estaban nerviosos, su caballo daba fuertes patadas al suelo y el sirviente estaba imprimiendo un gran esfuerzo en sostener las riendas del animal.

—Vete ya —le ordenó Vibledor después de quitarle las riendas. El sirviente se marchó a la carrera. Vibledor montó y acarició la cabeza del animal para intentar tranquilizarlo. Trotando, alcanzó a los cinco comandantes,

—¡Partid! —gritó para hacerse escuchar—. ¡No temáis a la tormenta! ¡Partid ahora como estaba acordado!

—¿Has enloquecido? —Lombad escupió al suelo, y la saliva se le quedó pegada en la barbilla—. No podemos viajar con este tiempo, esta tormenta no es natural, se percibe en el aire.

Vibledor lo miró con inquina. Odiaba profundamente a Lombad, casi tanto como a Ogrora. Había luchado bajo su mando desde que fue ascendido a general, pero Lombad siempre se mostraba reacio a seguir sus órdenes.

—¡Soy tu general!

—Eso no se me olvida. —Negó con la cabeza y frunció el ceño—. Pero cometes un error si piensas que no soy capaz de rebelarme.

—¡La dama lo ha ordenado! —La vena del cuello se le hinchó al gritar.

Aludir a la mujer siempre ayudaba. Los otros cuatro comandantes se quedaron al margen de la discusión; no tenían posición ni fuerza para oponerse a Vibledor, mucho menos si actuaba con el beneplácito de la dama del castillo.

—No expondré a mis soldados a perecer bajando de este maldito lugar, ¡esperaremos! —aseguró Lombad—. Y os aconsejo a los demás que hagáis lo mismo.

Antes de que Vibledor pudiera responder, Lombad cayó de su corcel y se llevó las manos al cuello, revolcándose por el suelo mientras intentaba respirar. Se le desencajaron los ojos y el rostro se le amoró. Los comandantes y Vibledor miraron hacia el castillo. La dama había salido al balcón y tenía el brazo alargado en su dirección. Lombad quedó inmóvil, con las manos aferradas al cuello. Estaba muerto. Espolearon sus monturas y se apresuraron a presidir la marcha. Vibledor sonrió satisfecho.

La mujer observó desde la terraza como los kalastys partían. Ahora la fuente quedaría visible para su deleite. Entró en la estancia y se sacudió el cabello para quitarse los copos de nieve. Algunas velas se habían apagado. Extendió la mano derecha y las llamas volvieron a brillar. Cerró las puertas de la terraza y fue hacia la ventana. Susurró un nombre, más un canto melódico que una palabra, uno que jamás diría en presencia de ningún otro ser: «Kishur».

Górgora

La entrada a Górgora estaba bloqueada por carros y caballos, había un tremendo desorden y los guardias no daban abasto. La gente discutía y la cola para entrar al pueblo se extendía casi medio kilómetro. Estaban enfurecidos, todos tenían la misma necesidad y urgencia por entrar, nadie quería dejar sus pertenencias atrás y los altercados se sucedían uno tras otro. Los soldados estaban intentando restablecer el orden, pero les resultaba imposible.

El miedo acampaba en los caminos. Los trabajadores que habían salido por la mañana al bosque, leñadores y pastores, habían sido los primeros en correr la voz: habían encontrado una amplia zona arrasada por el fuego y cadáveres de kalastys a cinco kilómetros de distancia. Los comerciantes se sumaban a la estampida que deseaba entrar en Górgora y protegerse tras sus murallas.

Los dáricos se habían detenido a un lado del camino principal, a una distancia suficiente para no ser reconocidos. Habían procurado cubrirse con las capas y las capuchas. Alhanna estaba tumbada en el suelo, sobre la hierba, abrigada con la capa de Eltsay. Ghiro y Kishur estaban de espaldas a ella, mirando hacia el pueblo. Llevaban allí gran parte de la mañana. Eltsay estaba sentado cerca de Alhanna, limpiando sus armas con esmero y en silencio.

—Se están volviendo locos, estos humanos —apuntó Ghiro mientras bebía agua.

—No están locos; han visto los cuerpos de los kalastys. La mayoría de esta gente ni siquiera sabe usar un cuchillo, están asustados —dijo Kishur tras la tela que cubría su rostro—. No tenemos opción, si no queremos malgastar energía con ellos, mejor será que esperemos aquí a que se calmen. No quiero llamar la atención.

—El problema es que tengamos que esperar hasta hacernos viejos. —Se rascó la cicatriz y bebió agua de nuevo.

—Tú ya eres viejo —dijo, impasible.

—¿Eso pretendía ser una gracia? Mejor dejad las bromas para los humanos, porque no están hechas para nosotros. —Ghiro lo miró de reojo—. Se acerca una tormenta y tiene mala pinta, muy mala. Odio las poblaciones humanas, pero ahora solo deseo estar sentado junto a un buen fuego con una botella de vino.

Kishur no le dijo nada. Tampoco le agradaba la idea de quedarse en Górgora, los pueblos del norte solían ser poco amigables con los suyos. Pero no le había quedado

más opción que enviar a los demás allí para que curaran la herida de Ádria. Seguían sin noticias de ellos. Tenía la esperanza de que hubieran logrado encontrar una posada que los acogiera.

—El tiempo está agitado —afirmó Kishur.

Ghiro lo miró y negó con la cabeza.

—Os comportáis como si el mundo descansara sobre vuestros hombros. Y no negaré que una parte de él lo haga, pero de nada os servirá vivir enfurruñado.

—Me hablas con mucha condescendencia últimamente. —Kishur sonrió tras la capa y relajó la postura—. ¿Es porque los kalastys siguen tras nosotros? Maté a Ogrora, y creí que eso los detendría. Pero buscan a Alhanna; nos tendieron una trampa para separarnos, y yo caí en ella como un infante.

—¿Y quién pensáis que los ha enviado a buscarla?

—No diré su nombre, antes me arrancaría la lengua.

No necesitaba hacerlo, el anciano sabía bien de quién se trataba. Kishur apretó los puños con fuerza tratando de retener los recuerdos de aquel momento frente a la fuente en ese valle helado. Sintió de nuevo el ojo de Ogrora en la mano y suspiró. El pasado jamás se olvidaría de él.

—Debí anticiparme y no caer en su trampa.

—La experiencia me enseñó que eso no siempre es posible. Y vos deberíais saberlo ya, no podemos anticiparnos ni salir victoriosos de cada contienda en cada ocasión.

Kishur lanzó un suave gruñido y Ghiro se encogió de hombros. Era imposible tenerlo todo siempre bajo control, por mucho que fuera el dárico gris.

—No puedo permitir que esa mujer se lleve a Alhanna —susurró Kishur para que solo Ghiro pudiera escucharlo—. Lo impediré a cualquier precio, Ghiro.

El anciano asintió. Tenía muchas preguntas en mente, pero no formuló ninguna, no era el momento. Miró atrás y ahogó un gemido al comprobar que Alhanna tenía los ojos abiertos.

—Ha despertado —dijo el anciano, casi sin voz.

Eltsay dio un respingo y la miró, y Kishur caminó hacia ella. La joven logró sentarse por sí misma y se agarró la cabeza con las manos mientras el dárico se acercaba.

—Hola. —Kishur plantó una rodilla en el suelo para observarla de cerca; parecía tener buen aspecto, pero debía asegurarse—. ¿Alhanna?

—Me duele mucho la cabeza. —Miró a su alrededor con los ojos algo entornados; la luz le molestaba.

Examinó sus ojos, y no parecían diferentes. ¿Seguiría siendo la misma? La advertencia de Ghiro lo obligó a mantener la distancia hasta estar seguro. El anciano había garantizado que, tras el sueño del rechazo, Alhanna podría despertar de forma distinta. Puso un dedo ante sus ojos y comenzó a moverlo de izquierda a derecha. Ella lo siguió, obediente. Después chascó los dedos dos veces, una delante de cada oído, y

comprobó cómo reaccionaba. Mientras dormía, ya había comprobado que no tenía nada roto, solo podía lamentar un golpe en la cabeza. Eltsay ya se había disculpado por eso. Kishur se abrió el cierre de la capucha y se la bajó.

—Estás herido —señaló ella alargando una mano para tocarlo, y vio como Kishur retrocedía—. ¿Qué ocurre?

—Solo son magulladuras.

Tenía un corte en la ceja izquierda, y la sangre se le había secado en un surco que descendía hasta el mentón. Lucía también un morado en el pómulo derecho y varios arañazos en el cuello. Kishur intentó usar la visión con la joven y, cuando vio cómo se frotaba las sienes, se detuvo.

—¿Usas la visión conmigo? —preguntó la joven, de mal humor.

—No tenemos nada para comer, pero puedes beber agua. —Ignoró su pregunta. Le hizo una señal a Eltsay para que la acercara—. Te sentará bien, debes de tener mucha sed.

—No quiero nada —dijo, sintiendo el estómago revuelto.

Eltsay no insistió y se unió a Ghiro, que estaba observando las puertas de Górgora. La situación no había mejorado en absoluto, más bien estaba empeorando.

—Ahí va otro corriendo —anunció el anciano entre risas—. Ese, con la panza que tiene, no llegará...

El hombre, algo rechoncho y de baja estatura, intentó entrar a la carrera empujando a quienes esperaban a su lado; tropezó y cayó de bruces contra el suelo. Los soldados lo auparon y la mujer que lo acompañaba comenzó a llorar.

—¡Ajá! ¿Qué decía?

—Los soldados no son capaces de instaurar el orden —comentó Eltsay—. Si siguen así, tendremos que pasar aquí la noche. Ya huelo la tormenta, pronto comenzará a llover.

—Eso he dicho yo antes.

—No te estaba escuchando. —Comenzó a reír cuando vio que Ghiro le asestaba una mirada hosca, era el único que podía hablarle de ese modo y no llevarse una paliza.

—¡Fíjate! Ahí vuelven otra vez esas dos mujeres a tirarse de los pelos, como sigan así no les quedará cabello sobre la cabeza. Tampoco entiendo esa forma de luchar suya. —Ghiro se rascó la nariz—. ¿Qué propósito tiene? ¿Os imagináis luchando contra un kalasty agarrándolo de los pelos?

—Esas mujeres no conocen el honor de la lucha.

—¡Mira quién habla!

Kishur sonrió. Escucharlos discutir siempre le divertía. Puede que Ghiro lo negara hasta el cansancio, pero consideraba a Eltsay su propio descendiente. Dejó de prestarles atención y se concentró en Alhanna, que parecía angustiada.

—Mataron a Ceara.

—Sí. —Kishur mantuvo una expresión impávida, pero la joven sabía que

lamentaba la muerte del vargum profundamente—. Pensé que hacerte partir era lo mejor, eran demasiados y no habría podido protegerte. Nunca imaginé que te seguirían a ti.

—Murieron todos, ¿verdad? —preguntó con un hilo de voz.

—¿Sabes lo que hiciste? —Vio como negaba con la cabeza y la hundía entre los hombros—. Supongo que fue la primera vez que usabas la endomia. Tienes un gran poder, Alhanna. Mataste tú sola a todos los kalastys. Yo no puedo hablar de eso ni de lo que significa el sueño del rechazo, porque lo desconozco. Cuando estemos en un momento más propicio, Ghiro te explicará algunas cosas. Él es endómico, así que podrá resolver tus dudas.

—La verdad es que no tengo ni idea de lo que hice.

Ya lo imaginaba. Kishur decidió que Alhanna había salido indemne del sueño del rechazo, así que le acarició el rostro y le apartó el pelo de la cara. Sabía que eso la tranquilizaba.

—Vi algo horrible, Kishur —susurró la joven, acercando un poco su rostro al de él—. Había dientes y garras a mi alrededor, intentaban atraparme y no podía deshacerme de ellos. Un ser apareció y espantó a todos las demás, sentí un miedo espantoso. No logré verlo, solo recuerdo el color de sus ojos. Me dijo algo, con una voz desgarradora.

—¿Qué dijo?

—*Saegda fa hastio* —siguió susurrando, con la voz temblorosa.

Kishur no dijo nada. Ghiro había caminado hacia ellos y miraba a la joven con el ceño fruncido mientras se acariciaba la barba. También guardó silencio.

—¿Es verdad lo que dice esa gente? ¿Hay un monstruo en el bosque? —preguntó Alhanna de pronto.

—¡Los humanos creen que sí! —exclamó Eltsay, que seguía al filo del camino.

—Encontraron los cuerpos de los kalastys con los que luchamos y creen que hay un monstruo rondando su bosque. ¡A saber qué entienden por monstruo! —Ghiro rio.

El alboroto aumentó. La gente trataba de mover el carro que habían dejado bloqueando las puertas. Los guardias habían apartado al mercader y trataban de protegerlo. Kishur ignoró la escena y miró fijamente a Alhanna.

—Estamos a mucha distancia, no deberías poder escucharlos —le dijo Kishur mientras se señalaba la oreja derecha—. ¿Oyes lo que dicen?

Asintió con la cabeza. Parecía imposible, estaban muy lejos. Solo un dárico podría oírlos. Kishur la miró con renovado interés, pues la joven cada vez le parecía más inusual.

—Ahora sí bebería agua, tengo mucha sed.

Eltsay corrió hacia ellos y le tendió la cantimplora, que seguía en sus manos. La joven bebió con ganas. La capa que la cubría cayó revelando sus ropas, hechas jirones, prácticamente calcinadas. Kishur se fijó de nuevo en su tatuaje, hasta que Alhanna,

tiritando, se apresuró a cubrirse.

—No vamos a seguir perdiendo el tiempo —dijo Kishur mientras se incorporaba —. Eltsay, cuida de ella.

Se cubrió de nuevo el rostro con la capa. Aseguró la correa que cruzaba en su pecho y que sujetaba su espada y le hizo una señal con la cabeza a Ghiro para que lo acompañara. Accedieron al camino y se dirigieron hacia las puertas; algunos hombres se giraron para mirarlos. Por fortuna, la gran mayoría estaban ocupados insultándose o lidiando con los guardias.

—El idioma en el que ha hablado —dijo Ghiro de forma despreocupada— era parecido al que hablaba el hermano de mi abuelo. Ya os lo mencioné.

—Lo recuerdo. ¿Y crees que puede ser la lengua sagrada?

—Debe serlo. Dejando a un lado las lenguas que usan algunos pueblos más aislados, solo existen tres idiomas oficiales, y nosotros conocemos dos. Pero la lengua sagrada dejó de usarse hace más de dos mil ágaras, nadie recuerda una sola palabra y solo nos quedan algunos libros, la mayoría sin traducir. Es imposible corroborarlo.

—¿Podría ser tálico? —preguntó Kishur.

—No, el idioma de los eldos desapareció con ellos, o puede que estos ni siquiera existieran. —Ghiro suspiró con resignación—. Los eldos son una leyenda.

Kishur recordó que Alhanna parecía haber desarrollado un oído como el suyo. Ahora podía escuchar su conversación. Todo se estaba complicando.

—Continuaremos nuestra conversación en otro momento. —Kishur se llevó de nuevo la mano a su oreja y Ghiro asintió de inmediato—. Ahora, procuremos acabar con la absurda disputa que tienen ahí delante, ya me he cansado de esperar.

—Puede que los humanos opongan resistencia.

—Que lo hagan, si eso les place —afirmó Kishur—. Vamos a entrar en el pueblo y no aceptaré una negativa.

Marial-Pat

Quiazz arrugó el sobre y lo guardó en el bolsillo de la capa. Se le había caído el sello del consejo, pero no tenía importancia. Ya casi era la hora, así que apresuró el paso. Caminaba cabizbajo por los pasillos de palacio, arrastrando los pies, tratando de no reparar en los sirvientes que lo miraban de reojo al pasar. Las paredes estaban adornadas con finas sedas que caían como cascadas de color. Los ventanales que daban al jardín estaban cerrados; llevaba todo el día lloviendo y el fuerte viento permitía que la lluvia anegase el suelo de mármol. Los médicos ya habían tenido que atender dos torceduras de tobillo y coser una brecha en la cabeza.

—Mi señor. —Lo alcanzó una joven—. ¿Tenéis mucha prisa?

Él se detuvo, sonrió y aprovechó para anudarse de nuevo la coleta con la que contenía su pelo rebelde, negro y espeso. La chica se pasó con delicadeza la lengua por el labio inferior, carnoso y sonrosado. Quiazz estaba seguro de conocerla, pero no lograba recordar su nombre. Puede que comenzara por «a». La joven tenía unos ojos grandes y marrones.

—La tengo —dijo con un cierto timbre infantil.

—Es una lástima, pues. —La joven aupó el cesto de mimbre que llevaba entre las manos, realzando intencionadamente sus pechos, que asomaban por el escote—. Hoy estáis tan atractivo como siempre, el negro os sienta muy bien.

—Te lo agradezco. —El joven hizo una breve inclinación de cabeza a la vez que le lanzaba una sonrisa—. Me llevo tu rostro allá donde voy, soy afortunado por poder pensar en algo tan hermoso. Sin duda, hará que mi tarde mejore.

Mientras ella lanzaba un alargado suspiro, Quiazz retomó su camino. Apremió sus pasos, porque ya iba algo tarde: el sol se estaba poniendo y ya debería estar ante las puertas de la cámara de los ancianos. Subió la torre de Alzara todo lo deprisa que pudo. Por suerte, estaba desierta a esas horas, y solo se cruzó con dos sirvientes que barrían y sacudían viejas cortinas; los diez pisos le parecieron eternos. Cuando llegó a la salida del puente el frío le hizo estremecerse bajo la capa.

Los guardias negros seguían en línea a lo largo del puente, una fila a cada lado, un soldado en cada poste. «Uno, dos, tres...». Los iba contando mentalmente según pasaba ante ellos, sintiendo la ignorancia de cada uno. Las estatuas parecían mirarlo desde sus pedestales: eran figuras de mujeres voluminosas y ataviadas con vestidos

gaseosos.

Sus pesadas botas resonaban en la piedra a cada paso que daba; ya le habían advertido que su gusto por la moda le traería problemas. Del mejor cuero, le había dicho el modista, y hebillas de acero, ahora todos los jóvenes de la ciudad las llevan así. Menuda estupidez.

Giró la cabeza a la izquierda y contempló las aguas revueltas del río. Los barcos se amontonaban en el gran cauce, esperando que las puertas volviesen a abrirse para darles paso y atravesar la ciudad. Miró a la derecha y vio las montañas, ensombrecidas con la llegada de la noche, mientras engullían entre sus faldas el cauce cada vez más caudaloso del Hicama. Todo resultaba realmente hermoso desde aquel puente mágico suspendido en el aire y sujeto por los dos grandes torreones. Si mirase hacia abajo, podría ver a sus pies la enorme cuidad de Marial-Pat.

A esas horas, con la caída del sol, parecía que la muralla y el castillo estaban hechos de oro. Los haces de luz comenzaban a filtrarse entre los nubarrones. Se detuvo ante las puertas de bronce de la torre de Gabara.

Claro que, desde aquel puente, solo podía observarse la belleza. Desde esa posición y altura no se alcanzaba a ver las chozas apuntaladas en el lodazal que bordeaba el río, y tampoco las familias que, huyendo de la hambruna, habían partido hacia las montañas; tampoco podía verse a los niños mendigando entre los barcos mercantes, ni a los ladrones robando las joyas de los más adinerados.

Cuando llegó junto a los guardianes de la sala del consejo, posó sus ojos verdes en esos hombres. El pelo oscuro, el color de sus ojos y su complexión delgada les recordaba a todos ante quién se encontraban; Quiazz jamás había necesitado presentación.

—El consejo está reunido, mi señor. —Uno de los guardias subió la mirilla para poder verlo mejor—. Me temo que no podéis pasar.

—Esperaré.

Rebuscó en el bolsillo de la capa y se puso nervioso al no encontrar la carta; no tenía el sello y ahora tampoco la invitación. Miró entre su ropa. Nada, no estaba por ninguna parte. El viento agitó la capa y la elevó.

—¿Mi señor? —preguntó el oficial.

—El consejo me citó al atardecer —explicó Quiazz mientras rebuscaba en los bolsillos de su chaqueta—. Tenía la carta hace un momento.

—¿Qué se te ha perdido? —inquirió una voz tras él.

El joven suspiró aliviado al ver a Gastor después de tantos días. Se estrecharon la mano. Llevaba el cinturón apretado y la espada colgada en la parte izquierda de su cadera. Se había rapado la cabeza en un intento de disimular su calvicie. Incluso había peinado su frondosa barba castaña. Era más alto que Quiazz, y también más corpulento.

—El consejo solicitó mi presencia en la sala al caer el sol, he perdido el sello. —Quiazz volvió a meter las manos en los bolsillos del pantalón—. Y ahora, también la

maldita carta de invitación.

—Siempre haces lo mismo. —Gastor endureció el rostro para parecer más severo —. No estás en lo que debes, ¿cuándo espabilarás? Yo respondo por él. Cuando las puertas se abran, dejad que pase. Y si se cae de bruces, lo levantáis, si no os importa.

—Siempre tan gracioso —bufó Quiazz.

Los soldados asintieron. Gastor esbozó una sonrisa satisfecha en medio de su cara cuadrada y se le formaron arrugas alrededor de sus enormes ojos marrones.

—Veo que sigues cuidando la barriga —se burló Quiazz—. Si sigues así, en unas ágaras no te la verás ni para orinar.

—Bueno, siempre puedo encomendarte que me la agarres y me ayudes. —Puso los brazos en jarra—. Tengo mucho que hacer, y aquí hace un frío de cojones, ¡ni que estuviéramos en invierno! Solo te seguí para saludarte, bueno, y para salvarte el culo como de costumbre. No sé qué habrás hecho para que soliciten tu presencia, y además justo hoy. Ninguna broma debe de ser, amigo.

—Te mueres por averiguarlo. —Se envolvió en la capa.

—De cualquier modo, ya me enteraré. —Le guiñó un ojo y se dio la vuelta—. ¡Nos vemos! No dejes que se te congelen los huevos aquí esperando.

Quiazz se quedó mirándolo hasta que dejó atrás el puente. Sí que hacía frío, demasiado. Los tejados de las casas amanecían cubiertos de escarcha, y los habitantes habían tenido que recurrir a los abrigos de invierno pese a que faltaba mucho para que llegara la estación. Quiazz miró hacia el cielo y suspiró. «¿Qué querrá de mí el consejo? ¿Tendrá algo que ver con mi padre?».

La sala del consejo estaba caldeada por dos chimeneas de piedra: una de ellas era de mármol blanco y tenía tallada una figura que se asemejaba al tronco partido de un árbol; la otra era de mármol rojo, rectangular y solemne. Junto a cada una, un sirviente se encargaba de mantener el fuego encendido alimentándolo con pequeños troncos. El Galaef levantó la mano para que los murmullos cesaran. Estaba sentado al centro de la mesa con forma de media luna, elaborada con un mármol hermoso, rojo como el de la chimenea. El consejo estaba formado por seis ancianos; rara vez aceptaban a jóvenes. La figura principal y quien dirigía al resto de miembros era el Galaef. Puesto que no tenían reyes, los ancianos se encargaban de lidiar con las disputas entre las grandes familias que gobernaban los pueblos y ciudades humanas en Muriath. Estaban para aconsejar, para apoyar las decisiones del general y, sobre todo, para negociar acuerdos entre familias. El modelo del consejo, así como el título del Galaef, los habían tomado de los dáricos.

Zaraen miró a cada uno de los integrantes del consejo, examinando sus arrugados rostros y sus ojos cansados. Él los conocía mejor que nadie, pues, como general, había tenido que lidiar con ellos durante todo su cargo. Promulgaban que su labor era mantener la paz entre los pueblos, pero él opinaba que regían la ciudad a su antojo.

La gran sala había quedado en silencio. Los nobles, sentados al fondo y ataviados con túnicas negras y trajes de gala, aguardaban expectantes. Eran treinta representantes de las familias más adineradas de la ciudad, y los únicos a los que el consejo permitía intervenir en sus audiencias.

—Continúa, general Zaraen. —El Galaef elevó sus cejas pobladas.

—Debemos escoger a un rey. —Zaraen dirigió una mirada gélida al anciano—. Debemos estar preparados para la guerra. ¿Acaso no son suficiente las noticias que nos están reportando? ¿Qué otras pruebas queréis?

El anciano carraspeó para aclararse la garganta. Zaraen nunca había logrado entenderse con el Galaef, nunca había comprendido por qué aquel hombre de baja estatura tenía el cargo. Cuando un Galaef moría, los otros ancianos del consejo elegían al siguiente.

—No habrá más líderes ni gobernantes, suficientes hay ya repartidos por todo Muriath. Desde los comienzos, Marial-Pat ha servido de sede, de punto de encuentro para las poblaciones humanas. Nosotros, los ancianos, somos quienes deliberamos y decidimos sobre las cuestiones que atañen a la población humana de Muriath. No se necesita un rey.

—¡Y en eso estáis equivocados! —La vena del cuello de Zaraen se infló—. El tiempo de los ancianos debe llegar a su fin, debemos poner al mando de nuestros ejércitos a un rey que nos gobierne a todos. Si no estamos unidos, caeremos cuando las primeras sombras de la guerra se ciernan sobre nosotros. Lo acabas de decir: tenemos demasiados líderes, chupatintas e inútiles que se creen gobernantes solo por tener una casa rodeada de vacas y cabras. Necesitamos un verdadero rey, alguien que nos gobierne.

Levantó el rostro hacia la gran cúpula de cristal. Fuera tronaba.

—No podemos hacer tal cosa. —Una mujer de cabello cano levantó la vista hacia el general. Estaba sentada a la derecha del Galaef—. Firmamos un tratado hace ya muchas ágaras, un tratado que no podemos romper a la primera de cambio. Nosotros somos la unión en la que convergen los líderes de las familias más importantes que gobiernan los territorios humanos; si el consejo se diluye, tal unión desaparecerá. Cuando tomaste el cargo de general, tu primera labor fue la de ayudarnos a forjar ese tratado. Logramos que los líderes dejaran de luchar entre sí para arrebatarse territorios como lobos hambrientos.

Zaraen se paseaba por la enorme estancia, nervioso.

—Por no hablar de los dáricos; ellos solo están dispuestos a entablar conversación con nosotros. No hablarán con otros humanos —añadió el Galaef.

—Los dáricos son unos cobardes, se esconden en sus bosques a la espera de que la guerra nos acabe borrando de este mundo. Poseen ejércitos mucho más poderosos, pero se niegan a aliarse con nosotros; poseen armas que jamás compartirán, armas con las que podríamos vencer en cualquier batalla. Y los líderes que mencionas, esos miserables que están trayendo a sus familias para esconderlas tras nuestros muros,

¿qué harán para defender sus aldeas? ¡Líderes! ¡Me río yo de esa palabra! Ganaderos venidos a más, ¡eso es lo que son!

La sala se volvió a llenar de murmullos, y los asistentes se levantaron de las sillas para mostrar su desacuerdo. Zaraen los ignoró a todos; conocía a cada noble allí presente, incluido su propio padre, que lo miraba con un profundo odio. El general rio y siguió caminado despacio por el centro de la sala. Las columnas los rodeaban como los barrotes de una jaula. El Galaef se puso en pie y los cinco ancianos que se sentaban a su lado lo imitaron.

—No estamos aquí para juzgar tal cosa —dijo la mujer, alzando la voz.

La anciana que se sentaba junto al Galaef era la única mujer de la sala, y sus palabras se perdieron como meros murmullos entre los gritos e insultos de aquellos a los que el general acababa de humillar. Zaraen la miró intensamente; ella era la primera mujer en ocupar una silla en el consejo. Tenía carácter y fuerza. Aparentó serenidad ante el hecho de ser ignorada, pero Zaraen sabía que estaba furiosa.

—¡Guardias! —bramó el Galaef—. ¡Guardias!

Las puertas se abrieron con un estruendo espantoso. Los soldados, de negro, fueron entrando y disponiéndose alrededor de la sala y apostándose en las columnas de mármol. El jaleo fue en descenso.

—¡Todo el mundo fuera! La reunión ha finalizado, os retiraréis ahora en silencio o los soldados os sacarán por la fuerza —ordenó el Galaef con la voz ronca.

No fue necesario. Ese gesto iba a costarle caro al Galaef, el general estaba convencido de ello. Los nobles allí reunidos no eran fáciles de manejar, y no estaban acostumbrados a ser echados contra su voluntad. Zaraen aguantó estoico las miradas agrias y cargadas de odio de cada uno de los hombres que iban abandonando la sala.

Al otro lado de las puertas de bronce estaba Quiazz, de pie en mitad del puente. El aire hacía que su capa ondulase tirándole del cuello. Tenía una expresión de asombro que no era capaz de ocultar.

—Zaraen —dijo el Galaef con voz ronca—, quédate.

Salieron todos, los nobles y los soldados. Los sirvientes habían desaparecido por una de las puertas escondidas tras las cortinas de la sala, justo detrás de la mesa de media luna. Dos soldados altos cerraron de nuevo las puertas.

—¿Estás satisfecho? Has provocado a los asistentes sabiendo que acabaría así y podrías estar a solas con nosotros. No te entiendo, en absoluto. Haces que todos perdamos el tiempo; en lugar de estar aquí, exigiendo cosas sin sentido, deberías preocuparte por las revueltas que están sucediendo en la ciudad. Si no somos capaces de poner orden en Marial-Pat, ¿cómo pretendes que lo hagamos en el resto del mundo?

—Rehúyes la conversación. —El general se rascó la frente—. ¿Por qué no sois capaces de entenderlo? ¿Tan cómodos os resultan esos sillones?

—¡Basta ya!

Con las piernas temblorosas, el Galaef tomó asiento. Sus compañeros lo

siguieron. Siempre imitaban sus gestos, aunque eso los llevara a estar horas en pie. Ancianos de pelo canoso, calvas escondidas bajo sombreros oscuros y barbas deshilachadas. La anciana vestía ropas elegantes de color carmesí; lucía el cabello liso en un moño bajo, blanco e impoluto, y su rostro, como el de los demás, estaba surcado de arrugas.

—Has expuesto tus argumentos. Lo entendemos —dijo ella—, crees que no es así, pero te comprendemos. Y ahora tú intenta comprendernos a nosotros: no podemos entregarle la corona a un solo hombre.

—Lo meditaremos y te daremos una respuesta, pero me temo que será la misma: no se nombrará a un único rey —finalizó el Galaef.

Zaraen guardó silencio. Las chimeneas se iban apagando y la lluvia crepitaba contra el cristal de la cúpula. Caminó hacia las puertas y tocó dos veces sobre la fría hoja.

—Entonces, sabed que os equivocáis y que, sin duda, acabaremos pereciendo. Decidme, ancianos, ¿a quién acudiréis cuando las piedras de vuestra ciudad se derrumben? ¿Quién os ayudará cuando los dáricos se lancen a por la carroña que quede de nosotros?

—Los dáricos jamás harían cosa semejante —dijo despacio la mujer—. Si hay guerra o no, lo sabremos a su debido tiempo. Ahora nuestra preocupación debe ser mantener la alianza entre todos los líderes humanos e intentar proteger a nuestra gente.

Los soldados que esperaban fuera abrían ya las puertas.

—La alianza que promulgáis acabará desapareciendo cuando el miedo los invada, cuando dejen sus ejércitos en casa, temerosos, en lugar de marchar en ayuda de otros. Sí, el tiempo todo lo dirá, dirá que nos ha llegado el momento de extinguirnos. Pensadlo, pero no tardéis mucho, pues vuestra vejez podría dificultaros tomar una decisión coherente.

Salió de la estancia y caminó deprisa, sin reparar en los hombres que lo miraban con sorpresa. «Si ellos no hacen algo, lo haré yo», se dijo. Se cruzó con Quiazz, lo miró de reojo y siguió caminando. Atravesó el puente como una exhalación.

Quiazz se cubrió la cara con la capa para ocultar su expresión de perplejidad. Zaraen lo había mirado, casi de reojo, pero bastaba con eso para comprenderlo. Pensó que los nobles se quedarían en el puente, aguardando para mostrar su malestar por haber sido expulsados de la sala. No fue de ese modo; el mal tiempo logró que todos perdieran el interés.

Los soldados se reunieron en el centro del puente. Algunos daban pequeños saltitos para entrar en calor. Solo quedaron los dos guardias que custodiaban las puertas, que permanecían abiertas. Tomó aire y fue hacia ellos. Uno de los soldados anunció su nombre y el otro inclinó la cabeza. Entró en la cámara, dubitativo. Las

puertas se cerraron de golpe tras él, dejándolo a solas con los miembros del consejo. Caminó hasta el centro y se sentó en la silla de madera frente a la gran mesa de piedra.

—Quiazz, te preguntarás cuál es el motivo por el que te hemos hecho venir —habló el Galaef, con la voz cansada—. Ya has oído las palabras del general, imagino.

—Sí, anciano.

—¿Te ha parecido una amenaza? —preguntó la mujer.

—No, señora.

Los ancianos se miraron.

—Respóndenos a una cosa y no tengas miedo de provocar nuestra ira, respetaremos y escucharemos tus palabras. —Al comprobar que no había ni una pizca de duda en la mirada del joven, continuó—. Ya sabes la opinión del general, conoces sus razones y entiendes su actitud. Pero contesta, ¿qué piensas tú?

—Mi parecer no debería importar. —Se cruzó de brazos con tranquilidad.

—Eso lo decidimos nosotros. —El tercer anciano se inclinó sobre la mesa—. Puede que estas cataratas me impidan ver tu rostro, joven, pero hay firmeza en tu voz. Hemos conversado en innumerables ocasiones, conozco tu pasión por la historia dárica y también la desgana que sientes por la política y el poder. No quieres nada y, sin embargo, lo quieres todo. Tus acciones dicen que solo te interesan el buen vino y las mujeres, pero yo sé que hay otra parte de ti que se apasiona por cuanto sucede en el mundo, que intenta mirar más lejos que cualquier otro. Así que responde a la pregunta.

Quiazz los miró. Eran un grupo de viejos agotados que necesitaban tomar un vaso de leche caliente y meterse en la cama. Pero allí estaban. Repasó el rostro de Luisan-Mal, el anciano de las cataratas. Nunca habría esperado que tuviera semejante opinión de él.

—Creo que Zaraen tiene razón. Su propuesta no ha sido lanzada de cualquier forma, sé de primera mano que lleva ágaras meditándola. Debe haber un solo rey que mantenga la unión de todos los pueblos, que tenga el control y el poder. Si la guerra llega, cada pueblo humano mirará solo lo que ocurra tras sus murallas y abandonará al resto. No estamos unidos y eso nos debilita.

—Entonces tu respuesta...

—No he acabado. —Se irguió en la silla—. Somos débiles. Necesitamos a un líder capaz de guiarnos, de educarnos y también castigarnos. Capaz de impartir justicia y reconocer sus errores, de encontrar lo que hay bajo una piedra y no conformarse con lo que ve sobre ella. Pienso que Zaraen tiene razón. Pero, si me formuláis la pregunta que de verdad necesitáis hacer, esa por la que vosotros mismos os negáis a escuchar al general, «¿quién puede ser el rey?», os diré que no existe tal humano.

Se hizo el silencio. La lluvia tamborileaba contra la cúpula y los rescoldos de la chimenea crujían y se deshacían. Quiazz escuchó su respiración acelerada y ruidosa.

—Justo. —El Galaef se recostó en la silla.

—Ya os aseguré que era un joven brillante. —Luisan-Mal se rascó los ojos vidriosos—. Y astuto. Detrás de esa voz de niño y esa actitud de adolescente salido se esconde un hombre sabio.

—Dicen que los hijos siempre seguirán los pasos de sus padres —murmuró la anciana—, pero este no es el caso.

—No podemos atender a la petición del general; como acertadamente has dicho, no creemos que haya un hombre capaz de soportar el peso de una corona semejante —sentenció el Galaef.

—¿Por qué ha de ser un hombre, y no una mujer? —preguntó el joven.

Lo miraron perplejos. Los ancianos no supieron qué responder.

—Vuestro silencio es la respuesta. Es una pena, la verdad. Los dáricos nos llevan tal ventaja que jamás llegaremos a alcanzarlos —suspiró Quiazz. Aunque no podía obviar que, por lo menos, ya habían integrado en el consejo a la primera mujer—. Decíais que no hay nadie capaz de soportar el peso de la corona.

—Sí, eso decía. —El Galaef se aclaró la voz, tratando de ignorar las otras palabras del joven—. Si le entregáramos semejante poder a un solo hombre, sabemos lo que ocurriría. Las familias más antiguas y poderosas no tardarían en proponer a sus primogénitos y comenzarían las disputas. Si ahora ya se consideran reyes dentro de sus propios pueblos, cabría esperar que se destrozasen entre ellos como aves rapaces. Vamos, acércate.

El joven se incorporó de la silla y comenzó a caminar hacia la mesa muy despacio. Tenía un mal presentimiento.

—Debemos actuar. Y por eso estás aquí. —Quiazz se detuvo antes de llegar hasta los ancianos. El Galaef se irguió en la silla y le sonrió antes de continuar—: Nosotros siempre hemos mantenido el orden y la paz entre las familias; cuando ha surgido algún enfrentamiento hemos servido de salvaguardia y hemos tomado el control y logrado restablecer la paz entre las partes. Deshacer el consejo significaría destrozar el pilar sobre el que se han fundado muchas familias. Todos sus líderes firmaron el tratado que nosotros, con la ayuda del general, propusimos. Lo último que necesitamos ahora es volver a comenzar una guerra civil sin sentido, algo así acabaría por destruirnos.

—Vamos, acércate más y borra esa expresión asustada de tu cara —dijo la mujer.

—¿Qué buscáis de mí? —preguntó Quiazz con desconfianza, acortando la escasa distancia que los separaba.

—Dame tu mano derecha —ordenó el Galaef.

El joven la posó sobre el frío mármol, con la palma hacia arriba. Sabía de qué se trataba y estuvo tentado de salir corriendo. El anciano abrió una caja de plata y sacó un anillo de oro que lucía un sello redondo con la imagen de un cóndor sobre el relieve de un escudo. Los ojos verdes de Quiazz brillaron.

—Póntelo.

Luisan se puso en pie, enganchó la túnica con la pata de la silla y estuvo a punto

de caer. Tardó un poco en lograr recomponerse ante la mirada furiosa de sus congéneres. Después fue hasta la chimenea blanca y recogió con una pala algo que había entre los rescoldos del fuego. Lo acercó al joven.

—Viejo torpe, ¿cómo pretendes hacerlo?

La mujer se puso en pie, cogió unas pinzas de acero y rebuscó en la pala. Era una pieza de acero al rojo vivo que tenía una parte plana con un relieve grabado. Quiazz tragó saliva.

—Oí que el anillo era suficiente. —El joven arrugó la nariz.

—Puede ser robado o puedes perderlo. —El Galaef cogió las pinzas que le tendía la anciana—. Quiazz, hemos deliberado durante días. Te seré sincero: esta decisión no ha sido unánime, pero somos viejos razonables, sabemos ceder cuando es necesario y eso hemos hecho por el bien de esta ciudad.

No esperó a terminar, la pieza se estaba enfriando. Sin miramientos ni ceremonias, la plantó sobre la palma abierta del joven. Quiazz se agarró la muñeca y aguantó un grito de dolor. El sello quemó su piel y dejó la imagen del anillo grabada en la palma de su mano.

—Desde ahora eres la voz del consejo y tienes la misma autoridad que nosotros. Sé nuestros ojos y nuestros oídos, tiende tu brazo como si fuera el nuestro.

—Sé nuestra voz —dijeron los ancianos al mismo tiempo.

Tuvo ganas de reír. Él nunca había deseado poder, ni tampoco inmiscuirse en política, le bastaba con pasar sus días estudiando y visitando las mejores tabernas. ¿Por qué tenían que involucrarlo? Quiso quitarse el anillo y arrojarlo a las brasas, pero no podía hacerlo.

—Castigáis al general —dijo al fin cuando recuperó el aliento. La mano le palpitaba de dolor.

—No, lo cuidamos. Como nuestra voz, te rogamos que te mantengas cerca de él; obedécele, sigue sus pasos sin ser visto, acompáñalo allí donde vaya. Cuida de él y asegúrate de que su testarudez no provoque una guerra. —El Galaef carraspeó, con la garganta dolorida—. Joven Quiazz, ahora tienes la misma autoridad que el general. Muchos serán los que intenten ganarse tu favor, no te dejes engatusar y mantente firme.

—Me otorgáis demasiado poder, no creo que sea merecedor de esta confianza.

—Eso lo decidimos nosotros. Cierto es que tu juventud nos preocupa, ni siquiera tienes la mayoría de edad, nunca antes se ha dado la voz del consejo a alguien menor de veintiséis ágaras. Pero no podemos permitirnos dudar. Debemos tomar decisiones. —El anciano sonrió complacido—. Si te escogemos a ti es, justamente, porque sabemos que el poder no te interesa. Esperaremos hasta que un humano sea merecedor de portar la corona de todos; un humano que no posea corazón que corromper con dicho poder. Y creemos que tú podrás conducirnos hasta él.

—O ella —dijo sonriendo la anciana—. Quiazz, ya no eres un niño, casi estás en edad de crear una familia, ya deberías ir pensando en una dama con la que

prometerte. Ahora tienes una responsabilidad, en mi nombre te ruego que actúes con sabiduría y dejes de meterte bajo las faldas de todas nuestras jóvenes.

Quiazz hubiese enrojecido de haberle importado aquel comentario.

—Dejad que el chico se divierta mientras conserve la virilidad para hacerlo. —El anciano con cataratas se puso en pie—. Tengamos esperanza, recemos a esos dioses dáricos que tanto le fascinan y quizás ellos nos ofrezcan a un ser capaz de soportar el peso de la corona. Puede que sus creencias nos ayuden.

—Lo que nosotros llamamos creencia, los dáricos lo llaman conocimiento —dijo Quiazz, repentinamente serio—. ¿Quiénes somos nosotros para plantear dudas sobre las leyes que rigen a esas criaturas? ¿Cómo podemos dudar de lo que consideran real? Estaban aquí, cuando el primer humano traspasó el puente entre Muriath y Asthaluss, y aquí seguirán mucho después de que nosotros nos hayamos extinguido.

—Tengamos esperanza, pues.

Quiazz atravesó cada estancia, cada pasillo y cada salón del palacio buscando al general. No lo encontró. Todos estaban encerrados en sus habitaciones, como si le tuvieran miedo al frío. Decidió atajar por los jardines. La escarcha cubría las pocas flores que se habían resistido a la tormenta. Miró al cielo: ya no llovía, pero las nubes ocultaban las lunas. Algo se movió entre las rosas. Se dio prisa por llegar y se sintió reconfortado en su casa; su viejo mayordomo le había dejado la chimenea encendida y fruta sobre la mesa. Se asomó al balcón y abrió una de las puertas de cristal que conducían al patio principal. El viento meció las cortinas de seda ofreciendo un espectáculo multicolor. Se retiró la venda de la mano y observó la marca. Apoyó la frente en la puerta cerrada y suspiró. «Mierda, mi padre me matará cuando lo descubra». Unas manos acariciaron su espalda, subiendo despacio hasta la nuca. Se mantuvieron ahí un largo rato, enredando los dedos entre el cabello oscuro del joven.

—¿Qué haces aquí? —susurró él con la garganta seca—. Dijiste que no regresarías durante una larga temporada, que tenías asuntos que atender.

Ella mantuvo el silencio. Quiazz volvió la mirada para comprobar como una sombra danzaba entre las sedas. Vislumbró entre la oscuridad de sus aposentos la piel blanca de su espalda cubierta por mechones oscuros.

—Quiaaazz... —Lo llamó una voz melódica, alargando su nombre y erizándole el vello.

Nervioso, se quitó la correa que llevaba a la cintura con la espada, desabrochó las hebillas de la chaqueta con dedos torpes y, al final, optó por sacársela por la cabeza. Con la camisa tuvo menos consideración. Tiró de ella rasgando la fina tela. Se deshizo del cinturón, pero se dejó los pantalones puestos. Sus ojos verdes se perdieron en la oscuridad, dejando a su memoria recorrer el camino hasta la cama. Sintió excitación al contemplarla desnuda sobre la mullida colcha y la docena de cojines de seda. Tenía los pezones erguidos.

—Ven, mi Quiazz. —La joven sonrió, ladina, con los brazos abiertos.

Górgora

La tormenta era violenta: los tejados de las casas estaban cubiertos de restos de hojas y ramas, el aire lo arrastraba todo, destrozaba los árboles jóvenes y hacía estragos en los cultivos. Borat y Eltsay iban totalmente cubiertos con las capas negras. El agua los había empapado por completo y la tela les pesaba sobre la armadura. Se habían marchado al atardecer para rastrear los alrededores y comprobar si quedaban kalastys por la zona. Estaban en el bosque, cerca del angosto camino que ascendía hacia el pueblo. El barro corría en la pendiente y los estaba alcanzando.

—Ni rastro, no nos han seguido. —Eltsay se destapó la cabeza.

—Volvamos, es hora.

—Necesito una buena botella de vino —dijo mientras se recogía el pelo con una cinta—. Estoy calado hasta los huesos.

Salieron al camino y se sacudieron el barro de las botas. Comenzaron a ascender. El sendero estaba quedando impracticable, había muchas ramas obstruyéndolo y el agua se estaba estancando. Ascendieron a buen ritmo, animados por la promesa de una botella de vino y una chimenea que les quitara el frío del cuerpo. Cuando hubieron alcanzado las puertas de Górgora, aminoraron el paso al ver a los soldados que las custodiaban. Eran veinte, y todos lucían la misma armadura, robusta y rígida. Tenían cascos de pico de color azul marino y plata, llevaban grabados el escudo de la familia, un halcón con una presa entre las garras. También estaban cubiertos de barro y mojados.

—Parecen perros de agua, apestosos y pegajosos —comentó Borat sonriendo.

La familia Hal gobernaba allí y había movilizado a sus soldados para que patrullaran las calles. Así lograban calmar a la gente y engrandecer su reputación. El viento derribó un poste de la muralla y estuvo a punto de alcanzar a un soldado que sostenía una lanza entre las manos. Borat rio con ganas. Los soldados los miraron, atentos a su llegada. Eltsay vio el odio reflejado en sus ojos a través de los barrotes de los cascos. Suspiró resignado.

—Quisiera entrar —dijo Eltsay intentando mantener la mano lejos de su espada —. Te lo pido como favor, y sabes que no suelo pedirte nada, me gustaría poder entrar en la ciudad y sentarme en la taberna a disfrutar de la chimenea y del vino.

—¿Y por qué piensas que no vas a poder hacerlo?

—Porque algún soldado va a decir algo por lo que nos sentiremos insultados y tú no querrás ignorarlo. —Eltsay miró al cielo encapotado. Llovía con fuerza.

—Cúbrete la cabeza, idiota —le ordenó Borat.

Comenzó a granizar.

La posada tenía todo cuanto se necesitaba: una buena chimenea donde crepitaba el fuego, mesas abarrotadas de vasos y botellas vacías, una barra desde la que el posadero podía maldecir y dar gritos a sus dos empleadas y un cúmulo de personas que se habían visto obligadas a refugiarse en ella para resguardarse de la tormenta. Las contraventanas de madera crujían por el azote del viento, del mismo modo que el suelo bajo las pisadas de las camareras, y de la cocina provenía el inconfundible sonido de las cacerolas en acción. Kishur levantó la cabeza cuando Ghiro dejó la jarra sobre la mesa. Alejados de todos, se habían sentado junto al fuego, que proyectaba sus sombras en una esquina de la estancia.

—Estamos entrando en el otoño, no debería hacer este tiempo —dijo Ghiro mientras llenaba su vaso con el vino de la jarra—. Pinta mal, muy mal, no quiero imaginar lo que nos espera al atravesar Liampa.

—No pienses en eso ahora.

—Es difícil no hacerlo. No es una tormenta natural, parece que los dioses se han enfurecido. —Se acarició la cicatriz a la altura de la mejilla—. ¿Qué pensáis vos?

—Que estás bebiendo demasiado vino —contestó con desgana.

—¿Os habéis fijado? —Llenó el vaso de Kishur—. Están asustados, la mitad no se atreve a mirarnos y la otra ni siquiera levanta la cabeza. Que nos respeten y nos teman es buena señal.

—No todos nos respetan y nos temen como aseguras. —Kishur miró hacia el fuego—. ¿Ves a los de la esquina? Los que juegan a las cartas en silencio.

—Sí.

—¿Quién juega en silencio? —Sus ojos oscuros se iluminaron con las llamas. Ghiro los observó con disimulo. Intentaban hacerse pasar por campesinos, pero su ruda forma de gesticular contaba que eran ladrones o desertores del ejército—. Les tiemblan los labios y tienen el ceño fruncido, están a la espera de que alguien comience el altercado y así poder desenvainar esas espadas que han comprado recientemente o que quizás le hayan robado a algún mercader. La tormenta ha traído muchas cosas a este lugar.

—Nunca se os escapa nada, cada día me impresionáis más. —Alzó las manos cuando su señor lo miró con severidad—. Sois el único dárico que ha viajado y vivido con humanos durante largo tiempo, la experiencia y conocimientos que adquiristeis son desde luego notables. —Ghiro volvió a rascarse la cicatriz, le estaba molestando considerablemente—. Siempre os anticipáis a ellos.

—Espero que eso que acabas de decir no vuelvas a repetirlo. —Sonó más a ruego

que a orden—. Es algo que no ha de saberse, anciano.

Enmudecieron cuando uno de los camareros pasó cerca de la mesa. Kishur gruñó sin proponérselo, haciendo que el joven diera un respingo. Si se había acercado tanto, Kishur sospechaba que había sido con la intención de escuchar lo que decían, y eso le recordó al dárico el extraño descubrimiento de que, tras sucumbir al sueño del rechazo, Alhanna hubiese despertado con semejante capacidad auditiva.

—El oído de Alhanna se ha desarrollado de forma extraordinaria. Pensaba que tras la prueba del primer uso de endomia siempre se perdía algo y no al revés —dijo de pronto, sorprendiendo a Ghiro—. ¿Había pasado antes?

—No me consta.

—Ya lo imaginaba. Ahora estoy aún más convencido de ir a Fraem-Lab. —Los hombres que fingían jugar a las cartas pidieron otra botella de vino, y Kishur los miró de reojo—. Desearía tener puesta mi armadura, hacía tanto tiempo que no prescindía de ella que ahora me siento casi desnudo.

—Pues nunca os gustó llevarla.

—Qué buena memoria tienes —le espetó Kishur, molesto.

—Yo desearía estar en la cama con mi esposa, pero esto es lo que nos ha tocado. —Bebió un gran sorbo del líquido escarlata—. No podemos estar armados en un lugar como este; conformaos con tener la espada apoyada en una silla. —Agitó el vaso ante su rostro—. Dejadme deciros que, con el pelo limpio y la cara afeitada, incluso con esas ropas de piel negras, casi parecéis lo que sois.

—¿Y qué soy, Ghiro? Recuérdamelo, te lo ruego.

—Ya me encargaré de refrescaros la memoria llegado el momento. Ahora bebed.

Kishur dio un sorbo al vino y sintió el calor en la garganta y el estómago. La camarera, con pasos lentos, se acercó a la mesa y depositó dos platos con pan y patatas ahumadas con especias. Se enrolló el pelo en un dedo y esperó paciente unos instantes, hasta que la indiferencia de los dáricos le confirmó que no necesitaban nada más. Kishur reposó su espalda en el asiento de la silla y dejó la mirada perdida en el fuego.

—Ghiro, siempre he odiado el vino.

El olor de las especias llegaba a las habitaciones. Alhanna tenía hambre y había comenzado a salivar. Mayara le vertió otra jarra de agua para aclararle el cabello. La habitación era pequeña, tenía una ventana con vistas al torreón del pueblo y una mesita con papel y lápiz encima. La cama era amplia, y las sábanas olían a pino. La joven estaba metida en la bañera de latón, intentando quitarse la mugre. Le seguía doliendo la cabeza.

—Sienta tan bien un baño caliente después de tantos días... Y por fin puedo deshacerme de estas ropas.

—Sí, te hacía falta. —Mayara sonrió—. Apestabas.

—A carne quemada, puedes decirlo. Olía a muerte.

Mayara asintió muy seria y le aclaró el pelo de nuevo. El agua se estaba quedando fría y había tomado un color oscuro.

—¿Esta noche dormiremos aquí? —preguntó Alhanna, esperanzada.

—Así es. Las camas no son demasiado buenas, pero al menos huelen bien. —Rio con suavidad—. Yo estaré justo en la estancia de al lado.

—¿Y las camas no son muy pequeñas? Para vosotros, quiero decir.

—Lo son, pero siempre es mejor esto que el suelo del bosque.

Alhanna se puso en pie. La débil luz de la lámpara de gas dibujó su sombra en la pared. Se envolvió en la toalla; temblaba de frío. Había una pequeña estufa, pero estaba apagada. Se fijó en las pupilas dilatadas de Mayara, que ocupaban todo el iris. Eran más grandes que las humanas. Recordó de pronto que ellos podían ver en la oscuridad.

—Es increíble que puedas ver con claridad a pesar de la penumbra —dijo Alhanna.

—Para nosotros la oscuridad no existe, la noche se torna de color gris.

La joven sonrió. Casi con asco, cogió el vestido que había sobre la cama. Era de color verde oliva, de lino suave con bordados claros en la parte superior. Se quitó la toalla y se lo puso. Le quedaba algo escotado; tenía las mangas largas y holgadas en la parte de la muñeca. Se le ajustaba con una cinta bajo el pecho y caía lacio hasta los tobillos.

—¿De verdad he de ponerme esto? Nunca me han gustado los vestidos.

—Para lucirlos no es necesario que te gusten. Admítelo, su tela es agradable. Y no te sienta tan mal. —Mayara le tendió la capa.

La capa, negra y bastante gruesa, le cubría los hombros y la abrigaba. Se puso las botas de piel, que le quedaban un poco estrechas. Pero lo importante era que por fin tenía los pies calientes.

—Por suerte no hay espejos, así no podré reírme de mí misma.

—¿Por llevar un vestido? Te preocupan cosas insignificantes. —Mayara sonrió a la vez que negaba con la cabeza. Fue hacia la puerta y la abrió—. Baja y ve a comer algo antes de que pierdas el conocimiento. Yo iré a acompañar a Ádria, me preocupa dejarlo solo en estos momentos.

—Mayara, eres la única que ha visto mi tatuaje al completo, ¿has reconocido el idioma? —Alhanna bajó la mirada.

—No, ni una sola palabra. —Mayara se giró para observarla un instante con actitud serena y, luego, salió de la estancia y la dejó a solas.

La puerta de la posada se abrió de golpe. La lluvia escupió dentro el agua, que irrumpió mojando el suelo de madera, y el aire arrancó uno de los cuadros que colgaban de la pared. La gente que estaba sentada a su mesa alzó la vista para

observar a los extraños que acababan de llegar. Las camareras se detuvieron con las bandejas en las manos y el posadero salió de la cocina. Borat y Eltsay entraron dejando una estela de agua y barro tras ellos. Los humanos se rebulleron en sus sillas intranquilos al ver a los dos dáricos vestidos con las armaduras, y una pareja de ancianos abandonó la posada con mucha prisa mientras murmuraban la palabra «problemas».

Pasaron cerca de dos mujeres sentadas en la barra. Una de ellas susurró en la oreja de la otra y ambas enrojecieron. Eltsay se volvió a mirarlas; había escuchado sus palabras. Sonrió ampliamente mostrando sus blancos colmillos. Sabía que eso siempre las impresionaba.

—Idiota, deja de jugar —susurró Borat entre dientes.

—¿Es que no las has oído?

—Dilo y te quitaré esa sonrisa de un golpe. —Borat lo agarró del codo para poder hablarle muy cerca—. Ni se te ocurra hacer de las tuyas, ¿entendido? Como mi señor se entere de que te acercas siquiera a una humana, te colgará del primer árbol que encuentre.

—No tengo la culpa de que ellas me deseen.

—¿Cómo puedes ser tan vanidoso?

Borat negó con la cabeza y lo soltó. Lanzaron las capas empapadas junto a la chimenea y dejaron las espadas apoyadas contra las sillas. Eltsay cogió el vaso de Ghiro y se lo acabó antes de plantar el culo en una de las sillas que había libres alrededor de la mesa, algo pequeñas e incómodas para ellos. Borat arrasó con unas cuantas patatas.

—No tenéis modales —dijo Ghiro, quitándole el vaso de las manos al joven—. Al menos podríais haberos bañado antes de venir aquí.

—¿Y para qué perder el tiempo? —Borat rio.

—¿Tenéis algo que reportar? —preguntó Kishur sin mirarlos.

—Nada, ni rastro de los kalastys. Lo único que me ha seguido por el bosque es este imbécil. —Borat señaló a Eltsay con la cabeza—. Hay soldados humanos apostados por todos sitios, creo que no debemos preocuparnos, al menos por los kalastys. Parece que la humana los espantó con la fogata; debimos enseñarle que, para asar castañas, solo se necesitan brasas.

Kishur rio.

—¿Cómo se encuentra Ádria? —quiso saber Borat. Habló con la boca llena.

—Encerrado bajo llave —respondió Ghiro—. La fiebre ha remitido y parece encontrarse mejor. Por fortuna, la herida no estaba infectada. Tiene suerte de poseer tanta fortaleza, otro en su lugar habría necesitado varios días en cama. El corte era grave. No se cosió como se debía ni se cuidó.

—Menuda ayuda eres —lo provocó Borat.

—¡Me impedisteis coserlo adecuadamente! —Ghiro golpeó la mesa con el vaso.

Borat iba a continuar, pero Kishur carraspeó y se detuvo. Todo tenía un límite, y

ofuscar a Ghiro era un pasatiempo que su señor no aprobaba. Kishur desvió la mirada del fuego para contemplar las escaleras. Un instante después, Alfar bajó y se sentó en silencio junto a Eltsay. Atacó las patatas sin preguntar. Se notaba que tenía mucha hambre, y Kishur sonrió al verlo comer.

—Ádria quiere bajar —dijo con la boca abierta para que entrara aire—. ¡Queman!

—Está loco si piensa que le voy a permitir sentarse aquí a beber vino. ¡Antes lo cuelgo del árbol más alto de Górgora! —Borat escupió saliva al hablar.

—Espero que la cerradura y la puerta sean lo bastante resistentes —apuntó Kishur volviendo a centrar su atención en las llamas.

Las dos mujeres apostadas en la barra miraban sin pudor a los dáricos. La más joven tenía el cabello rubio y rizado recogido en una trenza. Llevaba puesto un vestido de mangas largas de color chocolate. Su amiga lucía un vistoso traje morado con bordados en el escote. Una camarera se acercó a ellas con la bandeja y les sirvió dos tazas de té de canela. Suspiró y miró hacia donde las dos mujeres observaban.

—Ya es el tercer té que os tomáis, se os ve el plumero —les dijo entre risas. Tenía los ojos grandes, marrones y una cara ancha, pero delicada—. ¿Sobre qué hablabais?

—¿Hay algún tema más interesante que ellos? —comentó la chica rubia señalando hacia la mesa de los dáricos con la cabeza—. El dárico de cabello rubio con la armadura nos ha sonreído al entrar. Es una pena que el de cabello gris no sea tan amigable.

—No nos ha mirado ni una sola vez. Me excita su forma de contemplar el fuego de la chimenea, tiene unos ojos impresionantes —dijo la otra mientras cogía su taza —. ¿Y tú qué opinas, Martha?

La camarera abrió la boca para contestar y la cerró de inmediato. Enrojeció.

—No seas tonta, estamos en confianza y nadie puede escucharnos.

—Nunca había visto a nadie tan guapo como él —admitió Martha.

—¿Os habéis fijado en los brazos que tiene? —Se colocó la rubia trenza hacia atrás—. Me gustaría estar con un hombre tan... grande. Le permitiría que me empotrara contra la pared, aunque no quedaran de mí ni las migajas.

Martha sonrió; admiraba que las dos mujeres fueran capaces de decir lo que pensaban en alto. Ella jamás tendría el valor de hacerlo.

—¡Ay! —suspiró la rubia dejando la taza en la barra—. La de cosas que le haría y que me dejaría hacer por él.

—Por él y por cualquiera de esa mesa, que nos conocemos...

Las mujeres rieron a carcajadas.

Les había sido imposible ignorar la conversación. Kishur no miró a sus compañeros a pesar de saber que ellos sí lo observaban a él con mucha atención y cautela. Mantuvo

el rostro girado hacia la chimenea, inmutable. Borat se tapaba la cara con las manos para silenciar la risa. Alfar había enrojecido y se entretenía comiendo patatas, fingiendo que no las había escuchado.

—Lo que hay que oír... —murmuró Ghiro.

—Al final resulta que yo no les intereso en absoluto —dijo Eltsay sonriendo—. No he entendido la palabra «migajas», ¿cómo se traduce?

Borat irrumpió en carcajadas, golpeando la mesa con el puño. Los demás prefirieron guardar silencio, en especial Alfar, que estaba visiblemente turbado. Kishur miró a Borat con inquina y su risa se interrumpió de inmediato.

La habitación de Ádria estaba iluminada por tres lámparas de aceite, dos pequeñas sobre la mesa y una tercera colgada de la pared. La estufa de carbón desprendía un calor agradable. La estancia era pequeña, pero acogedora. La cama tenía sábanas blancas que olían a pino y una colcha marrón de terciopelo. En la mesita de al lado había una jarra de agua. Ádria se había sentado en la cama para tratar de despejar su cabeza, solo vestido con los pantalones. Se revisó el brazo vendado y suspiró; le habría gustado golpear algo para aliviar la rabia, pero no tenía fuerzas.

—Quiero bajar, tengo la boca seca —dijo con voz áspera.

—Pues bebe agua, la tienes sobre la mesita. —Mayara resopló—. He venido a sustituir a Alfar, no hagas que me arrepienta.

—No os he pedido que me cuidéis como si fuera un infante, y mucho menos que me hagáis compañía. No es necesario que sigáis pendientes de mí, me encuentro mejor. —Intentó ponerse en pie—. Bajaré a beber algo.

Se tambaleó y ella tuvo que correr para ayudarlo. Lo oyó gruñir. Dejó que Mayara lo tumbase de nuevo en la cama y los pies le quedaron colgando por el borde del colchón casi por la rodilla. La dárica cogió una silla y se sentó a su lado. Hacía calor en la habitación, así que se quitó la chaqueta y la colgó del respaldo.

—Si bajas, puede que nuestro señor no diga nada, pero no lo aprobará. Y Borat nos ordenará amarrarte a la cama, te tiene en su punto de mira, y que el general te preste atención nunca ha sido buena señal.

—No estamos en Alviat.

—Pero sigue siendo el general. —Mayara se frotó el rostro—. Nunca he conocido a alguien tan tozudo, ¿qué te enseñaron en la academia? Será mejor que te cuides de Borat. Y compórtate delante de nuestro señor, porque empieza a perder la paciencia contigo.

Se puso en pie, fue a la mesita y llenó un vaso con agua de la jarra. Bebió despacio, mirando hacia la ventana, con aire ausente. La lluvia golpeaba el cristal.

—¿En qué piensas? —preguntó Ádria mientras volvía a sentarse en la cama.

—En los últimos días el talante de mi señor ha empeorado, está extraño. Creo que tiene que ver con Alhanna, pero no estoy segura.

—Ya has empezado a llamarla por su nombre.

—¿Y qué esperabas? —La dárica encogió los hombros—. Al final su compañía me resulta agradable; nunca imaginé que estaría a gusto con ella, pero es cierto.

Ádria asintió para indicar que lo entendía y la miró fijamente.

—No soporto estar en cama. —El hajaek se frotó la frente.

—¿Y quién es el responsable de esta situación? —le espetó ella, tirando de uno de sus bucles negros—. Conoces las normas, las tácticas. Ese puñetazo que te dio mi señor te estuvo bien merecido, yo misma te lo habría dado si hubiera podido.

—Exageras.

—No, sabes perfectamente que te saltaste el protocolo. ¡Vamos! No eres un hajaek cualquiera, fuiste el primero de tu promoción, y tu comportamiento siempre ha sido ejemplar. —Se colocó el rizo tras la oreja, irritada—. Admite que actuaste erróneamente, que no debiste enfrentarte solo a los kalastys.

—Lo hice para enmendar mi error.

—Nos expusiste a todos mientras nos armábamos, ¿y si nos hubiesen rodeado por el otro lado? No lo pensaste, ¿verdad? Debiste quedarte con nosotros para recibir a los primeros kalastys. —Tomó aire para aliviar sus pulmones. Tenía el rostro acalorado.

—Me distraje —admitió con voz tan queda que a Mayara le costó oírla.

—¿Con qué?

—Pues con ella, con Alhanna. —Se sorprendió pronunciando su nombre con tanta normalidad—. Es la primera vez que me ocurre algo así.

—Y espero que sea la última.

Mayara se puso en pie y paseó por la habitación. La tormenta no amainaba, y los cristales temblaban con cada trueno. Recogió su capa del suelo y rebuscó entre los bolsillos, donde encontró una pequeña botella de metal. Se la tiró a Ádria en la cama.

—Ya me lo agradecerás.

Abrió la botella y olió el contenido; no era vino como esperaba, ni tampoco licor blanco. Olía a canela y a fresa. Aspiró profundamente con los ojos cerrados.

—Leche de cerna —susurró el dárico—. Hacía mucho que no la probaba. Mi madre solía prepararla cada vez que se lo pedía...

—La de la botella es obra mía, no esperes que sepa igual. La guardaba para celebrar nuestro regreso a Alviat, pero dado que no estás en tu mejor momento te concedo el honor.

—Cuando volvamos, te compraré un barril entero.

Ella le sonrió y volvió a sentarse a su lado.

La camarera trajo otro plato de patatas y también un poco de queso curado. Soltó un largo suspiro mientras se inclinaba junto a Kishur para dejar las cosas sobre la mesa. Lo hizo despacio, intentando llamar su atención. Él la ignoró. En su lugar, captó las

miradas del resto de integrantes de la mesa. Le preguntaron sobre el menú, el tipo de embutidos que guardaban en el almacén y los distintos vinos que podían probar. Pidieron carne en salsa, chorizo con pimienta, salchichas y pan con cereales. En poco tiempo, los platos abundaban y las botellas iban y venían. Kishur no tenía demasiado apetito; no podía gozar de la tranquilidad de los otros, tenía demasiadas cosas en las que pensar.

—Mi señor, deberíais comer —le aconsejó Ghiro con la boca llena de queso.

Miró al anciano, y solo entonces se dio cuenta de lo cansado que estaba. Sacó la pequeña cajita de plata de un bolsillo de su chaqueta y comenzó a darle vueltas en la mano. Sintió una punzada que le recorrió el antebrazo y, cuando su mano se abrió de forma involuntaria, la cajita cayó al suelo. El dolor era muy intenso, y por mucho que intentaba mover la mano, una presión invisible se lo impedía. Su frente se llenó de sudor. Sabía que ella estaba allí.

Buscó a la mujer con la mirada, solo ella tenía el poder para controlarlo de esa forma. La encontró en la barra, oculta bajo una gruesa capa oscura, y sintió sus gélidos ojos azules bajo la capucha. La presión cesó y Kishur pudo recuperar el control de su mano. Recogió la caja del suelo y volvió a guardarla. Daba igual cuánto se esforzase para dejar el pasado atrás, siempre regresaba para recordarle que hubo un tiempo en el que abandonó todo aquello en lo que creía.

Uno de los hombres que jugaban a las cartas alzó la voz:

—¡Condenados dáricos! Bien harían en abandonar pronto la aldea.

La taberna quedó en silencio y los dáricos se miraron entre ellos. Kishur sonrió. El hombre tenía el pelo cortado en punta y una cara redonda, un tanto infantil. Era alto y ancho de espaldas, bastante corpulento en comparación con sus dos compañeros.

—Borat, ni lo pienses. —Kishur apoyó un brazo en el respaldar de la silla y se sentó de lado para poder observar mejor la mesa a la que los hombres estaban sentados.

—Este no es vuestro lugar —insistió el humano escupiendo al suelo.

—A estas alturas deberíais saber cuál es —coreó su compañero.

Hubo una pausa.

—Ya veo, no tienen nada que decir. Son unos cobardes que solo llevan las espadas para lucirlas y presumir de su acero. Entran en nuestro pueblo y nos exigen que los alimentemos y les demos cobijo cuando ellos nunca nos permitirían entrar en sus tierras. Suerte tienen de que no sea yo el dueño del local ni el gobernador de Górgora.

El posadero salió de la cocina arrasando con uno de los camareros que se había quedado paralizado como si fuera una estatua de mármol. La gente, que hasta ese momento había estado comiendo o bebiendo, se quedó inmóvil, aguardando. Borat deslizó la mano hacia la empuñadura de su espada.

—Borat, no volveré a repetírtelo —siseó Kishur entre dientes.

—Quiero matarlos.

—Nos ha llamado cobardes —señaló Eltsay. Su eterna sonrisa había desaparecido.

Kishur abandonó su postura y se irguió en la silla. No resultaba sencillo mantener a Borat a raya, y menos si los otros lo apoyaban. Desvió la vista hacia la mesa donde se sentaban los tres hombres, clavó en ellos sus ojos oscuros y el silencio se hizo latente.

—Deberías cuidar a quién llamas cobarde, muchos han pagado esa osadía con la muerte, humano —dijo Kishur con voz serena, pero potente—. ¿Qué daño os hemos hecho? ¿Os hemos robado? ¿Hemos quemado vuestros cultivos? ¿Violado a alguna mujer? ¿Asesinado? ¿Cuál de estos crímenes hemos cometido?

Iba a contestar, pero Kishur no se lo permitió.

—Tú los has cometido todos: has matado, violado y robado —lo acusó el dárico.

El hombre golpeó la mesa con los puños. Kishur apretó los labios, necesitaba contenerse. Nadie habló, el silencio invadió la estancia. Los hombres de la mesa del fondo se agitaron incómodos en las sillas, una mujer estornudó a la derecha de la barra, escondiendo su rostro entre las manos, y dos campesinos que habían estado intentando comer tranquilamente se armaron de valor para levantarse y marcharse de la posada.

—Guardas silencio, me parece bien —dijo Kishur, ufano.

—No te temo —dijo al fin el hombre.

—Pues deberías, no te imaginas lo sencillo que me resultaría arrancarte la garganta y lo poco que me importaría hacerlo. Y aquí no hay nadie capaz de impedirlo.

—¡Y una mierda! —Se puso en pie y le tembló la barbilla.

Kishur suspiró. Algunos hombres nunca sabían cuándo detenerse. Borat se puso en pie, con una sonrisa torcida en los labios y la daga en la mano.

—¡Basta! —gritó el posadero saliendo de detrás de la barra—. ¡Vosotros tres os largáis de aquí a la de ya! Miserables viajeros, a mi posada venís a respetar a todo el que yo alojo. ¡Llamaré a los guardias!

—Que nos echen los dáricos si son capaces —insistió el hombre.

Ghiro y Eltsay también se pusieron en pie. El anciano soltó el vaso de vino sobre la mesa, murmurando por la molestia de ver su cena interrumpida. Alfar siguió comiendo, mirando por intervalos a sus compañeros y a su señor.

—Sentaos —les ordenó Kishur.

Obedecieron. Borat fue el último, y lo hizo a regañadientes. El hombre de pelo en punta le dio una patada a su silla y salió de la posada acompañado de los otros dos. Kishur vio como el posadero relajaba los hombros. Por esa razón evitaba los pueblos humanos, siempre había alguien dispuesto a demostrar que podía matar a un dárico.

Con lentitud, la calma fue regresando a la posada. La mitad de los comensales se marcharon. Kishur trató de ignorar a la mujer que seguía en la barra, pues solo él parecía verla. Era un tormento que nunca lo dejaría en paz. Ella lo seguiría sin importar dónde tratara de ocultarse, lo encontraría en cualquier parte del mundo.

La casa de la familia Hal estaba ubicada a las afueras de Górgora, alejada del resto de edificios. Su propia muralla acordonaba el terreno. La casa estaba en el centro, rodeada de amplios jardines, fuentes y pequeñas charcas. Cada parte había sido diseñada con esmero para configurar un hermoso paisaje. El edificio estaba dividido en tres bloques. Solo el central poseía dos pisos, los otros eran de planta baja. Una tarima de madera atravesaba todo el complejo, cubierta por un techo a dos aguas. Era el camino que solían recorrer para atravesar los jardines sin pisar las azaleas, las camelias, los crisantemos y narcisos; las plantas formaban un hermoso laberinto floral.

La tormenta estaba arrasando con las flores, los arbustos podados con mimo e incluso con los árboles más jóvenes. La lluvia lo empapaba todo, los pequeños lagos rebosaban y los nenúfares estaban esparcidos por todos sitios.

Un desfile de soldados patrullaba dentro y fuera de la casa; revisaban los graneros y los establos. No había ni rastro del ladrón, se había esfumado. Uno de los soldados resbaló al pisar una carpa roja y cayó de espaldas.

—¡Levántate! —Shudei-Hal le dio una patada al soldado en el costado—. ¡Mentecato! ¿Y eres tú quien debía encargarse de la vigilancia en la puerta?

—Mi señor...

—¡Desgraciado! —Lo abandonó en el suelo. No soportaba esa clase de descuidos.

Todo estaba hecho un desastre: el viento había arrancado varios árboles que él mismo se había encargado de plantar durante la primavera. Los manzanos tenían ramas rotas y todo estaba cubierto por una capa de barro y hojas secas. «Ya no se encuentra aquí». Se marchó ante la atenta mirada de sus hombres y, a grandes zancadas, recorrió el camino de madera que conducía hasta la casa. Le pesaba la capa y el agua le entraba en los ojos.

Shudei era el líder de los Hal; a sus treinta y seis ágaras ya llevaba las riendas de la familia. Su altura lo hacía destacar de forma notable entre sus parientes. Tenía el cabello oscuro y lo mantenía largo hasta media espalda.

Al entrar en la casa, dos doncellas le ofrecieron toallas, pero las rechazó. Iba mojando el suelo de madera y dejando un rastro de barro a su paso. Las luces estaban apagadas, y no había más que algunas lámparas de gas en los pasillos.

Entró en la sala principal. Su padre estaba sentado junto a la chimenea, bebiendo licor de arroz y comiendo pasteles como si nada hubiese sucedido. Sus dos hermanos gemelos, apenas adolescentes, estaban de pie, esperándolo. Aunque carecían de su atractivo, se le asemejaban: tenían su mismo rostro alargado y sus pómulos marcados, pero los ojos de Shudei eran del color de la miel y no marrones. La madre de los chicos bordaba en silencio, alejada de todos ellos.

—¿Y bien? —preguntó el padre con la boca llena.

—Ha desaparecido, ha aprovechado la tormenta para escapar. Ni los perros parecen haber reparado en su presencia. —Shudei suspiró—. Algunos soldados seguirán buscando, y he enviado un informe con su descripción, quizás los que están

patrullando el pueblo den con él.

—¿Con él? —preguntó uno de los hermanos—. Había entendido que era una mujer la que había entrado a robar.

—¡Qué importa que fuera hombre o mujer! —gritó Shudei sacado de sus casillas —. ¡Aprende a guardar silencio cuando los adultos hablan!

La madre levantó la cabeza y le lanzó una mirada de reproche. A Shudei le daba lo mismo lo que esa mujer opinara de él, solo era la madre de sus hermanos menores.

—Lo que se ha llevado no tiene gran valor. —Su padre le ofreció una copa.

—No es momento para beber, padre.

—Me pregunto cómo sabía dónde encontrarlo. Ha sido muy descarado y tremendamente temerario entrar en tus aposentos para robarlo. Aunque poco importe el valor de lo que se ha llevado, no podemos dejar este asunto así. ¿Qué será de nuestro respeto? Dime, Shudei, ¿qué harás?

—Encontrarlo. —Apretó los puños y los pegó al costado, cerró los ojos un instante y gruñó. «Mierda»—. Encontrarlo y cortarle la garganta.

Las llamas crepitaron y uno de los troncos cayó rodando por la chimenea. Entró el cuarto hermano, seis ágaras menor que él. Salvo por sus ojos marrones, eran casi idénticos. También estaba calado hasta los huesos.

—Shudei. Padre. —Hizo una cómica reverencia—. Vengo del pueblo, he estado bebiendo en El colmillo del viento. Es donde tienen el mejor licor de arroz.

—Apestas a alcohol, Riaku. ¡Condenado borracho! Espero que no te hayas dedicado solo a beber. —Shudei tomó asiento junto a su padre, necesitaba templar sus nervios o acabaría matando a alguno de ellos esa noche—. ¿Están ahí?

—Sí, y llevan a la humana con ellos.

Shudei y su padre se miraron largo rato.

—Sería interesante comprobar qué valor tiene ella para que un grupo de dáricos la proteja. —Shudei alzó la mano para hacerlo callar e impedir que lo interrumpiera —. Encárgate de averiguar quién es, pero no permitas que te vean.

—¿Me lo encomiendas a mí? —Riaku-Hal se abrazó a sí mismo—. ¿Algo tan peligroso? No sientes ningún amor por tu hermano.

El comentario provocó la risa de todos, menos la de Shudei.

—No digas estupideces, solo tienes que sentarte y beber. Obsérvalos con cautela para que no te descubran e intenta averiguar lo que puedas.

Riaku salió de la estancia, haciendo otra reverencia. Los cristales se agitaron con el viento. Los truenos se sucedían sin descanso, y la luz de los relámpagos invadía la estancia a través de las ventanas. Shudei recorrió con la mirada a los presentes. Estaban esperando a que dijera algo, pero no lo hizo.

—Dime, ¿qué interés tienes en los dáricos? —quiso saber su padre.

—No compartiré eso con vosotros, al menos de momento. Llevo mucho tiempo esperando la llegada de esa chica, pensaba que ya nunca iba a producirse. —Carraspeó incómodo—. Entre ellos viaja un dárico de cabello gris.

Al anciano Hal se le escapó la copa de las manos y el cristal se rompió en una docena de trozos. El licor de arroz quedó derramado sobre la alfombra.

—¿Y has enviado a tu hermano? —La mujer soltó el bordado y se puso en pie—. ¿Has enviado a tu hermano ante semejante peligro?

—Riaku sabe quién es, no es tan ingenuo como os hace creer, no hay nadie mejor que él para tal misión. Solo quiero saber quién es ella en realidad. Me han dicho que tiene los ojos grises y que es tan hermosa que duele mirarla. Evidentemente el vino hace mella en nuestros guardias, los vuelve poetas incluso. Lo que me interesa es la razón por la que los dáricos la llevan con ellos.

—Hijo, no te comprendo.

—Ni falta que hace, permite que yo me encargue de mis asuntos, como siempre. —Era demasiado pronto para explicar más.

—Pero, ese ser... —dijo el anciano acariciando su escasa barba—. Es el peor dárico de todos, si descubriera que los estás siguiendo, no dudaría en venir hasta aquí y acabar con nuestras vidas. ¡Ve a buscar a tu hermano! No corras ese riesgo. No os acerquéis a él y dejad que sigan su camino.

Sus dos hermanos menores guardaban silencio, desconcertados. La madre también, aunque su rostro turbado evidenciaba lo asustada que estaba.

—Padre, no tengo intención de interponerme en su camino, es otra cosa la que deseo de ellos. Y la obtendré. —Shudei sonrió con amargura y, de pronto, sintió la necesidad de beber algo fuerte—. Ha llegado el momento que he estado aguardando.

—¿Se debe esto a un sueño de Riaku? ¿Es eso?

—Algo así. —Se puso en pie inopinadamente. Ahora recordaba que le quedaba otro lugar donde buscar al ladrón—. No cuestiones mis decisiones, padre.

La taberna había regresado a la normalidad. Los camareros paseaban con las bandejas repletas de platos y botellas de vino, la gente charlaba con ánimo y el posadero daba órdenes desde la barra. Los relámpagos refulgían tras los cristales. Alhanna había presenciado la discusión de los dáricos con aquellos hombres. No quiso bajar las escaleras y se quedó aguardando a que terminaran.

Se asomó al descansillo de la escalera y observó a Kishur. Estaba sentado junto a la chimenea y mostraba una expresión serena, aunque, al mismo tiempo, sus ojos parecían furiosos. Despacio, comenzó a bajar. El vestido le danzaba entre las piernas. Se sonrojó cuando percibió que era el blanco de todas las miradas y terminó de bajar a toda prisa, sin ninguna elegancia, saltando los escalones de dos en dos. Fue hacia la mesa de los dáricos.

Eltsay le ofreció su silla y fue a buscar otra. La comida olía realmente bien.

—¿Vino? —le ofreció Ghiro esbozando una gran sonrisa.

La joven asintió. Miró los platos con anhelo, su estómago rugía con desesperación. ¿Desde cuándo no comía? Alfar le pasó un tenedor. Probó primero las

patatas. El queso era demasiado fresco, pero lo comió también. Le gustó la carne en salsa y, aunque no sabía de qué animal era, ni se lo preguntó siquiera. Tras un sorbo de vino, Alhanna levantó la cabeza un momento para observar a los dáricos. Todos estaban pendientes de ella, incluso Kishur, que se había apartado de la chimenea. Se llevó un montón de carne a la boca.

—¿Es un buen momento para hablar? —preguntó el anciano mirando con cautela a la joven, mientras vertía más vino en su vaso—. No me agrada la idea de atormentarte con cosas que quizás no quieras recordar, pero necesitamos saber, ¿lo entiendes?

—¿Atormentarme? —dijo con la boca llena.

Kishur notó un escalofrío en la nuca. La mujer no le quitaba los ojos de encima. Llevaba la capucha puesta y seguía apoyada en la barra.

—¿Cómo mataste a los kalastys? —le preguntó Kishur con impaciencia, posando los codos sobre la mesa—. O, mejor dicho, ¿cómo pudiste usar la endomia?

—Pues... —Tragó el trozo de carne y se quedó mirando el plato—. No es sencillo explicar algo que no entiendes. Le he dado muchas vueltas y sigo sin comprender cómo fui capaz de crear ese fuego. Sentí como si toda la rabia que había estado acumulando a lo largo de mi vida escapara de mi interior. Suena absurdo, lo sé.

—No tanto como crees —dijo Ghiro.

Todos estaban apoyados en la mesa, inclinados hacia ella con verdadero interés.

—Vi algo a mi alrededor, algo hermoso. Lo tomé y lo convertí en fuego, que era lo que deseaba para matar a los kalastys. —Suspiró largamente y miró a Kishur. Reparó en el moratón de su rostro y en el corte que tenía en la ceja.

—Energía, eso fue lo que viste —afirmó Kishur tomando la palabra. El anciano gruñó a su lado—. Arrebataste la vida a los árboles que rodeaban el claro y convertiste su energía en fuego. ¿Cómo lo hiciste?

Alhanna contó como su tatuaje se había desprendido de su piel, de qué forma había absorbido la energía de los árboles; los fulgentes colores que había visto dentro de su mente. En varias ocasiones, bebió de su vaso; el vino, suave y afrutado, la estaba ayudando a relajarse.

—Es extraordinario —susurró Ghiro para sí mismo, y se acarició la cicatriz a la altura del ojo—. Los humanos no poseen endomia, nunca han mostrado esa capacidad.

—Demasiado poder para alguien como ella. —Borat se arrellanó en su silla.

La chimenea se estaba apagando. Kishur había escuchado atentamente a Alhanna sin intervenir, y estaba asombrado por la indiferencia con la que trataba el haber matado a los kalastys. ¿Acaso no tenía remordimientos? De pronto, sintió un gran calor. Desde allí podía oler el perfume de jazmín de la mujer encapuchada. Se puso en pie y cogió una de las jarras vacías.

—Alhanna, te dejo en buenas manos. Continuad sin mí.

El único que siguió a su señor con la mirada fue Ghiro. Vio como Kishur se

acercaba a la barra y se detenía junto a una misteriosa mujer. Sintió escalofríos y apartó la vista.

—Eres afortunada —comentó Borat cogiendo su vaso de vino y alzándolo ante sus ojos—. Si yo estuviera en el lugar de mi señor, te arrojaría por el precipicio más alto que encontrase. Creo que justo eso fue lo que Ghiro le recomendó, pero, por alguna razón, él insiste en protegerte y mantenerte a su lado.

—Silencio, Borat. —El anciano enrojeció de rabia.

Alhanna no contestó. Se limitó a fulminar a Borat con la mirada y apretó los puños cuando lo vio sonreír. Lo detestaba, por su forma de contemplarla y por como trataba a los demás.

—¿Vas a quemarme? —Soltó una sonora carcajada.

—Lo haría, si supiera cómo volver a usar la endomia.

Borat siguió bebiendo sin apartar sus ojos negros de ella. Supuso que Eltsay y Alfar se mantenían al margen a propósito; el único en la sala capaz de replicarle era Ghiro, y tampoco parecía muy dispuesto a ello. Continuaron bebiendo, pues les quedaba una jarra de vino tinto sobre la mesa.

Tottem-Hon bajó las escaleras y se unió a ellos. Se había recogido el cabello castaño en una trenza. Sonrió a Alhanna, cerrando sus pequeños ojos casi por completo. A ella le agradaba el arquero, era el menos rudo de todos.

—Pensábamos que te habían secuestrado, vaya baño más largo te has dado —dijo Eltsay mientras le tendía su vaso de vino—. Te has perdido una gran historia.

Tottem hizo una señal con el dedo índice, un semicírculo, y después, golpeó con el puño la palma contraria. Alhanna no lo entendió, era incapaz de comprender sus señas. Le intrigaba el secreto que se escondía tras la mudez de Tottem.

—Te lo contaré más tarde. ¡Qué remedio! —masculló Eltsay.

Ella sonrió. Miró sus manos y recordó el fuego.

—No entiendo qué es la endomia —dijo Alhanna—. ¿Ningún humano la tiene?

—Solo las razas de Muriath poseemos esa capacidad, y los humanos provenís de Asthaluss. Nosotros la tenemos de manera innata, somos endómicos de nacimiento, aunque no todos llegamos a practicarla. De los que estamos aquí, solo yo lo hago. —Ghiro lanzó una mirada rápida a Tottem al recordar lo que le había sucedido al usar la endomia siendo infante—. Los kalastys pueden llegar a serlo, pero les requiere muchas ágaras de entrenamiento y perseverancia.

—Te vi usar la endomia para encender la hoguera.

—Cierto, Alhanna. La endomia es lo que los humanos llamáis magia, y es una parte tan intrínseca de nuestro mundo como lo son la lluvia o las mareas.

—No te explicas demasiado bien —comentó Eltsay.

Ghiro carraspeó incómodo y bebió para aclararse la garganta. Observó el vaso un momento antes de dejarlo sobre la mesa; quizá se había propasado con el vino.

—Está bien. —El anciano tomó aire y prosiguió—. En palabras sencillas, la endomia es la transformación de un tipo de energía en otro. El principio básico es

ese, pura transformación. Usas tu propia energía o la de otros seres vivos y la conviertes en otra cosa; en fuego, por ejemplo. Son muy pocos los endómicos que logran generar algo distinto a fuego, pues es lo que todos sentimos en nuestro interior cuando nos enfadamos. Como te ocurrió a ti. Usar la endomia a través de la rabia es el camino fácil, usarla con calma y disciplina para generar otro tipo de energía es una tarea compleja.

—¿Y eso es todo? Si logro concentrarme, ¿podré hacer lo que desee?

—Por supuesto que no, se requieren ágaras de estudio, es una disciplina complicada y peligrosa. Muchos dedican su vida entera a su aprendizaje y pocos son los que logran resultados. Además, entraña un gran riesgo, pues su mal uso conlleva la muerte.

—No la asustes —dijo Borat en tono de burla.

—Necesitará algo más para conseguir asustarme. —Alhanna se irguió en la silla.

—Eres valiente, muy bien. Entonces, entiende esto: solo unos pocos eruditos logran obtener la energía de otros seres vivos, y cada vez quedan menos. Por tanto, la energía que usas es la tuya, es tu lanfe, lo que los humanos llamáis alma. —Resopló y su aliento olió a puro alcohol—. El alma y el lanfe son lo mismo, aunque para los humanos tiene otros matices que escapan a nuestro conocimiento. Pero ese no es el tema que nos concierne. Lo que quiero hacerte entender es que, al usar tu propia energía, te deshaces de ella, la expulsas de tu cuerpo. Y, si la agotas, mueres.

—Pues no tengo de qué preocuparme; me encuentro entre esos eruditos porque no usé mi propia energía —dijo Alhanna con arrogancia—. Cogí la de los árboles que me rodeaban. Ellos murieron en mi lugar.

A eso, Ghiro no supo responder.

Se acercó a la mujer. Kishur había dejado la jarra vacía sobre la barra; el posadero estaba en la cocina y los camareros demasiado ocupados para atenderlo. La miró de reojo. Algunos mechones ondulados se le escapaban por debajo de la capucha. Decidió no esperar más y enfrentarse a ella; no deseaba estar allí plantado toda la noche. Se encaró con la dama roja y, cuando la miró, se le erizó el vello del cuerpo.

Bajo la capucha se escondían unos grandes ojos, de un azul muy intenso, y que se oscurecían en el borde del iris. Sus labios, coloreados de rojo, brillaban por la humedad de su saliva. Bajo la capa se veía el fino vestido de gasa que marcaba su voluptuosidad, los grandes pechos y las anchas caderas; la tela se posaba sobre su piel marcando la silueta a la perfección. Era realmente hermosa.

—Ha sido decepcionante, me hubiera gustado verte matar a esos humanos. —Su voz era cantarina, muy dulce.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó, tajante. No deseaba entrar en su juego.

Levantó las manos y se deshizo de la capucha despacio y con delicadeza, derramando su cabello rojizo por la espalda. El aire se hizo pesado y desagradable.

Kishur notaba los oídos taponados y percibía los sonidos de la taberna amortiguados y distantes. Sabía que la mujer había puesto una especie de barrera a su alrededor, con aire, imaginaba. Nunca había entendido cómo funcionaba su poder.

—Estás enfadado, mi Kishur, siempre lo estás.

—Me tendiste una trampa. —Se apoyó en la barra fingiendo indiferencia—. Escuché tus palabras a través del rumor del viento antes del ataque de los kalastys y aparté a Alhanna de mi lado. Me hiciste creer que estaría a salvo.

—Y no mentí, la quiero con vida. —Sonrió, agarró un mechón del cabello de Kishur y tiró de él con suavidad—. Mis actos siempre tienen una razón de ser. También te advertí del ataque sorpresa de Ogrora, y aún no me lo has agradecido.

—¿Por qué lo hiciste? Él siempre te fue leal.

—Tú eres más importante. —Tiró de su pelo un poco más para obligar a Kishur a acercarse a ella—. ¿No te sientes satisfecho? Lograste matarlo después de tanto tiempo.

Claro que lo estaba, pero de un modo que nunca le expresaría a ella. Quería que le soltara el pelo, pero no estaba dispuesto a mostrarlo. El olor a jazmín comenzó a marearlo y la taberna de-
sapareció por completo. De pronto, solo podía verla a ella.

—Entrégame a la humana, hazme ese obsequio. —Le acarició el rostro con la otra mano y Kishur se estremeció—. No entiendes nada de lo que está ocurriendo. Ella será tu perdición.

—¿Para qué la quieres?

La dama le volvió a tirar del pelo con fuerza y lo obligó a acercar su rostro todavía más. Kishur permitió que lo manejara; mantuvo sus ojos sobre ella, intentando descifrar qué estaría pensando. La dama sonrió. Era inútil, no podía usar la visión con ella: era un simple dárico incapaz de igualar el poder que ella poseía.

—Me perteneces, nunca lo olvides —le dijo la dama roja con voz glacial.

—Es cierto, en el pasado me ofreciste la oportunidad de decidir entre mi vida y la venganza por la muerte de mis compañeros. Y, a cambio, exigiste mi lanfe una vez me llegara la muerte. Pero sigo con vida. Así que suéltame —se atrevió a exigirle.

—Y escogiste la venganza, le arrancaste el ojo a Ogrora.

—Eso no basta para resarcirme —dijo Kishur con denuedo—. En aquel momento debí aprender que tus palabras nunca cuentan toda la verdad.

Y, sin embargo, a pesar de saberlo, había vuelto a confiar en ella cuando le advirtió del ataque de los kalastys, dejando ir a Alhanna creyendo que estaría a salvo.

—Ruégame. Di mi nombre —le pidió la dama.

—Nunca.

Podía matarlo allí mismo, dejarlo sin aire, o simplemente, arrancarle el corazón. Kishur lo sabía. «Prefiero la muerte que pronunciar tu nombre». La mujer acercó sus labios a la oreja de Kishur.

—Estaré allí, justo en el instante de tu muerte, para reclamar lo que es mío —

susurró con dulzura, ocultando su furia—. Me pertenecerás por siempre, Kishur.

El dárico cerró los ojos para contenerse y no empujarla para apartarla de él. Notó la húmeda lengua de la mujer en su cuello y se estremeció. ¿Nunca tendría suficiente? Tomó aire para aliviar sus pulmones, pues el aroma de su perfume era tremendamente pesado.

Finalmente, la mujer lo soltó y Kishur abrió los ojos.

—Ya tienes tu ejército de kalastys, llevas ágaras reuniéndolo con ayuda de Ogrora. ¿Para qué quieres a Alhanna entonces? —Kishur necesitaba saberlo.

—Mi ejército me concederá el dominio sobre el mundo mortal, sobre todos los pueblos que habitan aquí. A la chica la necesito con otro propósito, uno que no puedo desvelarte. —Sonrió con malicia, divertida y desafiante—. Pero si sientes curiosidad por mi ejército, pronto la saciarás. Queda muy poco para lograr que todo ser mortal se postre ante mí. Incluido tú.

—Ambicionas demasiado. Las criaturas como tú nunca os sentís satisfechas.

—¿Hablas de mis hermanos? ¿Acaso alguno de ellos ha osado acercarse a ti? —La dama roja se mostró furiosa.

—Me refería a seres hambrientos de poder. Desconozco qué clase de criatura eres en realidad, pero mantenía la esperanza de que fueras la única. —Kishur estaba consternado por el descubrimiento.

—Pues erraste. Y te diré un secreto —le rozó los labios con las puntas de los dedos—: ellos también caminan por el mundo de los mortales, cada uno persiguiendo sus propios objetivos. Pero no has de preocuparte por mis hermanos, ninguno te hará daño.

—No les temo.

—Eso lo sé. Tampoco me temes a mí a pesar de conocer mi poder. Son mis hermanos quienes tienen miedo de ti, de un modo que no imaginas. Y también de ella. —Volvió la mirada hacia la mesa donde Alhanna estaba sentada.

La taberna volvió a ser la misma. Ahora podía ver a todo el mundo y escuchar el ensordecedor ruido de sus conversaciones. Miró a Alhanna un instante y, al volver la vista hacia la dama, había desaparecido. Se pasó las manos por el pelo para echárselo hacia atrás, la mujer lo había despeinado. Sintió la presencia del posadero al otro lado de la barra y se volvió hacia él.

—¿Más vino? —preguntó mientras sujetaba la jarra vacía.

—Prefiero algo más fuerte.

El hombre le dio la espalda para coger una de las botellas de cristal de la estantería y la puso frente a Kishur. El líquido era transparente, y parecía espeso.

—Licor de arroz. Una especialidad que preparamos en el norte, aunque en Górgora es donde encontrarás el licor de mayor calidad. —Puso un vaso pequeño de cristal sobre la barra—. Debes beberlo de un solo trago, de otro modo te arrepentirás y ya jamás volverás a probarlo. Este licor ha tumbado a hombres casi tan grandes como tú. Yo mismo lo destilo en el sótano de la posada.

Le agradaba el modo amigable en que el posadero le hablaba, que por un momento le hizo olvidar quién era. El hombre llenó el vaso y Kishur notó el fuerte olor que desprendía. Agradeció poder librarse por fin del aroma de jazmín de la dama roja. Cogió el vaso y, al acercarlo a su nariz, arrugó el ceño.

—Vamos, bebe sin respirar —le indicó el posadero acompañando sus palabras con un gesto de la mano, como si fuera él mismo quien estuviera bebiendo.

Lo hizo. Le quemó la boca, le abrasó la garganta y le explotó en el estómago. Era demasiado fuerte para su gusto. Sin embargo, era justo lo que necesitaba. El posadero volvió a llenarle el vaso, sorprendido ante la impasividad del dárico. Kishur lo bebió de inmediato y, luego, un tercero. El hombre lanzó un largo silbido que captó la atención de las mesas cercanas.

—Ni un solo gesto, ni el mínimo, te he visto en la cara, eso sí que es aguante, ¡sí señor! —El hombre rio dando un aplauso—. Te regalo la botella.

—No es necesario. —Le ardía la lengua y sentía escozor en el paladar.

—¡Claro que sí! ¡Martha! —gritó a la camarera—. Ella te la llevará a la mesa.

Asintió conforme. El posadero le llenó el vaso por cuarta vez y luego se retiró mientras reía. Se lo llevó hasta los labios y se detuvo cuando percibió la presencia de una mujer a su lado. Era la chica rubia que había estado hablando de él con su amiga. Kishur vio como la mano de ella le acariciaba el brazo con el que tenía suspendido el vaso en el aire. Olía a rosas. Por un instante, estuvo tentado.

—Sabes beber —dijo ella con voz suave.

—Podría hacerte todas las cosas que deseas, incluso empotrarte contra la pared como has dicho. Pero no lo haré —dijo Kishur, y bebió el licor de un solo trago.

La joven, ruborizada, se apoyó en la barra y se llevó la mano al escote en un gesto insinuante. Kishur la miró un momento. No, no podía, por muy hermosa que fuera. Dejó el vaso en la barra y regresó a la mesa, donde el resto aguardaba en silencio.

—No quiero oír ni una palabra —les ordenó mientras tomaba asiento.

—No hemos dicho nada —Alhanna fue la única en responder.

—Se refiere a lo que estamos por decir, no a lo que estamos diciendo —le aclaró Ghiro mientras se giraba en la silla para mirar a Kishur—. El alcohol no es nada apropiado para vos, os hace comportaros de forma extraña. Nunca imaginé escucharos hablar de ese modo, y menos a una dama.

—¿Ahora escucháis mis conversaciones? —Por fortuna, la dama roja siempre encerraba sus secretos en una barrera impenetrable. No había forma de que los hubieran podido oír.

—Ha sido difícil no hacerlo. —Ghiro rio un poco, pero se detuvo cuando Kishur le lanzó una mirada hosca.

—Es una pena, con lo bonita que es esa humana. Ojalá se conformara conmigo —comentó Eltsay, con las mejillas rojas por el vino.

—Continúa hablando y procuraré que ninguna mujer vuelva a verte atractivo —lo amenazó Borat, a quien el alcohol ponía de mal humor—. De todos modos, quizás

te hiciera un favor, cualquier día te cortarán el cuello por andar con quien no debes.

Al joven no le importó, ya estaba acostumbrado a que Borat lo insultara y amenazase. En otras circunstancias, se habría preocupado, pero no sentado en aquella taberna y tras haber bebido tanto vino. Así que siguió sonriendo. Pero entonces, su mirada se cruzó con la de su señor.

—Borra esa sonrisa o lo haré yo —le dijo Kishur.

Eso ya era otra cosa. Si su señor lo decía, era un asunto serio. Su rostro palideció.

—A veces es mejor no escuchar ciertas cosas —comentó Alhanna.

—¡Es verdad! —Ghiro dio un aplauso y al sonreír se le estiró la cicatriz—. Ya casi lo habíamos olvidado, Alhanna tiene un excelente oído.

Tras traer el licor de arroz y un vaso pequeño a cada uno, la camarera se fue tan rápido como pudo. Kishur cogió el suyo y lo llenó sin esperar a que otro lo hiciera.

—Esto es nuevo, ¿os servís vos mismo? —preguntó el anciano, molesto.

—Tengo manos, puedo hacerlo. —El humor de Kishur había empeorado.

Alhanna sonrió; la actitud taciturna de Kishur la divertía. Ghiro se encargó de llenar los otros vasos, aunque solo Borat y Eltsay se atrevieron a probar el licor.

—La posada es acogedora, ha sido una suerte encontrar habitaciones disponibles esta noche —comentó Eltsay mientras miraba el fondo de su vaso vacío—. Las paredes están algo sucias, deberían limpiarlas a fondo. Aunque, bueno, no veo necesario que pierdan el tiempo en eso cuando a mi señor le han ofrecido derribarlas.

Kishur se puso en pie, sin importarle mostrar la ira que sentía. Eltsay se levantó rápidamente tirando la silla hacia atrás y subió a toda prisa las escaleras. Después lanzó su mirada hacia Alhanna, pero la joven se limitó a sonreír y encogerse de hombros.

—¡Será necio! —se carcajeó Ghiro.

—Si dependiera de mí, pagaría la borrachera con latigazos —aseguró Borat.

—Llevamos semanas sin relajarnos, permitir a los jóvenes hacer un poco el tonto no tiene nada de malo. —Ghiro enderezó la espalda y levantó la cabeza hacia Kishur, que seguía de pie—. Sentaos, por favor. Sigamos bebiendo, no sabemos cuándo volveremos a disfrutar de un momento tan distendido como este.

Kishur tomó asiento y bebió el licor. Reposó la espalda en la silla y decidió que lo mejor sería hacer caso al anciano. Suspiró. Vio a Alfar mirar hacia la chimenea, distraído, con una taza de té entre las manos. Supuso que no había escuchado nada y que, de haberlo hecho, no habría captado su significado. Se alegraba de ello. Tottem estaba al lado del joven, fingiendo indiferencia, también bebiendo té.

—De todos modos, no hay nada de malo en derribar paredes —añadió Ghiro.

—En eso te doy la razón. —Borat levantó el vaso por encima de su cabeza.

Los dos comenzaron a reír y Kishur suspiró con resignación. Le esperaba una larga noche soportando las mofas del anciano. Podría ordenarle parar, pero decidió no hacerlo. Deseó que al menos ellos pudieran divertirse, aunque fuera a su costa. Porque el camino que les esperaba en Liampa les borraría cualquier rastro de sonrisa.

Las cuevas de Górgora estaban anegadas, y el suelo ya no era capaz de absorber el agua que cubría hasta medio metro de altura. Shudei avanzaba con cautela; conocía aquella cueva de memoria, podía recorrerla con los ojos cerrados. Había ecos que le erizaban el vello de la nuca, y la oscuridad parecía albergar sombras donde no las había, engañando a los ojos. Caminaba por el agua, metido hasta las rodillas y evitando quedarse atrapado en el fango. Sintió como algo se deslizaba entre sus piernas. Ignoraba qué podía ser, y no tenía ánimos de averiguarlo, así que apremió el paso. La capa que tenía enrollada a la cintura se soltó. «Mierda». Se la desabrochó y la dejó caer.

Recorrió el pasillo de estalactitas y se arrepintió de no haber entrado con una antorcha. El nivel del agua bajaba según él iba ascendiendo; pronto pisó terreno firme. Sus botas y sus pantalones apestaban. Conocía el camino de memoria, había pasado parte de su infancia allí dentro, fingiendo que era una gran casa. Solía esconderse allí con Xara; a ella le gustaba imaginar cómo decoraría cada estancia. «Gira a la derecha, baja la cabeza para no golpearte con la lámpara del salón, no tires la silla, cruza de lado para no manchar la cortina». No pudo evitar sonreír.

Entró en una galería en la que hacía un frío gélido. Había antorchas repartidas por todas partes, iluminándolo todo. En el centro se alzaba una gruesa columna de roca maciza por la que se deslizaban algunas gotas de agua. El suelo estaba cubierto de tierra oscura que brillaba con la tenue luz de las llamas. Ella estaba en el centro, esperándolo; a su lado tenía la caja que había robado. No era importante, lo que contenía podía sustituirse cuantas veces fuera necesario. Era veneno, uno creado por su familia siglos atrás. Pero que lo hubiera robado de sus propios aposentos era una ofensa, mucho más que eso. Xara había cometido un gran error.

—Sabía que vendrías, Shudei.

Tenía voz de niña, aunque no lo fuera. Xara llevaba el cabello corto, y era ondulado y oscuro como el mar. Su cara pequeña, por alguna razón, se asemejaba a la de una dárica, con facciones armoniosas y ojos negros. Vestía ropas de hombre: pantalones negros y chaleco de cuero. Había desenvainado una espada de empuñadura ancha, demasiado para su pequeña mano.

—No debiste hacerlo, Xara —dijo acercándose a ella con cautela—. Has escogido el camino equivocado y lo sabes.

—Es la opción que me dejaste, Shudei.

Junto a una de las paredes había mantas dobladas y jarras de agua. Lo había preparado para quedarse allí unos días. ¿Pensaba morir en aquella cueva?

—Has decorado muy bien la sala de reuniones; quizás es algo agreste, pero resulta acogedor. Yo habría elegido un poco de madera para el techo.

—¡No te rías de mí! —escupió la mujer—. Eso fue hace mucho, cuando era una niña, ¡no te atrevas a burlarte de ese recuerdo!

—Te juro que no lo hago.

Hasta aquel lugar no llegaba el estruendo de la tormenta, aunque podía

escucharse el curso del río subterráneo. Los recuerdos lo invadieron: las risas compartidas, los besos, las caricias parecían un lago desbordándose como los estanques de su preciado jardín. Notó escozor en los ojos. ¿Iba a llorar? No, no podía permitirse ese lujo. Desenvainó su espada, sintió dolor en el pecho y estuvo tentado de arrojar el arma.

—Nunca me amaste —le reprochó ella.

No dijo nada. Claro que la había amado, y mucho. Cuando eran niños, para él solo había existido Xara. Pero ahora Shudei tenía otros objetivos en la vida, otra posición.

—Mi familia siempre ha sido lo más importante para mí, Xara. No pude escogerte en su lugar, como tampoco pude hacerles entrar en razón para que aceptaran nuestro enlace. Así fueron las cosas, y yo ya he afrontado mi decisión. —Levantó la espada a la altura de sus ojos—. Ahora te toca a ti hacerlo.

Corrió hacia ella. Xara cruzó su espada a la altura del pecho y esquivó el ataque de Shudei. Saltó hacia atrás. Shudei llevaba puesta una muñequera de acero que le cubría hasta el codo. Xara atacó y él rechazó el golpe con el antebrazo y encogió el rostro por el dolor. Los pasos y el metal resonaron en la cueva. Bailaron durante un buen rato mientras mantenían la mirada el uno en el otro. No llegaron a rozarse, como si temieran el contacto de sus pieles. Shudei escuchaba la respiración nerviosa de la mujer.

—Hubiese preferido otro final —gruñó Shudei—. Debiste quedarte en Jarla-Neva y no volver, como te advertí. Te di todo lo que necesitabas para ser feliz allí y, puede que algún día yo hubiera podido...

—¿Envejecer a mi lado? ¿Eso ibas a decir? —dijo ella con rabia—. ¡No te creo!

—No importa. Ya no hay vuelta atrás —sentenció él.

Shudei se lanzó hacia ella como un animal furioso. Las espadas chocaron, Xara le asestó una patada en la espinilla que lo desestabilizó y aprovechó el momento para alejarse. Era rápida y ágil, siempre lo había sido. Él mismo se había encargado de entrenarla desde niña, a escondidas de sus padres. Ahora lamentaba haber sido tan buen profesor, iba a tener que esmerarse si quería vencerla. ¿Quería hacerlo? «Ha ingerido el veneno de la caja». Sí, no tenía opción.

La joven se preparó para el inminente ataque. Shudei se abalanzó en su dirección y, antes de llegar, saltó en el aire y arremetió contra ella con todas sus fuerzas. Xara gritó y dejó caer el arma, y se echó hacia atrás mientras se agarraba el brazo derecho, dolorido. Shudei arrojó el arma con rabia. Xara sintió miedo y él lo percibió. Acortó la distancia con rapidez y la golpeó en el estómago. Ella se quedó sin aire y cayó al suelo. Shudei la cogió del cuello y la levantó hasta que sus pequeños pies solo rozaron el suelo con las puntas de los dedos.

—Maldición, Xara —dijo con voz cavernosa—. ¡No debiste hacerlo!

Xara se agarró a su muñeca. Sus manos eran pequeñas y frágiles. El cabello corto y oscuro le caía a ambos lados de la cara enmarcando sus ojos, que se llenaron de

lágrimas. Miró a Shudei con anhelo y tristeza.

—Me castigas del modo más cruel. —Retiró la presión y dejó a la joven en el suelo, sin soltarle el cuello del todo.

—Es lo que mereces. ¡Lo sabes! ¿Qué más me quedaba por hacer?

—Vivir.

—No podía hacerlo, Shudei. —Comenzó a llorar.

Siempre le había agradado escuchar su nombre de los labios de ella. La caja seguía tirada en el suelo, abierta y vacía. Shudei notó como le quemaba el estómago; ya no quedaba veneno, ella lo había tomado.

—A pesar de todo, te amo —dijo él—. Te amo demasiado para dejarte morir así.

Una lágrima escapó de su ojo derecho y la pupila color miel se le enturbió. Le soltó el cuello y le acarició el rostro. La abrazó con fuerza con las manos temblorosas, sintiendo el rostro de la joven sobre su pecho. Despacio, la presión de su abrazo cedió y extrajo una daga que llevaba escondida en la muñequera.

—No me olvides nunca, Shudei.

Se separó un poco de ella y, sin mirarla, la apuñaló en el corazón. Al clavar la daga en su pecho, sintió como su sangre le manchaba la mano. Bajó la mirada hacia ella. Los ojos de la mujer se volvieron vidriosos, sus labios quedaron entreabiertos y su rostro adquirió una expresión indescifrable.

—Dulces sueños, amada mía —susurró Shudei en su oreja, aunque ella ya no podía escucharlo—. Recordaré este momento hasta el día de mi muerte.

Cuando nacieron los Dioses, aportaron luz y calidez al mundo. Llegaron con cuerpos de dragones de tonalidades y tamaños muy diferentes: rojo, negro, plateado y blanco. A cada uno le fue concedido un don. A Lumiatz, el de la bondad; a Shanarás, el de la sabiduría; a Gaelos, conocimiento para descubrir todos los secretos y, a Khaleria, la capacidad de controlar la muerte y el paso del tiempo.

El gran Dragón Negro, cuyo nombre desconocemos, desde el inicio poseyó el don de la creación y la destrucción. Fue el encargado de moldear la nueva vida en Muriath: en primer lugar, creó a los seres inmortales, entre ellos los devoradores de almas y otros dragones inferiores. Los demonios fueron creados al mismo tiempo que los dáricos; serían hermanos de sangre, inmortales los primeros y mortales los segundos. Los dáricos nacieron como seres mortales, pues el Dragón decidió que su belleza debía ser efímera. Para que no nacieran y murieran solos, creó a otras razas, menos longevas incluso, como los eldos, quienes se extinguieron por la propia mano del Dragón tras haber usado un poder ancestral para devorar el mundo; los zarefíes, que quedaron diezmados a causa de las enfermedades que los humanos portaron en su llegada a Muriath, y los kalastys, un pueblo que compartía rasgos de todos los anteriores y que a día de hoy sigue viviendo alejado de los dáricos, temeroso de ellos.

Ningún historiador cuenta cuándo nacimos los humanos. Nos llaman «traspasados», y los dáricos nos provocan insistiendo en que no pertenecemos a Muriath, sino a su hermano gemelo Asthaluss, al que un día deberemos volver. ¿Cómo aceptar lo que afirman los dáricos? Sus historiadores aseguran que existen dioses a los cuales jamás han visto, que los eldos, de cuyo paso por el mundo no queda constancia, realmente vivieron en Muriath, que los demonios son reales... ¿Cuánta verdad y cuánta mentira hay en sus relatos? No debemos creer lo que ellos cuentan.

Los humanos debemos escribir nuestra propia historia.

Razas de Muriath, por Jalius, voz del consejo.

Marial-Pat

Faltaba poco para el amanecer y seguía lloviendo, aunque con menos fuerza. Zaraen caminaba por las calles desiertas, solo y envuelto en su capa para que no pudieran verle el rostro. Algunas casas comenzaban a encender las primeras luces. Pescadores, se dijo. Oía el alboroto proveniente de los muelles cercanos. Llegó hasta una casa medio derruida que se sostenía con maderas apuntaladas. Entró y atravesó el patio. La humedad de las paredes se le alojó en la garganta y no pudo evitar toser. Esperó. Después saltó el muro bajo y aterrizó en el interior de un pequeño jardín. Todo estaba completamente embarrado, así que caminó despacio para que el chapoteo de sus botas no alertara a los vecinos. Una luz se encendió en la casa de atrás. Corrió y entró; todo estaba en penumbra.

—Pensé que ya no vendrías —dijo el anciano.

—He tenido algún inconveniente, Asla. —Su voz sonaba amortiguada por la tela —. Pero he llegado, como prometí.

—Sí, sí, has llegado, eso es indiscutible. —Tomó asiento en una silla—. Perdona que te reciba de este modo, es el maldito reúma y esta puñetera lluvia que no cesa, no sé qué vamos a dejar para el invierno. Esta ciudad se está encharcando como un lodazal. Malos tiempos, muy malos. Pero ¿qué te voy a contar a ti, si todo lo sabes? ¿Me traes algo nuevo?

—Sí, algo.

—Bien, porque tengo la noticia que ansías. —Asla sonrió mostrando una dentadura mellada en la que faltaban dos molares y una paleta—. Todo está dispuesto, las órdenes dadas: será mañana al caer el sol. Las puertas de las Óleas permanecerán abiertas y ahí comenzará todo.

—¿Encontraste al hombre que sabrá mantener las puertas abiertas?

—Por supuesto, y le tengo plena confianza. No me contó los detalles de su plan, acordamos que era mejor que cada uno conociera solo su función y la de nadie más. Pero me aseguró que no fallaría, las puertas no se cerrarán.

—Bien. —Sacó un sobre de un bolsillo de su capa—. Esto es lo que estabas esperando, cuídalo.

—Está bien, me haré cargo de tu testamento, aunque prefiero que sigas con vida el tiempo suficiente para verme morir a mí. Me causas muchas molestias, general.

—Confío en pocas personas, Asla. Mi familia tiene comprados a casi todos los abogados de la ciudad y, a los que no, los harían desaparecer si supieran que tienen mi testamento. No puedo arriesgarme. Si muero, confío en que sabrás hacérselo llegar a la persona adecuada.

—¿Y si me dejo comprar por tu padre?

—A estas alturas no creo que hicieras algo semejante.

Y claro que no lo haría. Zaraen se quedó mirando al anciano; lo conocía desde hacía mucho tiempo, y el hombre jamás lo había decepcionado.

—Recuerdo cuando estuve aquí por primera vez. —Comenzó a hablar Zaraen—. Vine a comunicarte que habías sido expulsado del consejo de ancianos, el propio Galaef me envió. Pensé que me insultarías o que gritarías, pero no hiciste nada de eso: me respondiste con una sonrisa.

—Y se te quedó cara de idiota —rio el hombre.

—Los ancianos me han exigido mucho a lo largo de mi vida, siempre pensé que hacía lo correcto, incluso cuando te destituyeron porque tenías ideas distintas a las del resto de miembros.

—Ideas parecidas a las tuyas. ¿Y cuándo abriste los ojos?

—Un día de verano, cuando descubrí que tenía un hijo.

De eso hacía ya cinco ágaras. Zaraen apretó los dientes y se puso en pie; no era momento para recordar eso. El anciano levantó la cabeza para mirarlo.

—¿Sabes? Todos me preguntan lo mismo con tanta insistencia que empiezo a estar hasta los cojones de ellos: «¿Quién es él? ¿Cuál es el rostro del líder de las revueltas? ¿Por qué confías ciegamente en él? Si tanto le importa el futuro de la ciudad, ¿por qué no da la cara como nosotros?». —El anciano se arrellanó en la silla y lanzó un suspiro.

—Mañana estaré presente, aunque no mostraré mi rostro; de hacerlo, nada de esto serviría. El consejo de ancianos lo achacaría a una simple rabieta o a cualquier cosa que se les ocurriera. —Zaraen se aproximó a la puerta y miró a Asla—. Las protestas están comenzando a surtir efecto, mañana conseguiremos dar un gran paso. Dime, ¿crees con sinceridad que están preparados?

—Claro que lo están. Y tú intenta no fastidiarlo, debes vigilar que no te atrapen.

La ciudad dorada siempre despertaba con la primera luz del sol. Como un enorme mecanismo de cuerda, todas las piezas comenzaban a moverse para poner la urbe en marcha. Desde el río se levantaban las enormes puertas de bronce, que daban paso a las aguas que cruzaban la ciudad y atravesaban las murallas hasta llegar a las montañas. Levantaban también los puentes que unían las dos mitades de Marial-Pat, los cuales solo bajaban dos veces al día para permitir el paso a los carros y a las personas. Zaraen se encogió bajo la capa, la lluvia lo había empapado. Bajó su capucha y desvió la mirada hacia el río. El general tenía una pequeña y fea cicatriz en

el mentón. Estaba en el último escalón de la escalinata de mármol que daba acceso al castillo, desde donde veía algunas de las velas de los barcos mercantes. «Algún día todos se cansarán de pagar la aduana para atravesar la ciudad y veremos qué ocurre entonces». Las nubes tapaban la salida del sol. Entró en palacio, se deshizo de la capa y la tiró al suelo con indiferencia; ya no le serviría de nada. Ignoró a los dos guardias de la entrada cuando lo saludaron.

Zaraen tenía el pelo despeinado, atado en una cola baja, y hacía días que no se afeitaba, algo inusual en él. Pero su armadura estaba impecable y sus ropas limpias. Sus ojos eran verdes, de un color intenso, iguales a los de su hijo.

Caminó hasta alcanzar los patios interiores; eran cuatro, y cada uno conformaba una plaza rodeada de altos arcos. Los árboles frutales y las fuentes daban color y sonido a la vida allí dentro. El complejo era enorme, se dividía en dos mitades: la parte en la que se celebraban ceremonias y reuniones, y la parte donde se encontraban los jardines y viviendas de los empleados del gobierno. Zaraen necesitaba ver a su hijo, y allí se dirigió.

A esas horas no había más que los guardias, era demasiado temprano para que los sirvientes deambularan por el palacio; solo las cocinas estaban a pleno rendimiento, preparando los desayunos. Le resultó sencillo llegar a la pequeña casa que ocupaba su hijo, nadie osó molestarlo en el camino. Cuando estuvo frente a la puerta, se detuvo. Él mismo le había dado esa casa. Tenía muchas otras posesiones, pero esa era especial. Había vivido allí desde su juventud y había sido el lugar donde había conocido y amado a Salay, la madre de su hijo. Eran muchos los recuerdos.

Entró en casa de Quiazz sin llamar. El muy ingenuo tenía la costumbre de no cerrar la puerta con llave. Recorrió el pasillo hasta entrar en la estancia donde dormía. La habitación era amplia y la cama se encontraba en el centro. Zaraen se fijó en una pequeña lata de ungüento para quemaduras que había en la mesita de noche. ¿De eso se trataba? Ignoró las velas encendidas alrededor del lecho y, con movimientos bruscos, tiró de la colcha que cubría la cama. Tomó un cojín rojo del suelo y se lo lanzó a la cara con toda la fuerza que pudo, imprimiendo en el gesto la rabia que sentía en esos momentos.

—¿Qué ocurre? —El joven despertó asustado, y la repentina luz le asaltó los ojos —. ¿General?

—¿Siempre duermes desnudo, o es que te han abandonado en mitad de la noche? —Zaraen volvió a lanzar la colcha sobre el joven—. ¡Levanta y apaga esas malditas velas! ¿A qué cojones huele? ¿A flores? ¡Vamos, levanta!

—A las mujeres les gustan las flores, les despierta el deseo.

Quiazz se cubrió con la bata y caminó contrariado hasta donde su padre lo esperaba. Tenían el mismo cabello, aunque cortado de forma distinta, los mismos rasgos elegantes. Eran como dos gotas de agua solo diferenciadas por la edad. Eso le había abierto muchas puertas a Quiazz, ser hijo del general no era cualquier cosa.

—¿Qué te han dicho los miembros del consejo? —exigió saber Zaraen—. ¿Te han

envenenado contra mí? No esperaba verte allí.

—No, no han hecho tal cosa. —Bostezó y estiró los brazos—. Solo querían conocer mi opinión sobre un asunto, no ha sido nada importante.

—¿Me tomas por estúpido? —Lo agarró del brazo—. Sé perfectamente cuándo mientes, en eso eres idéntico a tu madre; eres tan predecible que asusta.

Le agarró la mano derecha y la abrió. El sello no había cicatrizado, tenía la piel quemada y roja. Zaraen lo soltó y salió al balcón. Dejó que la fina lluvia lo mojara.

—Sigues siendo un necio —le dijo a su hijo—. Pensé que te arreglaría, pero no he sido capaz. Así que te han nombrado la voz del consejo... Muy conveniente, muy listos. ¡Viejos miserables! Y tú, ingenuo, has aceptado. Seguro que has pensado que serás capaz de llevar el cargo, que podrás defenderte cuando sea necesario, incluso que los ancianos respetarán tu voz. ¡Ja! Te consumirán: tomarán de ti todo cuanto necesiten y después te escupirán sin miramientos. Si hay algo que no deseaba para mi hijo era justamente que lo involucraran en política. Pero esos malditos viejos han sabido jugar sus cartas.

Zaraen entró de nuevo en la habitación y le puso la mano en el hombro al joven.

—Debí anticiparme a esto. Ahora he de cambiar las cosas.

—Entiendo tu preocupación, pero deberías confiar en mí. Aunque reconozco que tu animadversión por los ancianos es justificada, yo no he perdido la fe en ellos como tú lo has hecho.

—¿Qué sabrás tú lo que yo he perdido?

—Sé lo que has perdido mejor que nadie, padre.

Zaraen guardó silencio un momento. En muy pocas ocasiones Quiazz lo llamaba de esa forma, siempre usaba su nombre o su cargo de general. Eso lo enfureció, pues solo pretendía adularlo.

—No sabes nada de nuestro mundo, de los miserables que nos rodean. Vives bajo este techo que te fue regalado, ni siquiera conoces los lodazales del río, tampoco la calle de los huérfanos. ¿Has estado alguna vez allí? ¿Has visto la suciedad en las afueras o el hambre que sufre la gente? Muy cómodos están los miembros del consejo en sus sillones de piel, refugiados tras esa mesa de mármol. Solo miran al frente, como tú, y no ven lo que ocurre en la periferia. ¡La gente muere! He luchado toda mi vida por proteger esta ciudad y ahora veo cómo se marchita sin que nadie haga nada por sus ciudadanos. La guerra está cerca, puedo sentirlo, pero parece que es más importante asegurar los impuestos y aumentar el pago de la aduana. Los ancianos están equivocados, y tú lo sabes. Esperan sentados a que los dáricos nos tiendan su mano, pero sabes perfectamente que no podemos esperar nada de ellos.

—Conozco el motivo de tu odio hacia los dáricos, pero no debes permitir que te ciegue. —Levantó la mano para acallar al general y poder proseguir—. ¿Quieres que te diga que estoy de acuerdo contigo? ¿Que coincido en que necesitamos un soberano que nos gobierne a todos? Ya sabes que sí. Pero no me pidas que traicione a los ancianos, porque no lo haré. Y, en cuanto a los dáricos, se encuentran sumidos en sus

propios conflictos. Tienen tanto miedo como nosotros.

—Son unos cobardes que se esconden del mundo que los rodea, como si estuvieran esperando abrir los ojos un día y ver que hemos desaparecido. —Zaraen relajó los hombros, cansado—. Son unos asesinos.

—Culpas a toda una raza del crimen de un solo individuo. No son cobardes, ni tampoco unos asesinos. —Quiazz habló con serenidad, intentando escoger las palabras para no alterar a su padre.

—¡Ingenuo! Puede que no conozca el nombre de ese desgraciado, pero algún día lograré descubrir su identidad y dar con él.

—Sin embargo, yo deseo con todo mi corazón que jamás lo encuentres.

—¡Mató a tu madre! —Se le desencajaron los ojos.

—Y también te matará a ti y, entonces, ¿qué me quedará?

Zaraen guardó silencio.

Por la tarde decidió ir a su despacho, tenía algunos asuntos que arreglar. Ahora que Quiazz era la voz del consejo, no podía continuar demorando su viaje. Tenía poco tiempo para terminar con los preparativos, partiría antes de lo esperado. Cuando llegó al cuartel no se entretuvo en conversar con nadie. Accedió a la torre y subió las tres plantas hasta llegar a la puerta. Se fijó en que habían intentado forzar la cerradura. Sonrió. El consejo debía sospechar que andaba detrás de las revueltas. ¿A quién habrían mandado? Puede que a Gastor, que estaba destinado a ser su sucesor y, aunque Zaraen lo había entrenado bien, los ancianos sabían manejarlo a su antojo. Igual que habían hecho con él en el pasado. Que Quiazz y Gastor fueran amigos era algo insólito y comenzaba a preocuparle. «Ahora el consejo los tiene a los dos: a uno como su voz y al otro pronto como general. Ocupando mi cargo».

Entró y se acomodó en su sillón. Rebuscó por el viejo escritorio, repasó los cuadros de las paredes y colocó los libros llenos de polvo.

—No falta nada —susurró para sí.

Revisó su escritorio; todo parecía en su lugar. En el primer cajón encontró la carta, y el corazón le dio un vuelco. Tenía tantas ágaras que algunas de las letras ya eran prácticamente ilegibles. Pero no importaba, se la sabía de memoria. Las últimas horas había pensado demasiado en el pasado, en la muerte de Salay y en el momento en que conoció a Quiazz. En el segundo cajón guardaba licor de arroz y dos vasitos. Llenó un vaso y bebió, y los recuerdos volvieron a él.

Aquel día hacía un calor tórrido que lo había obligado a quitarse la armadura. Su cabello estaba un poco más corto y llevaba la barba recién afeitada. Desayunaba en su despacho: huevos fritos y una taza de té. La puerta se abrió y uno de sus guardias personales entró con cierta urgencia, con el rostro mudado por la impresión. Zaraen estuvo tentado de ponerse en pie, pensando que algún ejército atacaba la ciudad.

—Mi señor, un chico insiste en verlo, asegura tener algo urgente que entregarle —

le había dicho sin quitarse el casco siquiera.

—¿Y por eso traes esa cara?

—He creído oportuno darle audiencia —dijo con voz aguda.

—¿Quién eres tú para tomar esas decisiones? Dile que se largue. Hoy no es un buen día para recibir a nadie, no es un buen día para nada. Hace demasiado calor y tengo una montaña de informes que revisar. No tengo tiempo para estupideces.

—General, deberíais verlo —insistió.

Al final aceptó. Para que el soldado mostrara aquella expresión, debía ser algo importante. Cuando el chico entró, le faltó poco para caerse del sillón. La taza de té se le escurrió de las manos y se derramó por el escritorio. Era joven, de no más de dieciocho ágaras, con un rostro arrogante y fino. Tenía el cabello oscuro y unos ojos de color verde intenso, plagados de espesas pestañas. Iba sin afeitar y con el espeso pelo desaliñado. Era evidente que acababa de llegar a la ciudad después de un largo camino. Con renuencia, aceptó que se sentara al otro lado del escritorio. ¿Quién más lo habría visto llegar? Los rumores correrían como el viento.

—Os traigo una carta de mi padre —le dijo al sentarse—, me pidió que os la entregara en persona y que aguardase hasta que la hubierais leído.

El joven lo contemplaba consternado, casi con miedo.

—Dámela. —Era muy larga, y reconoció la letra al instante—. Tómala y léela por mí, viendo esa letra solo siento ganas de escupirle al papel. Y dime tu maldito nombre, ¿nadie te enseñó formalismos?

—Quiazz, señor.

El joven titubeó. Le temblaron las manos al coger de nuevo el papel. Estaba tan sorprendido como Zaraen y era evidente que estaba debatiendo consigo mismo, quizás pensando en salir de allí corriendo.

—¡Vamos! Que no tengo todo el día —lo apremió el general—. Si no, ponte en pie y lárgate ahora mismo.

La leyó sin detenerse y sin modular el tono de su voz. La carta decía muchas cosas, algunas horribles y otras hermosas; el moribundo hablaba de la enorme amistad que lo había unido al general, del odio y la envidia que los había separado. Hablaba de ella, del gran amor de Zaraen, de una mujer que había sido capaz de cautivarlos a ambos: Salay. Era una carta triste, llena de rencor y confesiones.

—Así que ese miserable se muere —lo había interrumpido el general—. El desgraciado se muere y ahora su conciencia te trae aquí con esta carta. ¡Y Salay está muerta!

Había acabado gritando, empujando el sillón con fuerza y estrellando el plato con el desayuno contra la pared. «Muerta», se repetía, «todo este tiempo, mientras la esperaba, ha estado muerta». Sentía las lágrimas aflorar, le quemaba la garganta y le dolía el pecho como si una daga lo hubiese atravesado. «Ojalá tuviera un cuchillo con el que darme muerte, solo eso me reconfortaría». Miró a Quiazz, que temblaba en la silla.

—Así que ese malnacido mantuvo a tu madre escondida y te robó cuando naciste. ¿Cómo ignoré algo así todo este tiempo?

—No —dijo Quiazz—. Él me salvó y me protegió. Es lo que dice la carta.

—Al parecer mi hijo es un imbécil. Pero no importa, pronto se te pasará la estupidez. Por tu expresión, entiendo que no sabías que yo soy tu padre e ignorabas el contenido de esa carta. ¿Eso te parece justo? —Dio un golpe en la mesa—. ¡Qué más me da que el cabrón se esté muriendo! Tu madre ya no está, y eso es lo único que podría importarme. Lárgate, déjame a solas y aguarda a que te haga llamar.

Cuando el joven hubo desaparecido tras la puerta, Zaraen se derrumbó contra la mesa y lloró como un niño.

Cinco ágaras lo separaban de aquel momento. Miró de nuevo el papel arrugado y lo guardó. Bebió el segundo vaso de licor de arroz y sintió un calor familiar en el estómago. Le había dado la casa a Quiazz y le procuraba dinero suficiente para mantenerse; era su hijo. Se enfurecía cada vez que recordaba el tiempo perdido, la forma en la que Salay había desaparecido. Siempre creyó que se había marchado con su amante, con aquel hombre cuyo nombre no volvería a pronunciar. Jamás habría imaginado que ella pudiera estar embarazada.

—Me habría casado con ella, habría renunciado a mi cargo como general... —susurró, absorto en el líquido blanco de la botella—. Pero la asesinaron.

La carta hablaba de cómo Salay se había refugiado en casa de su familia para ocultar el embarazo y de la noche del nacimiento de Quiazz, en la que un dárico atacó el hogar y acabó con todos sus ocupantes. Solo dejó vivir al recién nacido y a la vieja matrona que había asistido el parto.

La anciana debería haberle llevado el niño a él. ¿Por qué no lo hizo? ¿Temía que rechazara a su propio hijo? Cogió el vaso y lo lanzó contra la pared. Apoyó la cabeza en las manos, intentando calmarse.

Ahora todo eso formaba parte del pasado, y no quedaba nadie con vida a quien preguntar. Y por mucho que lo deseara, era consciente de que jamás encontraría al dárico. Debía pensar en el futuro de Quiazz, era lo mejor que podía hacer. Por Salay.

Górgora

En el pueblo, el tiempo había mejorado y les concedió tregua suficiente para limpiar y enumerar los daños ocasionados, que eran muchos. La gente intentaba quitar el barro de las calles y deshacerse de los árboles caídos. Trabajaban contra reloj para apuntalar los tejados rotos y reparar las ventanas. Kishur paseaba por Górgora con el rostro oculto bajo la capucha, pero su altura lo delataba.

—¿Necesitas descansar? —le habló una mujer desde la ventana de su casa—. Aquí puedes hacerlo, viajero.

—O mejor aquí, soy mucho más cariñosa —lo llamó otra.

Había más mujeres asomadas a cada ventana de la casa; algunas se escondían detrás de las cortinas, pero la silueta de sus cuerpos se intuía a la perfección tras ellas. La puerta se abrió y salió un hombre, que agachó la cabeza al toparse con él. Kishur prosiguió su camino, y la mujer le siguió hablando en la distancia. Otras se le sumaron entre risas y gritos. No se entretuvo demasiado, solo quería dar una vuelta. Regresó a la posada, donde los demás lo estaban esperando, comiendo tocino y bebiendo vino. No los saludó. Subió las escaleras y llamó a la puerta de Alhanna. «¡Un momento!», escuchó desde el otro lado, antes de que la puerta se abriera.

—Kishur. —La joven estaba vestida con un fino camisón de seda y una bata que le llegaba hasta las rodillas.

—Lamento molestarte, pero me gustaría hablar contigo a solas.

—Claro.

Ella fue hasta la mesita y bebió el agua que había echado en el vaso. Arrugó el entrecejo y miró hacia la puerta. Kishur seguía parado bajo el marco de madera.

—¿Pasas? —preguntó extrañada.

—Ahora sí.

—¿Has venido a decirme que nos marchamos? —Se sentó en la cama.

—No, esta noche también dormiremos aquí —Kishur cerró la puerta y caminó hasta la ventana—. Debemos aplazar la marcha otro día.

—Me encuentro bien.

—Alhanna, anoche perdiste el conocimiento, te desmayaste subiendo las escaleras. Te hemos sometido a un gran esfuerzo y es necesario que descanses. De todos modos, el camino hacia el pueblo de Shavara está impracticable. Demos tiempo

a que la tormenta cese y nos permita viajar. Necesitamos cruzar Shavara para acortar el viaje.

La joven se encogió de hombros, estiró los brazos y bostezó. Kishur rio y se dejó caer contra el cristal húmedo de la ventana.

—Hay algo que no te pregunté y que me ha estado rondando la cabeza.

—Pregunta —dijo Alhanna.

—La voz... Fuiste capaz de oírla. La noche en la que nos tendieron la emboscada en el bosque. ¿Cómo?

—¿De verdad esperas una respuesta? ¡No lo sé! ¡No sé nada! —Se tumbó en la cama, frustrada—. La escuché, oí lo que te dijo. Pero no sé por qué.

—¿Y el olor? ¿El jazmín?

Ella asintió mientras se incorporaba. Después comenzó a caminar por la pequeña habitación tratando de ocultar su nerviosismo.

—¿Recuerdas que os hablé sobre un libro que mi madre había escrito antes de morir? —Esperó a que Kishur afirmara con la cabeza—. Pues en él escribía sueños que tenía, cosas que veía y que ella creía que eran reales. Eran historias extrañas, inverosímiles... Aunque ahora ya no lo son tanto. Siempre pensé que la enfermedad le hacía tener esas pesadillas. No sé cómo fue capaz de conocer este mundo si ella pertenecía a Asthaluss. Al principio, cuando vi las dos lunas en el lago me dije a mí misma que solo era casualidad, que la descripción que mi madre hacía en su libro del cielo nocturno que veía en sus sueños era mera casualidad.

—¿Dices que esos sueños coinciden con este mundo? —preguntó Kishur alzando una ceja—. ¿Cómo es posible? Aunque reconozco la verdad en tus palabras, me cuesta creerlo.

—La voz pertenece a una mujer. Lo impregna todo con su perfume de jazmín, que permanece incluso mucho después de que se haya marchado, como si dejara una huella en ti. Y sabes que se acerca, porque mueve el aire a tu alrededor y lo caldea. —Kishur se incorporó, le dio igual mostrar su asombro—. Tiene la piel tostada y el cabello rojizo.

—La has descrito con total exactitud. ¿Sabes su nombre?

—No.

—Entonces es mejor que sigas sin conocerlo. —El dárico se pasó la mano por el cabello de nuevo y suspiró—. Háblame de esos sueños, te lo ruego.

—En el primero, mi madre cuenta que está sentada en una cima con el bosque bajo sus pies, a mucha altura. Habla de las lunas y describe su entorno. Y entonces el aire cálido la envuelve y puede oler el jazmín. Cuenta que se siente satisfecha sin saber la razón. La mujer, o quien sea ese ser, la abraza por detrás y le susurra al oído: «Él ya sabe lo que has hecho. Te está buscando».

Quedaron en silencio. Kishur estaba sumido en sus pensamientos, intentando dar sentido a cuanto acababa de oír e intentando no decirse que aquello no era posible. Porque, ¿qué sabía él? Quizás la mujer que lo atormentaba fuera capaz de cruzar los

puentes entre ambos mundos. «No», se convenció, «eso no está a su alcance».

Oyeron gritos y golpes provenientes de la calle. Kishur se asomó por la ventana y maldijo en un murmullo.

—Voy a salir, procura seguir descansando —le dijo Kishur, apartándose de la ventana para ir hacia la puerta.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Alhanna recogiendo las ropas dobladas sobre la mesa.

—Hay una trifulca entre dos grupos de humanos.

Se pasaban la vida peleando entre ellos; jamás lograría entenderlos. Antes de abrir la puerta para marcharse, se detuvo a mirar-
la. Alhanna se quitó la bata para vestirse. Su camisón de tirantes dejaba parte de su tatuaje al descubierto.

—Es hermoso, y es una verdadera pena que no seamos capaces de conocer su significado. Desearía verlo completo algún día. —Se aclaró la voz y abrió la puerta—. Te dejo descansar. Y no te molestes en vestirte, no vas a salir de la posada. Lo que ocurre fuera no es una simple pelea, así que te ruego que te quedes aquí.

Se marchó. Decidió que debía ordenar sus ideas, cada vez más irracionales.

No llegó lejos. Ghiro lo interrumpió al final del pasillo; venía acompañado de un humano ataviado con una capa azul brillante. Tenía la tez morena y los ojos grandes y pardos. Era alto y delgado, ancho de espalda. Vestía ropas caras, hechas de piel y algodón.

—¿Quién es? —preguntó Kishur al anciano, sin mirar al hombre.

—Lo desconozco, solo sé que tiene algo que entregaros.

Lo miró de arriba abajo antes de hablar. El humano sonreía enseñando los dientes; se le veía demasiado contento.

—Vengo a traeros un obsequio —dijo con voz chillona—. Soy Riaku, segundo miembro de la familia Hal, y estoy aquí en honor a mi posición y nombrado por el líder de la familia. Me envía para daros esto.

Sacó una placa de madera que ocultaba bajo la capa. Era rectangular y ocupaba el espacio justo de su mano; tenía un relieve con un halcón azul y un fondo con un sol blanco de seis rayos.

—¿Qué es? —Kishur entrecerró los ojos.

—Un pase, otorgado por la familia Hal, para acceder a cualquiera de los pueblos que hay hasta la llanura de Liampa; podréis alojaros y comer donde gustéis. Mi familia correrá con todos los gastos. Tan solo debéis presentar el pase.

—¿Te ríes de mí?

—No me atrevería. —Levantó las manos—. Los dáricos tienen cierta fama, pero la vuestra os precede especialmente.

—Listos nos han salido, estos Hal. —Ghiro rio, tirándose de la barba.

—Mi familia os respeta —continuó Riaku—. Pero de aquí a Liampa hallaréis pueblos que han sufrido saqueos y asesinatos y a los que este maldito tiempo ha

golpeado con dureza destruyendo sus cosechas. No recibiréis hospitalidad, puedo asegurarlo. Cuanto más cerca de las montañas estéis, más creencia en el Jakar vais a encontrar.

—Imagino, imagino. ¿Y somos los dáricos los que enviamos a su demonio a causar sus males? Si enviáramos uno de verdad, entonces sí que nos temeríais.

—Ghiro, no es el momento —lo cortó Kishur, ocultando una sonrisa.

—Con este pase os aseguraréis de que las puertas estén abiertas para vosotros.

Kishur lo miró de arriba abajo: había algo en él que le desagradaba. ¿Su sonrisa? Era algo más, su visión lo estaba alertando. Tomó la pieza de madera para examinarla.

—No preguntaré cómo tu familia conoce quién soy y cómo sabes a dónde nos dirigimos. —Sus pupilas negras se dilataron y al joven comenzó a sudarle la frente—. En otro momento y en otra compañía, no habrías logrado llegar hasta mí, te habrían cortado la garganta por osar espiarnos.

—Sé sobradamente que así hubiese sido. —Riaku congeló el gesto—. Debo reconocer que me creía más sutil.

—Estabas sentado en la barra, ataviado con ropas sucias y una capa rasgada. —Kishur dio un paso hacia el joven—. Pensé que tan solo eras un curioso, pero ahora veo que había algo más. Nunca había oído nada acerca de tu apellido, con lo que puedo asegurar que no he tenido ninguna relación con tu familia. Sin embargo, tú sí sabes quién soy.

—Sería más acertado decir que conozco lo que sois.

El rostro torvo de Kishur le advirtió que tuviera cautela con sus palabras.

—Quién sois realmente solo lo conozco yo, y no tenéis de qué preocuparos, es algo que no tengo intención de compartir con nadie, ni siquiera con mi hermano mayor. —Le tembló la barbilla al sonreír, ya no mostraba tanta confianza—. En cuanto a mis motivos, son los mismos por los que yo también guardo mi identidad bajo llave. Para demostrároslo, os hablaré de un sueño. Un sueño en el que aparecisteis, aunque no erais del todo vos. Erais de bronce y medíais cuatro metros.

—¿Como una estatua? —preguntó Ghiro muy serio—. ¡Qué disparate!

Riaku se encogió de hombros, restando importancia al asunto.

—Acepto tu pase, sé que no mientes. Pero tu sueño no me interesa, y menos si trata de figuras construidas en metal o piedra —dijo Kishur con aparente indiferencia mientras guardaba el pase en el bolsillo del pantalón—. Deberías saber que nosotros no malgastamos tiempo ni material en esas recreaciones absurdas.

—No he dicho que fuera construida por dáricos. —Riaku extendió la sonrisa.

—Cuídate de jugar conmigo. —Kishur rozó con los dedos la correa de su cintura, en dirección a la espada. La sonrisa de Riaku desapareció de su rostro—. Ahora, responde a mi pregunta: ¿qué queréis a cambio?

—A riesgo de que me matéis, os remito palabra por palabra lo que mi hermano mayor, el líder de la familia, ha dicho: «Tenéis algo que al parecer me pertenece y de lo que debo encargarme. Me veré obligado a arrebatarlo de vuestras manos, os guste o

no. Por ahora, a cambio, os doy un regalo. Aprovechadlo».

Ghiro soltó una sonora carcajada. Alhanna abrió la puerta y se asomó con curiosidad. Kishur sonrió y negó con la cabeza.

—Lo aprovecharemos, sin duda. Lleva esta respuesta a ese hermano tuyo: «Inténtalo, será divertido».

Riaku lanzó un suspiro de alivio. En realidad, no había pensado en lo que podría ocurrir al llevar el pase al dárico; su padre le había rogado que no lo hiciera, pero Shudei se había mostrado intransigente, asegurando que solo él podía hacerlo sin provocar la furia del dárico gris. Ahora pensaba que el dárico era un verdadero enigma. «¿Por qué mi hermano ha puesto sus ojos en ellos?», pensó. «¿Qué estará tramando?».

Los dáricos se habían olvidado de él, ambos vueltos para mirar a la joven que había salido de su estancia en camisón de dormir. Reparó en sus ojos grises.

Observó la espalda de Kishur y su cabello gris. No pudo evitar que el sueño acudiera a su memoria: se recordó como un fantasma caminado entre una multitud de humanos arrodillada en torno a la estatua de bronce.

Aprovechando el desinterés de los dáricos en él, dio media vuelta para marcharse; ahora el corazón le palpitaba con fuerza. Se fue en silencio, escuchando al anciano decir a la chica que volviera a su habitación, que no sucedía nada.

«Claro que sucede algo», se dijo. «El problema es que no podéis verlo como yo».

Los caballos estaban listos, cargados con provisiones y mantas que necesitarían para el viaje. Las sirvientas corrían por la gran casa de un lado a otro, comprobando que no olvidaban nada. Los soldados patrullaban las inmediaciones de la casa y cinco de ellos vigilaban las puertas para evitar cualquier imprevisto. La familia Hal al completo estaba fuera, en el barrizal en el que se había convertido su preciado jardín. Shudei seguía lamentándose por las pérdidas. Su padre lo acompañaba hacia el caballo, con paso lento para poder hablar con él sin ser escuchado por los demás.

—Es un error —dijo mientras se ataba la espada a la cintura—. Solo me hará perder el tiempo, padre. Debo ir solo.

—Shudei, te lo pido como último favor hacia mí. Eres el líder de la familia, nos sentimos tranquilos si tu hermano te acompaña, eres demasiado valioso para viajar solo. Y él ha insistido hasta el cansancio en ir contigo. Si estuviera en mis manos, te obligaría a partir con un numeroso grupo de soldados.

—Lo que he de hacer he de hacerlo solo.

—¿Seguirás ocultando de qué se trata? ¿Incluso a mí? —Su padre había bajado mucho la voz—. Has permanecido diez ágaras sin abandonar Górgora. Todos se preguntan la razón de un viaje tan repentino. Me gustaría saber por qué mujer huyes.

—No es eso lo que hago —respondió con un resoplido.

—En una misma noche aparece, acompañada de los dáricos, esa chica de ojos

grises, a quien tú ya parecías conocer, y matas a otra que había robado la caja con el veneno. ¿Cuál de ellas es el motivo de tu partida? —Se le hinchó la vena del cuello—. Merezco saberlo si he de mentir por ti.

—La chica de ojos grises. Debo ir a Cimeag y encontrar al tío Abel, es el único que puede darme la ayuda que necesito. —Miró a su padre de reojo—. Es mi vida la que me preocupa. Por razones que no compartiré contigo, se que acabaré junto a ella y eso me pondrá en peligro, en uno de tanta envergadura que no seré capaz de afrontar.

Su padre había palidecido. Shudei sonrió.

—Necesito consejo del tío Abel, es el único capaz de ayudarme.

—Quieres que intente soñar contigo, ¿verdad? —Negó con la cabeza, apesadumbrado—. Ya sabes que esas cosas nunca acaban bien, nada bueno sale de un soñador, por muy buenas que sean sus intenciones.

—Él es capaz de controlar su don, igual que Riaku. Necesito la ayuda del tío; Riaku lleva varias semanas inestable, no puedo pedirle algo así. No confío en sus sueños en estos momentos.

—¿Riaku es peligroso? —preguntó el hombre, bajando la voz tanto como pudo.

—No deberías tenerle miedo a tu propio hijo. Riaku y su poder son mi responsabilidad, no permito que nadie se inmiscuya. Espero que lo recuerdes —dijo con dureza, lanzando una mirada llena de inquina a su padre.

—He pasado la vida rodeado de soñadores, comenzando por tu madre, y con ninguno me he sentido a salvo a pesar de quererlos. No me juzgues a estas alturas.

—Está bien. Al final llevarme a Riaku conmigo va a ser lo mejor.

Su padre asintió, no porque estuviera conforme con el viaje, sino porque nada podía hacer para evitarlo. Solo era un anciano, y Shudei tenía el liderazgo.

—Supongo que ya nada me queda por decir, no vas a cambiar de idea y tampoco permitirás que me inmiscuya —dijo el hombre, apesadumbrado—. Vuelve a casa, Shudei.

Se despidieron y Shudei se encargó de entregar los documentos con las órdenes a seguir en su ausencia. Abandonar su labor le había resultado difícil, pero era necesario. Era la primera vez en diez ágaras que dejaba su hogar y, sin poder evitarlo, la nostalgia lo invadió. ¿Volvería alguna vez? ¿Lograría llevar a cabo su cometido y regresar? Al amanecer había visitado la tumba de su madre para despedirse: le había prometido cuidar de Riaku tanto como le fuera posible, aunque tuviera que dar su propia vida. Siempre lo hacía, quizás pensando que así ella descansaría en paz allá donde estuviera.

En la puerta de la casa estaban sus dos hermanos menores con la segunda esposa de su padre; ella agitaba la mano para despedirse y él tuvo que devolverle el gesto. Era una buena mujer. Miró en derredor con renovada confianza. Debía tomar su camino. Llevaba mucho tiempo esperando, desde que aquellos sueños, siendo un adolescente, le mostraron a la joven de ojos grises.

Riaku parecía entusiasmado como un niño por el viaje. Shudei tiró de las riendas y condujo el caballo al otro lado de las puertas de su casa. Escuchó el llanto de algunas doncellas y bufó.

No tardaron en salir del pueblo y dejar las murallas atrás. El camino estaba impracticable, tuvieron que tomar un atajo que transcurría por una zona empedrada.

—Hermano, estás loco —dijo Riaku—. Por aquí solo conseguiremos que los animales se rompan una pata o que nos tiren y se nos parta la cabeza.

—Cállate.

—Deberíamos haber esperado unos días para emprender el viaje. —Tiró de las riendas para cabalgar al lado de su hermano—. Aunque creas lo contrario, no logras nada con prisas; hay cosas que se deben meditar y razonar y, después de eso, volver a pensarlas. Pero tú te lanzas a ello sin más, y lo acabarás pagando caro.

—¿Qué sabrás tú sobre cuánto he meditado yo este viaje?

—Explícamelo entonces.

—No es asunto tuyo, ni siquiera deberías acompañarme. Tantas ágaras aguardando y tengo que compartirlo contigo, ¡precisamente contigo!

Shudei lo miró enfadado. Ya no llovía. Tenía la esperanza de que pronto las nubes se alejaran también.

—¡Me encanta! —gritó Riaku de pronto—. Tú y yo viajando solos.

—Odio tus cambios de humor.

—No pongas esa cara. Vamos, hermano, deja de fingir que estás molesto. En el fondo te agrada mi compañía, ¿qué sería de ti sin mí? ¿Sin mis consejos y sueños?

—No estamos de paseo, guarda silencio.

—No me da la gana. Ya sabes que detesto el silencio. ¡Mira cómo está todo! Menuda tormenta, y ni siquiera ha comenzado el invierno. Nunca me haces caso. Debimos esperar para partir, te has precipitado.

—¡Agotas mi paciencia! —Shudei detuvo al caballo—. No has callado desde que salimos, ¿tan difícil te resulta?

—Ya sabes que sí.

Subieron una loma. El suelo estaba firme en aquella parte del bosque; iban saltando sobre piedras y hoyos en el camino. Las montañas se alzaban frente a ellos, en la lejanía, como una pintura al óleo emborronada. Cruzaban el sendero por donde antaño había fluido un río. Las paredes rocosas ascendían a su alrededor, cubiertas por arbustos.

—¿Me contarás cómo recuperaste la caja azul?

—No.

—¿Y quién la robó?

—No.

—¡Oh, vamos! Eres un hermano cruel; si me lo contaras, podría escribir una historia; sería triste y hermosa al mismo tiempo. —Levantó las manos—. Ya sé, ya sé. No sé escribir novelas, pero podría intentarlo. ¡Mira! He traído mi flauta, podría

componer una canción: «El temible Shudei y la ladrona de la caja».

De un saquito sacó una flauta de color violeta, fina y con la boquilla de marfil. Se la pegó a los labios y colocó los dedos para hacerla sonar.

—¡De eso nada! —Shudei le tiró un trozo de pan—. ¡Ni se te ocurra tocar esa mierda delante de mí! Guárdala o te juro que te la meto por el culo.

—Pues quién sabe. —Se dio unos golpecitos con el objeto en la sien—. Quizás me gustaría, nunca lo he probado.

—¡Serás imbécil!

El joven suspiró resignado. Detestaba cuando Shudei se cerraba de aquella forma. Sus hombros cargaban con demasiado, o eso pensaba él. De niño siempre había estado a su lado, incluso después de que su madre muriera, incluso después de que los sueños comenzaran y la gente a su alrededor se asustara con solo tenerlo cerca.

—Dime, Shudei —bajó mucho el tono agudo de su voz—. Has dicho que no es asunto mío, pero me gustaría comprender por qué viajas. Me has dicho que debes ir a Cimeag a buscar a nuestro tío, que necesitas su ayuda. ¿Acaso la mía no te basta?

—Riaku... —Lo miró un instante, ¿cuánto debía contarle?—. Últimamente sueñas mucho con seres a los que no has visto nunca y lugares que no conoces. Para un soñador, eso es imposible. Solo deberías soñar con aquello que está en tu mente y nada más. Soñaste con una estatua en bronce del dárico gris semanas antes de que llegara a Górgora. —Miró a su hermano directamente a los ojos—. No podías conocer su rostro, Riaku, nunca antes lo habías visto.

—No voy a mentir. Fue toda una sorpresa cuando lo vi en la posada. Reconocer el rostro con el que había soñado me heló la sangre.

Shudei suspiró largamente.

—Esa es la razón por la que no puedes ayudarme. Ya que vamos a Cimeag, quizás el tío Abel sepa qué te ocurre, es quien más sabe sobre tu don.

—Perderás el tiempo, y él lo perderá intentándolo.

—¡Debo hacerlo! —Se le hinchó la vena del cuello—. Supongo que no vas a dejarme en paz hasta hacerme hablar. No eres el primer soñador que ve personas o lugares que no conoce, hubo alguien antes de ti. Y sus sueños me afectaron de forma directa. Ese es el motivo de mi partida. Necesito que Abel me ayude, quiero que deshaga algo con sus sueños. He intentado evitarlo, pero algo me empuja a hacer este viaje. Supe que me vería obligado a emprenderlo hace mucho tiempo, cuando tú solo eras un niño.

—Hablas del poder de un sueño.

—Así es. Aparecí en uno hace muchas ágaras. Me vieron en mitad de un bosque, acompañado de la chica de ojos grises que viaja con los dáricos. Ignoro qué me conducirá a ese momento, pero sé con certeza que estaré en peligro por culpa de ella. Deberé protegerla a costa de mi propia vida. —Miró a Riaku, que había palidecido de pronto y tenía los ojos muy abiertos—. No me preguntes por el sueño, no voy a responderte. Durante mucho tiempo me dije que lo impediría, que ordenaría que me

encerraran en un calabozo. Pero el poder del sueño me empujará a hacer lo que sea con tal de llevarme al lugar y al momento indicados. Haga lo que haga, al final estaré a su lado.

—Y quieres que nuestro tío sueñe para ti, que lo impida. —Negó con la cabeza—. No sabes lo que dices. Un sueño no puede deshacerse con otro.

—Claro que sí. Hay cosas que desconoces, Riaku.

—¿Quién soñó contigo? Para que te afecte de ese modo, debe de ser alguien muy poderoso, y solo se me ocurre el tío Abel. ¿O fue madre antes de morir?

Riaku se quedó ensimismado y no preguntó nada más. «Cosa extraña», pensó Shudei. Por un momento, deseó maldecir su suerte; había crecido rodeado de soñadores, comenzando por su madre, su tío y finalizando con Riaku. Apretó los dientes con fuerza y resistió la tentación de gritar. La simpleza de Riaku lo sorprendió cuando comenzó a tocar la flauta como si esa conversación ya no importara.

—No sé por qué me preocupo.

—¿Qué he hecho ahora? —preguntó el joven, desconcertado.

Algo se movió entre los arbustos y zarzas; Shudei lo ignoró, pero vio el reflejo de un metal de reojo. Le pareció vislumbrar a dos hombres. Iban a pie, así que dejarlos atrás sería sencillo. Apremió al caballo para que aumentase el ritmo y su hermano lo imitó. No llegaron lejos, pues un grueso tronco les obstaculizaba el paso. Shudei hizo girar su montura buscando otra salida. No podía internarse en el bosque, estaba impracticable a causa de la tormenta. Gruñó de rabia. Examinó el tronco y se dio cuenta de que el árbol no había caído a causa del viento: lo habían talado. Escuchó un silbido y, al alzar la vista, vio dos sombras moviéndose entre las ramas de los árboles. Cegado por el sol, desenvainó la espada y sujetó las riendas con una sola mano.

—Puede que tenga suerte y te maten antes de abandonar este lugar —dijo sonriendo a Riaku—. Así podría disfrutar del silencio.

—No seré yo el único que muera en este viaje.

Se puso repentinamente serio, guardó la flauta y fijó la vista al frente. Extrajo un puñal de su cintura, la única arma que llevaba. Shudei quedó tan consternado que se olvidó de los salteadores. De pronto, uno de ellos se lanzó desde el árbol más cercano y lo derribó del caballo. Rodó por el suelo para alejarse y se puso en pie, con la espada en la mano. Al mirar al hombre que lo había atacado, vio que tenía clavado un puñal a la altura del corazón. El salteador se tambaleó hasta caer al suelo, inerte. Riaku lo había lanzado desde su caballo. «¿Qué ha hecho? Mi hermano jamás ha matado a nadie».

—¿Riaku? —El remordimiento nació en su interior. Siempre había procurado mantener las manos de su hermano limpias de muerte.

—Morirás, Shudei. Lo soñé hace dos semanas; es la razón por la que insistí en acompañarte —dijo con la voz apagada—. Una flecha te atravesará el pulmón y te ahogarás en tu propia sangre. En el momento de tu muerte, la joven de ojos grises estará contigo. Ella llorará tu muerte, aunque lo hará en otro momento, cuando

recuerde que le importaste.

Riaku no volvió a hablar.

Shavara

El pueblo se encontraba en mitad del bosque, dividido por el río Vara, poco caudaloso y de aguas pantanosas. La parte alta de Shavara la formaban casas de planta baja con altos techos de tejas negras. Habían sido construidas en las lomas del terreno para protegerlas cuando el río quedaba desbordado por las lluvias, como era el caso en esos momentos. Allí vivían las familias que tenían tierras de cultivo o animales de granja, todo aquel con más dinero que el necesario para comer. Abajo, las chozas se apiñaban con los caserones viejos con techos de adobe. La plaza estaba situada en un promontorio en el que se alzaba una torre vieja y desgastada que podía verse desde las afueras del pueblo.

El río se había desbordado, y pocas viviendas habían podido librarse de la inundación. Uno de los puentes de piedra que cruzaban el río y unían las dos mitades de Shavara se había derrumbado como si fuera de arena. Los pocos interesados en limpiar y recuperar las calles, ahora cubiertas por un grueso manto de lodo, trataban de retirar el hielo y el barro acumulados.

La cola para entrar en el pueblo llevaba parada demasiado tiempo, y no había indicios de que fuera a avanzar. Muchos hombres permanecían sentados sobre sus cargas, aburridos de tan larga espera. Culpaban a los comerciantes que habían acudido para resguardarse de la tormenta. Los guardias se empeñaban en que los visitantes rellenaran los formularios con sus datos y comunicaran el motivo de su estancia. El pueblo había sido sometido a incontables robos en las últimas ágaras e imperaba en él una gran desconfianza de los extraños.

La gente volvió a cargar con insultos hacia los guardias. El ambiente estaba ya muy caldeado cuando los dáricos aparecieron. Todos guardaron silencio. Los guardias abandonaron su labor y se reunieron en la entrada. Muchos de los hombres envidiaron su calzado y sus ropas, muy especialmente sus capas, entre cuyos pliegues se revelaban las espadas a cada paso que daban. Alfar tiraba de las riendas del único caballo que los acompañaba. No pasó desapercibida la presencia de Alhanna. Nadie osó quejarse cuando los guardias se apresuraron a dejar entrar a los dáricos sin requerir documento alguno. Pero el ya latente odio hacia su raza afloró entre los humanos.

Los dáricos dejaron las puertas atrás. El pueblo estaba rodeado por una muralla circular, algo baja para poder servir de defensa. En el centro se encontraba un recinto religioso. Pasaron cerca sin mirarlo; las creencias de los humanos no eran las suyas. El edificio era alto, con una torre redonda y escaleras de mármol. Sin duda, se trataba de la construcción más lujosa del lugar. Kishur fue el único que prestó atención, le intrigaba a qué dios rezarían.

—¿Vamos por el camino correcto? —preguntó Borat mirando a todos lados.

—Según las breves indicaciones del guardia, sí. —Ghiro frunció el ceño—. Espero llegar pronto, no me agrada el ambiente que se respira por aquí.

—No eres el único —murmuró Borat.

En Shavara también estaban arreglando tejados. El suelo empedrado estaba cubierto de paja, hojarasca y lodo. Olía a mierda. Había mucha gente en las calles, algunos tratando de hacer avanzar carros que quedaban atascados y otros porteando pesados sacos sobre la espalda. Las mujeres, con las faldas remangadas y las piernas cubiertas de barro, estaban afanadas en retirar la porquería de sus casas. Todos mostraban expresiones hoscas, y eran muy pocos los que tenían la valentía de quedarse observando al grupo de dáricos. Alfar había optado por dejarse la capucha puesta. Tiraba del animal y procuraba conducirlo de forma tranquila. No le agradaban los gestos iracundos de la gente del pueblo, percibía de ellos más de lo que deseaba. Hasta el caballo relinchaba incómodo.

—Ádria, aleja la mano de tu espada —le aconsejó Borat con renuencia—. No hagas ninguna tontería. No somos bienvenidos en este lugar.

—Lo noto.

El complejo de la familia Hal se encontraba al otro lado del río Vara, en una zona más elevada que se salvaba de las inundaciones sin desprenderse de las vistas al río. Era una casa grande, de tres plantas, con balcones acristalados. Salía humo de las chimeneas y había dos mujeres limpiando lo que había quedado del jardín. Ghiro enseñó el pase y las dos entraron a toda prisa, dejando las herramientas tiradas de cualquier manera.

—No lo puedo creer —se lamentó Alhanna, derrumbándose en el suelo—. Tengo ampollas en los pies, me duele todo el cuerpo, ¡y vuelvo a estar cubierta de mierda! Llevamos días andando sin detenernos, durmiendo en los rincones más incómodos. Ya casi no me queda suela en las botas. ¿Era necesario dejar los vargums en Górgora?

—Lo era —respondió cortante Kishur—. Estoy cansado de oír tus quejas.

—¡Y a mí me jode tener que andar!

—Alhanna, me diste tu palabra de que intentarías mejorar tu lenguaje, te ruego que la cumplas. Las ampollas sanarán y te buscaremos unos zapatos más apropiados. Y recuerda que tenemos un oído muy fino, tu volumen de voz es una tortura para mis tímpanos. —La miró con severidad y apretó los dientes.

—Pide disculpas a tus tímpanos de mi parte. —La joven se puso en pie.

Kishur le mantuvo la mirada y optó por dejarlo pasar.

Las mujeres salieron y los alentaron a entrar. El recibimiento fue mejor que el esperado: un elenco de sirvientes los atendió con sonrisas forzadas. Iban ataviados con ropas negras y delantales blancos recién lavados. Las mujeres llevaban el cabello recogido en un moño bajo, y los hombres iban peinados con el cabello hacia atrás y sujeto por lazos azules. Los dáricos se dejaron guiar hacia las habitaciones y los baños.

Kishur fue el primero en darse un buen baño con espuma y velas aromáticas que habían colocado alrededor de la bañera cuadrada. Le habían dado una bata de seda mientras lavaban y secaban sus ropas.

Entró en su habitación sin prestar atención al ostentoso mobiliario. Las lámparas eran de cristal fino y las cortinas estaban confeccionadas a base de una delicada costura de bordados dorados y plata. Había cuadros con anchos marcos de madera y pinturas de escenas de caza que parecían ser siempre la misma. Era una estancia amplia, con un doble balcón desde el que podía ver el río. Se dejó caer en la cama sin molestarse en quitar la docena de cojines blancos, no le importó que el cabello mojara la colcha de hilo. «Podría dormir una semana completa si los dioses me lo permitieran». Su pensamiento quedó frustrado por una retahíla de sonoros golpes en la puerta.

—Mi señor. —Borat, tan sucio como hacía un rato, entró sin invitación. Llevaba la espada atada a la cintura.

—Me gustaría descansar mientras espero a que me devuelvan la ropa —se quejó Kishur, tomando asiento en la cama—. Aseguraron que la remendarían también, así que supongo que tardarán. Lo mejor es que te marches, podemos hablar por la mañana.

—Os veo muy limpio. —Cerró la puerta de una patada, ignorando la petición de Kishur—. Casi parecéis un príncipe. ¡Qué digo! Casi parecéis un rey.

Kishur lo miró con inquina, lo que hizo acrecentar la sonrisa de Borat.

—Esa bata de seda carmesí os favorece, resalta vuestros ojos.

—Deja de burlarte, estaba disfrutando de un instante de tranquilidad.

—Estamos en Shavara. Muy lejos de Alviat. —Comenzó a caminar por la estancia, dejando huellas de barro en el suelo de mármol—. Mis cálculos me dicen que a un mes y medio de viaje. Sería posible dar media vuelta mañana, pero diréis que no. Volveréis a insistir en que tenéis el deber de cuidar de la humana y que no permitiréis que ponga los pies en nuestra ciudad, esté o no bajo vuestra custodia. Y me parece bien. Insistiría en la necesidad de arrojarla por un barranco o dejarla aquí con los suyos. Vos, por supuesto, me diréis que ella os pertenece y no vais a abandonarla.

Dejó de deambular y miró a Kishur con intensidad.

—Os he seguido todo este tiempo ciegamente, sin dudar de vuestras decisiones. Porque es mi deber —continuó Borat, con voz recia—. Debíamos volver a Alviat, tomasteis la decisión de regresar a casa y, en mi mente, casi podía oler el aroma de mi

hogar. Pero apareció la humana y, en estos momentos, vamos en dirección contraria. Mucho he estado pensando en esta conversación y sé que la esperabais.

—Cierto. —Se puso en pie y se ató la bata con un lazo—. Pero no me imaginaba que estaría casi desnudo. No me malinterpretes, pero hay conversaciones que se deben mantener con la espada cerca.

—Os interpreto a la perfección.

—Entonces dilo sin rodeos.

—Sabéis todo de mí, casi mejor que mi propia esposa. Conocéis mis intenciones. Os seguiría al fin del mundo, pero me debo a nuestro pueblo. —Acortó la distancia con Kishur, desafiante—. Entiendo que os hayáis hecho cargo de Alhanna, de verdad que lo entiendo, pocos os comprenderán tan bien como yo. Pero no es asunto mío. Esta es mi última parada, no iré más lejos de aquí. En cuanto partáis mañana hacia Liampa, yo lo haré hacia Alviat.

—Esperaba oír algo más.

—He decidido limitar mis palabas.

—Alviat tendrá que esperar para mí.

—¿Por qué? ¿Acaso no habéis sacrificado ya suficiente? Deshaceos de la humana y regresad conmigo.

—No lo haré, Borat.

—Me prometí a mí mismo no intentar disuadiros, conozco bien lo tozudo que sois y lo poco que os importa qué pueda decir yo. —Torció el gesto; estaba frustrado y quería que su señor lo viera—. No me hagáis decirlo.

—Hazlo, eres el único a quien se lo permitiría.

—Escapáis de Alviat.

Kishur sonrió. Sabía que Borat se estaba conteniendo: aparentaba firmeza, pero estaba al límite de su resolución. Unas palabras suyas habrían bastado para convencer a Borat de quedarse a su lado.

—Eres el general, te debes al pueblo y no a mí. Mañana, pues, partirás de regreso.

—Cuando llegue, sabéis que deberé retiraros mi apoyo. Se os ordenó volver a Alviat, y estáis incumpliendo el acuerdo que firmasteis.

—¿Has concluido o te queda algo que añadir?

—He terminado.

Se miraron fijamente, retándose. Kishur recordó que iba ataviado solo con aquella espantosa bata de seda. Le habría gustado tener su espada atada a la cintura, habría estado más cómodo. No había más que decir: Borat iba a regresar.

De pronto, escucharon un fuerte golpe proveniente del exterior y el griterío de una turba de personas. Por los cristales del balcón se reflejaron las luces de varias antorchas. En la casa también hubo movimiento: algo se rompió y cayó rodando por las escaleras. Los sacudió el estruendo de madera saltando en miles de astillas.

—¿Nos atacan? —preguntó Borat, sorprendido.

Kishur tomó la espada que había dejado en una silla y abandonaron la estancia a

la carrera. Bajaron las escaleras hasta la segunda planta, donde vieron a cuatro sirvientes acurrucados al fondo del pasillo. Estaban aterrados y tenían a un hombre tirado en el suelo que sangraba por el hombro. Abajo se conjuraba el ruido de espadas, gritos y golpes. Una piedra rompió un ventanal y cayó rodando hasta los pies de Kishur. Después llegaron otras.

—¡Al suelo! —gritó Borat a los sirvientes—. Pegaos a la pared y no os mováis.

—¿No podían dejarme descansar? —Kishur se agachó para esquivar una piedra.

—¿El pase era una trampa? —Borat se había puesto frente a Kishur, de cara a los balcones, en posición de defensa—. Supongo que no, les hubiera resultado más sencillo envenenar la comida. —Borat se apretó el guantelete—. Aún estoy en este maldito pueblo con vos, así que, de momento, sigo a vuestras órdenes. ¿Qué disponéis?

—Bajemos.

Kishur cruzó el pasillo y comenzó a bajar las escaleras y, en el primer rellano, se topó con un muchacho de cabello rubio que lanzó su espada hacia él sin pensarlo. El dárico se agachó para esquivar el arma y, al levantarse, lo golpeó con el puño cerrado y el joven cayó rodando por las escaleras derribando en su descenso a otros dos compañeros; la sangre comenzó a brotarle de la nariz y los oídos y no volvió a levantarse. Kishur bajó los escalones restantes de un salto. Recordó que iba descalzo cuando le quemaron las plantas de los pies. Los que estaban luchando en la gran sala lo contemplaron pasmados. Eltsay se carcajeó sin poder contenerse: Kishur todavía llevaba puesta la bata, que le llegaba hasta media espinilla. Tenía el cabello gris humedecido pegado en la cara y en el cuello. Borat lo alcanzó, y ambos atacaron.

Habían derribado la puerta: las dos hojas de madera colgaban de los goznes, y el marco estaba roto. Ghiro y Eltsay custodiaban la entrada, impidiendo que los hombres pasaran, aunque algunos habían logrado entrar antes de la intervención de los dáricos. Kishur contó a quince con un solo vistazo. Alfar protegía a Tottem, que disparaba sus flechas apuntando al exterior. Kishur se alegró de no ver a Alhanna allí abajo.

—¿Qué buscan? —preguntó Borat—. ¿Matarnos por ser dáricos? ¿O simplemente han venido a robar?

—Ambas —afirmó Kishur.

Debió haberlo previsto: el pase de los Hal les había abierto la puerta, pero eso no significaba que fueran bien recibidos. Comprobó que algunos soldados acudían a socorrerlos desde el exterior. Sin embargo, les costaría alcanzar la casa, porque había un gran número de hombres fuera. Kishur dudó que los soldados pudieran con todos.

—¡Salgamos! —le ordenó a Borat.

En la segunda planta, Alhanna salió de su habitación al escuchar el jaleo. Dos hombres que cruzaban el pasillo portando garrotes de madera repararon en ella, así

que corrió deshaciendo sus pasos, seguida por ellos. Vislumbró la daga que había dejado sobre la mesita, pero no tuvo ocasión de llegar hasta ella. Uno de los hombres la aferró del pelo y la empujó contra la cómoda. Alhanna se golpeó la cara y cayó al suelo con las manos en el rostro. La nariz le dolía horrores. Comenzaron a revolver la estancia, buscando. Tiraron sus ropas, abrieron los cajones, el armario... Alhanna temió que robaran su daga y arremetió contra ellos. Saltó sobre la espalda del más alto mientras gritaba histérica; el otro la agarró del camisón y la arrojó al suelo. Recibió una patada en el estómago que la dejó sin aliento. Entonces, alguien más entró en la habitación.

Era Mayara. Llevaba una espada en cada mano y las blandió hacia los dos hombres. Giró sobre sus pies al tiempo que se agachaba para esquivar un garrote y, al erguirse, cortó la garganta de uno de ellos. El otro no tuvo tiempo de arremeter contra la dárica, Mayara lo atravesó a la altura del corazón de forma eficaz, sin siquiera ensuciarse las ropas con su sangre. Ayudó a ponerse en pie a Alhanna, que estaba temblando. Su cabello estaba revuelto y la nariz ya le comenzaba a tomar cierto color morado.

—Quédate aquí y no te muevas. —Mayara se dirigió hacia la puerta—. Escóndete.

—¡No! —Corrió hacia la mesita y alzó la daga—. ¡Ni loca me quedo aquí!

—Como quieras, no seré yo quien te lo impida.

Alhanna pasó junto a los cadáveres para salir por la puerta, justo detrás de Mayara. Miró un momento sus rostros y sonrió. «Tenéis lo que merecéis».

—Vamos a bajar —susurró Mayara pegándose a la pared que conducía a las escaleras—. No te separes de mí y usa ese cuchillo si es necesario.

—¿De verdad puedo?

Sintió cierta euforia cuando vio a Mayara asentir.

Fuera, los soldados se habían refugiado tras el molino, sin atreverse a interceder. Kishur podía verlos. Los humanos intentaban entrar en la casa, obcecados en atacarles. Borat y él se ocuparon de los que lograron llegar hasta la puerta principal, y Eltsay los seguía de cerca. Pero sabía que dentro quedaban algunos hombres. Habían prendido fuego a la leña que se apilaba bajo el cobertizo detrás de la casa; el humo los rodeaba.

Habían matado a diez hombres. Los cadáveres se amontonaban como muñecos de paja a los pies de Kishur, y las antorchas que estos habían blandido momentos antes se reflejaban en la superficie del pantanoso río. Cuatro de ellos atacaron, intentando no acercarse a Kishur, a quien temían a pesar de la ridícula bata que llevaba puesta. No permitió que lo esquivaran; se lanzó hacia el más corpulento, que llevaba un garrote con pinchos de acero en la mano. Su espada estuvo a punto de partir el arma en dos mitades. Escuchó los insultos de los otros humanos, aunque no reparó en su significado. Cuando el hombre contra el que luchaba arremetió contra él,

Kishur logró propinarle una patada para alejarlo. Pero eso no detuvo a su atacante. Kishur aferró la espada con fuerza y antes de que el hombre se acercara, se abalanzó sobre él y, con un rápido movimiento de espada, le cortó la cabeza. Permaneció con la espada alzada unos instantes, sintiendo el pesado silencio.

—¿Queréis acabar todos como él? —gritó hacia la turba que se concentraba cerca del río, ahora retrocediendo—. ¡Marchaos y salvaréis la vida!

Hubo un momento de duda; Kishur sabía que algunos seguían convencidos de su éxito. Quizás pensaran que llevaban oro que robar, o puede que simplemente quisiesen verlos muertos antes que durmiendo apaciblemente mientras toda la aldea se inundaba en lodo. Fuera como fuese, los hombres no se movían. Los soldados abandonaron entonces su escondite, lanzando gritos al aire. Kishur miró a Borat, que pisaba un cadáver con la bota como si quisiera impedirle ponerse en pie.

Escucharon un grito y alzaron la cabeza para contemplar como un joven de cabello rubio era lanzado por una de las ventanas. Se estampó contra el suelo, a los pies de Kishur. Ádria asomó la cabeza. Los soldados corrieron hacia ellos para intentar apresarlos, y a Kishur la escena dejó de interesarle. ¿Qué podría hacer una veintena de soldados frente a todo un pueblo enfurecido?

—Borat, volvamos dentro.

Los dos caminaron hacia atrás sin perder de vista a los pocos humanos que quedaban cerca. Entraron en la casa. Eltsay y Alfar levantaron las puertas sin esfuerzo y las volvieron a encajar para que resistieran. Kishur repasó la estancia: había otros ocho cadáveres allí dentro. Mayara bajaba las escaleras acompañada de Ádria. Ghiro había tomado asiento en una de las sillas, manteniendo el arma aferrada en su mano. El anciano hizo un gesto con la cabeza y señaló hacia el otro extremo de la gran sala, donde estaba Alhanna.

Las lámparas de cristal que pendían del techo seguían balanceándose, arrojando sombras hacia todos lados. Las paredes estaban salpicadas de rojo y el suelo parecía un lodazal: el mármol había quedado cubierto de barro, entre otras cosas en las que era mejor no fijarse. Kishur se pasó la mano por el cabello, sucio de nuevo. Caminó hacia Alhanna mientras los demás revisaban los cuerpos y recuperaban las armas que habían perdido. Tottem buscaba sus flechas.

Alhanna estaba descalza, de pie junto al cuerpo de un hombre al que aparentemente había dado muerte. Le sorprendió la parsimonia de la joven, que no parecía aturdida por lo sucedido. Tenía los pies sobre un charco de sangre y una daga en su mano.

—Alhanna, ¿qué haces con eso? —preguntó Kishur, desconcertado.

—Me lo regaló Ádria en Górgora, dijo que me haría falta. —Acercó la daga a su rostro para verla mejor; la sangre resbalaba por la fina hoja de acero donde había escrita una frase en letras dáricas—. ¿Qué dice la inscripción?

—Aliméntala con sangre —respondió Kishur en voz baja.

—Es un buen lema. —Desvió la vista hacia Kishur—. Y sé lo que estás pensando.

No me importa haberlo matado, nada en absoluto.

No esperaba aquella contestación. Miró a sus hajaeks y ninguno de ellos parecía haber prestado atención a la joven; solo Borat, que esbozaba una extraña sonrisa.

Hubo golpes en el exterior y también gritos que proferían órdenes de detención. Los soldados al fin estaban actuando, aunque fuera tarde. Suspiró disgustado y fue hacia la escalera.

—Quedaos aquí e intentad poner un poco de orden. —Kishur observó un momento su espada, que iba goteando, y se dirigió escaleras arriba—. Si los soldados de ahí fuera os piden entrar, decidles que se marchen, que ya hemos hecho todo el maldito trabajo.

—Por supuesto, mi señor —contestó rápidamente Ghiro—. Pero ¿a dónde vais con tanta prisa?

—Como diría Alhanna: voy a quitarme la jodida bata.

Marial-Pat

La cárcel estaba abarrotada de caras nuevas, y los guardias y los administradores no daban abasto. No se les había permitido parar a comer ni descansar, tenían que certificar todos los arrestos, recoger los datos de los incriminados y repartirlos entre las celdas. Tarea complicada, porque los acusados no estaban dispuestos a cooperar: se oponían a dar sus nombres y negaban todos los cargos, y había incluso quienes se atrevían a dar el apellido de algún noble o familia importante. Los funcionarios estaban exasperados. A media tarde se había decidido que todos eran culpables y mandado a los abogados a casa.

—¿Te falta mucho? —preguntó el juez Sabino.

—Solo un poco, solo un poco.

—¿Necesitas todo el día para abrir la puerta de la celda del acusado? —Se sacudió la toga antes de tomar asiento a la mesa—. Date prisa.

—Disculpadme.

El ayudante abrió y dos soldados entraron arrastrando a un prisionero. Lo sentaron en la silla. Estaba encorvado, tenía casi todas las costillas rotas y la cara llena de moratones. Sabino hizo una señal a su ayudante y este cerró la puerta. La sala era muy pequeña: aparte de la mesa y unas cuantas sillas, había una estantería con libros gastados y llenos de telarañas. Sabino extendió la hoja de papel y mojó la pluma en el tintero. Había formas más sencillas de escribir, pero, a sus cincuenta ágaras, se negaba a cambiar la suya.

—Empieza —dijo con voz cortante.

—Estáis equivocados, no soy quien buscáis —titubeó el chico.

—Te he dicho que empieces. Cuenta todo lo que sepas; yo juzgaré si eres culpable. Agradece ser de los pocos que han conseguido un juicio, a tus acompañantes les espera una larga estancia en la cárcel. Así que te aconsejo que cuentes todo lo que sepas y que lo hagas rápido, porque se me ha agotado la paciencia. ¿Lo has comprendido?

El ayudante sonrió. Su pelo era rojo y su rostro afable, pero tenía muy mal carácter. Sabino lo miró enfadado, aquello no era ninguna broma. Estaba cansado, hambriento y se estaba meando; tenía intención de acabar el interrogatorio cuanto antes.

—¡Vamos! Que no tenemos todo el día —apremió uno de los soldados.

—Tengo sed —susurró el chico, con los labios cortados.

—Me importa una mierda. Habla. Cuando haya emitido tu juicio podrás beber agua —le espetó el juez.

—Mentís, me vais a matar.

—Esto es Marial-Pat, una ciudad regida por los ancianos y sus leyes, ¿o dónde te crees que estás? —Sabino se frotó los ojos—. Empecemos: se te acusa de vandalismo, alteración del orden público, destrucción de propiedad pública, propaganda antisocial, encubrimiento de otros delincuentes y obstrucción a la justicia. ¿Algo que añadir?

—Yo estaba allí por casualidad, lo juro, nada he tenido que ver. —Comenzó a sollozar—. ¡Lo juro!

—Di tu nombre para que quede reflejado en el informe, y procura que sea el verdadero.

—Jostin-Lan. ¡Os juro que de nada soy culpable! ¡Pero vi quién fue!

—Te escucho.

—Yo solo pasaba por allí, había ido al puerto para hacerme con las sobras del mercado. Había mucha gente. Eso me llamó la atención, porque a esas horas todo el mundo se ha largado a casa, pero ese día estaban todos como atontados, dando vueltas de un lado a otro. Cuando el sol comenzó a ponerse fui a cruzar el puente para ver cómo se cerraban las puertas. Siempre lo hago.

—Joder, que no tengo toda la maldita noche, ve al grano.

—¡Está bien! Solo quería explicar a su señoría por qué estaba allí.

—Que vayas al grano, te han dicho —dijo el pelirrojo.

—En el puente noté algo raro: las puertas no se cerraban y había barcos que seguían entrando en la ciudad. La gente empezó a vitorear, que si al carajo la aduana, que si les den por culo a los ancianos... ¡Pero yo solo observaba en silencio! —Se atragantó con la saliva y tosió—. Empezaron a llegar guardias, habían bloqueado un acceso y gritaban que no podían cerrar las puertas. Empezó a llegar más gente, algunos con palos y redes. Y gritaban cosas como que el río Hicama es de todos, que los ancianos se bañaban en oro gracias a los impuestos.

—Lo recuerdas bien, por lo que parece —dijo Sabino.

—La cosa empeoró cuando llegaron más guardias empujando a la gente para que saliera del puerto; algunos cayeron al río y otros empezaron a subirse por los tejados y a lanzar piedras a la autoridad. Yo me quedé quietecito.

—En lo alto del puente, por encima de todos. —El juez sonrió—. Sigue.

—De pronto comenzó la locura: la gente gritaba, se peleaba con los guardias, muchos sangraban... Un completo caos. Llegaron los soldados armados con varas de metal. Pero no había forma de contener a la turba, y los barcos seguían cruzando. Empezaron a sonar las campanas y llegaron más manifestantes con antorchas. Destrozaron las tiendas y prendieron fuego al edificio de la aduana. Los guardias

desenvainaron las espadas y la gente comenzó a asustarse, empezaron a retroceder y muchos cayeron al río. Creo que de ahí el problema con las barcas y los bancos destrozados. Les echaron redes encima a los soldados que los estaban golpeando con las porras de acero. Y también les tiraban piedras. Y fue entonces cuando apareció el tío ese a caballo, con una capa negra y la cara tapada. El que había convocado la protesta, pero que nadie conoce. Todos abandonaron el muelle tras él. Ya de ahí no sé más.

—Curioso, muy curioso. Sobre todo, teniendo en cuenta que te apresaron en la plaza del mercado, subido a la torre y gritando: «Los ancianos cagan manzanas».

—No recuerdo tal cosa. ¡Eso son infamias! —El chico tosió, y un riachuelo de sangre se le escapó de una de las comisuras de los labios—. Sé qué sucedió después, porque lo he oído durante mi arresto. Os lo puedo contar si queréis.

—Procede.

—Pues arrasaron el mercado, porque, según dicen, las tiendas se ponen de acuerdo para subir los precios. Atacaron en las calles del Soslado, donde vive la gente de bien. Dicen que entraron en muchas casas y que la turba dejó muchos tejados rotos a su paso, puertas arrancadas y ventanas destrozadas. Destruyeron la fuente del ratoncito, una pena a mi parecer.

—¿Y de las violaciones sabes algo? —preguntó el juez.

—No, nada. —Su cara se contrajo con total sinceridad—. Pero sé que también prendieron fuego al edificio ese feo donde hay que ir a pagar las multas.

—El recaudatorio. Muchas cosas sabes por lo que escucho —dijo el juez entre dientes, con el ceño fruncido y sin levantar la vista del informe—. Y tú, mientras, en la torre del mercado, huyendo, imagino.

—Sí, así fue. Pasé miedo. Y al final, mira...

Zaraen irrumpió en la sala de interrogatorios, entró sin llamar y cerró la puerta de golpe. Repasó con la mirada a los presentes y clavó sus ojos verdes en el preso, que se estremeció como una florecilla marchita.

—¿Así que es este? —preguntó, rabioso.

—Este es —contestó Sabino—. Aunque asegura no serlo.

—Como todos. ¿Y tu veredicto?

—Culpable.

—¡No! —gritó el joven—. ¡Os confundís de persona! ¡No fui yo!

El general se lanzó sobre él y lo abofeteó. El joven sollozó asustado. Le sangraba la nariz. Después lo agarró de la camisa y lo obligó a ponerse en pie. Lo empujó hacia la puerta.

—Miserable, ahora tienes miedo, y haces bien en tenerlo. Lo que pasó requiere un castigo ejemplar. Sabino, solicito mi derecho a juzgar, como general.

El funcionario relajó los hombros y arrugó el entrecejo.

—Vuestro es, mi señor. —Empujó la silla y se puso en pie.

Zaraen lanzó fuera al chico, que tropezó y se dio de bruces contra el suelo. Lo

levantó por un brazo de mala manera. Salieron de allí cruzando los pasillos y salas abiertas, entre miradas y risas. «A ese no lo volvemos a ver», pensaba la mayoría, «si el propio general se encarga de su enjuiciamiento».

Salieron de la cárcel. El gélido aire despertó los pulmones del joven y le secó el sudor haciéndolo tiritar. Caminaba arrastrado por el general, aguantando los gemidos de dolor, terriblemente enfadado y asustado. Pasaron por varias calles completamente desiertas.

—¿Toque de queda? —se atrevió a preguntar, dejando escapar vaho de su boca.

—Cállate.

No se detuvieron hasta llegar al puerto. Bajaron unas escaleras que olían a pescado podrido. Zaraen arrastraba al joven, que ya presentaba muestras de arrepentimiento. El agua mecía las barcas de los pescadores.

—Quiero regresar a la cárcel, estoy en mi derecho —sollozó el joven.

—Algo tarde para eso; yo también estoy en mi derecho de juzgarte como crea oportuno. —Sonrió para que el joven lo viera—. La escoria como tú sobra en mi ciudad. Voy a mostrarte la razón por la que no has debido joderme.

—¡Soy inocente!

—Estarás orgulloso. Tremendamente complacido. —El general tiró de él con fuerza—. No te resistas y camina. Es inútil que intentes escapar, estás muy débil para correr.

—¿A dónde me lleváis? —dijo con la voz temblorosa.

No contestó. El joven tropezó con sus propios pies, y se habría golpeado la cara con los adoquines si no hubiese sido por el fuerte agarre de Zaraen. Atravesaron la pasarela sobre el río y, bajo un cobertizo, abrió una puerta. Entraron. Bajaron escaleras, giraron a la derecha y caminaron por un túnel encharcado que apestaba a cieno.

—Eres valiente —dijo entre susurros Zaraen, sin detenerse—. No has dado ni un nombre de tus colaboradores. Porque tú solo no pudiste acceder a la torre del puerto y atascar el mecanismo. Y me pregunto cómo lograste hacerlo, porque es una labor realmente compleja. Lo obstruiste de tal forma que se ha necesitado todo un día para arrancarlo de nuevo. Y no te bastó con eso. Dirigiste a la muchedumbre con tus lemas, los enervaste a todos y conseguiste sacarlos del puerto cuando la cosa se puso fea.

—Os confundís de persona...

—Muy valiente. ¿Cuántas muelas te han sacado?

—Tres.

—Tuviste suerte de que llegara yo a tiempo; de no haber ordenado tu enjuiciamiento, te las habrían sacado todas, y después los dientes. Y quién sabe qué otras cosas.

Zaraen lo arrastró por los adoquines, tirando de él por las axilas. Llegaron a un embalse en el que había dos personas esperando sobre una barca e iluminando el

agua pantanosa con dos antorchas. El anciano sonrió preocupado, y la que parecía su esposa se encogió de frío. El agua apestaba a mierda y discurría por un alcantarillado que debía llegar al río.

—Un necio, tu nieto —dijo el general, saludando con la cabeza.

—Sin duda lo es —le contestó el anciano—. Muchos ojos os han debido de seguir hasta aquí, ¿lo habéis tenido en cuenta?

—Ya me encargaré de eso. La ciudad siempre está despierta, observando cada movimiento, pero los tengo siempre controlados. —Zaraen ayudó al joven a subir a la barca, no hablaba—. Y tú eres valiente, pero idiota a más no poder. Por tu culpa han apresado a muchos, y encima te has dejado ver y atrapar. Mejor será que aprendas a obedecer y te mantengas tranquilo allá donde te llevan tus abuelos.

—Todos creerán que me habéis matado —susurró, dejándose vencer por el cansancio en los brazos de su abuela—. Que me habéis hecho desaparecer en el río.

Zaraen y el anciano se miraron un momento y rieron. El general empujó la barca con el pie.

—Convertirte en mártir avivará la llama.

—No puede ser. —El joven abrió la boca, asombrado, tenía sangre pegada en la barbilla—. Ahora lo entiendo... ¡Pero no es posible!

—Claro que no lo es. —Zaraen sonrió.

Esperó hasta que la barca comenzó a desaparecer, lo que tardó unos minutos, pues el anciano daba indolentes remadas. Maldijo por lo bajo cuando la herida del brazo le recordó que él también había estado cerca de ser apresado; poco le había faltado cuando lo derribaron del caballo. Estaba cansado, pero era pronto para rendirse. Las revueltas solo eran el principio: pronto hallaría la herramienta necesaria para lograr su propósito. «Ha llegado el momento de comenzar mi viaje».

Jarla-Neva

No era mayor que Górgora, pero Riaku tenía que reconocer que sí era mucho más bonito. Especialmente por el castillo, asentado en la cima de la montaña. Contaba con dos torreones circulares, y no era demasiado imponente, aunque impresionaba por la altitud a la que se alzaba, con el gigantesco precipicio a sus pies. Las nubes bajas ocultaban parte de la construcción y las torres. El cielo parecía engullirlo como si quisiera hacerlo desaparecer.

El pueblo se extendía a lo largo de la ladera de la montaña. Debido a la orografía, uno podía contemplar cómo las calles se alzaban escalonadas ya al abandonar el bosque y acceder al camino que conducía a la entrada. El sendero lindaba con altos cipreses que parecían custodiarlo. Las viviendas eran bonitas, hechas de piedra y adobe, con tejados de terraza, y recorriendo las calles a ambos lados había árboles cuyas hojas teñidas de ocres y dorados por el otoño daban color al ambiente.

—Es un lugar agradable —dijo Riaku.

—Sí, los pájaros cantan, la gente es amable y todas esas mierdas —resopló Shudei —. Muy rápido han limpiado aquí los desperfectos de la tormenta, pero mira allí, ¿ves? Han acumulado toda la basura fuera del pueblo, supongo que esperan que el bosque la engulla.

—Nunca te agradará nada, naciste insatisfecho, hermano.

—Tú te llevaste todo el optimismo. Dirás lo que quieras, pero solo es un asqueroso pueblucho más.

—Yo lo veo encantador, adorable.

—Pobre, mugriento.

—Podemos seguir así todo el día. —Sabía que lo estaba poniendo a prueba, pero la paciencia de Riaku pocas veces se agotaba—. Te oí decir una vez que no te importaría esconderte en Jarla-Neva y hacerte viejo a los pies del castillo. Que le construirías a Xara una bonita casa y dejarías que la decorara a su gusto.

—Debía de estar muy borracho para decir semejante insensatez. —Escuchar el nombre de Xara le había dado escalofríos.

Jarla-Neva solo tenía un acceso, custodiado por veinte soldados dispuestos con sus lanzas. Entraron sin problemas, no necesitaron bajarse de los caballos ni presentar su documentación. Los soldados los habían reconocido al instante. Cruzaron un

puente que se elevaba a poca altura sobre el río. Los cascos de los caballos repiquetearon en las piedras del suelo. La construcción, erigida por zarefíes, era muy antigua. El agua corría limpia y bajaba la montaña para internarse en el bosque. En la cima había una oquedad en la piedra desde la que bajaba el agua; era el nacimiento del río Neva.

Al entrar en el pueblo fueron objeto de muchas miradas; Shudei pensó que debería haberse cubierto con la capucha para pasar desapercibido, pero ya era tarde. No necesitarían hospedarse en una posada, pues tenía una vivienda junto al camino que ascendía hacia el castillo, cuya existencia solo él conocía. «Quizás no estaba tan borracho cuando dije que me escondería aquí algún día».

—La gente te mira con respeto, parece que tu fama te precede incluso aquí.

—Lo que ven en mí es solo el nombre de la familia. —Shudei sacudió la cabeza para apartar un insecto—. Guarda silencio, te lo ruego, me duele la cabeza de oírte.

—Te duele por el golpe que te dieron esos salteadores en el bosque, aún tienes sangre seca en la coronilla. Fuiste estúpido de no dejarme verla, estúpido y orgulloso. —Riaku miró en derredor con asombro—. Bonito lugar, parece una pintura de esas que cuelgan en nuestra gran sala. Han sabido aprovechar la piedra de sus montañas, ¿no crees? ¡Y vaya! Pero mira si es guapa aquella chica...

—No imaginé que te gustaría tanto este lugar.

—Nunca he salido de Górgora, tengo la impresión de que cualquier sitio me va a fascinar —dijo sonriendo—. ¿Dónde vamos a quedarnos?

—Eso déjamelo a mí.

Jarla-Neva no estaba en su ruta hacia Cimeag; Riaku lo sabía, aunque no le había preguntado la razón del desvío. Shudei necesitaba ver la casa por última vez, el lugar que había comprado para Xara y que ahora iba a quedarse vacío. No había estado allí en las últimas diez ágaras, ¿habría cambiado mucho?

Shudei detuvo el caballo en la plaza del pueblo. En el centro había una fuente de mármol de base ovalada con la escultura de una enorme carpa. De la boca del pez salía el agua a borbotones, y manaba constantemente, llenando el lugar con un relajado murmullo. La estatua tenía un poco de verdín y barro encima, pero el agua fluía, cristalina. Bajó del caballo y metió las manos en la fuente; el agua estaba helada. Le sorprendió el repentino silencio de Riaku, que seguía montado en el caballo.

—¿Qué te ocurre? —Volvió la vista para mirar a Riaku.

—Es aquí —dijo con el rostro pálido, señalando a la fuente—. Justo en este lugar vi la estatua del dárico gris, Shudei.

La respiración de Riaku se aceleró y se pasó la mano por la frente para limpiarse el sudor; estaba temblando. Su hermano lo observó con tranquilidad.

—Vete a dar una vuelta, Riaku, te dejo tiempo libre para que hagas lo que te apetezca. Siempre y cuando sea lejos de mí. Y procura estar aquí al atardecer, nos dirigiremos a la casa donde pasaremos la noche.

—Muy bien. —Ya recuperado de su trasiego, sonrió ampliamente—. Iré a informar de los cadáveres que has dejado en el bosque, seguro que esos salteadores estaban en su lista de criminales.

—Haz lo que te dé la gana. —Hizo un aspaviento con las manos—. Pero regresa al atardecer, no lo olvides. Si me obligas a ir a buscarte, te prometo que te azotaré con mi correa igual que cuando eras un niño.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan amargado? ¡Un polvo es lo que necesitas!

Riaku le lanzó un beso y se marchó tranquilamente. Shudei miró su reflejo en la fuente; tenía el pelo desaliñado y las ropas manchadas de barro. Debía hacer algo para arreglarlo. Tiró de las riendas del caballo y fue hacia la entrada de la plaza, donde había un bonito arco de piedra que recorrían enredaderas y florecillas blancas. Altos edificios de cuatro plantas rodeaban la plaza rectangular. Había niños jugando. Dio un paseo, tirando del caballo, que parecía relajado, y disfrutando de los cálidos rayos de sol. Olía a pan recién hecho.

Volvió la vista para mirar de nuevo la carpa cubierta de verdín que presidía la fuente y suspiró. ¿Una estatua del dárico gris dentro de un pueblo habitado por humanos? «¿Qué le depara el futuro para que le rindamos pleitesía?». No era capaz de imaginarlo.

—¡Señor!

Un niño tiró de su capa con entusiasmo para llamar su atención. Shudei estuvo a punto de darle una patada para apartarlo de su camino cuando vio la cicatriz que le recorría el mentón. Odiaba los niños consentidos con los que estaba acostumbrado a tratar en su casa, pero aquel chico no era como ellos. Su pelo estaba apelmazado y lleno de barro, y se desparramaba por encima de sus pequeños ojos negros.

—¿Qué quieres?

—Por un almuerzo le puedo enseñar el pueblo entero, ¡enterito! —Sonrió, dejando al descubierto una dentadura sin paletas—. Y, además, puedo indicaros dónde dormir y dónde encontrar mujeres desnudas.

—No necesito un guía, conozco este lugar de sobra. —Siguió su camino, tirando de las riendas del caballo e ignorando la mirada suplicante del niño.

—¿Y tampoco os interesa ver una espada verdadera de acero dárico? Está en el museo, todo el mundo irá a verla.

—¿De verdad? —De pronto, se sintió intrigado.

—¡Sí! Además, por unas monedas, dejarán cogerla a quien lo desee.

—Entonces, es una espada falsa. —Le hizo una señal al niño para que lo siguiera —. Una verdadera espada de acero dárico no puede ser manejada por un humano, solo los dáricos tienen la fuerza necesaria que requiere el acero forjado con endomia. ¿Lo sabías?

—No, señor. —Sus pecas encogieron al sonreír.

—Te invito a ese almuerzo si prometes estarte calladito y después te largas.

—¡A la orden!

Shudei sonrió. «Puede que incluso le regale la casa. Yo ya no la voy a necesitar».

Górgora

Estaba agotada. Había trabajado hasta la madrugada y solo había podido dormir cuatro horas antes de levantarse para limpiar. Martha suspiró por cuarta vez esa mañana cuando tomó la fregona y comenzó a barrer el pegajoso suelo. Todo estaba sucio, mirara donde mirase. Habían derramado vino y tirado comida por todas partes. «Nada nuevo», se dijo. Había una charca de vómito bajo una de las mesas. El desayuno se le subió a la garganta solo con verlo, así que decidió ocuparse de otra cosa. Cogió el cubo con agua y el paño que había dejado en la barra y fue hacia las ventanas. Los cristales estaban mugrientos, ¿desde cuándo no los limpiaba? Tuvo que coger una silla para llegar a la parte superior.

—¡Condenadas ventanas!

Escuchó la risa de unos niños que jugaban en el exterior, el trote de los caballos y los carros que pasaban; era un día ajetreado. Al otro lado de la calle, estaban trabajando para reconstruir el edificio de impuestos, y el repiqueteo de los martillos y las voces de los trabajadores llegaban hasta la posada. Habían sido contratados por la familia Hal, que siempre se responsabilizaba de las zonas importantes del pueblo. «Górgora les pertenece, aunque nos cueste admitirlo». Si todo estaba hecho un desastre era por culpa de esos hombres que trabajaban durante el día en la reconstrucción y luego visitaban el local hasta que agotaban los barriles de cerveza. Su padre tenía que renovarlos cada día y por eso siempre se quedaba sola limpiando. Suspiró de nuevo.

Algún día, ahorraría suficiente dinero para viajar. Quizás volviera a ver a los dáricos en alguna otra parte. Dejó de limpiar los cristales y se detuvo a mirar su propio reflejo: se veía triste.

Las puertas se abrieron y Martha bajó de la silla de un salto.

—¡La posada está cerrada! —Tiró el paño hacia el cubo.

Eran dos hombres. Uno de ellos tenía el cabello castaño y desaliñado, aunque sus ropas estaban limpias y parecían ser muy caras. Su compañero era bajo y caminaba encorvado; Martha pensó que quizás fuera su sirviente. Los reconoció porque la noche anterior habían estado en la posada. Habían sido muy groseros, y no toleraron nada bien el alcohol. Habían armado jaleo, buscando pelea con los trabajadores que acudieron a beber. Al final, su padre tuvo que llamar a los

guardias para que los echaran de allí.

—¿No está el posadero? —preguntó el hombre. Era esbelto y atractivo, tenía un rostro severo y unos ojos grandes que miraron a la joven con frialdad.

—Vendrá enseguida, pero ahora la posada está cerrada —repitió, inquieta y con voz chillona.

—¿Vas a echarnos como anoche?

Martha enderezó la espalda y levantó la cabeza; su padre le había enseñado a mostrarse fuerte por mucho que le temblaran las piernas. Caminó hacia ellos, resuelta a echarlos de allí. Pasó junto a la fregona que había dejado abandonada y se agachó para cogerla para atizarles con ella si se empeñaban en quedarse. Fue un error. El hombre bajito se abalanzó hacia ella y, sin darle oportunidad de esquivarlo, la agarró del brazo y la arrastró hacia el interior de la posada. Martha gritó; intentó soltarse y recibió una bofetada en la cara que la dejó sin respiración. Vio como el otro hombre caminaba hacia ella, y sintió más miedo todavía.

—¡Suéltame!

—Tu padre insultó a mi señor al echarnos —murmuró el hombre en su oído.

Le agarró las muñecas y le retuvo las manos a la espalda, inmovilizándola. A Martha no le asustaba el sirviente que la tenía sujeta, pero sentía pavor del hombre que la miraba con rabia. Martha quiso gritar pidiendo ayuda, pero ya no volvió a ser capaz, el miedo se había apoderado de ella por completo. El hombre sonrió. Agarró la camisa de la joven con ambas manos y tiró de ella con fuerza, haciendo saltar los botones.

Otro hombre, ataviado con una capa que ocultaba su rostro, entró en la posada. Martha fue la primera en verlo. La joven comenzó a llorar. Por un instante creyó ver la figura de un dárico, pero no lo era. Los dos hombres miraron al recién llegado.

—¿Qué quieres?

—Necesito hacerle unas preguntas a esta joven.

Desenvainó la espada, un arma larga y de hoja ancha con el mango de marfil. Los hombres guardaron silencio y soltaron a la chica, que corrió a cobijarse junto a la barra. Él la miró y vio que estaba aterrada. Concentró su atención en los dos humanos, que no parecían ser un gran obstáculo. Vibledor avanzó unos pasos y el sirviente sacó una daga que llevaba anudada a la cintura. El kalasty rio tras la tela de su capa. Corrió hacia el hombre bajito, giró sobre sí mismo cuando estuvo cerca de él y le cortó el vientre. Después, dio media vuelta hacia el otro hombre y, con un solo movimiento de su espada, le cercenó la cabeza. Ninguno tuvo tiempo para reaccionar, Vibledor se había movido a una velocidad pasmosa. Ambos cuerpos cayeron al suelo, y el sirviente tardó unos instantes en morir mientras intentaba recoger sus propios intestinos, que asomaban por un tajo descomunal en su vientre.

Martha, todavía en el suelo, reculó y pegó la espalda a la barra tanto como pudo. Había perdido la voz y lloraba sin poder contenerse.

Vibledor envainó el arma sin limpiarla y, con paso lento, se acercó a la joven y se

arrodilló frente a ella. Se descubrió el rostro: una nariz pequeña y pronunciados pómulos. Martha tardó un poco en darse cuenta de que era un kalasty.

—No me mates —logró balbucear la joven—. Por favor...

—Solo quiero hacerte unas preguntas, ¿podrás responderme? —pidió con una voz cálida que para nada encajaba con su aspecto rudo de soldado.

Ella asintió con la cabeza y dejó de llorar.

—He visto los vargums que tenéis en vuestra cuadra. No han sido criados en Górgora, es evidente que han llegado de otro lugar. ¿Fueron dáricos quienes los trajeron? —Habló muy despacio y mirando a los ojos de Martha.

—Los dejaron a nuestro cuidado —dijo en un murmullo casi inaudible.

—¿Cuándo se marcharon?

Martha recordó que tenía la camisa rota y se abrazó con fuerza para cubrir su desnudez. Temblaba de la cabeza a los pies.

—Hace diez días.

—¿Y tienes alguna idea de hacia dónde se dirigían? ¿Escuchaste algo mientras estuvieron aquí?

—Solo que... —Tomó aire para llenar sus pulmones—. Los oí mencionar algo sobre Liampa, nada más que eso. Es lo único que alcancé a oír. Ni siquiera sé por qué nos dejaron sus monturas.

Vibledor sonrió. Él sí lo sabía; faltaba una, y los dáricos eran demasiado orgullosos para ir a caballo mientras el resto iba en vargum. Y en Górgora solo criaban caballos, no podían sustituir al animal ausente. «El que no está debe ser el del dárico gris, estoy seguro». A Vibledor le pareció mezquino.

—Con ellos iba una humana, ¿cierto?

—Sí.

Martha recordó la mirada de Kishur, su hermoso rostro y su cabello largo y plateado. Había sentido envidia de esa joven por tener la oportunidad de estar junto a él.

—Has sido de gran ayuda —dijo Vibledor.

Martha sonrió, nerviosa. Vibledor la agarró de las muñecas y le levantó los brazos por encima de la cabeza, dejando su pecho al descubierto. Ella cerró los ojos con fuerza. El kalasty la soltó y ella suspiró aliviada, sin atreverse a mirarlo. Extrajo una daga y la apuñaló en el corazón. Martha no llegó a ser consciente de lo que ocurría antes de morir.

Vibledor limpió el arma en la falda de la joven y se la guardó en el cinto. Se puso en pie y se cubrió con la capucha mientras abandonaba la posada. Cruzó frente a la cuadra que estaba justo al lado y sonrió al ver a los vargums.

«Los alcanzaré muy pronto».

Marial-Pat

A causa de las revueltas y el incidente en las puertas del Hicama, el general Zaraen había establecido el toque de queda. Al anochecer, ya no quedaba nadie en la calle a excepción de los soldados. Nada fue suficiente para impedir los susurros que recorrían la ciudad, ni las voces que fraguaban nuevos planes y tácticas de desorden público. Nadie conocía su origen ni a su instigador, pero la idea de revolución se extendía con rapidez. Los soldados patrullaban para evitar reuniones clandestinas en las calles y controlar que nadie abandonara su casa una vez llegada la noche. Las miradas estaban puestas en el Venfestad, la festividad de invierno, en la que los líderes de las familias más célebres de la ciudad se reunirían con el consejo de ancianos. Era una tradición y todos se sentían obligados a respetarla. Zaraen estaba desbordado de peticiones; muchos nobles querían reunirse personalmente con él para ganarse su favor antes de comenzar las fiestas.

Estaba en el puente que unía las dos torres del palacio. A esas horas solo quedaban dos soldados apostados en las puertas de Gabara. Los ancianos ya no estaban dentro, pero eso no les ahorraba el trabajo de procurar que nadie entrara sin permiso.

De reojo, vio acercarse a Quiazz, envuelto en una capa de piel oscura.

—¿Aquí te escondías? —preguntó el joven, con el viento alborotándole el pelo suelto—. Algunos nobles han comenzado a atosigarme para que te convenza de reunirte con ellos. Quieren exponerte sus ideas antes de la reunión anual con el consejo.

—Diles que se vayan a la mierda.

—No es tan sencillo. —Suspiró y se apoyó en la balaustrada del puente.

Zaraen lo miró un instante y sonrió, y acto seguido volvió a mirar hacia el Hicama. La noche estaba despejada y las lunas se reflejaban en el agua en calma. Las cocas, catamaranes, pesqueros y mercantes aguardaban al amanecer en silencio, al otro lado de las gigantescas puertas que permanecían cerradas durante la noche. «Es una pena que lograran reparar el mecanismo».

—¿Qué ronda tu mente? A veces te miro y parece que estés maquinando lanzar un ataque hacia la ciudad. Lo que has hecho es una locura, imponer el toque de queda a la gente durante las fiestas de invierno es una idea nefasta. ¿Tanto te

preocupa que vuelva a producirse una revuelta? Nunca imaginé que protegerías a los nobles hasta ese punto —dijo Quiazz con reproche.

—¡No seas estúpido! El toque de queda no es para proteger a los nobles ni para proteger las zonas urbanas, ni el mercado, ni el puerto, ni las fuentes pomposas de la ciudad. —Habló mientras su cara enrojecía de rabia—. Intento proteger a la población. ¿Los ancianos te han enviado para que me convenzas? Lo que desean es que todos salgan a la calle con plena libertad para la fiesta, que beban y ahoguen sus problemas en vino y cerveza. Que pierdan el conocimiento y se olviden de las calles llenas de mierda en las que viven, de que un tomate fresco cuesta el salario de una semana y de que los nobles llenan sus bañeras con leche de cabra para enriquecer su piel mientras ellos la mezclan con agua para darles de cenar a sus hijos. ¡No lo consentiré mientras de mí dependa!

—¿Es de ese modo? Estás tan cegado por tu odio hacia el Galaef y los miembros del consejo que si te equivocases no podrías verlo. Tu enemistad con ellos debe acabar, por el bien de todos. Deberías aprovechar las fiestas de invierno para arreglar vuestras diferencias.

Zaraen no le contestó. El viento comenzó a soplar.

—Mírame al menos, Zaraen.

—¿Para qué? Si pretendes seguir diciendo estupideces es mejor que te vayas.

—Quiero que antes me respondas a algo, por eso he venido. Mañana te reúnes con el consejo. Los has convocado en privado y me gustaría saber la razón.

—¿Cómo sabes eso? —Zaraen soltó una carcajada al recordarlo—. ¡Es cierto! Ahora eres la voz de esos jodidos ancianos. ¿Para qué me preguntas, pues? Ellos te informarán cuando hayamos concluido.

—Me gustaría escucharlo de tus labios.

—¡Qué extrañas circunstancias nos tocan vivir! Hace un rato estaba pensando en el día en que llegaste a la ciudad para traerme aquella maldita carta. Después de tantas ágaras, me encontré con un hijo del que no sabía nada y me propuse educarlo, puesto que no lo hicieron demasiado bien allá donde lo tuvieron escondido. —De reojo, comprobó que Quiazz apretaba los dientes; se estaba conteniendo—. Lo único que espero es que te mantengas firme, que no permitas que nadie te maneje como hicieron conmigo. Te han nombrado voz del consejo, pero solo eres un muchacho que no sabe nada del mundo, y eso jugará en tu contra.

—¿Menosprecias mis capacidades?

—Claro que no. Eres más inteligente de lo que demuestras, finges que todo te da igual y haces creer a los demás que solo eres un idiota mujeriego. Yo te conozco, veo la inquietud que te gobierna y es cada día más grande. Ansías muchas cosas, Quiazz, el problema es que aún no lo sabes.

Quiazz se quedó mirándolo. No tenía nada que decir. ¿Eso era lo que pensaba Zaraen? Negó con la cabeza; él no ansiaba nada, no entendía a qué se refería el general. Ni siquiera deseaba ser la voz del consejo.

—Hijo, aliméntate de lo que necesites para crecer, eres joven y tienes la vida por delante: poder, conocimiento, riqueza... Todo está a tu alcance.

—No entiendo qué tratas de decirme, Zaraen —dijo con un tono más infantil de lo usual. El comportamiento protector de su padre había conseguido ponerlo nervioso—. ¿Estas palabras se deben a la reunión de mañana? ¿No me dirás de qué tratará?

—Si tanto insistes... Voy a presentar mi dimisión.

—¡No te creo! —El joven agarró a su padre del brazo—. ¿Qué estás tramando?

—Cometemos errores pensando que hacemos lo correcto o lo que se espera de nosotros, y cuando somos conscientes de ello suele ser demasiado tarde. Tenlo presente y actúa de acuerdo con tus convicciones y deseos. El mundo entero puede estar equivocado y solo tú llevar la razón. —Agarró a Quiazz de los hombros y lo atrajo un poco hacia él. Estaba desconcertado—. Eres mi hijo, y no quiero que llegues a la vejez como yo, esperando un amor que jamás volverá. Sin esperanzas de lograr un mundo mejor, donde todos puedan tener los mismos derechos. Luchando solo.

—No estás solo, yo...

—Sí, lo estoy, y me he cansado. —Sonrió y soltó a Quiazz—. Dejaré de ser general y podré actuar como me plazca, sin resguardarme en el anonimato. He encontrado a alguien que podría ayudar a realizar mi visión del futuro.

—¿Hablas de un rey?

—Es algo mucho más grande, hijo. —Se volvió para mirar hacia el río—. No es tan solo un rey, es un humano que posee endomia.

Quiazz dio un paso atrás, aturdido. ¿Se había vuelto loco? Los humanos no estaban capacitados para usar la endomia, era algo impensable. Le tembló la mano derecha, donde tenía impreso el sello. «Debo guardar esto en secreto, no puedo informar de ello al consejo». Aunque no fuera cierto, no podía exponer a Zaraen.

—Según dicen, su poder es superior al de cualquier endómico que existe. —Zaraen sonrió con esperanza—. Eso es lo que necesitamos para luchar y protegernos.

—Intentarás convertirlo en rey... ¿Y si no lo desea?

Zaraen lo miró a los ojos.

—No le dejaré otra opción. Ese humano servirá a mis planes o morirá. Sea como sea, no permitiré que siga en manos de los dáricos.

Se quedó atónito ante las palabras de su padre. Quiazz abrió la boca, sorprendido, pero no dijo nada. ¿Un humano acompañado de dáricos?

—Al final, no eres tan distinto a los ancianos. Estás dispuesto a usar a ese endómico para lograr tu propósito, sin importar su sacrificio. —El joven se frotó la nuca y aguantó la áspera mirada de Zaraen—. ¡Haz como quieras! Enfréntate al consejo y a los dáricos, y muere en tu intento si eso te hace feliz. Yo ignoraré que hemos tenido esta conversación, porque no deseo tomar parte en tu locura.

—Eliges vivir en la ignorancia y la comodidad. —Zaraen se había serenado y miraba a su hijo con interés—. No te durará mucho tiempo, pronto lo verás.

Quiazz estaba solo en el puente, con la única compañía de las estatuas, que parecían vigilarlo sin descanso. Apostadas en sus pedestales sobre las vigas del puente, daban la impresión de querer abalanzarse sobre él. Tenían el mismo rostro, pero mostraban una postura diferente y aparecían representadas llevando antiguos vestidos que solo cubrían lo necesario. Los dos guardias ya habían abandonado la labor de custodiar las puertas de la torre de Gabara, como cada noche. No había sentido necesidad de marcharse, demasiadas cosas le rondaban la cabeza y aquel era un buen lugar para pensar. «Ojalá pudiera volar sobre la ciudad, sobre el mundo entero. Ojalá pudiera verlo todo». Su padre había despertado su curiosidad, y ni todos los libros de la biblioteca podrían aplacarla.

Desde esa altura, la ciudad le parecía hermosa. La gente dormía, las luces de las calles marcaban senderos en la oscuridad... Le parecía un lugar fascinante. El Hicama mecía los barcos que aguardaban el amanecer, sumidos en un profundo silencio y dejando que el sonido de la tormenta los envolviera. Imaginó que algunos marineros debían de estar despiertos, vigilando que ningún polizón subiera a las naves.

Que pudiera haber guerra con los kalastys le pareció una remota posibilidad. ¿Tendría razón su padre? Dos familias importantes que vivían en Sílfhades ya habían enviado a los miembros más jóvenes y a los ancianos para que pudiesen refugiarse allí. Y sabía que comenzaban a llegar solicitudes de asilo desde el norte. ¿Seguirían avanzando los kalastys hasta llegar a su ciudad? Su padre había dicho que algunas aldeas estaban siendo arrasadas y comenzaba a cundir el pánico. Quiazz sacó la mano de la capa y miró el sello impreso sobre su piel. «Si es cierto que se avecina una guerra, no estamos preparados».

—Aquí estás, como un alma en pena mirando hacia el río. —Quiazz dio un brinco al escuchar la voz de Gastor a su lado; no se había percatado de su llegada—. He estado buscándote, ¿qué haces aquí arriba a estas horas?

—Pensar.

—¿Y tienes que hacerlo en este sitio? —Se asomó por la balaustrada de piedra, dejando medio cuerpo en el aire—. Son unas vistas impresionantes, pero hay otras mucho mejores en lugares más cálidos, ¿no te parece? ¿Vienes?

—Hoy no lo creo. Y me gusta mucho este lugar.

—Te conformas con muy poco. —Gastor rio y caminó unos pasos, mirando hacia el cielo—. ¿No vas a acompañarme? Me he tomado la molestia de venir a buscarte.

—Te hacía en el burdel de Annie, sería mejor que volvieras.

—Por tu tono deduzco que es un mal momento. ¡Pero vamos! Estás aquí completamente solo. Das pena. Déjame adivinar. Estabas con una chica y no se te empinó. —Levantó las manos cuando Quiazz lo fulminó con la mirada—. Vale, veo que no es eso. ¿Estás sumido en un conflicto filosófico de esos tuyos?

—Eres idiota.

Ambos rieron. Quiazz miró un momento a su amigo y se preguntó la razón por la que Gastor siempre parecía estar preocupado por él. Se conocieron a las pocas

semanas de su llegada a la ciudad y había sido un gran apoyo, sobre todo porque siempre lo sacaba de los peores apuros. Le debía mucho.

—Siempre estás tan tranquilo —le dijo Quiazz, apoyando la espalda en la fría piedra del puente. Sobre su cabeza se alzaba la figura de una mujer con las manos en las caderas que miraba hacia el cielo—. Mañana te informarán, igual que al resto.

—¿Sobre qué?

—Hoy llegó el emisario que los ancianos enviaron a Alviat el mes pasado. Trajo malas noticias: el rey de los dáricos nos ha negado su apoyo y ha cerrado todo tipo de comunicación con nosotros.

—Eso no es nada nuevo. —Gastor bufó.

—Y supongo que debería felicitarte, mi padre va a cederte su puesto. —Vio como Gastor sonreía, parecía contento. Quiazz se giró para volver a observar la ciudad—. Pero mira hacia abajo, hay tanto que proteger... ¿Podrás hacerlo? ¿Lograrás salvar las vidas de toda la gente que ahora duerme? ¿De todos los que están fuera de estas murallas sufriendo los ataques de los kalastys? —Deseaba que le dijera que sí, que sería capaz, y poder creerle.

—Habrá guerra —afirmó Gastor con el rostro ensombrecido. Se bajó la capucha para que Quiazz lo viera bien—. No lo dudes por un instante. Y venceremos.

—En las guerras se vence gracias a la muerte de muchos, al sacrificio. De un modo u otro, siempre se pierde. No debería ser así, no me parece justo.

Las débiles luces que alumbraban el puente parpadeaban, el gas estaba casi consumido y no tardarían en apagarse. Gastor caminó hacia Quiazz.

—Voy a contenerme y no te daré un puñetazo en tu bonita cara. No quiero que Annie me regañe si te ve con un ojo morado. Vamos, ya que no quieres calentarte en ninguna cama, te acompaño a tu casa.

Entraron en la torre y bajaron las escaleras con tranquilidad. Notaba la presencia de su amigo justo detrás de él. No volvieron a hablar. Las pisadas hacían eco en la piedra y sus sombras se proyectaban alargadas en la pared. Se despidieron en los jardines. Ya no había rosas, solo plantas adormecidas por la llegada del invierno. Quiazz se cruzó con un guardia que hacía la ronda, lo saludó con la cabeza y prosiguió su camino.

Sintió el calor de la chimenea cuando entró en su estancia. Se desvistió en la entrada, arrojando la ropa al suelo junto con su espada. Estaba helado y entumecido. Desnudo, caminó en dirección a la cama. Ella estaba allí, tumbada. Había arrojado los cojines al suelo y estaba tapada con una manta color crema. Su cabello negro se derrama por sus hombros.

—Por fin llegas, mi Quiazz —susurró con voz cantarina.

—Siempre apareces en momentos extraños, cuando me siento desanimado —dijo mientras sonreía—. ¿Acaso acudes para hacerme sentir mejor?

—¿Eso te causa placer? ¿Saber que estoy siempre pendiente de ti? —Se enredó un mechón de pelo en un dedo.

—No lo sé, me produce una mezcla de ilusión y desconfianza.

Ella se puso de rodillas en la cama, gateó con soltura hasta el borde y pasó la lengua por su pene, despertándolo. Quiazz cerró los ojos. El frío desapareció, su cuerpo dejó de temblar y olvidó las preocupaciones. Todo dejó de existir.

Despertó aturdido, rodeado de cojines de colores. No recordaba haberlos recogido del suelo, pero allí estaban. Hacía frío; el fuego de la chimenea debía de llevar apagado un buen rato. Estiró los brazos y rozó la piel de la joven tumbada a su lado. Quiazz se sentó de inmediato en la cama, sorprendido.

—Aún sigues aquí... —se extrañó.

—¿No me quieres en tu cama, Quiazz? —sonrió ladina mientras acariciaba su pelo.

—Claro que sí, pero siempre desapareces mientras duermo. Es la primera vez que te quedas, y me preguntó cuál será el motivo.

—El motivo eres tú, como siempre.

—¿Eso qué quiere decir?

—No es el momento, Quiazz. —Soltó una carcajada—. ¡Eres tan joven!

Quiazz tiró de las sábanas para descubrir sus cuerpos y la observó un largo rato. Ella se dio la vuelta sobre la cama. Él recorrió sus curvas con el dedo índice, le dibujó círculos en la espalda. Le besó el cuello, empapado en sudor como todo su cuerpo, se alejó de ella y tomó aire con ganas. La escuchó reír con suavidad, parecía disfrutar con el roce de su piel. «Nunca antes ha permitido que la toque de este modo». Y de pronto, lo comprendió.

—Me estás reteniendo en la cama, ¿no es cierto? —Quiazz se incorporó y se puso en pie, todavía somnoliento—. ¿Con qué propósito, si se puede saber?

Ante el silencio de ella, fue hacia la entrada, buscó sus pantalones y se los puso. Después, tanteó el suelo, a oscuras, hasta dar con la espada. Se recogió el cabello con una cinta. No encontró los zapatos ni el resto de su ropa, estaba algo mareado y no recordaba con exactitud dónde los había dejado. Ella lo observaba desde la cama, sin inmutarse.

—¿Por qué intentas retenerme? ¡Dímelo!

—Es por tu padre.

Descalzo y sin camisa, salió de la estancia a toda velocidad. Corrió tanto como sus piernas le permitieron mientras desenfundaba la espada. El suelo parecía hecho de hielo bajo sus pies, el vaho escapaba de su boca. Pasó sobre los rosales de un salto y, al aterrizar, la gravilla se le clavó en las plantas de los pies, pero continuó. Vio al guarda de lejos.

—¡Sígueme! —le ordenó.

El frío de la noche lo despertó, avivó sus pulmones y apagó las ascuas de su excitación. Recorrieron el ala oeste como una exhalación; estaba desierta. Subieron

las escaleras y cruzaron puertas, pasillos y salas. La pesada armadura del guardia iba anunciando su llegada con el mismo estrépito que un juego de cacerolas al caer. Llegaron al ancho pasillo central, custodiado por gruesas columnas a ambos lados. La habitación de su padre estaba a la derecha. Quiazz entró embravecido, resbaló con un charco y sus pies se deslizaron por el mármol. Cayó de lado y vio un cuerpo tendido junto a una columna; el líquido parecía ser orina.

El guardia que lo acompañaba se apresuró a ayudarle, y Quiazz no tuvo tiempo de advertirle que se agachara. Escuchó el latigazo de una honda y, un instante después, una piedra golpeó la cabeza del soldado. Cayó de bruces y quedó inmóvil. Quiazz gateó hasta la columna, arrastrando la espada. Refugiado tras ella, le tomó el pulso al hombre y suspiró aliviado al comprobar que estaba vivo. Se puso en pie y escudriñó en la oscuridad. ¿Dónde se escondía su atacante?

Vio que las puertas de la estancia estaban abiertas. «¡Mierda! ¡Zaraen!». Supo que no podía quedarse allí toda la noche. Su pecho subía y bajaba a gran velocidad y sujetaba el arma con fuerza. Quiazz saltó hacia la columna de enfrente y se escondió detrás, esperando. Miró a ambos lados y no vio nada. Tomó aire y corrió tanto como pudo.

Al entrar en la estancia, vio que todo estaba en penumbras. Zaraen estaba de pie, frente al ventanal, vestido para salir. Quiazz bajó la espada, desconcertado, y reparó en la honda que su padre aferraba en la mano derecha.

—¿Zaraen? —preguntó en un murmullo.

—Mira por dónde, me has ahorrado la molestia de ir a buscarte. —El general se dio la vuelta para mirarlo. Se había afeitado y lucía elegante con una chaqueta negra y pantalones de piel—. Ella me aseguró que te mantendría ocupado, pero al parecer te aburriste antes de tiempo. Nunca me decepcionas.

—¿Qué significa esto? Pensé que te estaban atacando, no que tú fueras el atacante. ¡Has derribado a dos soldados! ¿Qué estás haciendo?

Zaraen sonrió, y Quiazz sintió un escalofrío.

—Tendrás que perdonarme —dijo el general.

Unos pasos. Su reacción llegó tarde; lo agarraron con fuerza desde atrás y le taparon la boca con un trapo, empapado en un líquido de olor intenso. Un profundo mareo lo embargó y sus brazos se desplomaron junto a su costado, sin fuerzas; su espada se precipitó contra el suelo. Vio la imagen borrosa de su padre caminando hacia él y todo desapareció. Quedó sumergido en la oscuridad.

Estaba amaneciendo y entraba luz por la ventanita de la bodega. Olía a cerveza y a pienso. El suelo estaba cubierto de paja y, al fondo de la estancia, había una pila de barriles amontonados de cualquier forma. Quiazz despertó con un tremendo dolor de cabeza y un desagradable sabor amargo en la boca. Estaba atado de pies y manos, sujeto a una silla. Intentó gritar a través de la mordaza. La cabeza le iba a estallar, lo

atosigaba un profundo mareo y sus ojos tardaron en recuperar la nitidez. Había una jarra de agua sobre una caja, junto a la ventana, tras la que brillaba el sol. Tragó saliva; estaba sediento y tenía la boca pastosa.

—Hola de nuevo. —Zaraen se inclinó hacia él, y Quiazz entrecerró los ojos para enfocarlo—. Ya sé que quieres saber qué está pasando. Te pido disculpas por esto, no creí que fuera necesario, pero, tras nuestra conversación en el puente, comencé a dudar. Dentro de un rato he de reunirme con los ancianos, ya sabes el motivo, y no estoy dispuesto a que lo impidas. Sí, sé que ibas a hacerlo. —Sonrió al ver la expresión furiosa de su hijo, que mordía la mordaza con fuerza—. No me mires de ese modo; aunque tengas mis ojos, esa expresión pertenece a tu madre.

Tomó aire. Quiazz emitió un gruñido a través de la mordaza.

—A medio día partiremos, y para entonces yo ya no seré general. De todos modos, qué importa... Se ha cerrado todo flujo de conversación con los dáricos. Su rey, ese que dicen que no conoce la derrota ni el deshonor, ha decidido permanecer impasible tras sus bosques. No podemos contar con sus guerreros, tampoco con su acero. Estamos solos. Mis esperanzas y todos mis planes se vienen abajo por culpa de un grupo de ancianos empeñados en negarse a ver lo que está pasando. Y mientras se quedan sentados cómodamente, la gente muere a manos de los kalastys. —Zaraen apretaba los puños con fuerza—. Me han arrebatado la vida, y ahora, cuando exijo ser escuchado, me dan la espalda y me tildan de loco. Yo les demostraré quién es el loco. Hijo, vamos en busca del humano que posee endomia. Y tú, la voz del consejo, vas a ayudarme. Quieras o no.

Las leyendas que hablan del Jakar no mencionan cuál es su origen, si es unos de los seres Olvidados o si se trata de una criatura distinta, nacida del lugar más profundo y oscuro del corazón de Muriath. Apareció como un ser sin nombre que se alimentaba de los animales que vivían en el bosque de Jarla-Neva, y moraba tan lejos de cualquier aldea que nunca había entablado conversación con otra alma. Los hombres que lograron ver su silueta y sobrevivir para contarlo, que percibieron sus pisadas y el gorgoteo de su risa, aseguraban que era de piel clara y que se ocultaba bajo una gruesa capa de piel de oso. Algunos juraban que tenía la apariencia de un muchacho humano; otros decían que se trataba de un joven dárico de cabello pelirrojo y ojos negros.

Decidieron que se trataba de un demonio y le concedieron un nombre: Jakar. Durante cientos de ágaras, y cuando el pueblo de Jarla-Neva no estaba todavía en la montaña, sino en el interior del bosque, se dedicó a apresar humanos. Talaban los árboles que habían sido el refugio ancestral del Jakar y cazaban los animales que habían sido su sustento y también su única compañía. Y él los castigaba noche tras noche, arrancando a los hombres de sus hogares y arrastrándolos hasta su guarida. Jamás lograron encontrar los restos ni localizar el lugar donde el Jakar los devoraba.

La luz de la mañana revelaba huellas, arañazos en la corteza de los árboles, cabellos enredados en las ramas, jirones de piel en los salientes de las rocas. Las noches se sucedían lluviosas, y mientras la tormenta azotaba, la gente estaba tranquila; pero cuando el murmullo del agua cesaba y el bosque quedaba en silencio, todos corrían a ocultarse, temerosos, pues sabido era que el Jakar cazaba cuando dejaba de llover.

Hubo una doncella de cabellos rojos y pupilas verdes que osó enfrentarse a él. Una noche, cuando la lluvia se detuvo, se internó sola en el bosque. Le gritó, le ordenó que fuera a por ella. Y el Jakar respondió a la llamada: la rodeó de sombras y le preguntó qué deseaba de él. La chica quiso saber la razón por la que mataba a su gente, y el Jakar le susurró al oído: «Hacen daño a mi hogar». Ella le arrancó la capucha y contempló su rostro. La nariz y mejillas del Jakar estaban plagadas de pecas. Parecía un muchacho. Sin embargo, al contemplar sus ojos supo que en su interior arrastraba una larga existencia. «Ven conmigo y prometo dejarles vivir», le dijo. La joven sonrió y aceptó el trato para salvar a su gente.

Los aldeanos la buscaron sin descanso, pero no lograron hallarla. Para regocijo de los hombres, el Jakar dejó de matar durante casi sesenta ágaras. La primera vez que la lluvia volvió a detenerse y el Jakar rondó el bosque de nuevo, ya no quedaban humanos

en la aldea. Nadie ha vuelto a adentrarse en sus lindes.

Criaturas del bosque, *por Nelson-Dol.*

Jarla-Neva

La lluvia estaba empeñada en apagar la tintineante hoguera, así que Ghiro le echó otro trozo de madera. Acercó las manos al fuego y suspiró. La frondosidad de los árboles bajo los que habían buscado cobijo ayudaba a resguardarlos en buena parte del agua, pero el suelo estaba comenzando a enfangarse.

—Debimos alojarnos en el pueblo —dijo Ghiro en voz baja.

—Necesito descansar de los humanos. —Kishur lo miró—. ¿Es que no tuviste suficiente con lo ocurrido en Shavara?

El anciano encogió los hombros y se rascó la cicatriz del rostro. Kishur estaba sentado frente a él, con la espalda apoyada en un tronco cubierto de musgo. Las gotas que resbalaban por las hojas le caían en el rostro. Tenía el brazo izquierdo apoyado en la rodilla y miraba a Ghiro, absorto. El caballo estaba recostado a poca distancia de ellos; lo habían cubierto con una gruesa manta. Alfar se había molestado en sujetar hojas de helechos entre dos arbolillos para que la incansable llovizna no angustiara demasiado al animal.

—Si sigues dándole vueltas a ese asunto, te saldrá humo de la cabeza, déjalo. Solo ha sido un sueño, Ghiro. Es una necedad tuya darle importancia a lo que no la tiene.

—Nunca tengo sueños, nada de nada.

Alhanna había acabado de cambiarse las vendas de los pies; las ampollas se le habían reventado. Eltsay y Ádria recorrían el bosque para vigilar que nadie los hubiera seguido. Los demás trataban de dormir sobre camas improvisadas con helechos cortados y las hojas más secas que habían encontrado.

Borat ya no estaba con ellos.

—Por alguna razón, lo que dijo ese humano en Górgora vino a mi mente mientras dormía, y estaba durmiendo bien a gusto hasta que esta maldita lluvia me ha despertado. He soñado con esa estatua; es como si os tuviera delante y de pronto os volvierais de bronce. Sé que es algo absurdo. La culpa la tiene ese soñador; en las pocas ocasiones que he tenido uno delante, ha logrado perturbarme. A mi abuelo materno, un soñador le dijo que había visto que se caía del vargum y, al golpearse contra el suelo, una...

—¿Se cumplió? —lo interrumpió Kishur.

—Sí.

Guardaron silencio.

—Ese Hal no era un simple soñador —continuó Ghiro—. Está entrenado, le han enseñado a dominar su don y ni siquiera se molesta en ocultarlo. Es inteligente y frío, a pesar de tener esa cara inocente y de estar sonriendo casi todo el tiempo. Los humanos son los mejores soñadores, tienen un gran potencial, y a ese chico se le notaba con solo mirarlo; esa estatua será erigida. Si el humano la vio, os aseguró que se hará. ¡Por todos los dioses! Y el pase que nos dieron... Me perturba imaginar qué es lo que quieren a cambio. Este asunto no me gusta en absoluto.

—No tienes por qué preocuparte. —Kishur miró hacia Alhanna—. Sé qué es lo que buscan, y te aseguro que no lo obtendrán.

Alhanna arrugó el ceño al notar que Kishur y Ghiro la observaban. Hablaban demasiado bajo para que pudiera oírlos, y no estaba segura de en qué idioma lo hacían; últimamente susurraban mucho en dárico, sospechaba que para que ella no pudiera entenderlos. Ahora todos se contenían en su presencia, sabedores de que su oído casi igualaba el de ellos. Eso la enfadaba. Las gotitas de agua la estaban martirizando y el fuego no parecía lograr quitarle el frío, seguía tiritando. También estaba cansada de caminar, de sentir dolor en las piernas, de dormir a la intemperie, de los insectos y de los bichos viscosos que se le subían por los pantalones. El bosque era un lugar notablemente ruidoso; por mucho que los dáricos se empeñaran en negarlo, estaban equivocados. Era un constante murmullo que nunca cesaba, como cientos de voces que susurraban al mismo tiempo intentando llegar hasta ella.

—No puedo dormir —le dijo a Mayara.

—Cierra los ojos y déjame tranquila, yo sí puedo.

Eltsay apareció a su lado de un salto; estaba calado y sonreía. Se tumbó sin miramientos junto a Alfar. El viento azuzó la hoguera, hizo chocar las ramas y algunas hojas secas cayeron sobre ellos. Dejó de llover. Alhanna se puso en pie y tiró de su capa, llena de tierra mojada. «Menuda mierda». Cruzó ante el fuego y se dejó caer al lado de Kishur, todo lo pegada a él que pudo.

—Tu armadura desprende calor.

—Sí.

—¿Y no te parece extraño?

—No, está hecha de acero dárico.

Alhanna levantó la cabeza y se detuvo en los ojos oscuros de él. Apoyó la cabeza en su hombro y dejó que el sueño la venciera.

El día siguiente amaneció despejado. Cabalgaron durante toda la mañana; no se detuvieron a descansar para aprovechar las horas de sol y la tregua del mal tiempo. Pararon para hacer un almuerzo rápido y continuaron hasta que encontraron un buen lugar para montar el campamento antes del atardecer. Kishur había visto necesario hacerlo de ese modo, sin esperar a la noche. Tenían un largo camino hasta

Fraem-Lab y decidieron aprovecharlo para enseñarle algunas cosas importantes a Alhanna. Fue Ghiro quien se encargó, pues era el único de todos ellos que usaba la endomia.

—Alhanna, tienes que hacerlo con verdadero interés. —Ghiro se rascó la frente —. Repite el gesto, por favor; levanta la mano derecha y toma aire. Procura relajarte.

—No puedo.

—Claro que puedes, solo tienes que esforzarte un poco.

La joven se colocó la trenza hacia atrás, cerró los ojos y respiró profundamente. Los viejos pinos parecían observarla en silencio. Se concentró. Escuchó las ramas rozarse. Las risas de Eltsay y Mayara a lo lejos. El choque de las espadas de Kishur y Alfar, que entrenaban en el claro. El graznido de un cuervo. Estiró el brazo derecho, puso la palma de la mano hacia arriba y encogió el dedo índice.

—Fuego —susurró.

No sucedió nada.

—Fuego, fuego, fuego... ¡Joder!

Dio una patada al aire, frustrada. Ghiro esperó paciente, aunque solo en apariencia; lo cierto era que le dolía la mandíbula de soportar la presión de guardar silencio. Era la peor alumna que había tenido.

—Esto no sirve de nada, ¿y si probara a decirlo en dárico? Podríais enseñarme al menos esa palabra, los cimientos de vuestra civilización no se derrumbarán por eso. Quizás solo funcione en vuestro idioma.

—Alhanna, como ya te he explicado casi una docena de veces, la endomia no está ligada a ningún idioma. La palabra que uses carece de importancia, podrías aprender a expulsar energía para convertirla en fuego y decir «agua». Este ejercicio es solo para que aprendas una palabra y un gesto para poder asociarlos a la endomia. —Se tiró de la barba—. Cuando lo consigas y tengas control sobre tu poder, bastará con un solo pensamiento para usarlo.

—Es complicado...

—La endomia es una disciplina, un arte. Olvida que la usaste y olvida lo que ocurrió. Veo el miedo en tus ojos, crees que volverás a ese lugar de tinieblas si accedes a ella de nuevo. Tener miedo a caer es el mayor impedimento que existe para aprender a andar. —Ella asintió conforme y Ghiro se entusiasmó un poco por haber sido capaz de captar su atención—. Tienes que ser capaz de sentir la energía que hay en tu interior, verla como si te miraras en un espejo y usarla como si fuera un brazo. Piensa en lo que deseas y concéntrate, no visualices nada, solo el fuego.

—¿Por qué ha de ser fuego?

—Para un principiante, convertir la energía en fuego es lo más sencillo. Cuando aprendas a controlar tu poder, podrás hacer otros usos de ella, como generar aire, por ejemplo. —Ghiro se alejó de Alhanna—. Vamos, inténtalo de nuevo.

Alhanna asintió. Notaba la presencia de Kishur cerca, observando. ¿Había dejado de entrenar? Abrió la mano y pensó en fuego. Recordó el bosque con los kalastys, la

chimenea en casa de su padre... Sus pupilas se dilataron y se volvieron oscuras como el acero. Llamó al fuego en un susurro.

No sucedió nada. En la oscuridad de su mente vio el lago; las aguas de color plata formaban una superficie lisa, igual que la de un espejo. Estaba sola, envuelta a una capa de tinieblas. Quiso mirar su reflejo en el lago, pero sintió miedo. El viento sopló combando las briznas de hierba como olas de un mar verde. Kishur se acercó, despacio, y ella permaneció inmóvil. Los pájaros volaron sobre sus cabezas. Un petirrojo se posó en una ramita cerca de Alhanna.

Ghiro y Kishur se miraron. Ella abrió los ojos y dio un brinco al ver que Kishur la contemplaba de cerca, inclinado hacia ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alhanna dando un paso atrás.

—¿Dónde has estado? —quiso saber Kishur. El pelo suelto le caía a ambos lados de la cara, y se incorporó—. ¿Lo sabes?

—No entiendo a qué te refieres.

—Cuando te concentras de ese modo es como si desaparecieras. He mirado tu rostro y no parecías estar aquí. —Sonrió y fue hacia Ghiro—. Pero quizás solo sea una percepción equivocada por mi parte.

—¿Asumís un error? —preguntó Ghiro entre risas—. Uno ha de alegrarse de vivir tantas ágaras para oír ciertas cosas.

Kishur siguió sonriendo. Alhanna miró al cielo. El atardecer le pareció agradable; nunca se había fijado en lo hermoso que se volvía el paisaje bajo la luz anaranjada de la puesta del sol. ¿Era también así en Asthaluss? No lograba recordarlo. Volvió la mirada hacia Kishur, que se había desprendido de la armadura y las espadas. Sintió calor en su pecho y un extraño sentimiento de posesión que la tomó por sorpresa. «Kishur me pertenece, es mi deber permanecer a su lado». Su propio pensamiento le provocó escalofríos.

A lo largo de su vida había enseñado a incontables jóvenes; habían puesto a muchos infantes bajo su tutelaje y él había sabido moldearlos hasta hacer de ellos hajaeks honorables. Tenía la templanza, la sabiduría, el interés... las características que lo habían convertido en uno de los mejores enseñando el arte de la espada. Cierto era que nunca había sido profesor de endomia, pero la disciplina requerida en ambas doctrinas era la misma. Había estado meditando sobre ello: ¿Qué estaba haciendo mal para que Alhanna no lograra entender sus explicaciones? Ghiro estaba sentado sobre un tronco hueco, y el musgo se le había pegado a los pantalones. Con la daga, despellejaba una de las liebres que habían cazado. Los demás estaban junto a la hoguera, cada uno ocupado con su quehacer.

Cuando escuchó las pisadas a su derecha, alzó la cabeza y Kishur apareció a su lado. Resignado, continuó con su labor, aún le quedaban las otras dos liebres por preparar. El caldo ya debería estar listo.

—¿Qué se os ofrece? —preguntó el anciano.

—No eres tan buen profesor como creía.

Ghiro farfulló disgustado. Decidió ignorarlo, a veces esa era la mejor solución con su señor. Sin embargo, Kishur no parecía tener intención de dejarlo solo, y el anciano comenzó a ponerse nervioso; le entraron ganas de lanzarle la liebre que tenía entre las manos.

—Alhanna necesita conocer su poder y aprender sobre la endomia. Es peligroso que un endómico no sea capaz de controlarlo —continuó Kishur—. Sería conveniente que aprendiera lo básico antes de llegar a Fraem-Lab.

—Soy consciente de ello.

—¿Y entonces? Quizás ya seas demasiado viejo. —Kishur sonrió.

—¿Queréis limpiar las liebres y cocinarlas? Puede que, por una vez en vuestra vida, sintáis deseos de preparar la cena a vuestros hajaeks. —Lo miró de reojo, con la vena del cuello hinchada—. Y nunca dije que pudiera enseñar endomia, lo mío son las armas. No soy teólogo ni filósofo, no sé de artes, y los cuentos e historias que conozco se los debo a mis noches en vela. Así que no, no sé enseñar endomia; si tratáis de que vuestra burla me haga perder los estribos... —Levantó la cabeza mientras soltaba la liebre sobre un paño—. No os saldréis con la vuestra.

—Yo no he insinuado nada —dijo Kishur echándose el cabello hacia atrás.

—Me voy al río a lavarme las manos y a perderos de vista un rato, uno bastante largo, a poder ser. —Ghiro se puso en pie y tiró la daga junto a la liebre que quedaba sin despellejar—. ¡Ádria! Encárgate tú de las malditas liebres.

Se alejó a grandes zancadas. Kishur tomó aire para aguantar la risa y fue tras él. Lo alcanzó enseguida.

—Solo necesito que le enseñes lo básico y la mantengas entretenida.

—Lo sé —gruñó Ghiro—, pero no resulta sencillo. Cuando esos ojos se le vuelven oscuros, parece que me va a carbonizar como hizo en Górgora con los kalastys. Sientes que la misma muerte te está observando. Por los dioses, se me eriza el vello solo de pensarlo... Si creéis que me he vuelto loco, os ruego que me lo digáis, pero no es una chica normal.

—Es una humana con endomia, algo que jamás habíamos visto y que nos desconcierta, es la primera vez que vemos ese poder en alguien como ella. Y creo que exageras. Como siempre, te dejas llevar por tu lado más teatral.

—¿Eso pensáis? No os gustó cuando mató a aquel hombre en Shavara.

—No dije tal cosa.

—No hizo falta, os conozco. Alhanna no lo mató solo para defenderse, disfrutó con ello. Antes que endomia, habría que enseñarle otras cosas mucho más importantes, como el respeto por la vida.

—En Fraem-Lab habrá oportunidad de hacerlo.

Ghiro gruñó, se secó las manos en la camisa y las olió. Volvió a sumergirlas en el río, tenía los dedos entumecidos por el frío del agua.

—Mucho apego le estáis cogiendo. —El anciano lo miró.

—Me sorprende tu comentario. Eres el único capaz de comprenderme. —Kishur bajó repentinamente la voz como si temiera que alguien escuchara su conversación—. Ella apareció ante mí por alguna razón, pudo haberlo hecho en cualquier lugar y en cualquier momento. Lo he pensado mucho. ¿Y si Muriath la trajo? ¿O fue Asthaluss? ¿Los dioses? ¿Qué gran fuerza la condujo hasta mí? Quizá jamás llegue a conocer las respuestas, pero el hecho es que ella está aquí, y siento que es mi responsabilidad protegerla y guiarla.

—Tenéis razón, me he hecho demasiado viejo.

—Si fueras teólogo, estarías sentado a tu mesa, quizás escribiendo y tomando una taza de té. Tu piel estaría menos curtida y tu cuerpo menos desgastado. Tampoco tendrías esa fea cicatriz.

—Esa vida nunca fue para mí —sentenció Ghiro—. Y jamás la quise.

Era una aldea fantasma. Había una veintena de casas medio derruidas sobre las cuales el bosque se abría paso, tratando de retomar lo que le pertenecía. Las hiedras, helechos y malas hierbas crecían a su antojo, engullendo las paredes y los tejados de las casas, los establos, la vicaría y el resto de los edificios. Frente a la iglesia, en el suelo, yacía una enorme campana oxidada, cubierta de musgo y medio oculta en el suelo. El atardecer se filtraba entre los árboles y la lluvia seguía cayendo. Alhanna se quitó la capucha y miró al cielo. Había restos de tejados en el suelo, dos casas completamente derruidas y un montón de madera sobre la que habían crecido flores y hongos.

—Esto parece sacado de la leyenda que nos contaste sobre el Jakar, Ghiro —dijo Alhanna mirando hacia todos lados—. ¿Será la aldea de la niña pelirroja?

—Lo dudo.

—¿Por qué estás tan seguro? —Alhanna dio media vuelta para mirarlo.

—Porque esa parte se la inventaron los humanos, en la leyenda original no había ninguna pelirroja que salvara a su gente. —El anciano dio un golpecito con el pie a un bulto cubierto de hierba que parecía haber sido una silla de montar—. Por los dioses... Sí que tuvieron prisa en abandonar este lugar, lo dejaron casi todo. Y mucho ha de hacer de eso, por el estado en el que se encuentra la aldea.

—El bosque siempre reclama lo que le arrebatan —sentenció Kishur.

Kishur hizo una señal a Ádria y Tottem, que lo siguieron hasta cruzar unos robles podridos, y los tres desaparecieron en la espesura. Alhanna se sentó en un tronco caído, cerca del caballo que Alfar había dejado atado para que pastara. La joven se estremeció con el aire. La gruesa capa que llevaba permitía que sus ropas permanecieran secas, pero pesaba muchísimo y le dolían los hombros. Tenía hambre y sed. Eltsay se sentó a su lado, le tendió su cantimplora con vino y le sonrió como hacía siempre.

—Bebe, te hará bien —le dijo mientras miraba como Alfar y Ghiro entraban en una de las casas en busca de un buen lugar donde dormir—. Este ambiente puede deprimir a cualquiera, pero en pocas jornadas estaremos en Liampa.

—¿Es mejor ese lugar? —preguntó ella, sin muchas expectativas.

—En realidad, no.

Una piedrecita lo golpeó en la espalda. Buscó al causante y encontró la mirada airada de Mayara. Los rizos le ocultaban prácticamente la mitad del rostro. La dárica fue hacia el caballo y se encargó de bajar la carga e ir colocándola en el suelo. No le importó que estuviera mojado, solo quería acomodar al animal para que pudiera descansar.

—Kishur se enfadará si descubre que bebemos vino en vez de agua —rio Alhanna a la vez que le devolvía la cantimplora.

—Me sigue resultando extraño escuchar el nombre de mi señor. Eres muy rara, Alhanna. Hermosa, ¡eso sin duda!, pero diferente a las humanas con las que me he cruzado. —Eltsay la miró de reojo, ignorando la presencia de Mayara de forma deliberada—. No he tenido muchas experiencias agradables con humanos, siempre me han parecido de ojos fríos y apagados, aunque es posible que el motivo sea por cómo nos miran. Tú no te pareces en nada a ellos, no logro entenderte.

—¿Y por qué insistes en conseguirlo entonces? —preguntó ella arqueando las cejas.

—Hay que ocupar el tiempo libre con algo. —Escuchó a Mayara lanzar un bufido —. Supongo que en tu mundo todos os parecéis y que los humanos de Muriath son los extraños.

—No lo sé. Nunca he encajado en ningún sitio, pero tampoco me he esforzado por conseguirlo —se sinceró la joven. Miró la cantimplora con anhelo—. En cuanto a lo de hermosa, puedes ahorrarte ese tipo de cumplidos. Me han dicho muchas cosas, pero nunca que fuera hermosa.

—Quizás no han sabido mirar.

Alhanna comenzó a reír. A pesar de la lluvia, su humor había mejorado. Vio como Mayara acariciaba el lomo del caballo mientras el animal mordisqueaba las ramas de un arbusto. Sabía que la dárica les estaba prestando atención.

—Lo que pensaran de mí en mi mundo ya no significa nada, y jamás me importó.

Eltsay se encogió de hombros; seguía sin entenderla. Sin poder evitarlo, imaginó a Alhanna desnuda sobre él, con sus pechos rozando su torso y sus manos acariciándole la espalda. Recibió el golpe de otra piedrecita, esta vez en la cabeza. Mayara había leído la excitación en su rostro.

Se resguardaron en lo que quedaba de la herrería; era el edificio que mejor conservaba el techo. Había espadas sin afilar, oxidadas y esparcidas por el suelo, algunas hachas, arcos y herraduras, casi todo cubierto de yerbajos y tierra. La fragua

estaba inservible y los animales habían destrozado con las zarpas y los dientes los pocos muebles que había. Del dintel de la entrada aún colgaba un cartel de madera, descolorido, en el que ya no se podía leer nada. Tottem había recogido uno de los arcos de entre las armas que parecían inservibles, lo había revisado concienzudamente y se había encargado de cambiar la cuerda y tensarlo. Ahora pertenecía a Alhanna.

Kishur había dado su consentimiento a encender una hoguera; tras una larga discusión con el anciano, había acabado aceptando que era mejor sufrir un ataque que comer crudo el jabalí que Tottem había cazado.

Fuera llovía sin descanso. El aire se colaba por la pared resquebrajada, pero tener un techo sobre la cabeza resultaba agradable.

Estaban sentados alrededor de la hoguera, que habían encendido sirviéndose de forraje y una mesa. Alhanna se sentó junto a Ghiro, que había extendido sus pertenencias sobre la capa y las estaba examinando: unos cuantos libros, delgados y con cubiertas de cuero, que parecían muy antiguos, saquitos con hierbas y especias, los pinchos de acero, tres dagas pequeñas, dos cazuelas y un cucharón de madera. Kishur también lo observaba, absorto en la labor del anciano.

—¿Qué haces? —preguntó Alhanna.

—Ordeno mis cosas —respondió Ghiro sin mirarla—. Ya va siendo hora de viajar con lo imprescindible, voy a buscar un lugar en el que guardar mis libros y objetos personales.

Ghiro sacó un puñado de piedras del bolsillo de su pantalón y las dejó sobre la capa. A Alhanna le pareció que no tenían nada especial, aunque había una que destacaba del resto, de color blanco, muy lisa.

—Tú y tu costumbre de ir recogiendo piedrecitas —dijo Eltsay con burla—. ¡Como si ya no te pesaran los fardos con todo lo que llevas!

—¿Quién ha pedido tu opinión? —El anciano volvió a guardarlas, no pensaba desprenderse de ellas.

Alhanna cogió uno de los libros, de cubierta negra y muy desgastada. Tenía pocas páginas, que pasó rápidamente contemplando la escritura. El trazo era hermoso.

—¿De verdad vas a dejar todo esto aquí?

—Sí. Parece un lugar adecuado. Si ese arco que te hemos dado ha logrado conservarse, mis libros también lo harán. Ya tendré ocasión de recuperarlos.

—El arco se romperá con el primer uso, la madera está podrida —dijo Kishur.

—Envolveré los libros en esta tela. —Se la mostró a la joven—. Los meteré en esa caja de ahí y la enterraré, aguantarán. Cuando todo esto acabe, de regreso a casa, volveré para recuperarlos.

—Ghiro, si tú no puedes hacerlo, confíamelo a mí —ofreció Eltsay levantando la mano.

—No, lo haré yo. —Alfar levantó su brazo también.

—¡Qué tontería! No es como si estuviera dejando aquí algo tan importante. Es

una pena, lo reconozco, pero son cosas de las que puedo prescindir. Solo prefiero dejarlas protegidas en lugar de tirarlas en cualquier parte.

—Perdéis el tiempo —dijo Alhanna sin levantar la cabeza de las páginas que miraba—. Jamás volveréis a por ellos. Lo que se deja atrás no se recupera. Cuando abandonas algo, nunca regresa.

La lluvia golpeteaba las tejas del techo. Algunas chispas rojas escaparon de la hoguera, la grasa del jabalí avivaba el fuego y lo hacía crepitar. Olía a carne asada y a tomillo. Alhanna levantó la cabeza y notó como todos la estaban mirando.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Es acertado lo que has dicho —comentó Kishur con serenidad.

Kishur estaba sentado lejos de los demás, observándolos. Hacía girar sin parar la caja de plata en su mano derecha. Miró a Alhanna un largo rato; le seguía desconcertando no poder usar su visión con ella. No le agradaba que le hubieran dado el arco, del mismo modo que detestaba que tuviera el puñal y, sobre todo, que lo hubiera usado. «Debería bastarle con mi protección». Detuvo el movimiento de la caja ante ese pensamiento. De nuevo, allí estaba, en su interior, algo que parecía tan arraigado en él que debía de acompañarlo desde el día de su nacimiento. Esa idea de que ella le pertenecía, de que debía protegerla a cualquier precio... Deseaba entenderla más que nada.

—Ghiro, ¿de qué trata este libro? —preguntó Alhanna, interrumpiendo los pensamientos de Kishur.

—Ese que tienes entre las manos es una lista con los nombres de todos los reyes que ha tenido Alviat y sus descendientes, desde Raehlan-Tae hasta el actual. Me lo regaló mi abuelo, por alguna razón pensó que era interesante conocer el árbol genealógico de nuestra realeza, pero, siendo sincero, no lo es. Solo son un montón de nombres y más nombres. Los dos últimos los anoté yo mismo. Estoy seguro de que ni su majestad conoce el nombre de todos sus antepasados.

—Los reyes no necesitan saber, solo gobernar —dijo ella.

—Curiosa afirmación. Pero no la comparto: para gobernar hay que saber primero. El saber es lo único que concede el poder.

—¿Y vuestro rey cumple ese requisito?

—Bueno, ciertamente le faltan conocimientos. Es demasiado engreído para aceptarlo, pero acabará haciéndolo. —Ghiro se rascó la cicatriz de la cara—. Es un crimen llamarlo engreído, pero a mi edad hay cosas que me permito.

—Imagino que todos los reyes han de ser así. —Alhanna sonrió al ver como el anciano se detenía a pensarlo—. ¿Qué más dirías?

—Prefiero callar —murmuró Ghiro.

—Es estricto y reservado —siguió Ádria, interviniendo en la conversación—. Nunca perdona un error, pero sabe ser benévolo. Me permitió convertirme en hajaek cuando mi camino era el de herrero, igual que lo fue para todos mis antepasados.

—Sí, es todo eso también —admitió el anciano de buena gana—. Debe serlo si

quiere desempeñar su papel correctamente. Comete fallos, como cualquier ser vivo, pero es muy respetado por todos y sabe bien qué son el honor y el deber.

—También es muy mandón —dijo Eltsay, divertido.

—¿Qué estás diciendo? ¿Cómo te atreves? —escupió Ghiro—. En otra compañía, y en otros tiempos, eso que acabas de decir te habría costado muy caro.

Eltsay perdió el color de su cara e intentó ponerse en pie para marcharse, pero una mano lo retuvo. Kishur se sentó a su lado, junto al fuego.

—Vamos Eltsay, quédate, caliéntate con la hoguera. Y tú, anciano, no te envalentones. Yo tengo de él la misma opinión que Eltsay, pero tú lo has llamado engreído. ¿Crees que está bien decir eso de tu monarca?

—¡Yo puedo decir lo que me dé la gana!

—No deberíais hablar así del rey —les advirtió Mayara, cortante—. Es una falta de respeto.

—Tienes razón —convino Eltsay, avergonzado.

Kishur sintió ganas de reír, pero la mirada fulminante de Mayara lo invitó a no hacerlo. Había pocas cosas que la alteraran, muy pocas.

—¿Cuál es tu opinión? —preguntó Alhanna a Kishur.

La pregunta lo pilló por sorpresa. Cerró el puño con fuerza alrededor de la cajita de plata y notó los picos clavándose en su piel. ¿Que qué opinaba él sobre el rey de Alviat?

—Lo detesto —contestó Kishur con voz grave.

Nadie reaccionó ante el comentario. Alhanna sonrió. Guardaron silencio y Ghiro se levantó para ver cuánto le quedaba al jabalí. Kishur sintió su punzante mirada sobre él; sabía que su respuesta lo había indignado.

—¿Este otro libro habla del dios Dragón? —murmuró Alhanna.

Había cogido otro de los libros, que había llamado su atención porque la cubierta era de un brillante dorado. Contenía tan solo dos hojas, amarillentas y muy gastadas.

—Ten mucho cuidado con él. —Ghiro extendió el brazo para que se lo diera—. Es una reliquia, ese no pensaba dejarlo aquí. Vamos, dámelo.

—No voy a estropearlo, solo lo estoy mirando.

—Ghiro... —Kishur intentó captar su atención.

—Lo acabarás dañando con esas manos sucias que tienes, mejor dámelo.

Kishur le hizo una señal para que se callara. Ghiro miró entonces a la joven atentamente y comprendió enseguida lo que ocurría. Los demás la contemplaban atónitos.

—¿Cómo has sido capaz de leer el título? —preguntó Kishur.

Alhanna no tenía la menor idea. La escritura de la primera página se abría en su mente, despacio, como si sus ojos estuvieran enfocando una imagen. De pronto, sintió un dolor atroz en las sienes.

—No es dárico lo que has leído —dijo Ghiro con la voz quebrada—. La primera página contiene una leyenda corta escrita en lengua sagrada, de ahí que este libro sea

tan importante para mí. La segunda página es una traducción a nuestro idioma, de las pocas que quedan. Tiene un valor incalculable. Has leído en lengua Sáhica, la lengua sagrada, el idioma de los dioses. ¿Cómo puedes conocerlo? Dejó de usarse hace más de dos mil ágaras.

Los observó de uno en uno para comprobar si se trataba de una broma.

—Me estáis tomando el pelo, ¿verdad?

Ghiro negó con la cabeza y se sentó de nuevo frente a Alhanna.

—¿Entiendes esta lengua? —Kishur estaba muy serio.

—No lo sé, pero puedo leerla...

—Hazlo, por favor —le pidió Ghiro.

Alhanna se ruborizó de pronto y alzó la vista un momento para ver como Kishur la contemplaba. Su rostro estaba sereno, como siempre. Suspiró y escondió la cara detrás del libro.

—Está bien. —Carraspeó para aclararse la garganta y leyó—. «Cuando Muriath nació entre el caos y la oscuridad, despertando con furia, unido a su gemelo, nació él. Al mismo tiempo que los océanos, las montañas, los ríos y los bosques comenzaban a aparecer sobre la piel del mundo, él abrió los ojos. El dios Dragón fue su primer hijo.

»Le dio un cuerpo. Batiendo sus alas cruzó el cielo, contemplando la belleza de las lunas, sintiendo el calor del sol. Todo cuanto veía ante él le pertenecía. Contrajo una deuda, una promesa que decidió cumplir hasta su último aliento. Sería el encargado de proteger la vida de su madre a cualquier coste y así agradecer el gran don que le había otorgado Muriath: la existencia.

»Allí donde las lunas brillaban con más fuerza, reflejadas en un lago de cristal amparado por las montañas, allí donde la vegetación era más hermosa, él construiría su morada. Muriath se sintió tan complacido con aquel ser que decidió otorgarle otro don: el de la creación».

La lluvia se detuvo. El bosque quedó completamente en silencio. También la herrería. Alhanna podía oír su propia respiración y el crepitar del fuego que la grasa del jabalí estaba avivando. Fuera, a lo lejos, el eco de un estruendo recorrió el lugar. Quizás hubiera sido un árbol al caer.

Ghiro tomó el libro de sus manos y lo revisó como si esperara encontrar algo diferente en él. Parecía estar bien. Retuvo en sus labios todas las preguntas que deseaba formular a la joven.

—Conoces la lengua Sáhica —afirmó Kishur.

Alhanna no dijo nada. Kishur le sostuvo la mirada un instante hasta que ella la desvió al suelo. Probablemente no le ocultaba nada, lo más seguro es que ignorara cómo había podido leer ese libro.

—El sueño del rechazo parece que no solo te otorgó un buen oído. —Kishur recordaba lo que la joven le había contado justo después de despertar, la visión de aquel ser de ojos rojos que había hablado en otro idioma y que la había librado de otras criaturas—. Eres afortunada, en lugar de perder algo como suele suceder, has

ganado aptitudes. O se han activado.

—¿Queréis decir que era algo innato en ella? —preguntó Ghiro, desconcertado—. Los humanos...

—Lo que trato de decir —lo interrumpió Kishur— es que ella no es humana.

Alhanna temblaba oculta tras uno de los árboles del espeso bosque. Se sentía asustada y triste, y ni siquiera sabía por qué. Más allá de los robles, tenía ante ella la hermosa visión del lago con las lunas reflejadas en él. Reconoció aquel apartado lugar donde había aparecido huyendo de los kalastys la noche en la que llegó a Muriath. Allí la habían encontrado Kishur y los demás.

El viento arreció de forma repentina, zarandeando las copas de los árboles. Alzó la vista con la respiración agitada y contempló la enorme sombra que volaba sobre ella; se arrodilló en el suelo, sintiendo la humedad de la tierra bajo su piel. Sus manos limpiaron las lágrimas que corrían por sus mejillas. Lloró en silencio. Miró el lago: la imagen de las lunas sobre la superficie se había enturbiado, pues el aire ondeaba el agua.

Un rugido animal la obligó a taparse los oídos. El suelo tembló. Cerró los ojos tratando de controlar su respiración. Una brisa cálida la rodeó y pudo oler el perfume de jazmín. De pronto, unos brazos la rodearon desde la espalda, y sintió el cuerpo de una mujer pegado al suyo. Notó su aliento en el oído y se estremeció. Escuchó el susurro y las lágrimas fluyeron con rabia.

—Él te está buscando, y no parará hasta darte caza y devorar tu cuerpo, hermana.

El bramido de una criatura retumbó en su cabeza, el mareo la venció y cayó de rodillas al suelo. La mujer la soltó. En el cielo, unos ojos brillaban como el fuego.

Alhanna gritó.

Despertó entre las sacudidas de Kishur, bañada en sudor y temblorosa. Llovía de nuevo. Permitió que el dárico le acariciara el rostro y le apartase el cabello de la cara. Sentía una intensa presión en el pecho.

—He tenido un sueño —susurró. Había demasiado silencio en la herrería, solo podía escuchar los ronquidos de Ghiro—. Un sueño que aparece en el libro que escribió mi madre, exacto hasta el último detalle.

—Eso no debería preocuparte, no es real —le dijo Kishur.

—Dijiste que no soy humana. Fuiste cruel. —Desvió la mirada a un lado, ¿por qué sentía tanta tristeza? ¿Era solo por el sueño?

Kishur no contestó. Se pasó la mano por el cabello y miró hacia la hoguera, que estaba a punto de extinguirse. Los demás dormían, o eso parecía. Hacía mucho tiempo que no era capaz de conciliar el sueño con normalidad; siempre estaba alerta, aunque no tuviera razón para hacerlo. Tenía demasiado en lo que pensar.

—Vuelve a dormir, Alhanna.

Estaba agotada, así que no se lo discutió. Kishur sacó la cajita otra vez y comenzó a darle vueltas, despacio, acariciando los bordes de frío metal. Se le pasó por la mente que quizás algún día fuera capaz de devolver el objeto. Negó con la cabeza. «No, jamás regresaré a Alviat».

Las Óleas

Quiazz tiró de las cuerdas en vano. Le dolían las muñecas y sentía presión en el pecho tras sus intentos frustrados por arrancarlas. Al menos, podía estar satisfecho de no seguir amordazado, algo con lo que su padre lo amenazaba constantemente. Llevaba horas gritándole, intentando hacerle entrar en razón, rogándole que ordenara al barco dar media vuelta. Estaba cansado e irritado. Deseaba golpear algo hasta que le sangraran los nudillos. Lo habían arrastrado a una empresa cuyo objetivo no compartía.

El curso del río era violento. El viento ayudaba al barco a alcanzar una buena velocidad. A través de la pequeña ventana del camarote en el que lo habían encerrado, podía contemplar parte de la cubierta. La tripulación corría de un lado a otro intentando enderezar la nave, que daba tumbos y amenazaba con estrellarse contra los salientes. Navegaban por un cauce estrecho mecidos por los envites de las olas y el impulso del viento. Alcanzaba a ver los acantilados que se erigían a ambos lados del paso, pero ignoraba en qué parte del río estaban ni qué rumbo llevaban.

—¿Has pensado ya en todo lo que hemos hablado? —Zaraen entró procurando que el vaivén del barco no lo desestabilizara.

—No tienes derecho a hacerme esto. —Lo miró con intensidad; sus ojos de color esmeralda estaban húmedos—. Intentas hacer conmigo lo que no pudiste hacer con mi madre: me mantienes a tu lado a pesar de mis deseos. ¿Cómo esperas que vuelva a confiar en ti?

Zaraen se rascó la cabeza, exasperado.

—Eres más testarudo de lo que imaginaba.

—¡Suéltame!

—No.

Quiazz golpeó el cabecero de la silla sobre la que estaba atado, cerró los ojos y dejó escapar un suspiro cansado. La madera del barco chirrió contra el agua. Algo recorrió la cubierta rodando, quizás un barril. Los marineros maldijeron.

—¿Quién es tu informador? Exijo saberlo —dijo Quiazz.

—La conoces. He de agradecer la amistad que tienes con esa extraña chica de cabello oscuro. Fue ella quien me habló del endómico, y no solo eso. Entre otras cosas, me confió que tú lograrías convencerlo para unirse a nosotros, que serás el

único capaz de hacerlo. —Zaraen asintió—. Ha permanecido a tu lado desde que llegaste a la ciudad y te ha mantenido vigilado. Y debe de significar algo.

—¿Y solo por esa razón crees en sus palabras? —el joven rio.

—Me habló de tu madre, de tu vida en el holeoj cuando eras un niño. —Zaraen miraba a su hijo con serenidad—. Ella sabía cosas que nadie más conoce sobre nosotros, sobre mí. Se negó a decirme quién es y solo me confió que algún día te lo mostraría.

—Para mí eso no es suficiente.

—Bueno, si no dijo más que mentiras, este será tan solo un agradable viaje de padre e hijo. Y, si por casualidad, en nuestro camino encontramos a un humano con endomia, me ayudarás a ponerlo de nuestro lado. —Zaraen sonrió al ver el enojo de su hijo; era sencillo hacerle enfadar.

—Entonces, me obligas a acompañarte porque me necesitas. —Quiazz estaba furioso, con su padre, con la chica y, sobre todo, consigo mismo por haber sido tan ingenuo.

Quiazz apartó la mirada de su padre y Zaraen respetó su silencio. Sabía que necesitaba tiempo para asimilar todo lo dicho. Al cabo de un rato, el joven suspiró y volvió a mirar a su padre.

—A estas alturas no tengo opción. No voy a volver nadando —dijo Quiazz en un tono más conciliador—. Te acompañaré, pero solo para poder dar parte de tus acciones al consejo cuando regrese. Porque regresaré. Solo espero que esta locura tuya de buscar a ese endómico no cause una desgracia irreparable en Marial-Pat y que lo que te propones no traiga consecuencias con los dáricos. De ser así, estamos perdidos.

—Debes confiar en mí, hijo.

Zaraen sacó el puñal de su funda y cortó las cuerdas. Quiazz se frotó las muñecas enrojecidas, se puso en pie y se estiró para desentumecer sus músculos. Se lanzó contra su padre y lo golpeó con fuerza en la cara.

—¡Jamás vuelvas a hacerme algo así!

Zaraen ni siquiera se había movido del sitio, pero tuvo que admitir que había sido un buen puñetazo. Se sintió extrañamente orgulloso.

Quiazz caminó con paso vacilante hasta la mesa, tomó la jarra de vino que había sobre ella y no se molestó en llenar una de las copas de cristal azul, sino que bebió directamente. Cuando estuvo satisfecho, fue a la cómoda donde habían depositado una palangana con agua y sumergió la cara en ella para aliviar el calor de su rostro. Su padre le tendió una toalla.

—Me has secuestrado —masculló en voz muy baja.

—Sí, es evidente. Déjalo ya.

—Los ancianos deben de estar buscándome por toda la ciudad en estos momentos; puede que primero hayan pensado que estaba con una chica, pero acabarán por darse cuenta. Atarán cabos en cuanto descubran tu desaparición y la de

tus mejores hombres. ¿Cómo has logrado convencerlos para que te acompañen?

—No he necesitado hacerlo.

—¿Pero en cambio sí has visto necesario arrastrarme a este viaje en contra de mi voluntad?

—Siempre te quejas de no conocer mundo, y ahora te doy la oportunidad de ver algo más que esa ciudad y el asqueroso holeoj donde te criaron. Deberías estar contento, al fin podrás cumplir tu sueño.

—No intentes embaucarme, detesto cuando lo haces.

El barco quedó en calma, tan solo sacudido por ligeros zarandeos. Al salir, Quiazz tuvo que taparse los ojos porque la luz le molestaba. Estaba atardeciendo, el sol se ocultaba entre las montañas brillando sobre el Hicama. Los acantilados ascendían a gran altura, recortados contra el cielo en forma de una eterna escalera. Los arbustos crecían en las paredes rocosas y daban color a la sobriedad del paisaje. Quiazz miró encandilado la cima de los acantilados a su derecha, donde vio un rebaño de cabras monteses suspendidas en las alturas. Sonrió.

—Nunca has cruzado por estos lugares —observó Zaraen—. Más adelante, el río se ensancha tanto que no logras ver las orillas. Tras cruzar estos acantilados, tomaremos la vertiente hacia el río mudo y cruzaremos el gran hoyo. En ese lugar no hay muros de piedra ni riscos que esquivar, solo un agua en calma y transparente que muestra una gigantesca oquedad en el fondo del río. Las rocas gigantes se erigen aisladas, y las aves construyen sus nidos en ellas. Es un lugar mágico.

Quiazz lo miró de reojo.

—Vamos, no disimules, te conozco bien. Una parte de ti está eufórica ante la idea de este viaje.

—Ya veremos. ¿Has pensado qué harás cuando encuentres al endómico? Podría usar su poder contra nosotros, puede que no le agrademos.

—Ella me dijo que pasará todo lo contrario si eres tú quien intenta persuadirlo. O persuadirla —dijo Zaraen con confianza—. Quizás se trate de una chica y logres embaucarla como haces con las jóvenes de la ciudad.

—Eres un cínico. —Pero sonrió, el comentario le había resultado gracioso—. Me preocupa más el grupo de dáricos que lo acompañan. Ellos no tendrán contemplaciones si creen que somos una amenaza. Podríamos intentar negociar, puede que deseen deshacerse del endómico, quizás lo tienen en custodia para evitar que use su poder de forma incontrolada.

—¿Negociar con dáricos? No seas ridículo. —Zaraen rio con ganas—. Lograremos que no sean un obstáculo para nuestro propósito. Hay muchas formas de robar algo, hijo mío.

Atasia

A poca distancia de Neca estaba la carbonería. Cada día, numerosos carros cargados de madera se desplazaban por los caminos que enlazaban Palar y Neca. Era un hervidero incesante de gente en ambos sentidos. Desde la profundidad del bosque se podía oír a los leñadores serrar sin descanso desde que salía el sol hasta que comenzaba a ocultarse. El invierno se acercaba. Había atascos en las rutas, los trabajadores se mezclaban con los viajeros que emigraban hacia el oeste y con los que querían llegar a las montañas heladas. Las comarcas cercanas enviaban a sus soldados a patrullar la zona para garantizar el suministro de leña para sus fraguas.

—En tiempos de guerra, se necesitan armas —dijo Shudei.

Estaban parados a mitad de camino, como el resto de la gente. Algunos lo habían abandonado para coger senderos de cabras que debían conocer y otros se habían sentado, armados de paciencia.

—¿Y si te dijera que una guerra se puede ganar sin espadas? ¿Sin hachas ni flechas? ¿Sin martillos ni lanzas? —preguntó Riaku—. Hay armas mucho más poderosas que no están hechas de acero, que son de carne y hueso y que, sin embargo, tienen mayor poder de destrucción.

—Hay mucha gente aquí que puede oírte. Contente.

—Me resulta difícil, ya lo sabes. —Suspiró resignado. Le dolía el trasero de montar a caballo, habían cabalgado toda la mañana sin detenerse—. No hay nada de malo en conversar.

—Lo hay si la persona equivocada te oye. Mira cuánta gente nos rodea, cuántos hombres y mujeres con hachas y martillos —le dijo entre susurros—. Debes ser más sutil, los de tu clase no soléis tener buen final al ser descubiertos.

—Ni siquiera te atreves a decir qué soy en voz alta. —Abrió la boca todo lo que pudo en un bostezo—. No he soñado con mi muerte, y te aseguro que la tuya no será en este lugar ni en este momento.

—Y sigues con eso...

—Solo quiero decirte que no debes preocuparte por que la gente descubra que soy un soñador. Están tan ocupados con llegar a su destino que ni siquiera se darían cuenta si un kalasty se les pusiera en frente.

Se escucharon gritos a lo lejos. No alcanzaban a ver nada entre el tumulto. Shudei

le pasó la mano por la crin a su caballo para calmarlo.

—¡Eh! —gritó un hombre a su lado—. Tú eres un Hal, ¿verdad?

Iba acompañado de otros cinco hombres que arrastraban un carro cargado de madera recién cortada. La gente de alrededor se volvió para mirarlo y comenzó a murmurar. Shudei odiaba esas situaciones, ¿qué les parecía tan interesante? Evitó responder y espoleó al caballo para que avanzara, pero no llegó lejos, pues la gente le impidió el paso enseguida. Tendrían que abandonar la comodidad del camino. Riaku lo alcanzó con su caballo y le tocó el brazo.

—Hermano, debemos salir de aquí en seguida. —El joven había palidecido, tenía la frente bañada en sudor—. Hay que huir.

—¿Qué dices? ¿Huir de qué?

Una bandada de pájaros voló sobre sus cabezas en dirección contraria a ellos. Volvieron a escucharse gritos en la lejanía, y la gente quedó en silencio, a la espera. Los gritos aumentaban y su eco resonaba cada vez más cerca. Muchos comenzaron a caminar de regreso a Palar, dejando las cargas para aligerar el paso. Fueron marchando despacio, sin dejar de mirar en dirección al griterío. Shudei y Riaku abandonaron el camino, y el gélido aire procedente del bosque los rodeó. Shudei se puso de pie sobre los estribos para intentar ver algo, pero desde allí era imposible. Solo alcanzaba a atisbar las cabezas de la gente que caminaba con más premura cada vez.

Una columna de fuego se alzó en el horizonte y los alaridos se volvieron frenéticos. Una gran mancha de humo negro comenzó a cubrir el cielo. La gente empezó a correr, atropellándose; algunos lo hicieron hacia el bosque, pero muchos se resistían a dejar el camino. El caballo de Shudei, nervioso, se puso sobre dos patas y relinchó. Le costó un buen rato calmarlo.

—Algo muere, hermano —susurró Riaku mientras temblaba.

Riaku gritó y se agarró la cabeza con ambas manos. Shudei cogió las riendas de su caballo para tirar de él.

—¿Qué te ocurre? —Miró hacia atrás. Los gritos casi les habían dado alcance. Debían marcharse.

—¡Está en mi mente! Algo muere, siento la sangre, puedo sentirla. ¡Y duele! —Agarró las muñecas de Shudei, que todavía sujetaban las riendas—. ¡Sácame de aquí!

Neca ardía. El fuego se alzaba a la altura de sus torres, y la muralla se desgranaba como si fuera de arena. Las calles estaban repletas de cadáveres que se consumían y gente que trataba de huir. Las espadas de los kalastys se cernían sobre todos, sin distinción, y cortaban y cortaban a su paso, sembrando el suelo con cuerpos irreconocibles. El fuego avanzaba al mismo ritmo que ellos lo hacían. El humo negro ascendía hacia el cielo, ocultando la luz del sol, dejando el pueblo en penumbras. Las llamas avivaban los gritos.

Los kalastys se lanzaron a los caminos y atravesaron los bosques. Atacaron todo el día, sin descanso, sin piedad. Daban caza a cada humano que tratase de huir a pie, y muchos de ellos ni siquiera portaban armas con las que defenderse. La tierra se fue tiñendo de escarlata. Los humanos intentaban alcanzar Palar o Atasia, refugiarse tras sus muros, pero de nada serviría. Ambas ciudades caerían antes del anochecer.

Nactam-Kae se aferraba al primer portón de Palar, un muro de piedra que rodeaba la pequeña ciudad y daba acceso a la entrada principal. Sus hombres y él trataban de defender lo que quedaba de ella e intentaban dar tiempo al mayor número de gente posible para entrar y refugiarse. Lo habían contratado dos semanas antes para apoyar a los soldados de la familia Fed, que gobernaba la ciudad. Cuando le dijeron que debería defender Palar de los kalastys, no dudó en aceptar el cometido y reunió a sus mejores mercenarios para el trabajo. Detestaba a los kalastys, aunque para él odiar era sencillo; estaba en su naturaleza. Las últimas ágaras las había pasado fuera de Neca, su ciudad natal, la ciudad que debería haber gobernado si su padre lo hubiera permitido. «Debí acuchillarlo antes de que me desheredara», pensó.

Lo acompañaban diez hombres, dos de ellos sus amigos leales. Su hija también se había unido al grupo; siempre estaba dispuesta a participar en una buena lucha. Y aquella prometía serlo.

Tras la barricada que habían improvisado con muebles y piedras, los hombres de Nactam lanzaban sus flechas. A lo lejos podían ver como los kalastys mataban a los humanos que no lograban alcanzar el primer portón. Las campanas de Palar sonaban sin parar, frenéticas. Dentro de la ciudad se disparaban los gritos de la gente que corría por las calles buscando refugio, ignorando que ya nada podría protegerles.

—¡Debemos retroceder! —insistió Daef, un hombre alto y de cabello rubio.

—¡Lucha, joder! Para eso te pago y para eso estás aquí —gritó Nactam, escupiendo saliva. Llevaba puesta su pesada armadura de acero oscuro y el cabello recogido en una trenza corta.

—¡Pues es que no lo entiendo! ¿De qué va a servir?

Le lanzó una mirada furiosa; ¿a esas alturas iba a acobardarse? Daef había combatido junto a él una docena de veces desde que se conocían, y esa era la primera en que veía temor en sus ojos. A su lado estaba Granab, el mejor arquero con el que había trabajado. Lanzó una flecha y derribó el vargum de un kalasty, que saltó e hizo una pirueta para aterrizar de pie mientras el animal rodaba por el suelo. Llevaba la cabeza rapada y dos espadas, una en cada mano. Era un comandante. «¡Ese es para mí!». Miró a su hija, que mostraba una expresión feroz. Nactam saltó la barricada en la que se escondían y corrió hacia el comandante.

Un soldado kalasty disparó con su arco y, de pronto, la punta de una flecha asomó por el cuello de Granab.

—¡Malditos kalastys! ¡Desgraciados! —gritó Daef—. ¡Venid aquí! ¡Vamos!

—Vendrán —dijo con calma la pequeña Dana, mirando al compañero caído. Había otros cinco cuerpos allí dentro—. Vendrán y los mataremos a todos, ya lo

verás.

Se agacharon para protegerse de la lluvia de flechas que cayó sobre la barricada. Dos hombres fueron heridos, uno en el vientre y otro en la pierna. Daef se envalentonó y saltó hacia el barro para enfrentarse a un kalasty. Nactam luchaba con el comandante y se estaba alejando de ellos sin darse cuenta.

Un grupo de hombres y mujeres salió del bosque a toda velocidad; los perseguían a caballo. Dana usó el arco y acertó en el brazo de uno de los kalastys; con suma rapidez volvió a tensar otra flecha, y después otra. Logró derribar a cuatro de ellos antes de que los hombres pudieran llegar hasta el portón. Pero los kalastys iban a caballo e incluso los de menor estatura terminaron decapitados. Dana escupió al suelo y maldijo:

—¡Al carajo!

Al abandonar la barricada de un salto, el barro le salpicó en la cara. Entre ella y Daef lograron dar buena cuenta de dos kalastys, pero pronto los vargums de una nueva oleada de soldados comenzaron a rodearlos. Sus compañeros permanecieron agazapados tras las improvisadas defensas para esquivar las flechas que seguían cayendo. Mientras, Nactam continuaba luchando con el comandante. Cuando vio que rodeaban a Dana, lo envolvió la rabia. En tan solo dos frenéticas embestidas, logró derribar al comandante y le atravesó el pulmón con la espada. Luego se volvió hacia sus hombres.

—¡Salid de la barricada! —gritó Nactam al grupo.

Arqueros kalastys aparecieron en la linde del bosque y lanzaron flechas incendiarias que pronto hicieron que los muebles de la barricada comenzaran a arder. Siguieron disparando sin descanso. Los hombres de Nactam fueron cayendo entre alaridos y maldiciones.

Nactam corrió para volver con su hija y Daef, que seguían rodeados por los kalastys. Daef detuvo el embate de una espada, se giró para enfrentarse a otro soldado y le clavó la hoja reluciente en el pecho. Antes de poder recuperar el arma, un kalasty le cercenó la cabeza. Nactam gritó. Observó a su Dana matar a un enemigo y luego empujar su cuerpo con la pierna para extraer el arma. De pronto, una pica atravesó el centro de su corazón. La joven no tuvo tiempo de reaccionar. Nactam se detuvo en mitad del caos, contemplando como el cuerpo sin vida de su hija golpeaba el suelo. Apretó con fuerza el mango de la espada y, por un momento, solo pudo oír su ronca respiración. Las imágenes a su alrededor parecían tan solo un sueño.

Sus compañeros y su hija habían muerto. Estaba solo. Los gritos de los hombres y mujeres que no lograban llegar hasta el portón se le antojaron lejanos, irreales.

Los kalastys derribaron al fin las puertas de Palar. Los alaridos se intensificaron, vio el fuego alzarse. Mientras la ciudad sucumbía, él no podía apartar la vista del cadáver de su hija, que seguía con los ojos abiertos. Los kalastys lo rodearon, aferrando sus armas, dispuestos a lanzarse sobre él. Sintió una presencia a su espalda, tan cerca que notó el aire cálido de su aliento en la oreja.

—¿Sabes quién tiene la culpa de todo esto? —No reconoció la voz masculina que le hablaba—. Claro que lo sabes, por eso te has rendido.

—Déjame en paz —musitó. Casi no le quedaba voz, ya no tenía fuerzas—. Mátame o da la orden para que otro lo haga, pero ¡no me jodas!

—Abandonados, aniquilados.

—Cállate... —Era incapaz de moverse. Sus manos temblorosas dejaron caer la espada al suelo, y sus ojos enrojecieron por la rabia.

—Has intentado resarcir las malas acciones de tu pasado luchando aquí para proteger las puertas de Palar. ¿No crees que ya es demasiado tarde para tener conciencia? Nunca has sido un buen hombre. Has violado a las mujeres que has querido, has asesinado y has robado sin llegar jamás a sentirte satisfecho. Esa sed, esa que nunca se apaga, que te envuelve día y noche... —la voz era suave, tintineante— yo la apagaré, Nactam-Kae, hijo de Hactam-Kae, señor de Neca. Acompáñame y te ayudaré a apagar esa sed. ¿No quieres vengarte de aquellos que te han abandonado?

Los kalastys lo observaban con odio, el mismo que él sentía hacia ellos. Habían matado a su hija. Diez ágaras atrás, había tenido que ver morir a su hijo; ya no le quedaba nada. ¿Vengarse? Claro que lo deseaba.

—Tendrá un precio —advirtió Nactam.

—Ya sabes que todo lo tiene. —Se separó de su oreja y puso sus manos en los hombros de Nactam. Eran delicadas, no parecían las de un soldado, pero ejercían una fuerza abrumadora que le obligó a flexionar ligeramente las rodillas—. Te daré un nombre y tú lo buscarás por mí. Lo quiero con vida.

Los kalastys apartaron las armas de él y dieron media vuelta para dirigirse a la ciudad, dejándolo solo con el hombre que tenía a su espalda. La presión sobre sus hombros amenazaba con tirarlo al suelo. El calor de las llamas era sofocante. No era capaz de mirarlo: ¿quién sería? Si algo estaba claro, es que lo mataría si se negaba. ¿Estaba dispuesto a morir allí?

—Dame un nombre —cedió Nactam, con rabia.

—Quiazz, el hijo bastardo del general Zaraen.

Nactam abrió los ojos, sorprendido. Sonrió. Zaraen era un nombre conocido para él. La vida parecía darle una nueva oportunidad y no iba a desaprovecharla.

El invierno comenzó teñido de muerte, de sangre y fuego. Las primeras nieves se mezclaron con las cenizas y los cadáveres que ahora cubrían los pueblos colindantes de la comarca de Atasia. La industria metalúrgica se había detenido, y también el trabajo incesante de los leñadores, recolectores y cazadores que deambulaban por el bosque durante el día. La carbonería se había derrumbado junto a un centenar de trabajadores. Ahora el silencio lo cubría todo. No quedaban niños jugando, construyendo cabañas, aprendiendo a usar la espada. Tampoco mujeres recogiendo frutos y plantas ni ancianos compartiendo historias. No había perros ladrando a los

extraños. Todo estaba muerto. El invierno había comenzado de la forma más cruel.

Llanura de Liampa

Quedaban pocas semanas para la llegada del invierno. El tiempo estaba cada vez más embravecido, el viento soplaba día y noche, sacudiendo los bosques y transportando enormes masas de nubes que amenazaban con descargar intensas tormentas.

Los dáricos querían llegar a Fraem-Lab antes de que cayeran las primeras nieves. Una fuerte tempestad podría cortarles el paso y dejarlos a mitad de camino. Después de Jarla-Neva, habían pasado cerca de dos aldeas humanas y habían entrado en una de ellas para abastecerse. También se habían hecho con gruesas capas de piel, y buscaron ropa para Alhanna. Resultó una tarea ardua, porque se negó a ponerse un vestido y tuvieron que conseguirle unos pantalones de algodón y una chaqueta forrada con lana. Los pantalones le quedaban perfectos, pero la chaqueta era demasiado grande para ella. Kishur quiso comprar caballos, pero los aldeanos solo tenían dos viejas yeguas y cuatro burros. No lo admitiría nunca en voz alta, pero haber dejado los vargums en Górgora no había sido buena idea. Al final, tuvieron que continuar con el único caballo que llevaban.

El animal los seguía sin entusiasmo, cargando con los fardos y algo de agua y comida, lo poco que les quedaba. Lo habían cubierto con una manta para protegerlo del frío.

Para llegar a la ciudad, debían cruzar la llanura de Liampa, un vasto desierto helado rodeado de montañas blancas que una vez, en medio de la historia del mundo, había sido un lago inmenso. Liampa era sobrecogedora: la amplitud de la llanura imprimía en el alma un profundo sentimiento de soledad contra el que era difícil luchar. Iban despacio para respetar el ritmo de Alhanna, luchando contra el viento y soportando el peso de las capas, cubiertas del polvo blanco que levantaban a su paso.

Kishur miró las espesas nubes que avanzaban hacia su posición. No quería exponer al grupo a una tormenta, y menos a una de la dimensión que prometía la oscuridad con la que esas nubes lo cubrían todo. Esperaba poder alcanzar pronto la ciudad. Ghiro caminaba a su lado, absorto en un mapa que intentaba mantener enderezado a pesar de los azotes del aire. Alfar iba detrás, tirando del caballo; llevaba demasiado rato en silencio. Los otros marchaban delante, de dos en dos. Alhanna permanecía a su lado. Kishur sabía que no lo estaba pasando bien. Le costaba mucho

mantener el ritmo y respiraba con dificultad. Cada vez que inspiraba con fuerza para recuperar aire, miraba fijamente al caballo. Pero no se detenía ni se quejaba de las ampollas de sus pies. El dárico gris sonrió; se estaba haciendo fuerte, solo necesitaba algo más de tiempo.

Puso la mano en la espalda de Alhanna y le dio un pequeño empujón. Ella contestó con una sonrisa forzada tras la cual pretendía esconder su agotamiento. Arrastraba los pies; la capa debía pesarle muchísimo, no era de su talla.

El viento gélido estaba congelando su rostro, así que Kishur se cubrió con la capa. Escuchó a Ghiro gruñir; el viento había rajado su valioso mapa.

—Vamos demasiado lentos —dijo el anciano.

Era cierto, pero no quería forzar a Alhanna, un ligero retraso no iba a empeorar las cosas. Faltaba poco para el atardecer y calculaba que necesitaban, al menos, lo que quedaba del día y parte del siguiente para alcanzar su destino.

—Si empieza a nevar, vamos a tener problemas, nos hemos retrasado demasiado estas semanas. Debimos llegar hace tiempo. —Ghiro también mostraba signos de fatiga. Tenía la frente perlada de sudor y las mejillas rojas a causa de la asfixia.

Liampa suponía todo un reto. Kishur contempló el horizonte: la planicie parecía extenderse hasta el infinito, donde se encontraba con las oscuras nubes del cielo.

Kishur observó a Mayara y a Eltsay, que iban en primera línea, algo más distanciados del resto del grupo. Alhanna estornudó y llamó su atención. Agarró la capucha de la capa de la joven y la levantó un poco para mirarla.

—Estás muy callada, ¿te encuentras bien?

—Sí.

Kishur aceptó su afirmación como respuesta. Notó un sabor amargo en la boca y se sintió repentinamente inquieto. Miró hacia atrás y comprobó que Alfar lo seguía de cerca. Continuaba tirando del caballo, en silencio, mirando al suelo. Todo parecía normal, pero había algo distinto, algo en el aire. Agudizó el oído.

Mayara miró hacia atrás; notaba algo inquietante en el entorno, pero no lograba ver nada fuera de lugar. Eltsay hablaba sin parar, parecía no haber presentido lo mismo. Estaba atormentándola con falsas historias de relaciones amorosas que aseguraba haber tenido. Mayara acarició el puño de su espada bajo la capa. Todo estaba en calma: la planicie que tenían delante, desolada y cubierta de nieve, se extendía ante sus ojos como un gran manto de lana. Y entonces lo vio.

Comenzó como una pequeña mancha en la impecable llanura, y poco a poco se fue convirtiendo en un ser de carne y hueso según avanzaban y se acercaban a él. La dárica avisó a los demás con un silbido.

—¿Qué haces? —preguntó Eltsay, mirando alrededor.

—Silencio, Eltsay. —Se detuvo, obligando a su compañero a imitarla—. Mira al frente.

Eltsay obedeció y, cuando se dio cuenta, abrió los ojos, asombrado. Era un tigre blanco. Su hermoso pelaje albino se difuminaba con la nieve, las líneas negras que cruzaban su lomo eran lo único que marcaba su contorno en contraste con la blancura que lo rodeaba. Agarró la empuñadura de su espada, decidido a desenvainarla, pero Mayara le tocó el brazo para detenerlo.

—No lo hagas —pidió ella—. Hemos de ser cautos.

El tigre caminaba despacio de un lado a otro, observándolos desde la distancia. Sus patas parecían flotar sobre la llanura, curvándose a cada paso que daba. De su cuello colgaba un collar dorado.

—Hay que matar a esa cosa, nos está esperando para atacar —dijo Ádria, que acababa de alcanzarlos.

Tottem tomó el arco con mucha calma, pero no puso flecha en la cuerda. El caballo relinchó, nervioso bajo la mirada avizora del tigre.

—Es un buen espécimen. —Ghiro ya había llegado hasta ellos.

Mayara dio unos pasos hacia el animal. Se retiró un mechón rizado que se había soltado de la trenza. El tigre la siguió con la mirada, abriendo la boca y emitiendo un rugido ahogado. La dárica sonrió con frialdad y se detuvo, las manos abiertas y extendidas, alejadas de sus armas. Era un animal grande: alcanzaría el metro y medio de altura, debía de ser un adulto. Mayara sintió pasos tras ella y volvió la vista para ver que Eltsay y Ádria la seguían. Los fulminó con la mirada, y ambos hajaeks retrocedieron. Tottem sacó una flecha del carcaj muy despacio. El tigre rugió con fuerza.

—Tottem-Hon —dijo Kishur alzando la voz.

El animal comenzó a caminar hacia Mayara. Tottem tensó el arco con la flecha en la cuerda. La dárica observó al tigre, que aceleraba el ritmo. Cuando se abalanzó hacia ella, la flecha silbó en el aire y atravesó el cráneo del animal. Mayara no osó moverse. El tigre se derrumbó en la nieve y esparció polvo helado sobre Mayara.

—Ha estado cerca —susurró ella, sonriendo.

Retrocedió para no mancharse las botas con la sangre que empezaba a teñir la superficie.

—¡Tottem! ¡Ha sido impresionante! —Eltsay aplaudió.

Alhanna llegó a su lado y se quedó contemplando el cuerpo inerte del animal. Mayara tuvo ganas de reír al ver la consternación en su rostro. Era evidente que nunca antes había visto un tigre de las nieves.

—¿Cómo puede existir un animal así? —preguntó la joven—. ¡Parece un caballo! ¿Habrá otros como este?

—Es probable, normalmente van en pareja —dijo el anciano con la voz ronca—. Debemos estar más alerta que nunca, los rastreadores kalastys estarán cerca y comenzarán a buscar a su mascota cuando vean que no aparece.

—¿Su mascota? —preguntó Alhanna sobrecogida—. ¿Esto es una mascota?

—Me temo que sí —le respondió Kishur.

Emprendieron la marcha en silencio, oteando el horizonte con prudencia. Ya podían verse las primeras luces del atardecer. El viento arreció, levantando la nieve y creando remolinos blancos ante ellos. Alfar tiraba de las riendas, pertinaz; tenía dificultades para lograr que el caballo avanzara. Debían encontrar un refugio donde pasar la noche y resguardarse del aire. Mayara y Eltsay se alejaron trotando por la llanura en direcciones opuestas, encomendados por su señor, con el fin de encontrar un lugar adecuado, fuera cual fuese. Y no tardaron en hallarlo en una de las lomas que se alzaban cerca de los acantilados nevados. Era una oquedad en la roca que quedaba parcialmente oculta por unos cuantos pinos esqueléticos.

Meter al caballo dentro les costó horrores por la tozudez del animal, que se resistía a entrar en un lugar tan pequeño, así que necesitaron armarse de paciencia para lograr que aceptara entrar con ellos en la pequeña cueva. Alfar hizo que bebiera y puso ante él uno de los sacos con heno que cargaba en la silla de montar.

Comieron poco y bebieron unos sorbos del vino que les quedaba. No pudieron preparar té, porque no había madera para quemar y costaría demasiado hacer que los pinos ardieran.

—Hace frío —dijo Alhanna en voz baja, con la barbilla temblorosa—. ¿De verdad no podemos encender un fuego?

—No. Aunque lográramos encender una hoguera, sería peligroso. —Kishur estaba sentado a su lado, acurrucado en su capa—. El tigre que abatimos era de los kalastys, así que deben de estar muy cerca. Y a estas alturas ya se habrán percatado de la ausencia del animal; no tardarán en encontrarlo.

—¡Qué mala suerte hemos tenido! —exclamó el anciano.

—Por eso lo matasteis —dijo Alhanna en un murmullo.

—Hubiese sido mejor no hacerlo y no dejar constancia de nuestro paso por la llanura, pero no tuvimos opción. Esos animales son terriblemente fieros y salvajes, los kalastys los entrenan para matar todo lo que encuentren a su paso. Se camuflan a la perfección en la nieve, hemos tenido suerte de que Mayara lo localizase a tiempo.

—Creo que decidió atacar cuando Tottem-Hon le apuntó con el arco —dijo Mayara, con la espalda apoyada en la pared.

—No podíamos arriesgarnos —concluyó Ghiro.

Alhanna se quedó con la imagen del elegante animal grabada en su retina. Tenía un cansancio que no lograría arrancarse por mucho que durmiera esa noche. Casi prefería el bosque de Jarla-Neva y la incesante lluvia. Había pasado más de una semana desde que lo dejaron atrás para entrar en Liampa. Ghiro le había explicado cómo medir el tiempo para no andar siempre desorientada. Gracias a eso, sabía que las semanas tenían ocho días y los meses cuatro semanas; la ágara constaba de quince meses y no en todas había verano, solo en una de cada tres. «Esta ágara sí habrá verano», le había explicado. Pero, para eso, faltaban seis meses de duro invierno. Se abrazó las piernas, abatida.

—Ghiro, ¿puedes calentar estas malditas rocas con endomia? —Eltsay acarició

una enorme piedra que tenía a su lado—. Me gustaría tocar algo cálido.

—Idiota —gruñó el anciano sin hacerle demasiado caso.

—Si quieres tocar algo caliente, toca a Ghiro —dijo Kishur, sonriendo—. Podéis dormir abrazados para daros calor.

El comentario logró arrancar leves sonrisas a los compañeros, salvo a Ghiro, que fulminó a su señor con la mirada. Alhanna se acurrucó contra Kishur, y Alfar hizo lo propio al otro lado. Los demás tomaron asiento bastante cerca, aunque manteniendo el espacio mínimo para evitar tocarse. Hacía mucho frío, y el viento aullaba en el exterior. En la pequeña cueva, el agua filtrada goteaba hacia el suelo por la roca.

Alhanna cerró los ojos un momento. Dentro de su mente, escuchó el sonido de una canción que había aprendido en sueños. Su respiración se aceleró.

—¿Queréis oír una historia? —dijo de pronto.

—Claro —contestó Ghiro con los ojos cerrados y apoyado sobre la pared.

—La primera noche que pasé en este mundo, cuando dormía en el trayecto en barca por aquel lago, tuve un sueño. —La joven bostezó sin preocuparse de taparse la boca. Seguía apoyada sobre el costado de Kishur—. Me encontré en un valle desolado, sin vegetación. El suelo estaba endurecido y era oscuro; todo a mi alrededor parecía estar muerto. En el centro había una torre casi derruida, de construcción cuadrada. Comenzó a llover y sentí dolor sobre mi piel, como si el agua quemara. Entré en la torre para resguardarme de la tormenta. El lugar estaba abandonado, pero escuché una risa infantil. Subí las escaleras y pasé junto a una sala. Había jirones de ropa esparcidos por todos sitios, parecía que llevaban allí siglos. Había huellas de pies pequeños por el suelo. Seguí subiendo y, entonces, vi a la niña de espaldas a mí. Se puso a tararear una melodía. —Alhanna levantó el rostro para mirarlos a todos, estaban absortos en su relato. Cogió aire y prosiguió—: Seguí tras ella un piso más, hasta que se detuvo. No quise mirar hacia la sala que tenía al lado, sentí miedo de hacerlo, como si algo emanara de allí, algo que quería apresarme. La niña preguntó: «¿Vienes a devorarme?».

Los dáricos guardaban silencio, con sus miradas fijas en Alhanna. Ádria se tocó el brazo herido y esbozó una mueca de dolor. Kishur bajó la mirada hacia ella, intrigado por su historia.

—¿Se ha repetido ese sueño? —preguntó Ghiro.

—Más o menos. A veces solo escucho la canción, y otras veo a la niña que sube las escaleras. Incluso despierta, puedo oír la melodía. ¿Crees que tiene algún significado?

—Espero que no —deseó Ghiro mientras se atusaba la barba.

Kishur y el anciano se miraron un instante; aquel sueño les había parecido de lo más inusual, pero no dijeron nada.

—Recuerdo la melodía que tarareaba la niña, era melancólica —continuó Alhanna, apretándose un poco más contra Kishur. El dárico le pasó la mano por encima de los hombros y la abrazó—. Creo que no sabe continuarla, siempre se queda

en la primera estrofa.

—¿Y qué dice? —preguntó Mayara.

—Habla sobre un señor de la muerte al que espera.

—Es un sueño interesante el de esa torre —dijo Ghiro, a quien la historia había arrebatado el sueño—. Quizás sea la misma que alberga el antiguo poder.

—¿Y eso qué es?

—¿El antiguo poder? Interpretamos que es un arma, nuestras leyendas cuentan que puede servir para controlar el mundo o destruirlo, aunque se desconoce de qué forma. Fue la razón por la que se inició la Guerra de las Razas, una lucha por el poder que se ocultaba dentro. Se trata de la Torre de Zahel. La descripción es muy parecida, aunque claro, ¿cuántas habrá como esa? —Se rascó la cicatriz de la cara—. Fue una guerra terrible que duró casi cuarenta ágaras y en la que se perdió más de lo imaginable. Nosotros, los dáricos, luchamos para defender la torre, para que el poder no llegara a manos de nadie.

—Y logramos vencer, como siempre —finalizó Ádria.

—¿Y crees que la torre con la que he soñado podría ser esa de la que hablas?

—La torre de Zahel se encuentra en Falar-Shan, está algo lejos para comprobarlo. —Ghiro estornudó y se tiró de la barba—. Fue una tierra habitada por zarefíes, antes de que los endómicos la arrasaran intentando derruir la torre. Ahora solo es un páramo al que no está permitido viajar.

—Pero la torre sigue allí, ¿verdad?

—Debería; si los endómicos más poderosos no pudieron hacerla caer, dudo que el paso del tiempo lo haya logrado —afirmó el anciano.

—No lo entiendo —dijo de pronto Alhanna, dando un pequeño brinco para enderezarse—. ¿Lucháis por algo que después dejáis en el olvido? ¿Y si alguien hubiese intentado volver a derribarla y hacerse con ese poder?

Alhanna notó las miradas de los demás sobre ella y se sintió incómoda.

—La guerra finalizó porque se descubrió que la torre solo podía caer de una forma muy concreta: con una llave que ni siquiera existía —le dijo Kishur con paciencia—. Nosotros acabamos con tan larga batalla cuando supimos la verdad que encerraba Zahel. Y, desde entonces, nadie ha osado volver a Falar-Shan.

—El estudio sobre ese lugar y el antiguo poder está castigado por la ley, y acercarse a Falar-Shan puede acarrear penas terribles. Solo se permite conocer la existencia de la torre para estudiar la guerra que forma parte de nuestra historia.

—Y es lo mejor —comentó Mayara.

—Supongo que intentáis esconder algo malo que hicisteis y queréis olvidar —dijo Alhanna con naturalidad, volviéndose a acurrucar contra Kishur—. Es lo mismo en todos los mundos, siempre es mejor olvidar que aprender de los errores.

—¡Somos un pueblo honorable! —Ghiro se indignó—. ¿Qué sabrás tú de nuestras guerras? Debería hacer que te disculparas por eso.

—Basta, Ghiro —le pidió Kishur en un tono extrañamente amable—. No puedes

llenarle la cabeza de cosas y después pretender que las entienda todas.

Kishur miró hoscamente al anciano mientras notaba el temblor de la joven. Le hubiese gustado tener algo a mano para poder lanzárselo a la cabeza. ¿Cómo se le ocurría hablarle de eso? Además, que la descripción que había dado Alhanna fuera tan parecida a la realidad le inquietaba.

—¿Crees que de verdad he soñado con esa torre? —preguntó la joven, casi sin voz.

—Solo es un sueño —contestó Kishur con convicción.

Cuando Alhanna logró dormirse, soñó de nuevo con la torre y la niña. Se encontró una vez más en aquel valle; mirara hacia donde mirase, todo tenía un aspecto enfermizo y putrefacto. Riscos de piedras negras rodeaban aquel rincón. El aire era cálido y arrastraba un hedor a descomposición. El cielo estaba enmarañado por una tormenta que lanzaba rayos, y algunos aterrizaban sobre las cimas de los riscos. Una torre se alzaba, casi derruida. La tormenta parecía surgir de su interior, como si intentara escapar. El aire se volvió violento. Comenzó a llover y las gotas quemaban sobre su piel. Corrió hacia la torre para protegerse. El polvo se arremolinaba en espiral, mecido por el aire que entraba entre las grietas. Las escaleras estaban llenas de tierra y flores secas. Escuchó una risa y miró hacia arriba: la escalera ascendía en forma de caracol. Subió despacio, como adormecida. Había huellas de unos pies pequeños en los peldaños. Volvió a escuchar la risa, se giró rápidamente y siguió subiendo. Y entonces la vio: una niña pequeña y de cabello oscuro. Iba descalza, con un vestido gris lleno de manchas de sangre. Comenzó a tararear una melodía. La niña giró parcialmente la cabeza, pero no logró ver su rostro. «¿Vienes a devorarme?», preguntó. Alhanna despertó de súbito, asustada.

La potente voz de Kishur retumbó dentro de la cueva.

—*¡Favalor!*

El caballo relinchó, nervioso. Alhanna despertó con el corazón en un puño; le palpitaban las sienes. Desorientada, vio a los dáricos salir, armados. Estaban todos salvo Kishur. Había mucho ruido fuera de la cueva, y el polvo blanco se levantaba frente a la entrada como un gran velo, ocultando lo que sucedía al otro lado. Alguien se detuvo tras ella.

—No te muevas de aquí. —Era la voz de Ádria.

Estaba confusa. ¿Los atacaban? Alhanna buscó a tientas el arco que había dejado junto a su manta, cogió una flecha del carcaj y se puso en pie. Miró su cintura para cerciorarse de que la daga seguía allí. No recordaba el tremendo peso de la capa y se tambaleó un poco al ponérsela. Fuera distinguió las siluetas de los demás; estaban de pie, en línea recta, formando una barrera. El sol apenas despuntaba en el horizonte. Kishur se adelantó a los demás y ella deseó llamarle, no quería que se alejara. Alhanna caminó hacia la salida; le dolían las piernas y tenía los brazos entumecidos. Puso la

flecha en la cuerda con manos temblorosas, sin lograr tensar el arco correctamente.

—¿A dónde crees que vas? —Ádria la retuvo del brazo—. Te he dicho que no te muevas, ¿acaso estás sorda?

Lo ignoró y, de un manotazo, logró que la soltara. Se fijó en él: el sudor mojaba su frente. El pelo suelto se le pegaba a la cara y tenía las mejillas enrojecidas. Oyó el rumor de una multitud a la carrera, el sonido metálico de armaduras y gritos de furia acercándose. Al salir, la flecha cayó a sus pies y no pudo contener un gemido impresionado. Había muchos kalastys; contó al menos treinta. Tres de ellos iban cubiertos de los pies a la cabeza para ocultar el rostro. Un tigre blanco se paseaba alejado del grupo, curvando su cuerpo y mostrando los colmillos. Alhanna recogió la flecha y la volvió a colocar en la cuerda. Tragó saliva.

Kishur estaba en primera línea, sin capa y con el cabello suelto. Había desenvainado la espada de acero dárico que siempre llevaba a la espalda; la otra seguía atada a su cintura.

—Borré nuestras huellas ayer —susurró Mayara, que había avanzado unos pasos hasta detenerse junto a Kishur.

No le contestó. Mayara pensaba hacer uso de todas las armas que fueran necesarias, pero no iba a permitir que aquellos soldados vencieran. Extrajo la espada corta con la mano derecha y con la otra sacó la daga. Su pecho subía y bajaba acompasado bajo la armadura. Se sentía furiosa. ¿Cómo los habían localizado? Estaban en clara desventaja. Ádria no podía luchar, y los tres kalastys que se ocultaban bajo las capas debían ser endómicos, ningún otro soldado llevaría semejante atuendo.

Los kalastys se lanzaron contra ellos. Los endómicos se quedaron atrás, pero uno de ellos estaba al lado del tigre; debía de ser el dueño del animal. Los dáricos aguardaron la llegada de sus enemigos, que corrían entre los escasos pinos que formaban un bosquecillo frente a la cueva. Kishur giró el arma en su mano y sintió el peso de la hoja. Rompió la formación y salió al encuentro de los kalastys. Mayara lo siguió. Antes de chocar de frente contra uno de los soldados, Kishur se agachó para embestirlo y lo levantó con su propio cuerpo. El kalasty cayó con violencia al suelo y Kishur lo atravesó con la espada. Extrajo el arma con rapidez y la usó para rechazar el ataque de otro soldado. De reojo, vio a Mayara luchando a su lado. Dejó de fijarse en los rostros de los kalastys, todos le parecieron iguales: sombras que se movían a su alrededor, a las que golpear, destripar y cortar. La nieve pronto comenzó a cubrirse de un rojo brillante.

—¡Esos dos están locos! —Ghiro miraba perplejo a Mayara y a su señor. Aquella forma desusada de luchar no era propia de Kishur.

—¿Y a qué esperamos nosotros? —Eltsay se lanzó a la carrera, no pensaba quedarse mirando—. ¡Vamos!

Alfar lo siguió sin pensarlo y Ghiro acabó uniéndosele a regañadientes. La falta de disciplina en la batalla podía conducirlos a la derrota, pero ya era tarde para sermones. Cuando llegaron hasta Kishur, recuperaron la formación de inmediato. Tottem-Hon se quedó atrás para cubrirlos. Vigilaba a los endómicos, porque sabía que cuando comenzara a soltar sus flechas se convertiría en su blanco. Disparó la primera y derribó al kalasty con el que Eltsay estaba luchando. Con una velocidad admirable, lanzó una docena de flechas hasta que le quedaron solo tres en el carcaj. Debería conseguir más cuando llegara a la ciudad.

Los cuerpos de los soldados a los que abatía iban quedando esparcidos por el valle helado. Sus compañeros avanzaron y los kalastys comenzaron a retroceder. Caminó unos pasos, mirando de reojo a los endómicos para cerciorarse de que no lo cogieran desprevenido: debían de estar reservando sus fuerzas para no usar sus habilidades en balde. Tottem abrió las piernas y colocó una flecha en el arco; justo cuando iba a disparar, vio una luz anaranjada que avanzaba en su dirección.

—¡Tottem, cuidado! —escuchó gritar a Eltsay.

El arquero soltó la flecha, erró y esta acabó clavada en el tronco de un árbol. Acto seguido, saltó hacia atrás para esquivar por los pelos la bola de fuego que impactó en el suelo y comenzó a derretir el hielo, hundiéndose a casi medio metro de profundidad en pocos segundos. Había sido uno de los endómicos, Tottem lo miró y vio como el kalasty encapuchado caía de rodillas al suelo, sin fuerzas. De momento, no tendrían que preocuparse de él, iba a tardar mucho en recuperarse, si es que lo lograba. Producir esa bola de fuego debía de haberle requerido mucho lanfe al endómico. Tottem negó con la cabeza; que alguien sacrificara su vida para usar su poder era algo inaudito.

Se puso en pie y comprobó que sus compañeros estaban cogiendo ventaja. Escuchó el sonido de un cuerno y el tiempo pareció detenerse un instante. Levantó la vista hacia el horizonte: llegaban más soldados, y esta vez no tendrían la menor oportunidad contra ellos. Todavía estaban lejos, pero pronto les darían alcance. Escuchó a su señor vociferar órdenes, pero no prestó atención a sus palabras. Aferró el arco con fuerza y buscó una flecha en el carcaj. Vio como su señor sesgaba la garganta de un soldado, a Alfar cubrir con su espada a Ghiro. Todos luchaban. ¿Lograrían salir ilesos? Disparó de nuevo y mató al kalasty que lanzaba un ataque por la espalda a Mayara, que se giró solo para comprobar como el cuerpo caía contra el suelo. Tottem llevó la mano al carcaj, en el que solo quedaba una flecha. No debería haberle dado a Alhanna las cinco que le faltaban.

Corrió lejos de la cueva, hacia la lucha que tenía lugar entre los pinos. Sin perderles la pista a los endómicos que quedaban, observó que otro de ellos, en el extremo derecho, estaba alzando la mano hacia el cielo, preparando una bola de fuego. Siguió la dirección en la que estaba posicionado el kalasty y vio a su señor en el centro de la batalla. Se detuvo de golpe, puso la flecha en el arco y tensó la cuerda. Respiró profundamente y disparó. La saeta se clavó en el pecho del endómico.

El arco ya no iba a servirle de nada, así que se lo colgó a la espalda. Había estado tan atento al endómico que no se había dado cuenta de que dos kalastys lo habían rodeado. Sacó la espada y vio como Eltsay corría en su dirección. El cuerno volvió a sonar: los otros soldados estaban llegando. Tottem atacó. Los kalastys eran más diestros que él con la espada. Uno de ellos le golpeó con tanta fuerza que Tottem estuvo a punto de perder el equilibrio. Se agachó para esquivar a otro y le dieron una fuerte patada. Quedó de rodillas. Eltsay llegó en su ayuda y embistió a los soldados. Tottem observó la soltura con la que su amigo luchaba, con el cabello despeinado y la cara salpicada de sangre. Se puso en pie con la espada en la mano. Eltsay atravesó el estómago de uno de los kalastys y el otro corrió para enfrentarse a Tottem.

Tottem-Hon retrocedió con la espada preparada.

Una flecha cortó el aire junto a su oído y le rozó la mejilla derecha, llegando a cortar la carne. El arquero no se movió; a pesar del dolor que sentía en la cara, permaneció inmóvil. El kalasty que alzaba la espada en su dirección cayó hacia atrás con la flecha clavada en la frente. Eltsay lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Eltsay, desconcertado.

Alhanna observaba perpleja el cuerpo sin vida del kalasty al que había abatido, con el arco partido en dos entre las manos. Lo dejó caer al suelo. Kishur tenía razón.

—¿Qué haces? —Ádria estaba a su lado, furioso—. Te dije que te mantuvieras detrás de mí. ¿En qué estabas pensando?

—¡Quería ayudar a Tottem!

—¡Pues casi lo matas! —Ádria se pasó el pulgar por la cara, justo en el sitio donde la flecha había cortado al arquero.

Ádria miró hacia los soldados que habían llegado al pinar: en cabeza iba un comandante y, a su lado, un soldado que portaba el cuerno. Eltsay y Tottem corrieron para unirse a su señor y formaron en media luna con velocidad. De reojo, vio una luz brillante. Empujó a Alhanna y ambos cayeron al suelo. La esfera de fuego se estrelló contra la pared rocosa y derritió el hielo que la cubría hasta dejar la piedra al aire. Había sido el endómico que quedaba junto al tigre. El hajaek se puso en pie y ayudó a Alhanna a levantarse, con una mueca por el dolor que le recorría el brazo. Desenvainó la espada.

—No te muevas de aquí y vigila al endómico.

El kalasty que había lanzado el ataque con endomia no parecía debilitado. Debía de ser muy poderoso.

—¡No puedes luchar! —chilló Alhanna, temiendo que la dejara sola.

—Eso no es asunto tuyo. —Ádria la miró con intensidad—. Quémalos a todos si tienes la oportunidad, ¿me oyes? Si solo quedas tú, ¡mátalos con tu poder!

Observó como Ádria partía hacia la lucha mientras daba vueltas a sus palabras.

¿Si solo quedaba ella? Se quedó sin aliento y el estómago comenzó a dolerle.

Sacó el puñal y lo apretó contra su pecho. Ádria llegó con los otros y se unió a la encarnizada batalla. Kishur se movía con rapidez, no mostraba debilidad ni señales de estar cansado. Tenía el cabello, manchado de rojo, pegado a la cara y al cuello. A su lado, Mayara luchaba con ferocidad; tenía la armadura entreabierta y le sangraba el costado. ¿Cómo había pasado? Mientras, Ghiro blandía su espada con vehemencia; era el único que empezaba a ralentizar sus movimientos, pero Alfar no lo dejaba solo en ningún momento y lo cubría cuando era necesario. Vio como un kalasty golpeaba a Eltsay en el pecho y lo tiraba al suelo, y a Tottem acudir en su ayuda. Alhanna cerró los ojos, no podía soportarlo.

Sintió calor. Abrió los ojos y vio la bola de fuego que caía sobre ella. Gritó con todas sus fuerzas, el aire se volvió violento, agitando su capa y su cabello. Su tatuaje se desprendió y comenzó a girar en espiral a su alrededor. Abrió los brazos en cruz, aferrando la daga con la mano derecha. El tatuaje formaba una barrera protectora, una especie de remolino que atraía la nieve del suelo y la revolvía en el aire. El fuego impactó contra la extraña barrera y se consumió sin hacerle el menor daño a Alhanna.

Los combatientes se detuvieron para observar a la joven. Los ojos de Alhanna estaban oscuros. Una explosión de colores ardía a su alrededor, como llamas tintineantes que solo ella podía contemplar. Comprendió que estaba viendo los lanfes de todas las criaturas que la rodeaban. Algunas se mezclaban y danzaban entre ellas; era hermoso. Vio una enorme llama gris que se alzaba so-
bre todas las demás, poderosa.

El tigre se dirigió hacia ella por orden de su amo. Alhanna escuchó gritar a Kishur, pero no entendió lo que decía, el aire que giraba a su alrededor hacía zumbar sus oídos. Sintió un profundo dolor, como si sus músculos se estuvieran desgarrando. El endómico comenzó a crear otra bola de fuego en su mano. Ghiro corrió para acercarse a él aprovechando que los soldados prestaban atención a Alhanna. Lanzó su arma, que giró sobre sí misma en el aire y se clavó en el pecho del kalasty.

Kishur se abrió paso a la fuerza y corrió hacia Alhanna. El tigre aceleró el ritmo, decidido a abalanzarse sobre ella. Alhanna sonrió y ladeó la cabeza, observando al animal.

Deseaba un arco, uno grande y poderoso. El tatuaje de Alha-
nna comenzó a arder y ella dejó escapar un alarido de dolor. El uso de la endomia parecía consumir su cuerpo. Con la mano, dibujó con llamas un arco en el aire. Lo sujetó con rabia y se dio cuenta de que ni siquiera quemaba. Con el dedo índice esbozó una flecha, la colocó en el arco y tiró de ella hasta pegarla a su rostro. El tigre saltó hacia ella. Kishur todavía corría en su dirección, percibiendo hasta el más ínfimo detalle de cuanto ocurría a su alrededor.

Alhanna disparó la flecha, que impactó contra el animal. El tigre quedó convertido en una bola de fuego: las llamas refulgían mientras se revolcaba por el

suelo, emitiendo un gruñido terrible. La joven abrió las manos, y el arco desapareció. El tigre quedó inmóvil. Alhanna alzó la mano hacia la bestia carbonizada y las llamas abandonaron el cuerpo inerte para regresar a su tatuaje, que detuvo su movimiento. El fuego desapareció y la inscripción volvió a posarse sobre la piel de Alhanna. Se desplomó sin lograr apenas apoyar las manos contra el suelo. Le faltaba el aire.

Se oyó una orden y los kalastys huyeron. Kishur se arrodilló frente a la joven. Ni siquiera se había dado cuenta de que la lucha había terminado.

—Alhanna. —Kishur le levantó la cabeza, sosteniendo su barbilla.

—Tengo mucha hambre, Kishur... —murmuró Alhanna, al borde de la inconsciencia.

Perdió el sentido y Kishur la sostuvo entre sus brazos. Miró hacia atrás. Los demás estaban lejos, pendientes de los soldados que escapaban. ¿Había dicho que tenía hambre? Le tomó el pulso y suspiró al comprobar que solo estaba algo acelerado. Comprendió que Alhanna había usado su propio lanfe como energía. La joven era enormemente poderosa, no cabía duda.

Ghiro, agotado, se sentó en el suelo, y ambos se miraron en silencio. El anciano había recuperado su espada. Ádria y Alfar traían a Mayara, que sujetaba su costado con fuerza. Kishur miró al cielo y tomó aire; le parecía imposible que solo tuvieran que lamentar algunas heridas.

—¿Qué es eso? —preguntó Ghiro señalando la herida.

—Me coloqué mal la armadura y se abrió en medio de la lucha, así que aprovecharon para herirme —se lamentó Mayara. Dejó que Alfar la ayudara a quitársela con sumo cuidado.

—Es algo imperdonable con tu experiencia, Mayara —le recriminó Ghiro, aunque con poca severidad. Se apartó el pelo mojado y pringoso de la cara. Se puso en pie y volvió a mirar a Kishur, que sostenía a Alhanna en los brazos.

—Encended una hoguera, los kalastys no regresarán —dijo Kishur mientras se dirigía hacia la entrada de la cueva—. Curad vuestras heridas y comed algo.

El anciano asintió conforme. Él tampoco creía que los soldados fuesen a volver, parecían atemorizados por el poder de Alhanna. La endomia los había salvado ese día.

Ghiro fue hacia Mayara y le revisó la herida con cuidado. El corte era largo, pero poco profundo. Alfar se encargó de traer las cosas de Ghiro para curar a la dárica. Mientras tanto, Eltsay y Tottem caminaban entre los cuerpos de los kalastys, recuperando las flechas del arquero. Lo hacían en silencio, como si no quisieran molestar a los muertos. Tottem-Hon se pasó el pulgar por el corte de la mejilla.

—Te queda bien —le dijo Eltsay, sonriendo—. Parecerás un hajaek como yo cuando regreses a casa, y no solo un arquero. Tu esposa se pondrá feliz.

Tottem no se pronunció. Ya tenía casi todas las flechas. Miró con pena los cuerpos tendidos. ¿De veras volvería a casa? ¿Vería de nuevo a su descendiente y a su esposa? Le hizo una señal a Eltsay y ambos regresaron con los demás. Ghiro estaba

limpiando la herida de Mayara, y Ádria se había tumbado sobre la nieve. El brazo parecía dolerle, aunque trataba de disimularlo.

Cuando estuvieron todos juntos, Kishur salió a solas de la cueva. Esperaban que les dirigiera unas palabras, pero no lo hizo; se limitó a apoyar la espalda contra la pared rocosa y se quedó allí, observándolos, con el convencimiento de que la próxima vez no tendrían tanta suerte.

La llanura parecía expandirse a cada paso que daban; el blanco impoluto y brillante se extendía ante ellos como un mar de algodón. Había comenzado a nevar y los diminutos copos caían con suavidad, derritiéndose sobre las capas que los protegían del frío desgarrador. No había árboles cerca y las montañas se perdían en el horizonte: si los kalastys volvían a atacar, serían un blanco fácil. El viento y la nieve iban borrando sus huellas. El caballo presidía la marcha, conducido por Alfar. Kishur llevaba a Alhanna sobre su espalda, todavía dormida. Ghiro caminaba a su lado. El anciano tenía la barba cubierta de copos blancos. Mayara iba delante de ellos, con la mano en el costado. Se sentía responsable de esa herida; él había roto la formación y Mayara lo había seguido sin contemplaciones. Alhanna gimió.

—¿No vais a decir nada sobre lo ocurrido? —preguntó Ghiro en voz baja, como si temiera despertar a Alhanna—. Nunca había visto nada parecido. Lo que ha hecho Alhanna está al nivel de una endomia muy poderosa, una que no existe desde hace cientos de ágaras. Esta vez usó su propia energía; debería haber muerto al expulsarla de su cuerpo.

—Y sin embargo la recuperó —afirmó Kishur.

—Ni siquiera hay constancia de que eso sea posible: ¿recuperar el lanfe que has expulsado? No puede ser. —Se rascó la cicatriz a la altura del ojo—. Estáis preocupado por ella: cada vez que se mueve o gime en sueños dejáis de parpadear.

—Su uso de la endomia es sorprendente. Creó un arco de la nada con su propia energía, como si estuviera pintando sobre un lienzo.

—Los kalastys se mearon encima, os lo digo yo que tenía a uno bien cerca —señaló Eltsay entrando en la conversación.

—¿Y te extraña? En Górgora carbonizó a un buen número de ellos y debían de saberlo —dijo el anciano—. Los necios fuimos nosotros por habernos quedado mirando. Si alguien va a decir que no pensó, aunque fuera por un instante, que nos iba a quemar a todos, que se ahorre la mentira.

—Yo le dije que lo hiciera —admitió Ádria—, pero solo si caíamos a manos de los kalastys; mejor eso que permitir que la atraparan.

Kishur miró la espalda de Ádria, que iba delante, junto a Mayara. Sonrió. El poder de Alhanna lo había sorprendido, y le preocupaba, por supuesto. El fuego había regresado a ella de forma natural. Los endómicos no representaban una verdadera amenaza, porque su capacidad estaba limitada, solo quedaba uno en Muriath que

lograra de absorber la energía de otros seres vivos: el herrero de Alviat. Los demás solo podían usar su propio lanfe, y muy pocos eran tan inconscientes como para morir por ello. Si un endómico creaba una bola de fuego, su vida se acortaba.

—Si Alhanna es capaz de recuperar su propio lanfe después de usarlo, su endomia no tendrá límites —admitió Kishur, dando voz a sus pensamientos.

—¿Y eso os preocupa? Es capaz de usar la energía de su entorno, eso es lo que debe quitaros el sueño —dijo Ghiro con voz ronca—. Es peligrosa.

Eso lo sabía. Kishur gruñó molesto y con eso dieron la conversación por terminada. Alhanna pesaba tan poco que apenas la notaba sobre la espalda. El viento arremolinaba los copos y levantaba un polvo blanco del suelo. Sus figuras languidecían con la nieve que iban acumulando en la ropa. Entraron en un campo de niebla. Iban ascendiendo de forma casi imperceptible. Kishur alzó la vista y comprobó que no podía ver el cielo a causa de la bruma; debían llegar a la ciudad antes del anochecer.

—¿Kishur? —preguntó Alhanna en un murmullo. Tenía la boca seca y un fuerte dolor de cabeza; estaba exhausta—. ¿Dónde estamos?

—Cerca de Fraem-Lab. —Alhanna soltó su agarre y enderezó un poco la espalda —. ¿Quieres bajar?

—Sí.

Se detuvieron el tiempo necesario para que Alhanna bebiera un poco de agua. Después volvió a subirse a la espalda de Kishur. Rodeó el cuello del dárico con los brazos y se recostó sobre él. Mirara hacia donde mirase, solo había niebla.

—Es un lugar horrible —dijo Alhanna.

—Por algo la llaman la llanura de los condenados. —Ghiro tosió con fuerza—. Hacía mucho que no caminaba por este lugar. Y no creáis que lo añoraba. Maldito desierto helado... Suerte que estamos a principios de invierno, yo tuve que cruzarla en el quinto mes, cuando los accesos quedan bloqueados y la ciudad aislada. Tuve que viajar a Fraem-Lab en los días más crudos del invierno. Y todo porque el consejo de ancianos me había otorgado la misión de venir a buscar la espada para el príncipe heredero. Quería unirme a mi esposa y debía cumplir con el cometido para que me lo consintieran. ¡Menudo precio!

—¿No dejaban que te casaras? —preguntó Alhanna, sorprendida, levantando la cabeza para mirar a Ghiro.

—Los hajaeks debemos cumplir la misión que nos sea encomendada si queremos contraer matrimonio. Según tu posición, tendrá mayor o menor relevancia —le explicó el anciano con calma—. A mi abuelo le pidieron que plantara un manzano, a mí, que viajara por este espantoso lugar para buscar la espada. Yo desconocía lo que me esperaba. Cuando entras en Liampa con un temporal, tienes la sensación de que te diriges hacia la muerte. Caminas solo entre la tormenta, sientes en cada poro de tu piel un frío que logra congelar hasta el corazón más noble. Allí donde pisas, solo sientes la nieve. Y, sí, rezas.

—¿Rezas a tus dioses? —Alhanna estaba intrigada.

—¿A quién si no? Les pides que sean misericordiosos contigo y te concedan la ayuda que la naturaleza te niega. Imploras a Shanarás y a Lumiatz, los dioses que conocen la bondad. Preguntas a Gaelos, que tiene el don del conocimiento; ignoras a Khaleria, que dominaba la muerte y la controlaba a su antojo. Y cuando las fuerzas desaparecen, lloras al dios Dragón para que se apiade de ti y venga a devorar tu carne cuanto antes. —Carraspeó para aclararse la garganta—. Pero, aun así, caminas y sigues adelante. Y cuando crees que ya no hay nada que hacer, encuentras las enormes puertas de piedra de Fraem-Lab. Majestuosas, se alzan uniendo las montañas de Breag y Deadg. Y ves los relieves. Las incrustaciones en la roca te muestran lo que un día podíamos contemplar, en un tiempo que ya se perdió: dragones.

—Veo que te has sentido inspirado —se burló Kishur.

—Yo también recuerdo haber leído esa leyenda cuando estudiaba —dijo Alfar—. Es un capítulo de *Viaje al conocimiento,* las memorias de Groem-San.

—Te equivocas —gruñó el anciano.

—No, lo recuerdo perfectamente —insistió Alfar con inocencia—, está en la sección de memorias históricas, en la segunda planta de la biblioteca.

—¡Pues sí! —gritó Ghiro, vencido—. Soy un anciano vanidoso al que le gusta que presten atención a sus historias. El caso es que cuando estuve aquí vine en primavera y regresé durante un verano. Pero eso no fue emocionante, aunque tuve que arrastrar una espada tan pesada que hasta mi vargum se quejaba.

Eltsay rio a carcajadas. Kishur le lanzó una mirada al anciano y sonrió. Vio como se atusaba la barba, pensativo.

—En cualquier caso, ignorad lo que habéis oído: jamás recéis al dios Dragón —dijo Ghiro de pronto—. Jamás, ni ante la muerte más dolorosa, invoquéis a ese ser.

La niebla se intensificó y quedaron envueltos en la espesa bruma. Kishur se sintió incómodo, podía ver la silueta de Alfar y el caballo frente a él, pero nada más. Escuchó unas pisadas a su derecha, muy rápidas y ligeras. Gruñó.

—Algo nos sigue —susurró Ghiro.

Prestó atención y distinguió con claridad el sonido de las botas de los hajaeks al caminar, la ronca respiración del caballo, el tintineo de una espada mal colocada, el aullido del viento. Lejos, pudo escuchar el sonido remoto de unas pisadas sobre el hielo. ¿Qué era? Siguieron caminando, ignorando a su perseguidor. Ádria sacó la espada; no pensaba volver a envainarla, aunque se le congelara la mano. El caballo relinchó inquieto y Eltsay se apresuró a alcanzar a Alfar. Continuaron en silencio. Kishur notó como Alhanna lo agarraba con fuerza. Miró hacia atrás con sutileza: fuera lo que fuese, los seguía de cerca. Sin dejar de andar, bajó a Alhanna de su espalda. Dejó que plantara los pies en el suelo y le pasó el brazo por los hombros.

—Necesito que camines —le dijo en voz baja.

Buscó el mango de su espada bajo la gruesa capa. Escuchó un golpe, como si algo

acabara de aterrizar justo delante de ellos. Sacaron las armas. Kishur levantó el brazo y se detuvieron. Se concentró en escuchar: aquella cosa parecía desplazarse de un lado a otro, dando vueltas en círculo.

—Calma —susurró Kishur—. Calma, aguardad.

Alcanzaron a ver una sombra que cambiaba de posición a tal velocidad que les resultaba imposible llegar a ver de qué se trataba. El viento arreció y elevó el polvo blanco. Algo apareció de un salto frente a ellos, golpeó con saña a Eltsay, lo derribó y desapareció sin dejar rastro.

—Levanta. —Ádria lo ayudó a ponerse en pie.

Alfar soltó las riendas del caballo y, para su sorpresa, el animal se quedó inmóvil. Puede que no tuviera fuerzas o que el miedo lo hubiese paralizado. Formaron un círculo y dejaron a Alhanna en el interior. Kishur cerró los ojos. Adelantó un paso y agarró la espada con fuerza. Se agachó y levantó el arma para repeler el ataque. Al abrir los ojos, solo pudo ver la punta de una cadena de acero retroceder y desaparecer en la niebla.

—¡Déjate ver! —bramó Kishur.

Lo tenía delante, amparado en la niebla. Vio la sombra y poco a poco fue distinguiendo el cuerpo que caminaba hacia él. Arrastraba por el hielo la cadena, que acababa en una afilada cuchilla. Era bajo y estaba cubierto por una capa blanca que lo ayudaba a camuflarse con el entorno. Kishur contempló su rostro: su piel era muy clara y sus ojos eran grandes y ambarinos. Sonrió y mostró cientos de diminutos colmillos y una lengua de color rojo intenso. Kishur bajó el arma sin cerciorarse de lo que hacía. Jamás había visto semejante ser.

—*Daefanae* —susurró Ghiro aferrando la espada—. Es un demonio.

La criatura miró a Kishur; sus ojos eran escalofriantes. Retrocedió hasta ocultarse en la niebla. Los pasos los rodearon de nuevo, la cadena voló entre Mayara y Eltsay y golpeó a Ádria en la espalda. Tottem lanzó una flecha y escucharon al demonio proferir un grito ronco y desgarrador. La cadena volvió a moverse, rápida. Golpeó a Tottem y la cuchilla hizo un corte en su brazo que le hizo dejar caer el arco.

—¡Concentraos! —les ordenó Kishur.

Aquel ser se movía veloz, trazando círculos. Kishur respiró profundamente para calmarse. La flecha que Tottem había disparado cayó a sus pies, manchada de rojo escarlata. ¿Lo estaba retando? Se abalanzó sobre él y Kishur esquivó la cadena con la espada, pero, lejos de desistir, la criatura atacó varias veces más. Se fijó en que los ojos del demonio buscaban en todo momento a Alhanna, que se escondía entre los dáricos. Kishur comprendió entonces que el demonio había venido a por ella.

La cuchilla de la cadena aporreaba el suelo y arañaba el hielo. Derribó a Ghiro y golpeó a Mayara en una pierna. El demonio los iba atacando uno a uno, tratando de llegar hasta Alhanna. Era tan veloz que no tenían tiempo de prever sus ataques: nunca habían luchado contra nada igual.

Kishur abandonó su posición y se anticipó al siguiente movimiento de la cadena,

dejó que le golpeara en el pecho y la agarró con fuerza con la mano libre. Tiró de ella y arrastró al demonio hacia sí. Cuando lo tuvo a la vista, vio que la criatura levantaba el brazo para cubrirse, alzó la espada y lo cercenó. Se escuchó un alarido ronco. La extremidad cayó al suelo y se fijó en que la sangre era tan roja como la suya.

Lanzó el otro extremo de la cadena contra Kishur, y el cordón de acero siseó y lo golpeó en el pecho con fuerza. Se quedó un instante sin aliento. El demonio aprovechó para recuperar su arma y Kishur no tuvo tiempo de impedirlo.

Mayara y Eltsay se lanzaron contra el demonio e intentaron golpearlo al mismo tiempo, pero les resultó difícil, pues era demasiado ágil. La pérdida del brazo no parecía haberle debilitado, sino que lo había vuelvo más violento y desesperado. Ghiro se metió en la refriega y recibió un corte en la pierna que le hizo clavar la rodilla en el suelo. Alfar acudió para ayudarlo.

Una flecha de Tottem cortó el aire y se clavó en el abdomen del demonio, que arremetió enloquecido contra los dáricos, bailando alrededor de ellos, apareciendo y desapareciendo, controlando las embestidas de sus espadas. Las heridas que le causaban no parecían afectarle ni desviar la atención de sus ojos ambarinos de Alhanna. Kishur guardó la espada y desenvainó la que llevaba a la espalda, y enseguida notó el tremendo peso del arma. Era consciente de que su forma de luchar no era la adecuada para esa clase de criatura. Respiró profundamente, necesitaba concentración. El demonio desapareció entre la niebla, y el suelo quedó manchado con su sangre.

Pensaron que atacaría de nuevo, y concentraron su visión en las sombras que se movían en la niebla. Atacó. La cadena se deslizó a ras del suelo, rodeó el tobillo de Alhanna y tiró de ella con fuerza. La joven gritó y se golpeó la cabeza contra el suelo. Kishur no fue capaz de agarrarla y vio como desaparecía en la bruma.

—¡Kishur! —Alhanna lanzó un grito desesperado.

El dárico sintió que algo estallaba en su interior. La ira lo cegó y todo cuanto tenía a su alrededor desapareció. Solo pudo escuchar el grito de Alhanna y su propia respiración. Emprendió la carrera tras ella, colérico.

—¡Alhanna! ¡Grita! ¡Grita para que pueda seguirte!

El frío le secó el sudor de la frente. Corría con todas sus fuerzas. Podía oírla gemir, sentía como la criatura la arrastraba por el suelo nevado, atravesando el desierto. Los demás lo seguían también, pero él les llevaba ventaja; ni el peso de la capa ni el de la espada parecían suponer un lastre. Tenía que llegar hasta ella.

—¡Grita más fuerte!

Alhanna chilló hasta sentir que su garganta se desgarraba. Intentaba aferrarse a algo con las manos, y cada resalto del terreno hacía mella en su cuerpo. Se le partieron dos uñas y la sangre comenzó a resbalar por sus dedos. Estaba aterrada; sabía que Kishur trataba de llegar hasta ella, podía escucharlo, pero le asustaba que no lograra alcanzarla. Le faltaba el aire. Escuchó de nuevo la voz de Kishur, a pesar de tener los oídos taponados, nieve en la nariz y en la boca, a pesar del dolor en las

costillas, los dedos y la cara.

La criatura se detuvo y Alhanna sollozó contra el suelo. Tomó aire y tosió resistiendo las ganas de vomitar. Miró hacia atrás, con los ojos anegados en lágrimas y la visión borrosa. Había algo más con ellos. No podía verlo con claridad, solo era una mancha oscura distorsionada en la bruma. El suelo helado se estaba cubriendo de una espesa masa negra. Sintió las potentes pisadas de un cuerpo tan pesado que parecía que el suelo iba a desgranarse bajo su cuerpo. El demonio soltó la cadena y la presión en su tobillo disminuyó. Se limpió la frente, de la que también goteaba sangre: debía de haberse abierto una brecha en la cabeza. Todo le daba vueltas. ¿Por qué se había detenido ese ser? Lo escuchó gemir. Parecía asustado, pero ¿de qué? La niebla allí era menos densa y, sin embargo, no era capaz de verlo.

—¡Alhanna! —oyó a Kishur llamarla nuevamente, lleno de ira.

Quiso contestar, pero no fue capaz. Reptó para alejarse de allí. La masa oscura que había asustado al demonio comenzó a replegarse, dejando una mancha sobre la nieve. Escuchó el siseo del aire. Echó la mirada atrás para comprobar que estaba sola con el demonio y vio como se abalanzaba hacia ella. La aplastó contra el suelo pisando su espalda; Alhanna se quedó sin aire y experimentó un profundo dolor en el pecho.

Kishur apareció y arremetió contra la criatura, que saltó para esquivarlo y se vio obligado a liberar a la joven a la joven. El dárico miró a Alhanna un breve instante y, con renovadas fuerzas, atacó con todo lo que tenía. Iba a matarlo. Logró atravesarlo con la espada en el vientre y se preguntó si esa criatura no moriría jamás. Extrajo la pesada espada y el demonio arremetió contra él con una de sus garras acabadas en largas uñas. Kishur retrocedió y se preparó de nuevo. Los demás llegaron en ese momento.

—¡Deteneos! —les ordenó. Quería matarlo él mismo.

La sangre goteaba de las heridas del demonio, pero no de la forma abundante que cabía esperar. Se fijó en la mancha negra que cubría una porción del suelo. ¿Qué era? El demonio saltó sobre él y ambos se enzarzaron con furia. La criatura luchaba sin armas, esquivando la espada del dárico y lanzando zarpazos con su garra para intentar cortarle. Kishur lo hirió de nuevo, esta vez en el pecho, y recibió un desgarro en el brazo a cambio. De reojo, vio un destello de luz.

Era Alhanna. Se había puesto en pie y su tatuaje giraba sin parar a su alrededor. El demonio bramó enloquecido y se lanzó hacia ella, pero Kishur lo retuvo con la espada. Sus rostros quedaron cerca y pudo ver las pupilas casi doradas con claridad. Lo apartó de un empellón. Entonces una flecha de fuego pasó fugaz a su lado y envolvió a la criatura. Kishur se echó atrás para que las llamas no le alcanzaran y vio como el demonio gritaba por el dolor mientras su cuerpo se consumía. El fuego desapareció con la misma rapidez con que había sido llamado, y el cuerpo carbonizado se estrelló contra el suelo. A Kishur le faltaba el aliento.

Temió mirar hacia atrás y, cuando lo hizo, comprobó que Alhanna estaba en el

suelo de rodillas, con el epígrafe todavía dando vueltas alrededor de su cuerpo. Y ese fue el momento en el que se dio cuenta de que no había sido ella. Alzó la vista y dejó caer la espada. Ghiro abrió las manos y el arco de fuego desapareció. Su tez se volvió amarillenta y los ojos se le pusieron en blanco. Cayó al suelo, inerte.

—¡Ghiro! —Kishur corrió hacia él.

Fraem-Lab

Faltaba poco para la puesta de sol cuando alcanzaron a ver las puertas de Fraem-Lab en el horizonte. La tormenta estaba empeorando; las botas de los dáricos se hundían en la nieve, que caía con fuerza sobre el páramo. El solo hecho de caminar resultaba un verdadero desafío. La niebla se había disipado por la tarde, pero el frío empeoraba. El viento soplaba con fuerza, obligándolos a imprimir todas sus fuerzas en ir contra él.

Iban en fila, separados unos de otros, caminando a un ritmo irregular. El caballo había huido con todas sus provisiones. Estaban agotados y helados. Alfar y Eltsay cargaban con Ghiro a cuestas entre los dos. Se habían pasado los brazos del anciano por el cuello, y llevaban a Ghiro con la cabeza colgando y los pies arrastrándose, dejando un rastro sobre la nieve. No habían encontrado nada con lo que improvisar una camilla.

—¿En qué estaba pensando? —Ádria dirigió la pregunta a Mayara, que iba a su lado—. No podemos permitir que muera.

—No depende de nosotros.

Mayara volvió la vista atrás. Su señor y Alhanna quedaban lejos. Apretó su mano contra el costado, dolorida. Tottem le dio un golpecito en la espalda con intención de animarla a seguir, y Mayara le sonrió. Ya no se molestaba en ocultar lo agotada que estaba, no le importaba que sus compañeros descubrieran que se encontraba al límite de sus fuerzas. Observó las puertas a medida que se acercaban: se alzaban entre dos altas montañas heladas, y debían de medir treinta metros. Eran negras, construidas con piedra volcánica. Mayara nunca había estado allí, pero había visto muchas veces las puertas en dibujos cuando era estudiante. Se sentía ansiosa por descubrir lo que revelarían al otro lado.

—¿Estás preparado para enfrentarte a Raysit? —le preguntó a Ádria.

—No.

Tottem se limitó a encogerse de hombros. Llevaban quince ágaras viajando por Muriath, sin adentrarse en una ciudad dárica, sin tener contacto con los suyos. Algunos tenían cuentas pendientes, sobre todo Ádria.

Con el último esfuerzo, llegaron a las puertas. Alfar y Eltsay seguían cargando con Ghiro. Estaban hundidos en la nieve hasta medio gemelo, y a los dos les faltaba el

aliento. Mayara suspiró aliviada cuando pudo detenerse; el costado había dejado de dolerle tanto. Alzó la vista para contemplar las puertas: eran impresionantes. Había casi un centenar de dragones tallados en la piedra, repartidos estratégicamente, representando una batalla. Cada uno tenía su propio tamaño y forma. A media altura había una pasarela sobre la montaña desde la que brillaban varias hogueras encendidas y algunas antorchas sujetas en pedestales de acero. Se fijó en los dáricos que montaban guardia: ni siquiera se habían inmutado con su llegada, parecían estatuas de mármol.

Su señor y Alhanna seguían muy lejos; la joven apenas podía caminar a causa de las heridas que había sufrido. Además de los cortes y rasguños, tenía una muñeca y varias costillas rotas, y habían tenido que colocarle el hombro dislocado. Temían que sus heridas fueran más graves de lo que imaginaban, pero ninguno se había atrevido a mencionarlo. Mayara volvió a mirar hacia atrás y comenzó a impacientarse.

—¡Decidles que abran! —exclamó Alfar, volviendo la cabeza hacia ellos—. Ghiro se muere, necesita atención enseguida.

—No va a ser tan sencillo —contestó ella.

—¡Abrid las puertas! —Ádria gritó con todas sus fuerzas.

Solo obtuvo silencio de los dos soldados y los cinco arqueros. Uno de ellos puso una flecha en su arco y apuntó.

—¡Dejadnos entrar! ¡Llevamos heridos! —gritó Ádria con voz ronca—. ¡Y suelta esa flecha o te la haré comer cuando entremos!

Y lo hizo, justo a los pies de Ádria.

—Desgraciado... —murmuró el hajaek. Se quedó mirando la flecha con media sonrisa.

—¡No os permitiremos pasar! —gritó uno de los guardias. El rugido retumbó entre las montañas—. ¡Traéis una humana con vosotros! Conocéis la ley.

—¡Hay que hacer algo! —exclamó Eltsay, alterado—. El pulso de Ghiro es muy débil, tenemos que entrar como sea. ¿Por qué se retrasa tanto mi señor? ¡Que deje a Alhanna atrás! Esto es más importante.

—¡Cálmate! —le gritó Mayara fuera de sí.

Ella también estaba preocupada, pero no podían hacer nada por remediarlo, su señor no iba a abandonar a Alhanna.

—¡Condenada suerte! —volvió a gritar Ádria. Vio de reojo que su señor los estaba alcanzando—. ¿Queréis dejaros de estupideces y abrirnos?

—Tú llámanos estúpidos, por buen camino vas —le amenazaron los guardias.

Del interior les llegaron voces en su idioma natal; alguien estaba de mal humor. Los soldados de la pasarela dejaron espacio. Hablaron hacia abajo, al interior de la ciudad, pero no pudieron escuchar lo que decían. Su comandante se abrió paso entre ellos.

Casi habían llegado. Kishur tiró de Alhanna ignorando cuán agotada estaba; quería alcanzar al grupo cuanto antes. Estaba enfadado, furioso. Al escuchar que no les iban a abrir las puertas si no dejaban a Alhanna la rabia comenzó a consumirle. Nunca se debería negar la entrada a nadie, ya fuera humano o dárico.

—No van a dejarnos entrar, ¿verdad? —murmuró la joven casi sin voz, al borde del desmayo—. No quiero morir aquí.

—Eso no va a pasar.

Pensó en cogerla en brazos, pero en el intento anterior Alhanna había gritado por el dolor. No estaba seguro de que sus heridas fueran irreversibles y eso lo atormentaba. Llevaba todo el camino intentando no pensar en la posibilidad de que Alhanna no se recuperase.

—¿Ghiro va a morir?

Kishur negó con la cabeza, aunque Alhanna no pudo ver su expresión: el dárico tenía la capucha puesta, y la tela estaba rígida, cubierta de escarcha. Se aferró a su brazo cuando una oleada de dolor la sacudió, y gimió. Miró hacia las puertas y sintió pavor al pensar en tener que quedarse allí fuera. Por fin alcanzaron a los demás; todos los estaban esperando.

Desde las pasarelas, el comandante, un anciano de cabello oscuro que vestía armadura de bronce y una capa roja los miró con atención. Los inspeccionó sin miramientos, posando sus ojos negros sobre Alhanna. La joven se estremeció y sintió un pinchazo en la nuca. Estaban a gran distancia, ¿cómo podía usar su visión desde allí?

—¡Regresad! —El comandante escupió la palabra como si el idioma común le quemara la boca—. ¡Los humanos no pueden entrar! Ya sabéis que solo vosotros tendréis acceso. A esa cosa no la dejaré pasar, ¡aunque los dioses me lo pidan! No, no será hoy cuando un humano entre en mi ciudad.

Ádria rio a carcajadas y Alhanna hundió la cabeza entre los hombros. Kishur la soltó con cuidado.

—¡Abrid las puertas, yo lo ordeno! —bramó Kishur con voz potente y ronca. Alhanna se estremeció al percibir la ira del dárico.

—¿Que tú lo ordenas? —El tono del comandante había cambiado repentinamente, quizás fuera la voz de Kishur, quizás la forma de hablar—. ¿Y cuál es el nombre de aquel que osa darme órdenes?

Kishur se echó la capucha hacia atrás y el cabello le cayó por los hombros. Hebras de color plata se distinguían entre la mugre que lo cubría. La planicie quedó en silencio y el comandante se echó hacia atrás, conmocionado. Los arqueros depusieron las armas enseguida. Alhanna miró a Kishur, embobada: tenía los labios contraídos y los colmillos asomando por las comisuras. Se le marcaban leves arrugas alrededor de los ojos y se le había ensombrecido la mirada. Kishur apartó la capa y apoyó la mano en la empuñadura de su espada.

—Mi nombre es Kishur-Lantae, descendiente de Sorastalez-Lantae, heredero de la primera sangre. —No necesitó alzar la voz, tal era el silencio que reinaba—. ¡Abrid las puertas! ¡Os lo ordena el rey de Alviat!

Atasia

El valle que lindaba con la ciudad de Atasia se había convertido en una zona espeluznante; donde antes había habido hierba húmeda, ahora se apilaban cadáveres ensangrentados. El agua, teñida de sangre, corría a raudales como un reguero rojo. La constante lluvia parecía querer eliminar todo signo de muerte. Había cientos de cuerpos: con los ojos abiertos, cerrados, algunos sin cabeza, otros abiertos en canal, sin piernas o sin brazos, con las tripas fuera o degollados... todos encima unos de otros. Los caminos estaban desiertos y los carros abandonados. Los bosques guardaban silencio, las aves también.

Shudei espoleó al caballo, y el animal relinchó y meneó la testa, cabezota. Aún quedaban fuegos encendidos en Neca, podía verlos desde allí; el humo ascendía sobre los árboles, negro y espeso. Agudizó el oído.

—Quizás quede alguno con vida —dijo Riaku en voz muy baja.

—Sí es así, mejor será que muera. —Tiró de las riendas y ordenó al animal torcer a la derecha para subir por una loma—. Abandonemos el camino, es más sensato internarnos en el bosque.

—Tienes mucha prisa por alejarte.

—¿Es que tú no? —Miró a su hermano, parecía enfermo. Su rostro estaba pálido y tenía unas profundas ojeras—. Quiero sacarte de este lugar cuanto antes, te afecta demasiado.

—Supongo que sí —respondió, desanimado.

Al otro lado de la loma, encontraron un río que cruzaba serpenteando por el valle. Era poco caudaloso, así que lo atravesaron. Los caballos iban despacio, obedientes, y el viento les rociaba con las gotas que salpicaban con su galope. Olía a cieno. Avanzaron largo rato por el río, agradecidos por el olor fresco que desprendía. Cuando el cuerpo de un kalasty pasó junto a ellos flotando, Shudei tuvo que agarrar las riendas con fuerza, porque su caballo se puso a dos patas, nervioso y asustado. Apretó las piernas contra su lomo para no caer.

—¡Jodido animal!

El caballo era obstinado, pero logró controlarlo. El cadáver estaba boca abajo y tenía una lanza clavada en la espalda. No les hizo falta hablar; sabían que ambos se alegraban.

Al atardecer los sobrevolaron dos buitres, cerca de los picos de Atasia. El tiempo mejoró y les permitió secar sus ropas, detenerse a comer y a descansar, aunque eso no calmó sus nervios. Riaku aún podía escuchar los gritos, sobre todo los de los niños. Había demasiadas voces dentro de su cabeza.

—Quisiera no dormir esta noche —dijo con voz cansada.

—No digas estupideces.

—Si duermo, tengo sueños. No quiero tenerlos, no después de todo lo que he sentido. He visto morir a demasiada gente, Shudei. Nada bueno saldrá de mis sueños.

—Nunca sale nada bueno de ellos, una muerte más o menos que sueñes no te afectará. —Riaku abrió mucho los ojos, sorprendido; nunca solía despreciar su poder de esa forma—. Perdóname, estoy de mal humor y ya no sé lo que digo. Necesitas descansar. Podrás controlarlo, confío en que lo harás. Olvida lo que has visto y oído, la guerra es así. La verdad es que me sorprende que te haya afectado tanto.

—Si te sorprende es que no lo has entendido. —Sacó su flauta morada y la hizo girar en una mano—. La gente siempre me ha tenido miedo por mis sueños, pero a mí lo que me atormenta es la capacidad que tengo de sentir la muerte de los que tengo cerca. Es horrible.

Se llevó la flauta a los labios y comenzó a tocar con suavidad una melodía infantil, sacada de un cuento que solía cantarle su madre por las noches, antes de irse a dormir. Esa canción siempre lo tranquilizaba. Miró a Shudei y vio la tristeza en su rostro; él también recordaba la canción. Sabía cuánto había sufrido Shudei por el fallecimiento de ella, nunca olvidaría ese dolor. «Yo maté a mi madre con mis sueños». Guardó la flauta.

Anduvieron por los caminos durante días, sin encontrar a nadie, evitando acercarse a las poblaciones y a las bandadas de cuervos grises que sobrevolaban los bosques. No quedaban aldeas en pie por aquellos parajes. Tenían provisiones suficientes para una semana, y les quedaba un largo viaje.

Estaban agotados y Shudei decidió parar un rato a descansar. Lo hicieron en mitad del bosque, en unas ruinas antiguas, ante una construcción tapada por la maleza. Shudei retiró algunas ramas con la espada y bajó del caballo; necesitaba orinar. Era un montículo de piedra demolido. A escasos metros se erigía otro, casi de su altura, mejor conservado. Tenía forma triangular, con una abertura pequeña en cada lado. Entre los árboles se repartían construcciones similares, casi veinte, aunque cinco de ellas eran de menor tamaño. El caballo de Riaku trotó a su alrededor y las herraduras repiquetearon sobre las piedras. El animal relinchó.

—¿Sabes qué es esto? —preguntó emocionado el joven—. Dime, ¿lo sabes?

—Intuyo que me lo vas a decir.

—Deben de ser conductos de aire. —Bajó del caballo—. ¿Crees que podríamos estar en unas ruinas eldas? ¡Mira esto! Según las leyendas, habitaban bajo tierra y

construían respiraderos que quedaban sobre la superficie. Si estoy en lo cierto, habrá por alguna parte una entrada, una puerta en el suelo o trampilla para acceder al interior.

—¿Los eldos? No digas tonterías. Son solo leyendas, jamás existieron.

—Los dáricos creen en ellos.

—Ellos creen en muchas necedades que no pueden demostrar. —Shudei pasó la mano por la fría piedra—. Solo son tumbas de zarefíes, esto es un cementerio. Ponían esos conductos porque pensaban que, de esa forma, su alma viajaría al mundo venidero. Los he visto en otras ocasiones. Deben de llevar mucho tiempo aquí enterrados, hace más de doscientas ágaras que no se tiene constancia de la existencia de zarefíes.

Supo que Riaku estaba decepcionado, y sonrió al ver el rostro de su hermano; parecía un niño al que le acaban de quitar un caramelo. Al menos, por fin pensaba en algo que no fueran cadáveres.

—¿De verdad creías haber hecho un gran descubrimiento? —Shudei comenzó a reír con ganas y, al final, Riaku se contagió—. Si los dáricos no han podido probar su existencia, no habrá sido porque no lo hayan intentado.

—Quizás el mundo sea mayor de lo que creemos. —Riaku se encogió de hombros —. Yo ni siquiera había salido de Górgora hasta ahora.

Dieron una vuelta por la zona y encontraron otras construcciones cubiertas por zarzas y malas hierbas. Riaku comprendió que su hermano estaba en lo cierto: aquello era un cementerio. Caminaron tranquilos tirando de los caballos y comiendo un poco de queso y chorizo. Hacía frío, el aire movía las zarzas y los helechos haciendo algo de ruido para que el bosque recordara que seguía vivo. Shudei notó un sudor frío recorriendo su espalda y un súbito mareo lo hizo detenerse. Un sonido captó su atención y miró en derredor. Atisbó una sombra moviéndose entre los árboles. Le temblaron las manos y comenzó a respirar de forma irregular. Agarró a su hermano del brazo cuando este pasaba por su lado.

—Monta en el caballo —le ordenó, repentinamente serio.

—¿Cómo dices?

—Monta y cabalga tan rápido como el animal te lo permita. No te detengas hasta que caiga agotado. —Levantó la mano para que no lo interrumpiera—. Haz eso por mí y la próxima vez que nos encontremos te dejaré que toques la flauta todo cuanto quieras.

Hizo caso, en silencio e inmediatamente. Subió al caballo, lo hizo girar, miró a su hermano y espoleó al animal, que saltó un tronco caído y se perdió en la espesura. La mano de Shudei tembló al acariciar el mango de su espada. Aquella cosa se movía entre los matorrales y se estaba acercando. Las pisadas sonaron a su lado, aplastando las ramitas y las hojas del suelo, retumbando contra la piedra de aquel cementerio. Sentía su corazón desbocado y se sorprendió a sí mismo de ese miedo desconocido, del sudor que mojaba su frente, del tiritar incontrolable de sus piernas. El caballo

relinchó, asustado; intentó zafarse del amarre, pateó contra el suelo con rabia y se hizo a un lado. Estaba justo a su espalda. Cerró los ojos y tragó saliva.

—¿Intentas concederle tiempo al soñador? Eres astuto. —Su voz era metálica, apagada—. No podrás protegerlo por siempre. Me agrada que hayas sido capaz de reconocerme y de recordarme. ¿Has pensado mucho en el día que nos conocimos?

No pudo contestar de inmediato. Le faltaban las palabras.

—Metiste cosas en mi mente.

—Visiones del pasado, nada del futuro. Quisiste saber qué era yo, y yo solo quise mostrártelo. ¿No te agradó? —Soltó una risita oscura, irritante—. Ahora tienes tanto miedo que no eres capaz de moverte. Te preguntas si voy a desgarrar tu vientre para alimentarme, como me viste hacer aquel día. No te preocupes, no te haré daño.

—¿Por qué? —Lo miró de reojo y solo vio la capucha que lo cubría.

Notó como se acercaba a él y sintió en su hombro su gélida mano, cuya piel estaba pegada a los huesos. No tenía uñas. Shudei gimió sin poder controlarlo.

—¿Quieres saber por qué razón no te maté en el pasado y te dejo vivir hoy? —Su voz no era humana. Se acercó a la oreja de Shudei y el sudor cayó por la espalda del hombre, que estaba temblando—. No puedes resistirte a mi poder y, cuanto más lo intentes, mayor será el sufrimiento. ¿Quieres saber por qué vives? Porque me recuerdas a alguien que me atormenta en mis sueños.

Lo agarró del pelo y Shudei recordó que la primera vez que lo vio, también había tocado su oscuro cabello. Le había dicho que no se lo cortara nunca.

—¿Quién? —se atrevió a preguntar Shudei, con la boca seca.

Lo rodeó y se puso frente a él, tirando de su pelo hacia abajo. Shudei no fue capaz de levantar la cabeza para mirarlo, sentía una fuerte presión que le impedía moverse.

—Eres atrevido. —Volvió a soltar esa risa espeluznante—. Me recuerdas a un ser de cabello oscuro como la noche, alguien a quien dejé atrás, pero del que no logro olvidarme. Morirás por lo que eres, por esos sueños que te conducirán a la humana de ojos grises. Un soñador tan poderoso como tú no debe seguir existiendo.

—Te equivocas, no soy un soñador —replicó, temeroso por las cosas que aquel ser parecía conocer sobre él. Shudei escuchó como gruñía, roncamente—. No sabes nada de mí.

—¿Eso piensas? Mi poder está fuera de tu comprensión. —Soltó el pelo de Shudei y se alejó un poco de él—. Siento la vida dentro de tu cuerpo y ansío devorarla, así que mejor será que te marches. Monta en tu caballo y huye tras el otro soñador. Dejemos que sea el tiempo quien os termine apresando.

Y entonces soltó una risa cavernosa y ronca, como un millar de piedras chocando entre ellas. Shudei logró mover las piernas y, sorprendentemente, pudo subir al enervado caballo. No osó mirar más hacia la criatura. Tomó el mismo camino que Riaku y cabalgó tan rápido como el animal le permitió, sintiendo el aire en la cara.

Alcanzó a su hermano cerca de la aldea de Veda, en un camino embarrado. Había bajado del enloquecido caballo y trataba de calmarlo sin soltar las riendas. El animal

echaba espuma por la boca. Shudei cabalgó en su dirección y quiso avisarle para que se alejara del caballo encabritado, pero no tuvo tiempo. Se puso a dos patas y golpeó a Riaku, que quedó tendido en el suelo. Después, escapó al galope.

—¿Estás bien? —le preguntó al llegar a su lado.

Riaku se incorporó despacio, le retumbaba un poco la cabeza. Comprobó que estaba de una pieza repasándose el torso y las extremidades con las manos y sonrió.

—¡Nada roto!

—¡Sube! —Le tendió su mano para ayudarlo.

Montó tras él y Shudei espoleó al caballo para que saliera al galope. Abandonaron la aldea sin entrar en ella. No hablaron durante un buen rato. Shudei parecía dispuesto a cabalgar hasta el día siguiente.

El semental castaño perdió velocidad cerca de Nafda, entre los campos de cultivo y las chozas de los pastores. Atardecía. Shudei aminoró la marcha y permitió que el caballo se aventurase entre las hortalizas embarradas y las ovejas que campaban a sus anchas.

—¿Dónde están todos? —preguntó Riaku casi susurrando al oído de su hermano —. Estas tierras y esas ovejas deben de tener dueños. ¿Es que ya no queda nadie?

—Están escondidos. No hay fuegos ni cadáveres. Han debido de huir hacia los picos o al monte de Alba, hay buenos sitios donde ocultarse por un tiempo. Los kalastys aún no han pasado por aquí, pero no tardarán en hacerlo, muy lejos le quedan al ejército estas aldeas.

—Marial-Pat los ha olvidado.

—¿Acaso esperabas otra cosa?

Le acarició el cuello al caballo.

—¿Buscaremos un lugar para dormir? Estoy agotado. —La voz del joven era un murmullo—. Al final, no me quedará más remedio, estoy tan cansado que me quedaría frito contra tu espalda.

—Es mala noche para dormir, Riaku. Ninguno de los dos deberíamos hacerlo.

—¿Vas a contármelo? ¿Por qué me pediste que me marchara de ese modo? Nunca había visto tanto miedo en tus ojos.

Shudei tenía el pelo enredado, sujeto en una cola maltrecha. Se frotó los ojos enrojecidos.

—¿Recuerdas la primera vez que marché a la guerra? Atasia y Plaza se disputaban una mina de plata que había pertenecido a Górgora durante seis generaciones.

—Lo recuerdo, a pesar de que solo era un niño por aquel entonces. —Se acomodó tanto como pudo sobre la silla, le dolía el trasero—. Sobre todo, los gritos de padre cuando se enteró de que te habías alistado en el ejército; casi muere de un infarto.

—Movió todos los contactos que pudo para impedir que fuera, pero resulté más testarudo que él. Me arrepiento, no imaginas cuánto, y nunca he llegado a

admitírselo. —Negó con la cabeza al pensarlo—. Caí herido en combate y perdí el conocimiento durante horas.

—Jamás contaste tal cosa —le recriminó Riaku.

—Mis heridas, que no eran graves, sanaron antes de mi regreso, y decidí ocultarlo. —Shudei sonrió un poco, siempre había prevalecido su orgullo—. Desperté en medio de un centenar de cadáveres; había cuervos y otras aves de rapiña dando buena cuenta de ellos. Ni siquiera tuve fuerzas para vomitar. De pronto vi a alguien cubierto con una capa oscura. Al principio no comprendí lo que hacía, pero luego me di cuenta de que estaba comiendo, como los buitres. —Suspiró—. Me encontraba conmocionado y no pude moverme. La criatura me vio y, antes de lograr alcanzar mi arma, la encontré justo frente a mí, de cuclillas, y mirándome. La capa le cubría el rostro de sombra y no pude verle la cara, pero sí sus manos: eran blancas como la nieve y tenía la piel pegada a los huesos. No tenía uñas. Habló en una lengua extraña y sentí un profundo mareo.

—Yo me habría meado en los pantalones —murmuró Riaku.

—Agarró mi pelo y tiró de él. Entonces, habló en nuestro idioma: dijo que le recordaba a alguien, que nunca me cortara el cabello. Quise saber quién era y por qué razón se alimentaba de aquellos cadáveres. Rio de una forma tan siniestra que me eché a temblar sin poder resistirlo. Era como si el mismo miedo emanara de él y me estuviera controlando. —Shudei guardó un momento de silencio, recordándolo—. Puso sus dedos sobre mis sienes y sentí un tremendo dolor. Me mostró una sucesión de imágenes, las metió a la fuerza dentro de mi mente. Y jamás me he librado de ellas.

No quiso contarle a Riaku qué le había mostrado, eso solo lo reservaba para él. Shudei recordaba con exactitud cada escena, cada ser: había visto el interior de una torre en la que una niña subía las escaleras con los pies descalzos, el cielo teñido de tonalidades violetas y rosas, tronando con furia. Y mucha sangre, junto a gritos que se dispersaban en el aire. También pudo contemplar la imagen de un hombre, de pie en mitad del bosque, cuyo cabello oscuro estaba anudado en una larga trenza. Solo lo había visto de espaldas, pero había sido suficiente para sentirse sobrecogido por su presencia.

—El miedo que te provocó fue inducido —dijo Riaku, abstrayéndolo de sus pensamientos—. No podrías haberlo controlado, aunque hubieras querido. Imagino que esa criatura estaba en el cementerio zarefí.

—Así es. Cuando pasamos por aquel descampado donde se amontonaban los cadáveres, pensé que podríamos encontrarlo allí, por eso tenía tanta prisa por abandonar la zona. —Shudei volvió la mirada hacia él—. Sigo sin comprender por qué razón me dejó vivir.

—Ya te lo dijo: le recuerdas a alguien. Incluso los seres más retorcidos que puedas conocer tienen algo a lo que aferrarse —dijo Riaku con total serenidad—. Si ahondas en los recuerdos de las imágenes que introdujo en tu mente, quizás encuentres la respuesta.

—Prefiero no buscarla. Al menos, de momento.

Guardaron silencio un buen rato. Riaku volvió a sacar la flauta y comenzó a tocar una canción alegre que solía bailarse en las tabernas. Shudei sonrió agradecido.

El caballo trotaba con energía. Estaban internándose en un bosque de álamos y comenzaba a oscurecer. Pensaba continuar un poco más, ya dormirían cuando no pudieran mantenerse sobre la silla de montar. Shudei estaba decidido a cambiar el rumbo; tal como estaban las cosas, lo más sensato era dirigirse a la costa del mar Cario y tomar un barco. De ese modo, evitarían el centro del norte y esquivarían a los kalastys, entre otros seres que deambulaban por aquellos aciagos caminos. Su destino quedaría mucho más lejos, pero comenzaba a comprender que llegar a Cimeag era una posibilidad muy remota.

—Necesito una botella entera de licor de arroz —susurró Riaku mientras sacaba la flauta—. ¿Puedo?

—Ya he tenido suficiente.

Anochecía cuando salieron al camino. Atravesaron un campo descuidado hasta una granja. El corral estaba abierto; las cabras estaban acurrucadas y algunos cerdos se amontonaban en un lodazal. Shudei sopesó la idea de descansar dentro de la casa, pero un movimiento al otro lado de la ventana lo alertó. Había gente en el interior: hombres, mujeres... y creyó ver las trenzas de una niña pequeña. Decidieron no molestar y siguieron adelante. Había melocotoneros y almendros. Llegaron a la aldea del Alba, una agrupación de casas grandes con tejados de pico hechos de pizarra, todas con ventanales y puertas dobles.

—La gente se ha encerrado —informó Riaku.

—Morirán.

Poco después, Riaku se quedó dormido contra la espalda de su hermano; el cansancio había podido con él. Pasaron el cañón del Alba, un desfiladero de piedra caliza. Cruzaron un río por el puente que unía las dos orillas. Shudei estaba harto de ver tantos ríos, y no tenía la menor idea de cuál era ese.

Primero escuchó tambores a lo lejos: el sonido provenía de la aldea del Alba. Después oyó los gritos. Hizo girar al semental.

—No puedes hacer nada, solo eres un hombre —susurró Riaku—. Huyamos al galope. Están cerca, demasiado cerca. No quiero volver a sentir la muerte.

—¡Maldición! —Apretó las riendas con fuerza, conteniéndose.

—Shudei...

—¡Ya lo sé! —gritó Shudei con frustración—. ¡Vamos!

El semental relinchó nervioso y partió a toda velocidad. El cielo se iluminó con el fuego que asolaba la aldea. Shudei se sentía extraño: nunca le había importado la gente, pero no podía quitarse de la cabeza la imagen de la niña con trenzas; se preguntaba si ya estaría muerta. Poco tardó en decidir que no importaba, pues él iba a

morir también.

Laen'dah

Nunca me fue permitido intervenir en el rumbo del mundo; solo observar y escuchar, ser testigo de cuanto acontecía en cada rincón de Muriath. Podía ir a cualquier lugar con mi pensamiento, entrar en la mente de todos los seres... Era capaz de conocer hasta el más anhelado deseo que ocultaran en su corazón.

Y, después de tan largos milenios de tediosa observación, me cansé.

No podía continuar aguardando algo que no parecía volver, el mundo había cambiado demasiado y la historia había quedado olvidada. Se cometían los errores del pasado sin que nadie alzara la voz, sin que se pusiera remedio a tanta pérdida. Todos parecían caminar en círculos: los hijos cometían los mismos crímenes que los padres; el mal se pagaba con mal, el daño se transmitía de unos a otros sin compasión.

Podía haberlo detenido todo, pero tenía prohibido intervenir. Sin embargo, decidí actuar emprendiendo pequeñas acciones que esperaba pasaran desapercibidas. Una de ellas implicó a Shudei.

Había vigilado la vida de Shudei desde que era niño, desde el instante en que su poder de soñador despertó. Fue una luz en medio de tanta oscuridad... Me guio como un faro que durante una tormenta conduce a un barco a buen puerto. Me llevó hasta él y me permitió entrar en su mente con tanta facilidad que la hice mía durante un tiempo. Lo escogí por su poder, pero también por su corazón y su fuerza. Era valeroso, poseía un carácter férreo y no le temía a nada, ni siquiera a la muerte. Su mirada adusta y su personalidad distante hicieron de él un hombre temido y respetable. Su corazón albergaba bondad. Su madre le mostró cómo amar las cosas más insignificantes como el rocío que baña una rosa al amanecer o el aleteo de las aves; le enseñó a encontrar belleza allá donde otros veían desidia. Todas esas cualidades lo convirtieron en el guerrero que yo necesitaba.

Introduje sueños en su mente para prepararlo; necesitaba que conociera el rostro del ser al que debía proteger. Por aquel entonces, yo aguardaba la llegada de alguien capacitado para hallar al juez, y sabía que iba a necesitar protección.

Shudei debía desprenderse de todo apego familiar, olvidar el amor y mantenerse a la espera, sin ataduras que le impidieran partir en el momento adecuado. Sus sueños sirvieron a ese propósito, y también los de su hermano. Por esa razón perdió de forma atormentada a su madre y a los amigos que marcharon a la guerra y por los que hubiera dado su propia vida, se alejó de la mujer que amaba al verla en su sueño convertida en asesina y abandonó al hijo que ni siquiera llegó a conocer por haber vislumbrado su prematura muerte.

Convertí su vida en una sucesión de pérdidas.

Su carácter se forjó poco a poco, le concedí la libertad que necesitaba para hacerse fuerte, para endurecerse. Aún le quedaba su hermano y, por más que intenté alejarlos, no lo logré. Ni siquiera el hecho de que Riaku hubiera soñado con la muerte de su madre logró que Shudei lo odiara y lo alejase de él.

Por más esfuerzos que imprimiera en eludir su deber, estaba tan arraigado en su mente y su corazón que era incapaz de escapar al destino que había forjado para él. Nunca lograría llegar a Cimeag para obtener la ayuda que tanto ansiaba, porque sus pasos estaban irremediablemente conectados a los de Alhanna. No importaba cuánto tratara de resistirse, cuán lejos intentase escapar.

Era mi guerrero y, su deber, el de proteger la vida de Alhanna.

Pensando en Shudei y Alhanna, con una taza de té entre las manos, me di cuenta de que había dejado otros asuntos completamente desatendidos. No estaba seguro de qué había ocurrido en Muriath en ese lapso de tiempo: tenía la ligera consciencia de las muertes de cientos de seres, del dolor que recorría los bosques y aldeas ya abandonadas. ¿Es que yo no era capaz de impedirlo? Probé el té y me supo amargo.

Intenté ponerme en pie con ayuda del bastón: hacía casi cuarenta ágaras que no abandonaba mi estancia y me pregunté si lograría hacerlo, de proponérmelo. La idea murió de inmediato en mi mente. Caminé hacia la Drefara y me quedé observándola, impasible. No, no me importaban las muertes. Yo reclamaba algo más.

Y muy pronto lo iba a obtener.

Tercera parte

Fraem-Lab

La subida estaba resultando peor de lo que había imaginado. Odiaba escalar. El edificio entero estaba mojado y la pared resbalaba más de lo que había creído en un principio. Había practicado la escalada, pero en circunstancias más favorables que aquellas; el viento arreciaba y parecía querer arrancarlo de su posición. La gruesa capa le dificultaba los movimientos.

Tottem-Hon cerró los ojos un instante para intentar concentrarse, pues le lagrimeaban a causa del frío y su visión se volvía un tanto borrosa. Eltsay iba justo delante; le sorprendía que fuera capaz de moverse con tanta habilidad y velocidad, era como si el clima no le afectara y escalar aquella torre fuese un simple juego para él. Eltsay miraba hacia abajo en algunas ocasiones, no para animar a Tottem a continuar, sino para burlarse de su torpeza y su lentitud.

—Falta poco, no te vayas a caer ahora —le dijo Eltsay soltando una carcajada.

La torre por la que ascendían era una construcción bastante singular. Tenía seis plantas y estaba escalonada por terrazas. Formaba parte del edificio del gobierno de Fraem-Lab, una construcción cuadrada de cuatro plantas que se encontraba en el centro de la ciudad. Allí vivían los profesores y los altos cargos del ejército. Todos habían abandonado el lugar para que el rey ocupara las estancias como deseara y en la compañía que escogiera. Tottem llevaba cinco días sin ver a Ghiro. Tampoco a Alhanna, a pesar de haberse instalado en aposentos de su misma planta. Sabía que su señor trataba de ocultar a la joven de los habitantes de Fraem-Lab, y podía entenderlo.

La llegada de Alhanna había alterado la tranquila vida de la ciudad de todas las formas posibles, no solo porque fuera la primera humana en entrar allí, sino porque la había traído el mismo rey. Ya sabían que poseía endomia, y lo que su señor trataba de ocultar era la insólita recuperación de la joven. Habían temido que muriese por las heridas que el demonio le había causado, pero no tardaron en darse cuenta de que sus huesos se soldaban a una velocidad desusada. Pero tenían prohibido hablar de ello.

En cuanto a Ghiro, lo habían encerrado en aquella torre para aislarlo; los sanadores eran los únicos que podían visitarlo y que conocían el verdadero estado del anciano. Había sobrevivido, pero ellos desconocían en qué condición se encontraba. Nadie se molestaba en informarles de la evolución de Ghiro, ni siquiera su señor, que

les estaba ignorando de forma deliberada. ¿Se suponía que solo debían esperar? Tottem estornudó.

Tenían que darse prisa. Era de noche y la luz de las lunas se ocultaba por momentos tras las nubes que iban pasando una tras otra. Los guardas que patrullaban el edificio volverían a pasar pronto por la torre. Tottem era consciente de que serían descubiertos, debían ocultarse cuanto antes. No podían permitirse que los detuvieran por desobediencia, su señor no se lo perdonaría a ninguno de los dos.

Agarró con fuerza la piedra a la que estaba sujeto y se alzó ayudándose del pie derecho, que tenía encajado en un pequeño hueco. Se desplazó un poco a la izquierda, repitiendo los movimientos de Eltsay. Alcanzaron la quinta planta y se sintió aliviado. Eltsay lo ayudó a subir a la terraza y, agachados, comprobaron que el ventanal tenía las cortinas cerradas y en la habitación no había luces encendidas. Corrieron hacia la pared con cautela y continuaron el ascenso.

Cuanto más alto llegaban, más ardua se volvía la subida: había escarcha acumulada en los salientes y Tottem tenía las manos enrojecidas y muy entumecidas. Intentó seguir el ritmo de Eltsay, que ejecutaba los movimientos con lentitud para darle tiempo a repetirlos. Casi estaban. Hizo el esfuerzo de aguantar el dolor que sentía en las manos y ascendió. Eltsay se había detenido para esperarlo, estaba al filo de la última terraza, con los pies encajados en un hueco ancho. Miraba hacia él, sonriendo con arrogancia. Podía ver la balaustrada de forja justo sobre ellos. Tottem se aferró a una piedra que sobresalía y resbaló. Quedó colgando solo del brazo izquierdo. Haciendo uso de toda la fuerza que le quedaba, logró volver a sujetarse con ambas manos, pero no fue capaz de encontrar un lugar donde colocar los pies. Eltsay lo agarró por la capa y lo sostuvo hasta que Tottem logró estabilizarse.

—No sabía que fueras tan torpe, Tottem —susurró Eltsay sin soltar su capa a pesar de saber que ya no era necesario—. Te ha faltado poco. ¿Qué os enseñan en la academia a los arqueros?

Tottem-Hon no pudo contestar, tenía las manos ocupadas.

—Concéntrate. —Eltsay comenzó a subir de nuevo—. Solo es un edificio.

Se ayudó de un saliente que antes tanteó con el pie para no repetir el mismo error y logró tomar el impulso suficiente para aferrarse a la balaustrada de la terraza. Después, entrar en el balcón fue una tarea sencilla. Se quedó tumbado boca arriba, respirando roncamente. Vio que Eltsay lo observaba sorprendido, sujeto con las manos al hierro y con los pies aún en una piedra. Tottem le hizo una señal, agitando la mano izquierda a ambos lados para indicarle que se diera prisa. Eltsay sonrió y saltó con ímpetu para agarrarse al barandal y acceder al balcón.

—¿Estás bien? —le preguntó Eltsay, agachándose a su lado para esquivar el ventanal. Las cortinas estaban cerradas, pero la luz estaba encendida—. Ha sido divertido, ¿no crees?

Tottem unió el dedo pulgar con el corazón y bajó el brazo con rapidez como negativa. Tenía las manos llenas de cortes. El viento arreciaba y arrastraba el frío

invernal. Deseó estar en su confortable habitación, con la estufa encendida.

La terraza era amplia, más que las otras por las que habían pasado. El ventanal, de dos hojas, estaba cubierto de escarcha. Ambos se pusieron en pie con cautela y pegaron la espalda a la pared, uno a cada lado de la cristalera. Tottem señaló el ventanal.

—Sí, debe de ser aquí —comentó Eltsay con un hilo de voz que Tottem apenas llegó a escuchar—. Mayara me aseguró que era esta habitación. Es parte de los almacenes, por eso no conseguíamos encontrarla. ¿Por qué lo tendrán escondido?

Había mucha luz en el interior y trataron de escuchar durante un buen rato. Alguien gemía; supusieron que era Ghiro, aunque no sonaba como él. No estaba solo, un acompañante daba vueltas por la estancia y trajinaba tarros de cristal sin parar. Era el sanador; quizás estuviera preparando medicina para el anciano. Eltsay trató de ver a través de las cortinas, pero solo llegó a apreciar unas sombras tras la tela. Eso le creó más curiosidad todavía. «Ghiro está aquí, debo verlo como sea». Miró a Tottem, que aguantaba otro estornudo con estoicidad, y le sonrió. Trató de pensar de qué forma podía ver a Ghiro y saber de su condición. Si el sanador abandonaba la estancia podría probar a abrir el ventanal.

—¡Soltadme!

Ghiro gritó, con la voz cansada y cargada de ira. Después, comenzó a sollozar. Eltsay sintió escalofríos y pegó la espalda a la pared para alejarse de la ventana. Iba a volver a mirar por el cristal cuando escuchó que la puerta de la estancia se abría y se cerraba de golpe; los goznes estaban oxidados e hicieron un tremendo chirrido. El sonido de las botas retumbó en el suelo de madera. Eltsay tragó saliva.

—Buenas noches, mi señor. —Ese debía de ser el sanador. Había arrastrado una silla, seguramente al ponerse en pie para hacer una reverencia al recién llegado.

Eltsay no había contado con eso. Miró a su amigo y tuvo ganas de reír. Tottem había palidecido. Le indicó con la mano que se alejara de la ventana y Tottem negó con la cabeza. ¿Cómo podían marcharse sin que su señor los descubriera? Y si se marchaban sin haber visto antes a Ghiro, ¿de qué les habría servido escalar esa torre?

—Puedes sentarte, no es necesario que te pongas en pie cada vez que me presento. —Era la inconfundible voz de Kishur, y parecía irritado—. ¿Cómo sigue? Me comunicaron que esta tarde ha sufrido otra crisis.

—Su vida ya no corre peligro, siempre y cuando lo mantengamos atado a la cama. Me temo que hemos tenido que hacerlo después de que hiriese a dos guardias cuando intentaron sujetarlo. —El sanador hablaba con cansancio—. Al menos, ahora no podrá hacerse daño.

—¡Desgraciados! ¿Habláis de mí en mi presencia? —gritó Ghiro con la voz ronca —. ¿Qué queréis de mí? ¡Sois todos unos malditos! ¡Que los dioses os condenen!

—¿A mí también? —preguntó Kishur.

El anciano no contestó; volvió a gemir y Eltsay sintió que su lastimoso llanto le oprimía el pecho. Cerró los ojos, abatido.

—Hay algo que detesto profundamente y que no tolero —dijo Kishur. Esta vez, su voz se escuchaba más cerca. Eltsay despegó la espalda de la pared y miró a Tottem—. Cuando doy una orden siempre espero que sea obedecida.

—¿Os he contrariado en algo, mi señor? —Al sanador le tembló la voz.

—¿Tú? ¡Claro que no!

Abrió las puertas del balcón de golpe y arrancó a Eltsay de su escondite agarrándolo del cuello. Lo metió dentro de un empujón y Eltsay quedó paralizado. El viento irrumpió en la estancia arrebatándole el calor que albergaba. Kishur sospechó que Eltsay no estaba solo, y sabía bien quién debía de acompañarlo. Sonrió. Cerró el ventanal con fuerza y los cristales tintinearon, amenazando con romperse. Caminó hacia el hajaek. Como era más alto que Eltsay, bajó la cabeza para acercar su rostro al de él y mirarlo a los ojos.

—Os pido perdón...

—¿Que me pides perdón? ¿He oído bien? —Kishur se pasó la mano por el cabello para echarlo hacia atrás.

Eltsay miró a Kishur con un pavor que le sorprendió. Estaba calado y la ropa había comenzado a empapar el suelo. Kishur suspiró.

—Quería ver a Ghiro —musitó Eltsay sin ser capaz de alejar la vista de su señor.

—¿Te he dado yo permiso para hacerlo? —El joven negó con energía, con la tez lívida—. Esta vez tus disculpas no bastarán.

Kishur se separó de él y comenzó a caminar por la estancia. Eltsay se atrevió a mirar a Ghiro, atado a la cama y cubierto por una gruesa manta de color crema. Contuvo el aliento al ver su rostro: no parecía él. Estaba demacrado y había perdido peso. Ghiro le devolvió la mirada y levantó un poco la cabeza.

—¿Has venido a ayudarme? —le preguntó a Eltsay—. Sabía que lo harías, que tú no ibas a abandonarme. ¡Tienes que sacarme de aquí! Ellos solo quieren hacerme daño. Nunca temí al dolor, pero estos demonios buscan mi lanfe. Debes matarlos, Eltsay.

—Ghiro... —Fue todo cuanto logró articular.

—¿Ahora soy un demonio? —preguntó Kishur caminando hacia la cama.

—Sois el que me hizo esto en la cara, os recuerdo a la perfección. ¡Me cortasteis el rostro con un puñal! —Tosió con violencia, escupiendo saliva—. Dárico gris, eres el mayor de los demonios, llevas la muerte allá a donde vas.

Eltsay negó con la cabeza; no daba crédito a lo que estaba escuchando. Miró el semblante sereno de su señor: aquellas palabras no parecían haberle afectado. ¿Era cierto? ¿Había sido Kishur el causante de la cicatriz de Ghiro?

—Vamos, Eltsay, desátame —le rogó Ghiro.

—No puedo, este no eres tú. —Eltsay tragó saliva, tenía la garganta constreñida. Observó el rostro desfigurado del anciano y sintió una profunda tristeza—. Ojalá vuelvas pronto, Ghiro.

—¿Qué estás diciendo? ¡Suéltame! ¿O también eres un demonio disfrazado?

¡Jugáis con mi mente, intentáis hacerme creer que tengo aquí a mis amigos! —Miró a Kishur con un profundo odio—. ¡Es vuestra culpa! Me retenéis porque sé la verdad sobre vos. Mantenéis a esa humana a vuestro lado porque por fin habéis encontrado a alguien que os comprende, porque le gusta matar tanto como a vos. Fingís que sois otra cosa, pero yo reconozco vuestro verdadero, oscuro y retorcido ser.

—Estás enfermo, así que no tendré tus palabras en cuenta —afirmó Kishur.

Por primera vez, Eltsay vio tristeza en el rostro de Kishur. «Cree que nunca va a recuperarse». ¿En qué estaba pensando Ghiro cuando decidió hacer tal uso de la endomia? Él era plenamente consciente de las consecuencias que podía acarrear. Ghiro volvió el rostro hacia el otro lado y comenzó a gemir de nuevo. Eltsay dio un paso hacia él, pero su señor extendió un brazo para impedírselo.

—Escúchame atentamente —le ordenó, volviendo a mostrar una expresión impávida—. Si Ghiro logra recuperarse, es probable que no recuerde nada, ni sus actos ni sus palabras. Ojalá sea de ese modo. Nuestro deber será fingir que esto no ha ocurrido. No voy a permitir que su orgullo quede dañado, y sé que lo comprendes. Lo mantengo aislado por una buena razón y ya la has descubierto. Si tú o Tottem-Hon, que sé bien que sigue ahí fuera, mencionáis algo sobre esto, seréis condenados por traición. Me ocuparé yo mismo de que cumpláis la pena.

Eltsay lo miró con estupor. Ser condenado por traición significaba ser ejecutado. Y sabía que lo había dicho en serio; su señor nunca hablaba en balde. Deseó decirle que apreciaba demasiado a Ghiro para mencionar lo que había escuchado allí, pero no le salieron las palabras.

—¡Guardias! —gritó Kishur.

Dos corpulentos dáricos entraron en la habitación, ataviados con ropas de cuero negro y capas rojas. Ver a Eltsay allí debió de sorprenderles, pero no lo mostraron.

—Acompañad a mi hajaek a los calabozos, desea pasar la noche allí.

No necesitaron sacarlo de la estancia, Eltsay caminó por su propio pie. Miró por última vez a Ghiro, que seguía gimiendo en la cama. Los guardias cerraron la puerta tras ellos.

Kishur se pasó la mano por el pelo, miró hacia el ventanal y negó con la cabeza. «Que Tottem-Hon baje del mismo modo que ha subido, así aprenderá». Se volvió hacia el sanador, que fingía estar absorto en sus hierbas, machacando una mezcla en el mortero. Sobre la mesa tenía tarros de formas diversas que contenían líquidos de color púrpura y blanco, y cuencos de cristal con flores secas y algunas hierbas que Kishur no era capaz de identificar. Había una jarra con agua y dos toallas blancas.

—Este incidente no será mencionado —dijo Kishur.

—Por supuesto, mi señor.

—Soltadme... Os lo suplico, soltadme —sollozó el anciano.

—Me gustaría hacerlo, amigo mío, pero no puedo. —Kishur vio los ojos hundidos de Ghiro. Cada vez estaba más pálido—. Aunque no lo comprendas, esto es lo mejor que podemos hacer por ti.

—Pero debo ir a buscar mi lanfe, ¿por qué me lo impedís?

—El lanfe no es un objeto que puedas buscar después de haberse extraviado —dijo el sanador mientras se ponía en pie y cogía una tela blanca que contenía unos polvos rojos muy brillantes—. Por fortuna, habéis sobrevivido.

—¡Cállate! ¿Quién te ha preguntado? —le espetó Ghiro—. Mi señor, os lo ruego. No me comprendéis, solo quiero ir a buscar mi lanfe, juro que volveré.

—Tienes razón, no te comprendo —dijo Kishur, ya casi incapaz de contener su ira—. ¿En qué estabas pensando? Pusiste tu vida en peligro, estuviste al borde de la muerte. Usar la endomia de ese modo, con un arco de fuego... ¿Cómo pudiste hacerlo? ¡Fuiste un necio! Mírame a los ojos, Ghiro, intenta reconocerme y entiende que te necesito. Tu deber es recuperarte.

—Sé lo que pretendéis, ¡queréis robar mi lanfe!

—Has enloquecido —afirmó Kishur con un gran pesar. No importaba lo que dijera, Ghiro solo tenía una cosa en la cabeza.

—¡No estoy loco! —gritó el anciano a la vez que escupía saliva—. ¡Os mataré! ¡Os arrancaré la cabeza! ¡Soltadme! ¡Soltadme ahora mismo!

El sanador esparció el polvillo que tenía en el pañuelo sobre el rostro de Ghiro. El anciano estornudó y se retorció unos instantes. Después, comenzó a relajarse, el ritmo de su respiración se ralentizó y sus ojos se cerraron. Pronto empezó a emitir unos tímidos ronquidos.

—Nada de lo que diga en este estado puede ser tomado como ofensa —comentó el sanador mientras regresaba a la mesa—. Su mente ha sufrido un colapso, pero al final terminará por olvidarlo todo, os lo aseguro. Y será lo mejor, nadie querría recordar que amenazó con matar a su rey.

—Eso no me preocupa, Ghiro puede ofenderme cuanto quiera. —Se giró para mirar al sanador, que se estaba sentando a la mesa—. Sé sincero.

—Tardará en recuperarse, mi señor. Más de lo que supusimos en un principio. Está muy débil y enfermo. Expulsó gran cantidad de lanfe de una sola vez, es demasiado para cualquier endómico, sobre todo para uno de bajo nivel. Pero hay esperanza, hemos evaluado el caso y creemos que volverá a ser el de antes. Puede que en una semana o en un mes, eso no puedo garantizarlo. Solo necesita reposo.

—Bien. No volveré por un tiempo, creo que mi presencia lo altera demasiado. —Caminó hacia la puerta—. Mantenedme informado de cualquier avance.

Salió de la estancia sin esperar respuesta. El sanador suspiró aliviado y, cuando la puerta se cerró tras Kishur, al fin sus manos dejaron de temblar.

La nieve caía con suavidad sobre los tejados. Las luces de los farolillos parpadeaban alumbrando las fachadas; había uno en cada hogar y en cada edificio. Eran esferas de cristal, en cuyo interior prendía una llama blanca. Le habían dicho que funcionaban con endomia, pero no estaba segura de cómo eso era posible. Quizás se lo mostraran

algún día. Desde la ventana, Alhanna podía ver la plaza central. Había luces repartidas por los arcos que la rodeaban, y podían apreciarse los solemnes edificios construidos en piedra oscura, con tejados de pizarra. Observó la fuente ubicada en el centro. La escultura del dragón la había inquietado desde el primer momento en que la había visto: era la figura de una criatura alada que dormitaba enroscada sobre una roca. Desde su habitación solo la veía entre sombras, coronada por la bruma, y eso le daba un aspecto más siniestro que el que debía de tener en realidad. Mayara le había contado que la escultura guardaba un secreto, una talla en la piedra que muy pocos eran capaces de ver. «Cuando pueda salir de aquí iré a comprobarlo».

Llevaba cinco días encerrada en aquella estancia y comenzaba a estar ansiosa. Al principio había agradecido la comodidad de la cama y que le permitieran dormir tantas horas seguidas, pero ya estaba cansada de permanecer allí dentro. Le traían la comida y limpiaban su habitación sin siquiera mirarla, como si la joven fuera otro mueble al que quitar el polvo. Kishur no dejaba que nadie la visitara, solo había permitido que Mayara le hiciera compañía en un par de ocasiones. Alhanna se sentía como una prisionera, pero estaba tan débil que no tenía ganas de discutir.

Los dos primeros días los recordaba borrosos, pues había perdido el conocimiento al poco de entrar en la ciudad. Los dáricos que los habían asistido le parecieron figuras de humo, irreales. Solo recordaba la voz de Kishur, su presencia. «Y la canción de esa niña de la torre, que no dejaba de cantar». Kishur le había pedido permanecer encerrada porque no quería que nadie descubriera su secreto. Alhanna miró sus manos: tenía los dedos y la muñeca vendados, pero las uñas le crecían a gran velocidad y su muñeca ya no estaba rota. En solo tres días, el hueso se había soldado. Lo mismo había ocurrido con todas sus heridas, tanto las internas como las externas. Los morados de su piel ya casi no podían apreciarse, y del dolor tan intenso que padeció tras el ataque del demonio ya casi no había rastro. No lograba comprenderlo.

El cristal de la ventana estaba ya empañado, y la joven lo limpió con la mano para poder seguir contemplando la plaza; era el único entretenimiento del que disponía. Llamaron a la puerta y se sobresaltó.

—El cerrojo no está echado —dijo de mala gana, imaginando que era alguien del servicio que venía a retirarle la bandeja de la comida.

No hubo respuesta desde el otro lado. Abandonó la ventana y abrió la puerta. Era Kishur. Iba vestido con una camisa blanca y pantalones negros de piel; no llevaba capa a pesar del frío. Se había recogido el pelo en una trenza.

—Buenas noches, Alhanna.

—Buenas noches, Kishur-Lantae.

Alhanna sonrió al ver la expresión de Kishur, sabía que le resultaba incómodo que usara su nombre completo. Lo emplearía cuanto quisiera como venganza por haberle ocultado quién era en realidad. Alhanna había esperado que fuera un noble, pero no el mismísimo rey de Alviat.

—Pasa de una vez, hace frío, ¿sabes? No necesitas permiso para entrar en mi

habitación —dijo Alhanna.

—Yo siempre necesito permiso para entrar en los aposentos de una dama. —Cruzó el umbral de la puerta y el vapor caliente del interior lo golpeó—. Aunque estoy pensando que haría bien en quedarme en el pasillo. Podrías derretir toda Liampa con el calor que hace aquí.

La estufa mantenía la habitación demasiado caldeada. Caminó hacia la ventana y la abrió, respirando profundamente el aire fresco. Sería mejor que la dejara abierta o la joven se acabaría asfixiando. ¿Tanto frío tenía? Alhanna corrió a cerrar la puerta. Fue hacia ella y le agarró la mano vendada para inspeccionarla.

—Te has curado muy rápido, sigo sin comprenderlo. Eres un enigma para mí, Alhanna. —La miró a los ojos, preguntándose si podía volverlos oscuros a su antojo o si era algo involuntario—. Un hueso roto no se solda en dos días. Pensé que ibas a morir a causa de tus heridas y, sin embargo, estás sanando de una forma extraordinaria.

—¿Y por qué no quieres que lo descubran?

—Bastante preocupados están por que seas endómica, dejemos que este otro asunto quede entre nosotros todo el tiempo posible. —Soltó su mano y se alejó de ella. Tomó asiento en el marco de la ventana—. Confía en mí, es lo mejor. Necesitan tiempo para aceptar que un ser humano se encuentra en la ciudad, muy pocos lo ven como un cambio favorable.

Alhanna se sentó en la cama, enfurruñada. Kishur imaginó que estaba disgustada por no poder salir de la estancia, pero no pensaba cambiar de opinión. Si descubrían su rápida curación, querrían estudiarla, y eso no pensaba permitirlo. Alhanna se cubrió con la manta que tenía sobre la cama, y Kishur se incorporó para cerrar la ventana.

—Me gustaría ver a Ghiro ¿Está mejor?

—Eso parece —mintió—. Podrás verlo cuando esté recuperado del todo, como los demás.

—¡Qué fastidio!

—¿Y eso qué quiere decir? Es la primera vez que escucho semejante expresión. —Vio la sonrisa a punto de brotar de los labios de la joven y se dijo que era mejor no conocer el significado—. No importa. Parece que te aburres bastante; podría pedir que te trajeran algunos libros, eso te mantendría ocupada. En la biblioteca debe de haber ejemplares escritos en la lengua común; si quieres, ordenaré que los busquen.

—No me gusta leer —contestó la joven—. Si vas a quedarte, mejor hablemos de algo. Podrías contarme la razón por la que me ocultaste que eres el rey.

—Prefiero que conversemos sobre ti... —Kishur cambió de tema, dejando claro que no estaba dispuesto a responder su pregunta. Sonrió—. ¿Cómo era tu vida en Asthaluss? ¿Qué hacías?

—Hay poco que contar, tenía una vida sencilla y aburrida.

—No existen las vidas aburridas.

Ella se encogió de hombros y se acurrucó bajo la manta.

—¿Por qué no me hablas de la noche en que llegaste a Muriath? No recuerdo que hayamos hablado sobre eso, ¿qué hiciste ese día? Es posible que algo desencadenara tu venida, ya te lo dije una vez.

—Así que piensas que mis actos me trajeron hasta aquí. —Miró a Kishur, que la observaba atento, y suspiró—. Y puede que tengas razón. Hice algo horrible ese día, o eso creo. En realidad, no pienso que estuviera mal, justo lo contrario.

Había acaparado la atención de Kishur, que aguardaba en silencio. Alhanna supo que no lograría librarse de aquella conversación.

—Si te lo cuento, ¿me das tu palabra de que no me juzgarás?

—La tienes. —Kishur estaba intrigado.

—Era mi cumpleaños, una fecha algo incómoda, porque coincide con la muerte de mi madre. Nunca lo había celebrado, a pesar de la presión de mis amigos, pero esa vez lo hice porque los necesitaba como coartada. El día empezó tranquilo. Sara, una amiga, me obligó a invitarla a desayunar en una cafetería del centro. Yo no conocía ese lugar. —Se rascó la frente y suspiró. No le apetecía hablar de ese día con Kishur, pero ya no había vuelta atrás—. Tardé un poco en darme cuenta de que había un grupo de chicos riéndose de mí en la mesa de al lado. No es algo que suela importarme, pero esa ocasión fue distinta, porque conocía a uno de ellos. Aunque estuve a punto de vomitar la media tostada que me había comido, fingí no darme cuenta de su presencia y le pedí a la camarera que me trajera una botella de vino. Sara se quedó sorprendida, pero no dijo nada. Esperé con paciencia hasta que el grupo se puso en pie y pasó junto a nuestra mesa para marcharse. Podrían haberse decidido por cualquier lugar para pasar, pero yo sabía que escogerían ese. Cuando tuve a ese chico cerca, me levanté a toda prisa y lo golpeé en la cabeza con la botella. Pensé que se rompería, que el vino se derramaría por su cara y lo dejaría en ridículo.

—Y, por supuesto, no ocurrió como esperabas —adivinó Kishur—. Imagino que cayó al suelo fulminado por el golpe.

—Con los ojos medio abiertos y convulsionándose. —Alhanna sonrió al recordarlo—. Miré la botella intacta en mi mano y no pude evitar reírme. La gente gritaba y me marché corriendo de allí. Creo que lo maté. Me encerré en casa pensando que la policía vendría a buscarme, pero en ese momento mi dirección no estaba reflejada en ningún lado.

—¿Por qué se reían de ti? ¿Quién era ese chico?

—Hizo algo y nadie me creyó; me tacharon de desequilibrada y de habérmelo inventado. —Sonrió con tristeza—. Me violó.

No esperaba ese tipo de confesión. Kishur guardó silencio y apretó los dientes con fuerza para no mostrar sus sentimientos. Miró a la joven y comprobó que estaba serena. No estaba seguro de si se trataba de una calma fingida, nunca podía leer su rostro.

—¿Por qué lo hizo?

—¿Qué por qué? —preguntó, consternada—. ¡Para eso no hay una respuesta!

—No quería formular esa pregunta, lo he traducido mal en mi cabeza. Lo que quería decir es cómo ocurrió. —Suspiró viendo como ella relajaba los hombros—. Este idioma se ríe de mí algunas veces.

—La verdad es que nunca he hablado con nadie de lo que pasó, ni siquiera sé cómo hacerlo. —Encogió las piernas sobre la cama.

—Prueba, yo te escucho.

—Está bien. —Carraspeó para aclararse la voz. Soportaba estoicamente la mirada intensa de Kishur—. Fue en la mansión de mi padre, una noche en que dio una fiesta para celebrar su ascenso o algo así; la verdad es que nunca presté atención a su carrera profesional, me importaba poco. Creo que era diputado la última vez que lo vi, entre otras cosas. Me obligaron a asistir a la celebración junto a mis hermanos. Tuve que ponerme un vestido elegante y dejar que me maquillaran para que todos pudieran sentirse cómodos con mi aspecto. Ese desgraciado estaba allí, creo que su padre era conocido del mío. Lo había visto algunas veces en otros eventos y siempre me pareció un verdadero imbécil. —Alhanna se entretuvo un instante en masajearse las sienes, con la mirada perdida en el suelo—. Me pasé la noche ignorando a todo el mundo mientras mi padre se enfadaba cada vez más por mi falta de educación. Nunca nos llevamos bien. Al final pude marcharme con la excusa de un dolor de cabeza; me dirigí a mi habitación y ese tipo me siguió. Era la clase de persona que piensa que puede hacer lo que desee solo porque su padre es importante. Y eso fue lo que hizo, lo que le dio la gana. Al principio intenté encontrar una explicación, algo que me ayudara a entender por qué eso había pasado, pero es una pérdida de tiempo. Él tenía mucha fuerza y yo ninguna. Ojalá hubiera podido usar mi endomia o haber tenido un puñal como el que Ádria me regaló. En mi mente, lo maté unas mil veces y de mil formas distintas.

—Y al final lo lograste. —Kishur sonrió—. ¿Y tu padre? ¿Tampoco te creyó?

—Creo que sí. Intentó ayudarme al principio, hablando con la policía y buscando a los mejores abogados. Yo no necesitaba eso, ¿sabes? Me habría conformado con sentir que me apoyaba de verdad.

Quedó en silencio y Kishur decidió aguardar hasta que ella quisiera seguir con la historia. No comprendía algunas de las cosas que Alhanna le había contado. «Sí yo fuera su padre, habría matado a ese mal nacido».

—Me fui de casa prácticamente con lo puesto. Un día me desperté por la mañana y me di cuenta de que allí no tenía nada, solo viejas fotos de mi madre y mi abuela. —Bostezó, comenzaba a estar cansada—. Nunca volví. Y cinco años después, el día de mi cumpleaños, cuando le di el botellazo a ese idiota, mi padre se presentó en el piso de Sabrina por la tarde. Me pidió que cogiera lo imprescindible y lo acompañara; quería sacarme de la ciudad. Le dije que tenía que pensarlo y le cerré la puerta en las narices.

—¿Por qué? —quiso saber Kishur.

—Porque deseaba matar a más gente. Al padre de ese chico por llamarme mentirosa, a sus amigos por reírse de mí en la cafetería. —Alhanna bajó la mirada—. Quería vengarme de todos ellos y pensé que podría hacerlo esa noche. En cuanto la fiesta comenzó, subí a la terraza para beber una cerveza y aclararme las ideas.

Ahora, a Alhanna todo aquello le parecía tan irreal que sentía estar recordando la vida de otra persona, no la suya.

—Me pregunto qué habría sucedido si el fuego no me hubiera traído hasta Muriath —dijo la joven—. ¿Habría reunido el valor para vengarme?

—Todo eso ya poco importa, ahora estás aquí. —Caminó hacia ella mientras recordaba las palabras de Ghiro—. Hoy me dijeron algo interesante, Alhanna. Dime, ¿qué piensas de mí?

—Pues que eres bueno, amable y valiente. ¡Como un superhéroe!

—¿Y qué es eso?

—Alguien con un gran poder que usa para proteger a los demás.

—Eso está bien, me gusta que me veas así. —Sonrió mostrando sus dientes blancos y perfectos. Los colmillos le rozaron sutilmente el labio inferior—. Lo cierto es que no soy ningún héroe, ya lo descubrirás con el tiempo. Ahora lo que me preocupa es que la persona a la que debo proteger sea una carnicera. Sientes placer al matar, y eso es algo que debemos corregir, ¿no te parece?

—Estás decepcionado, ¿verdad? —preguntó Alhanna con la voz atragantada.

—Te equivocas. Ahora comprendo por qué Ádria te dio el puñal: supo ver tu naturaleza. No importa, aprenderás qué es correcto y qué no lo es. Pero también que a veces una mala acción es necesaria, que el bien no siempre vence y que en ocasiones debemos recurrir al mal y a la oscuridad. Que perder el control y mancharnos las manos de sangre puede ser lo único que nos conduzca a la victoria. —Kishur rozó con la mano la empuñadura de la espada que llevaba a la cintura; era la única arma que portaba en ese momento—. Mientras sigas a mi lado, no necesitarás ensuciarte las manos, yo lo haré por ti.

Alhanna se incorporó de la cama y dejó caer la manta sin darse cuenta. Estaba impresionada por aquellas palabras. Kishur sonrió. Guardaron silencio, sosteniéndose la mirada. En el exterior, el viento arreciaba. Ella recogió la manta y volvió a cubrirse.

—Nadie se ha preocupado nunca por mí como lo haces tú —musitó Alhanna con la voz temblorosa—. ¿Está bien que me quede a tu lado?

—Eso he dicho. —Kishur caminó por la estancia hasta detenerse frente a la ventana—. Puede que tus actos hicieran que Asthaluss te enviase aquí. ¿Sientes pesar por no haberte despedido de la gente que conocías? No volverás a verlos.

—En realidad no había personas que me importaran. Quizás Sabrina. No la amaba, pero de ella sí me habría despedido.

—¿Formaba parte de tu familia? —preguntó Kishur volviendo la vista hacia ella.

—Estábamos juntas. —Kishur la miró sin comprender, y ella tuvo ganas de reír. ¿Era por el idioma o por otra falta de entendimiento?—. Quiero decir que Sabrina y

yo teníamos una relación de pareja.

Eso Kishur no se lo esperaba. Negó con la cabeza y fue hacia la puerta; era momento de marcharse. Alhanna necesitaba descansar.

—¿Te incomoda? —preguntó Alhanna, intentando no reír.

—No exactamente. Es mejor que me marche ya, es tarde. —Agarró el pomo de la puerta y mantuvo su mano ahí, sin girarlo. Quería aclarar las cosas para que no hubiera malentendidos en el futuro—. Nosotros aceptamos que existen ese tipo de relaciones, pero no hablamos de ello. Es cuanto puedo concederte.

Alhanna bufó. Parecía indignada. Quizás fuera fingido, Kishur no estaba seguro; a veces era incapaz de interpretarla. Hizo girar el pomo y abrió la puerta.

—Los dáricos sois muy antiguos —afirmó ella.

—Lo somos; mi pueblo fue el primero en caminar por el mundo, compartiendo Muriath con los demonios, mucho antes de la existencia de zarefíes, kalastys y eldos. Y por supuesto, miles de ágaras antes de la aparición de los humanos.

—No me refería a eso, pero no importa. —Hizo un mohín con los labios.

—Entonces me marcho. Descansa.

Alhanna le tiró la almohada, pero él ya había cerrado la puerta. Kishur se marchó con una sonrisa, conteniendo las ganas de lanzar una carcajada. Le fascinó darse cuenta de que, en un momento, Alhanna era una mujer que había pasado por demasiadas cosas y, al siguiente, demostraba no ser más que una niña.

Una semana después, Alhanna pudo dejar la estancia. Sus heridas estaban completamente curadas, incluso le habían vuelto a crecer las uñas. Kishur seguía asombrado ante tal recuperación.

—¿A dónde me llevas? ¿Queda lejos? —preguntó Alhanna.

Kishur no contestó. Alhanna caminaba junto a él para protegerse del frío, usando su cuerpo para cortar el viento; la temperatura había caído bastante en los últimos días y los obligaba a salir siempre ataviados con las pesadas capas. A la joven se le llenaba la nariz de mocos y los ojos le lagrimeaban, tenía que hacer uso constante de un pañuelo. No recordaba haber estado en un lugar tan frío como aquel.

La espesa niebla le impedía apreciar la ciudad en toda su belleza. Fraem-Lab estaba rodeada por las dos montañas que le servían de muralla. Tenía dos altas torres y varios edificios que se alzaban sobre las casas bajas, como la biblioteca y el centro de estudios, ambos en el centro. La herrería estaba a las afueras, ya que varias cuevas de la montaña se usaban como almacén. Kishur accedió a un puente de piedra que cruzaba un riachuelo cuya agua comenzaba a congelarse. Vigiló a Alhanna de cerca por si resbalaba.

—Es una pena que haya tanta niebla, quería mostrarte la ciudad. Quería que vieras la entrada de la Academia de artes endómicas, el suelo está compuesto por baldosas de cristal con representaciones en colores de diversas escenas de nuestra

historia.

—Una pena, supongo.

—Podrías fingir interés. —La miró de reojo y sonrió—. No importa, tendrás tiempo, el invierno es largo.

Había impartido instrucciones para que el profesorado eligiera un temario adecuado para Alhanna; quería que aprendiera todo lo posible durante su estancia en Fraem-Lab. Sobre todo, historia. Le enseñaría el uso de la espada y el arco, y procuraría mostrarle lo que significaba la compasión. Estaba preocupado por las clases de endomia, así que intentaría retrasarlas todo lo posible; los profesores habían puesto demasiado interés en sus cualidades, y no podía permitir que descubrieran que Alhanna tenía un poder inagotable. De lo contrario, la querrían muerta.

—¿No has dormido bien esta noche? —le preguntó Kishur. Las ojeras de la joven eran evidentes, y parecía somnolienta.

—Ha sido por la maldita torre y por esa niña que no para de cantar.

La miró con curiosidad. Llevaba mucho tiempo soñando con lo mismo, y eso comenzaba a preocuparle. Abandonaron el puente y se internaron en una amplia avenida, dejando las casas atrás.

—Dijiste que la niña parecía no saberse la canción completa. Intenta inventar algo, quizás así te deje en paz. —Kishur sonrió y se detuvo. Habían llegado—. No lo pienses demasiado.

Estaban frente a un prominente edificio, con el techo abovedado y amplias puertas de madera. Salía humo por dos enormes chimeneas. Se oían martillazos, golpes secos sobre el metal y varias voces. Alhanna no entendía lo que decían, hablaban en dárico. Kishur llamó a la puerta, pero era tal el alboroto que nadie pareció oírlo.

—Deben de estar sordos ahí dentro —comentó Kishur mientras volvía a aporrear las puertas, esta vez con mayor fuerza.

—Eres el rey de Alviat, ordena que abran —dijo la joven cambiando el tono de su voz para hacerlo más grave. Se irguió y alzó la barbilla casi con insolencia—. ¡Soy Kishur-Lantae! ¡Abrid las puertas!

—¿Qué haces? —preguntó el dárico, desconcertado.

Las puertas chirriaron y se abrieron despacio; pesaban y estaban ligeramente hinchadas por la humedad. Asomó la cabeza de un joven dárico de cabello corto y castaño. Observó a Alhanna y después a Kishur. Hizo una reverencia en silencio antes de correr hacia el interior llamando a su maestro.

—No vuelvas a hacer eso —le recriminó el dárico en voz baja—. No comprendo por qué lo has hecho, pero sé que no me ha gustado.

—Eso es porque eres antiguo —contestó ella riendo.

—¿Te refieres a que soy mayor? —Kishur arqueó una ceja—. ¿Me llamas anciano? ¡Ni siquiera sabes mi edad!

—Más del doble que la mía, eso seguro.

—Mentalmente puedo triplicar la tuya, eso es cierto.

El herrero apareció con la cara manchada de grasa y las manos envueltas en un paño y se arrodilló ante Kishur. Tenía un poco de joroba, pero era ancho de espaldas, con los músculos de los brazos marcados a pesar de la edad. Sus arrugas indicaban que se encontraba muy próximo a la generación de Ghiro. Alhanna reconoció enseguida su nariz prominente y sus cejas pobladas. Abrió la boca para hablar, pero la cerró de inmediato cuando Kishur le lanzó una mirada, que no fue fría ni severa, pero por la que la joven supo intuir que era mejor callar. De pronto se sintió como una niña pequeña reprendida por su padre, y eso le agradó.

—Me honráis con vuestra visita —dijo el herrero con la mirada anclada en el suelo.

—Raysit, ¡por los dioses! No seas necio. —Kishur lo agarró por los hombros y lo obligó a levantarse—. Soy yo quien se siente honrado por visitar tu fragua.

—Mi señor. —Hizo una leve reverencia con la cabeza.

Ambos se miraron atentamente un instante y sonrieron al cabo de un rato que a la joven le pareció una eternidad. No se acostumbraba a la extraña forma que los dáricos tenían de saludarse; cualquiera que no supiese nada de ellos pensaría que eran seres fríos como témpanos de hielo, sosteniéndose la mirada como lo hacían. Pero era mucho más que eso: dejaban atrás su semblante pétreo para leerse los rostros a la perfección, de modo que el uno supiese todo aquello que no era necesario que el otro dijera con palabras. Alhanna se había fijado en que nunca se tocaban a menos que alguno estuviera herido y necesitase ayuda.

Le hacía gracia recordar las veces que había abrazado a Kishur y notado su rigidez. Pero también se daba cuenta de que habían cambiado un poco con ella: Mayara había consentido alguna vez que la agarrara del brazo para caminar durante el viaje, y Eltsay se había sentado a su lado sin importarle que sus brazos se rozaran. Sentía un profundo respeto por sus amigos, y que la dejaran acercarse era una muestra del aprecio que comenzaban a tenerle. Escuchó como Kishur carraspeaba y agitó la cabeza, sonriendo; se había puesto a divagar, olvidando dónde estaba y con quién. Notó una quemazón en las sienes y en la nuca y supo que el herrero trataba de leer su rostro con la visión.

—Es inútil, Raysit —dijo Kishur con una amplia sonrisa que parecía ser de orgullo—. Ninguno hemos sido capaz de leerla, y nuestra visión le provoca dolor de cabeza.

—Disculpadme, no pretendía ofenderos. —El herrero se dirigía a Kishur.

Alhanna encogió las cejas. ¿Por qué se disculpaba con Kishur en lugar de hacerlo con ella? Puso los ojos en blanco cuando el dárico la empujó suavemente para hacerla entrar en el edificio. El herrero los guio por un amplio pasillo que desembocaba en una sala gigantesca. Dentro hacía calor, demasiado calor. Los hornos estaban encendidos, dos potentes chimeneas escupían destellos rojos y desprendían un potente olor a carbón. Los dáricos la ignoraron un buen rato mientras conversaban, y

ella aprovechó para pasearse y contemplar las armas que había colgadas en las paredes: espadas, escudos, arcos, ganchos... Había una mesa larga con restos de metales apilados, trozos de madera y algunas piezas de cerámica, y canastos por todos lados que, a simple vista, parecían desordenados; al fondo de la estancia había también muebles abarrotados de libros y herramientas de trabajo. El techo era de madera y lo cruzaban gruesas vigas que algunas aves habían escogido como hogar para protegerse del frío. Las paredes estaban simplemente revestidas de ladrillo rojo, pero no era como los que ella estaba acostumbrada a ver: eran ovalados y de un rojo oscuro y sucio.

—Su nombre es Alhanna —oyó decir a Kishur, y lo miró de reojo para comprobar que no la estaban mirando.

Había tres dáricos jóvenes trabajando en el ala contigua; los vio de refilón cuando pasó por el arco que comunicaba las dos estancias. La otra sala era más pequeña, pero también tenía una fragua que ardía al rojo vivo. La joven se quitó la capa y la dejó sobre una silla.

—Mi espada pesa demasiado —dijo Kishur—. Hago uso de ella cuando no tengo otra opción, ¿no habría forma de rebajarla?

—No. Lleva mucha energía en su interior. Es un arma perfecta.

—No para mí.

—Dele tiempo, mi señor.

—¿Tiempo? Llevo con ella casi cincuenta ágaras y no he logrado acostumbrarme a ella en absoluto. Me veo obligado a llevar siempre encima una segunda espada, porque con esta solo puedo luchar un rato. Es agotador.

Alhanna los miró un instante. Kishur había desenvainado la espada que llevaba siempre colgada de su espalda. La hoja reflejó las llamas de la chimenea. No conocía la razón por la que el dárico la usaba solo en contadas ocasiones, a pesar de llevarla siempre encima. «Así que es por eso, porque pesa demasiado».

—Aún no habéis conseguido uniros con ella. El acero dárico debe desear serviros; hasta que eso suceda, os seguirá pesando —afirmó el herrero.

—Yo no soy uno de tus alumnos. —Kishur rio con ganas—. La espada pesa porque tú la hiciste pesada, no me sueltes sermones.

—Es la costumbre.

Comenzaron a martillear al otro lado de la estancia, y a la joven le retumbaron los oídos. Se detuvo ante los arcos: había muchos, de varios tamaños y colores, algunos tallados y otros acabados en formas un tanto estrambóticas. Uno captó su atención, era de madera muy oscura y estaba completamente tallado simulando una enredadera. Lo cogió y acarició la fina cuerda.

—No es de tu talla —dijo Kishur a su lado, e hizo que la joven diera un respingo —. Vamos, acompáñame.

Raysit se unió a ellos junto a otra mesa, más pequeña y despejada, sobre la cual había esparcidos un montón de papeles y lápices de diferentes grosores. Había reglas,

triangulares y alargadas, tres tipos distintos de compás y una perforadora. El herrero apartó todo a un lado y dejó caer una espada. Tenía el mango de color bronce, y la hoja era fina y curvada como la que llevaban todos los dáricos.

—¿Qué os parece? —preguntó el herrero señalando el arma.

—No me has entendido, Raysit —dijo Kishur—. Lo que quiero es una espada corta y ligera. Para Alhanna, no para mí.

El herrero dirigió la mirada hacia Alhanna, y la joven pasó el peso de su cuerpo de un pie a otro. Notó la incomodidad que reinaba entre los dos dáricos, una inquietud que parecía emanar de Raysit.

—Mi señor, nuestro acero no es para humanos.

—He venido en busca de una espada adecuada para ella, para su estatura y peso. De acero dárico. Eres el único herrero endómico que queda en Muriath y, aunque hubiese otro, solo acudiría a ti. Eso lo sabes mejor que nadie. —Tomó la espada en sus manos y le dio varias vueltas, parecía liviana—. No es una orden, es un favor personal.

Dejó la espada sobre la mesa y miró a Raysit. Al herrero le goteó el sudor hacia los ojos, que se limpió con la manga sucia de la camisa.

—Entonces no tenemos nada que discutir. —Carraspeó con incomodidad—. Necesito tiempo para forjarla. Ya que la queréis para la joven, la adaptaré a su tamaño y peso, como decís. Pero ¿le servirá realmente? Los humanos tienen dificultades para usar nuestro acero.

—Eso lo comprobaremos después —contestó Kishur.

—¿Podría quedarme el arco? —preguntó Alhanna, interrumpiendo a los dáricos.

—*Naet.* —Kishur la miró severamente.

—Oh, ¡vamos! —La joven bufó y se acercó a Kishur—. Sabes que puedo usarlo, de pequeña di clases, incluso quedé en segundo lugar en una competición; tengo buena puntería y lo he demostrado. Además, este arco es muy bonito.

Raysit tosió para mostrar su incomodidad. Vio brillar algo en la cintura de la joven y reconoció el origen del destello enseguida. Se apoyó en la mesa, descargando en ella todo el peso de su cuerpo. Era la daga.

La joven corrió hacia la pared de la que colgaba el arco y lo tomó entre las manos sin importarle la mirada hosca del herrero. Volvió a la mesa junto a Kishur con una sonrisa triunfal en los labios.

—¿Cómo es posible que tenga esa daga? —preguntó Raysit entre dientes.

—Fue él quien se la dio. Pensó que iba a necesitarla. —Kishur revisó el arco de mala gana—. Y este arco es demasiado grande, Alha-
nna, si de verdad quieres tener uno, escoge otro que sea de tu talla.

—Quiero este.

—*Naet*.

—Esperad un momento, ¿decís que mi descendiente le dio la daga? ¿Sin más? —preguntó desconcertado el herrero, ignorando el resto de la conversación.

—No me lo preguntes a mí, habla con él, fue cosa suya. Yo la habría tirado al fondo del mar más profundo. —Kishur agarró el arco con desprecio—. Escoge aquel que está colgado junto al hacha del mango rojo, es perfecto para ti.

—Es feo, no tiene nada de interesante. Quiero este.

—No te servirá de nada, Alhanna, no es de tu talla. No podrás manejarlo.

—Sí que podré. —Alhanna agarró el otro extremo del arco y tiró de el.

—Esa daga no debería tenerla nadie, y menos una humana. —Raysit se rascó la diminuta calva que tenía en la coronilla—. Es peligrosa. Ádria no debió darle algo así. Pensaba que se había desecho de ella tiempo atrás.

—¡Suelta el arco! —gritó Kishur.

Raysit los miró estupefacto. No sabía qué le resultaba más confuso: la forma en la que la joven hablaba a su señor o como respondía él, sin imponerle su posición. Kishur siempre se había mostrado cómodo en su presencia, pero no a ese nivel. ¿Quién era en realidad esa humana? Había escuchado rumores: algunos decían que el rey parecía haberla adoptado como si fuera su descendiente, otros, que pensaba usarla como arma si llegaba a haber una guerra con los kalastys. Pero ahora que tenía a ambos delante, la confusión le impedía sacar nada en claro.

—Mi señor. —Tosió sin ganas, solo para hacerse oír—. Me temo que tengo demasiado trabajo y muy poco tiempo. En primavera se celebran las pruebas de graduación de los hajaeks, y necesitan tener sus espadas listas para la ocasión. Además, acabáis de hacerme un nuevo encargo. Podéis llevaros esta espada mientras facturo la otra; puede servirle para entrenar. Y el arco puede quedárselo. Yo ya no lo quiero.

Llevaba el arco colgado a la espalda. La parte inferior quedaba apenas a unos centímetros del suelo. Kishur la miró de reojo; se la veía feliz.

—Raysit es el padre de Ádria, ¿verdad? Se parecen... Creo que ya sé cómo será Ádria de viejo —dijo Alhanna, divertida.

—Cuando Ádria tenga la edad de Raysit, tú ya no estarás entre nosotros, habrás muerto. Tu vida es mucho más corta que la nuestra —dijo Kishur casi sin querer. Miró rápidamente hacia la joven y vio que simplemente sonreía—. No debería haber dicho eso.

—Bueno, no tiene nada de malo, es la verdad. —Se echó la trenza hacia atrás y tiró un poco del pesado arco—. Pues creo que Raysit se ha enfadado con nosotros; nos ha echado de la herrería.

—¿Y te extraña?

—Supongo que no. Pero me ha sorprendido la forma en la que has hablado con él: nunca eres tan amable, siempre das órdenes a todo el mundo. —Recordó que con Ghiro también usaba ese tono tranquilo y a veces burlón.

—Raysit es un amigo.

Alhanna agarró del brazo a Kishur, dio un salto y le plantó un beso en la mejilla. El dárico se acarició el lugar donde la joven había depositado sus labios.

—¿A qué se debe el beso? —Dejó la mano en la mejilla.

—Para darte las gracias por el arco. —El dárico bufó indignado y ella soltó una suave risita—. Quería preguntarte... ¿Por qué Raysit se enfadó al ver que yo tenía la daga?

—No ha sido exactamente de ese modo. Tan solo ha debido de traerle recuerdos que no deseaba, quizás del tiempo que pasó fabricándola. Hay momentos que guardamos en un lugar olvidado en nuestra mente y, cuando alguien los saca a la luz, reaccionamos. No vayas a preguntar nada. Yo no soy dueño de esa historia, solo Ádria o su padre tienen derecho a contarla. Ya que él te regaló el cuchillo, debe ser él quien desvele su secreto. Pregúntale, si te crees con valor.

—Por supuesto que lo haré —afirmó, aunque no sonó convincente—. Quizás cuando deje de mirarme como si quisiera matarme.

—¿Matarte? —Kishur rio—. Te mira mejor que a cualquier compañero hajaek que haya tenido, incluso diría que te ha tomado aprecio. No confundas su locura con enemistad, solo tienes que mirarte al espejo y ver cómo miras tú para comprender lo que te digo.

—No me gustan los espejos.

—Mejor para ti entonces. —Se cerró la capa para cubrir su rostro. Miró a la joven de reojo—. No conseguirás aprender a usar el arco.

—Lo haré.

—Ya lo veremos.

La gran chimenea estaba encendida y caldeaba toda la sala. Del alto techo colgaban dos lámparas de araña encendidas con gas que lo bañaban todo de una luz muy cálida. Era un salón amplio, diseñado para grandes reuniones. Lo presidía una mesa rectangular de madera maciza. Las paredes tenían pinturas de distintos estilos, algunas sobre tablillas y otras en telas, que representaban paisajes. Era un lugar austero. La leña estaba apilada al fondo, contra una pared. Habían dispuesto una mesa más pequeña y circular para que los compañeros pudieran hacer uso de ella; la grande los incomodaba.

Bebían té y comían pastas mientras esperaban a su señor. Eltsay se encontraba de pie junto a la chimenea, mirando al fuego. Tottem lo observaba con preocupación, sentado a la mesa junto a Mayara y Ádria. Permanecer alejado y tan serio no era propio de Eltsay.

—¿Para qué nos habrá reunido mi señor? ¿Y dónde está Alfar? Es extraño que no haya acudido, siempre es el primero en llegar —dijo Ádria dejando la taza de té en la mesa tras haber dado solo un sorbo—. Al menos, podrían habernos traído algo de vino y no esta porquería.

—No tientes a la suerte. —Mayara le sonrió. No tenían permiso para beber a menos que fuera un día festivo o que su señor se lo concediera.

La puerta se abrió y todos se volvieron hacia ella. El aire se coló en el interior de la sala y algunos copos de nieve mojaron el suelo. Eran Kishur y Alhanna. Ella cargaba con un arco enorme que la obligaba a caminar encorvada. Colgaron las capas en el perchero junto a la puerta y Kishur ayudó a la joven a desprenderse del arma, que dejaron apoyada contra la pared. Fueron hacia la mesa.

—¡Qué frío! —exclamó Alhanna al llegar. Se colocó junto a Eltsay y tendió las manos hacia el fuego—. ¿Tu también estás helado?

—Algo así —respondió Eltsay, esbozando una sonrisa.

Kishur se acercó a la mesa y todos se pusieron en pie. «Parece que recuperamos las viejas tradiciones», pensó. Retiró una de las sillas libres y se dejó caer en ella. Los demás lo imitaron. Miró a Eltsay y el joven se apresuró a reunirse con el grupo. Alhanna, sin embargo, decidió seguir junto al fuego.

—Mañana comenzaremos a entrenar, nos vendrá bien de-
sechar las malas costumbres que hemos cogido en las últimas ágaras. Eltsay, a primera hora quiero que vayas a hacer las reservas del patio del cuartel. Intenta que nadie sepa que iré o no encontrarás un solo hueco libre. —Miró con anhelo las tazas humeantes; le apetecía un té—. Tottem-Hon, cada día antes del atardecer, le dedicarás a Alhanna un rato para darle clases de arquería. Quizás te sorprenda, dice que es experta o algo así. Por favor, demuéstrale lo que es un verdadero arquero.

Tottem estiró el dedo índice de la mano derecha y lo movió en diagonal, desde su boca hasta la altura del corazón. Estaba conforme con ser el profesor de la joven.

—Ya os dije que di clases, y que sepáis que era de las mejores —se ufanó Alhanna.

Miró hacia la otra puerta, la que conducía al interior del edificio. ¿Tendría que pedir que vinieran a servirle el té? Vio como Ádria se llevaba su taza a los labios y arrugaba la nariz. Sonrió.

—Hoy os permito beber vino —dijo Kishur.

Alhanna abandonó la chimenea y tomó asiento a su lado. Ádria dejó la taza y la desplazó por la mesa para alejarla. Sonreía.

—Esta noche nos acompañará Ghiro. —Esperó un instante mientras lo miraban. Eltsay dio un golpecito sobre la mesa con el puño, entusiasmado—. Sigue convaleciente, pero su salud ha mejorado y su condición es aceptable. Alfar lo acompaña y se reunirán con nosotros para cenar.

—¡Eso hay que celebrarlo! —Eltsay se puso en pie arrastrando la silla.

Los demás permanecieron en su sitio. Kishur lo miró fijamente, descansando la espalda en el respaldar de la silla. Eltsay palideció y retomó su asiento, en silencio. «Está bien que recuerde mi amenaza». Entraron dos dáricas vestidas de blanco, portando una bandeja con cubiertos y platos. Se llevaron las tazas y prepararon la mesa con rapidez. Kishur se puso en pie y le hizo una señal a Ádria con la cabeza para que lo acompañara. Caminaron hacia el otro lado de la estancia y se detuvieron frente

a una de las pinturas de la pared.

—Te encargarás de vigilar a Ghiro, a partir de hoy podrá salir y no confío en que sepa cuidarse como debe —susurró Kishur en su idioma, para evitar que Alhanna lo escuchara. De los demás no debía preocuparse, sabía que fingirían no oírlo—. Síguelo allá donde vaya sin que se percate de tu presencia, no te resultará difícil. Ya te darás cuenta de que ha perdido algunas facultades.

—Maldición... —murmuró Ádria entre dientes.

Kishur miró el detalle de la pintura que tenía delante y que representaba las montañas Avíseas, con los picos nevados y el inmenso bosque de pinos a sus pies. De pronto, su cabeza se llenó de gritos, alaridos de dolor y angustia; sintió las manos manchadas de sangre y el ojo de Ogrora encerrado en una de ellas. Cerró los ojos y, al abrirlos, todo quedó de nuevo en calma.

La puerta volvió a abrirse y, esta vez, Ghiro y Alfar cruzaron el umbral. El joven iba a su lado, sonriendo. Ghiro caminaba con ayuda de un bastón. Su aspecto había cambiado: estaba más delgado y pálido, se había recortado un poco la barba y parecía tener más canas en el cabello. Su rostro estaba demacrado, con profundas ojeras, y la cicatriz destacaba mucho más que antes. Los dáricos se levantaron de la mesa para recibirlo y Kishur se acercó, seguido de Ádria.

Durante un breve instante no dijeron nada.

—¿Os vais a quedar toda la noche mirándome? —preguntó el anciano.

Eltsay se apresuró a dejarle su silla, la apartó y aguardó hasta que Ghiro hubo tomado asiento para ir a buscar otra. Poco a poco, fueron sentándose alrededor de la mesa. Miraban a Ghiro sonriendo, pero guardaban silencio. Ignoraron su deteriorado aspecto y callaron las preguntas que deseaban hacerle. Era evidente que la recuperación no estaba siendo sencilla, pero al menos estaba vivo. Le sorprendió que Alhanna corriera hacia el anciano y lo abrazase desde atrás, haciendo que este diera un brinco por la sorpresa.

—¡Cuánto me alegro! Estaba muy preocupada, Ghiro —dijo Alhanna sin separarse de él—. Y seguro que los demás también, aunque no digan nada.

—¡Está bien! No es necesario que me abraces de este modo.

Alhanna recordó que a los dáricos les incomodaba el contacto y lo soltó, riéndose por la reacción del anciano. Kishur la observó mientras ella regresaba a su lado para sentarse; parecía muy feliz.

—Te has tomado tu tiempo, Ghiro —dijo Eltsay en un tono extraño, demasiado serio para él.

—¡Eso parece! Dicen que he estado durmiendo una semana entera, y debe de ser cierto, porque no recuerdo prácticamente nada. —Su voz sonaba ronca y carente de fuerza—. Supongo que me repondré más rápido con un poco de vino, ¿cuándo vais a pedirlo? Me dijeron que esta noche se permitía beber.

Como si sus palabras hubiesen accionado algún mecanismo, dos elegantes dáricos, vestidos con ropas oscuras de algodón, entraron en la sala. Traían dos carros

repletos de bandejas. El olor a carne asada y patatas al horno inundó la estancia con rapidez. Hicieron una reverencia ante Kishur y le sirvieron en primer lugar. Le llenaron la copa con sumo cuidado y cortaron un trozo de carne que dejaron en su plato, acompañado de algunas patatas. Después, aguardaron tras él. Kishur cogió la copa y le dio un sorbo. Lo saboreó y asintió con la cabeza, fingiendo aprobación, aunque lo cierto era que le desagradaba.

—Por favor. —Kishur señaló hacia la mesa.

Con rapidez, despacharon el resto de platos sin tanta ceremonia y dejaron dos botellas de vino sobre la mesa para que los demás llenaran sus propias copas. Comieron mientras conversaban, disfrutando del vino. Kishur dejó de prestar atención a lo que decían; estaba concentrado observando a los integrantes de la mesa: sus gestos, sus miradas... Comprobó que Eltsay mostraba alivio, y debía de ser porque Ghiro no recordaba lo sucedido durante su aislamiento. Tottem, por su parte, fingía no estar al tanto, y Kishur lo agradeció. Alfar reía y hablaba de libros, como era su costumbre. Ádria bebía sin prestar atención a sus compañeros, y se limitaba a lanzar escuetas miradas a Mayara, que conversaba alegremente con Ghiro. Alhanna comía con la boca abierta, haciendo gala, para variar, de su falta de modales. Sonrió. Se sintió complacido por aquel momento, esperaba poder disfrutar de muchos otros así.

Rechazaron el postre y pidieron más vino. Kishur lo permitió. Se abstrajo escuchando el viento azuzar las contraventanas de madera. Podía ver la nieve cayendo tras los cristales y oír como el fuego crepitaba en la chimenea. Dirigió la mirada hacia la pintura de las Avíseas que había estado contemplando antes. Ordenaría que la retiraran, le traía recuerdos que prefería mantener ocultos en el fondo de su mente.

—¡Kishur! —La voz de Alhanna lo sacó de su ensimismamiento. La joven llevaba un buen rato llamándolo—. ¿Tú también crees en eso?

—¿A qué te refieres? —preguntó, confuso.

—Le hablábamos de la Jistar —le aclaró Alfar, que, al contrario que el resto, estaba bebiendo té—. Quiere saber cómo es, si es una muralla física.

—Jamás ha sido contemplada por nadie —declaró Kishur. Miró a los componentes de la mesa. Exceptuando a Mayara y Alfar, todos estaban notablemente afectados por la bebida—. No sabemos qué apariencia tiene, solo que existe.

—¡Qué tontería! ¿Cómo podéis saber que existe una barrera que separa el mundo en dos mitades si nunca la habéis visto? —lo cuestionó ella.

—Entonces Asthaluss no existe, porque no hemos estado allí. ¿Estás segura de que es de donde provienes? —Kishur sonrió al ver la expresión molesta de Alhanna, que parecía poco dispuesta a responder—. No te haría mal abrir un poco tu mente.

—Pues has de saber, humana testaruda, que la Jistar es tan real como tú y yo. —Ghiro carraspeó y señaló su copa vacía para que Ádria volviera a llenarla—. Desde los acantilados de las montañas más bajas de las Avíseas, pueden observarse algunas playas y calas de difícil acceso; para llegar a ellas es necesario atravesar túneles que

cruzan las montañas. Hay una playa de arena negra a la que se conoce como Talhaom. Significa «playa muerta». Nadie osa bañarse en sus aguas, porque podrían ser venenosas. Rara vez se han observado peces en ellas, y no hay plantas creciendo en los acantilados que la rodean.

—¿Y qué tiene ese lugar de especial? —preguntó Alhanna, intrigada.

—Hay un puente de piedra cuyo inicio se encuentra en la orilla, sobre la arena. Se adentra en el agua y conduce hasta dos enormes puertas, gigantescas, que siempre permanecen cerradas. —Ghiro apoyó los codos en la mesa—. Están suspendidas en el aire, y un vapor salado y húmedo las rodea. No encontramos explicación para la existencia de esa bruma, que jamás desaparece. Al inicio del puente y a cada lado, hay dos gigantescas estatuas de dragones, construidas en mármol negro. El paso del tiempo no parece afectar a ese lugar, siempre ha permanecido inalterable.

—¿Y qué custodian las estatuas? —preguntó Alhanna, absorta en las palabras del anciano—. Debe de haber algo importante tras las puertas.

—La entrada al mundo inmortal que se encuentra más allá de la Jistar, no tengo dudas —respondió Ghiro, sonriendo—. Aunque jamás hemos podido confirmarlo. La bruma se extiende hasta perderse en el horizonte.

Dejó la información reposar y dio un sorbo al vino. Ghiro suspiró y apoyó los codos en la mesa; llevaba días sin poder entablar una conversación agradable. Su recuperación estaba siendo costosa, y permanecer tanto tiempo encerrado en la habitación era de lo más tedioso. Estaba agradecido por poder pasar una noche en tan buena compañía. Vio como su señor lo observaba y sintió presión en el pecho. Le sucedía últimamente cuando sus ojos coincidían, ¿había pasado algo mientras estuvo inconsciente?

—Incontables veces se enviaron barcos para atravesar la bruma, y ninguno de ellos regresó —prosiguió Ghiro, desviando la mirada hacia Alhanna—. En Runna, algunos ancianos, cuando deciden marcharse, se ofrecen voluntarios para internarse en ella con un bote. Su gente los despide y los observa hasta que desaparecen en la niebla. Hasta el momento, no se ha vuelto a saber de nadie que se haya aventurado entre la bruma y haya regresado para contarlo; lo que vieran al otro lado se lo han llevado al mundo venidero.

—No recuerdo haberos oído hablar de Runna —señaló Alhanna.

—Es la segunda comarca dárica más importante, tras Alviat. Está asentada entre el desierto y el mar Lándico —explicó Ghiro, como si le estuviera dando una clase de geografía—. Ellos se someten al mismo rey, pero tienen un gobierno diferente.

—Entonces, estáis convencidos de que Muriath se divide en dos partes —dijo Alhanna, dejando caer la cabeza sobre sus manos—: el mundo mortal y el inmortal.

—Sí, y es la Jistar lo que los divide —puntualizó Ghiro.

La joven se quedó pensando, y Ghiro sonrió complacido: le gustaba mucho que se interesara por la historia de Muriath. Se sintió de pronto fatigado y dejó las manos temblorosas sobre el regazo para ocultarlas bajo la mesa. Supo que era el momento de

marcharse a descansar, no deseaba que los otros lo vieran tan débil.

—Creo que debería retirarme a dormir, porque ya me siento agotado. Si alguno de estos jóvenes tiene la cortesía de acompañarme...

—Lo haré yo. —Mayara se puso en pie rápidamente.

—Me parece buena idea eso de ir a descansar. —Kishur repasó la mesa y las botellas de vino casi vacías—. Mejor nos marchamos todos, mañana hay que retomar las buenas costumbres.

Ádria, con la botella todavía por la mitad, iba a protestar, pero decidió no hacerlo al ver la mirada severa de Kishur dirigirse hacia él. Abatido, se levantó de la mesa como los demás, abandonando el vino. Antes de salir, Kishur observó de nuevo la pintura de las Avíseas. Su último pensamiento antes de cerrar la puerta fue que iba a ordenar que la incineraran.

El joven aprendiz de la herrería acabó su turno. Le había tocado limpiar y recoger para que, al día siguiente, todo estuviera ordenado en la medida de lo posible. Argon miró el enorme mueble abarrotado de trastos que nadie era capaz de limpiar; se dijo que lo haría otro día, estaba muy cansado y deseaba terminar pronto para irse a dormir. Odiaba recoger. Ya era media noche, y le dolían los brazos y la espalda: trabajar con Raysit era gratificante, pero agotador. Resultaba muy difícil conseguir la aprobación del viejo herrero, que siempre ponía pegas a todo. Para él, nada estaba perfecto a menos que pasara por sus propias manos.

Ese día, el humor del maestro había empeorado tras la visita del rey, y los alumnos lo habían pagado con más trabajo. Pero, a pesar de todo, Argon estaba contento. Se peinó el cabello corto con los dedos y se cubrió con la capa. Iba a cerrar la última puerta cuando le llegó el sonido de un objeto metálico golpeando el suelo. Cogió una espada que había colgada en la pared. «Debe de ser ese maldito zorro blanco de nuevo», pensó para tranquilizarse. Había escuchado el rumor sobre el ataque de un demonio al rey cuando este intentaba llegar a la ciudad, y eso lo asustaba un poco. ¿Sería cierto?

Atravesó la sala principal y cruzó el pequeño patio circular; se llenó las botas de barro y nieve. Entró en el almacén: reinaba el silencio, y las luces de los farolillos estaban apagadas. Una silueta se movió al otro lado, y no era un zorro. Iba a decir algo cuando un gancho se le clavó en la garganta. La espada se le escurrió entre las manos y la capa le resbaló hacia el suelo; se le había olvidado anudársela. Agarró la punta del gancho para intentar extraerlo, pero no podía respirar, no tenía fuerzas para hacerlo. Apenas sintió el frío metal y la calidez de la sangre que le cubría las manos, los brazos y el pecho, y que lo abandonaba al mismo tiempo que lo hacía su vida.

Alhanna no tenía sueño, así que decidió dar una vuelta por el edificio. Caminó

descalza sin preocuparse de lo frío que estaba el suelo, así evitaría que nadie oyera sus pasos. Lo último que quería era que le llamasen la atención por ir paseándose en camisón. Bajó las escaleras hasta la primera planta y se detuvo en el rellano. Kishur estaba allí, solo, frente a la chimenea cuyo fuego iluminaba su figura y lanzaba sombras al otro lado de la estancia. Fue hacia él con cuidado.

Se encontraba sentado en un amplio sillón de piel, ensimismado. Con los dedos, giraba la cajita de plata en su mano derecha.

—Siempre llevas eso encima. —Alhanna tomó asiento a su lado.

Kishur guardó la caja de inmediato, y ella suspiró resignada. Sabía muy poco de ese objeto, tan solo que era un obsequio, y, por el valor que Kishur le daba, debía de pertenecer a alguien muy importante para él. Decidió no preguntar; acabaría averiguándolo, estaba convencida. Lo que más le preocupó en ese momento fue la expresión ceñuda del dárico.

—¿Ocurre algo? —preguntó ella, apoyando el rostro en las palmas de sus manos —. ¿En qué estabas pensando que te tenía tan absorto?

—En pocos meses, el plazo que los ancianos me dieron para completar mi misión expirará. —Kishur apoyó la cabeza y cerró los ojos—. Meditaba sobre ello.

—¿Venir aquí ha retrasado tu regreso? Vamos, seguro que podrás hacerlo —dijo ella intentando animarlo, pensando que eso era lo que Kishur deseaba. Lo vio sonreír y se sintió confundida—. Has mencionado tu misión y, en otro momento, escuché a Ghiro hablar de la suya. ¿En qué consiste exactamente?

—Cuando un hajaek desea contraer matrimonio, debe emprender una misión escogida por el consejo de ancianos. En mi caso, siendo rey, no me quedó otra opción que aceptar un compromiso, y eso me condujo a emprender un viaje para llevarla a cabo.

—No lo sabía... —murmuró ella con los ojos muy abiertos.

—Es algo que escogieron para mí, nunca pude negarme. —Sus palabras mostraban el resentimiento que guardaba dentro—. En cuanto a la misión, el tiempo estimado para volver son quince ágaras, tanto si se ha completado como si se ha fracasado en el intento. Si falla, el hajaek podrá casarse a su regreso, pero no se le permitirá tener descendencia.

—¿Y eso no es un problema para vuestro ejército? Tomáis el mismo papel que vuestros padres dentro de la sociedad, pero si los hajaeks no tienen descendencia...

—Es la manera de controlar la población. —Se apoyó en el respaldar y se giró para mirarla—. Los huérfanos también se convierten en hajaeks, sin importar lo que tuvieran establecido por nacimiento. En tiempos de guerra, el número de huérfanos creció desmesuradamente y el número de hajaeks era mayor al del resto de la población. Nuestro sistema estuvo a punto de colapsar. No había ganaderos ni agricultores suficientes que trabajaran para dar de comer a tanto soldado, así que se impuso la ley de las misiones. Eso equilibró la balanza.

Alhanna se quedó pensando un rato, sin decir nada.

—Por otro lado, ninguna pareja puede tener más de dos descendientes, está prohibido. Y el motivo es el mismo: el sistema —continuó Kishur al ver que ella no terminaba de entenderlo—. Vivimos en armonía con la naturaleza, intentando otorgarle lo mismo que tomamos de ella. Eso solo es posible con la cifra de población actual. Si se produjesen más nacimientos de los esperados, sería necesario ampliar la ciudad, aumentar la producción de alimento; todo eso conllevaría a perder el equilibrio con Muriath.

—Eso que dices... —Alhanna dejó la boca abierta a media frase.

—¿Te resulta difícil de entender?

—Lo que mencionas sobre el equilibrio suena bien. En Asthaluss hay superpoblación, existen millones de personas que mueren de hambre, y el mundo se agota tratando de abastecer todas las necesidades: se talan bosques de forma indiscriminada, se consume carne sin reparar en las consecuencias, los mares se usan como vertederos, se vacían de peces... —Alhanna soltó un suspiro y se incorporó un poco para acercarse a Kishur—. ¡Ahora lo entiendo! Esa es la razón por la que Asthaluss quiere al juez. Nunca lo había pensado detenidamente, pero ahora lo veo: necesita al juez para salvarse, para eliminar a los humanos que agotan sus recursos.

—Millones de personas que mueren de hambre —repitió Kishur.

—Y otros cientos de millones que agotan los recursos de Asthaluss. —Se recostó contra el hombro de Kishur mientras una sensación desagradable la invadía—. Y el juez acabaría con todos ellos si yo lo encontrara.

—O quizás no. Siempre hay más de una versión de la misma historia. Puede que el juez lograra empatizar con los humanos y hacerles entender el peligro de seguir dañando a su mundo. No todos son culpables, merecen una oportunidad, estoy convencido. —Kishur tamborileó con los dedos en el asiento—. Escoger corresponde al juez y a los humanos.

—¿Y si el juez no les concede esa oportunidad? —Se sacudió los brazos—. Nunca hablo de él porque tengo miedo.

—¿No te intriga conocer qué clase de criatura será? Es alguien que ha nacido para destruir razas, para salvar el mundo de quienes no saben cuidarlo. —Kishur carraspeó, de pronto notaba la garganta seca—. Su labor no será sencilla, pero será necesaria.

Las palabras de Kishur sorprendieron a Alhanna, que no esperaba una afirmación como aquella. En realidad, a ella poco le importaba lo que sucediera en Asthaluss, siempre y cuando no tuviera que regresar allí jamás. Hacía mucho tiempo que sentía no pertenecer a ese mundo, y ya ni siquiera se detenía a recordar su vida allí.

—Ahora, háblame de ese compromiso que has mencionado. —Alhanna cruzó las piernas y lo miró—. Y explícame por qué razón me ocultaste que eres rey.

Kishur supo que no tenía escapatoria. Iba a evitar hablar sobre su compromiso, pero quizás sí pudiera explicarle por qué le había ocultado quién era en realidad:

—Me agrada ser solo Kishur —le dijo, simplemente, con el semblante pétreo.

Como general, me fue concedida la misión de localizar la Jistar, la barrera que divide nuestro mundo en dos mitades, separando a seres mortales de inmortales. Los estudios llevados a cabo durante las últimas dos mil ágaras no lograron arrojar luz sobre los motivos por los que fue construida, más allá de protegernos de los demonios y los devoradores.

Debía dirigirme al bosque de Ehomond y recorrerlo hasta su final para ver a dónde conducía. Siempre hemos pensado que llegamos a través de él hace alrededor de cinco mil ágaras, que, en un principio, ocupamos otra parte del mundo, una que se encontraba entre grandes mares, y que nuestra gente navegaba en galeras de una isla a otra comerciando con zarefíes y eldos.

Escogí personalmente a cada hajaek que me acompañó. Eran los mejores, recios y con firmes creencias. Partimos el primer día de otoño, tras la celebración del solsticio. Fuimos despedidos por nuestra gente, que nos auguró un buen viaje, con un pronto regreso. Cabalgamos durante semanas hasta alcanzar Ehomond.

Nos adentramos en el bosque buscando el punto más lejano al que nuestros exploradores habían logrado llegar jamás. Teníamos provisiones, agua en abundancia y cordero seco con pasas, pan endurecido y tortas de maíz; también queso, compota de frutas, cereales y un poco de azúcar. El bosque se fue espesando, los caminos desaparecían y el cielo quedaba oculto por la espesa capa de ramas y hojas de los árboles, altos y de troncos gruesos.

Las dificultades del camino nos obligaron a avanzar despacio. Nos vimos sumergidos en un lugar tenebroso, un bosque antiguo donde los animales se escondían a nuestro paso y la hierba crecía salvaje hasta rozar los hocicos de los vargums. Los días permanecían en penumbra, los rayos de sol apenas se filtraban a través de la maleza y, cuando veíamos alguno, nos deteníamos para tratar de calentar nuestros cuerpos. Los árboles eran increíblemente altos, parecían las columnas del mundo que sujetaban el cielo. Las provisiones se acabaron, y también los animales que podíamos cazar. Si nos deteníamos a descansar, no oíamos más que nuestras respiraciones, las de los vargums y el crujir incesante de la madera; algunas veces nos tirábamos al suelo y nos cubríamos la cabeza con las manos pensando que algo caía sobre nosotros, que un árbol no había podido soportar el peso del cielo.

Pronto comenzamos a sentir la fatiga. Ya no nos quedaba ni una pizca de azúcar. Teníamos la esperanza de que el bosque acabara en algún punto. ¿Cuántos kilómetros

habíamos recorrido ya? No teníamos forma de saberlo. En lugar de percibir la salida, sentíamos que nos íbamos adentrando en la oscuridad infinita. «Un día más», me decía a mí mismo, «solo un día y daré la misión por fracasada». Pero lo cierto era que no podía hacer tal cosa: tenía órdenes de no regresar hasta que no encontrara la Jistar, de continuar hasta que mis piernas no pudiesen dar un paso más, hasta que mi cuerpo quedara paralizado por el cansancio. Solo entonces tenía permiso para retroceder y regresar. Debí desobedecer.

El agua comenzó a escasear, y no localizamos ni un riachuelo. Nos vimos obligados a dejar que los vargums se fueran, y hubo que sacrificar el único que nos había seguido cuando la debilidad lo hizo caer y se rompió una pata. Ese día pudimos comer. La situación fue lamentable, pero no había alternativa. Algunos se resistieron a hacerlo. Fueron los primeros en morir.

Era duro caminar, tenía los pies llenos de ampollas y los brazos y el rostro cubiertos de arañazos. Nos desprendimos de las armaduras y de todo aquello que consideramos prescindible, incluso de las espadas largas; al fin y al cabo, nada había a lo que dar muerte en aquel lugar. Dormíamos cubiertos por completo de malas hierbas y helechos húmedos que nos calaban la ropa. El cielo se mantenía oculto bajo sus pilares.

Sufrí la deserción de dos hajaeks. Una mañana despertamos y habían desaparecido, pero tuvieron la delicadeza de dejar el agua en su lugar. El viaje solo duró otros tres días, en los que el aire se volvió pesado. El bosque parecía engullirnos, como si quisiera que nos fundiéramos con él para pasar a formar parte de aquellos árboles centinelas que nos miraban desde las alturas. Caminábamos en la oscuridad, los pulmones nos dolían al respirar aquel aire maldito y los cuerpos nos pesaban como enormes piedras. Quise abandonar tantas veces... Pero tenía órdenes, y soy un dárico de honor.

Dejamos de caminar sin darnos cuenta; nuestras mentes estaban tan débiles que no habíamos sido conscientes del tiempo que llevábamos quietos. Mirábamos hacia delante y solo veíamos la espesura del bosque: era como mirar una pintura. No había barrera, no había nada en absoluto y, sin embargo, mis pies solo se movían hacia atrás, no era capaz de alzar una mano en el aire para tocar el árbol que tenía frente a mí.

Algunos hajaeks comenzaron a retorcerse por el suelo; les sangraba la nariz y escupían sangre por la boca. El aire nos provocaba un profundo dolor en el pecho, nos desgarraba por dentro con cada bocanada. Unos pocos retrocedimos y tratamos de arrastrar a los que ya habían muerto. Sacamos fuerzas de donde no pensábamos poseerlas y reculamos hasta dejar de sentir aquel angustioso dolor. Cuando logré recuperar el aliento, miré al hajaek que había arrastrado y quedé conmocionado un instante. Se había desangrado; un manto rojo le cubría el rostro y le empapaba las ropas.

Eché la vista hacia atrás y vi la profundidad y la oscuridad. Sentí la muerte a mi alrededor, acechando. Regresé a Alviat con solo dos hajaeks y el recuerdo de los caídos que tuvimos que dejar atrás. Lo primero que me preguntaron cuando redacté lo que había sucedido fue: «¿Qué crees que os impidió continuar?».

Y mi respuesta fue rotunda: «La Jistar».

Extracto del diario de Ghiro-Homron, general de Alviat.

Marial-Pat

Entró en el despacho y cerró la puerta de golpe. Gastor estaba irritado por la reunión que había mantenido con el consejo de ancianos. Lo instaban a abandonar la búsqueda de Quiazz, aludiendo que nombrarían otra voz del consejo que lo sustituyera. El Galaef parecía agradecido por la marcha de Zaraen y su hijo, y eso lo enfurecía. Colgó la capa en el perchero y se quitó la espada de la cintura; sintió alivio al desprenderse del arma. Había perdido peso en las últimas semanas, y algo más de cabello.

Lidiar con las revueltas que Zaraen había provocado no había resultado sencillo. Sí, puede que hubiese logrado engañarlos a todos, pero Gastor sabía que Zaraen era el instigador de la trama. Gastor había decretado el toque de queda pasado el atardecer, y el ejército patrullaba por cada calle de la ciudad, sin descanso. Cada pequeña discusión o discurso que pudieran conducir a una nueva oleada de protestas, Gastor les ponía fin mediante soldados. Aquello tenía un alto coste, así que los comercios pagaban un nuevo impuesto para garantizar la protección del ejército. Había ejecutado a cinco líderes de las revueltas, pero otros habían escapado, entre ellos, el propio Zaraen.

Caminó por la estancia que antes había pertenecido a Zaraen. Fue hacia la mesa y tomó un vaso en el que vertió el vino de una botella que guardaba en el armario. Bebió frente a la ventana. Era una noche despejada, aunque fría. Reinaba un silencio absoluto, no debía de haber ni una sola alma en la calle que no perteneciera al ejército. Llamaron a la puerta, y esta se abrió de golpe.

Era una mujer de mediana edad, con el cabello rubio recogido en un moño bajo.

—¿Annie? ¿Qué haces tú aquí? —preguntó mientras se alejaba de la ventana.

—Pensé que vendrías al burdel a visitarme, pero no lo has hecho. Necesito darte la información que me pediste, ¿o ya te has olvidado? —Ella se cruzó de brazos y se adentró en el despacho hasta dejarse caer en la silla frente a la mesa—. Tus soldados saben que no deben meterse conmigo, no he tenido inconvenientes en llegar.

—Annie, el toque de queda es para todos —dijo con los dientes apretados—. Si te lo saltas confiando en que mis hombres sabrán quién eres, me acabarás poniendo en un aprieto.

La mujer lo miró con serenidad y Gastor suspiró. Tomó asiento en su sillón, con

el vaso aún entre las manos. Luego, pensó que ella también querría beber y se puso en pie para llenar otro. Annie lo aceptó de inmediato y le regaló una sonrisa.

—No te enfurruñes tanto, muchacho —dijo ella mientras bebía despacio, con elegancia—. Llevas semanas sin venir a verme. Ya sabes que la habitación siempre ha estado disponible para ti, pero si vas a dejarla, avísame para darle otro uso.

—¿Y cuál sería? —Sonrió y se recostó contra el respaldar de la silla—. Prefiero que me cuentes qué noticias traes. Espero que hayas encontrado algo interesante.

—Puede. —Annie dejó el vaso sobre la mesa y volvió a cruzar los brazos—. Mis chicas han estado trabajando para extraer información de todos los clientes que han llegado al burdel. No ha sido sencillo encontrar la verdad encerrada entre tantos rumores y secretos. Es una labor tediosa, la de ahondar en cada frase, anudando poco a poco la información hasta llegar a lo que buscas.

—Eres la mejor en eso. Si es por dinero, ya sabes que no debes preocuparte.

—Me alegro. —Agitó la cabeza y algunos cabellos se le soltaron del moño—. El chico se marchó con Zaraen en un barco, amordazado y atado.

—¡Lo sabía! —Gastor golpeó la mesa con el puño.

—No deberías emocionarte tanto por descubrir que no huyó de sus responsabilidades como todos piensan. Si lo hizo por su propio pie o no ya da igual. Se ha marchado de la ciudad y el consejo quiere sustituirlo. —Se encogió de hombros para demostrar que le era indiferente—. ¿Qué importa? Es solo un muchacho que se pasaba las noches en burdeles y en camas ajenas. Si sigue vivo es gracias a ti, que lo libraste de más de un padre y un esposo. Si quieres mi opinión, tu amistad con él perjudicaba tu carrera.

—No lo conoces, Annie —le reprochó Gastor—. Quiazz es condenadamente listo, solo finge que todo le da igual, porque es más feliz de ese modo.

No iba a discutir sobre eso. Annie se quedó mirándolo fijamente, como si intentara leer sus pensamientos. Gastor apreciaba a esa mujer, siempre lo había ayudado. Pero sabía que detestaba a Quiazz con todas sus fuerzas.

—No he logrado averiguar la razón por la que Zaraen ha partido. Los hombres que lo acompañan no sabían a qué se debía su marcha, lo siguieron ciegamente —continuó la mujer—. Lo único que he podido conocer es que, varias noches antes de renunciar a su cargo como general, se reunió con una joven de cabello oscuro. —Annie carraspeó y dirigió la mirada hacia la ventana—. Según parece, esa chica fue vista en varias ocasiones rondando la casa de Quiazz. Aún no he logrado encontrar el enlace, pero presiento que esa pista es crucial. ¿La conoces?

—No —fue toda la respuesta de Gastor.

—Seguiré pendiente de los rumores, no te preocupes. Tarde o temprano lograré enterarme de todo. —Annie observaba a Gastor atentamente—. Zaraen tenía buenas alianzas con los señores del norte, quizás haya decidido ir en su busca para que lo ayuden a derrocar el gobierno de los ancianos. ¿Qué opinas?

El general no contestó, parecía completamente ajeno a la presencia de la mujer. Ya

no le quedaba nada que hacer allí, y ella tenía mejores cosas de las que ocuparse. Nunca comprendería la amistad entre Gastor y Quiazz; no podían ser más distintos. Annie se puso en pie, se subió la capucha para esconder su dorado cabello y fue hacia la puerta. Miró a Gastor, que estaba ensimismado, con la mirada perdida en el vaso de vino. Suspiró y se fue.

Al cabo de un rato, Gastor abandonó el sillón y fue hacia la pared, donde colgaban lienzos con los rostros de los últimos cinco generales. Se paró ante el retrato de Zaraen, absorto por el verde de sus pupilas, idénticas a las de Quiazz. La noche anterior a la desaparición de ambos, Zaraen había acudido a ese mismo despacho para cederle la llave. Le había pedido que protegiera a Quiazz, que no lo abandonara cuando otros lo hicieran.

—¿Y cómo pretendes que lo proteja si te lo has llevado contigo? —murmuró Gastor.

Pero se dijo que eso no importaba ya. Él tenía el deber de devolver la calma a la ciudad y tomar las riendas para que nadie volviera a alzarse contra el gobierno. Cumpliría con su labor, sin importar el precio.

Fraem-Lab

La habitación era pequeña, pero tenía una amplia cristalera que conducía a la terraza. Olía a canela, a fresas, a picante y a menta. El anciano bebía tranquilamente, sentado, ojeando los tarros que los sanadores habían dejado olvidados sobre la mesa. Al menos, su nuevo aposento era cómodo y agradable, nada que ver con el almacén donde había despertado. Suspiró al recordarlo. A veces llegaban a su mente ráfagas de conversaciones, de imágenes en las que prefería no pensar. Su señor se comportaba como si él hubiese estado simplemente sumido en un largo sueño, y eso solo le confirmaba que era mejor no tratar de recordar nada de los días que había pasado enfermo. Estaba muy débil, y los sanadores acudían cada mañana y cada tarde para seguir su evolución, le preparaban infusiones y le explicaban qué debía hacer para cuidarse. Lo más importante, y que estaba obligado a cumplir, era que jamás, bajo ningún concepto, podía volver a usar la endomia. Había consumido demasiado lanfe.

—Hace mal tiempo —protestó Alhanna, que estaba sentada frente a él. Era quien más lo visitaba—. Podría quedarme contigo y hacerte compañía.

—Has estado quejándote porque mi señor no te permitía abandonar el edificio y, ahora que puedes hacerlo, ¿no lo deseas? —dijo Ghiro.

—Tienes razón. Kishur solo me dejó salir a la herrería con él, y creo que lo hizo porque con tanta niebla nadie podía verme. —Alhanna se puso en pie—. Supongo que debo irme.

Ghiro tomó otro sorbo de su bebida, de color blanco, que era la que desprendía el agradable olor a fresas y canela. Estaba sentado en una mecedora, tapado con una gruesa manta.

—¿Por qué yo no puedo beber eso? Huele muy bien.

—A los humanos os sienta mal, os hace enfermar —dijo el anciano—. Si no te apresuras, llegarás tarde a tu primera lección de espada.

—¿Tan necesario es? Si alguien quiere hacerme daño, puedo matarlo con mi poder.

—Eres incapaz de hacer uso de la endomia por propia voluntad, así que es mejor que aprendas también a defenderte con armas —le dijo Ghiro, con calma—. Mi señor lo cree conveniente, y yo también. Has de estar preparada.

Ella asintió y se puso en pie. Ghiro intuyó su intranquilidad. La joven tomó la

capa que había dejado en un perchero junto a la puerta y se la puso con rapidez. La giraba en el aire y la dejaba caer sobre los hombros, cerraba el broche con forma de hiedra y ajustaba la capucha con tanta soltura que parecía ya algo natural en ella. Se dio un repaso a sí misma para cerciorarse de que no olvidaba nada. Le habían hecho a medida unos pantalones de piel que se le ajustaban a la perfección y que entraban por unas botas altas de cuero que le sentaban como un guante; la camisa era de algodón y se cerraba con botones de plata. Llevaba también un chaleco que se anudaba con cintas. Le habían dado también una chaqueta gruesa forrada de pieles blancas. La capa era pesada, pero no tanto como la que había llevado por Liampa. Se echó la trenza hacia delante y sonrió al anciano, que seguía bebiendo tranquilamente.

—Voy a pedirte algo, algo muy importante para mí. —Ghiro dejó el vaso vacío sobre la mesita—. Quiero que tengas en cuenta que no te va a entrenar un simple dárico, lo va a hacer el mismo rey. Cualquier dárico, y no solo estudiante, daría lo que fuera por estar en tu lugar. ¿Entiendes eso?

—Lo entiendo.

—Pues te ruego que te comportes. Mi señor posee muchas cualidades, pero te aseguro que la docencia no es una de ellas. Nunca tuvo que ser maestro y está acostumbrado a impartir órdenes y que sean acatadas. —Ella sonrió divertida, y Ghiro suspiró—. Esta será tu primera lección de espada y será su primera vez como maestro, cuídate o acabarás conociendo al verdadero dárico gris. Y no te va a gustar. Obedece en todo cuanto te diga y no pongas en duda absolutamente nada. Si lo prefieres, después puedes venir aquí a desahogarte. Pero no lo hagas delante de él.

—Kishur es muy severo, ¿verdad?

—Lo es, lo conozco desde su nacimiento y ya mostraba esa mirada dura desde que era un infante: apuntaba a convertirse en el mejor dárico gris que haya existido. Y lo es, aunque él no desee escucharlo. —Agitó la cabeza al darse cuenta de que había hablado demasiado—. Mejor date prisa, no vayas a llegar tarde.

Alhanna agarró el pomo de la puerta y, antes de salir, se giró para sonreír al anciano. Cerró tras ella y se fue. Ghiro suspiró, apenado por no poder acudir al entrenamiento. Desde luego, iba a ser memorable.

Arreciaba el aire. La joven tenía las manos amoratadas; lamentaba haberse olvidado los guantes. Había mucho jaleo en el patio de armas, una amplia plaza rodeada de edificios bajos y pinos esbeltos cuyas copas estaban espolvoreadas con nieve. Mayara la acompañó hacia el extremo norte; había dibujado un rectángulo en el suelo con estacas de madera. Ádria y Eltsay ya estaban entrenando dentro. Intentaban vencer a Alfar, en vano.

El alboroto aumentó cuando Kishur entró en el rectángulo. Llevaba un chaleco sin mangas y un pantalón oscuro, y tenía su espada en la cintura y otra más pequeña en la mano. Las espigas de los pinos que caían sin parar se arremolinaban en el suelo,

anunciando que se avecinaba una nueva tormenta. Ádria volvió a atacar. Cuando Alfar giró sobre sus pies y tomó impulso para golpear a su contrincante en la espalda, vio a su hermano y se detuvo. Todos lo hicieron. Lo saludaron y salieron de la zona de entrenamiento. Los arqueros del otro extremo también abandonaron su actividad, así como los lanceros y espadachines y dos porteadores que pasaban por ahí. Un profundo silencio se instaló entre los presentes.

Kishur miró a Alhanna y le hizo una señal para que se acercara. La joven reparó en la espada que Kishur llevaba en la mano: parecía ser demasiado pequeña para él.

—Toma. —Le tendió el arma con su funda—. Abróchala a tu cintura.

—¡Pesa muchísimo! —susurró ella al cogerla, y estuvo a punto de dejarla caer—. ¿Cómo puede pesar tanto? Es imposible que logre sostenerla.

—Guarda silencio y ponla en tu cintura.

Tuvo que ayudarla. Kishur le sostuvo el arma mientras se ajustaba la correa. Kishur apartó con el pie algunas espigas del suelo, las esparció hacia los lados y se detuvo. La joven tragó saliva y se preguntó cómo Kishur podía aguantar semejante frío llevando tan solo un chaleco sin mangas. A ella le costaba contener el castañeo de sus dientes.

—¿Te dejas la capa puesta? —Arqueó una ceja a modo de burla—. Bien, es decisión tuya. Vamos a empezar con unos ejercicios básicos para trabajar tu fuerza y agilidad.

—¿Puedo desenvainar la espada?

—*Naet*.

—¿Cuándo podré?

Kishur miró al cielo y tomó aliento.

—Cuando yo lo diga. Ahora guarda silencio y escucha con atención. Primero, ponte firme y deja de tiritar. Echa los hombros hacia atrás. —Se puso detrás de ella y le dio un golpecito en el pie izquierdo para que lo moviera—. Abre un poco las piernas y planta los pies con fuerza en el suelo, que no quema. Los hombros hacia atrás. Saca pecho.

—¿Así?

—Esta posición es para que puedas oírme, así que cállate.

Risas discretas recorrieron el patio; algunos ya habían vuelto a su labor, pero otros tomaban asiento en el suelo para no perder detalle. Kishur caminó alrededor de la joven, indicándole que corrigiera la postura con leves toques sobre su cuerpo. Alhanna obedecía. Las advertencias fueron endureciéndose hasta convertirse en golpecitos de los que ella se quejaba.

—A partir de hoy deberás llevar la espada siempre encima, atada a tu cintura. No la desenvainarás hasta que yo lo permita, bajo ninguna circunstancia —continuó Kishur mientras seguía dando vuelvas a su alrededor—. Intentaré hacer de ti una espadachina decente.

—Una que no puede extraer el arma de su vaina —murmuró ella.

—¡Y que debería guardar silencio! —le gritó Kishur, y Alhanna dio un brinco.

El rey de Alviat se detuvo frente a ella y la miró severamente. Alhanna supo que aquellas clases iban a ser las más duras de su vida. Por un momento, deseó regresar al confinamiento de su cuarto.

En ese preciso momento, al otro lado de la ciudad, los trabajos en la herrería se habían detenido. Raysit y sus ayudantes habían revisado cada rincón del edificio, incluidos el almacén y el depósito, pero no habían encontrado nada. Raysit estaba terriblemente enfadado y muy preocupado por el joven desaparecido. El resto de sus alumnos aguardaban su permiso para entrar. Había tenido que arrastrar a Dalin allí a regañadientes, porque el muy necio se empeñaba en que su compañero estaría durmiendo en cualquier lugar; pero Raysit se resistía a creerlo: estaba convencido de que algo le había sucedido al joven, no era propio de él dejar el trabajo a medias y marcharse sin cerrar la fragua. El almacén estaba muy sucio, y algunas cajas, antes ordenadamente apiladas, habían sido derribadas. La mesa del fondo soportaba el peso de un enorme montón de espadas que ni siquiera servirían para cortar mantequilla. Miró en derredor con la esperanza de hallar alguna pista.

—La capa podría no ser de él. —Dalin se rascó la cabeza—. No hay huellas ni rastro que indique que estuviera en el almacén. Es cierto que la puerta no estaba cerrada, pero todo se encontraba recogido, en su sitio. Simplemente acabó su trabajo, se fue y olvidó cerrar. Quizás esté con alguna dárica.

—¿Con alguna dárica? ¿Y dónde, exactamente? —quiso saber Raysit—. Nunca ha faltado a su turno ni ha llegado tarde. Mi mejor alumno no aparece por ninguna parte; no está en su casa y nadie lo ha visto. ¡Se ha esfumado! No creo que esté escondido en la cama de ninguna dárica. Y esa capa es la suya, sin ninguna duda.

—Si usted lo dice...

—¡Claro que sí! ¿Qué ha podido pasarle?

El joven se encogió de hombros con indiferencia. El cansancio estaba esculpido en su pálido rostro.

—¿Puedo retirarme a seguir durmiendo? Me tocó el turno de noche y aún no he podido descansar.

—Vete —le ordenó Raysit—. Y espero que sea cierto que no sabes nada de este asunto como aseguras.

Inspeccionó minuciosamente la prenda de ropa que tenía entre las manos. No halló nada sospechoso, pero estaba seguro de que algo había ocurrido. Desde que su señor y la humana habían llegado a Alviat, dos alumnos habían cambiado de especialidad, y ahora Argon había desaparecido. No era simple casualidad.

Cadarean abandonó las sombras en las que había permanecido, apoyado en una de las estanterías. Mantenía la capucha puesta, como era su costumbre. Nunca mostraba su rostro, el abuso de la endomia había dejado secuelas en su cuerpo y sabía

que los demás lo encontraban repulsivo. Había perdido todo el cabello, y su rostro huesudo estaba vestido por una piel flácida y amarillenta. Su tiempo como profesor de endomia había acabado, y solo unos pocos, como Raysit, seguían teniéndolo en consideración.

—Debería denunciarlo, hablar con el comandante, interrogar a todos los profesores. El director de la academia debería saberlo —se lamentó Raysit.

—Nos tacharán de locos —dijo Cadarean, con la voz apagada y ronca—. Dirán que es algo natural, que siempre hay algún alumno incapaz de aguantar la presión. Puede que aparezca en unos días, avergonzado. O quizás yo tenga razón en mis sospechas: alguien está reuniendo a los estudiantes más aventajados de forma clandestina.

—¿Y crees que está detrás de la desaparición de Argon? —preguntó Raysit.

—Podría estarlo. —Observó la reacción alarmada de su amigo antes de continuar —. Sabes que estoy en lo cierto, también has notado la extraña actitud de algunos estudiantes y las preguntas que hacen. Comienzan a sentir rechazo ante las normas de nuestra Academia de artes endómicas y se les presentan dudas que jamás antes habían tenido, como la conveniencia de ser vigilados mientras estudian. Argon es un buen endómico. Quizás fue tentado para abandonar la herrería, no aceptó, y eso ha podido provocar su desaparición. De otro modo, se habría despedido como hicieron los demás en lugar de esfumarse sin dar explicaciones.

—La idea que planteas me parece descabellada. Nadie sería capaz de hacer algo así. ¿Para qué querría alguien que los estudiantes dejasen su labor aquí? ¿Qué conseguiría? —Se rascó la nuca con fuerza—. A veces pienso que me mientes y metes ideas raras en mi cabeza.

—No tengo motivos para hacer tal cosa. —Tosió con violencia y tardó unos segundos en recuperar el aliento—. Argon era excelente con la endomia y tu mejor alumno. Si alguien está reclutando a los estudiantes de endomia, debemos averiguar de quién se trata y, sobre todo, cuál es su objetivo.

—No parece que sea para nada bueno. ¿Quién sería capaz de llegar tan lejos como para matar a un estudiante por rechazarlo? ¡Ese es el mayor de los crímenes!

—Lo es para un dárico, pero, ¿y si fuera otra cosa?

Raysit negó con la cabeza. Eran demasiadas suposiciones. Eran conscientes de las reuniones secretas, pero no tenían pruebas ni indicios de que se organizaran para un fin malicioso. Los endómicos poseían mentes débiles que se quebraban con facilidad. Justamente por eso estaba prohibido que los endómicos que aún eran estudiantes se congregaran a escondidas del profesorado, debían estar vigilados y protegidos en todo momento. Una mala acción podía provocar la pérdida completa de su lanfe y, con ello, su muerte. Miró a Cadarean. Pensó si podía estar inventándoselo, pero desestimó la idea enseguida. «Es imposible. Es un buen amigo, nunca me engañaría».

—Necesitamos pruebas, hay que descubrir al menos cuándo y dónde se reúnen los estudiantes. —Raysit se frotó la frente y miró hacia su amigo, cuyo rostro no podía

ver—. Luego daré la voz de alarma. No quiero que nos tachen de locos, aunque puede que lo estemos. Hace unas semanas todo esto no tenía demasiada importancia, pero ahora, ha desaparecido un estudiante y el rey está en la ciudad. Podríamos estar poniéndolo en peligro al guardar silencio.

—Puede que sea todo lo contrario. Quizás lo estemos protegiendo.

—¿Eso crees? —Raysit parecía desanimado—. Tratemos de averiguar qué sucede y vayamos al rey con pruebas, será lo mejor.

—¿Y vuestro descendiente? Está aquí, podríamos pedirle ayuda —insinuó Cadarean—. Su forma de actuar es célebre, se mueve entre las sombras como si le pertenecieran y es implacable con sus enemigos.

—¡Nunca! —Raysit se volvió hacia Cadarean con los puños apretados.

Cadarean asintió bajo la capucha. Raysit se limpió el rostro con la manga de la camisa y arrojó la capa al suelo. Cuando alguien le hablaba de Ádria y de su labor como hajaek, siempre acababa perdiendo los nervios. Ádria había nacido para ser herrero.

Alhanna seguía tumbada en el suelo. Le dolía todo el cuerpo, los brazos en especial. Cuando pidió aprender, no había imaginado que requeriría tanto esfuerzo. Comenzaron a caer algunos copos y, al mirar al cielo, vio las oscuras nubes que lo cubrían. De pequeña siempre le había gustado la nieve. Le agradaba la estampa que ofrecía al caer sobre los tejados del pueblo de sus abuelos paternos; iba a visitarlos cada invierno, y el paisaje le parecía tan mágico que solía pensar que estaba dentro de un cuento. Las casitas bajas con chimeneas humeantes y las calles embarradas donde se acumulaba la nieve día tras día formaban parte de esa postal que ya no vería más que en sus recuerdos. La imagen se instaló en su mente y no pudo evitar sonreír.

Pensó en ese frío, que nada tenía que ver con el que había sentido en Liampa; aquel otro invierno era más cálido y reconfortante. Quizás porque había sido el único lugar en el que había sentido que estaba en un hogar, en la antigua casa donde su abuela horneaba el pan y donde su abuelo preparaba un café tan fuerte que era imbebible. Estornudó y tuvo que limpiarse la nariz con la manga de la chaqueta.

—Levántate de una vez y deja de sonreír —le ordenó Kishur mientras le tendía una mano para ayudarla a ponerse en pie—. ¿En qué estabas pensando?

—En nada importante.

—Hemos terminado por hoy. —El dárico posó una mano en su hombro y notó como el cuerpo de la joven temblaba por el frío—. Es duro, ¿verdad? Ya te dije que no sería sencillo, pero, si te esfuerzas, lograrás manejar la espada decentemente, aunque será mejor que no tengas tanta prisa en desenfundar el arma.

—Eso ya me lo has dicho.

—Y te lo repetiré cuantas veces sea necesario: debes obedecerme.

—De verdad que lo he entendido. —Recogió la capa que había dejado tirada en el

suelo, e iba a colocársela cuando se echó atrás al ver que estaba empapada—. Solo puedo usar la espada si voy a luchar con ella, no por gusto. Y mientras no haya aprendido los principios básicos, tengo prohibido hacerlo. ¿Estás contento?

—¿Por qué debería estarlo? He necesitado medio día para que aceptes algo tan sencillo. —Soltó una suave risa al ver el rostro enojado de ella—. Ahora ve con Tottem. Te espera con el arco, si es que te sientes con fuerza.

—No me lo perdería por nada del mundo. —Deseaba usar el arco que había cogido en la herrería.

—Y, Alhanna —la llamó cuando la joven ya daba media vuelta para marcharse—, puede que hoy te sientas desilusionada y no te lo parezca, pero lo has hecho bien, mejor de lo que esperaba.

—¿De verdad?

—Sí. Todos se reían de ti y, aun así, has soportado las burlas con elegancia. Has actuado como se espera de un aprendiz, concentrada en las palabras de su maestro y no en lo que le rodea. —Se acercó a ella para quitarle un copo de nieve que tenía en las pestañas del ojo derecho—. Ellos no sabían que estabas entrenando con una espada de acero dárico. Nuestras armas son difíciles de manejar para un humano. Sin embargo, tú has logrado aguantar su peso. Si todos los que se han reído de ti lo supieran, serías alabada por tal hazaña.

—Gracias, Kishur-Lantae.

—Ahora ve con Tottem, no lo hagas esperar.

Se alejó a toda prisa en busca del arquero. Kishur aguardó hasta verla cruzar un arco que conducía al segundo patio de entrenamiento, suspiró largamente y levantó la cabeza para ver los copos seguir cayendo. El invierno les había dado alcance. Alhanna tendría tiempo de aprender, y él iba a hacer todo lo posible para que conociese su historia y su forma de ver el mundo. De esta manera iba a ser más aceptada entre los dáricos.

Fraem-Lab sería un buen lugar para mantener a Alhanna escondida y permitir que adquiriera los conocimientos necesarios. Y para permitirles también a ellos descubrir más sobre la joven humana.

El viento arreció y Kishur tembló. Necesitaba ponerse algo encima para entrar en calor; ahora que el ejercicio físico había terminado, su cuerpo estaba helado. Caminó por el patio, pisoteando las hojas de los pinos, sintiendo como la nieve se fundía con su piel y le empapaba el cabello de plata. Cuando llegara la primavera, debería regresar a Alviat, ya no le quedarían motivos para postergarlo. Y era lo último que deseaba hacer en el mundo.

Despertó en un lugar desconocido. Todavía somnolienta, se frotó los ojos y permaneció largo rato tumbada sobre la hierba. Entre los árboles se filtraba la luz de las lunas, que parecían mecerse en la bóveda nocturna. Sentía que debía escapar,

correr todo lo lejos que pudiera, pero estaba tan agotada que no lograba moverse. Y, de todos modos, ¿de qué debía huir? A su alrededor oía los insectos, pájaros y roedores corriendo entre las zarzas; las ramas crujían bajo las patas de los animales y el aire se colaba entre los huecos de los robles muertos. «Muertos». Todos estaban muertos, y ella había escapado. ¿De dónde? Esa idea entró y salió de su cabeza tan rápidamente que no tuvo tiempo de retenerla.

Estaba cansada, pero debía continuar, correr, escapar. Se puso en pie y se vio rodeada de árboles secos, podridos, cadáveres. De pronto, perdió el control de su cuerpo y notó como si alguien lo manejara por ella. Caminaba por el bosque, pero, al mismo tiempo, no era ella quien lo hacía. Ante la sensación de que alguien la perseguía, quiso correr, pero le era imposible; su cuerpo no le pertenecía, solo le permitía percibir emociones.

Un árbol cayó a lo lejos. Algunas aves salieron volando y las ramas de los siguientes árboles comenzaron a agitarse. Su cuerpo corrió veloz. El bosque desapareció, se desvaneció, y ante ella se alzaron dos picos altos. El ser en el que parecía estar encerrada retrocedió y se encaramó a un abeto, ocultándose entre las ramas. Vio unas sombras, dos siluetas femeninas. Sus voces se perdían, arrastradas por el aire, más allá de las colinas y las montañas. Erotesa quedó oculta y las siluetas desaparecieron al instante. Sintió un escalofrío y unas gotas de sudor deslizándose por su frente. Tenía mucho miedo. Hubo un rugido animal y los ojos se le llenaron de lágrimas de pavor. Su cuerpo, helado e inmóvil, temblaba sobre la rama, intentando contener su corazón desbocado.

«*Deasagtan ciu fiatam*». La voz cavernosa resonó por el bosque, una voz inhumana y tan grave que sintió que sus tímpanos iban a estallar. Temblando, repitió aquella frase en su mente: «Te acabaré encontrando». Se zarandeó sobre la rama y fue incapaz de mantener el equilibrio, porque aquel cuerpo no la obedecía a ella. Iba a caer.

Alhanna despertó bañada en sudor. El corazón le latía a toda prisa y las sienes le palpitaban. Se escuchó un trueno y gritó sin querer. Tiró la manta al suelo y salió al pasillo a toda prisa. Tenía ganas de correr, de huir. Cruzó el corredor que dividía las habitaciones y bajó las escaleras de mármol sintiendo el frío bajo sus pies descalzos. Atravesó el vestíbulo y, tomando aire, salió al patio sin molestarse en cerrar la puerta tras ella. El viento que la fuerte tormenta arrastraba arremetió contra ella haciendo que perdiera pie y resbalara. Cayó de culo al suelo. El agua comenzaba a deshacer la nieve que instantes atrás lo cubría todo. Caminó entre los charcos y se detuvo en medio del patio.

—¿Qué quieres de mí? —gritó a pleno pulmón—. ¿Quién eres?

Con las palmas de las manos hacia el cielo dejó que el frío se apoderase de su cuerpo. El patio se iluminó con otro relámpago. Tenía el camisón empapado y pegado a la piel; la transparencia de la tela mojada dejaba toda su desnudez al descubierto. Odiaba esos sueños que la atacaban con mayor frecuencia cada día. A veces no

recordaba gran cosa, y otras parecían realmente momentos vividos por ella misma. Era en estas ocasiones cuando permanecía despierta, asustada y temblorosa, hasta que llegaba el amanecer. Creía que alguien trataba de decirle algo, o quizás se estuviera volviendo loca, como su madre con sus visiones imposibles. Alhanna comenzó a tiritar sin control hasta que, finalmente, desistió y se dejó caer.

Kishur corría hacia ella. El viento agitó su cabello gris, que quedó inmediatamente empapado por el aguacero. La joven estaba sentada en el suelo, encogida como una niña asustada. El dárico se quitó la capa cuando llegó a su lado y la cubrió con ella. Alhanna estaba helada y temblaba con fuertes espasmos. La tomó en brazos y se apresuró dentro, donde Mayara esperaba con un farolillo de luz entre las manos.

—Busca alguna bebida caliente, Mayara —le ordenó al pasar por su lado.

—Enseguida. —La dárica salió corriendo en sentido opuesto.

Alhanna estaba al borde de la hipotermia y parecía estar inconsciente, aunque sus labios no paraban de murmurar algo que Kishur era incapaz de comprender; ni siquiera lograba distinguir qué idioma usaba. ¿Cuánto tiempo llevaba fuera? Por un momento temió lo peor, porque su cuerpo, liviano como el de un infante, mostraba signos evidentes de congelación. Entonces recordó la forma en la que sus heridas se habían curado tras el ataque del demonio en Liampa.

Subió los peldaños de las escaleras de dos en dos, dándose toda la prisa que pudo. Una vez en el corredor, miró hacia ambos lados y al final resolvió llevarla a sus aposentos, donde la chimenea estaba encendida. Subió una planta más y abrió la doble puerta. Dentro, el agradable calor que envolvía la estancia los acogió. Kishur dejó a la joven sobre la alfombra de piel de oso, frente a la chimenea.

—Maldita sea. —Le tomó el pulso y se tranquilizó al ver que era regular.

Le quitó la capa y el camisón. Cogió con rapidez una manta que había sobre la cama y tapó a la joven con ella, no sin antes reparar en el tatuaje que recorría todo su cuerpo. Al cubrirla con el suave tejido, la joven se estremeció y dejó de temblar. Kishur la miró sorprendido. «¿Cómo es capaz de recuperarse tan pronto de algo así?».

—*Yaegtan le mae* —le susurró en dárico. «Te pondrás bien».

—Kishur... —murmuró la joven, con los ojos cerrados—. ¿Eres tú?

—Sí, estoy a tu lado. —Le acarició el cabello mojado.

—¿Me has hablado en tu idioma? —Intentó sonreír, pero no pudo. Seguía teniendo mal aspecto, pero el color ya parecía volver a su rostro.

—¿Eso es lo único que vas a preguntarme?

El dárico se sentó junto a ella mientras continuaba acariciando su rostro. Iba entrando en calor gracias al fuego. Miró las llamas para cerciorarse de que había leña suficiente. Observar como la tez de la joven recuperaba el color se asemejaba a mirar la obra de un pintor desde el principio. Alhanna abrió los ojos al fin.

—Alguien quiere matarme —musitó con la voz ronca—. Quiere matarme, estoy

segura. No dejes que me atrape, por favor, no permitas que me encuentre.

—¿De quién hablas?

—No lo sé, pero me persigue en sueños.

Kishur le limpió las primeras lágrimas. Había visto a la joven llorar muchas veces, pero ahora lo hacía con una pena tan profunda que incluso él era capaz de apreciarla. ¿Qué podía hacer? Intentó recordar cuando intentaba consolar a Alfar de infante.

—No dejaré que te hagan daño, Alhanna —dijo Kishur en voz baja.

Alhanna se calmó. No medió palabra durante un buen rato. Se limitó a temblar y gemir con suavidad; comenzaba a tener fiebre. Kishur iba a ponerse en pie para ir en busca del sanador, pero rechazó la idea: era mejor no llamar la atención, se recuperaría sola. Al cabo de un rato, Mayara entró en la estancia con una tetera y dos tazas en la mano. La dárica caminó en silencio hasta ellos y tomó asiento al otro lado de la joven.

—Se ha dormido —dijo Kishur—. Pero está enferma, tiene fiebre.

—Puedo vigilarla —dijo Mayara.

—No es necesario, me encargaré yo. —Kishur se puso en pie mientras Mayara llenaba las dos tazas, y tomó la que le ofrecía—. Supongo que Alhanna tardará en despertar, y es una pena dejar que el té se enfríe.

—Si no os importa, me tomaré una taza y luego me retiraré —dijo ella levantando el objeto de porcelana a la altura de sus ojos.

—Claro.

Bebieron tranquilamente, Kishur paseando por la estancia y ella sentada junto a Alhanna, sin quitarle los ojos de encima. Al cabo de un rato, el dárico se cansó de su paseo y se detuvo cerca de la chimenea. Mayara se incorporó, con la taza vacía entre las manos, con la intención de marcharse. Kishur levantó una mano para retenerla y fue hacia la puerta. Antes de abrirla se volvió hacia Mayara, que lo observaba con curiosidad.

—He cambiado de opinión; quédate con ella. Iré a la habitación de Alhanna, quiero comprobar si hay algo en ella que haya podido atormentarla.

—¿Qué habría podido provocarle tal reacción, mi señor? —preguntó Mayara, desconcertada.

—No estoy seguro.

Salió de la habitación y se encaminó al piso de abajo a toda prisa. Los demás parecían dormir en sus estancias; no había indicios de que estuvieran al corriente de lo ocurrido. Era lo mejor. Kishur cruzó el pasillo y, al llegar a la última puerta, la de Alhanna, la abrió y quedó parado bajo el umbral.

En un primer momento, no sintió ninguna presencia extraña en la habitación. Observó que la cama estaba deshecha, las ropas de Alhanna tiradas por el suelo y la estufa apagada; eso sí le resultó raro, porque la joven hacía sobreúso de aquel artefacto, tanto que Alfar ya había bromeado diciendo que cualquier noche acabaría abrasada.

Entró y cerró la puerta tras él. Fue entonces cuando olió el jazmín. Miró en derredor y halló a la dama roja detrás de él, apoyada en la puerta de roble. Kishur la contempló con el rostro pétreo, tratando de mantener el ritmo de su corazón.

—Mi Kishur, ¿has estado entretenido? Te estuve esperando largo rato en tus aposentos, pero no apareciste. Comencé a imaginar que ibas a pasar la noche con alguien y no volverías. Los dáricos hacéis esas cosas, ¿verdad? Desnudaros, tocaros, retozar...

No respondió, concentrado en mantenerle la mirada. Ella despegó la espalda de la puerta y se acercó a Kishur, le acarició el rostro y levantó la cabeza para mirarlo.

—Estaba preocupada, pensé que habías olvidado que me perteneces. No creo que te gustara ver mi reacción si permitieses que te tocara alguien que no fuera yo. —La mujer sonrió divertida—. Imaginé que acabarías viniendo. Siempre me presientes.

—¿Has provocado tú lo que le ha ocurrido a Alhanna?

—¿Y si lo he hecho?

—¡No te atrevas! —exclamó furioso.

Ella dio un paso atrás, sorprendida. Después, se abalanzó sobre él y lo besó, sujetándole la nuca con fuerza. Le mordió el labio inferior y enseguida notó el sabor a sangre. Kishur se apartó de ella, asqueado. La dama sonrió.

—No vuelvas a gritarme, la próxima vez te arrancaré la lengua. —Caminó por la estancia, alejándose de Kishur. Él reprimió el impulso de limpiarse la boca con la mano.

—Te gusta lanzar amenazas que luego no sueles cumplir —la acusó Kishur, haciendo que ella le lanzara una mirada de advertencia—. Puedes arrancarme la lengua, la piel y el cabello, hazlo si te ves capaz.

—¿Me pones a prueba? —De sus palabras destiló la furia que la embargaba.

Kishur estaba cansado de lidiar con la dama y sus visitas. A veces deseaba lanzarse sobre ella para estrangularla y así comprobar de una vez por todas si la mujer era capaz de cumplir alguna de sus amenazas. Seguía observándolo.

—Sigues siendo tan terco como antaño. —Ella cambió repentinamente de humor, olvidando su enfado de forma aparente—. Te pedí hace algún tiempo que me entregaras a la humana. ¿No me concederás ese regalo? Quizás logres protegerla en esta ciudad durante un tiempo, pero después nada impedirá que la obtengamos.

—¿Para qué la quieres? —Le sorprendió ver que ella sonreía, ahora de una forma distinta, casi tierna.

—Lamentarás haberla encontrado, Kishur-Lantae.

—Explícamelo entonces. Dime quién es Alhanna y qué quieres de ella. —Acortó la distancia con la dama roja. Ahora fue él quien se atrevió a acariciar su rostro cálido —. ¿Por qué es tan importante para ti?

Ella se quedó observándolo con curiosidad. El labio de Kishur seguía sangrando. Agarró la mano que la había acariciado, la llevó hasta su pecho y la presionó contra su piel. El vestido dejaba su escote al aire, y las ondulaciones de su cabello le caían a

ambos lados de la cara, en la que destacaban sus grandes ojos azules.

—Suplícame, Kishur. Hazlo y lo tendrás todo.

—Jamás. —Retiró la mano, sentía que quemaba—. Nunca obtendrás tal cosa de mí.

—Kishur-Lantae, rey de Alviat, conocido por su valor. ¡El gran dárico gris, descendiente directo del primer rey! ¿Cuánto tardarás en mostrar tu verdadero ser? Ignoras quién eres en realidad. —Su rostro se endureció; frunció los labios, con rabia —. La humana te costará la corona. Estás aventurándote en un camino que no podrás abandonar y que te conducirá a la más absoluta oscuridad. Y lo sabes.

—Lo acepto, si así ha de ser —dijo con voz serena.

—Está bien. Prometí no interferir en tu vida, lo único que me interesa es tu muerte. Y llegará pronto, no te quepa duda. —Miró al dárico y apretó los dientes—. Acabarás suplicando, Kishur-Lantae.

Él sonrió. Kishur supo que estaba furiosa, y no le importó; se había acostumbrado a su ira. El olor del jazmín se intensificó y la habitación comenzó a dar vueltas. Plantó con fuerza los pies en el suelo para no caer y se llevó las manos a las sienes. Ocurría de nuevo. Sintió un fuerte golpe en el pecho y se tambaleó hasta chocar con la pared. Miró a la mujer, que seguía imperturbable, con la mano alzada en su dirección.

—¡Hazlo! ¡Mátame! —gritó Kishur con todas sus fuerzas.

—Te dije que no volvieras a gritarme. —Comenzó a caminar hacia él.

La ventana se abrió de golpe y una lluvia torrencial irrumpió en la estancia, impulsada por el fuerte viento. Los truenos que acompañaban la tormenta hicieron que la habitación temblara. La dama palideció y miró hacia el exterior. Kishur no vio nada fuera de lugar, pero sintió una presencia a su derecha. Era imposible que hubiese entrado por la ventana, nadie podía moverse con tanta rapidez. Kishur volvió la mirada y descubrió a un ser que cubría su cabeza con una amplia capucha que ocultaba su rostro, de la cual asomaba un cabello largo y rubio, casi dorado. Tentó su cintura en busca de la espada, pero no la llevaba encima.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la dama con la voz atragantada.

—Salvar tu existencia. —Era una voz masculina, hermosa, que erizó el vello de Kishur—. Vete ahora y lo olvidaré.

La presión que mantenía inmovilizado a Kishur desapareció, y el aroma a jazmín que lo impregnaba todo empezó a disiparse. Ella movió los labios, emitiendo una palabra que no logró escuchar, y desapareció, deshaciendo su cuerpo en miles de perlas rojas que se desvanecieron en el aire. El encapuchado dio unos pasos hacia él.

—¿Quién eres? —le exigió Kishur.

—Alguien a quien volverás a ver, dárico gris.

Y desapareció del mismo modo que la mujer.

Kishur se dejó caer contra la pared. No había logrado reconocer aquella voz. Estaba desconcertado. ¿Quién se escondía bajo esa capucha? ¿Por qué lo había protegido? Permaneció sentado en el suelo, sin importarle quién pudiera acudir a la

habitación atraído por los gritos y el estruendo de la tormenta que seguía haciendo temblar la estancia.

Hacía cuatro semanas de su llegada a Fraem-Lab. El camino en la llanura de Liampa había desaparecido bajo el hielo, y las pequeñas casas sostenían el peso de la nieve acumulada sobre sus tejados. Todas las mañanas limpiaban las calles para que pudieran ser transitables y despejaban las zonas importantes, como el patio de entrenamientos. No podrían abandonar la ciudad mientras durara el invierno.

Entró en el patio de entrenamientos, abarrotado a esas horas. Las placas de hielo que cubrían el suelo crujían bajo sus botas de piel. Profesores y estudiantes se detuvieron para observarlo. Kishur era consciente de las miradas que lo seguían. Veían el color de su pelo y lo que representaba, pero ni siquiera conocían su nombre.

No encontró a Alhanna ni a Tottem, y revisó a los arqueros que formaban frente a las dianas, en fila uno detrás de otro, en perfecto orden. Había treinta dianas, y todos disparaban al mismo tiempo. Aquella hermosa armonía le arrancó una sonrisa a Kishur. Paseó por allí, fingiendo interés en el entrenamiento. Los estudiantes hacían reverencias cuando pasaba junto a ellos. Escudriñó el patio entero hasta encontrarlos.

Estaban frente a un montón de paja en el que habían colocado una diana. Kishur caminó hacia ellos, sin entender por qué se habían separado del resto.

Alhanna apuntaba con el arco que había tomado de la herrería. Aguardó hasta que Tottem hubo ofrecido a la joven las últimas indicaciones y disparó una flecha que no dio en el blanco. Kishur aprovechó ese momento para acercarse a ellos, y Alhanna se sobresaltó al verlo.

—Pensaba que eras una experta. —Kishur habló en tono de burla—. Has acertado en el extremo de la diana; ¿tan difícil te resulta apuntar al centro? ¿O quizás es porque el arco no es de tu talla? ¿Tottem-Hon?

El arquero no quería contestar, pero asintió con la cabeza. Kishur observó el arco. La madera tallada era hermosa, aunque inútil. Parecía un objeto de decoración y no un arma. Tottem se acercó a Alhanna, le elevó el codo izquierdo y le dio un golpecito en la barriga. Dibujó un círculo con la mano derecha para indicarle que soltara la flecha. La joven disparó y la saeta cortó el aire velozmente, esta vez acertando en el montón de paja que rodeaba la diana. Kishur sonrió.

—¿Por qué os habéis escondido aquí? —preguntó Kishur.

—Había demasiados estudiantes y no podía concentrarme. —Alhanna frunció el ceño y bajó el arco para mirar a Kishur.

—En mitad de una batalla no tendrás elección, mejor que aprendas a soportar la presión desde el inicio. Observa. —Le arrebató el arco de las manos y cogió una flecha del carcaj que Alhanna llevaba a la cintura—. Debes levantar la barbilla y apretar el abdomen con fuerza, conteniendo el aire. Inhala cuando tenses la cuerda y exhala cuando la dejes escapar.

Kishur colocó la flecha y tensó la cuerda con fuerza. Cerró el ojo derecho y apuntó. Tenía una postura perfecta, y el arco encajaba con él de forma extraordinaria, como una extensión de su propio cuerpo.

Acertó justo en el centro de la diana.

—Ghiro tenía razón, eres un egocéntrico —masculló Alhanna en voz baja.

—Un egocéntrico con una puntería perfecta. —Le devolvió el arco.

Alhanna repitió los pasos con ayuda del arquero. Esta vez, la flecha fue a parar todavía más lejos. Bufó y se echó la trenza hacia atrás. El aire le acarició las mejillas rojas con delicadeza. Hizo un nuevo intento y erró.

—Tottem-Hon, retirémonos a comer algo. —Kishur miró de reojo a la joven—. Puedes quedarte o venir. Ya te avisamos, pero te empeñas en ignorar nuestro consejo y haces que mi mejor arquero pierda un tiempo valioso contigo. Se acabaron las clases de arquería, cuando estés dispuesta a tomar un arco adecuado para ti, házmelo saber.

—Quiero este arco.

—Entonces vas a aprender tú sola —sentenció Kishur, dando media vuelta.

La joven cogió otra flecha y tensó la cuerda, convencida de que esta vez acertaría. Estaba furiosa con Kishur por haberse burlado de ella. Sentía su cuerpo arder. Iba a acertar. Iba a hacerlo, porque era lo que deseaba. Pero disparó y erró el tiro.

—Os acompaño —dijo bajando el arco—. Quiero vino.

Alhanna corrió hacia ellos mientras se colocaba el arco a la espalda como Tottem le había enseñado. El peso la desestabilizó y estuvo a punto de caerse, pero endureció el gesto cuando vio que Kishur la miraba de reojo. Se puso a caminar en medio de los dos.

—Tus estudios deben comenzar pronto, Alhanna —le dijo Kishur.

—¿De verdad es necesario? Me basta con aprender a usar la espada y el arco.

—No recuerdo haber pedido tu opinión. —Miró el rostro enojado de ella y le lanzó una sonrisa burlona—. Quiero que aprendas a comportarte entre nosotros, a relacionarte. Debes conocer nuestra historia, entender la forma en la que vemos el mundo y vivimos en él. Vamos a comenzar poco a poco. Le pediré a Ghiro que te ofrezca las lecciones que considere esenciales para que te vayas acostumbrando. Después, serán los profesores que he escogido quienes te enseñen las asignaturas más importantes.

—Supongo que no puedo negarme —resolvió, abatida.

—Supones bien.

Tottem rio por lo bajo. Salieron del patio y caminaron entre las calles en dirección al edificio del gobierno donde se alojaban. Olía a comida por todas partes. Kishur extendió un brazo ante Alhanna para que se detuviera y dejase pasar a un grupo de jóvenes que iban corriendo. Eran dáricas, en su mayoría, con el cabello trenzado.

—Todos entrenan muy duro —comentó Alhanna mientras observaba el grupo—. ¿Es por la guerra con los kalastys?

—No, es un entrenamiento rutinario —contestó Kishur mientras recuperaban la marcha—. Y no estamos en guerra con los kalastys, al menos no oficialmente. No han atacado ninguna de nuestras poblaciones.

—Pero te han estado persiguiendo, ¡te atacaron!

—¿Y por eso he de conducir a mi gente a la guerra? Siempre seré perseguido, Alhanna, por lo que soy y lo que represento. —Se fijó en la frente fruncida de la joven —. Los kalastys llevaban mucho tiempo recluidos en sus tierras y no pisaban las nuestras a menos que fuera totalmente necesario. Incluso comerciamos con los que habitan en el Páramo de Bal, que siempre fueron pacíficos.

—¿Hay kalastys buenos? —preguntó, sorprendida.

—Siempre hay seres buenos y malos, Alhanna. De todas las razas, en cualquier parte del mundo. —Kishur la miró con intensidad—. Será mejor que nunca olvides eso.

Se acercaban al centro de la ciudad.

—Entonces, ¿sois un pueblo pacífico? Porque no me lo parecéis, y me baso en estos entrenamientos que duran todo el día. —Estuvo a punto de tropezar una vez más y se agarró al brazo de Kishur para no caer. Lo soltó de inmediato, preocupada de que alguien lo hubiera visto—. Yo no entiendo de guerras, pero que los kalastys intenten matar a un rey me parece motivo suficiente para comenzar una.

—Tienes razón, no entiendes de guerras. Por desgracia, a pesar de nuestros esfuerzos por evitarlas, nuestra historia está plagada de ellas. Nunca nos libramos de pequeñas escaramuzas, ya sea con kalastys o humanos. No podemos relajarnos. La última gran guerra en la que mi pueblo combatió fue la batalla de Caen-Laj, hace poco más de cien ágaras. Fue mi consagración como hajaek, la primera vez que blandí la espada para luchar.

—¿Murieron muchos dáricos? —preguntó la joven con verdadero interés.

Kishur y Tottem-Hon la miraron. Alhanna carraspeó, incómoda. Cuando la observaban de ese modo, como si estuvieran evaluando si estaba preparada para algo, la hacían sentir como una niña. Kishur posó la mano en la empuñadura de la espada que llevaba a la cintura y miró hacia delante.

—No fueron dáricos los que murieron en Caen-Laj. Masacramos a los humanos. —Kishur se pasó la mano por el pelo para apartarlo de su cara—. Caen-Laj está al norte de Alviat, al otro extremo de la frontera. Es una montaña rodeada de un inmenso bosque, un volcán dormido. Nuestras leyendas cuentan que fue la antigua morada del dios Shanarás antes de que la abandonara para ir al otro lado de la Jistar. Es un lugar sagrado para nosotros y usado como destino de peregrinación.

Kishur había reducido el paso y miraba al frente.

—Los humanos pensaron que ocultábamos algo importante, como una mina de oro o plata. Lo invadieron: cruzaron la frontera de Alviat y mataron a los eruditos que estudiaban y vivían en Caen-Laj. No encontraron lo que buscaban y quemaron parte del bosque para erigir allí una nueva ciudad. Cientos de humanos se desplazaron a

ese lugar desde su capital, con un numeroso ejército que pretendía afianzar su domino sobre Caen-Laj. —Kishur hablaba con fuerza—. Fue una declaración de guerra. Y respondimos con un regimiento de cinco mil hajaeks, armados con acero dárico. No dejamos nada al azar. El rey quiso dar una lección y mostrar cuál era el precio de enfrentarse a nosotros. No quedó un solo humano con vida, ninguno logró escapar.

Supo que no debería de haberle contado esa historia y se arrepintió de sus palabras de inmediato, pero miró a Alhanna y vio que sonreía. Llegaron al edificio del gobierno y entraron. En el salón, Alhanna se agarró a su brazo con fuerza.

—Por eso os odian tanto los humanos, ¿verdad? —preguntó con curiosidad.

—En realidad, ese odio proviene de mucho antes, Alhanna. Pero eso se lo dejaremos a Ghiro, él sabrá contarte mejor las cosas.

Hacía calor dentro del salón. Al fondo, sentados a la mesa redonda, aguardaban los demás. Las lámparas del techo arrojaban la luz necesaria para ofrecer un ambiente mortecino, y el calor de las dos chimeneas mantenía los cristales empañados. La comida esperaba en el carro que llevaba una joven mientras su compañera permanecía a su lado, de pie. Había pan recién horneado, patatas cocidas y dos bandejas con carne asada acompañada de verduras al vapor.

En cuanto Kishur entró, una de las sirvientas se dispuso a servir el té, empezando por Mayara. Kishur fue hacia la mesa. Ghiro lo miraba casi con desesperación, debía de tener mucha hambre. Alhanna soltó su brazo y tomó asiento junto a Alfar. Kishur le cogió la taza a Mayara, después fue hacia el carro y cogió un trozo de pan, que todavía estaba caliente. Las dos jóvenes dáricas se quedaron desconcertadas, sin saber qué hacer ante esa falta de protocolo. La situación divirtió a Kishur.

—Comed sin mí —dijo al grupo.

Fue hacia la puerta que comunicaba con el resto del edificio. Una de las sirvientas corrió para abrirla, haciendo una reverencia. Kishur sabía que todos lo miraban, notaba sus ojos en la nuca.

Subió las escaleras hasta la segunda planta, donde estaba su habitación.

Cuando entró en su cuarto, ya casi había terminado el pan, y la taza estaba a medias. La dejó sobre el escritorio. Las hojas en las que había estado escribiendo la noche anterior estaban ordenadas, sujetas con un pisapapeles de piedra con la forma de un tintero. Eran peticiones para los profesores, aunque ellos las interpretarían como órdenes. No resultaba sencillo romper con las normas, intentar remodelar las afianzadas costumbres dáricas. En Fraem-Lab, todo seguía un orden y cada cosa tenía su momento, e interferir podía socavar su autoridad. Kishur tenía la sensación de estar caminando sobre una fina cuerda que podía romperse en cualquier momento. Pero ¿acaso no formaban los cambios parte del progreso? ¿Tan cuestionable le resultaba a su gente avanzar?

Había escogido a cada profesor de forma concienzuda, valorando la experiencia y disciplina que dominaba. Necesitaba a los mejores para educar a Alhanna.

La habitación era muy sencilla y eso le agradaba. Cogió la taza y paseó por la estancia, terminando el té. Detuvo sus pasos al fijarse en la entrada al baño. Brillaba una trémula luz que traspasaba el umbral de la puerta casi abierta. Kishur la empujó con suavidad y vio la bañera llena de agua. Una joven se estaba bañando, con la cabeza apoyada en el borde de cerámica, dejando que su cabello oscuro goteara en el suelo. Kishur la observó. Era muy hermosa.

—No recuerdo haber invitado a nadie a mis aposentos —dijo con voz grave.

La joven volvió la mirada hacia él. Kishur aún tenía la espada colgada a la espalda. También llevaba la capa, que estaba empapada por la nieve. De pronto, sintió otra presencia detrás de la puerta. ¿Acaso la doncella no estaba sola?

—Mi señor, pensé que os apetecería un baño. —Su voz acarició sus oídos como un canto suave—. Puedo ayudaros, si os place.

—¿Y qué hará ella mientras? —preguntó Kishur.

Empujó la puerta para abrirla del todo y otra joven salió. Sostenía una toalla entre las manos y estaba completamente desnuda. Tenía el pelo castaño atado en un moño bajo y un rostro tostado, finamente cincelado. Kishur no pudo evitar mirar su cuerpo, cerró los ojos un breve instante y suspiró.

—Ella hará lo que vos le pidáis —dijo la dárica de la bañera. Sacó un pie y comenzó a darle vueltas salpicando el suelo con la espuma.

—Lo que le pida... —repitió él con voz queda.

Kishur las miró a las dos sin contemplaciones. Eran hermosas, cada una a su modo. Estuvo tentado de alargar el brazo y acariciar la piel oscura de la joven que seguía de pie, mirándolo, ahora, ruborizada. Sería sencillo dejarse llevar. Entonces recordó a la dama roja y casi creyó poder oler su perfume del jazmín. Cerró los ojos y se sumió en un gran vacío dentro de su mente, dejó de sentir y pudo desprenderse de cuanto había a su alrededor para concentrarse en lo que necesitaba. Olía a jabón y a té de jengibre, y a nada más. La dama no estaba allí.

Kishur abandonó la pequeña habitación y recorrió la estancia a grandes zancadas. Salió al pasillo y cerró la puerta con fuerza. Necesitaba aire.

Subió las cuatro plantas del edificio hasta alcanzar la salida a la azotea. El aire le arrojó nieve, que enseguida empapó su cabello y sus ropas. Era cuanto necesitaba. Fue hacia el borde y apoyó las manos en la barandilla congelada. La noche se cernía sobre la ciudad: las calles estaban iluminadas tenuemente por las esferas de luz, había dáricos paseando, a esas horas ya de camino al refugio de sus hogares. Quizás algunos continuaran trabajando o estudiando, muchos lo hacían durante noches enteras. Recordó por un momento sus noches de insomnio, pegado a un libro, y sonrió con nostalgia.

La plaza del Memorándum estaba desierta, solo quedaban dos guardias haciendo la ronda. En el centro se hallaba la fuente ovalada en la que se alzaba con melancolía la figura del dragón dormido. Kishur observó el tenue reflejo de las luces sobre la capa de hielo que cubría la estatua, distorsionando su figura.

Se preguntó por qué estaba allí fuera, soportando el frío, cuando podía estar en la bañera, acunado por la espuma con olor a rosas, abrazado a dos hermosas jóvenes, compartiendo besos y caricias. La respuesta era sencilla: él no podía permitirse ese lujo. Tenía plena conciencia de sus errores pasados y estaría pagando por ellos hasta sus últimos días; la dama roja nunca lo dejaría en paz, ni siquiera tras su muerte.

Al final el frío lo obligó a regresar. Imaginaba que su habitación ya habría quedado libre y que los rumores no tardarían en recorrer la ciudad: al amanecer todos sabrían que había rechazado a las jóvenes. Sin darse cuenta, bajó hasta la primera planta y cruzó el pasillo para alcanzar la habitación de Alhanna. Era la única que pronunciaba su nombre, el único ser en todo Fraem-Lab que no lo juzgaba.

Llamó a la puerta con suavidad y la voz de la joven lo invitó a entrar. Una vez hubo abierto la puerta, le sorprendió encontrarla sentada en la cama, abrazada a sus piernas.

—¿Qué ocurre? —preguntó con aire preocupado—. ¿Otra pesadilla?

—Sí —contestó Alhanna de forma escueta.

Fue hacia la estufa casi apagada y la abrió. Cogió uno de los tronquitos del montón de al lado y lo echó dentro. Cerró la puertecita de la estufa y tomó asiento en la cama.

—Estás empapado —señaló Alhanna—. Me estás mojando la cama, ¿sabes?

—Es cierto —admitió Kishur. Se puso en pie. Dejó la capa sobre una silla y la espada apoyada en la pared. Volvió a sentarse—. ¿Mejor?

—Sí. —Sonrió—. Quédate conmigo esta noche, por favor. No quiero estar sola. Cuando has llegado, estaba pensando en ir a tu habitación, pero no quería molestarte. A veces hay cosas que no entiendo.

—¿Por ejemplo?

—Pues... eres rey. ¿Los reyes duermen solos?

Kishur soltó una carcajada. Miró a la joven y supo que estaba asustada, debía de haber sido una pesadilla intensa. El momento le recordó un poco a cuando Alfar era infante y se metía en su cama en mitad de la noche. Se puso en pie otra vez.

—¿Te vas? —preguntó Alhanna, apenada.

—Si tanto miedo tienes, voy a quedarme, no te preocupes.

Se quitó la chaqueta y el cinturón; las botas y dos dagas que llevaba ocultas bajo la camisa, una aguja de acero que guardaba en la manga derecha y otra que ocultaba en la pernera del pantalón, y lo dejó todo sobre la silla. Se remangó las mangas de la camisa hasta los codos y sonrió satisfecho. Alhanna miraba el arsenal, asombrada.

—¿Es necesario que lleves todo eso estando en la ciudad? —No imaginaba cómo podía sentarse y moverse con tantos cuchillos encima.

—La costumbre. —Cogió la manta que estaba a los pies de la cama, cubrió a Alhanna con ella y se sentó a su lado—. Cuéntame, ¿qué ha pasado?

—Te va a parecer extraño; ni yo misma lo entiendo. En el sueño no veo nada a mi alrededor, pero tengo la sensación de que algo me sigue, de que está al acecho,

esperando para atraparme —confesó Alhanna—. Me hace sentir vulnerable, porque es imposible acuchillar algo que no puedes ver.

Kishur se fijó en que la punta de la daga asomaba por debajo de la almohada. Estuvo tentado de cogerla y lanzarla por la ventana, pero no tenía derecho a hacerlo. Maldijo a Ádria para sus adentros.

—A veces, nuestra mente es el único aliado que tenemos, Alhanna. Sabes cómo concentrarte, me has hablado de ese lago que ves al cerrar los ojos y que te ayuda. Hazlo cuando dudes de tu entorno. —Kishur estaba resumiendo lo que él mismo hacía—. En tu mente verás si esa presencia que sientes es real o no.

Ella asintió y relajó los hombros.

—¿Has vuelto a soñar con la niña?

—Sí, he vuelto a verla y a escuchar esa canción.

—¿Y qué canta? —preguntó, intrigado.

—Canciones horribles, no tanto por el significado de la letra sino por la melodía. Tiene una voz hermosa e inquietante al mismo tiempo. Escucharla me pone enferma, me llena de rabia y de pronto todo lo que me rodea parece horrendo. —Alhanna guardó silencio un momento y miró hacia la ventana, pero no logró distinguir nada a través de ella, porque el cristal estaba empañado—. La niña a veces tararea, como si no fuera capaz de recordar toda la letra, y otras la canta tan claramente que siento ganas de llorar. Es como si quisiera que yo le dijera cómo continúa, como si no pudiera descansar hasta conocer el final.

—Le tienes miedo. —El dárico le acarició la mejilla helada.

—Sí, siento que desea algo de mí. ¿Y sabes lo que más miedo me da? —Miró al dárico un momento antes de proseguir; los ojos oscuros de Kishur lograban calmarla —. Los otros sueños que tengo. Creo que todo lo que veo es real, o lo fue en un pasado que no conozco. En ellos me siento perseguida, pero no soy capaz de decidir por mí misma hacia dónde correr.

Alhanna se agarró la cabeza con ambas manos y cerró los ojos. Kishur le pasó la mano por el cabello y notó que estaba temblando.

—Crees que tu mente está enferma. —Ella asintió sin mirarlo—. Cuando Alfar era un infante, una vez vino corriendo a mi habitación, llorando. Quise saber qué le ocurría y me preguntó cuál era la razón por la que su mente estaba enferma, si él no había hecho nada malo. Me dijo que quería ser normal, y yo le respondí que lo normal es aburrido.

Ella lo abrazó y Kishur se lo permitió, sin corresponder el gesto. A cambio, siguió acariciándole el cabello, y pronto sintió como Alhanna comenzaba a relajarse.

—Cuanto más intentes bloquear esa idea, más te afectará. Libérate de todo eso y deja que los sueños fluyan. Compártelos conmigo si lo deseas, puede que de ese modo logres deshacerte de ellos.

—¿Nunca tienes miedo? —Alhanna lo soltó para mirarlo.

—Hay muchas clases de miedo. Forma parte de nosotros, aunque nos neguemos

a sentirlo, aunque nos creamos invulnerables a él; el miedo siempre nos golpea, con fuerza y cuando menos lo esperamos. —Se puso serio de repente—. Añoro sentirlo.

El viento tiró de la contraventana, que se estrelló contra la fachada. Kishur se puso en pie y, con paciencia, caminó hacia la ventana, la abrió y volvió a cerrar bien para que el azote del temporal no causara estragos en la habitación.

—Debo averiguar quién soy —sentenció Alhanna—. ¿Tú alguna vez tuviste que hacerlo? ¿Albergaste dudas sobre quién eres?

—Sí. Hubo un tiempo en el que no fui capaz de reconocerme. —Se pasó la mano por el cabello gris—. Pero de eso no hablaré jamás.

—Yo puedo escucharte.

—Precisamente tú eres el último ser al que le hablaría de mi pasado. —Sonrió ante la confusión de Alhanna—. Me gusta la visión que tienes de mí y no pienso enturbiarla ni destruirla. Mejor retomemos la conversación sobre tu sueño: descríbeme de nuevo la torre en la que habita una niña que sube los peldaños y canta para que acabes su canción. Háblame de ella.

Los primeros rayos de sol acariciaron a Alhanna. Recordaba que, por la noche, Kishur había cerrado las contraventanas para evitar que el viento las agitara. ¿Las había vuelto a abrir?

El tiempo parecía estar concediendo una tregua. Se sentía con fuerzas; había podido dormir gracias a la compañía de Kishur, aunque imaginaba que él no debía de haber descansado mucho; la cama era demasiado pequeña para compartirla. Alhanna se estiró a lo largo del colchón, notando la ausencia de Kishur. Se percató de que ya era de día, y últimamente desayunaban antes de la salida del sol. Bajó de la cama de un salto.

—¡Joder! Me he dormido.

Se vistió tan rápido como pudo. Salió con la espada al cinto, sin lavarse la cara, y fue recogiéndose el cabello en una trenza por el camino. Bajó saltando los escalones de dos en dos, impaciente por desayunar. Le rugían las tripas. Cuando llegó a la puerta, se detuvo y revisó que todo estuviera en su lugar y que no hubiese olvidado nada. Entró.

Respiró profundamente y el dulce olor a pan recién hecho y el calor que desprendían las dos chimeneas le arrancaron una sonrisa. Ambas cosas pertenecían a la extraña rutina a la que se había acostumbrado. «No seré capaz de volver a comer pan que no esté caliente», pensó. Cruzó la estancia a grandes zancadas, con prisa, y se paró justo debajo de la gran lámpara que pendía del techo. Los dáricos estaban sentados en la mesa rectangular del centro, incluido Ghiro. Kishur se encontraba en un extremo, apartado del resto. Tenía la taza de té en una mano y un trozo de papel en la otra. A su lado, de pie, había un anciano al que Alhanna no conocía. Kishur asintió y le tendió el papel al dárico, que hizo una reverencia y se marchó. Entonces,

la miró.

—Buenos días —dijo Alhanna tomando asiento junto a Ghiro.

—*Hyam as*, Alhanna. —Kishur asintió con la cabeza y dejó la taza sobre la mesa —. Llegas tarde. Normalmente, espero cierta disciplina de mis hajaeks; puesto que te estoy entrenando, te sugiero que lo tengas en cuenta.

Se puso en pie y todos lo siguieron, menos el anciano, que continuó comiendo como si el mundo fuera a acabarse. Se marcharon en silencio, y ni siquiera Alfar le dirigió una palabra. ¿Estaban enfadados? La joven se dejó caer en la silla, vencida.

—Llegar tarde es una falta de respeto, Alhanna. Procura ser puntual a partir de ahora —le dijo Ghiro con la boca llena de pan.

—Hoy tendré que esforzarme más en clases para compensarlo. —Cogió de mala gana el tarro con mantequilla—. Me costó mucho quedarme dormida anoche, estuvimos hablando hasta muy tarde. Me duelen los brazos y la espalda del entrenamiento de estos días. Necesitaba dormir, ¿qué tiene de malo?

Ghiro arqueó las cejas y se cruzó de brazos.

—Solo me he retrasado un poco, no es para tanto. —Tomó una rebanada de pan y comenzó a untar la mantequilla—. Kishur es demasiado estricto. Si me hubieran esperado podría haberlos acompañado, me habría comido el pan por el camino.

Alhanna se puso en pie de un salto. Para acompañar el pan que tenía en las manos, cogió un trozo de queso y salió a gran velocidad. La espada iba rebotando contra su muslo.

La sala quedó sumida en el silencio. Ghiro, a solas, suspiró al ver la mesa. Había sobrado mucha comida. Dejó de fingir; le dolían las piernas, no lo soportaba. Cogió el bastón y se incorporó. Caminó unos pasos, aguantando y tratando de no gemir.

—Una recuperación lenta —dijo una voz a su espalda.

Era Cadarean. No lo había oído llegar.

—Pensé que no te ibas a presentar como es debido. —Ghiro soltó una carcajada. Se estrecharon la mano y rieron. Siempre se habían saludado al modo humano; era una especie de broma entre ellos—. Mucho tiempo ha pasado, viejo amigo, mucho tiempo sin duda. Yo voy con bastón y tú sigues en pie.

No había expresión en el rostro de su viejo compañero. Era delgado y la piel le colgaba del cuello, tenía los ojos grandes y los pómulos marcados. Ghiro se fijó en sus ojos, en las negras pupilas. Era la parte que más revelaba sobre cualquier ser.

—Te han costado caros, tus estudios, Cadarean —comentó Ghiro.

—Mucho. —Y tras una pausa, corrigió—: Todo.

—Ya lo veo, ya. —Ghiro lo observó con pesadumbre—. Tu aspecto atestigua el precio que has pagado por la endomia, ¿no supiste detenerte a tiempo?

—Me extraña que, justamente tú, hagas semejante acusación. —Lo repasó con la mirada, deteniéndose en el bastón de Ghiro.

—Yo lo hice para proteger a mi señor. Daría mi vida por él, ya sea usando la endomia o la espada. No hubo ambición en mí en ese momento, solo necesidad.

Se dirigieron hacia la puerta. Ghiro andaba despacio, como si no hubiera ninguna prisa por llegar a la puerta, fingiendo que no sentía ningún dolor.

—Di tu nombre cuando mi señor preguntó por un buen profesor de endomia, no sabía que te habían vetado —explicó Ghiro a la vez que soltaba un suspiro—. Pensé que podrías ayudar a esa joven con tus conocimientos, pero dudo que lo logres.

—Aunque no vaya a ser su profesor, ¿puedo conocer a la humana?

—Me temo que no puedo permitir que te acerques a ella. Lo que menos necesita es a un endómico que ha extinguido casi todo su lanfe. —Ghiro suspiró con cansancio, abrió la puerta y se detuvo un momento para mirar a Cadarean—. Tendrás que perdonarme, viejo amigo. Y cuídate de mi señor, la chica es muy importante para él y no tolerará ningún mal hacia ella.

—¿Mal? ¿Eso piensas que guía mis intenciones?

—En realidad no pienso nada en absoluto. Solo era un consejo.

—Lamento oírlo —dijo con voz apagada, sin vida.

Ghiro salió de la estancia y aspiró el aire gélido. Daría un corto paseo por las calles cercanas al edificio para despejarse y luego volvería. Conocía a Cadarean del tiempo en el que habían estudiado juntos allí. Ambos habían abusado del poder y pagado las consecuencias. Sintió punzadas de dolor por todo el cuerpo y sonrió con amargura. Dio media vuelta para encaminarse hacia su habitación, donde lo esperaba la estufa encendida.

Tras dos días de espléndido sol, las nubes oscuras cubrieron el cielo y, durante cuatro días, no paró de nevar. Un espeso y grueso manto blanco cubrió la piedra gris y robusta de casas y calles. Los dáricos debían permanecer el mayor tiempo posible dentro de los edificios, resignados y melancólicos, mientras los copos envolvían Fraem-Lab y las tormentas llenaban la ciudad de sombras. Los pinos perdían sus espigas a causa del temporal y los invernaderos funcionaban a pleno rendimiento para asegurar el buen estado de las verduras y las frutas. El invierno se había presentado como un amante vengativo, devastando todo a su paso.

Alhanna soñaba cada noche con ella, con la niña de cabello oscuro que cantaba y subía alegre los ruinosos peldaños de la torre. Se despertaba febril, intentando retener cada detalle en su memoria. Al despertar, se sorprendía a sí misma preguntándose qué era el antiguo poder y si realmente estaba escondido en ese lugar. Esa noche, se fue a la cama acompañada del sonido de los truenos, prometiéndose que averiguaría algo nuevo de la torre.

La pequeña cantaba mientras subía las escaleras. Alhanna la siguió. El suelo estaba cubierto de suciedad y hojas secas hasta el punto en que apenas se percibía la piedra. Los pequeños pies quedaban grabados en la mugre. Llevaba un vestido de gasa gris que se mecía contra su cuerpo a cada salto, peldaño a peldaño. Su pelo, suelto, negro, largo hasta media espalda, se balanceaba de forma hipnótica de un lado

a otro. Su piel era blanca como la nieve. «Quiero ver su rostro, necesito saber quién es». Pero la niña ascendía más rápido que Alhanna, y esta era incapaz de seguirle el ritmo. La niña tarareaba la canción de nuevo. Era una melodía suave, tranquila:

> Pronto te veré, a ti, a ti te veré.
> Te llamaré señor de la muerte, porque muerte eres.
> Y te veré, pero serás lo último que vea.
> Señor de la muerte, muerte eres.
> Mi sangre verterás.

Hizo una leve pausa y agitó la cabeza. Alhanna creyó que iba a mirarla, que le preguntaría por la siguiente frase, pero no lo hizo. Continuó tarareando. El siguiente escalón estaba roto, así que dio un salto y pasó por encima. El vestido revoloteó con gracia en el aire. La niña se detuvo ante la entrada de una gran sala, como hacía siempre. Alhanna no lograba ver el interior desde su posición. Quiso llamarla, pero no podía hablar; trató de subir hasta ella, pero su cuerpo no respondía. Se despertó con la boca seca, sudando bajo las sábanas de algodón.

—Señor de la muerte —susurró.

Un relámpago iluminó la estancia. Creyó ver una sombra dibujada en la pared y se sentó en la cama, pero no había nadie. Estaba sola.

—Mi sangre verterás, para eso llegarás, por mí. Para tomarlo, para retornarlo. El poder tendrás y mi sangre verterás... Y al comienzo retornarás a la primera sangre, al antiguo poder. —Se tapó la boca con las manos temblorosas; no tenía la menor idea de cómo recordaba aquella parte de la canción.

Otro relámpago iluminó la habitación, seguido casi de inmediato por el furioso trueno. El viento arrancó la contraventana de madera y el granizo comenzó a golpear el cristal. Alhanna volvió a recostarse en la cama, pero esa noche ya no lograría dormir.

Neca

La silueta de las ruinas de Neca formaba una estampa siniestra. Ese había sido su hogar, donde había nacido y donde debería haber muerto. Muy pocos habían logrado salir vivos del ataque, y su padre no estaba entre los afortunados, lo cual le alegraba, pues lo había odiado con todo su corazón. Sin embargo, le atormentaba que otros hubieran caído también y que él no hubiese podido protegerlos. Nactam-Kae contemplaba absorto el paisaje al otro lado de la llanura, donde se encontraban las ruinas en las que se había convertido su hogar.

Había reunido a casi cincuenta hombres, diez de ellos diestros espadachines que habían abandonado el ejército varias ágaras atrás. Casi todos tenían cuentas pendientes y estaban tan solos como él. Eran justo lo que necesitaba; lo ayudarían en su búsqueda del hijo bastardo de Zaraen, labor que le había sido encomendada por el señor al que ahora Nactam servía. Y no iba a fracasar.

—Mi señor, el explorador ha regresado de Neca —dijo un hombre barbudo y de ojos pequeños que miraba a Nactam con cierto pavor—. No ha encontrado supervivientes en la casa de vuestra familia.

—Mejor.

Estaba sentado frente a la hoguera, encarando las ruinas de Neca, bajo algunos árboles que dejaban caer sus hojas sobre su cabeza. El cielo estaba despejado y, a pesar de la lluvia de los últimos días, el bosque seguía desprendiendo ese hedor a quemado. Nactam miró al hombre y este se retiró de inmediato. Volvió a quedarse solo, pero pronto unas leves pisadas sobre la hojarasca lo alertaron de la presencia de alguien más. Aguardó mientras la joven caminaba hacia Nactam y se detenía justo delante de él, ocultando las llamas.

—Deberías emprender el camino si deseas alcanzar a tu presa.

Su cabello oscuro estaba húmedo. Iba descalza y, a pesar de la baja temperatura, solo llevaba un vestido de gasa color gris sobre la piel pálida. Parecía un fantasma. Sus ojos oscuros le producían escalofríos. Nactam nunca había creído en cuentos para niños. Sin embargo, sabía que aquella chica no era humana.

—¿Dónde está en estos momentos? —preguntó Nactam, alzando la mirada hacia ella—. ¿Sigue en el barco?

—Pronto tendrá que abandonarlo, así está dispuesto que suceda. —A Nactam su

voz cantarina le pareció infantil—. Deberás mover a tus hombres más al norte, hacia las ciudades portuarias del mar Negro; tu presa se dirige hacia allí.

—¿Qué esperan encontrar en el norte? —preguntó Nactam con curiosidad.

—Al igual que tú, Zaraen busca a alguien. Dónde encontrarlo se lo indiqué yo por orden de alguien cuyo nombre no debo pronunciar; su anonimato es su mejor estrategia. Eso ya lo sabes, pues el señor al que sirves ni siquiera te ha dicho quién es. —Soltó una risita y se encogió de hombros. Nactam resopló—. Nos ha enredado a ambos para ayudarlo en su labor, pero al menos tú lo haces porque lo deseas. ¿Me dirás qué te motiva?

—No tengo inconveniente. —El hombre forzó una sonrisa—. Llevo diez ágaras deseando tener la oportunidad de vengarme de Zaraen. Mató a mi hijo.

—Lo más probable es que fuera lo correcto. No eres un buen hombre, y tu hijo habría seguido tus pasos. —Detuvo sus palabras ante la ominosa mirada de Nactam —. A quién odies, no es asunto mío. Lo único que me interesa es que partas a la costa de inmediato. Tu señor te lo ordena.

—¿Pretende que me adentre en tierras de los Dol y los Saz? Ambas familias protegen sus dominios con mucho celo. Los caminos desde Edmoden hasta Tirian están plagados de los Dol. Jodidos pelirrojos... —Nactam se frotó la nuca, pensativo.

—¿Acaso erró al escogerte para esta misión?

Nactam se puso en pie, dejando en evidencia que la joven era realmente bajita. Pero ella no se amedrentó, todo lo contario: sus ojos refulgieron con rabia.

—Mocosa insolente... —masculló el hombre.

—Atrévete a ponerme una mano encima y comprenderás la clase de mocosa que soy —lo amenazó ella con una quietud inquebrantable.

Nactam no pensaba hacerlo, no estaba tan loco. Sabía que era realmente poderosa, podía intuirlo en sus ojos.

—Bien, haré como dices —decidió Nactam al cabo de un rato.

—Recuerda que no debes hacerle daño a Quiazz bajo ningún concepto.

Nactam comenzó a reír con ganas, y ella encogió las cejas sin comprender qué había dicho que fuera tan divertido. Algunos de los hombres que tenían más cerca se detuvieron a observarlos. Las sombras de la hoguera jugaban con sus siluetas, arrojando extrañas formas.

—¿Es amor? —preguntó Nactam con burla.

—Desconozco qué es el amor —contestó ella, muy seria. Caminó hacia él y rozó su pecho con la punta de los dedos. Nactam cayó de culo sin poder evitarlo, empujado por una fuerza tan apabullante como desconcertante. Acercó su rostro al de él—. Pero sé lo que alberga tu corazón, Nactam-Kae. Tú sí has conocido el amor: por tu esposa, que murió al dar a luz a tu hija; por tus hijos, a los que viste morir y no pudiste salvar; por tu hermana, que ha perecido en Neca a manos de los kalastys. Siempre te has preguntado si ella te recordaba o si tu padre le inculcó su odio hacia ti. Temes ser olvidado cuando mueras, porque todo tu legado ha desaparecido, y te

aferras a esta misión porque es lo único que te queda.

El hombre no contestó. Mantuvo los ojos muy abiertos, observando a la joven. ¿Cómo era capaz de saber todo eso?

—No puedes hacerle daño a Quiazz, recuérdalo.

Dicho esto, se apartó de él y se alejó caminando, internándose en el bosque hasta desaparecer. Nactam se quedó allí sentado, pensativo. ¿Que no le hiciera daño? No, a él nadie le impediría hacerle al hijo bastardo de Zaraen lo que deseara. Lo destrozaría de tantas formas como le fuera posible, y Zaraen sería testigo de ello.

Fraem-Lab

Estar rodeada de dáricos todo el día era agotador. Alhanna estaba cansada: quería alejarse de ellos, de sus normas, de sus miradas oscuras e inexpresivas. Necesitaba su propio espacio dentro de la ciudad. Muchos seguían intentando leer su rostro, lo que le provocaba muchos dolores de cabeza. ¿Cuánto le costaría acostumbrarse?

Caminaba por la ciudad, explorando zonas que no conocía. Evitaba las calles concurridas y siempre intentaba acercarse a la parte de la muralla frontal, donde estaban las puertas; todo lo demás estaba rodeado por las montañas. Tenía la sensación de estar dentro de una cueva. Le impresionaba que todo estuviera siempre tan limpio, sin importar cuánto lloviera o nevara. El empedrado del suelo parecía recién puesto, las fachadas de los edificios estaban relucientes, y no encontró puertas desvencijadas ni ventanas rotas. Tanta perfección y orden la sacaban de sus casillas hasta el punto de desear romper algo solo por ver el tiempo que tardaban en repararlo.

El día estaba siendo nefasto por más que se esforzara en mejorarlo. Había intentado pasear con Mayara, pero estaba ocupada dando una conferencia sobre venenos. La había invitado a presenciarla y Alhanna se había negado en rotundo. El entrenamiento con Kishur había sido duro y bastante desilusionante. Había perdido la paciencia con ella y había finalizado la clase antes de lo habitual. Tenía un nuevo arco, pero tendría que esperar hasta la tarde para probarlo junto a Tottem.

Cruzó una calle encharcada y entró en un pequeño pinar. La muralla en aquella parte era un poco más baja, y la torre ofrecía su sombra sobre el suelo nevado. Pasó entre los pinos hasta alcanzar uno de los que crecían pegados a la pared de piedra. Miró hacia arriba, tanteando las posibilidades. Iba a subir cuando recordó que llevaba la espada, y pesaba mucho. La soltó de su cintura y la dejó apoyada en el tronco. La observó un momento. No entendía por qué Kishur la obligaba a llevarla siempre encima si no permitía que la desenvainara.

Trepó por el tronco, ayudándose con las ramas cercanas. Se arañó el cuello y las manos mientras escalaba, pero no le importó; sabía que en un par de días ya no quedaría rastro de las heridas. Logró ponerse en pie sobre una rama gruesa y se encaramó a la muralla; con agilidad y ayudándose de los pies logró subirse al murete. Al principio, todo cuanto vio fue un blanco impoluto. La llanura de Liampa se

extendía majestuosa ante sus ojos. Se sentó con las piernas colgando hacia el otro lado.

Escuchó como alguien trepaba por el pino bajo sus pies. Al mirar hacia abajo vio a un dárico subiendo hacia su escondite y resopló, indignada. ¿No podían dejarla sola? Supuso que venía a reprenderla por estar allí subida. Aguardó con paciencia y percibió de reojo como una figura se ponía de pie sobre el muro.

—Así que eres tú —dijo una voz masculina.

Caminó por el murete hasta llegar a su lado y tomó asiento muy cerca de Alhanna. Le sorprendió que lo hiciera, ya que los dáricos solían mantener mucha distancia con ella. Examinó al joven con atención y le pareció muy guapo, aunque, claro, la mayoría de dáricos lo eran. Se fijó mejor en él: era de una belleza distinta a la que estaba acostumbrada a ver. Era cautivador, de ojos grandes y oscuros. Tenía el cabello largo y muy rubio. Por su complexión poco musculosa intuyó que no era un hajaek. Llevaba ropas oscuras, guantes y una capa demasiado fina para el frío que hacía.

—Podrías haberte matado al subir aquí, ¿te das cuenta? —le preguntó el joven, con una voz de lo más agradable y sin rastro de acento dárico, algo que sorprendió a Alhanna—. Te vi desde abajo, subías como si fueras una ardilla y no una pequeña humana. Y ahora cuelgas del muro como si estuvieras sentada en un banco. Eres valiente.

—Supongo que lo he hecho sin pensar.

—Eso parece.

—Es sorprendente —dijo ella con desdén—, eres el primer dárico que no intenta leer mis pensamientos. ¿No tienes la visión?

—He oído que eres inmune a ella —le respondió. Alhanna pensó que podría escuchar el sonido de su voz durante horas—. No debes culpar a los otros que sí lo han intentado, el uso de la visión es algo incontrolable, como pestañear. Intenta entender eso y dejará de molestarte. Todo mal se cura con el conocimiento de su causa: si eres capaz de comprender su origen, serás capaz de detenerlo.

—¿Eres uno de los profesores?

—Algo parecido. —Se colocó la capucha para evitar que el aire le helara el rostro —. Hace mucho frío aquí arriba. ¿Puedes soportarlo?

—Sí.

—No me he presentado, te pido disculpas por mi descortesía. Mi nombre es Parandaus-Gaz, aunque me llaman Gaz a secas. —Sonrió y Alhanna se quedó embobada mirando sus labios—. Mi nombre no gusta en este lugar y evitan pronunciarlo.

—¿Y eso por qué? —Decidió apartar la vista.

—Parandaus fue el nombre de un famoso dárico, un hajaek que llegó a general y se enfrentó a sus congéneres por la primera corona. Justo en esta ciudad, hace más de dos mil ágaras, cuando la era del dios Dragón llegaba a su fin. —Gaz observaba

atento a la joven—. Es posible que te cuenten la historia, porque pronto tendrá lugar la ceremonia para homenajear al primer rey. Podrás escuchar como maldicen a Parandaus. Sus actos lo convirtieron en traidor, y su nombre no suele gustar en ciertos sitios. En Fraem-Lab lo detestan.

—Tu madre no debía quererte demasiado, entonces. —Sonrió con picardía.

—Es posible.

—Yo me llamo Alhanna.

—Eso he oído. Eso y muchas cosas más, circulan rumores sobre ti.

—Supongo.

—Dicen que llegaste de Asthaluss, que el fuego te entregó a nuestro rey y los dioses le otorgaron la misión de protegerte. Que tienes un gran poder. Algunos aseguran que todo es una farsa, que el rey intenta correr una cortina de humo para evadir su responsabilidad y compromiso para con Alviat.

—¿Y qué saben ellos? ¡Claro que vengo de Asthaluss! —Lo miró con inquina; si trataba de molestarla, lo había logrado—. ¿Y tú qué eres? ¿Agricultor? ¿Lingüista? ¿Cocinero? ¿Qué estudias o qué impartes?

—Esas son muchas preguntas. Yo, querida Alhanna, soy endómico.

Alhanna lo miró con renovado interés. Ahora tenía toda su atención.

—Mis clases comienzan en unos días, pero no me dijeron si en ellas practicaría la endomia. Pensé que podría averiguar cosas sobre mi poder, o eso me dijo Ki... —Recordó que no debía pronunciar su nombre delante de otros dáricos—. Bueno, no importa. No me dejan acercarme a los estudiantes de endomia de momento, y a mí me gustaría hacerlo para preguntar todo lo que no entiendo.

—Llevas aquí un mes, ¿ni siquiera has visitado la Academia de artes endómicas? —La joven negó con la cabeza—. Es extraño que tu formación se esté retrasando tanto cuando el mismo rey la ha solicitado. Y algo debió de pasar para que te haya mantenido oculta. —Levantó las manos a modo de disculpa—. No puedo evitar ser curioso. ¿Sabes que en Fraem-Lab residen los dos únicos endómicos de primer nivel que hay en Muriath? Es una pena que no puedas concertar una cita con ellos, estoy seguro de que podrían aclararte muchas de tus dudas.

—¿Y tú?

—No sé si quiero contrariar a su majestad.

Alhanna suspiró, cansada, y desvió de nuevo la vista hacia la llanura. El aire levantaba el polvo blanco formando pequeños remolinos.

—¿Por qué me has seguido hasta aquí arriba? —preguntó Alhanna—. ¿Solo para conocerme?

—Sí, desde que supe de tu llegada he estado aguardando el momento oportuno para acercarme a ti. No resulta sencillo teniendo al rey como barrera.

—Yo no sabía que era rey cuando lo conocí. —Miró al dárico con interés; le resultaba desconcertante que su compañía la hiciera sentir cómoda—. Estoy cansada de los secretos, de que todos me oculten cosas.

—Bueno, a lo largo de la historia ha quedado demostrado que dáricos y humanos no son capaces de entenderse. Nosotros damos por sentado muchas cosas y los humanos las ignoran casi todas. Y no se les puede culpar, nadie se molestó en enseñarles. Es un gran paso que quieran hacerlo contigo, ¿no te parece?

—Supongo. El otro día, me contaron algo sobre la última guerra entre humanos y dáricos, en Caen-Laj. —Balanceó las piernas—. Entiendo el odio que los humanos os pueden tener. Y también el que vosotros les profesáis a ellos por lo que hicieron.

—Bueno, aquello ni siquiera puede considerarse una guerra, más bien fue una matanza. —Se arrebujó en la capa; el frío comenzaba a ser insoportable—. El dárico gris se consagró como el digno descendiente del primer rey. ¿Sabes que los humanos le tienen pavor por lo ocurrido en Caen-Laj? Le temen casi tanto como al Jakar. Pasó por su espada a cuantos humanos encontró, sin dejar prisioneros ni permitir que ninguno escapara. Demostró poseer una crueldad impropia de un hajaek tan joven.

Alhanna lo miró sorprendida: Gaz mostraba un semblante orgulloso, como si sus palabras lo hubieran transportado a un lugar más agradable. Parecía satisfecho.

—¿Cruel? ¿Kishur? —No creía que estuviera hablando del mismo dárico.

—¿Cómo has dicho? —preguntó Gaz un poco alterado y casi emocionado—. ¿Es ese su nombre? ¿El nombre del rey?

«¡Mierda!». Alhanna sabía que había metido la pata, y era consciente de que no habría forma de arreglarlo. Recordó que llevaba la daga en la cintura, y estuvo tentada de sacarla. A esa distancia, podría cortarle el cuello con facilidad. Después miró hacia abajo. ¿Podría empujarlo? ¿Sería capaz de hacer algo así?

—Será nuestro secreto —dijo de pronto el dárico—. A mí tampoco me conviene que alguien descubra que me he reunido contigo desobedeciendo órdenes. Es un gran nombre: Kishur-Lantae.

—También me lo parece —dijo con timidez, avergonzada por haber pensado en matarlo para esconder su error.

—Ya que estoy aquí, puedes preguntar lo que quieras, quizás pueda resolver alguna de las dudas que aseguras tener. Yo no temo asustarte y tampoco necesito ocultarte nada. —El viento le apartó el cabello dorado del rostro—. Y supongo que nuestra conversación no saldrá de aquí, a ninguno nos interesa.

—¿De verdad contestarás a lo que te pregunte?

—Por supuesto.

Alhanna se rascó la frente, intentando ordenar sus ideas, ¿por dónde debería empezar? Había tantas preguntas dando vueltas en su cabeza que era difícil decidirse por una.

—Ya sé qué es lo primero que quiero saber —dijo finalmente, casi en un susurro —. Cuando usé mi endomia por primera vez, me sumí en una especie de pesadilla. Me dijeron que es algo que ocurre siempre y que nunca debía hablar sobre ello. Pero esa explicación no me basta. ¿Tú sabes qué me ocurrió?

—Lo llamamos «el sueño del rechazo». —Esas palabras en la voz de Gaz

embelesaron a la joven—. En nuestra biblioteca encontrarás muchos volúmenes que hablan del tema: hay dos que contienen el estudio de nuestro catedrático de endomia, Jaras-Dae. Deberías leerlos. Es un tema complejo.

—¿Y puedes cambiar cuando sales del sueño?

—Sí, es habitual: de hecho, nadie despierta igual a como era antes. —La miró con verdadero interés, reparando en las expresiones de la joven, aunque no pudiera leerlas —. Por eso es importante detectar a tiempo quién es endómico. Aunque cualquier dárico puede serlo, solo unos pocos poseen esa capacidad. Y, sobre todo, hay que vigilar sus estudios hasta que se afianzan en el uso del poder para controlar que no sucumben a él.

—Por eso a Kishur le preocupa mi poder —musitó Alhanna, sin reparar en la sonrisa de Gaz. Ya no le importaba decir su nombre—. Ese sueño fue horrible. Era un lugar extraño, me atrapó sin que pudiera evitarlo. Solo vi oscuridad, y me embargó la sensación de ser apresada, de estar encerrada. Y aquellos seres a los que no podía ver, pero que notaba sobre mi cuerpo, me hicieron daño. —La joven se estremeció.

—Ignoramos qué son. Los estudios aseguran que entramos en otra dimensión, que nos detenemos en la barrera que divide el mundo habitable del venidero, como nosotros estamos aquí arriba entre la ciudad y Liampa. —Señaló hacia la llanura y Alhanna siguió el curso de su mano—. Es difícil creer que exista un mundo así, ¿verdad? Al morir, todo lanfe viaja al mundo venidero. Estas visiones hacen que nos preguntemos si deberemos atravesar ese espantoso lugar antes de llegar al descanso definitivo. Sea como sea, nada nos asegura que lo que vemos y sentimos en el sueño del rechazo sea real. No es un mundo tangible. Puede que sea todo un mero producto de la mente, saturada y cansada tras el uso de la endomia.

Las nubes se arremolinaban de nuevo, oscuras y espesas. La joven se sorprendió de lo cómoda que se sentía en compañía del dárico.

—Existe —aseguró Alhanna—. Lo que vi y sentí en ese lugar fue real.

—Yo era infante cuando usé la endomia por primera vez. Estuve inconsciente tres días, aunque para mí fue una eternidad. Sentía que esas criaturas a mi alrededor querían poseerme. Recuerdo que lloraba y gritaba, y cuanto mayor era mi desesperación mayor era el sufrimiento. —Alhanna miró los ojos negros de Gaz—. Pedí ayuda, aunque había estudiado que jamás se debe pedir nada en el sueño del rechazo, porque no sabes quién o qué vendrá a prestarte auxilio, ni qué cogerá a cambio. Yo lo hice, deseaba que todo acabara. Vi un ser oculto entre las sombras con ojos de color ámbar; brillaban como dos perlas doradas. Tocó mi rostro y desperté.

—¿Qué cogió? ¿Qué te quitó? —Su corazón latía a toda prisa.

—Eso es algo que guardo solo para mí. —Sonrió con dulzura.

—Yo también vi a un ser —dijo con la voz cortada—. No me gusta pensar en él, me hace sentir escalofríos. Se abrió paso entre las sombras, creando una abertura en la oscuridad, como si rajara una tela. Debía de ser muy poderoso, porque todas las criaturas que me agarraban desaparecieron al instante. Nos quedamos solos. Sus ojos

eran como dos esferas de fuego.

Gaz palideció. Cuando logró hablar, lo hizo con un timbre de voz distinto.

—Le pediste ayuda... —susurró con la garganta constreñida.

—No, no lo hice, simplemente apareció y desperté. Dijo algo.

—¿El qué? —Había alzado la voz.

—Eso es algo que guardo solo para mí.

Por un instante, los rasgos amables de Gaz parecieron disolverse, y Alhanna sintió escalofríos. Gaz sonrió y su cara pareció iluminarse de nuevo, pero Alhanna no pudo evitar contener la respiración cuando el dárico se inclinó hacia ella. Él agarró un pequeño mechón de cabello que había escapado de la trenza y lo colocó detrás de su oreja. Ese gesto le recordó a Kishur.

—Eres inteligente y curiosa, cualidades que valoro sobre todas las demás. —Susurró calmadamente cada palabra—. Puedo mostrarte el uso de tu poder mejor que cualquier otro profesor, te brindaré conocimientos que nadie más podría. Solo has de tener paciencia.

—¿Qué clase de conocimientos? —La cercanía de Gaz la incomodaba, pero no se atrevió a alejarse.

—Paciencia, Alhanna —repitió, acariciando el rostro de la joven.

Notaba el cálido aliento de Gaz sobre su rostro. Por un momento, creyó que iba a besarla, y se preparó para rechazarlo. Pero no lo hizo; Gaz se apartó y se puso en pie con gran agilidad, desafiando el viento que le agitaba la capa y el cabello dorado. Alhanna levantó la cabeza para observarlo.

—He de irme, pero volveremos a vernos, Alhanna. —Sonrió y comenzó a caminar por el muro, alejándose—. ¡Te robaré de manos del rey! ¡No lo olvides!

No podía quitarse la conversación con Gaz de la cabeza. ¿Volvería a tener la oportunidad de hablar con él? Aunque el dárico se lo había asegurado, Alhanna tenía dudas. Después de su largo paseo por la ciudad, había vuelto cubierta de nieve y empapada, y Kishur le había hecho muchas preguntas.

Alhanna se había acomodado en la mesa rectangular del salón, esperando a Ghiro. Fuera, el temporal arreciaba de nuevo; ni siquiera la chimenea aportaba calor suficiente.

Levantó la cabeza y vio que Ghiro tomaba asiento frente a ella; estaba tan ensimismada que no lo había oído llegar. El anciano dejó varios libros sobre la mesa; dos de ellos bastante gruesos.

—No me apetece dar clase —se quejó Alhanna.

—Como imaginarás, a mí tampoco me entusiasma tener que soportarte toda la tarde. —Se atusó la barba y la miró detenidamente—. ¿Sigues molesta por las palabras de mi señor?

—Intenta controlarme.

—Trata de protegerte —dijo el anciano—. No sabes cómo comportarte, es por eso por lo que no deberías deambular sola por ahí.

—Voy a darte la razón —cedió, entre dientes, sintiendo que le ardía el estómago —. Lo que más me fastidia es que me haya impedido ir a entrenar esta tarde con el arco. Prometió que, si usaba uno nuevo, podría reanudar la clase con Tottem.

—El tiempo ha cambiado, está nevando y el viento arrecia.

—Pero ellos están entrenando.

—Alhanna, están acostumbrados a las inclemencias del tiempo. Pueden luchar y entrenar bajo cualquier condición. Tú no. ¿Por qué te cuesta tanto obedecer?

—Intento esforzarme en aprender... —Contempló los libros, que seguían cerrados sobre la mesa.

—Mi señor ya lo sabe, Alhanna, aunque no lo diga. No tengas tanta prisa, pues cada uno debe ir a su propio ritmo. —La contempló con el ceño fruncido: no le agradaba la oscura mirada que la joven tenía esa tarde—. ¿Hay algo más que te perturbe?

—No exactamente. —Tamborileó con los dedos sobre la mesa—. Le dije a Kishur que podría buscarme otro profesor de espada si tan pésima soy como alumna; al fin y al cabo, su forma de luchar no es única, ¿no? No debería importar quién me dé clases.

—¿Y qué respondió?

—Se rio de mí y abandonó la sala sin decir nada. —Enderezó la espalda—. ¿Cómo he de interpretar eso?

—Bueno, te queda mucho por conocer del dárico gris —dijo, y, suspirando, se rascó la cicatriz.

—¿Es cierto que en Caen-Laj mató a muchos humanos? —preguntó de pronto.

El silencio de Ghiro le extrañó, y creyó ver como le temblaban las manos. Decidió dejarlo estar, instada por la reacción del anciano, a quien Alhanna observaba ahora en silencio.

—Yo comandé el ejército en esa batalla; era general. ¿Ves esto? —Ghiro pasó el dedo índice por la cicatriz de su rostro—. Lo obtuve allí. Lo que ocurrió lo guardo en mi memoria, enterrado en un rincón del que nunca saldrá. Así que no volveremos a hablar de Caen-Laj.

—Por supuesto. —Alhanna sonrió.

Ghiro le devolvió el gesto y abrió uno de los libros. Alhanna cogió otro, delgado y con la cubierta granate. Alhanna pasó las páginas velozmente. Estaba escrito en dárico, así que poco podía hacer con él. Lo dejó caer sobre la mesa y el libro quedó abierto por la mitad. De pronto, la canción de la niña que veía en sueños inundó su mente. Extendió la mano hacia el libro y comenzó a pasar las páginas una a una, con calma; sentía un cosquilleo en la punta de los dedos cuando acariciaba el papel. No tenía la menor idea de lo que buscaba, pero tenía la necesidad apremiante de encontrar algo en el libro. La melodía sonaba alta y clara en su cabeza.

Entonces todo quedó en silencio. Retiró la mano. Miró el libro, inclinándose

sobre la mesa, y abrió mucho los ojos al contemplar la imagen dibujada en la página.

—Es la torre con la que sueño —murmuró.

—¿Cómo? Déjame ver. —Ghiro le dio la vuelta al libro y lo atrajo hacia él para poder verlo. Guardó silencio unos instantes—. ¿Estás segura de que se le parece?

—No se le parece: es esa, estoy segura. Aunque en mis sueños está muy deteriorada.

Ambos miraron el dibujo, bosquejado en blanco y negro mediante trazos precisos y sombreados. Era una torre cuadrada, con pequeñas ventanas. Debajo, había un texto enmarcado.

—¿Qué significa ese escrito? —preguntó Alhanna.

—Nada importante. —Cerró el libro con suavidad y lo dejó con los demás—. Torres como esta hay muchas, no creo que esté relacionada con tus sueños. Veo que, por más que me esfuerce hoy, no estarás dispuesta a prestarme atención. Puedes irte, le diremos a mi señor que has sido una excelente alumna esta tarde. Solo procura no acercarte al patio de entrenamiento, o te verá.

—¡Gracias!

Sonrió entusiasmada. Sabía que la dejaba irse porque no quería hablar de la torre, pero le pareció bien. Salió del salón a toda prisa y sin despedirse, no quería arriesgarse a que Ghiro se arrepintiera.

El anciano dejó que se fuera. Suspiró, cansado. Estiró las piernas entumecidas debajo de la mesa. Miró hacia la chimenea: necesitaba más leña, pero cogió el libro con manos temblorosas y lo volvió a abrir. Contempló el dibujo de la torre con atención. Era la torre de Zahel, no le cabía duda. Pasó la yema rugosa de sus dedos por el texto y lo leyó en voz muy baja:

—Una torre se alza, sola, entre riscos abandonados y marchitos. Construida para contener. Donde aguarda adormecido el antiguo poder, perdurando en el tiempo, a la espera de la llave que abra las puertas y del ser elegido para esgrimirlo.

Sintió un escalofrío recorrer su espalda. Cerró el libro de golpe y lo alejó de sus manos heladas. «¿Cómo puede soñar Alhanna con Zahel?», se preguntó Ghiro, ansioso por saber qué ataba la joven a ese lugar maldito.

Alhanna iba a clases por la mañana y por las tardes entrenaba con la espada y el arco. Se sentaba con Ghiro para que le contara cuentos y leyendas, le explicara cómo comportarse entre los dáricos y le enseñase nociones de etiqueta. Las ganas de encontrarse con Gaz jamás la abandonaban: esperaba el momento idóneo para desaparecer con alguna excusa.

Durante dos semanas, continuó viendo a Gaz, siempre a escondidas. Si hacía buen tiempo, se reunían sobre el muro. A ninguno de los dos parecía preocuparle la altura. Los días de temporal se refugiaban en uno de los establos, en un escondite que Gaz le había mostrado a Alhanna, entre viejas cajas y una montaña de heno.

Conversaban hasta perder la noción del tiempo, y siempre era Gaz quien terminaba la cita, preocupado por que Alhanna llegara tarde o fuesen descubiertos.

Conversaban sobre endomia, la Jistar, las guerras contra humanos y kalastys, sobre las clases que recibía Alhanna y la autoridad de los profesores. Ella le habló de Asthaluss y de su vida allí. Gaz escuchaba, embelesado y sin perder detalle. Reían y se burlaban de las estrictas normas de los dáricos.

Estaba oscureciendo. Faltaba mucho para la cena, pero los días eran cada vez más cortos. Estaban en el establo, sentados sobre el heno y acompañados por una vela cuya llama tintineaba entre los dos jóvenes. La débil luz iluminaba sus rostros. Fuera estaba nevando.

—Pensé que hoy no vendrías —le dijo Gaz.

—Ha sido difícil, tuve que fingir dolor de cabeza para saltarme la clase de Tottem. Creo que sospechan algo, pero ninguno dice nada. —Se encogió de hombros—. Kishur está extraño, me hace muchas preguntas sobre dónde he estado, con quién, en qué zona de la ciudad... No confía en mí.

—Quizá sea el momento de hablarle de mí —sugirió Gaz.

—¡Nunca! —Se tapó la boca con las manos al darse cuenta de que había alzado la voz. Después rio—. No lo comprendería.

—Si tan convencida estás, entonces será mejor que sigamos viéndonos en secreto. —Le dio un beso en la mejilla y la joven bufó indignada—. Dime qué has aprendido hoy y te diré qué es cierto y qué no.

—Tuve clase con el profesor de teología, que me habló de los dioses. —Bostezó y se frotó los ojos, cansada—. La historia que me contó Ghiro sobre la Jistar me pareció más interesante. Según dijo, los dioses se disputaron el control de la barrera. Gaelos y Lumiatz se enfrentaron y Lumiatz ganó. Shanarás intervino porque también deseaba tener el poder sobre la Jistar.

—¿Eso te ha contado? —la interrumpió Gaz, que parecía enfadado—. ¡Menuda mentira! ¿Quién inventó tal cuento? Los dioses nunca pelearon por la Jistar, porque ya tenía dueño. Desde su creación, un guardián le fue designado para vigilar que nada cruzara de un lado a otro y mantener a raya a todos los seres mortales e inmortales; incluidos los dioses.

—¿Y crees en ellos?

La pregunta lo cogió por sorpresa. Los dáricos jamás se planteaban la existencia de los dioses, ni siquiera en la intimidad del hogar.

—Negar su existencia se considera traición. Imagino que nadie se molestó en explicártelo. Hace cincuenta ágaras el rey abolió esa ley: antes, todo el que se atrevía a dudar que los dioses existían era encarcelado durante una ágara. —Rio y se peinó el cabello hacia atrás con los dedos—. Tuve un amigo que aseguraba que solo son patrañas creadas por nuestros antepasados para hacernos la vida más sencilla, para que las cosas más complejas se expliquen con facilidad, para dar una razón a lo que no la tiene. Decía que los dioses no eran más que un original cuento, y pagó por tales

palabras con su libertad.

—Supongo que entonces no vas a responderme —dijo ella.

—Todo dárico ha de creer en ellos, Alhanna.

La respuesta no logró satisfacerla, pero decidió no insistir. Miró los preciosos ojos del dárico, negros como trozos de obsidiana. Gaz le acarició la mejilla y se acercó hasta que sus labios se rozaron. Ella no se movió. El dárico la besó, con suavidad, sin entrar en su boca. La vela se apagó y Alhanna dio un brinco, apartándose de él.

—Espera. —Gaz movió la mano derecha hacia la vela, chascó los dedos y una llamita volvió a prender de la mecha.

—Cuando lo haces resulta tan sencillo... —Se había quedado mirando la mano del dárico, embobada—. Antes has mencionado que la Jistar estaba controlada por alguien y que los dioses nunca pelearon por ella. ¿De quién hablabas?

Fuera nevaba con más fuerza que antes. Los caballos relincharon y ambos guardaron silencio, intentando averiguar si alguien había entrado. No se preocuparon de la luz que emitía la vela, era demasiado débil y el heno los cubría. Al cabo de un rato, decidieron que estaban a solas.

—Cuando el dios Dragón creó la Jistar para dividir el mundo, necesitó designar a un vigía para poder marcharse a dormir. Comenzaba la era de los reyes y finalizaba la era del dios Dragón. —Sonrió al ver lo atenta que estaba Alhanna—. ¿Te han hablado ya de eso?

—Sí, aunque me dijeron que preferís llamarla «era de oscuridad».

—¡Qué absurdo! —Negó con la cabeza—. El vigía de la Jistar debía asegurarse que nadie cruzaba y que los seres mortales permanecían separados de los inmortales. Pero ya puedes imaginar el aburrimiento tras pasar dos mil ágaras ejerciendo la misma labor. Siempre en su puesto, contemplando el paso del tiempo; siendo testigo del lamento de todos los seres que habían quedado separados.

—¿Y no es eso algo bueno?

—¿Dividir el mundo y separar a las razas? ¿Por qué los demonios deben habitar alejados de los dáricos? ¿Por qué el mundo no puede ser libre? ¿No te parece injusto? —Aguardó unos instantes para que Alhanna dejara reposar las preguntas—. El rumor del viento cuenta que el vigía está cansado de su labor, que intenta reunir las herramientas que necesita para derribar la Jistar y así permitir que el mundo se libere. Todas las razas volverían a encontrarse, a compartir Muriath tal como lo hicieron en la era del Dragón.

—¡Eso es terrible! —Volvió a taparse la boca y vio como Gaz sonreía ante su arrebato—. Si eso ocurriese, otros demonios como el que nos atacó quedarían libres.

—¿Libres? ¿No somos nosotros los que estamos encerrados?

No supo responderle. Sabía que todo lo que Gaz le estaba contando eran cuentos, leyendas que los dáricos usaban para entretenerse, pero lo cierto era que le fascinaban.

—Bueno, supongo que tienes razón y que el mundo debería quedar libre de la

Jistar —concluyó Alhanna al cabo de un rato—. Creo que el dios Dragón se equivocó al escoger al guardián de la Jistar, por lo que dices parece que va a traicionarlo.

—A veces hay que destruir lo que amas para salvarlo, Alhanna. —Le guiñó un ojo. Ese era un gesto que Alhanna le había enseñado, y le hizo gracia verlo en Gaz—. Es posible que te hablen del vigía a su debido tiempo.

—¿Cuál es su nombre?

—Trivaz. —Pronunció la palabra con mucha delicadeza—. En la estatua de la fuente del dragón hay un relieve escondido que hace referencia a este ser. Resulta difícil de encontrar, pero te diré cómo hacerlo si me dejas besarte de nuevo.

Tras una breve pausa, Alhanna asintió. Gaz la volvió a besar, con la misma suavidad. A ella no le desagradaba, pero no sentía absolutamente nada con su contacto. No se parecía nada a los besos que le habían dado antes. Cuando se separaron, no pudo evitar limpiarse la boca con la manga de la camisa. Gaz se rio.

—Es cierto, ya me contaste que tú tienes otras preferencias —comentó el dárico.

—Pues si lo sabes, no me pidas más besos. —Se sacudió un poco la capa, la tenía llena de heno—. Eres muy distinto a los demás, contigo puedo hablar de cualquier cosa sin preocuparme de ser juzgada. No pareces un dárico.

—Lo considero un halago.

Gaz siempre sonreía, y en muy pocas ocasiones mostraba enfado o sorpresa. Era agradable, y su voz suave la invitaba a seguir conversando. Su fino rostro parecía hecho de porcelana. Miró sus ojos negros, en cuyas pupilas, levemente dilatadas, se reflejaba la llama que aún prendía en la vela. Alhanna se acercó a él sin darse cuenta, intrigada, pues ella creía que las pupilas de los dáricos ocupaban todo el iris en la oscuridad.

—¿Eso entregaste en el sueño del rechazo? —preguntó de pronto Alhanna—. ¿Tu capacidad para ver en la oscuridad?

—Entregué muchas cosas, Alhanna. No tienes ni idea.

Una mañana, el profesor de historia le pidió a Alhanna que hiciera un trabajo sobre la Guerra de las Razas que tuvo lugar en Falar-Shan, un territorio que quedaba al norte, pasando el mar Cario, y al que estaba prohibido ir. Debía resumir lo ocurrido durante las cuarenta ágaras que había durado la contienda y explicar qué bando había ocupado cada raza. Alhanna había preferido escuchar las historias de Ghiro, hablar con Gaz o entrenar con la espada, así que se presentó en la clase sin el trabajo y recibió una severa reprimenda por parte del profesor, un dárico de mediana edad que siempre caminaba encorvado, como si la capa le pesara demasiado.

—Me haces perder el tiempo —le dijo—. Mi señor tendrá noticias de esto. Me encargó enseñarte y dijo que estabas dispuesta a aprender, pero veo que le has mentido. Así que márchate y vuelve cuando estés dispuesta a pedir perdón por tu falta de respeto hacia mi labor.

Salió del aula aguantando la risa, pensando que por un momento había regresado a su niñez. Cruzó la ciudad sin importarle que estuviera nevando y llegó hasta la parte de la muralla en la que solía reunirse con Gaz. No contaba con que él estuviera allí a esas horas. Subió por el pino, con cuidado de no resbalar. Cuando alcanzó la parte alta de la muralla, lo vio. ¿Cómo sabía que ella iba a ir? Nunca lo hacía por la mañana. Caminó por el muro soportando la fuerza del viento y tomó asiento junto a Gaz.

—Veo que no dejas la espada abajo. ¿Ya no pesa tanto? —le preguntó él, con el rostro escondido bajo la capucha que lo protegía de la nieve. Alhanna vio en su mano una bolsa de papel que desprendía olor a fresas.

—No me había dado cuenta. —Se arrebujó en la capa.

Gaz se apartó la capucha y la miró sonriendo. Llevaba el cabello mojado recogido en una trenza. Iba vestido, como siempre, con ropas de piel oscuras y una fina capa marrón. Le tendió la bolsita y Alhanna cogió un caramelo de su interior. Era blando y pringoso, pero estaba muy bueno. Miró a Gaz. Le parecía atractivo, aunque su belleza era distinta a la del resto de dáricos: era salvaje. Sonrió al pensarlo.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada en particular —dijo, tiritando de frío. Agitó las piernas en el aire, le gustaba esa sensación de libertad—. El tiempo está empeorando, no podremos seguir subiendo aquí arriba, ¿verdad?

—No, tendremos que seguir viéndonos en el establo. Podrías venir a mi casa si lo prefieres. Está a las afueras, cerca de la herrería. —Comió un caramelo y guardó la bolsa en un bolsillo de su capa—. Ayer te vi en el patio de entrenamiento, estabas con ese hajaek llamado Ádria y con el rey.

—¿Y qué te pareció mi manejo de la espada?

—Torpe e infantil. —Soltó una carcajada, y Alhanna lo miró furiosa—. Sin embargo, es un gran mérito que logres usar una espada de acero dárico.

—¡Exacto!

—Mañana es un día importante, ¿te lo han dicho? Se celebra la coronación del primer rey y tenemos permitido hacer lo que deseemos. Se interrumpen las clases y podemos visitar lugares que suelen estar cerrados, como la plaza del Memorándum, donde se encuentra la fuente. Al atardecer habrá una ceremonia, se lanzarán flores a la fuente y el coro ofrecerá cantos en honor a Raehlan-Tae.

—El primer rey —dijo Alhanna contemplando los copos de nieve que caían sobre ellos—. Yo iré a la biblioteca mañana, Ghiro quiere llevarme. Han conseguido un permiso especial para que nos dejen entrar en la sala de las escrituras sagradas.

—¿Con qué interés? Los libros que hay allí son tan viejos que se convertirán en polvo en vuestras manos. Además, ya no quedan traducciones, ¿cómo pretendes entender lo que vas a leer? —La miró de reojo, buscando su reacción.

—Ese secreto quizás te lo cuente otro día.

Guardaron silencio durante un rato mientras contemplaban la blanca llanura, que

parecía extenderse de forma infinita hasta las montañas en el horizonte. El aire era gélido y el viento arreciaba. Alhanna, con las manos entumecidas, se puso los guantes y miró un momento a Gaz, pensando en lo poco abrigado que iba siempre.

—¿Conoces a Kishur? —La pregunta escapó de sus labios.

—Nos hemos visto una sola vez, y dudo que sepa quién soy —admitió Gaz, metiendo las manos bajo la capa para calentarlas.

—Me resulta extraño que a veces se comporte como si fuera mi padre. Pero me agrada esa sensación, aunque no la entienda. —Sintió escalofríos cuando Gaz llevó su mano hasta su mejilla y le acarició el rostro—. ¿Qué opinas de eso?

—Que no sabe lo que tiene entre las manos, y cuando lo descubra, será tarde para él. —Alhanna lo miró sorprendida—. He sido sincero.

—¿Por qué piensas eso?

—No podrá mantener la corona sobre su cabeza mucho tiempo. Ha forzado tu entrada en nuestro mundo, ha impuesto que puedas aprender nuestras costumbres, algo que nunca se ha hecho antes. Algunos piensan que es un cambio favorable, un primer paso para lograr una buena relación con los humanos, pero otros lo ven como una ruptura con nuestras tradiciones. Y ahí converge el problema: en la división que ha provocado.

—¿A qué te refieres? —Alhanna se sentía indignada, enfadada—. Kishur es el rey, todos deberían aceptar sus decisiones.

—¿Es que no lo sabes? —le preguntó, sonriendo—. Claro que no, es algo que nadie comenta en voz alta. Kishur-Lantae no es rey por derecho. Lo habría sido cuando su padre, el rey Sorastalez, abdicara, pero no le concedió tiempo: le arrebató la corona para hacerse con el control de Alviat. Dio un golpe de estado sirviéndose del ejército, apoyado por el general Ghiro. Un hecho insólito en nuestra historia.

Alhanna quedó pensativa, intentando asimilar las palabras de Gaz.

—Piensas que, por mi culpa, por tenerme a su lado... —No pudo continuar.

—Su poder reside en el respeto, admiración y miedo que le profesan. Tenerte a su lado puede acabar con cualquiera de esas tres cosas y volverlo vulnerable. Si el dárico gris te importa, debes abandonarlo. Por muy difícil que te resulte, debes hacerlo. —Retiró la mano del rostro de Alhanna y volvió a guardarla en la capa—. Podrías venir conmigo, te llevaría a donde quisieras y te mostraría cuanto necesitases. Sin límites.

Alhanna miró a Gaz y supo que estaba siendo sincero. Sintió que todo daba vueltas a su alrededor. No entendía cómo la conversación había terminado con esa propuesta. Cerró los ojos y trató de calmarse. Los abrió para encontrar la oscura mirada de Gaz, que parecía estar esperando una respuesta. Por un momento, la idea de marcharse con él le pareció tentadora. ¿Sería capaz de abandonar a Kishur?

—Lo pensaré —dijo Alhanna.

De pronto, la voz de una niña inundó su mente, cantó con fuerza y rabia. Era la misma que escuchaba en sueños. Su pulso se aceleró. Se levantó del muro y comenzó a descender sin despedirse, tenía la mente llena de ideas y sentía la imperiosa

necesidad de alejarse de Gaz. Y eso hizo. Corrió por las calles de la ciudad sin detenerse, sin importarle llamar la atención de los dáricos. El corazón le latía a toda velocidad, y la niña de la torre cantaba en su mente sin parar.

No se detuvo hasta llegar. Entró en el edificio donde se alojaban y aguardó al comienzo de la escalera para recuperar el aliento. Escuchó unos pasos que se dirigían hacia ella y levantó la cabeza. La canción cesó de golpe. Kishur estaba ante ella.

—Alhanna, ¿de dónde vienes? Deberías estar en clase.

Parecía enfadado, aunque Alhanna no había mejorado a la hora de adivinar qué se ocultaba tras su habitual expresión impávida. No podía enfrentarse a él en esos momentos, demasiadas ideas rondaban su cabeza. Comenzó a subir las escaleras, pero Kishur la retuvo del brazo y la obligó a bajar.

—¿Por qué me ignoras? ¿Te he hecho algún mal para recibir este trato?

—¡Claro que no! —exclamó ella al darse cuenta de lo que acababa de hacer.

—Entonces te ruego que me lo expliques, porque tu comportamiento es incomprensible. —Soltó el brazo de la joven y la miró con severidad.

No supo responder. Tenía a Kishur allí delante, pero lo sentía lejos. Todo lo que Gaz le había dicho había removido su conciencia. Se abrazó a él con fuerza y apretó su rostro contra el pecho del dárico. Para su sorpresa, él respondió a su gesto.

—No te comprendo en absoluto —admitió Kishur—. ¿Ha ocurrido algo?

—Tengo miedo —musitó la joven sin soltarse—. ¡No quiero separarme de ti!

—¿Qué te ha hecho pensar que debemos distanciarnos? —Levantó la barbilla de Alhanna con cuidado para mirarle los ojos enrojecidos—. ¿Lloras?

Ella no contestó y Kishur decidió no presionarla. Lidiar con los sentimientos de otro le resultaba difícil, no estaba acostumbrado a que alguien los expresara con tal vehemencia. Alhanna lloraba, reía, hablaba de cosas que para él carecían de importancia, sentía de una forma que el dárico había olvidado y que esperaba que algún día tanto él como los suyos pudieran recuperar.

—No dejaré que nadie te separe de mí. —Le acarició las mejillas heladas.

Kishur sonrió. Sabía que a Alhanna le ocurría algo que no estaba dispuesta a compartir. Ghiro le había advertido que hacía preguntas sobre asuntos que no debería conocer, y los profesores se quejaban de su impaciencia y su falta de concentración. Kishur sospechaba que la joven había conocido a alguien y no quería que lo supiera. Y le parecía bien, le concedería la libertad de guardar ese secreto.

Esa noche cenaron sin Kishur, que había tenido que reunirse con el comandante y los capitanes. Siempre estaba ocupado, pero a pesar de su ausencia Alhanna sentía al dárico cerca. Tenía la sensación de que, si gritara, él acudiría al instante, sin importar en qué parte de la ciudad se encontrase.

Habían cenado carne de venado y verduras al vapor. Como no podían beber alcohol sin el consentimiento de Kishur, los dáricos tomaban cerna y Alhanna un té.

Al no estar su señor presente, el ambiente durante la cena era más distendido de lo habitual. Mayara reía completamente relajada, mientras Alfar hablaba de libros y trataba de hacerles alguna recomendación. Ghiro ya no usaba bastón y se le veía más animado. Ádria guardaba silencio, atento a Mayara. En cuanto a Eltsay y Tottem, conversaban mediante señas, sin dejar de sonreír.

Alhanna apoyó la cabeza sobre las manos y los observó con curiosidad. En esa ocasión se permitían mostrar ciertas expresiones que normalmente ocultaban.

—Mientras permanezcamos aquí, los kalastys ganarán terreno —comentó Eltsay en un momento de silencio.

—¿Y qué ibas a hacer tú? —preguntó Ádria con sorna.

—Al menos yo no estoy medio manco por haber cometido el error de un infante. —Soltó el vaso sobre la mesa y sonrió—. Ni siquiera puedes entrenar debidamente a causa de tu herida. Alhanna sería capaz de soportar el peso de tu espada mejor que tú.

—¿Te burlas de mí? —Ádria se puso en pie arrastrando la silla, y los demás enmudecieron al instante—. Pronto recuperaré toda la fuerza del brazo y podré mostrarte lo buen hajaek que soy. ¿Me llamas a mí infante? Hazlo de nuevo y comprobaremos aquí y ahora lo blanda que es tu carne.

—Parad... —pidió Ghiro sin demasiado ímpetu.

—¡No cambiarás! —exclamó Eltsay poniéndose en pie, ignorando a Tottem, que tiraba de su brazo—. Presumes de tu fuerza y te vanaglorias de ser hajaek cuando deberías estar en la fragua con tu padre.

—¡Te cortaré la lengua si sigues hablando! —lo amenazó Ádria, colérico.

Mayara se puso en pie, haciendo volcar su silla, y clavó un puñal sobre la mesa. Todos miraron el cuchillo mientras ella recuperaba la silla y volvía a tomar asiento. Al cabo de un momento, los demás recuperaron su lugar en la mesa y nadie volvió a hablar. Alhanna frunció el ceño, no entendía qué estaba pasando.

—Volved a discutir mientras comemos y el próximo cuchillo lo clavaré en otra parte —dijo la dárica extrayendo el arma de la mesa.

Alhanna sonrió: Mayara le parecía formidable. El ambiente no recuperó la normalidad, la joven podía notar la incomodidad de los demás. Nadie hablaba.

—¿Es cierto que Kishur dio un golpe de estado en Alviat? —Alhanna decidió romper el hielo al cabo de un rato—. ¿Que le quitó la corona a su padre para convertirse en rey?

Levantó la cabeza cuando escuchó una silla arrastrarse contra el suelo. Era la de Alfar. El joven cogió la espada que había dejado apoyada en el respaldar y abandonó la estancia en silencio. Alhanna tragó saliva. De uno en uno, todos repitieron el mismo gesto, sin mirarla. Ghiro fue el último en levantarse y, antes de marcharse, le habló:

—Nunca le hagas esa pregunta a mi señor, te lo ruego. Hay cosas que es mejor no mencionar. Pertenecen al pasado y ahí es donde deben quedarse. —Suspiró y se

acarició la barba—. Alfar es el príncipe de Alviat, no lo olvides. Hablar del enfrentamiento entre su padre y su hermano queda prohibido.

—Se ha enfadado, ¿verdad?

—No, él comprende que estás aprendiendo, al igual que todos nosotros. Es mejor que nos retiremos a descansar, mañana es un gran día, Alhanna.

La dejó a solas. No tenía sueño, así que cogió la espada, se puso la capa y salió a la calle. Nevaba. Deambuló siguiendo la dirección de las esferas de luz, evitando las zonas oscuras. Sin proponérselo, acabó llegando al establo donde solía reunirse con Gaz. ¿Tendría la suerte de verlo allí? Aguardó fuera, acurrucada en un lateral de la entrada hasta cerciorarse que no había nadie. Entró a toda prisa y fue directa al rincón tras la montaña de heno y las cajas. Estaba helada. Se recostó, decepcionada porque el dárico no estuviera allí. Esperaría un poco y después se marcharía.

Pasados unos minutos, Alhanna se quedó profundamente dormida.

Despertó sobresaltada por el relincho de un caballo. Se incorporó y aguardó inmóvil, sin hacer ruido. No parecía que hubiera nadie en el establo. Iba a marcharse cuando unas pisadas la alertaron. Escuchó una hermosa voz que hablaba en dárico. Nunca antes había podido escuchar ese idioma durante tanto tiempo, y se quedó embelesada. Eran dos voces cuyo tono fue cambiando progresivamente para volverse duro e inexpresivo. Luego, silencio.

Y pisadas de nuevo. Un tercer dárico habló y Alhanna reconoció la voz melosa de Gaz. Estuvo a punto de salir de su escondite cuando algo en su tono la conminó a no hacerlo. Hubo un golpe, un choque metálico y el impacto de algo contra el suelo. El corazón de Alhanna latía a toda velocidad. ¿Por qué los caballos no relinchaban? Deberían haberse asustado. De pronto, todo quedó en silencio. Esperó el tiempo suficiente para asegurarse de que ya no quedaba nadie en el establo y estaba sola de nuevo. Miró a su alrededor con cautela; los caballos dormían apaciblemente.

Salió del establo y vio pisadas sobre la nieve, pero ningún indicio de pelea. Acompañada de la bruma con que Fraem-Lab había amanecido, abandonó el establo y regresó a su habitación para dormir un poco más.

Edmoden

Los alaridos sacudieron las paredes de la gran casa y acabaron por despertar a los pocos que lograban conciliar el sueño a pesar de la tormenta. Los relámpagos iluminaban las estancias y los truenos retumbaban ensordecedores como tambores de guerra, haciendo crujir las tejas y agitando los cristales, que amenazaban con quebrarse. La lluvia arreciaba y el viento la esparcía en todas direcciones, golpeando con furia las paredes y los tejados de pizarra.

El niño dejó de gritar, y su llanto se perdió en el ensordecedor estruendo de la tormenta. Shudei corría por las pasarelas de madera, pisando con los pies descalzos los charcos y la hierba, la hojarasca y las ramas que el viento arrojaba a su paso. No quedaba prácticamente nadie fuera. Jadeaba en su carrera contra el aire, con el cabello empapado y pegado a la cara. Al girar en una esquina, resbaló y tuvo que agarrarse con todas sus fuerzas a la barandilla para no aterrizar sobre el lodo. Gritó, frustrado.

Llegó al ala oeste y vio las luces encendidas, que parpadeaban con timidez tras las ventanas. Cuando hubo alcanzado las puertas, las abrió de un fuerte golpe. El agua y el viento penetraron en la estancia, poniendo en jaque las llamas de las velas, que tintinearon. Recorrió el angosto pasillo hasta alcanzar la habitación de la que provenía el llanto. Una anciana que apenas lograba mantenerse en pie reunió las fuerzas que le quedaban para levantarse de la silla.

El joven entró sin llamar. Su madre levantó la cabeza para mirarlo con preocupación. Estaba sentada junto a la cama de su hermano y le sostenía una mano. El niño miraba hacia el otro lado, sollozando contra la pared. Ella se puso en pie y, tras un gesto suyo con la cabeza, ambos salieron dejando la puerta entornada. Shudei la observó mientras ella recogía su chal y se lo echaba sobre los hombros.

Supo que había estado llorando, porque tenía los ojos enrojecidos y sus pupilas color miel brillaban, todavía húmedas. Sonrió a Shudei con dulzura.

—Madre. —Se acercó a ella—. ¿Qué ha pasado?

—Lamento haber pedido que te llamaran. Mírate... estás empapado. —Le acarició la mejilla y le apartó el cabello mojado para verle la cara—. Ha tenido una pesadilla, me temo. Tiene fiebre, y los sueños han debido de ser muy tormentosos para que gritara de ese modo. Pensé... ¡Oh! —Se tapó la boca con las manos para reprimir un

sollozo—. Estoy asustada.

La mujer agitó su chal con la intención de cubrir a su hijo, pero se detuvo ante el gesto del muchacho.

—Sí, a veces se me olvida que ya no eres un niño —dijo con dulzura—. Mientras tu padre se encuentre de viaje eres el hombre de la familia.

—No debes preocuparte, madre. Me tienes a tu lado. —Observó las arrugas que rodeaban sus ojos y suspiró—. Todo saldrá bien.

—Pobre hijo mío... Solo tiene cinco ágaras, es demasiado pequeño para soportar el peso de su don. —Abrazó a Shudei sin reaccionar ante el tacto de su ropa empapada—. No ha querido revelarme el sueño y ni siquiera me mira. Estoy asustada.

Se derrumbó en sus brazos, y las mujeres que habían permanecido al margen corrieron para sostenerla. Shudei le levantó el rostro con delicadeza y suspiró al ver que ella le devolvía la mirada.

—Estás agotada, madre. —Dejó que las sirvientas se arrodillaran junto a ella y la cubrieran con una manta—. Ve a descansar, te lo ruego. Yo me quedaré con él.

—De acuerdo. —Asintió con amargura.

Logró ponerse en pie y enderezó la espalda, intentando mostrarle que aún le quedaban fuerzas. Shudei se sacudió las ropas mojadas antes de entrar y solo entonces se dio cuenta de que iba descalzo. Los dientes le castañeteaban; estaba helado. Encajó la puerta para poder estar a solas con su hermano, lejos de las miradas de la anciana y las mujeres que lo seguían tomando por un niño y no por un hombre. El pequeño seguía lloriqueando contra la pared.

—Riaku. —Su propia voz lo sobresaltó—. Estamos solos, madre se ha ido.

El niño se giró para mirarlo y él tomó asiento en la cama. Shudei se inclinó hacia su hermano, intentando que el agua no le goteara encima. Sus enormes ojos brillaban, vidriosos, y el cabello negro se le había enredado alrededor del cuello. Sintió un estremecimiento.

—He visto como madre moría —dijo el niño entre sollozos.

Shudei se apartó al oír sus palabras; la convicción con que el niño las había pronunciado le aguijoneó el corazón. El pequeño comenzó a llorar de nuevo. Shudei, tembloroso, observó a su hermano sin saber qué hacer. De pronto, creyó verse a sí mismo y le fallaron las rodillas. Se sentó de nuevo y arropó a Riaku.

—No tengas miedo, tú no tienes la culpa —dijo con rabia.

—¡Me odias! —gritó el pequeño con la voz estrangulada.

—Jamás te odiaré por esto, lo prometo.

Quiso llorar amargamente junto al pequeño, pero no podía permitírselo. Así que estrechó a Riaku entre sus brazos mientras asimilaba la inminente muerte de su madre. Sintió que su corazón se rompía y decidió que jamás permitiría que Riaku se culpara por ello.

Shudei despertó con el corazón palpitando con fuerza. La amplia habitación estaba a oscuras y olía a madera quemada; la hoguera estaba apagada. Odiaba recordar el pasado. Salió de la cama y fue hacia el balcón para que el frío despejara su mente. Estuvo tentado de servirse una copa de vino, pero no quería que el alcohol le nublara el juicio. Hacía mucho tiempo que no revivía la noche en la que Riaku tuvo su primer sueño.

Se encontraban en Edmoden, un pequeño pueblo costero alejado de la comarca de Atasia y los kalastys. Aunque tenían vistas a la montaña, podía escuchar el relajante vaivén de las olas del mar Cario. Hacía más de diez ágaras que no lo contemplaba.

—¿No puedes dormir? —La voz de su hermano lo sobresaltó.

Riaku estaba sentado en el balcón de al lado, con una botella de tinto medio vacía. La silueta de la montaña frente a ellos se distinguía en la oscuridad.

—Alguien controla nuestra mente, ¿verdad? —preguntó de pronto Riaku—. No encuentro otra explicación. Los soñadores solo podemos ver lugares y personas que conocemos; sin embargo, nosotros hemos soñado con gente extraña y paisajes que jamás habíamos visto. Alguien nos manipula. A ti los sueños te han arrebatado a las personas que amabas y te han librado de toda atadura. Solo te queda partir en busca de la chica de ojos grises. ¿Lo habías pensado?

—Muchas veces, sí.

—Si me hubieras odiado por matar a madre con mi sueño, ni siquiera yo seguiría a tu lado. —Sonrió amargamente y dio un trago de la botella—. Todo el mundo tiene sueños, buenos y malos; la diferencia es que los nuestros se hacen realidad. Fuimos maldecidos al nacer, hermano.

—Es la primera vez que hablas de esta forma, ¿qué ha sucedido? —Shudei comenzaba a preocuparse. Justo la misma noche que recordaba aquella escena del pasado, su hermano la mencionaba. No podía ser casualidad.

—Esta noche me ha invadido otro sueño, uno en el que he visto tu muerte, pero esta vez era muy diferente a la anterior. Ahora desconozco cuál de los dos se cumplirá.

Riaku se puso en pie y le tendió la botella. Decidió que beber era una buena idea.

—He descubierto qué clase de criatura es la que se alimenta de cadáveres. Lo he visto en el sueño. —Se pasó la mano por la frente para limpiarse el sudor frío—. Ahora comprendo por qué le tienes tanto miedo, no existe ser en este mundo que no se lo tenga. Es un devorador de almas, hermano, una criatura del mundo inmortal.

—¿Un devorador? Eso solo son cuentos dáricos que se usan para asustar a los niños. Además, yo lo vi alimentándose de los cadáveres... —No continuó, el rostro de Riaku se había ensombrecido.

—Tendrás que enfrentarte a esa criatura. En mi sueño, te arrebata el alma. Te arrebata la vida. Y yo contemplo tu agonía hasta que tu cuerpo se convierte en un cascarón vacío y dejas de existir. —Sus ojos enrojecieron y los frotó para espantar el

llanto—. Te antepones entre él y la chica para salvarla.

Shudei dio un gran trago a la botella y rio, desquiciado, pensando que alguien le había deparado un destino peor que cualquier otro imaginable. Parecía una burla. Lanzó la botella contra el suelo y quedó reducida a cristales. Supo que Riaku estaba asustado.

—No te culpo —le dijo a su hermano.

Pero eso no consolaba a Riaku, y Shudei lo sabía. Tampoco lo consolaba a él. Sentía rabia y una profunda frustración por verse envuelto en aquella marea de sueños que iban confeccionando su futuro sin que él pudiera tomar las riendas. Miró el líquido violeta derramado sobre las baldosas de la terraza y, por un instante, estuvo tentado de tomar la espada y darse muerte allí mismo. Al menos así podría elegir su propio final. Pero entonces pensó en Riaku y supo que no tenía el valor para abandonarlo.

—Siempre quise envejecer junto a Xara en Jarla-Neva; creí que tendríamos una oportunidad —dijo Shudei de pronto—. Me equivoqué. Aunque podríamos haber sido felices en cualquier lugar, como aquí en Edmoden. Me parece el lugar más maravilloso del mundo en estos instantes, y me resisto a abandonarlo tan pronto. Nos quedaremos aquí durante el invierno.

—No lo comprendo, partimos de viaje de forma precipitada y ahora decides detenerte. ¿Por qué razón?

—Abandoné Górgora porque me asfixiaba, llevaba diez ágaras sin dejar la casa, temiendo que los fantasmas de mi pasado me encontraran, temiendo conocer a alguien a quien pudiera amar para acabar perdiendo por culpa de un sueño. —Shudei se aferró a la barandilla de la terraza—. Ya he tenido suficiente. Me fui de Górgora porque necesitaba abandonar nuestro hogar.

—Solo somos títeres de un ser cuyo poder escapa a nuestra comprensión, capaz de entrar en nuestras mentes.

—Y me pregunto qué quiere exactamente de mí.

—Que protejas a esa chica con tu vida. Para ello, te liberó de cualquier distracción —dijo Riaku con pesar.

¿Sería cierto? Tan solo un instante antes había meditado la posibilidad de matarse. Había perdido a Xara, a Galaera, a su hermana, a su madre y a amigos por los que habría dado su vida. El único que continuaba a su lado era Riaku. Y por él, había abandonado la repentina idea de acabar con todo justo allí mismo. Lo miró un instante, reparando en cada rasgo del rostro de su hermano. Jamás había mostrado maldad, pero estaba cansado de lidiar con sus sueños, y Shudei lo sabía. Lo atosigaban cada vez con mayor insistencia, le hacían sentir las muertes de otros seres y todas acababan ancladas en el corazón de su hermano. Y entonces, supo que él era el culpable del pesar de Riaku.

—Lo que has dicho es verdad. Debí haberte odiado y alejado de mí. Debí haberlo hecho la noche en que soñaste con la muerte de nuestra madre. —Shudei observó a

Riaku con tristeza—. De ser cierto lo que dices, te he puesto en peligro.

Si Riaku tenía razón, mantenerlo a su lado había sido el mayor error de su vida.

Hubo un tiempo en el que las lunas nacieron para devorar la esencia de otros mundos, pues no poseían luz por sí mismas. Erotesa estaba tan enamorada de Muriath que nunca albergó deseos de hacerle daño, pero su hermana Egoresa era distinta, mucho más hambrienta y despiadada. No pasó mucho tiempo hasta que esta se atrevió a descender para devorar la energía del mundo. Cuando el dios Dragón lo descubrió, estuvo a punto de destruir la luna rosácea como represalia. Pero Erotesa le rogó piedad por su hermana pequeña, y el Dragón atendió sus súplicas con bondad. Permitió a Egoresa seguir existiendo, siempre y cuando no volviera a ocasionar daño a su mundo. Desde ese momento, pasó a ser conocida como la luna maldita.

Tras el incidente, el Dragón sintió inquietud por encomendar a alguien que vigilara tales actos y procurara que nada malo volviese a ocurrirle a Muriath. Los otros dioses todavía estaban aprendiendo a manejar sus dones, y por ello descartó otorgarles semejante responsabilidad.

Así nació el Guerrero del Dragón, cuyo nombre ya ha sido olvidado. Fue el encargado de vigilar el mundo y de juzgar a los seres que habitaban en él, incluidos los dioses. Castigaba con mano firme y perdonaba cuando lo creía indicado. Se convirtió en la mano ejecutora del Dragón, el ser al que todos acudían a pedir ayuda o clemencia.

Sin embargo, un día se perdió todo rastro de él. Muchos fueron los cantos que narraron una traición del Guerrero hacia el Dragón, pero dichas historias nunca han sido demostradas. El nombre del Guerrero dejó de pronunciarse y quedó para muchos prohibido. La furia del dios Dragón estuvo a punto de destruir el mundo que tanto amaba. Las razas quedaron diezmadas y la tierra dividida: el Dragón erigió la Jistar y se sumió en un profundo sueño, quién sabe si para olvidar o para contener su ira. Quinientas ágaras después, ya nadie recuerda a su Guerrero.

La traición: El Guerrero del Dragón, *de Noah-Zat*.

Fraem-Lab

Ghiro cumplió su promesa de llevar a Alhanna a la biblioteca. Andaban tranquilamente por la ciudad, cruzando las calles abarrotadas y apartándose del camino de los corredores que pasaban cerca de ellos. Era un día festivo y todos aprovechaban la ocasión para dedicarse tiempo. Ghiro se apoyaba en el bastón. Pasaron junto a un grupo de estudiantes de endomia que practicaban con el arco entre risas sin lograr acertar en la diana ni una sola vez. La joven vio a Raysit paseando, acompañado de sus estudiantes, que caminaban tras él con papel y lápiz, sin dejar de anotar mientras el herrero hablaba. Raysit le lanzó una leve mirada y ella sonrió con amabilidad.

—Esa daga que llevas a la cintura ha ocasionado algún problema —comentó Ghiro—. Ádria tuvo una fuerte discusión con su padre cuando lo visitó en su herrería.

—No tienen buena relación, ¿verdad?

—Eligió ser hajaek y deshonrar a sus antepasados. —Levantó las cejas pobladas y sonrió—. Suena peor de lo que es. Tenemos nuestra labor designada en el momento de nacer, pero siempre hay alguien que decide saltarse las normas y apelar al consejo o al rey para cambiar su camino. Ádria lo hizo y mi señor le permitió ser hajaek. Para un padre, es doloroso perder a su descendiente de esa forma.

—Me extraña que me confíes esto —dijo Alhanna, mirando a Ghiro de reojo.

—Lo que hiciste anoche me hizo pensar: si no comprendes las consecuencias que nuestros actos pueden acarrear, no sabrás qué puedes decir en voz alta y qué no.

Alhanna asintió conforme. Eso podía entenderlo. Se detuvieron para dejar pasar a varios hajaeks que corrían en fila. Ella se sorprendió al verlos; eran fornidos y llevaban la armadura puesta. Las dáricas destacaban entre ellos por su porte y la elegancia con la que caminaban sin mermar en absoluto la imagen de fortaleza que reflejaban.

—¿Quiénes son? Parecen diferentes a los demás hajaeks —preguntó la joven mientras los seguía con la mirada.

—Excelente observación. Cuando acaben su formación, pertenecerán a los escáreas, la guardia de honor del rey. —El anciano carraspeó para aclararse la voz—. Son la sección más fiel del ejército, juran por su vida servir al rey y obedecerlo.

—Servir y obedecer a Kishur —susurró Alhanna de forma casi inaudible—. ¿Ellos conocerán su nombre?

—No, es innecesario. Solo los que pertenecen a su linaje pueden pronunciarlo, así que pocos son los que saben su nombre. —La miró de reojo con interés, evitando reír.

Cruzaron la calle y Alhanna vio la plaza del Memorándum al otro lado. Detuvo sus pasos y Ghiro se volvió hacia ella para comprobar qué la había detenido.

—¿Podemos ir a ver la fuente? —preguntó Alhanna.

—Mejor seguimos hacia la biblioteca, quiero entrar en un lugar cálido. —Señaló el camino contrario con el bastón.

—No permiten que nadie entre en la plaza, solo hoy puedo ver la fuente y me encantaría hacerlo —rogó la joven. Llevaba días deseando visitar ese lugar—. Será rápido, prometo que no me entretendré y que pasaremos el resto del día en la biblioteca si es eso lo que quieres.

—¡Pues qué remedio! Vayamos entonces.

Lo primero que Alhanna pensó fue que la plaza era un lugar extraño, solemne y, al mismo tiempo, nostálgico. La había contemplado desde la ventana de su habitación en tantas ocasiones que sentía que aquel lugar le pertenecía. Durante su recuperación había sido una distracción. La plaza del Memorándum estaba restringida, pero ese día podría visitarla incluso dos veces. Al atardecer se llevaría a cabo la celebración de la que Gaz le había hablado. Nadie más se había molestado en informarla de ello, seguramente porque no deseaban que asistiera.

Los edificios que rodeaban la plaza eran altos y majestuosos. Las fachadas eran lisas, con amplios balcones y uno principal, decorado con enormes vidrieras de colores. El patio estaba rodeado de columnas de mármol blanco con líneas de piedra azulada, y la fuente se alzaba imponente en el centro de la plaza. El agua estaba congelada dentro de la construcción ovalada. El dragón se erigía so-bre un pedestal de piedra negra y parecía dormir plácidamente.

—Esta fuente recibió muchas críticas cuando se erigió, ¿sabes? —le explicó Ghiro mientras se acercaban—. Originalmente, el diseño indicaba que el Dragón debía tallarse en mármol negro puesto que, según nuestras leyendas, el dios Dragón es una criatura de escamas negras. Pero el escultor que la hizo decidió usar piedra caliza gris y se marchó sin desvelar el motivo. La fuente es una réplica exacta de la original, y tiene solo cien ágaras. La verdadera está en el museo de colecciones de la ciudad, aunque queda poco de ella y las inclemencias del tiempo hicieron mella en la figura del Dragón.

Alhanna paseó alrededor de la fuente, contemplándola con entusiasmo. Le pareció hermosa. ¿Así era un dragón? Parecía feroz incluso a pesar de estar dormido. Tenía el cuerpo robusto y alargado, con garras sobre las que apoyaba la enorme cabeza. Su lomo estaba cubierto de púas, y poseía una extraordinaria cornamenta. Rozó con la mano el hocico de piedra y la retiró inmediatamente al sentir un hormigueo en la piel.

—¿No te parece fascinante? —Ghiro le había dado alcance—. Estás contemplando algo que ningún humano ha visto jamás, porque cuando la era del dios Dragón finalizó y quedó dormido no había humanos en Muriath. Nunca convivieron con los dioses.

—Me alegro de haber podido verlo. —Se miró los dedos con los que había tocado la fría piedra y sonrió—. Es extraño, no hay otras estatuas en la ciudad.

—Los dáricos no somos escultores, solo hacemos pinturas y relieves. —Señaló la fuente con el bastón—. Se hizo en honor a la coronación del primer rey, cuya celebración es hoy; se cumplen dos mil trescientas ágaras. Fue justo en el lugar que ahora pisamos. Según la leyenda, el mismo dios Dragón descendió del cielo y tomó forma dárica para estar presente. Fue él quien hizo la elección, escogiendo a Raehlan-Tae por su sacrificio y su honor.

—¿Su nombre sí puede ser pronunciado? —preguntó Alhanna, intrigada.

—Era agricultor. Y el dárico más grande de cuantos hayan existido.

La respuesta no le dijo nada. Alhanna suspiró y puso los ojos en blanco. Supuso que a los muertos podían llamarles como quisieran. Se puso de rodillas para observar el pecho de la estatua.

—¿Qué estás haciendo? —quiso saber Ghiro.

—¡Ahí está! Es el relieve de Trivaz del que me hablaron. —Soltó una risa y señaló la figura justo en el pecho del dragón, oculta por la sombra de una garra—. No lo entiendo, ¿qué significa?

—Lo que no entiendo es cómo has sabido dónde estaba.

Alhanna se encogió de hombros. Nunca admitiría que Gaz se lo había dicho. Sabía que el relieve, un rombo atravesado por una daga, era el símbolo del vigía de la Jistar, pero no tenía ni idea de su significado. Conocía algunas cosas sobre Trivaz: era un demonio, aunque muy distinto al que los había atacado en Liampa. Poseía un poder mayor al de algunos dioses, y por eso había sido elegido por el Dragón para vigilar la barrera.

—Ahora que la has visto, vayamos a la biblioteca. Te contaré algo muy interesante por el camino —dijo Ghiro, esforzándose para que los dientes no le castañearan.

—Antes dime qué significa el relieve —pidió Alhanna mientras se ponía en pie.

—El nacimiento de Trivaz. —La voz de Kishur los sobresaltó. Ninguno lo había escuchado llegar—. El rombo simboliza el corazón del Dragón, y la daga rememora como el Dragón lo partió en dos para crear a Trivaz.

—¡Menudo susto! —exclamó la joven.

—Pensé que estaríais en la biblioteca.

Gotas de sudor brillaban en su piel pálida; había estado corriendo. Vestía una camisa blanca y pantalones de piel. Tenía el ceño fruncido. Alhanna se preguntó cuánto tiempo llevaría observándolos. Una de las cosas que Alhanna había aprendido sobre Kishur era que se movía con un sigilo inquietante.

—Quería ver la fuente —dijo Alhanna—. Hoy es el único día que me permitían

acceder a la plaza, por eso hemos venido.

El dárico miró la estatua y se acercó a ella. Alargó la mano y acarició el hocico de la criatura y, del mismo modo que Alhanna, la apartó enseguida. Ghiro repitió el gesto de Kishur, intrigado por la reacción que habían tenido los otros dos. Pese a mantener la mano ahí un buen rato, no notó nada raro. Alhanna y Kishur se miraron y rieron.

—No entiendo la broma —comentó el anciano, retirando la mano.

—Hace mucho frío en la calle, deberíais ir a la biblioteca y aprovechar el tiempo que os han concedido —dijo Kishur, ignorando la hosca mirada del anciano—. Al atardecer tendrá lugar la celebración y cerrarán todos los edificios, estad pendientes u os quedaréis allí encerrados.

Comenzaron a caminar despacio.

—¿Podré asistir? —quiso saber Alhanna.

—Por supuesto, puedes ir en compañía de Ghiro.

Le extrañó que lo dijera de esa forma: ¿no podía ir con él? Pero supuso que, al ser la figura más importante de Fraem-Lab, tendría su propio cometido, puede que incluso fuera acompañado de alguien. Ella iría con Ghiro entonces. O quizás en el camino encontrara a Gaz y decidiera coger su brazo sin preocuparse de quién los viera y qué pudieran pensar de ellos.

Salieron de la plaza. Alhanna volvió la mirada antes de cruzar la calle; no entendía que un lugar tan bonito tuviera prohibido el acceso. Iba a volver.

—Yo tomaré otro camino, os dejo ir tranquilamente a la biblioteca.

Kishur no aguardó respuesta alguna, retomó el trote y cruzó por la primera avenida que encontró. Pasó cerca de la bodega y vio como un grupo de jóvenes se afanaba en colocar unos barriles de color blanco y decorados con letras rojas. Esa noche se bebería mucho vino. Siguió un poco más; quería llegar al límite de sus fuerzas y apretó la carrera. El gélido aire que envolvía la ciudad secaba su sudor, y de su boca escapaba un vaho blanquecino. Le palpitaban las sienes. Pero no era suficiente: necesitaba sentir dolor en el pecho, falta de aire. Cogió velocidad.

Llegó al extremo de la ciudad, a la parte baja de la muralla que quedaba resguardada por un pinar. Se detuvo, levantando la cabeza hacia el cielo para recuperar el aliento. Caminó entre los pinos; algo en ese lugar lo atraía. Las copas se movían, podía escuchar el canturreo de algunas aves y sus propias pisadas sobre la nieve. Reparó en la corteza rasgada del tronco de uno de los árboles y pasó la mano por la arrugada madera. Lo escudriñó hasta encontrar un trozo de tela blanca; parecía algodón. Gruñó mirando hacia el borde de la muralla. Alguien había trepado hasta arriba. Guardó la tela en el bolsillo de su pantalón. El pequeño trozo de algodón le bastó para saber que pertenecía a las ropas de Alhanna.

Necesitaba darse un baño.

Nadie reparó en él cuando entró en el edificio. Los sirvientes estaban atareados, corrían por los pasillos y salas vacías portando libreas. Kishur subió las escaleras a

toda prisa y cruzó el ancho pasillo hasta sus aposentos. Entró y aguardó un instante en la puerta hasta asegurarse de que no había nadie.

Tenía ropas limpias en la cama y un par de botas sobre una silla. Dejó la espada y el cinturón sobre el escritorio, y la madera crujió bajo el peso del arma.

Fue hacia el cuarto de baño. El agua sobresalía por los bordes de cerámica blanca de la bañera, y las baldosas estaban mojadas. Con rapidez, se deshizo de la ropa sudorosa. Había dos toallas colgadas de una percha y una bata de seda negra. En la pared había un espejo donde podía verse de los pies a la cabeza, junto a un mueble que contenía los artículos de aseo. Tocó el agua, que seguía tibia. Entró en la bañera y se sumergió por completo.

Debía asistir a la ceremonia a Raehlan-Tae, y era su obligación pronunciar un discurso. Lo haría, sin duda. Lo tenía memorizado, había pasado la noche repasando cada línea, cada palabra. Después de todo, era su antepasado y quería honrarlo. Llevaba quince ágaras fuera de Alviat; se preguntó quién habría dado todos esos discursos que él se había perdido. Quizá su padre, a pesar de no ser ya rey. Sin darse cuenta, recordó la fuente del dragón, y una repentina asfixia lo obligó a incorporarse en la bañera. Se llevó la mano al pecho, sorprendido. Le ocurría en algunas ocasiones. Era una sensación extraña, como si su mente quisiera recordarle algo que había olvidado.

Alguien entró en la habitación. Kishur escuchó con atención los ligeros pasos; lo más probable es que fuera un sirviente. Estaba a punto de lanzar un grito para expulsar de allí a quien había osado interrumpir su descanso cuando una joven entró en la pequeña estancia. Llevaba dos toallas en las manos que dejó caer al suelo al verlo en la bañera. Su delicado rostro palideció y se llevó las manos al estómago. Quedó tan impresionada que fue incapaz de moverse o apartar la mirada. Kishur sintió ganas de reír. ¿Por qué le tenían todos tanto miedo?

—¿Me temes? —preguntó Kishur con la voz pausada—. Puedes dejar las toallas en el suelo si lo deseas y marcharte, haré como si nada hubiera pasado.

—Os... pido disculpas, mi señor —dijo con voz temblorosa.

A Kishur le agradó el rubor en el rostro de ella. Era hermosa, con el cabello dorado como el sol, algo que le trajo lejanos recuerdos. Recuerdos que quería dejar enterrados. El pudor de ella desapareció y Kishur sintió su afilada mirada, que mostraba ahora una dureza y frialdad que lo excitó. La joven esbozó una sonrisa y ladeó un poco la cabeza, haciendo que el largo cabello se derramara hacia un lado. ¿Habría fingido antes estar avergonzada? A Kishur no le importaba.

—¿Son ciertos los rumores? —preguntó la joven casi susurrando, sin apartar la vista del agua, intentando ver a través de la espuma.

—¿Qué rumores? —De inmediato, se arrepintió de lanzar la pregunta. Sabía que la respuesta no le iba a gustar.

—El Grande, os llaman. —La joven dio un respingo ante la adusta mirada de

Kishur—. Disculpad si os he importunado, pensé que era de vuestro conocimiento. Espero no haberos ofendido. Haré cualquier cosa por resarcirme.

—Cualquier cosa... —repitió las palabras despacio, dando tiempo para que la joven se arrepintiera de ellas.

—Eso he dicho —aseguró con descaro.

Kishur sonrió. El aroma de jabón resultaba embriagador. Hacía tiempo que no se sentía tan relajado. Cualquier preocupación o presentimiento que hubiese tenido momentos antes acababa de desaparecer. Solo podía pensar en el largo cabello dorado enredado en sus dedos y en la suave piel de la joven que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por él. Y sabía con exactitud qué era lo que deseaba.

—Acepto tu ofrecimiento. Entra en la bañera y podrás averiguar que hay de cierto en ese rumor del que has hablado. —Una parte de su mente le recordó que no debería. Decidió ignorarla.

Era medio día cuando llegaron a la biblioteca. Estaban helados. Alhanna había acabado arrastrando a Ghiro por toda la ciudad, visitando algunos sitios en los que nunca había estado y acudiendo a eventos que tenían lugar en el centro. Le había gustado mucho el ensayo del coro. Ghiro le explicó que la música solo se usaba para ocasiones importantes o para despedir a los muertos; quedaba vetada en cualquier otro momento.

Vieron una pequeña exhibición de vargums. Con gráciles posturas, los animales habían mostrado su fuerza y su potencia al ejecutar con exactitud y belleza los movimientos siguiendo las órdenes de sus jinetes. A Alhanna le había sorprendido la compenetración entre dáricos y vargums, la manera como montaban sobre sus lomos sin ensillar y la respuesta de los animales. Por último, un envolvente olor a mantequilla había traído a la joven hasta una posada donde servían té y dulces. No habían podido sentarse, pero sí comprar algunos pasteles. Después de eso, Ghiro se había plantado y había obligado a Alhanna a ir a la biblioteca; no les quedaba mucho tiempo antes de la ceremonia.

El edificio de la biblioteca era alto y de forma circular, con una fachada de mármol blanco que brillaba como si acabaran de pulirlo. Estaba compuesto por cuatro plantas, con balcones en la última y ventanales en las tres inferiores. La niebla ocultaba la parte superior y le daba el aspecto de un edificio inacabado. Había pinos a ambos lados y un pequeño jardín que ocupaba la parte trasera, cubierto de barro y escarcha. Lo rodearon en silencio.

—Llegamos —anunció Ghiro frente a las puertas de la biblioteca. Empujó para abrirlas, pero no se movieron—. Es extraño, dijeron que estaría abierta hasta el atardecer.

Las puertas de bronce eran colosales, y ambas hojas tenían tallado un árbol que se dividía al abrirse. El tronco era ancho y las ramas alargadas: a Alhanna le pareció un

sauce llorón. Diminutas florecillas flotaban a su alrededor. Alhanna se acercó para verlas en detalle. Eran como pequeñas mariposas. Escuchó a Ghiro carraspear y se apartó, dejando que el anciano acariciara la talla con ambas manos.

—Es hermoso, ¿verdad? Representa el Qad'has, nuestro árbol sagrado. —Apoyado en el bastón, retrocedió unos pasos para ir junto a Alhanna—. Se encuentra en Alviat. Estas puertas son recientes, imagino que las originales ya estaban desgastadas.

—Sois demasiado presumidos para tener cosas rotas o viejas, la ciudad está tan impoluta que parece que se construyó ayer. Y todo está tan limpio que resulta hasta molesto.

—Ten más respeto, no somos presumidos. —Dio unos golpes con el bastón en el suelo para no dárselos a ella en la cabeza—. La limpieza es sinónimo de pureza.

Alhanna sonrió tímidamente intentando que Ghiro no la viera; le gustaba hacerle enfadar. El anciano se acercó a las puertas y tocó una campana que colgaba del dintel en la que no había reparado antes. Era dorada, y su tintineo le resultó desagradable. En el interior, se escuchó una sucesión de timbres metálicos que acabó apagándose a medida que se alejaban. En pocos instantes, todo quedó en silencio.

—Recuerda que eres la primera humana en ver los libros de nuestra biblioteca, asegúrate de no perder detalle —insistió Ghiro.

Como nadie acudió a abrir, el anciano volvió a tocar la campana.

—Presumes de libros, Ghiro. Pero, ¿sabes? Yo tuve durante toda mi vida uno que pertenecía a Asthaluss y hablaba de Muriath.

—¡Qué tontería! ¿Te refieres a ese libro escrito por tu madre?

—Sí. —Miró a Ghiro a los ojos; quería demostrarle que no mentía y ya había comenzado a aprender cómo hacerlo con la mirada. Gaz le había revelado muchos secretos—. ¿Crees que miento?

—No me lo parece...

—Podemos hablar cuando quieras sobre eso, a mí no me importa compartir.

Ghiro la observó, sorprendido. ¿Le estaba recriminando que fueran reservados? Gruñó, se acarició la barba y luego sonrió para restarle importancia al comentario.

—Me pregunto quién tendrá mi libro en estos momentos —musitó Alhanna.

Las puertas crujieron y comenzaron a abrirse, despacio. Un viejo dárico asomó la nariz y luego salió, dejando las puertas a medio abrir. Llevaba una túnica gris y sandalias, y sostenía una esfera de luz entre las manos.

—Fadastar, es un honor volver a verte —lo saludó Ghiro.

—No puedo decir lo mismo. —Olfateó el aire y miró hacia Alhanna, arrugando el entrecejo—. ¿Es necesario que entre? Hoy es festivo, tenemos a algunos eruditos trabajando a solas, por eso las puertas estaban cerradas. Además, la biblioteca se clausura al atardecer. Podéis venir otro día.

—Guarda el mal humor para los jóvenes, no para mí —dijo Ghiro con tono amenazador, y elevó la barbilla con orgullo.

—Discúlpame, pero no estoy de acuerdo con la presencia de un humano aquí. —Fadastar suspiró resignado y, agachando la cabeza, les indicó que lo siguieran.

Atravesaron un largo pasillo con bancos a cada lado. Al llegar al final, los hizo detenerse ante una segunda puerta, esta de madera y sin grabados. En un rincón había un viejo baúl. Ghiro fue hacia él y dejó la capa dentro. Alhanna lo imitó.

—Alhanna, la espada también. Y la daga —le indicó Ghiro.

—El puñal no me importa. —Lo arrojó sobre su capa dentro del baúl—. La espada me la quedo, Kishur me ordenó que bajo ningún concepto me desprendiera de ella, es parte de mi entrenamiento.

Ghiro enrojeció de pronto mientras aguantaba las ganas de gritar, y Alhanna abrió los ojos al percatarse de que había dicho su nombre. Ambos guardaron silencio.

—No me importa quién sea ese tal Kishur, puede entrenarte todo lo que quiera fuera de mis dominios —dijo Fadastar con voz ronca—. Pero no vas a acceder con un arma, son las normas.

—Voy a entrar con la espada y, si tienes alguna objeción, házsela saber al rey.

—¿Me faltas el respeto? —Fadastar alzó la voz, alterado.

—Por supuesto que no, pero yo también tengo que seguir ciertas normas —contestó Alhanna, posando la mano en la empuñadura de la espada.

—Me temo que la joven tiene razón —intervino Ghiro mientras se dejaba caer sobre el bastón e intentaba aparentar tranquilidad. No le agradaba el cariz que estaba tomando la discusión—. Su majestad encargó a Kishur entrenarla y a ella obedecer cada directriz de su maestro. No hacerlo sería ir contra la palabra del rey.

Alhanna retiró la mano de la espada y relajó los hombros. ¿Por qué los dáricos eran tan difíciles de tratar? Cada palabra parecía provocar una reacción incomprensible para ella.

—Está bien, pero le comunicaré mis quejas al rey —amenazó Fadastar.

—Por supuesto.

Entraron sin más percances, con la espada de Alhanna abrochada en su cintura. El interior era enorme, con una escalera que ascendía en espiral, rodeando la gran sala. El techo era una cúpula de cristal que desde el exterior no había podido apreciar a causa de la niebla que la ocultaba. Decenas de estanterías y miles de libros completaban un espectáculo sobrecogedor. Olía a tinta y a papel, a humedad y a cuero viejo. Tuvo que reconocer que, pese a no gustarle la lectura, aquel era un lugar hermoso.

—¿Conoces las normas? —preguntó a Alhanna, y ella negó con la cabeza—. Está prohibido encender velas, y sobra decir que está terminantemente prohibido usar la endomia. —Fadastar carraspeó, visiblemente incómodo por tener que admitir que un humano poseía semejante don—. Cada libro o documento que cojas debe volver a ser colocado en el mismo lugar y del mismo modo en el que lo encontraste. Esto implica, evidentemente, que no puedes sustraer nada de la biblioteca ni tampoco sacarlo de su planta. Y la norma más importante, porque todo el mundo la ignora: guardar silencio.

Nada de gritos, silbidos ni golpes en la mesa y, por los dioses, ni se te ocurra cantar. A los humanos os gusta cantar, o eso he oído. Os ruego que no paséis por la tercera planta, donde se encuentra el analista sociólogo Jaen-Del terminando su último libro; le hemos prometido espacio y silencio.

Los pocos dáricos que se encontraban en ese momento levantaron la vista de los manuscritos que tenían entre manos. Ghiro se rascó la nuca.

—Esto no es necesario —dijo el anciano, levantando el bastón ligeramente para aliviar la presión de su mano—. Alhanna sabe como comportarse.

—Es la costumbre, me gusta dejar las cosas claras desde el principio. —Volvió a mirar a Alhanna, que guardaba silencio—. Como eres humana, si la escasa luz te molesta, al fondo encontraréis el acceso a una habitación aislada; en ella podréis encender velas o conseguir una esfera blanca. Normalmente solo dejamos que entren ahí los documentos catalogados con nivel uno, por el riesgo que conlleva, pero consentiremos como excepción que pueda llevar hasta los de nivel tres y ni uno más.

—Es de agradecer, Fadastar —dijo Ghiro.

Inclinó la cabeza y se volvió para regresar a su puesto.

—¿No te olvidas de algo? —Ghiro posó la mano sobre su hombro para impedir que se marchara—. Mi señor, si bien recuerdo, te solicitó la llave.

—No lo he olvidado, pero tenía la esperanza de que tú sí. —Relajó los hombros y sacó una cadena dorada, de grandes eslabones, que llevaba en el bolsillo de la túnica. Una llave colgaba de ella—. Aquí la tienes. Y por los dioses, Ghiro, no dejes que esta criatura estropee nada.

Asintió y cogió la llave. Alhanna le lanzó una mirada desabrida a Fadastar que hizo que el dárico diera un brinco. Sus pupilas eran oscuras, pero parecían dos témpanos de hielo. Ghiro caminó y se interpuso entre ellos.

—Vamos —dijo Ghiro, y comenzó a subir las escaleras.

Los peldaños eran altos para Alhanna. Trató de ignorar que eran el blanco de todas las miradas, pero los pinchazos que sentía en las sienes no se lo ponían fácil. Quiso gritarles a todos que dejaran de usar la visión con ella, pero decidió que no les concedería el placer de verla perder los estribos. Ghiro y Kishur no merecían que los dejara en ridículo. El anciano se detuvo al llegar a la segunda planta.

—Detesto que me traten como si fueran superiores a mí —dijo irritada Alhanna, y lo hizo en un susurro, pero eso no impidió que los demás la escucharan—. Comprendo que este no es mi lugar, pero no necesito que me lo recuerden a cada paso que doy.

Ghiro sacudió la cabeza con desaprobación, tomó a Alhanna del brazo y la condujo con apremio hacia una puerta de doble hoja. Accedieron a una amplia sala, con estanterías rebosantes de libros. Estaba solos en la penumbra.

—¿Y has oído como ese imbécil de Fadastar ha pronunciado el nombre de Kishur? —Continuó Alhanna, imaginando que el anciano se había encerrado allí con ella para que nadie pudiera escucharlos.

—No sabe quién es, recuérdalo. —Ghiro se rascó la nuca, mirando a la joven con preocupación—. Y procura no volver a pronunciar su nombre en lo que resta de día.

—Como quieras. —El humor de la joven empeoraba por momentos—. Pero es un tremendo desprecio hacia él. Es como si fuera invisible para todos, solo ven lo que representa. Es el dárico gris o el rey. —Apretó los puños, furiosa—. ¡Él es mucho más que todo eso! Merece que puedan reconocerlo, que lo miren a los ojos y digan su nombre.

El anciano la observó, desconcertado. Sintió escalofríos. Una sensación extraña lo embargó; la unión que había nacido entre la chica y su señor era demasiado fuerte. Tuvo que apoyarse en el bastón con firmeza. Ghiro guardó silencio. Le había cogido cariño a Alhanna, pero seguía pensando que su señor cometía un grave error al mantenerla a su lado. Temía por él, por lo que pudiera llegar a hacer para protegerla.

—A veces creo que eres la única que está junto a mi señor sin esperar de él nada a cambio. —Miró a la joven a los ojos—. Incluso yo me mantengo a su lado porque lo necesito. Intento convencerlo para regresar a Alviat... Pero mientras tú sigas con él, mis ruegos no servirán de nada.

—¿Qué tratas de decirme? —preguntó ella a la defensiva.

—Creo que ya lo sabes. Tenerte tan cerca lo está exponiendo a un riesgo que mi señor no se ha molestado en calcular. O, si lo ha hecho, ha optado por ignorar. —Decidió terminar lo que había comenzado a decir sin importarle las consecuencias—. Forzar la introducción de un ser humano entre nosotros ha representado un agravio para nuestra gente. Nadie osará decirlo en voz alta, porque respetan y temen a su monarca, pero me asusta que en sus corazones hayan comenzado a dudar de él. Nunca había tenido que preocuparme por algo así; el dárico gris siempre se ha impuesto con fuerza sobre los demás, pero tú lo debilitas.

Alhanna contuvo el aliento y se llevó la mano al estómago, que notaba revuelto de pronto. Gaz le había dicho lo mismo, incluso le había pedido que abandonara a Kishur. ¿También se lo iba a pedir Ghiro? El anciano lanzó un largo suspiró y luego sonrió.

—¿Por qué Kishur dio el golpe de estado? —preguntó al fin la joven, resuelta.

—Para proteger a su gente de un loco, para salvarnos de un mal rey que se encaminaba a destruirnos. —Las palabras de Ghiro sonaron cargadas de rabia—. Espero que esto te sirva para apagar tu curiosidad y no volvamos a sacar el tema.

Sin esperar una respuesta, salió de la estancia acompañado de Alhanna. La débil luz que entraba a través de la cúpula se reflejaba en los adornos plateados de la baranda. Alhanna miró hacia abajo: las estanterías se disponían en una espiral, encerrando en su interior una formación de mesas alargadas alrededor de las cuales estaban reunidos los lectores. Algunas cabezas se alzaron hacia ella, y Alhanna sintió rabia ante todos aquellos ojos negros. Pensó en Kishur y en si odiaría ser quién era.

El agua estaba helada cuando Kishur despertó, todavía dentro de la bañera. Sentía molestias en el cuello; había dormido con la cabeza apoyada en el borde. La luz mortecina del día entraba a través de la ventana. Reinaba el silencio, pero tenía presentes aún los gemidos de la joven en su oído. Se había marchado sin despedirse, como era de esperar, y Kishur sintió remordimientos por haberse dejado llevar. Esperaba que lo ocurrido no tuviera consecuencias para ella, no estaba seguro de cuánto conocía la dama roja sobre lo que hacía y con quién. A veces parecía que lo observara día y noche, sin descanso.

Salió de la bañera y tomó una de las toallas para secarse. La enrolló en su cintura y caminó hacia el espejo. Estuvo un buen rato contemplando la imagen que le ofrecía. Tenía el cabello largo y más gris de lo que deseaba, como hebras de plata. Reparó en cada una de las cicatrices de su cuerpo; algunas veces casi lograba olvidarlas, pero allí estaban, recordándole quién había sido. Quién era.

Pensó en el pasado, en aquella vez en la que reconoció no ser el dárico que todos esperaban. Lo hizo en Alviat, cuando encontró a una joven de cabello dorado subida al balcón de la media luna mientras él leía un libro, alejado de todos. Casi podía palpar la suavidad de su pelo, el calor de su piel. ¿Dónde estaría ella en esos momentos? Cerró los ojos, inspirando para llenar sus pulmones.

Deseó tener la cajita de plata entre sus manos, quería sentir el frío del metal entre los dedos arrugados por el agua. Pero la había dejado olvidada en un bolsillo de su capa.

Miró sus ojos en el espejo, oscuros y profundos. Era la misma mirada de siempre, cansada y cargada de rencor. Golpeó el cristal con el puño, justo sobre el reflejo de su rostro. El golpe no había sido violento, pero el cristal se quebró de todos modos y los nudillos comenzaron a sangrarle. Observó de nuevo aquellos ojos a través de las grietas del espejo.

«Te odio, dárico gris».

En la segunda planta también estaba la sala de los textos antiguos. Ghiro le había explicado a Alhanna que nadie solía entrar en ella para no estropear los libros, ni siquiera para limpiar el polvo. Se fijó en la pequeña puerta de roble macizo: tenía la imagen de un dragón con las alas desplegadas tallada en el centro.

Ghiro metió la llave en la cerradura y aguardó. Alguien subía a toda prisa hacia ellos; era Alfar, cargado con un enorme libro. Se detuvo a su lado, sonriendo.

—¡Llegáis tarde! Antes os estuve buscando y no os vi —dijo con entusiasmo. Alhanna contempló el pesado tomo que llevaba encima—. Dieron una conferencia sobre teología y el estudio de Teos-Kal, os habría gustado.

—Lo dudo mucho —dijo Alhanna entre dientes.

Alfar soltó una carcajada y se tapó la boca con una mano cuando recordó dónde estaban. Luego se despidió con la mano y siguió subiendo las escaleras. Alhanna

sonrió. El gusto que el joven tenía por la lectura le parecía impresionante: en un día festivo, había escogido ir a la biblioteca. Kishur, por otro lado, había estado entrenando. No se parecían en nada a pesar de ser hermanos, y supuso que era la diferencia de edad lo que los hacía distintos. Se alegraba de que Alfar no estuviera enfadado por su comentario de la noche anterior sobre el golpe de estado. No recordaba haberlo visto enojado antes, siempre parecía feliz.

Ghiro introdujo la llave y escuchó entusiasmado el volteo articulado de los engranajes del mecanismo de apertura; empujó la puerta con el bastón y le cedió el paso. La estancia estaba a oscuras y era más pequeña de lo que Alhanna había imaginado. Tenía una mesa en el centro con varias sillas y cuatro estanterías altas, y la única ventana estaba tan sucia que la luz apenas lograba vencer la opacidad del cristal. Entraron. El aire estaba viciado con un desagradable olor a humedad.

—Está demasiado oscuro aquí dentro, y estos libros no podemos sacarlos de aquí. —Ghiro se apoyó en una de las sillas—. Va a ser difícil que puedas leer.

Al final de la estancia, bajo la ventana, había una tarima con una altura de tres escalones. La superficie era de mármol y no de piedra agreste como el resto del suelo. Contenía un pedestal de madera con una vitrina rectangular. Captó la atención de Alhanna, que se acercó a admirar lo que los cristales protegían: un enorme libro de cuero negro, con el relieve de un dragón. Tenía las fauces abiertas y las alas desplegadas.

—Usáis relieves de dragones como símbolo de importancia o estatus. Eso me dice que este no es un libro cualquiera. —Acarició el cristal polvoriento de la vidriera.

—Es costumbre aquí en Fraem-Lab. Al parecer sí atiendes en clase... —comentó Ghiro, dejando el bastón y acariciando su mano entumecida—. Me agrada que el libro haya captado tu atención. Es la razón por la que hemos entrado aquí.

Sobre la vitrina descansaba una especie de mantel cuidadosamente doblado. Era de terciopelo negro con ribetes dorados. Ghiro lo cogió y lo extendió con sutileza sobre la mesa. Con extrema delicadeza, abrió la vitrina, cogió el libro y lo colocó sobre la suave tela. El papel estaba desgastado y había adquirido con el tiempo un tono amarillento, y algunas páginas estaban incluso cuarteadas. Con sumo cuidado, pasó la primera, manteniendo la respiración como si temiera que se deshiciese en sus manos.

—Apenas veo —dijo Alhanna mientras se inclinaba hacia el libro.

—Ya me lo temía. En esta estancia no podemos traer una esfera de luz y tampoco podemos dejar la puerta abierta. Debemos darnos prisa, antes de que oscurezca.

Revisó las dos páginas que tenía ante ella. Los marcos estaban ribeteados con una planta de yedra dorada con los tallos entrelazados. El contenido había sido escrito con tinta negra.

—Lo llamamos el Libro Negro. Fue escrito por Raehlan-Tae cuando era anciano. No sabemos de qué trata, porque no llegó a traducirse —explicó Ghiro—. Este una réplica del original; el verdadero desapareció hace más de mil ágaras. Desde entonces

se ha producido una sucesión de copias, esta debe de tener al menos doscientas ágaras.

Alhanna entrecerró los ojos. Podía ver las letras pese a la molesta falta de luz. La escritura era hermosa, era como una intrincada enredadera de finísimo tallo. Pasó la mirada de un extremo a otro del papel, pero no logró entender ni una sola palabra.

—¿Esto está escrito en lengua Sáhica? Porque soy incapaz de leerlo —dijo Alhanna, algo desconcertada.

—Pero leíste mi manuscrito. —Se dirigió a una estantería y tomó dos libros con sumo cuidado. Le mostró las cubiertas a la joven—. ¿Puedes traducir los títulos?

—*El devastador* y *La creación de Muriath*.

Alhanna regresó al gran Libro Negro. Nada. Eran símbolos distintos: no era el mismo idioma, o por lo menos no la misma escritura.

—No entiendo lo que dice, lo siento. Solo veo garabatos.

—Supongo que se ha copiado tantas veces por quienes no conocían la lengua Sáhica que el resultado es este. —Cerró el libro con cuidado y pasó la yema de los dedos por la cubierta, decepcionado—. No imaginas el tiempo que pasé pensando en el libro mientras estudiaba aquí; incluso participé en una investigación para localizar en los archivos algo más referente a él. No encontramos absolutamente nada.

Tomó asiento, cansado. Alhanna devolvió el Libro Negro a su lugar, colocándolo con cuidado. Acarició la cubierta y repasó el relieve del dragón con los dedos.

—Presentía que el libro hablaba de la coronación de Raehlan-Tae y tenía la esperanza de que describiera al Dragón —comentó Ghiro con pesadumbre mientras la joven regresaba a su lado—. Si es cierto que el mismo rey lo escribió, guardaba esa sospecha.

—¿Conocía la lengua Sáhica?

—Sí, Raehlan-Tae poseía un gran saber. Cuando el Dragón apareció para salvar su vida y coronarlo, fue el único que logró levantar la vista para observarlo. Los presentes cayeron derrotados por su abrumador poder y no pudieron más que contemplar el suelo cubierto de nieve. —Ghiro sonrió como si el privilegio que tuvo el monarca lo llenara de orgullo—. ¿Imaginas ser el único capaz de contemplar a un dios y recibir su reconocimiento?

—Supongo que eso le hizo especial. —Alhanna se apoyó en una de las estanterías —. ¿Y cómo lo describió?

—No lo hizo, jamás mencionó el aspecto del Dragón. Ese es un secreto que guardó para sí. —Miró de nuevo el libro con añoranza—. Puede que lo desvelara aquí, quién sabe.

—Entonces, aseguráis que un dios descendió del cielo en forma dárica para salvar la vida de un agricultor, que reconoció su sacrificio convirtiéndolo en rey, pero que ningún testigo fue capaz de verlo. —Alhanna suspiró y negó con la cabeza—. ¿Eso no os vuelve un poco engreídos? Dais por hecho que tomó una forma como la vuestra, pero ¿por qué la dárica y no la kalasty? Y, a pesar de no intervenir con los seres

mortales ni emitir palabra alguna, lo hizo por Raehlan-Tae. ¿Por qué?

Ghiro la miró sorprendido, como si jamás se hubiera detenido a plantearse semejante cuestión. Iba a contestar, pero había perdido la voz. Su rostro se tornó rojo como la grana y Alhanna se arrepintió de sus palabras de inmediato.

—No quiero molestarte, sé que eres creyente —se disculpó ella—. Es que, si nadie pudo atestiguar que realmente fuera el Dragón, podría haber sido cualquier otro ser quien coronara a Raehlan-Tae.

A Alhanna le sorprendió el silencio del anciano. Había esperado que la reprendiese por plantear semejante blasfemia, hasta que se enfadara. Sin embargo, la miraba sin decir nada, como si estuviera analizando sus palabras.

—Supongo que nunca sabremos qué verdad encierra el Libro Negro —afirmó Ghiro tras un largo periodo de silencio—. Haces que mis ideas se tambaleen, Alhanna.

—¿Y eso te pone triste?

—No, me asusta. Que logres hacerme callar a mí es prueba del peso que pueden tener tus ideas en otros menos creyentes que yo. Nunca hemos compartido nuestro legado con un humano, así que no tuvimos que preocuparnos de las dudas que pudieran generar nuestras creencias o nuestra historia. —Parecía un reproche, aunque el anciano esbozó una amable sonrisa—. Eres peligrosa, en más sentidos de los que imaginaba.

Y, de nuevo, ahí estaba. Alhanna sintió su estómago arder.

—Entonces, lo mejor sería que abandonara este lugar, que dejara a Kishur.

Despegó la espalda de la estantería y Ghiro la miró con sorpresa, preparando unas palabras que no fue capaz de pronunciar. Alhanna sintió un hormigueo en las manos y un calor extraño recorriendo su cuerpo; era como si su tatuaje quisiera escapar de su cuerpo.

—Supongo que me habrás traído aquí para algo más que intentar traducir ese libro escrito por un rey que murió hace ya dos mil ágaras. —Alhanna sonrió y el anciano relajó los hombros—. Olvidemos la conversación y aprovechemos el tiempo.

—Eso me parece bien.

El tiempo había empeorado y la nieve no tardaría en volver a caer. Kishur había subido a la muralla, justo al punto donde sospechaba que Alhanna había estado. Deseaba contemplar lo mismo que ella, averiguar qué la había traído hasta aquel lugar. El viento arrastraba nubes oscuras que cubrían el horizonte. Pudo ver el reflejo de los relámpagos. Bajó, descendiendo ágilmente por el tronco del pino. Le había sorprendido que Alhanna hubiese sido capaz de encaramarse al muro de ese modo.

Una vez abajo, comenzó a deshacer el camino para regresar al centro. Faltaba poco para que la ceremonia comenzara. Metió la mano en el bolsillo del pantalón para asegurarse de que el trozo de papel estuviera allí. Era su discurso. Lo había

memorizado, pero se sentía más seguro llevándolo encima. Era corto y conciso: haría mención al glorioso reinado de Raehlan-Tae y acabaría agradeciendo que salvara el honor de los dáricos con su sacrificio. Sonrió al pensar en el primer rey. ¿Estaría de acuerdo con la celebración y la forma en la que habían idealizado su figura?

El suelo crujía bajo el peso de sus botas, y podía escuchar las aves con total claridad. Las calles estaban desiertas: a esas horas todos debían de estar comiendo. Pero él no tenía hambre.

Cruzó un recodo y se internó en una avenida estrecha. Al otro lado, vio a alguien que miraba en su dirección. Kishur se detuvo al instante. Era un dárico. Mechones rubios de pelo se le escapaban de debajo de la capucha, que le impedía verle el rostro. El desconocido dio media vuelta y desapareció de su vista al desviarse hacia otra calle. Aceleró el paso para seguirlo y cuando llegó al cruce se detuvo; no había huellas en el suelo. Ni rastro. «Alguien a quien volverás a ver, dárico gris». En su cabeza resonaron las palabras que le había dirigido el ser que había interrumpido a la dama roja la noche en que esta se presentó en la estancia de Alhanna. Un mal presagio lo invadió: se le secó la garganta y sintió una punzada en las sienes. Ocurría algo.

Sin rumbo fijo, comenzó a recorrer las calles del centro, ignorando a los que pasaban por su lado. Sus pasos lo llevaron al patio de entrenamiento, que se encontraba vacío. Iba a marcharse cuando algo captó su atención, al otro extremo, en el mismo lugar donde Alhanna y Tottem se habían ocultado para entrenar con el arco. Una sombra se movía de un lado a otro, mecida por el aire. Fue hacia allí con paso decidido.

Un silencio arraigado invadía el solitario patio. Solo se escuchaba el bamboleo de los árboles y el roce de las espigas contra el suelo.

Kishur alzó la cabeza para mirar al joven que colgaba por el cuello, proyectando su sombra hacia sus pies. Su cabello era castaño y corto y llevaba una túnica de endómico. Por su edad, debía de ser un novicio. La cuerda estaba atada al tejado del almacén, sobre un montón de heno. Se fijó en que la diana que Alhanna había usado para practicar seguía allí.

Escuchó pasos; eran dos hajaeks que caminaban por el patio sin percatarse de su presencia. Cuando lo vieron, quedaron paralizados.

—¡Avisad al comandante! —les ordenó.

Miraron el cuerpo que colgaba del tejado y no dudaron: salieron corriendo. Kishur caminó alrededor del ahorcado, observando con atención. Los pies del joven estaban a medio metro del suelo, pero no había nada que lo hubiera podido ayudar a subirse. Revisó las huellas: la nieve que caía no había logrado ocultarlas. Eran recientes. Las siguió hasta ver las señales de unos dedos en la viga. Contempló el rostro y descartó que se hubiera lanzado desde el tejado con la cuerda al cuello, ya que ni siquiera parecía que lo tuviera roto. Su boca estaba abierta, pero su lengua permanecía en el interior. Había muerto con dolor, posiblemente de asfixia, pero no ahorcado.

Trepó por el edificio sirviéndose de algunos tablones sueltos y cortó la cuerda con su espada. El cuerpo cayó sobre la paja. Al bajar, lo arrastró hacia el suelo y lo dejó en la nieve. Revisó con cuidado de no tocarlo, no quería comprometer las pruebas que pudieran hallar en el cuerpo. Aflojó el nudo situado en la parte posterior del cuello del joven y retiró la cuerda. El surco tenía una dirección horizontal, cuando debería ascender hacia el nudo. También le extrañó que no presentara las lesiones propias de un ahorcamiento, producidas por el dogal en el cuello. ¿Y entonces? ¿Un lazo?

Estaba de cuclillas, con las manos apoyadas en las piernas, concentrado. Tuvo la sensación de que alguien había cometido aquel asesinato para que él lo viera.

Llegaron dos capitanes y un profesor, seguidos por una docena de estudiantes hajaeks y los dos jóvenes que habían dado el aviso. Solo se acercaron los adultos, y lo hicieron con cautela. Contemplaron la escena y aguardaron hasta que Kishur levantó la cabeza para dirigirse a ellos. Uno de los profesores retrocedió ante su adusta mirada.

—Detened todo. Que el ejército patrulle la ciudad, y reunid aquí a cada habitante de Fraem-Lab. —Kishur se puso en pie—. No es un suicidio: ha sido asesinado.

Sus palabras causaron la conmoción que había imaginado. No había peor crimen que el de un dárico asesinando a otro. Y no era casualidad que hubiesen escogido ese día para hacerlo, justo durante la celebración del sacrificio de Raehlan-Tae al interceptar la espada de Parandaus, la espada que iba a dar muerte a otro dárico. Aquel acto había salvado a su pueblo y había sido recompensado con la corona.

Miró hacia el cielo. Comenzaba a nevar.

«¿Acudirá ahora el Dragón a salvarnos de nuestros crímenes?». Kishur sonrió.

Ya se había acostumbrado al peculiar olor que impregnaba la estancia. Tenía el polvo metido en la nariz y le picaban los ojos. Alhanna estaba apoyada en una de las estanterías debajo de la pequeña ventana para aprovechar la escasa claridad que entraba por ella. Ghiro había traído un libro consigo y leía sentado a la mesa. Los envolvía el silencio casi desgarrador de la biblioteca. Ni siquiera se escuchaban pisadas en los pasillos o en la planta de arriba. Miró la figura del anciano, que pasaba las páginas despacio; el tiempo parecía ralentizado allí dentro. Separó la espalda de la estantería y dejó el libro en su lugar. Paseó entre las filas de estantes, revisando los títulos.

—No veo prácticamente nada. —Alhanna se frotó los ojos y se detuvo.

Ghiro levantó la cabeza para observarla. Sonrió.

—Vamos, cierra la puerta con el cerrojo —le dijo Ghiro. Le tendió la cadenilla con la llave y Alhanna la cogió—. Mi señor me permitió, en caso de necesidad, encender una luz para que pudieras leer.

—Si Fadastar lo descubre, morirá de un infarto. —La simple idea le hizo reír. Metió la llave en la cerradura y le dio un par de vueltas—. ¿Qué clase de luz vas a

encender?

Dejó la llave en la cerradura. Ghiro sacó una vela roja de uno de los bolsillos y la puso sobre la superficie gastada de la mesa. Buscó en otro bolsillo y, al no encontrar nada, se puso en pie para revisar los del pantalón. Se tentó por todos lados.

—Me he olvidado del yesquero —admitió al cabo de un rato—. ¿Qué le vamos a hacer? No sé dónde tengo la cabeza. Pues me temo que tendremos que conformarnos con esta luz, porque no puedo usar la endomia para encender la vela.

Alhanna negó con la cabeza y paseó de nuevo por la estancia. Tendrían que marcharse, a ciegas no podría leer. De todos modos, estaba cansada.

—Si no puedo leer, podemos hablar —propuso Alhanna recordando el libro que acababa de dejar en la estantería—. Acabo de terminar uno que hablaba del nacimiento de Trivaz. Contaba que fue el primer demonio creado por el Dragón, nacido para servirle. De hecho, en Sáhico, Trivaz significa «siervo». —Le gustó ver la sorpresa dibujada en el rostro de Ghiro—. Debió de gozar de una buena posición en la era del Dragón, si realmente fue el primero al que creó. Sin embargo, no mencionaba que lo hiciera a partir de su propio corazón, cortándolo por la mitad. ¿Es una invención de después?

—Es posible, las leyendas cambian con el paso del tiempo. Por eso es muy importante que sepas distinguir los cuentos de la verdadera historia. —Ghiro rio con suavidad—. Trivaz es solo un mito, Alhanna, no le prestes demasiada atención.

La vela continuaba sobre la mesa. Alhanna la observó durante un momento y alargó el brazo derecho en su dirección. Chascó los dedos y la llama prendió. Ghiro dio un salto de la mesa, tirando la silla hacia atrás. «¡Mierda!», pensó Alhanna al darse cuenta del error que había cometido. ¿Cómo iba a explicar que un endómico llamado Gaz le había mostrado cómo hacer eso?

—Ha sido suerte... —murmuró la joven.

—¿Cómo se te ocurre siquiera intentarlo? Has tenido suerte, sí. Podrías haberme quemado. ¡Y en una estancia tan pequeña!

—¿Tanto miedo me tienes?

—¡Y encima me lo preguntas! —Se frotó los brazos como si quisiera desprenderse de algo—. No sabes nada de endomia ni de cómo usar tu poder; lo que me pasó a mí debería servirte de lección. Los profesores rechazarían darte clases si supieran lo que acabas de hacer. Mi señor les aseguró que eras responsable y que nunca usabas la endomia sin supervisión. ¿Entiendes el embrollo en el que lo meterías?

Lo cierto era que no lo comprendía. Kishur era el rey, no debería importarle lo que otros opinaran. Y ella no iba a permanecer en una jaula solo porque le tuvieran miedo. Se alejó de Ghiro y paseó de nuevo por la estancia, intentando serenarse.

—Lo hice sin pensar, no volverá a pasar —dijo al fin, para tranquilizar a Ghiro.

—Bueno, mejor será que lo mantengamos en secreto. —Miró la vela con atención —. Me has impresionado, ha sido un uso perfecto de la endomia. Pero debes tener mucho cuidado: recuerda que has encendido esa llama con una diminuta parte de tu

lanfe. Te has deshecho de esa energía y, esta vez, tu tatuaje no la ha recuperado.

—No he notado nada extraño. —Comprobó que era cierto, su tatuaje seguía sobre la piel.

—Ese es el comienzo: poder y sosiego. Luego, llega la pérdida de tanto lanfe que ya no puedes controlarlo ni revertirlo. Ten cuidado —le advirtió el anciano, que ahora tenía la atención de Alhanna.

Observó la nuca de Ghiro, que regresaba a la lectura de su libro, y suspiró. Tenía razón: no podía arriesgarse a usar la endomia de cualquier forma. Pensó en Gaz un momento y se dio cuenta de que no tenía ningún cuidado; era como si no le importara usar su lanfe. Rodeó la mesa y fue hacia el otro lado. Pasó los dedos por las cubiertas de los libros, colocados en filas en el estante que tenía a la altura de los ojos. Los había de muchos colores y tamaños. Notó un ligero pinchazo sobre la piel y se detuvo en un viejo tomo de cuero rancio y cuarteado. Lo cogió entre las manos y leyó el título. Algo en aquella portada la incitaba a abrir el libro.

—Ghiro, ¿quién es el Guerrero del Dragón?

Se giró para observar al anciano, que le devolvió una mirada extraña. Parecía preocupado. Se rascó la cicatriz del rostro y se puso de nuevo en pie, esta vez con cautela y ayudándose del bastón. Fue hacia ella. Le quitó el libro de las manos y lo revisó. No tenía nada de especial, solo un título grabado con letras de color negro.

—Nunca imaginé que hubiera esta clase de libros aquí... Nadie es capaz de traducirlos, por lo que es natural que pasen desapercibidos. —Ghiro lo devolvió a su lugar—. Si se supiera, quemarían todos los libros que hay en la estancia para asegurar que no quedase ninguno como este. Está prohibido hablar de ese ser, Alhanna. No lo mencionaremos. Sería doloroso que se deshicieran de estas antigüedades, así que olvidaremos que lo has encontrado.

—Hoy vamos a guardar muchos secretos, Ghiro —dijo Alhanna sonriendo.

—Eso parece. Estoy incumpliendo demasiadas normas por tu culpa, comenzando con la vela. —El anciano suspiró resignado mientras regresaba a su sitio.

La llama osciló ante sus ojos cuando tomó asiento. Cerró el libro que había estado leyendo y se fijó en que Alhanna seguía de pie frente a la estantería.

—Dime quién es el Guerrero del Dragón —solicitó la joven.

—Está prohibido hablar de él por ley —le explicó—. Sabemos muy poco sobre él, su mención quedó censurada hace dos mil ágaras, cuando comenzó la era de los reyes. La leyenda escrita fue destruida y las voces que trataron de contar su historia acalladas. Con el paso del tiempo, nos olvidamos de su nombre y de quien fue en realidad. —Miró hacia la ventana. Estaba nevando—. Fue el juez de Muriath.

—¿El juez? —Se dirigió hacia la mesa, pero no se sentó.

—Así es. Era la mano derecha del Dragón, el encargado de vigilar el mundo y preservarlo en su estado original. Juzgaba a quienes se atrevían a quebrantar las leyes y atentar contra Muriath y les hacía pagar por ello. Solo sabemos que era tan temido como el mismo Dragón, y que sus palabras eran escuchadas por todos. Cuando

dictaba sentencia, el Dragón la hacía cumplir sin reparar en las repercusiones. Muchos se atrevieron a insinuar que era el Guerrero quien realmente gobernaba en el mundo. —Dejó caer su cabeza sobre las manos, mirando a Alhanna, que estaba absorta en la historia—. Y un día el Guerrero traicionó al Dragón y desapareció sin dejar rastro. Nunca llegó hasta nuestros días el motivo de tal traición, pero es la razón por la que se prohibió hablar de él. Los dáricos castigamos la traición con la pena de muerte, es un delito imperdonable.

Alhanna se sintió fascinada por la historia, por esos seres tan poderosos que parecían haber manejado el mundo a su antojo. Deseaba conocer más de Trivaz y del Guerrero, sin importar que fueran mitos. Pensó en el dios Dragón; sin darse cuenta, sus ojos habían vuelto al Libro Negro de la vitrina.

—Y, ¿por qué crees que el Dragón se marchó a dormir después de crear la Jistar? —Alhanna retiró una silla y tomó asiento.

—Porque aquel en el que había confiado lo traicionó. —Sabía que Ghiro se estaba refiriendo al Guerrero, aunque no lo dijera explícitamente—. Porque la diosa Khaleria también lo traicionó. Y porque tuvo que luchar durante largo tiempo para deshacer todo el mal que ambos habían causado. Y, tras eso, decidió separar a los seres mortales e inmortales con la Jistar. Agotado por todos estos sucesos, se sumió en un largo sueño.

—Quizás el Guerrero matara al Dragón y luego hiciese creer a todos que estaba dormido. Puede que sea la razón por la que levantó la Jistar, para ocultar lo que hizo —dijo Alhanna, ensimismada.

—Voy a fingir que no he oído tamaña blasfemia. —Ghiro suspiró indignado—. Ya falta poco para que comience la ceremonia, puedes irte si lo deseas. Yo terminaré este libro y me marcharé po-
co después.

—¿Me echas? —preguntó en un tono burlón.

—Algo así. —Ghiro rio en una carcajada al ver el rostro enojado de Alhanna—. Creo que por hoy ya hemos tenido suficientes discusiones sobre religión, ¿no te parece?

Ella asintió y fue hacia la puerta. Observó como Ghiro regresaba a la lectura del libro que tenía sobre la mesa: o era de lo más interesante o estaba fingiéndolo para deshacerse de ella. Pero no le importó, tenía ganas de marcharse de la lúgubre estancia. Apretó el tomo que escondía bajo la capa para evitar que cayera al suelo. Tras cerrar la puerta, sonrió. Nadie destruiría el libro sobre el Guerrero. Ella lo protegería.

Liampa

El tiempo estaba empeorando. El viento arrastraba los copos de nieve por toda la llanura y la bruma comenzaba a condensarse. La ciudad de Fraem-Lab quedaba lejos, era imposible apreciarla desde allí. Habían pasado varias semanas desde que los dáricos y Alhanna estuvieron en ese lugar, luchando contra el demonio. El cuerpo carbonizado de la criatura yacía bajo un metro de nieve. Ya no quedaba rastro del paso de los dáricos ni del arco de fuego de Ghiro. El tiempo lo había borrado todo. Sin embargo, una masa oscura, pringosa y adherida al hielo seguía sobre la superficie, derritiendo los copos que caían sobre ella. Ni las tormentas ni el paso de los días habían logrado eliminar aquellos restos.

La dama roja se acercó, sujetando su capucha contra el viento. Contenía el aliento, como si temiera respirar cerca de aquella cosa. Era una mancha pequeña.

Alzó la vista para mirar a su acompañante que, al igual que ella, se protegía del temporal con la capa. También observaba la masa oscura, concentrado y en silencio, como si ella no estuviera allí.

—¿Esto es lo que deseabas mostrarme? —preguntó en un susurro casi inaudible.

—El demonio no fue lo único del mundo inmortal que estuvo aquí —afirmó él con la voz cargada de rencor—. No tardaré en averiguar quién rasgó la barrera para permitirles el paso. Sois pocos los que conocéis cómo hacerlo.

—Intentó atrapar a la humana. ¿Hay alguien más tras sus pasos?

—Es posible. —Se acuclilló frente a la mancha y la observó detenidamente—. El demonio podría haber matado al dárico gris en su afán por atrapar a la chica.

La dama se estremeció ante la expresión ominosa de su acompañante; sus ojos color ámbar parecían hechos de oro. Él levantó la cabeza y se enderezó. Mantuvo la mirada perdida durante un largo rato, en el que ella no se atrevió a interrumpirle. De pronto, algo se estremeció en su interior; su vello se erizó, y no a causa del frío. Miró en la misma dirección que él: hacia Fraem-Lab. Una emanación de poder provenía de allí. Podía sentirla, tan cálida como si quemase sobre su propia piel.

—Ha usado la endomia —dijo él con rabia mientras volvía la mirada hacia la dama—. Y puede que no hayamos sido los únicos en notarlo. No me arriesgaré a esperar más. Me llevo a la humana. Hoy.

La dama roja lo miró sorprendida; él no solía tomar decisiones tan precipitadas, y

que lo hiciera era desde luego un mal augurio. No podían permitirse un fracaso.

—Si te acercas a esa chica corres el riesgo de ser descubierto. El dárico gris la tendrá vigilada, sabe que la estamos buscando —le recordó ella.

—Por tu culpa. No te has sabido controlar y lo has entorpecido todo. Fuiste tú quien lo puso en alerta. ¿Cómo pudiste pedirle que te la entregara? ¿Pensaste acaso que cedería?

—Me ordenaste no llevármela a la fuerza, así que lo intenté por otros medios. El dárico no sabe nada sobre ella, bien podría haberse deshecho de la chica —afirmó la dama mientras se acomodaba la capa.

—Es evidente que no lo conoces, a pesar de estar tan apegada a él. Espero que muestres más mesura a partir de ahora. —La obsequió con una mirada furiosa—. Regresa a las Avíseas y aguarda mis órdenes.

No pudo más que asentir. La dama roja apretó los dientes. Había dejado a un lado sus objetivos para servirle y comenzaba a arrepentirse. Detestaba estar bajo sus órdenes, nunca había tenido que obedecer a otros y lo odiaba profundamente. Decidida a regresar a su castillo y alejarse de él, dibujó una línea frente a sus ojos y creó una abertura en el aire, que creció hasta dejar espacio suficiente para permitirle el paso. Del otro lado emanaba una bruma oscura que le rodeó las piernas.

—Y, por tu bien, no vuelvas a acercarte al dárico gris —le advirtió él.

El aire le retiró la capucha. El cabello rubio, completamente enredado, se agitaba salvaje sobre sus hombros. Los ojos azules de la dama resplandecieron ante la oscuridad que comenzaba a rodearla. Cruzó el umbral, que se cerró de inmediato tras ella.

Él sonrió, complacido.

Fraem-Lab

Estaba atardeciendo cuando decidió abandonar la pequeña sala. Había dejado cada cosa en su lugar, justo como lo habían encontrado. Recogió la vela, la guardó en su bolsillo y procuró limpiar la cera que se había derramado. Cuando estuvo conforme, salió de allí y cerró con llave. Observó las escaleras y suspiró: a ese paso llegaría a odiarlas.

«Hay demasiado silencio».

No quedaba nadie en la biblioteca. Sabía que pronto comenzaría la ceremonia, pero le resultaba extraño. Mientras bajaba, solo pudo escuchar los golpecitos de su bastón contra los peldaños de mármol. A través de la cúpula de cristal se filtraba una luz lánguida y anaranjada que confería un aspecto incorpóreo a los estantes repletos de libros. Las mesas estaban vacías. Algunos tomos habían quedado abandonados, lo que llamó su atención. Fadastar nunca perdonaría una falta así. La cadena con la llave tintineaba en su mano.

—Ghiro, ¿sigues aquí? —El anciano dio un brinco al escuchar la voz de Alfar.

Aguardó hasta que llegó a su lado. Bajaron juntos.

—¿Dónde se ha metido todo el mundo? —preguntó Ghiro.

—No lo sé. Me avergüenza decirlo, pero me quedé dormido mientras leía y me he despertado hace un momento. —El joven se rascó la punta de la nariz—. Estaba terminando de devolver un libro cuando te he visto bajar.

«Qué afortunada casualidad», pensó el anciano. Recorrieron la planta baja y fueron hacia las puertas; Fadastar no parecía estar por ningún lado, así que ya devolvería la llave en otra ocasión. De pronto, Ghiro comenzó a sentir ahogo en el pecho y miró a Alfar, que caminaba a su lado, con el ceño fruncido.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Ghiro.

—¿Cómo es posible que no lo notes? Hay algo extraño en el aire, pero no logro adivinar de qué se trata.

Claro que Ghiro no era capaz de notarlo: ya no poseía el don de la visión. Al fondo de la sala, una sombra captó su atención. Vio una figura cruzando de una estantería a otra, llevando un libro en las manos. Ghiro reconoció el huesudo rostro de Cadarean.

—¿Quién es? —preguntó Alfar bajando mucho la voz.

—Alguien de quien no debemos preocuparnos, me parece. —Con el bastón, le indicó al joven que abriera la puerta—. Salgamos de aquí.

Recogió su capa del baúl y salieron. El frío los golpeó en la cara. Estaba nevando y el cielo se había cubierto de oscuras nubes. La calle estaba completamente desierta. A pesar de la tormenta, debería haber mucho jolgorio en el centro de la ciudad, pues la ceremonia estaba por empezar. Ghiro prestó atención.

—El coro ya debería estar cantando —dijo Alfar, corroborando las sospechas del anciano—. Ha ocurrido algo y, al parecer, somos los únicos que no se han dado cuenta.

El viento y la nieve parecían no importarle. Alhanna estaba sentada en la fuente del dragón, arrebujada en su capa. Había ido a la plaza del Memorándum para presenciar la ceremonia; ansiaba escuchar qué clase de discurso ofrecería Kishur. Pero estaba completamente sola. Le extrañó que el lugar no estuviera concurrido a esas horas.

Se miró las puntas de los dedos y sonrió al recordar cómo había usado la endomia momentos atrás; le daría las gracias a Gaz cuando volviera a verlo. El libro que hablaba sobre el Guerrero seguía escondido bajo su capa. Era incapaz de soltarlo. No podía explicar por qué lo había robado, pero sentía un deber de protección que era incapaz de entender. Volvió la vista hacia el dragón de piedra.

«¿Es cierto que el Guerrero te traicionó?».

Se puso en pie y acarició la escultura. De nuevo, sintió una corriente eléctrica en su piel. Su cabello suelto revoloteaba en el viento.

—¿Qué haces aquí sola? —La voz de Gaz la sobresaltó.

—Esperaba —dijo ella mientras se giraba para mirarlo. Llevaba el cabello rubio recogido en una trenza—. ¿Dónde están todos?

—Se produjo un incidente y la ceremonia se ha cancelado. Están reunidos en los patios de entrenamiento por orden del rey. —Gaz ladeó ligeramente la cabeza y sonrió—. Supongo que nadie se ha molestado en decírtelo.

Alhanna reparó en el significado de sus palabras.

—Al menos Kishur podría haber venido a buscarme —masculló ella.

—No se lo tengas en cuenta, tiene asuntos mucho más importantes de los que preocuparse. Recuerda que es el monarca, Alhanna. —Ella asintió, lo tenía muy presente—. Siempre será de ese modo.

Gaz se acercó a ella. Olía a tierra húmeda, pero sus ropas estaban secas. Caminaron hacia el resguardo de los arcos y se detuvieron entre dos edificios. Alhanna notaba la mirada del dárico sobre ella.

—¿Qué ocultas bajo la capa? —le preguntó Gaz.

—Un libro. No debería haberlo cogido de la biblioteca, pero no pude evitarlo. No quiero que nadie lo encuentre y lo destruya. —Se lo mostró a Gaz, que lo tomó entre sus manos, observando la cubierta—. Trata de alguien de quien no está permitido

hablar.

—El Guerrero del Dragón. —Gaz leyó el título.

—¿Conoces la lengua Sáhica? —preguntó ella, sorprendida.

—Conozco muchas cosas, Alhanna. Y las compartiré todas contigo si me das la oportunidad. —Gaz no le devolvió el libro, lo mantuvo aferrado en su mano—. Aquí aprenderás historia, pero no toda es verdadera. Si has preguntado por el Guerrero, te habrán contado que traicionó al Dragón. —Ella asintió—. Son unos necios. El Guerrero nunca habría hecho semejante cosa, jamás existirá un ser tan íntegro y bondadoso como él. ¡Nunca! Lo que ocurrió fue injusto, cruel, y no merece ser olvidado de ese modo. Ya ni siquiera recuerdan su nombre.

Alhanna no supo cómo responder a sus palabras. Se dio cuenta de que no lograba controlar su respiración; tenía el pulso acelerado y le palpitaban las sienes. Deseaba recuperar el libro, pero Gaz no parecía interesado en devolvérselo. Durante un breve instante, Alhanna creyó ver un brillo dorado en los ojos del dárico.

—¿Has podido pensar en mi propuesta? —preguntó de pronto él, sobresaltándola.

—Lo he hecho. No he podido quitármelo de la cabeza, y tienes razón: solo le causaré problemas a Kishur. Hoy se me ha hecho evidente; ni siquiera se ha preocupado por buscarme. Me pregunto si me convertiré en una carga para él. También he discutido con Ghiro sobre eso, y parece tener la misma opinión que tú. —Alhanna estaba disgustada y hablaba con un deje de rencor—. Soy consciente de que la mayoría de los habitantes de esta ciudad preferirían verme lejos de aquí.

—Pues entonces vámonos. No les debes nada. Podemos marcharnos ahora mismo, a donde tú desees ir —propuso el dárico.

—¿Cómo? El camino de Liampa está bloqueado por la nieve.

—Eso no es impedimento para mí, hay muchas formas de viajar. —Gaz sonrió y le tendió una mano, y Alhanna se quedó mirándolo—. Sin despedidas, sin reproches. El dárico gris sabrá comprenderlo. Toma mi mano y dejemos este lugar.

Solo tenía que aceptarla. Gaz la miraba expectante mientras ella contemplaba la mano del dárico y sentía como se le retorcían las entrañas. ¿Era capaz de alejarse de Kishur? Deseaba continuar al lado de Gaz, él le daba todas las respuestas que ansiaba y le enseñaba a usar su poder sin miedo.

—Si te hago una pregunta, ¿serás sincero? —Gaz asintió y Alhanna sonrió—. ¿De verdad crees que lo mejor para Kishur es que me aleje de él?

—Sin duda. No solo por los problemas que entraña introducir a una humana en su mundo, sino por el peligro que corre a tu lado cada vez que usas la endomia. —Alhanna abrió mucho los ojos como si acabara de recordar algo—. La has usado hoy, ¿cierto? Los seres inmortales pueden sentir tu poder, notar tu lanfe cuando lo expulsas de tu cuerpo. Y vendrán a buscarte, tal como ocurrió en Liampa. El dárico gris luchará sin preocuparse de su propia vida, y llegará el día en que tenga que enfrentarse a un enemigo al que no podrá vencer. ¿Estás dispuesta a exponerlo?

No tenía ni que pensar la respuesta: jamás pondría en peligro a Kishur de forma deliberada. Alhanna sabía que las palabras de Gaz eran ciertas, había visto luchar a Kishur contra un demonio para protegerla. De pronto, la imagen del dárico yaciendo muerto en el suelo invadió su mente.

Tomó la mano de Gaz con decisión.

Quedaban muchos por llegar. La ciudad era grande y el ejército estaba tardando en barrerla. No había visto a Alhanna por ningún lado y eso comenzaba a preocuparle. Los profesores estaban dentro del cuartel, revisando el censo y anotando los nombres de los presentes. Habían encontrado un segundo cuerpo enterrado bajo el heno, en un establo, y Raysit lo había reconocido como su aprendiz. Tuvo que admitir que sabía de su desaparición, pero que no había logrado recabar ni una sola prueba que lo condujera a averiguar lo que había pasado.

Desde ese momento, reinó el caos. El comandante parecía dispuesto a encerrar a todo el profesorado, y Kishur había tenido que intervenir para tomar el control de los soldados. Buscaban sobre todo a los endómicos; quedaban demasiados estudiantes sin aparecer y eso le preocupaba. Estaba de pie en la puerta del cuartel, flanqueado por hajaeks; docenas de arqueros rodeaban el patio con los arcos en las manos y una flecha lista en la cuerda. El ambiente era tenso.

Kishur se subió la capucha para ocultar su rostro y ordenó a los soldados que no lo siguieran. Quería buscar a su hermano y a Alhanna. No muy lejos de su posición, logró encontrar a Mayara y Ádria. Les hizo una señal para que se acercaran.

—Quiero que vayáis a la biblioteca y busquéis a Ghiro y Alhanna —les dijo cuando llegaron, sin darles tiempo a saludarlo—. Alfar también estará, traedlos cuanto antes.

—Por supuesto. —Mayara bajó la cabeza a modo de reverencia.

Ambos se marcharon de inmediato. Caminó entre los presentes, observando los rostros confusos de los estudiantes y la preocupación de los profesores. En esos momentos deberían estar en la plaza del Memorándum, escuchando las voces del coro y disfrutando de la ceremonia. Apretó los dientes con fuerza. ¿Cómo había podido ocurrir? Alcanzó a ver a un joven endómico que llegó corriendo, escoltado por dos hajaeks. Aún faltaban muchos. ¿Dónde estaban? Las sospechas de Raysit sobre alguien que al parecer los había estado distrayendo de sus clases y obligándolos a abandonar la forja le preocupaban. De ser cierto, tenían a un numeroso grupo de estudiantes de endomia que no podían estar metidos en nada bueno. El qué, no era capaz de vislumbrarlo, pero que hubieran esperado al día de la ceremonia debía significar algo.

Comenzó a pasear para alejarse del bullicio. De reojo, comprobó que Eltsay y Tottem-Hon lo seguían de cerca, debían de estar aguardando alguna orden.

Se detuvo frente a uno de los pinos del patio y se resguardó de la nieve bajo las

ramas. Había demasiado ruido, no podía concentrarse. Pasaba algo más, estaba seguro.

—¿Pesa la corona en tu cabeza?

Kishur cerró los ojos un instante, con la esperanza de que la dama desapareciera. El aroma a jazmín penetró en sus fosas nasales. La miró. Se cubría con una capa oscura en un intento de pasar desapercibida.

—La corona siempre me ha pesado —admitió Kishur.

—Comprendo. —La dama roja esbozó una sonrisa cautivadora, hermosa—. ¿Te has despedido de la humana?

—¿Despedirme? ¿Qué tratas de decir? —Fue hacia ella, pero la dama se alejó al instante y Kishur solo pudo observar como desaparecía entre los presentes.

Seguirla era arriesgado, pero sus pies se movían por inercia. Dejó de sentir el frío. Su corazón palpitaba frenético, como si quisiera salírsele del pecho. Estaba caminando sin rumbo y no veía nada alrededor, solo sombras que se precipitaban hacia él. Advirtió de repente el peso de su espada, que tiraba de él con fuerza, como si buscase derribarlo. ¿Qué estaba pasando? Algo en su interior bullía por salir a la superficie. Quería gritar a pleno pulmón, correr a toda velocidad hasta que sus piernas no fueran capaces de soportarlo. Alhanna, era ella. Siguió andando sin detenerse, sin mirar a nadie, escuchando solo el latido desbocado de su corazón en las sienes.

Eltsay y Tottem-Hon lo seguían. Se lo permitió, podría necesitarlos más adelante. Los diminutos copos de nieve caían con elegancia, dibujando círculos en el cielo al ser mecidos por el viento. Todo, salvo él, estaba en calma. Kishur fue atravesando calles vacías. El silencio era sobrecogedor.

Apremió el paso, alcanzando la plaza del Memorándum. Entró en la plaza y redujo el paso, inspeccionando su entorno, y fijó su atención en la fuente. ¿Estaba solo? Miró hacia atrás; Eltsay y Tottem aguardaban en la entrada, a una distancia prudencial.

No vio nada fuera de lugar, el viento aullaba entre los edificios y la nieve cubría el suelo y los tejados de pizarra. Se bajó la capucha. Kishur rodeó la fuente mientras acariciaba la fría piedra con una mano, sintiendo el aire gélido en su piel. No entendía por qué había ido hasta allí, y por un instante se olvidó de Alhanna. Cuando llegó a la cabeza del dragón, pasó los dedos por el hocico. Allí estaba, aquel extraño hormigueo sobre su piel. Cerró los ojos y, al abrirlos, su entorno cambió.

Era el mismo lugar, pero debía pertenecer a un tiempo antiguo, porque la fuente no existía. Todo había tomado un cariz distinto, embriagador. Sintió un profundo dolor y se llevó las manos desnudas al abdomen, donde vio su propia sangre goteando de una herida que no tenía ni la menor idea de cómo se había producido.

Se arrodilló con fuerzas exiguas. Trató de taponar el tajo para evitar desangrarse, pero era un intento fútil. Iba a morir, lo sabía. Había sombras a su alrededor y un silencio impoluto. Una pluma negra y sedosa flotó ante él. «Dime tu nombre»,

escuchó pronunciar a una voz atronadora que retumbó dentro de su cabeza. El suelo estaba bañado con su sangre.

—¡Mi señor! ¿Qué os ocurre? —La voz alarmada de Eltsay lo despertó.

Se puso en pie rápidamente y se limpió el sudor de la frente con el brazo. ¿Qué había sido esa visión? Levantó la mano para que el hajaek y el arquero se detuvieran. Pensó en echarlos, pero no tuvo ocasión. Escuchó una voz pronunciando su nombre.

Al girarse, se encontró con el rostro de Alhanna. Ella lo miraba atónita, mientras sujetaba la mano de un dárico de cabello dorado. Kishur notó que le ardían las entrañas.

—¡Alhanna! —bramó con todas sus fuerzas.

Alhanna intentó soltar la mano de Gaz, pero el dárico no se lo permitió. Oyó pasos dentro de los edificios entre los que se habían cobijado y creyó ver unas sombras agazapándose en los tejados. El aire se colaba por la callejuela. Al respirar, Alhanna veía su vaho blanquecino contra el cielo ya oscuro del crepúsculo. Kishur permanecía inmóvil. Alhanna deseó ir a su encuentro.

—Quiero despedirme —murmuró Alhanna, sin poder apartar la mirada.

—No puedes; si te acercas al dárico gris, no te permitirá marcharte.

Le pedía un imposible. Kishur estaba allí, a escasos metros de ellos dos. No podía irse sin más. Kishur comenzó a caminar en su dirección y Gaz se apresuró a rodearla con sus brazos. Puso un cuchillo en su cuello. Pasmada, Alhanna se quedó sin aliento al sentir el frío acero de la hoja en su piel. Kishur se detuvo al instante junto a la fuente, desenvainando su espada muy despacio. Tottem preparó una flecha, y Eltsay llevó la mano hasta su arma, pero mantuvieron las distancias.

—¡No te acerques, dárico gris! —le gritó Gaz, y luego aproximó sus labios a la oreja de Alhanna—. Debemos marcharnos, es el momento.

—¡Hazlo! ¡Vamos, córtale el cuello! —le ordenó Kishur.

Alhanna sintió escalofríos al oír sus palabras. Kishur los observaba, impasible, con una mirada ominosa. Parecía que nada le importaba en esos instantes. Solo veía oscuridad en sus ojos, y el viento agitando su cabello gris. Alhanna lo comprendió.

—Hazlo —susurró la joven—. Tendrás que matarme para separarnos.

—La unión que tenéis es más fuerte de lo que había imaginado. —Gaz retiró el cuchillo de su cuello—. Yo nunca te haría daño, Alhanna.

Ella no le creyó. Se pasó la mano por el cuello y sintió alivio. Miró a Kishur, que ya emprendía la marcha hacia ellos y, de pronto, el suelo comenzó a temblar bajo sus pies.

La fuente de piedra estalló en cientos de pedazos. Alhanna contuvo el aliento mientras el polvo grisáceo se levantaba como una gruesa cortina y los fragmentos se precipitaban al suelo. La figura de Kishur desapareció entre la polvareda. Eltsay y Tottem corrían en su dirección.

Alhanna notó la sacudida y su pechó se oprimió, cortándole el aliento. No lograba ver a Kishur y temió que aquella explosión lo hubiese engullido. Sin poder controlarlo, su tatuaje se desprendió de su cuerpo, danzando en espiral a su alrededor. Notaba los músculos tensos y doloridos. La piel le ardía.

—Detente, Alhanna —le rogó Gaz con voz calmada, apartándose de ella.

Kishur reapareció cubierto de polvo, tosiendo.

Eltsay y Tottem se posicionaron a su lado. Los tres miraron hacia el otro extremo. Alhanna siguió la dirección y entonces sus ojos repararon en la criatura que había destruido la fuente: se trataba de un demonio. ¿Lo habría atraído ella al usar su endomia en la biblioteca? Su tatuaje seguía girando, sin descanso. La criatura se alzaba frente a los escombros a los que habían quedado reducidas la fuente y la bonita escultura del dragón, cuya cabeza de piedra reposaba a sus pies. Era delgado y de baja estatura, con el cabello oscuro. Parecía un simple humano, pero no lo era. Sus ojos eran inusualmente grandes y ambarinos.

Kishur estaba totalmente cubierto de polvo gris, que tenía pegado a la cara y el pelo. Había alzado la espada frente a su rostro, preparado para el ataque. Tras él, Eltsay y Tottem estaban para cubrirlo en caso de necesidad. El arquero mantenía la flecha en la cuerda tensada, dispuesto a disparar en cualquier momento. El demonio los ignoró y dirigió su mirada hacia Alhanna, que sintió como aquellos ojos inhumanos la inspeccionaban.

—Ya te lo advertí —dijo Gaz a su espalda—. Las consecuencias de usar tu endomia son estas. Detente ahora o provocarás la llegada de muchos otros demonios.

La joven negó con la cabeza, imbuida por su poder. No sabía cómo iba a pararlo.

Kishur observó al demonio detenidamente. No permitiría que se acercara a Alhanna, cuyo tatuaje continuaba danzando a su alrededor. Gaz estaba a su lado, y, por alguna razón, Kishur supo que el dárico la protegería. A él solo le quedaba luchar para derrotar a aquella criatura.

El aire se agitó en torno a él, cálido, transportando un familiar olor a jazmín.

«Huye, abandona este lugar», le dijo la voz de la dama roja, suave y melódica.

—*¡Barak!* —gritó el dárico a pleno pulmón. Jamás dejaría atrás a Alhanna.

El demonio ladeó la cabeza, confuso. Eltsay y Tottem le flanquearon, y Kishur los miró a ambos y asintió. Se sucedieron entonces una serie de explosiones por toda la plaza: las paredes temblaron y el suelo pareció desgranarse bajo sus pies. El ruido ensordecedor le apuñaló los oídos. El polvo y las rocas se desprendían de los edificios.

—¡Es una trampa! —exclamó Eltsay, furioso.

Todos los edificios que rodeaban la plaza continuaban en pie, pero algunas paredes habían caído y bloqueaban las entradas. Ahora estaban completamente aislados. ¿Alguien había planeado todo aquello? ¿O solo era un desafortunado encuentro?

—*¡Alsagot at Daefanae!*

Lucharían y vencerían al demonio.

Tottem-Hon separó las piernas mientras tensaba una flecha, se acercó la cuerda a los labios y soltó el aire con suavidad. El demonio lo miró. Corrió en su dirección; el arquero contuvo el aliento y disparó cuando lo tuvo a escasos metros. Acertó en su hombro izquierdo y se vio obligado a tirarse al suelo para esquivar la mano de la criatura, cuyos dedos acababan en finas garras. La nieve caía sobre ellos.

Eltsay atacó, provocando que el demonio diera media vuelta y se alejase. Kishur gritó y fue tras él, ambos lo hicieron. Tottem-Hon sacó una nueva flecha de su carcaj.

Kishur lo alcanzó. La criatura y él se miraron, se retaron y dieron unos pasos dibujando medio círculo, manteniendo la distancia. Supo que no quería luchar con él, podía notarlo en su mirada, que parecía estar buscando una salida. En ese momento, alguien lanzó una espada a los pies del demonio. Kishur alzó la vista y vio a una veintena de encapuchados en los tejados de los edificios. Eran los estudiantes de endomia, que debían ser los responsables de las explosiones. El demonio tomó el arma.

—Traidores... —Kishur se había quedado sin aliento. ¿Ayudaban a la criatura en su lucha contra él?—. ¡Traidores entre mi propia gente!

Las palabras quemaron en su garganta.

Hizo una señal a Eltsay para que se mantuviera detrás y arremetió contra el demonio. Las armas chocaron y ambos se deslizaron hacia su derecha. Kishur se agachó para tomar impulso y balanceó el arma hacia el demonio. Saltaron y volvieron a entrelazarse. Kishur le golpeó en el hombro izquierdo con el puño, justo donde la flecha seguía incrustada. El demonio bramó de dolor e intentó cortarle en el abdomen. Kishur lo embistió y rodaron por el suelo. El dárico se puso en pie con rapidez, pero la garra del demonio logró arañarlo en el pecho. Gritó furioso. Se separaron un momento y se atacaron al mismo tiempo, Kishur se impulsó con los pies con un tremendo salto y la espada sujeta por ambas manos. Arremetió contra el demonio tan fuerte como pudo, descargando todo su peso en su contrincante, cuya espada se quebró, y retrocedió al instante, aturdido.

El demonio soltó la espada y miró hacia el tejado, pero ya no había nadie. Intentó alejarse de Kishur. Una flecha cruzó entre ellos y se clavó en el abdomen de la criatura, que lanzó un agudo alarido. Corrió hacia el arquero, enloquecido. Eltsay intentó interponerse entre ellos, pero lo esquivó con gran agilidad. El hajaek llegó a cortarle en una de las piernas, pero eso no lo detuvo. Tottem lanzó otra flecha, que acertó en el pecho del demonio. Se dispuso a preparar otra.

—¡Tottem-Hon, cúbrete! —gritó Kishur.

Su orden llegó tarde. La criatura alcanzó al arquero, lo aferró del cuello con su garra, hundiendo los afilados dedos en su garganta. Su sangre descendió por el brazo del demonio. Eltsay gritó con todas sus fuerzas y se abalanzó sobre él, preparado para matarlo. Atravesó su cuerpo con la espada y la extrajo de inmediato dejando la herida

abierta. El demonio soltó a Tottem y se alejó, tambaleándose, sin apartar la mirada de Eltsay. El arquero se derrumbó sobre la nieve.

—¡Tottem! —Eltsay ayudó a Tottem, que había quedado tumbado en el suelo, y le cubrió el cuello con sus manos—. No es nada... Aguanta, amigo mío, no es nada.

Al arquero le salía sangre por la boca, y sus ojos castaños estaban humedecidos. Eltsay sentía su latido bajo las manos, y la sangre manchaba la nieve. El arquero se esforzaba por respirar, pero el líquido escarlata salía a borbotones por su cuello y su boca. Tottem quedó inmóvil, mirando a Eltsay a los ojos. Movió los labios sin emitir sonido alguno. Supo que trataba de decir su nombre.

—Aguanta, Tottem —suplicó el hajaek.

Los párpados de Tottem se entornaron, ocultando las pupilas. Eltsay notó como las palpitaciones de su cuello desaparecían. Lo apretó con fuerza, manteniendo sus manos contra la herida un poco más, incapaz de aceptar lo que sucedía. Tottem había muerto.

Oyó los pasos de su señor acercándose. Eltsay soltó a su amigo y se limpió las manos temblorosas en el pantalón; sentir la sangre de su compañero en ellas le provocaba un profundo dolor. Los hajaeks siempre protegían a los arqueros, y él acababa de fracasar. Miró el rostro de Tottem, el rostro del amigo que había intentado pronunciar su nombre antes de dejarle. Eltsay no pudo más que gritar con todas sus ganas, arrastrado por la ira.

El cielo tronaba furioso. La plaza estaba sitiada por completo: los accesos se habían derrumbado, y las calles estaban obstruidas por los restos de los edificios que habían estallado. Los hajaeks de primer rango cerraban filas mientras los alumnos se armaban tan rápido como les era posible. Todo el mundo trabajaba levantando las ruinas para encontrar un acceso. Ghiro llegó apoyado en Alfar.

—¡Apartad las malditas piedras! ¡Daos prisa!

El comandante gritaba de un lado a otro, ataviado con su capa roja y su armadura de bronce. Acudieron el resto del profesorado y los pocos alumnos de endomia que habían quedado rezagados en el cuartel. También los sirvientes. La montaña, en el otro extremo, parecía rugir al tiempo que la tormenta; sobre su cima se arremolinaban nubes oscuras de las que la nieve caía sin descanso. Ádria corrió hacia Ghiro.

—¡Os hemos estado buscando! —les dijo al anciano y a Alfar.

—¿Qué ocurre? —dijo Ghiro dando un paso hacia adelante—. ¿Qué es todo esto?

—Han obstruido las entradas a la plaza, incluso el acceso desde los edificios. —Ádria hablaba a toda velocidad, con las mandíbulas completamente tensas—. Mi señor está dentro, y está luchando. Hemos oído el grito de Eltsay hace unos instantes.

—¿Eltsay está ahí también? —Ghiro se tiró de la barba, nervioso—. Hay que entrar en la plaza como sea.

Alfar se alejó corriendo de ellos y se dirigió hacia el grupo de hajaeks que se preparaba para escalar. Ghiro y Ádria se unieron al comandante Larand.

—¿Y por la montaña? —preguntó el anciano.

—Imposible, el único acceso sufrió un derrumbe el invierno pasado. —Larand tiró de su capa y miró hacia sus hajaeks—. ¡Vamos! ¡Quitad las piedras!

Los edificios también estaban bloqueados. Aquello era obra de un estudiado plan. Ghiro no tenía claro cuál debía de ser el objetivo: ¿su señor, quizás? Entonces recordó a Alhanna, que había prometido volver a la plaza. Todo esto era por ella. Había jóvenes endómicos en casi todos los edificios, encapuchados. Ghiro estaba consternado, y, su mente, bloqueada.

—¡Es vuestro rey! —gritó Larand a pleno pulmón.

Bolas de fuego seguían precipitándose desde los tejados. Alfar y los otros hajaeks comenzaron a escalar. Ghiro vio la desesperación en el rostro del joven. Dirigió la vista a sus manos: ¿desde cuándo le temblaban de aquella forma?

—¡Arqueros! —los llamó el comandante—. ¡Disparad!

Obedecieron, pero las flechas solo acertaron a uno de los endómicos, cuyo cuerpo se precipitó del tejado y se estampó contra el suelo. Los demás lograron levantar una barrera de aire que detuvo las flechas. Estaban consumiendo sus lanfes demasiado deprisa; cuando se les agotaran, no serían rival para los soldados. Solo trataban de ganar tiempo.

—¡Disparad! —ordenó de nuevo a los arqueros.

Antes de que pudieran soltar las flechas, los endómicos les arrojaron bolas de fuego desde los tejados y tuvieron que apartarse con rapidez. Los endómicos se movieron para atacar a los hajaeks que de nuevo intentaban escalar la montaña de escombros. Ghiro se alejó unos pasos; de ser general habría sabido qué hacer, pero ya no lo era. Mayara llegó hasta él, despeinada y sin aliento, y con un corte en la mejilla.

—Es imposible acceder a la plaza por los edificios —informó mientras observaba el tejado—. Y esos traidores no dejan de atacar.

—Están agotando su lanfe. Morirán pronto —dijo Ghiro con aspereza.

Larand continuó impartiendo órdenes a los arqueros, a los hajaeks, a los sirvientes que ayudaban en la retirada de escombros. Los arqueros derribaron a dos jóvenes endómicos más. Las flechas subían y las esferas de fuego bajaban. Ghiro imaginó que matar a su propia gente debía ser difícil para ellos.

Los profesores de endomia y algunos alumnos más aventajados se situaron en línea y comenzaron a trazar círculos con el brazo izquierdo al mismo tiempo. Levantaron nieve y polvo del suelo, atrajeron el aire y lo mezclaron, haciendo que girara, formando un enorme vórtice que aspiraba los copos de nieve y los restos del suelo. El comandante tomó una antorcha y la lanzó al remolino, que estalló en una bola de llamas que obligó incluso a los arqueros a retroceder.

El zumbido que emitía mitigaba todo sonido. Había crecido desmesuradamente y seguía prendido en llamas, como un huracán de fuerza arrasadora.

—¡Retroceded! —ordenó Larand, quedándose sin voz.

Armas en mano, todos se prepararon, dispuestos a entrar en la plaza en cuanto el acceso quedara libre. Daban la impresión de aguardar el inicio de una carrera. Y, entonces, los endómicos lanzaron el vórtice hacia el edificio y la fuerza del impacto contra la piedra sacudió el suelo y lanzó por los aires a aquellos que se encontraban más cerca, incluido Larand. Mayara agarró a Ghiro para que no fuera propulsado por la fuerza del estallido.

Las llamas ascendieron y el edificio se desgranó como si estuviera hecho de arena, sepultando a los jóvenes del tejado y derribando los edificios colindantes con él.

Una vez los caídos hubieron logrado ponerse en pie, se oyó el potente grito de Kishur desde la plaza. Aguardaron mientras el polvo se asentaba. Ghiro y Mayara se reunieron con Alfar y, a través de la espesa cortina de humo, pudieron ver al dárico gris erguirse. Nadie osaba mediar palabra. El silencio se asentó de la misma forma que el polvo sobre la plaza en ruinas.

Kishur se acercó a ellos. Tottem yacía muerto y Eltsay seguía a su lado. Percibió una sombra a su espalda y escuchó los ligeros pasos que se hundían en la nieve. Alhanna lo llamó por su nombre, tratando de advertirle. El dárico envainó el arma con calma mientras Eltsay se ponía en pie, la rabia aflorando en su rostro. Kishur negó con la cabeza y el hajaek permaneció inmóvil, confundido. Se giró despacio a la vez que sacaba el arma que llevaba a la espalda. Enseguida notó el tremendo peso.

El demonio lo observaba con cautela, evaluándolo. Era más alto que el anterior, más robusto. Su complexión se asemejaba a la suya, y estaba armado con una espada dentada de hoja ancha, pero los dedos de este tenían una apariencia normal. Miró hacia el cadáver de la otra criatura y gruñó, mostrando los afilados colmillos.

—¿Era tu soldado? —preguntó Kishur con voz gélida—. Si tienes el valor de enfrentarte a mí, procuraré que lo acompañes.

Esas palabras le bastaron para tener toda la atención del demonio. La criatura no rehusaría luchar contra él.

Tottem estaba muerto. Alhanna no podía creerlo; en cuestión de minutos sus vidas habían cambiado por completo. Kishur se encontraba frente al demonio recién llegado. Alhanna quiso gritarle que huyera, pero el dárico parecía ajeno a lo que ocurría en la plaza. Sintió miedo al contemplar su mirada: su rostro torvo reflejaba una oscuridad que nunca había visto antes en el dárico gris.

Y todo era por su culpa, por haber usado la endomia. Miró el tatuaje, y sus ojos, ya oscuros, comenzaron a brillar con una luz extraña. Las letras prendieron en llamas. Levantó el brazo derecho y lo dirigió hacia el demonio.

—Si lo haces, matarás también al dárico gris. —Gaz seguía allí—. No puedes

controlar tu poder, detente ahora —la advirtió.

—Te equivocas —respondió Alhanna, impasible.

—Si prosigues, tendré que detenerte yo mismo. —Era una amenaza.

Ella se giró para enfrentar a Gaz, tan furiosa que pensó que no le importaría quemarlo vivo. Quería gritarle, lanzarse contra su cuello; tenía la culpa de todo. Él la contemplaba sin siquiera un atisbo de temor en la mirada.

Gaz extendió un brazo y dibujó un corte en el aire ante la mirada atenta de Alhanna. Frente a ella, se extendió una abertura de la que emanó bruma negra. Le pareció una entrada a otro lugar, como un pasadizo. Retrocedió para alejarse. Desconocía qué acababa de hacer, pero enseguida supo que de eso hablaba cuando le garantizó que había otras formas de viajar. Gaz le ofreció la mano de nuevo.

—¡No abandonaré a Kishur! —gritó ella, y las llamas crecieron iluminando todo cuanto les rodeaba.

Escuchó entonces la voz de Kishur y se volvió de inmediato para ver qué ocurría. El demonio contra el que luchaba le había herido el pecho; su camisa más escarlata todavía. Alhanna se quedó sin aliento y notó que las fuerzas se le escapaban. No pudo mantener su poder por más tiempo y las llamas desaparecieron. El tatuaje regresó a su cuerpo y se derrumbó, agotada.

Desde cada lado de los edificios entre los que se encontraban aparecieron dos demonios más, parecidos al que había asesinado a Tottem. Caminaban en su dirección. Uno de ellos corrió hacia Alhanna a toda velocidad. Una fuerte corriente de aire pasó por su lado, embistió al demonio y lo lanzó hacia el centro de la plaza. Alhanna giró sobre sí misma y contempló asombrada a Gaz, que tenía las manos alzadas.

Intentó sacar la espada, pero se le atascó en la vaina, así que se decidió por el puñal de Ádria. El segundo soldado miraba a Gaz con terror. Fue hacia el dárico y se arrodilló a sus pies.

—Mi señor Trivaz —dijo el demonio con voz ronca—, no os había reconocido.

Alhanna se quedó perpleja. ¿Lo había llamado Trivaz? Aferró el puñal con fuerza contra su pecho, sintiendo la bilis ascender por su garganta. Gaz la miró y, sus ojos, antes oscuros como los de cualquier dárico, se volvieron ambarinos por completo. No era un dárico, sino un demonio; el vigía de la Jistar.

Todavía atónita, Alhanna soltó el aliento que había estado conteniendo.

—Me mentiste... —murmuró la joven, ya casi sin aire.

—No del todo. Aquel infante llamado Gaz que sucumbió al sueño del rechazo invocó mi ayuda. Yo acudí a él y le arrebaté el nombre. —Su voz había cambiado, ya no era tan dulce—. Todo lo demás era completamente cierto.

—¿Qué había de cierto en hacerme creer que eras un dárico llamado Gaz? —preguntó ella con rabia, recomponiéndose, aún incrédula—. Confié en ti... ¡Me engañaste!

—Me hice pasar por dárico, sí. De otro modo, no habría podido acercarme a ti.

Sin embargo, esa fue la única mentira que pronuncié, te revelé secretos que otros te negaban y te ayudé a entender mejor tu poder. —Alhanna contempló los iris casi dorados de Gaz y sus negras pupilas, ligeramente dilatadas—. Y eso solo fueron minucias comparado con todo lo que puedo mostrarte.

Gaz le hizo una señal al demonio para que cruzara por la brecha y lo hizo sin dudar, desapareciendo en la bruma oscura que envolvía la entrada.

—Vamos, toma mi mano de una vez. —Gaz se la tendió de nuevo.

El choque metálico de las espadas de Kishur y el demonio no la abandonaba. Recordó la herida en el pecho del dárico y se preguntó si moriría al igual que Tottem. Odió a Gaz desde lo más profundo de su ser, y la ira le emborronó la vista un instante. El mango de la daga quemaba en su piel, sentía una sed de sangre atroz en ese momento. El demonio que había sido derribado por Gaz se puso en pie, aturdido por el impacto. Alhanna corrió a su encuentro, no le concedió tiempo a Gaz para enviarlo a través de aquel extraño túnel.

Se abalanzó sobre la criatura y ambos rodaron por el suelo. La garra del demonio pasó muy cerca de su rostro, arañándole la mejilla. No permitiría que mataran a Kishur. Le hizo un corte en el brazo con el puñal y la criatura hundió su garra en el abdomen de la joven. Alhanna se puso en pie, aplicándose presión en la herida. La boca le sabía a sangre. Entonces, escuchó a Kishur gritar colérico mientras se lanzaba contra su enemigo. Ella hizo lo mismo: cayó sobre el demonio y le asestó una puñalada en el pecho. Sin darle tregua, lo extrajo y volvió a apuñalarlo. Mientras la criatura se revolvía bajo ella, Alhanna le clavó su arma de nuevo a la altura de la garganta y cortó la carne con todas sus fuerzas dibujando un trazo hacia abajo, abriéndole el pecho. El demonio no se movía, pero ella era incapaz de parar. Deseaba mucho más. Soltó la daga y hundió las manos en sus entrañas, arrancando y arrojando fuera las vísceras. Encontró lo que buscaba.

Usó el cuchillo para extirparle el corazón y lo alzó con una mano.

Se puso en pie, con el pulso desbocado. Miró atrás. Gaz había desaparecido.

Era único, bastaba con verlo luchar. Los movimientos de ambos eran parecidos, pero su forma de blandir la espada distaba de la suya. Los ojos dorados de la criatura rezumaban odio; hacia él, sin duda. Kishur estaba furioso como no hacía tiempo, quizás desde su lucha contra Ogrora. Se había olvidado de aquel dárico de cabello rubio y de Eltsay. Tampoco le importaban los traidores que había visto encaramados a los tejados, ni el estruendo procedente del exterior de la plaza. En esos momentos, lo único que lo invadía era la necesidad de matar a su enemigo y salvaguardar la vida de Alhanna.

Cuando vio como la herían, la oscuridad envolvió su mente. Dejó de sentir cansancio, el dolor lacerante de la herida en su pecho lo abandonó; solo notaba la presencia del demonio que tenía frente a él. Ambos se entrelazaron de nuevo, las

espadas chocando una y otra vez. Kishur se concentró en anticiparse a cada movimiento, pero su contrincante también era muy ágil. El demonio lo embistió con un rugido lleno de ira y Kishur detuvo el ataque con su espada, a escasos centímetros de su rostro. Su oponente empujó y los pies de Kishur resbalaron un poco en la nieve; giró sobre sí mismo y saltó hacia atrás para esquivar el siguiente golpe. Después arremetió con fuerza.

Kishur no iba a darle la menor oportunidad al demonio: había tenido suficiente con la herida del pecho, no pensaba concederle nada más. Con un rápido movimiento, cortó la pierna de la criatura y, antes de permitir que se cubriera con el arma, le atravesó el abdomen. Iba a extraerla cuando aferró la empuñadura, llevando su mano sobre la de Kishur. Tiró con fuerza y lo atrajo hacia él, haciendo que el arma penetrara más todavía en su propio cuerpo.

—Asesino... —escupió el demonio.

Tras un instante de incertidumbre, Kishur lo empujó y recuperó el arma. El demonio se cubrió la herida con una mano y, con la otra, alzó la espada una vez más. Pero el dárico le hizo un corte en el brazo, luego en una de sus piernas y, cuando el demonio hubo caído de rodillas, le cercenó la cabeza al tiempo que lanzaba un alarido furioso que recorrió toda la plaza.

Aferró la cabeza del demonio por el cabello y la sostuvo, con el brazo meciéndose lánguido a su costado. La espada reposaba en su mano, la afilada punta rozando el suelo, mientras el viento le revolvía el cabello gris. Ya no estaban solos en la plaza: docenas de soldados y profesores habían logrado acceder. No distinguió los rostros de Ghiro ni de Alfar; no logró reconocer a ninguno de los presentes en ese instante. Las sienes le palpitaban con las palabras del demonio todavía en su mente: «Asesino». Se giró hacia el edificio donde había visto a Alhanna por última vez. Y allí estaba ella.

Sostenía la daga en una mano y en la otra el corazón del demonio, que goteaba y manchaba la nieve de rojo escarlata. Sus brazos estaban completamente cubiertos de sangre y tenía la mirada fija en la suya. Sus ojos grises permanecían oscuros, gélidos. Alhanna estaba tan furiosa como él. Ambos quedaron parados uno frente al otro, mirándose a los ojos en un silencio desgarrador.

El Hicama

Trece de los marineros habían enfermado: cinco ya habían fallecido, y el resto se encontraba al borde de la muerte. No habían podido confirmar si se trataba de la fiebre roja, que les hacía padecer un insomnio interminable y provocaba la putrefacción paulatina de sus cuerpos, pero todas sus conjeturas apuntaban a ese mal. El médico había muerto de los primeros, dejándolos sin la opinión de un especialista.

Cuando comenzaron los síntomas, creyeron que podía ser la carne que se consumía a bordo, así que la arrojaron al mar. Después culparon al pescado en salazón, la fruta, el vino, los cereales y, por último, acabaron tirando por la borda las jaulas de los animales. Pero nada frenaba la epidemia y, en pocos días, la enfermedad había diezmado buena parte de la tripulación. El barco había navegado hasta acercarse todo lo posible a tierra firme. Zaraen había roto el timón esa misma mañana y había ordenado echar el ancla: el barco no se movería de allí. Estaba parado a cuatro kilómetros de la costa, en una cala totalmente en calma. Desde el navío no habían logrado avistar ninguna población, solo los árboles de un pequeño bosque que se erigían tras las dunas de arena.

—Los que no estamos contagiados debemos abandonar el barco cuanto antes. —Zaraen no podía dejar de dar vueltas por el camarote, inquieto—. De lo contrario, no tardaremos en sucumbir también a la enfermedad.

—¿Estáis seguro de que es fiebre roja? —preguntó el capitán, un hombre, alto y delgado, e inteligente a juicio de Zaraen—. Se parece a esa enfermedad, pero tengo mis dudas. Sigo pensando que tiene que ver con la comida y que quizás no sea contagiosa.

—Yo sé tan poco de medicina como tú.

El capitán lo observaba dar vueltas desde detrás del escritorio, arrellanado en su silla y mostrando una frialdad envidiable. A su derecha, junto a la pequeña ventanita por la que apenas entraba luz a causa de la suciedad que la cubría, estaba Joan, quien se había convertido en su mano derecha durante el viaje.

—Si no se trata de la fiebre roja, quizás alguno de mis marineros logre recuperarse —comentó el capitán mientras hacía girar un lápiz sobre la mesa—. Yo me quedaré con ellos; si deseáis partir, podéis hacerlo siempre y cuando dejéis un bote.

—Estás loco si te quedas —le advirtió Joan.

—Sí, supongo que lo estoy.

—Pues entonces no hay nada más que hablar, si tu deseo es compartir el destino de los enfermos, que así sea. ¿Dejarás que el resto de tus marineros se una a mis soldados? Quizás ellos no piensen como tú. —Zaraen se ajustó la correa de la cintura. En realidad, la respuesta del capitán no le importaba, sabía muy bien que ningún hombre cuerdo elegiría permanecer en el barco—. Deberías permitir que decidiesen.

—Que hagan lo que quieran. Yo me quedo.

—Joan, encárgate de todo: ordena que preparen los botes para marcharnos lo antes posible y que nadie se moleste en recoger, nos iremos con lo puesto. No voy a correr riesgos, quemaría hasta las ropas. No sabemos qué ha causado estos contagios. Quizás un miembro de la tripulación trajo la enfermedad a bordo.

—¿Y qué importa? Si es el caso, ese alguien estará ya con los muertos —dijo el capitán.

—Eso deseo. ¿Hay alguien más que muestre algún indicio de estar contagiado? —Zaraen se apoyó en la mesa mientras veía por el rabillo del ojo como Joan abandonaba el camarote—. Rojeces en los ojos, escamas en la piel y morados en el cuello.

El capitán dudó un instante.

—Sí he visto ojos rojos, pero no podemos estar seguros de que sea un síntoma, llevamos dos noches sin dormir y sin comer. —Hablaba con calma. Demasiada.

—Hay formas de estarlo.

—Está bien, yo mismo me encargaré de asegurarme. ¿Y si alguno de vuestros hombres los muestra? ¿Me dais permiso para examinarlos a todos? —preguntó el capitán.

—Sí, y si alguno de mis soldados muestra señal de enfermedad, házmelo saber. Se quedará en el barco.

—Como ordenéis.

El general abandonó el escritorio. Le aguantó la mirada un momento antes de volver la vista hacia el montón de papeles que el capitán tenía sobre la mesa. Cuando contrató su navío en Marial-Pat, jamás habría imaginado que el acuerdo duraría tan poco. El *Dulce Princesa* debía llevarlo hasta el norte, a Laccados. Iban a retrasarse, y mucho.

—¿Estás seguro de que quieres quedarte? —insistió Zaraen. El capitán le parecía un buen hombre, siempre faltaba gente co-
mo él.

—Me temo que soy demasiado testarudo —sentenció.

Zaraen se dio por vencido y salió del camarote. En la puerta, sacó el pañuelo que llevaba en el bolsillo y se lo puso en la cara para taparse la boca y la nariz. No estaba convencido de que sirviera para protegerlo de la enfermedad, pero era lo único que podía hacer; eso y abandonar el barco. Se apresuró a atravesar el pasillo que separaba

los camarotes de los enfermos y entró en cada uno de ellos, reconociendo sus rostros y los signos de la enfermedad; uno de los hombres ni siquiera estaba consciente. Subió a cubierta en busca de Quiazz.

Había llovido, y el cielo estaba envuelto de nubes que ocultaban las lunas. Reinaba la oscuridad. Deberían haber desembarcado al atardecer, cuando ordenó echar el ancla. Se frotó la cabeza; tenía el cuerpo entumecido por el frío. Caminó hacia su hijo, que estaba tumbado en un banco de remos. Parecía dormido; mechones de pelo le caían por encima de los ojos. Tomó asiento a su lado. El joven se incorporó y lo miró.

—¿Qué has decidido? —le preguntó Quiazz.

—Mis planes se han ido a la mierda y ahora tengo que buscar una alternativa. Es posible que los dáricos ya estén refugiados en Liampa, tendremos que esperar a que el invierno acabe y salgan de allí. En algún momento tendrán que hacerlo.

—¿Y si no es así? ¿Me haré viejo esperando?

—¡Falta mucho para eso! —Le revolvió el pelo y rio. Vio como Joan daba órdenes para que se prepararan los botes—. Vamos a dejar el barco; una vez en tierra continuaremos a pie hasta que consigamos hacernos con caballos.

—¿Y cómo trasladaremos a los enfermos? Algunos no pueden moverse.

—Los enfermos se quedarán en el barco. ¿Para qué íbamos si no a echar ancla tan alejados de la costa?

Quiazz lanzó un suspiro exasperado y después se rascó la frente con fuerza. Miró intensamente a su padre. Deseaba darle un puñetazo en la cara.

—¡No pienso marcharme! —exclamó el joven, poniéndose en pie—. Sois todos unos cobardes, estáis abandonando a esos hombres.

—Necesito que te comportes como un adulto. Van a morir de todos modos.

—No intentes convencerme de esto, Zaraen. —Miró al mar intentando alejar la cruda realidad de su mente—. Mentiría si te dijera que no estoy acojonado, no quiero morir en medio de ninguna parte. Pero tampoco voy a abandonar a los que ya lo están. Todo esto es por tu culpa, por haberme traído contigo. ¿Acaso no podías dejarme vivir mi vida?

—No voy a discutir ya a estas alturas. Y olvídate de ayudar a nadie, no vas a bajar de cubierta hasta que montemos en los botes. —Se puso en pie, lo agarró del brazo y lo arrastró para acercarlo a él—. O vienes por tu propio pie o mando que te amordacen. Hay que tomar decisiones, hay que discernir lo prioritario de lo que no lo es. Aprende de una vez que solo hay un bien común y hay que lograrlo cueste lo que cueste.

—¿Y si fuera tu vida la que estuviera en juego?

Los ojos de Zaraen se encendieron. Pegó su frente a la de su hijo.

—Puedo asegurarte que si mi vida sirviera de algo la daría.

Quiazz supo que decía la verdad. A su alrededor, los marineros de cubierta habían comenzado a bajar los botes; tenían tanta prisa por marcharse que ninguno se

opuso a abandonar sus pertenencias. Vio al capitán revisar uno por uno a cada hombre que subía al bote. Les examinaba los ojos y les obligaba a quitarse la camisa. También los pinchaba con algo en el costado; algunos se doblaban y otros aguantaban estoicamente. Luego, el capitán comprobaba que la sangre de la aguja no fuera más líquida de lo habitual; de lo contrario, podía ser un indicio de fiebre roja.

Quiazz tuvo que admitir que estaba aterrorizado. Jamás había cogido enfermedad alguna, ni siquiera un leve resfriado, así que aquello que estaba matando a los marineros lo tenía muy angustiado. Dejó pues de luchar contra su padre, porque, cobarde o no, deseaba abandonar el barco tanto como él, aunque la vergüenza por haber dejado atrás a los enfermos lo persiguiera el resto de su vida.

Sin respetar la noche, se echaron al mar en los botes, viendo como el capitán se hacía pequeño en cubierta mientras se alejaban hacia la costa. En cada embarcación, un hombre llevaba una lámpara de gas. Las luces trémulas oscilaban con la suave corriente del mar.

—Puedo oírlos gritar, nos están pidiendo ayuda —dijo un soldado sentado cerca de Quiazz—. No hemos debido dejarlos a su suerte.

—Tápate los oídos —escupió otro— o regresa al barco a nado.

Quiazz también podía escucharlos. El agua los mecía con tranquilidad, y se oían los remos cortar la superficie. Alguien tosía, otro susurraba. «Esto está mal». Notaba una quemazón en el estómago, y la boca le sabía a bilis, pero no había vuelta atrás, el miedo era mucho más poderoso que la culpa o la razón. Quiazz pidió que lo dejaran remar, quería mantenerse ocupado durante el trayecto, pero sus fuerzas se esfumaron al cabo de poco.

Se adentraron en un banco de bruma y las lámparas dejaron de ser perceptibles. Las barcas comenzaron a separarse. El aire se espesó, gélido, y los hombres se arrebujaron en las capas. Quiazz apretó las mandíbulas para evitar que le castañetearan los dientes. Remaba con todas sus fuerzas, pero era incapaz de seguir el ritmo de los demás y la embarcación comenzó a ladearse. Zaraen le tocó el hombro y lo obligó a levantar la cabeza.

—Déjame el sitio, vamos. —Zaraen pasó la luz a su hijo y tomó su remo—. Parece que tienes cucharas de madera en las manos en lugar de remos; nunca entenderé qué clase de educación te dio ese desgraciado de Dastan.

—La mejor que pudo mientras me mantenía a salvo, no lo olvides.

Zaraen iba a protestar cuando oyeron un fuerte crujido, como si uno de los botes hubiese estallado en mil pedazos. Detuvieron los remos y se mantuvieron en silencio mientras miraban en derredor, pero la bruma no les permitía ver nada más allá de la barca. Las olas mecieron la embarcación y tuvieron que agarrarse al borde con fuerza cuando una brisa cálida los sacudió.

A lo lejos, los gritos de los marineros los alcanzaron con fuerza. El barco gimió, aulló, y la madera saltó por los aires. Un espacio entre la blancura que los rodeaba les permitió distinguir la silueta del *Dulce Princesa* doblándose por la mitad como si

fuera de papel. Las olas los sacudieron nuevamente. La bruma se dispersó un poco, pero, en su lugar, los acunó de inmediato una espesa oscuridad.

—¡Remad! —gritó el general—. ¡Vamos!

La barca que iba tras ellos saltó sobre el agua; una sombra pareció elevarla. Los hombres gritaron y algunos se lanzaron al agua. La madera se estrelló contra la superficie, y todos chapotearon tratando de alejarse. Desde su posición, Quiazz solo logró ver una masa oscura, enorme, que se precipitaba sobre ellos. Atisbó un brillo rojizo. Fuera lo que fuera aquella cosa, continuaba atacando a los hombres, que no paraban de gritar entre los restos de la barca destrozada.

—¡Esto no es agua! —gritó el compañero de remo de Zaraen mientas se limpiaba la cara—. ¡Es sangre!

—¡Rema! ¡Remad todos! —Zaraen intentó dirigirse al resto de las embarcaciones, pero no estaba seguro de que pudieran oírlo.

El aire los envolvió, caliente y pesado con un extraño olor. La barca se zarandeó con fuerza, desestabilizando a sus ocupantes. La criatura volvió a desaparecer y, con su ausencia, nuevos gritos surgieron desde el otro lado. Guardaron silencio. Quiazz lanzó la lámpara al agua, quizás con eso evitara que esa cosa los atacase.

La criatura rugió, un sonido acuoso y vibrante. Los hombres se estremecieron.

—¿Qué es ese olor? —susurró Quiazz.

La brisa cálida volvió a envolverlos y a agitar la barca.

Quiazz se puso en pie, atraído por el delicioso olor a jazmín que transportaba el aire. Algo rozó su pecho y le rasgó la camisa. La bruma espesa lo cubría todo de nuevo, pero logró ver qué los estaba atacando: era un ser cubierto de escamas color carmesí. Tenía garras, y una de ellas le había dejado un corte que empezó a sangrar, pero Quiazz ni siquiera se inmutó; no movió un solo músculo hasta que la barca encalló en la arena y lo propulsó hacia fuera. Quedó tumbado mientras sentía las pisadas de sus compañeros a su alrededor. Escucharon gritos e instrucciones desde lugares más alejados. No eran los únicos que habían logrado alcanzar tierra firme.

Lo agarraron del brazo y lo arrastraron. Salió de su aturdimiento y se puso en pie con ayuda de su padre. Estaba empapado de pies a cabeza. En la playa no había bruma, aunque la ausencia de luz los tenía igualmente cegados. Quiazz sacó la espada que llevaba en la cintura imitando a los soldados, que estaban tomando posiciones, y tratando de ignorar el temblor de sus manos. El revoloteo en el aire les advirtió de la presencia de la criatura, que apareció ante ellos. No lograron identificarla; se movía rápida, completamente cubierta de una especie de niebla. Rugió de nuevo, un bramido espeluznante. Un brazo ensangrentado cayó a los pies de Quiazz.

«Quiazz...». La voz penetró en su mente y supo que provenía de la criatura. «Te reconozco, sé bien lo que eres. Eres portador de muerte».

Aquel sonido gutural le provocó un fuerte dolor de cabeza. Tiró la espada y se agarró la cabeza, cayendo de rodillas. Zaraen corrió a su lado e intentó levantarlo. El pecho de Quiazz seguía sangrando por las heridas que el monstruo le había infligido.

Miró hacia el cielo, implorando una explicación para lo que acababa de acontecer y buscando el significado de las palabras que nublaban ahora su mente: «Portador de muerte».

Montañas Avíseas

Miró sus ojos azules en el espejo. Estaba cubierta de sangre de la cabeza a los pies, tenía trozos de piel incrustados bajo las uñas y el regusto de la carne en su paladar. Todavía desnuda, fue a buscar la bata y, cuando se la puso, la suavidad de la seda la confortó. No le importó la suciedad pegada a su piel. Estaba saciada; por fin había logrado mitigar el hambre arrolladora que la había estado martirizando. La chimenea estaba casi apagada, así que chascó los dedos y avivó las llamas. Escuchó un bufido a su derecha, justo donde el sillón, junto a una de las ventanas.

—No vuelvas a apagar mi chimenea, me agrada mucho el calor —dijo la dama.

—Yo lo detesto —contestó en un susurro la joven sentada en el sillón. Las grandes ojeras que se marcaban en su pálida piel daban testimonio de su agotamiento. Se puso en pie abandonando el confort del asiento, y su largo cabello cayó ondeando hasta la altura de sus caderas—. ¿Dónde has estado? Estás cubierta de sangre y hueles a carne humana.

—No es asunto tuyo. —La dama roja sonrió y miró sus manos. Sí, necesitaba darse un baño.

—¿Vas a revelarme el motivo de tu invitación? ¿Pretendías solo que admirase tu castillo? —preguntó la joven.

—Te he convocado para hablar con calma y a solas. —Sonrió y se acarició el cabello rojizo—. Hace mucho tiempo que no conversamos, y parece que has cambiado mientras hemos estado alejadas. Ni siquiera supe que estabas en este lado de la Jistar hasta que Trivaz me informó de ello. Tu comportamiento me intriga, nunca habías actuado sin mi consentimiento. ¿Qué te empujó a ello?

—La impaciencia.

—Has sido tú quien ha estado ayudando a los demonios a cruzar la Jistar, ¿cierto? —La joven apartó la mirada de ella, rehuyéndola—. Pocos podemos realizar cortes en la barrera, ha resultado sencillo descubrir que habías sido tú. Has aprovechado la distracción de Trivaz para traer demonios a este lado. Eres una irresponsable. —Fue hacia la joven, tomó su pálido rostro entre las manos y lo acercó a ella—. ¿Sabes con quién acabaron luchando?

La joven negó con la cabeza. Fue incapaz de responder.

—Con el dárico gris, hermana. —Su voz mesurada ocultaba la rabia que sentía;

sus ojos, en cambio, ardían exaltados—. ¡Lo expusiste! ¿Y si hubiera muerto?

—Jamás pensé que pudiera ocurrir tal cosa. ¡Debes creerme! —Sus ojos se llenaron de lágrimas. Ahora estaba asustada—. Conduje a los demonios hasta este lado para que localizaran a la humana a través de su endomia y así poder atraparla. Quería apresarla y llevarla ante ti. Solo quería contribuir...

La mujer la soltó y le dio la espalda.

—El dárico la tiene bajo su protección, hacerse con ella será una tarea aún más ardua después de lo ocurrido. Lo único que has logrado es empeorar la situación —dijo la dama roja—. Si hubiera querido atraparla por la fuerza, ya lo habría hecho. Trivaz necesita que ella acceda libremente a ayudarlo. No vuelvas a entrometerte, déjanos este asunto a nosotros.

—«Nosotros». Odio ese término. ¿Qué pasa conmigo? ¿Por qué no me incluyes?

—Porque eres débil, hermana. —La dama roja la miró, furiosa.

Durante un rato, no dijeron nada. La dama fue a la mesa y llenó dos copas con vino. Le ofreció una a su hermana menor, pero esta la rechazó negando con la cabeza. La mujer sonrió y tomó asiento en una de las sillas que rodeaban la mesa.

—Debo acabar con todo esto para poder liberarme y llevar a cabo mis propios planes, ya los he retrasado demasiado tiempo —dijo, abstraída en el cuenco de fruta que tenía frente a sus ojos—. Trivaz me obliga a ayudarlo como si fuera su sirvienta. En otros tiempos le habríamos combatido por tal osadía.

—Siempre gozó de un poder mayor al nuestro, hermana.

—Bueno, pronto todo acabará. De un modo u otro. Una vez consiga a la humana y al chico de ojos verdes quedaré liberada de mi deber. —Alzó la copa frente a sus ojos—. Mientras tanto, mi ejército de kalastys se reúne y se prepara. Con ellos, lograré lo que tanto tiempo he ansiado. Gobernaré a los seres mortales.

—¿No temes ser castigada por tus actos? —preguntó en susurros.

—Ya no existe un ser capaz de juzgarnos. El Guerrero desapareció hace mucho.

La dama se sumió en sus pensamientos, dominados por su ansia de conquista y poder. Faltaba poco.

—Trivaz me obligó a servirlo —dijo de pronto la joven mientras su hermana levantaba la vista para observarla—. Necesitaba que Quiazz saliera de la ciudad, así que advertí al general de los humanos sobre la existencia de la chica endómica. Le dije que solo Quiazz lograría ponerla de su lado. También me hizo propagar una enfermedad en el barco en el que viajaba para obligarlo a descender a tierra. —La dama la observaba con intensidad, evaluándola—. Temo por él: Trivaz ha enviado a un mercenario a buscarlo y descubrí que ese hombre guarda oscuras intenciones.

—Sabía que Trivaz guardaba otros secretos, pero ignoraba cuáles. —Se apartó el pelo de cara, furiosa—. Nos ha enredado a ambas, según parece.

—A mí me ha liberado. Ya no me necesita.

—Entiendo. —La dama jugueteaba con una de las uvas, pasándosela entre los dedos—. Antes me has preguntado de dónde venía. He visto al chico, estuve a punto

de desgarrar su cuerpo. Por fortuna, logré reconocerlo a tiempo. Tiene un poder impresionante, me pregunto qué daño habrán causado en el mundo las pequeñas heridas que le infligí.

—¿Has derramado su sangre? —preguntó, con los ojos desorbitados.

El aspecto de la joven comenzó a cambiar. Sus ropas se empaparon, su cabello se llenó de légamo y pequeñas hojas y un charco de agua oscura se formó a sus pies. Su rostro se ensombreció y su piel de porcelana se volvió amarillenta. La dama cogió el racimo de uvas y comenzó a comer.

—Deberías probar la fruta, hermana —le recomendó, ignorando deliberadamente el aspecto de la joven—. Oh, es cierto. Olvidaba tu gusto por los cuerpos en descomposición.

—Deseo volver a mi antigua morada —dijo la joven, con voz apagada.

—Estás débil, ya no eres capaz de soportar esta forma. Regresa y recupérate —le ordenó la dama roja—. Sé cuánto deseas volver a tu antiguo hogar. Tienes mi permiso para hacerlo. Pero olvida al humano.

—Entonces olvida tú al dárico gris —susurró la joven mientras se ponía en pie.

Los músculos de su rostro se tensaron y sus ojos claros centellearon tras oír la exigencia de la chica. Se puso en pie y la agarró del cuello con fuerza, apretando los dientes, llena de rabia. Los ojos de su hermana, asustados, la miraron suplicantes, y entonces la abrazó con fuerza.

—No me hagas enojar, te lo ruego —le susurró al oído—. Y ahora, márchate y recupera tu fuerza, quizás la necesitemos muy pronto.

La joven suspiró y movió los labios sin pronunciar palabra. Su cuerpo se descompuso en diminutas perlas negras y desapareció. La dama volvió a su asiento y bebió de la copa. Miró hacia el ventanal que tenía las cortinas descorridas; solo podía ver la nieve cayendo sin descanso.

Pensó entonces en las palabras de su hermana. «No», decidió, «de eso nada». Jamás se olvidaría de Kishur.

La joven se detuvo junto al lago y alzó la cabeza para contemplar las lunas: Erotesa, la luna blanca, ocultaba parte de su cuerpo mostrando la forma de una tajada de melón. En contraste, Egoresa podía apreciarse al completo, como si la luz emanara de su interior y no fuera el sol quien la iluminaba. Contempló el astro rosáceo y sintió cómo se le erizaba la piel: aquella cosa parecía observar Muriath con un odio que era capaz de percibir incluso a tan inmensa distancia. Sacudió la cabeza para dejar de pensar en eso y se concentró en lo que tenía ante ella: su hogar, tanto tiempo olvidado. Antes no se habría atrevido a regresar al lago, pues la idea de ser descubierta había logrado mantenerla alejada durante mucho tiempo; tanto, que era incapaz de contarlo en días. Pero al fin había reunido el valor para volver al lugar que por derecho había sido siempre suyo.

El lago había sufrido grandes transformaciones, pero su esencia seguía siendo la misma. La joven sumergió los pies en él, y el agua helada le infundió nueva vida. Las lunas se ocultaron un momento y la joven alzó la vista para contemplar el voluminoso cuerpo de una criatura de escamas rojizas, rodeada de bruma.

«Ahí estás, hermana».

Decidió ignorarla. Estaba en casa, y eso era todo lo que importaba.

La caudalosa cascada rompía contra el oscuro lago formando un manto de espuma. Las rocas escarpadas se alzaban hasta donde alcanzaba la vista. No reconocía los árboles, eran nuevos para ella. El olor a tierra mojada lo impregnaba todo. Encontró troncos podridos, hongos rojos y blancos que arraigaban en la madera descompuesta y que tenían cierto brillo, quizás debido a la luz de Egoresa. Vio un pequeño roedor entrar fugazmente en su madriguera y sonrió con ternura; dejaría que las criaturas que habían tomado su casa se quedaran allí. Sonrió, embriagada por la felicidad.

Su pálida piel comenzó a tomar color y su cabello anudado se liberó, desparramándose por su espalda. Entró en el agua hasta la altura de la cintura y notó cómo los guijarros se clavaban en su piel. Se sorprendió al sentir leves caricias en sus piernas, y entonces recordó lo que había dejado olvidado en el lago; habían pasado tantas ágaras que ya no se acordaba. Como si leyeran su mente, una mano agarró su pierna derecha. Ella soltó una risita complacida y se sumergió en el agua por completo.

Cuando hundió la cabeza fue como si renaciera, como si una enfermedad que la hubiese estado carcomiendo desapareciera dando paso a la vida. Y las manos la agarraban y la acariciaban en un intento de tomar algo de esa vida. Trazó piruetas bajo el agua, sacando la cabeza y volviendo a sumergirla. Nadó largo rato y sintió como si el agua meciera su cuerpo y balanceara su pelo al son de una melodía.

Pensó en el joven Quiazz y deseó poder traerlo hasta ella, que formara parte de su lago. Que le agarrara también el tobillo desde las profundidades.

—Pero eso no es posible —susurró a la noche—. Quiazz debe vivir.

Se sumergió de nuevo y, con los ojos abiertos, buceó hasta introducirse por un túnel esculpido en la montaña. Los ojos blancos la siguieron mientras buceaba tranquilamente. Ya no recordaba qué le había impedido volver antes a su hogar. Y era mejor así. Atravesó el túnel sin prisas, conteniendo el aire en sus pulmones. Un destello de luz le indicó el camino, y ella ascendió y sacó la cabeza del agua. Sintió ganas de llorar.

Por fin, ¡cuánto lo había echado de menos!

Se encontraba en una cueva pequeña poblada de estalactitas. Salió del agua y se enroscó en un agujero de forma ovalada en la pared. Estuvo un rato allí, descansando. Luego se puso en pie con intención de volver al exterior. Evitó entrar en el agua caminando por el filo, pegada a la pared rocosa. Al otro lado había un pasillo. El túnel se ensanchó enseguida hasta atravesar una abertura. Tuvo que retirar las enredaderas

que habían crecido sin control y ahora bloqueaban la salida, la luz de las lunas la sorprendió de nuevo. Allí estaba su trocito de bosque, sus viejos robles y otros jóvenes que habían crecido en su ausencia. El agua que se filtraba desde la montaña se había estancado, formando un embalse donde crecían los renacuajos.

—Tengo que traer a Quiazz, quiero mostrarle lo bonito que es mi hogar.

Sonriendo, regresó a la pequeña cueva, se enroscó de nuevo en el agujero y se quedó profundamente dormida.

Fraem-Lab

El rector tosió para que los murmullos cesaran. A pesar de estar sentado en alto, parecía que los demás no eran capaces de verlo. La gran mesa de madera donde se encontraba acompañado de algunos profesores crujía con cada golpe que daba sobre la superficie para llamar al orden. Pero servía de poco. Kishur estaba de pie frente a todos ellos, seguido por un numeroso grupo de dáricos. El comandante estaba junto a él, con la vena del cuello hinchada y un semblante hosco que era incapaz de ocultar.

—El cuerpo fue hallado en la biblioteca. Le desgarraron la garganta —expuso Larand mientras apretaba los dientes. Kishur casi podía escucharlos rechinar—. Todo apunta a que descubrió quién estaba detrás de lo sucedido y este acabó con su vida.

—Yo lo vi antes de abandonar la biblioteca —afirmó Ghiro, que estaba sentado justo a la derecha de ellos dos.

Después de todo, otra muerte que sumar. Larand dio un paso, con el rostro contraído. Parecía a punto de estallar en gritos. Kishur levantó una mano y lo detuvo.

—Cadarean y los dos estudiantes asesinados han muerto por vuestra culpa. —Los profesores se movieron, inquietos. Kishur hablaba con calma, no necesitaba gritar para ser escuchado: en cuanto abría la boca todos callaban al instante—. Vuestro deber es cuidar de los jóvenes que os son confiados, educarlos y velar por su seguridad. Son lo más valioso que tenemos, sin la guía adecuada acaban perdidos y los cimientos que soportan nuestro sistema se debilitan.

—Es atroz lo ocurrido hoy —Ghiro fue el único que se atrevió a hablar.

—Podéis negarlo, pero debisteis daros cuenta de lo que sucedía. Los estudiantes de endomia se reunían de forma clandestina, faltaban a clases y no se presentaban a los exámenes —continuó Kishur, endureciendo el tono de su voz—. ¿Qué os impidió investigarlo?

Nadie osó responder la pregunta. Se escucharon murmullos en el fondo de la sala. Los profesores sentados a la mesa se miraron entre ellos; el rector carraspeó.

—La chica humana nos distrajo, mi señor.

—¿Me tomas por necio? —Kishur avanzó unos pasos y los profesores se encogieron. Podía ver el miedo en sus rostros—. Ella no tiene nada ver con vuestra incompetencia.

Kishur tardó en apartar la mirada del rector, que parecía haber menguado detrás

de la mesa. Ya ni siquiera se escuchaban voces al fondo, nadie se atrevía a abrir la boca. Kishur miró a Ghiro y asintió. Entonces el anciano se puso en pie, apoyado en el bastón, y caminó hacia su señor.

—Han muerto veinticuatro dáricos. La protegida de mi señor fue herida. Y vuestro monarca sufrió una emboscada que podría haberle costado la vida. La traición ha bañado esta ciudad de sangre dárica. —Ghiro hizo una pausa para que el mensaje calara en todos ellos—. Ayer se celebraba la coronación de Raehlan-Tae. Era un día para agradecer su sacrificio, para rememorar la presencia de un dios, y, en su lugar, fuimos atacados por demonios.

—Es inaudito —dijo comandante, con la voz ronca.

Kishur mantuvo un semblante pétreo, pero por dentro era un volcán en erupción. Jamás pensó que fuera a presenciar nada parecido. No se había derramado sangre entre dáricos desde la coronación de Raehlan-Tae. Aquello tenía una connotación más profunda. ¿Sería culpable de lo sucedido de algún modo? ¿Tendría relación con su golpe de estado? «Cada acto que cometemos tiene una consecuencia, inmediata o posterior». Estuvo a punto de llevarse la mano al pecho; la herida que el demonio le había infligido no había resultado grave, pero era dolorosa y le molestaba al rozarse con la ropa.

—Un dárico nunca debe matar a otro dárico —dijeron al fondo del auditorio.

Se inició en la sala una cadena de murmullos con la que los presentes corroboraban esas palabras.

—Pues es justo lo que ha sucedido. —Kishur giró sobre sí mismo, despacio, para que todos tuvieran tiempo de verlo bien; quería que recordaran su rostro. Después se puso de nuevo frente a la mesa de los profesores—. Dieciséis traidores han sido apresados. Serán juzgados y condenados a muerte, y me encargaré de ejecutar la sentencia mañana al amanecer.

—Sus muertes también pesarán sobre vuestra conciencia —finalizó Ghiro.

Sus palabras tuvieron el efecto deseado. Larand había esbozado una leve sonrisa; parecía complacido por la reprimenda a los profesores. Kishur suspiró y decidió dar la reunión por terminada, pues ya poco lograrían sacar en claro; estaban exhaustos. Y deseaba despedir a los muertos lo antes posible.

—El invierno entra en su cenit. Vamos a estar aislados mucho tiempo, ya habrá oportunidad de debatir y encontrar culpables, porque los hay, y tendrán que pagar. Tomaré el control de la ciudad y su gobierno durante mi estancia. —De reojo, vio como Larand sonreía satisfecho—. En primer lugar, se incinerarán todos los cuerpos esta noche y se rendirá homenaje a los caídos.

—Es tradición aguardar al menos tres días —defendió el rector.

—Tenéis unas horas para disponer lo necesario —sentenció Kishur.

—Debemos decidir en qué lugar enterrar a los traidores. —El comandante se colocó la capa—. Nuestra ley impide su incineración como castigo.

—Serán todos incinerados, sin excepciones. Los veintidós estudiantes, el

endómico Cadarean y el arquero Tottem-Hon —decidió Kishur.

Se hizo un silencio prolongado. Kishur quiso dejar que todos asimilaran la noticia; sabía que les sería difícil ir contra las tradiciones, y más después de lo ocurrido. Pero ya no le importaba, ese tiempo había terminado.

—Los dioses nos castigarán por ello —se atrevió a decir uno de los profesores, un dárico de pelo cano y ojos pequeños.

—A mi parecer, ya hemos sido castigados —respondió Kishur.

Lamentó que no fueran capaces de comprenderlo. Quizás a los traidores no se les debiera respeto ni homenajes, pero eran todos muy jóvenes y manipulables. No, no permitiría tal humillación. Veía la sombra de la duda en los rostros de los presentes, incluido el del comandante. Pero Ghiro parecía conforme, y eso era todo cuanto Kishur necesitaba.

—Se hará lo que he ordenado —concluyó Kishur—. Y encarcelaré a todo aquel que ose contradecirme. Es un buen momento para que recordéis quién es vuestro rey.

No necesitaron mucho tiempo para hacerlo.

Al salir del auditorio, se encontró con el herrero, que iba acompañado de uno de sus alumnos. Kishur se pasó la mano por el cabello. También estaba furioso con él. Había ocultado deliberadamente la desaparición de uno de sus alumnos y las sospechas que guardaban tanto él como Cadarean. Ádria y Mayara acudieron a su lado, tras un rato esperándolo fuera. Raysit y Ádria evitaron mirarse.

—Acompañadme, por favor, tengo que mostraros algo —les rogó el herrero.

—¿Justo ahora? —No ocultó su malestar, estaba demasiado cansado.

—Es importante. —Raysit se frotó las manos—. Os lo garantizo.

Aceptó e hizo una señal a sus dos hajaeks para que lo acompañaran. Raysit los condujo por Fraem-Lab, en dirección al mercado que ahora se encontraba totalmente desierto. Kishur caminaba a su lado.

—Estáis furioso —musitó Raysit.

Contestó con un gruñido. Furioso era una palabra suave para describir su estado de ánimo. Iba a tener que hacer una valoración sobre quiénes eran amigos y leales. Tenía a Eltsay aferrado al cuerpo de su amigo, a Alhanna sumergida en un mutismo preocupante, y a Alfar presa del pánico al haber tenido a la muerte tan cerca. Y Tottem les había dejado. Miró a Raysit y vio como temblaba. Hacía bien en temerle.

—Cadarean y yo estábamos investigando. Sabíamos que algo extraño ocurría, pero no teníamos pruebas de ello. Ni siquiera conocíamos quién estaba reuniendo a los jóvenes. Intentamos descubrirlo por nuestra cuenta, para evitar que nos tacharan de locos. —Carraspeó discretamente—. Debimos poneros en aviso.

Kishur suspiró y guardó silencio. Era mejor no hablar, porque lo único que deseaba era gritarle. Raysit supo interpretarlo y no dijo nada durante un buen rato. Se adentraron en el laberinto de calles de la ciudad, en dirección a la montaña. Kishur

imaginó que lo conducía hacia la herrería, o, en todo caso, al almacén.

—¿Cómo se encuentra la joven? —preguntó al fin el herrero.

—Conmocionada. —No quiso añadir nada más.

—Ese tal Gaz debió de prometerles muchas cosas: conocimiento, poder, quizás riqueza. Los endómicos, a pesar del poder que poseen, son los seres más débiles; su mente está tan aletargada por el uso de la endomia que engañarlos o someterlos resulta más sencillo de lo que sería deseable. —Raysit negó con la cabeza, apesadumbrado—. A veces no logran soportar la presión y abandonan la ciudad. Siempre bajo permiso, claro, nunca a escondidas. Por esa razón, cuando el primer estudiante dejó de ir a clase sin aviso alguno, nos inquietamos.

—Vuestra simple preocupación no sirvió de nada. —Kishur lo miró a los ojos y notó como el herrero se estremecía—. Debiste informar. Si temías ser tachado de loco, podías haber acudido a mí en cuanto llegué a la ciudad. ¿Acaso la amistad que te he brindado no fue suficiente para que confiaras en mí? Soy tu rey.

—No tengo excusa, me temo.

La incomodidad de Raysit por tener que disculparse frente a Ádria era casi palpable. Kishur no necesitaba mirar al hajaek para saber que estaba sonriendo. Llegaron a las afueras de la ciudad, a un gran cobertizo vigilado por diez hajaeks. Les abrieron las puertas.

—He puesto en custodia a los mejores soldados que me ha ofrecido el comandante para que protejan y vigilen lo que guardamos aquí —explicó el herrero —. Tiene un valor incalculable, es todo mi legado. Soy el último herrero capaz de forjar acero dárico con la energía de otros seres vivos. Una vez muera, nadie ocupará mi lugar.

Sus palabras parecían dirigidas a su descendiente, porque Ádria debería haber sido herrero como él, pero nunca mostró interés para aprender a usar la endomia. Kishur observó la entrada del almacén, expectante.

Entraron. Kishur no fue capaz de mediar palabra. Estaba perplejo ante lo que veía.

—¿Todas son de acero dárico? —preguntó Kishur.

—Absolutamente. Es el trabajo de toda una vida, mi señor. Y está a vuestra entera disposición, por supuesto. Mil doscientas espadas cortas de peso ligero —dijo el herrero con orgullo—. Corren tiempos difíciles, mi señor, con los kalastys recorriendo los pueblos humanos y trasladándose a las Avíseas. Estas espadas tendrán el uso adecuado.

—Que el primer día de primavera parta un escuadrón de los mejores hajaeks. —Kishur no pudo apartar la mirada de las armas—. Las conducirán a Alviat.

Eran muchas espadas. Quizás demasiadas. Se preguntó cuántas muertes causarían y si acabaría lamentando llevarlas a su hogar. Pero, tal como había dicho Raysit, les esperaban tiempos complicados. Oscuros. Podía sentirlo en su piel, ahora más que nunca.

Alfar-Lantae observaba inmóvil cómo sus compañeros cargaban con los pesados cuerpos de los caídos y los depositaban sobre la enorme pira con delicadeza. Habían sido cubiertos por sedas de colores, y sus rostros ocultados con máscaras de cerámica. La plaza permanecía en un estremecedor silencio, mientras los ojos negros de los dáricos veían más allá de la oscuridad en una noche de tormenta sin lunas.

Todos se habían despedido de Tottem-Hon en privado mientras Eltsay limpiaba la sangre de su cuello, con cuidado y ternura, como a un recién nacido. La última vez que observó el rostro de Tottem estaba relajado, le habían peinado el cabello castaño hacia atrás y juntado las manos sobre el pecho. En la sala no había estado nadie más que ellos. Ghiro había rezado en voz baja y Ádria había guardado silencio en todo momento.

Recordaba el llanto intermitente y ahogado de Alhanna.

La joven había sido capaz de ir a verlo a pesar de la herida de su abdomen. Alfar también había reparado en su hermano: Kishur había estado muy serio. Se habían despedido del arquero de la mejor forma posible. Ahora reposaba sobre la pira que habían hecho para él.

—Tenía cinco flechas en el carcaj. —No reconoció la voz apagada de Eltsay—. Solo cinco. ¿Dónde dejó las otras?

En el patio de armas había veinticuatro piras colocadas estratégicamente. En el momento en que la primera comenzara a arder, irían encendiéndose en cadena.

—Ahí llega —anunció Ádria.

Kishur irrumpió portando una antorcha. Vestía con elegancia y soltura la túnica color crema bordada con la flor de enredadera. Se había dejado el pelo suelto y trenzado dos pequeños mechones que partían de la sien derecha. El fuego se agitaba a su ritmo e iluminaba el rostro pálido y cansado del rey. Se detuvo ante la primera pira, la de Tottem-Hon, y cerró los ojos.

—No quiero... —murmuró Alfar casi sin voz—. Decidles que aguarden.

—Sabemos que es complicado para ti retener los sentimientos, pero debes hacer un esfuerzo. No puedes dejar en mal lugar a mi señor o todos dirán que no supo educarte —dijo Mayara intentando aportar toda la suavidad posible a sus palabras. Siempre le sorprendía la capacidad que Alfar tenía de expresarse—. Los dáricos no lloramos, Alfar.

Al fondo, varias voces entonaron una melodía. Eran jóvenes dáricas que cantaban con dulzura. La canción era hermosa, muy triste, pero bonita; la letra era suave y melancólica. Alfar sintió que sus ojos se anegaban de lágrimas.

—Pues a mí me gustaría poder llorar libremente. —Eltsay miró el arco y el carcaj que sujetaba entre las manos—. Quiero gritar de frustración. Ayer Tottem me dijo que me haría un arco para que practicara durante el invierno, que me vendría bien. Y ahora he de despedirlo.

Las voces del coro fueron cobrando fuerza, intercambiándose, incrementando la intensidad de la melodía. Alhanna se abrazó a Ghiro, temblando bajo la capa. Las

voces cesaron de golpe y todo quedó de nuevo en silencio. Kishur abrió los ojos y habló:

—Que los dioses protejan vuestros lanfes. Que los dioses os acompañen a reuniros con vuestros antepasados en el corazón de Muriath. Que los dioses os permitan ser merecedores del descanso eterno. —Hizo una breve pausa—. Todos hemos de marcharnos. Todos hemos de encontrarnos en el mundo venidero.

Acercó la antorcha a la hojarasca y esperó hasta que comenzó a arder.

El fuego prendió con rapidez y las llamas se fueron extendiendo de una pira a otra. El cielo quedó iluminado. Alfar no podía dejar de mirar el cuerpo del arquero. Siempre lo recordaría como alguien amable, feliz y valeroso. Tottem-Hon nunca mostró pesar por su mudez, ni por las mofas de los demás que se burlaban de él por no ser hajaek. Era un buen dárico. Al final, dejó que las lágrimas corrieran libremente.

Kishur aguardó mientras la pira de Tottem-Hon prendía. Miró unos últimos instantes el cuerpo del arquero antes de marcharse.

—Te pido perdón —susurró Kishur.

El fuego permanecía encendido cuando Kishur condujo a Alhanna a la torre del homenaje. Tuvo que ayudarla a caminar, su herida la había debilitado. No sangraba, pero tampoco estaba curada; lo único que lo tranquilizaba era que al día siguiente habría mejorado considerablemente. El ritmo de curación de Alhanna era asombroso.

Subieron a la última planta y salieron al balcón para observar la ciudad desde las alturas. Kishur esperaba que allí se tranquilizara, estaba demasiado agitada por lo sucedido; ni siquiera había querido comer. La joven lo abrazó. Le reconfortó el calor del cuerpo de ella, la ternura con la que sus delgados brazos lo rodearon.

—Gaz me engañó. Estuve a punto de marcharme con él —admitió Alhanna en un murmullo—. Me dijo todo aquello que yo deseaba escuchar y lo creí.

—Según parece, engatusó a muchos estudiantes. No debes sentirte culpable.

—¿Crees que volverá? —No podía apartar la mirada de la plaza.

—No lo sé. Pero quería algo de ti, y dudo que se dé por vencido. Ojalá supiera por qué te busca con tanta vehemencia, qué lo empujó a hacerse pasar por otro para acercarse a ti. —Apretó los dientes con fuerza; se ponía furioso solo con pensarlo.

—Todo lo ocurrido ha sido mi culpa —se lamentó ella.

—No vuelvas a decir eso. El único culpable de lo acaecido el día de ayer es Gaz. —Cerró los ojos un instante y tomó aire—. O, mejor dicho, Trivaz. Comencemos a llamarlo por su verdadero nombre, después de tu relato no tengo dudas de que se trata de él.

Se asomaron al borde de la terraza. El fuego alumbraba con luz tenue el patio de armas, donde todavía quedaban muchos dáricos de pie. Se resistían a marcharse a pesar de que la ceremonia ya había acabado. Pronto comenzaría a amanecer.

—¿Cuánto tiempo nos quedaremos aquí?

—Hasta el final del invierno, cuando el primer día de primavera nos despierte. Pensé que estarías a salvo aquí, que podríamos quedarnos el tiempo suficiente para que aprendieras lo necesario. —Suspiró resignado—. Sin embargo, lo ocurrido hoy me ha hecho comprender que hay un mal arraigado en los corazones de mi gente. No puedo seguir ignorando mi deber, me veo obligado a regresar a Alviat.

—¿No deseabas ser rey? —preguntó ella, curiosa por que Kishur hubiera recurrido a la palabra «obligado».

—Tomé la corona porque mi padre no me dejó elección. Y siempre dudaré si fue la decisión correcta —le contestó con sinceridad—. Sé que has estado preguntando por el golpe de estado. Deberías haber venido a mí directamente.

—Lo siento... —se disculpó la joven, avergonzada.

—Mi padre enfermó sin que nadie se diera cuenta, solo yo me percaté de ello, pero guardé silencio. Sucumbió a la locura. Su mente enfermó cuando mi madre se quitó la vida, o quizás ocurrió antes. Yo no estaba para presenciarlo. —Notó como Alhanna se estremecía, y no sabía si era debido al frío o a sus palabras—. Pasé mucho tiempo fuera de Alviat, viviendo de la forma que deseaba. A mi regreso, encontré que todo había cambiado; Ghiro intentó advertirme, pero los jóvenes no solemos escuchar, ¿cierto? —Ella sonrió—. Al final, un hecho lo cambió todo: encontrar a un infante aterrado bajo la cama, escondido y gimiendo porque su propio padre había intentado asesinarlo al pensar que su enfermedad iba a destruirnos. Alfar tuvo pesadillas durante ágaras y pasó mucho tiempo sin ser capaz de acercarse a nadie que no fuera yo. Le quité la corona por mi hermano. Por Alviat. Si era capaz de atentar contra su propio descendiente, ¿qué futuro le deparaba a mi gente?

—Debiste matar a tu padre, Kishur —comentó tras unos instantes de silencio—. Al dejarlo con vida le diste la oportunidad de preparar una venganza contra ti.

Las llamas se estaban apagando. La leña ya casi debía de estar carbonizada. Kishur abrazó a Alhanna, se dijo que para sentir algo.

—Estoy preparado para enfrentarme a mi padre —afirmó el dárico—. Lo ocurrido ayer cambiará las cosas. Al amanecer, los traidores serán ejecutados.

—¿Lo harás tú? —Levantó la cabeza para comprobar que asentía—. Te resultará difícil, ¿verdad?

—Ojalá lo fuera. He matado a tantos enemigos que soy incapaz de recordarlos. Hubo un tiempo en el que solo veía sombras a mi alrededor, figuras a las que atravesar, cortar y destripar con la espada. No sentiré pesar por ejecutar a esos jóvenes, no después de lo que han hecho.

Supo que Alhanna estaba pensando en sus palabras. Por una vez, al dárico gris le había vencido el deseo de admitir que sus manos estaban manchadas de sangre.

—No te mueras nunca —le suplicó la joven contra su pecho.

—Todos hemos de marcharnos algún día, Alhanna, incluido yo.

—No lo soportaría, nunca he querido a nadie como te quiero a ti. —Alhanna lo

aferró con más fuerza.

—Yo también te quiero. —Kishur pronunciaba esa frase por primera vez en toda su vida.

Las luces de la plaza brillaban contra la oscuridad de la noche. Quedaban muchos dáricos esperando, quizás a que sus compañeros resurgieran de las cenizas.

—Me gustaría dejar de ser un hajaek por esta noche. —Kishur no había escuchado llegar a Alfar, que estaba apoyado en el barandal de la terraza con timidez —. Ya sé que te pedí que me trataras como a los demás, pero ahora mismo quiero volver a ser solo yo.

—Ven aquí entonces, hermano.

Kishur le tendió el brazo y lo abrazó del mismo modo que a Alhanna. Los jóvenes se aferraron al dárico como si fuese el pilar que sostuviera sus vidas. «Los abrazos son para los débiles», creyó oír a su padre decir, «los sentimientos destruyen nuestra fuerza y merman nuestra integridad. Eres el dárico gris, el amor no tiene cabida en ti».

Se le endureció la mirada y apretó a los dos jóvenes contra su cuerpo. Alfar apoyó la cabeza en su hombro y Alhanna se dejó caer contra su pecho. Decidió ignorar por un momento la culpabilidad que lo carcomía. Sabía que no tenía derecho a disfrutar de un momento tan feliz cuando acababa de incinerar a tantos dáricos en la plaza, cuando Tottem, con quien había compartido ágaras de lucha, acababa de morir ante sus ojos; pero se dejó llevar.

Se dijo que recordaría aquel momento toda su vida. Y también que le gustaría recordarlo tras la muerte, si tal cosa era posible. Incluso mucho tiempo después, cuando la oscuridad avanzara hacia él sin piedad, cuando el tiempo se le agotara, Kishur volvería a aquel instante en el que pudo abrazar a los dos jóvenes a los que consideraba sus descendientes.

Había estado corriendo hasta quedarse sin aire y sentir las piernas entumecidas. Con el corazón desbocado y las sienes palpitando, había logrado alcanzar la fuente de la plaza. O, más bien, lo que quedaba de ella. El amasijo de piedras estaba soportando el peso del demonio, que se alzaba victorioso. A sus pies, se encontraba el cuerpo tendido de Kishur, con el rostro ensangrentado. Ghiro se derrumbó al contemplar el cadáver de su señor. Cerca de ellos, Alhanna lo observaba consumida por el llanto. De sus manos brotaba un fuego incandescente de color gris. Las llamas comenzaron a rodearla y a expandirse por toda la plaza. El fuego se acercaba a él a gran velocidad, y pronto notó el calor de las llamas sobre su piel.

Ghiro despertó de súbito, empapado en sudor. Apartó las mantas y salió de la cama casi a rastras, agarrándose a una de las sillas para alcanzar la mesa. Bebió toda el agua que puedo de la jarra sin detenerse a respirar siquiera. Necesitó un buen rato para reponerse.

Fuera, el cielo comenzaba a clarear mientras caían diminutos copos de nieve. Las calles estaban silenciosas, aletargadas. Se preguntó si Kishur permanecería despierto, preparándose para las ejecuciones que iban a tener lugar esa mañana. La imagen de Kishur muerto a manos del demonio volvió a atormentarlo.

Estaba empapado en sudor, pero se resistió a abrir la ventana y dejar que el frío penetrara en la estancia. Le temblaba el cuerpo. Ghiro miró sus manos y las cerró con rabia. Había perdido demasiado al crear ese arco de fuego; había sacrificado su salud y su vitalidad. Debía soportar un persistente zumbido en su oído, y no era capaz de usar su visión para interpretar los rostros de los demás ni intuir su entorno. Alguien podría atacarlo por la espalda en esos momentos y no llegaría a percibir peligro alguno. Se sentía tan impotente y débil como debían sentirse los humanos frente a ellos.

Observó la mesa en el centro de la estancia, en la que había un mapa extendido que había estado ojeando antes de irse a dormir. El funeral le había robado el sueño y necesitaba entretenerse con algo. El mundo le resultó demasiado pequeño de pronto. Aquella habitación, todavía más: las paredes parecían estrecharse y encerrarlo por momentos y comenzó a faltarle el aliento. Se mareó y tuvo que apoyarse en la mesa para no caer de rodillas. Se concentró, recordando que solo era un ataque más y que debía controlarlo.

Alguien llamaba a la puerta con insistencia. Se apresuró a recomponerse y se irguió sobre la mesa fingiendo atención en el mapa.

—Adelante.

La puerta se abrió con suavidad y unos pasos firmes resonaron por la estancia. Intuyó que era su señor; a esas horas nadie más osaría molestarlo. Ghiro mantuvo la mirada sobre el mapa, no permitiría que lo viera en aquel estado.

—Extraña hora para una visita, ¿no os parece? —dijo Ghiro, haciendo acopio de voluntad para ocultar el temblor de su voz—. Imagino que tampoco podéis dormir.

—He descansado cuanto necesitaba. —Notó como la voz se acercaba a la mesa—. ¿Hay algún problema? He llamado varias veces sin recibir respuesta.

—En absoluto. Solo estaba distraído observando el mapa, es conveniente que vaya trazando una ruta para nuestro viaje. No resulta sencillo decidir cuál, si la más rápida o la más segura y lenta. —Se encogió de hombros—. Es mejor eso que permanecer con insomnio, al menos así aprovecho el tiempo.

—Falta mucho para el viaje, pasaremos el invierno en la ciudad —le recordó, y Ghiro sintió que le ardía el rostro por la vergüenza. La excusa por la que se había decantado no era la mejor—. Pero supongo que está bien que te dediques a ello, habrá que hacerlo de todos modos. Siempre has sido muy previsor.

—Los viejos como yo tenemos nuestras costumbres.

Ghiro agradeció su comprensión, pero ambos sabían que nunca se anticipaba tanto a la hora de escoger ruta. Si su señor se había percatado de su malestar, estaba fingiendo muy bien lo contrario. Ghiro decidió no apartar la vista del mapa; intentaba

no derrumbarse.

—Entonces procura que en nuestro camino crucemos la montaña de los moradores, tengo asuntos que resolver allí. —Su señor se puso a su lado y Ghiro miró de reojo su capa color crema. Se había dejado la capucha puesta—. Hace mucho tiempo que no visito a nuestra gente de la montaña.

—¿Lo creéis conveniente? Aún no decidís si regresamos a Alviat o no.

—Ghiro, haz lo que te pido —le dijo con autoridad. Ghiro suspiró resignado y asintió—. Bien, entonces me marcho y te dejo proseguir. Pronto amanecerá.

La puerta se cerró de golpe y Ghiro dio un brinco. Al volver la mirada comprobó que estaba de nuevo a solas. Su señor se había marchado con mucha prisa. Cogió un carboncillo que tenía sobre el mapa y trazó un círculo alrededor de la montaña de los moradores. Tendrían que dar un rodeo por el norte, se demorarían varias semanas.

—Parece que después de todo no desea regresar al hogar —murmuró el anciano.

Salió al pasillo, que estaba débilmente iluminado por la luz que entraba a través de las ventanas. Escuchó la voz de Ghiro gruñendo al otro lado de la puerta y sonrió. Se bajó la capucha y se peinó el cabello rubio con los dedos. Engañar al anciano había resultado más sencillo de lo esperado. Caminó un poco y bajó las escaleras hasta el piso de abajo. Sus pupilas color ámbar centelleaban en la oscuridad, igual que dos diminutos farolillos. El demonio no sentía la presencia del dárico gris en el edificio, así que supuso que debía encontrarse en la terraza todavía.

—Te he estado buscando —dijo una voz a su espalda.

Se giró para enfrentar al ser que acababa de llegar. Vestía una capa oscura y tenía suelto a ambos lados del rostro el cabello de hebras rubias, casi doradas.

—Creí que no volvería a verte, hermano —le saludó.

—No deberías estar aquí, Trivaz. Tu deber es vigilar la barrera; mientras lo eludes, muchos podrían aprovechar la ocasión para cruzar. —Había un deje de rabia en su voz—. Me haces perseguirte como a un niño.

—Solo unos pocos seres inmortales son capaces de penetrar en la Jistar para cruzarla. Y casi todos los que conocen ese secreto me temen demasiado como para desobedecerme. Los demonios que cruzaron ayer fueron traídos por alguien que no se atreverá a volver a hacerlo, te lo aseguro. —Trivaz soltó una suave risa, evitando hacer ruido y acabar despertando a los hajaeks que dormían en ese momento.

—¿Qué te propones? —Su hermano caminó hacia él.

—Cambiar el mundo. Recuperar lo que una vez tuvimos y nos fue arrebatado. —Trivaz acercó sus rostros. Le fue fácil: la altura de ambos era idéntica—. También lo deseas, pero eres demasiado cobarde para admitirlo. El mundo debe retornar a su origen y, para ello, el primer paso es destruir la Jistar. Acabar con la barrera que mantiene divididos a seres mortales de inmortales.

—La Jistar tiene un propósito que no debemos ignorar. Si continúas empecinado

en esa idea lo pagarás con tu existencia.

—Puedes negarlo, pero yo conozco tus anhelos. Quieres lo mismo que yo y, sin embargo, lo dejas en mis manos, como siempre —lo acusó Trivaz—. Persigo la libertad de todas las razas, sin importar en qué lado de la Jistar nacieran. Volveremos a unirnos, a caminar juntos por Muriath. He sido el vigía desde su creación y ya estoy cansado de mi labor; he pasado las últimas dos mil ágaras controlando que ningún ser cruzara la barrera. He evitado el contacto entre mortales e inmortales como se me ordenó; he vivido observando como todos olvidaban el pasado común y perdían la libertad. Y he decidido ponerle remedio; se acabó permanecer impasible ante tanta injusticia. Estoy dispuesto a pagar el precio, y si ha de ser con mi existencia, que así sea. Pero recuerda: proseguiré con mis planes con tu ayuda o sin ella.

—Tendrás que prescindir de mí, pues. Siempre me has arrastrado a tus planes; esta vez me mantendré al margen. No daré aviso de tu traición, pero tampoco te brindaré apoyo —dijo de forma tajante.

Durante unos minutos, ambos se retaron con la mirada. Trivaz tenía sus doradas pupilas ancladas en su hermano, quien se resistía a apartar la vista de él.

—Me abandonas. No voy a culparte por ello ni a reprochar tu comportamiento. Lo entiendo. —Trivaz posó sus manos sobre los hombros del otro demonio—. Al final, volveremos a estar unidos igual que lo estuvimos al comienzo de nuestra vida.

—Lo ansío, hermano. Pero me temo que has tomado un atajo que solo nos traerá muerte. No volveremos a vernos mientras no desistas en tu empeño.

Trivaz sonrió. Soltó a su hermano y se alejó de él. Levantó el brazo izquierdo y trazó una línea horizontal en el aire frente a ellos. Se abrió una brecha de la que emanaron oscuridad y una ligera bruma que cubrió los pies de ambos. Se volvió para mirar a su hermano por última vez y desapareció tras la apertura.

Amanecía. El cielo parecía una gruesa manta de lana, oscura y gris. Tenía el rostro helado y las manos entumecidas por el gélido aire. Llevaba largo rato allí solo, aguardando al amanecer y meditando sobre las ejecuciones de las que debía encargarse esa mañana. Pensó en los traidores que perderían la cabeza por su espada y que esperaban encontrarse con su muerte en lúgubres celdas. Lo ocurrido atormentaba a Kishur. Sentía que era el comienzo de una terrible debacle, el inicio de la decadencia que los sabios de su pueblo llevaban ágaras anunciando. Todo se revolvía ante sus ojos: los bosques se llenaban de cadáveres y no existía ser capaz de detener tanta destrucción. Deseó creer con fervor en sus dioses y que ellos acudieran a imponer orden.

Sonrió ante su necedad.

Había logrado quedarse a solas para poner sus pensamientos en orden y lo único que había logrado era enfurecerse más. Necesitaba dar sentido a lo sucedido, pero no era capaz. Desde que Alhanna apareció frente a él, todo su mundo había cambiado de

una forma que nunca habría llegado a imaginar.

Notó un cálido aire a su espalda y su cuerpo se tensó. El viento le arrancó la capucha y zarandeó su cabello gris. Kishur se giró y se encontró cara a cara con Trivaz. Siempre iba a reconocer al dárico que había estado engañando a Alhanna, que lo había conducido hasta el joven ahorcado. Quien había interrumpido su discusión con la dama roja impidiendo que ella lo dañara. Salvo que no, no era un dárico, sino un demonio. El primero de su raza.

—¿Vienes a matarme? —preguntó Kishur con sosiego.

—No. —Llevaba puesta la misma ropa que él; les confería un aspecto similar, salvo por su cabello dorado, que lucía impecable—. No deseo tu muerte, dárico gris. El ataque de los demonios no fue obra mía. Alhanna los atrajo con su endomia. Le advertí lo que po-
día suceder si usaba su poder a tu lado, pero no me escuchó. Es peligrosa. Para ti y para todos. Deberías tratar de hacerle entender que su mejor opción es irse conmigo. He venido para que me ayudes, tú eres el único que puede convencerla. Y debes hacerlo.

—Jamás haría tal cosa. —Kishur sonrió.

—Yo puedo otorgarle el conocimiento que precisa para controlar su poder. Y escapa a vuestra comprensión, créeme. —Trivaz se encogió de hombros ante la mirada hosca de Kishur—. Necesito que ella esté dispuesta a seguirme; de otro modo, no lograré hacérselo entender. Os concederé tiempo durante el invierno, pero la siguiente vez que nos encontremos deberá acompañarme tanto si está dispuesta como si no. De ti dependerá.

—Si intentas llevártela a la fuerza, me tendrás a mí como oponente. —Dio un paso al frente y rozó con los dedos la empuñadura de su espada.

—No soy vuestro enemigo.

—¡Claro que lo eres! —gritó Kishur, quebrando el semblante pétreo que había logrado mantener hasta ese momento—. No voy a perdonarte lo que has hecho: has manipulado la mente de los estudiantes para que se volvieran en mi contra. Hacía más de dos mil ágaras que no luchábamos entre nosotros, que no se derramaba sangre dárica en nuestra tierra. El crimen que has cometido será el inicio de nuestra decadencia, porque pagaremos caro lo que ha sucedido, estoy convencido.

—Lo pagarán ellos, no tú. Yo solo les abrí la mente. A veces es necesaria una revolución para recordar que vivimos en una mentira.

—Algunas mentiras traen paz.

Trivaz sonrió. Comenzó a nevar y los primeros copos se mecieron con el aire. Kishur contempló el rostro del demonio: parecía joven y sabio al mismo tiempo. Le era difícil concederle una edad, pero su mirada evidenciaba haber vivido demasiado. Se preguntó quién era realmente el ser que tenía frente a él: ¿Era solo el vigía de la Jistar? ¿O se trataba de algo más?

—¿Qué buscas en Alhanna? ¿Para qué la necesitas? —exigió saber Kishur.

—Quiero devolver al mundo su libertad. Y cuando su poder logre despertar, ella me ayudará a conseguirlo. Te preocupa su endomia, pero ese es el menor de tus problemas. —Respiró profundamente, henchido de satisfacción ante el rostro perplejo de Kishur—. No malgastes esfuerzos en intentar mostrarle cómo manejar la endomia, solo hallarás fracaso y destrucción. Cada vez que Alhanna use su poder, atraerá a los seres inmortales, y tú no eres rival para todos ellos. Lo sucedido ayer no tendrá comparación con lo que os aguarda, pero yo puedo evitarlo. Puedo ayudaros a ambos.

—No confío en tus palabras, eres un ser mezquino —escupió Kishur.

—Es tu elección. —Trivaz negó con la cabeza mientras reía—. Ahora ya sabes que, si no me ayudas a convencerla, tendré que llevármela a la fuerza.

El viento arreció mientras las primeras luces del alba despuntaban en el horizonte. Kishur sabía que aquel ser era poderoso, porque la dama roja le tenía miedo. Sin embargo, tal era la furia del dárico que por un instante olvidó el daño que podía causarle si lo atacaba.

—Jamás la tendrás mientras pueda evitarlo. ¡Lucharé por ella! —Las palabras de Kishur fueron pronunciadas con presteza, y quedaron convertidas en una promesa.

—¡Siempre tan orgulloso!

Kishur extrajo un puñal de su cinturón y lo lanzó hacia Trivaz a tanta velocidad que el demonio no tuvo tiempo de esquivarlo. La hoja de acero se incrustó en su pecho, a la altura del corazón. Miró el arma, sorprendido. Kishur desenvainó la espada curva de su espalda, ya había imaginado que el demonio no caería fácilmente. Ni siquiera por una herida mortal como aquella.

—¿Deseas luchar contra mí? —dijo Trivaz con voz cansada. Sujetó la daga y la extrajo despacio, dejando que la sangre brotara libremente—. No puedes matarme.

—¡Cortaré tu cuerpo en tantos pedazos como sea necesario!

—¡Y lo lamentarás! —Trivaz lanzó el cuchillo a los pies de Kishur y lo miró con ira—. Has perdido todos tus recuerdos, dárico gris. Has olvidado quién soy, y has olvidado quién eres tú. Si alguna vez lograras acabar con mi existencia, al recordar quién fui para ti lo lamentarías como nada has lamentado en tu vida.

—¡Mientes! —Kishur gritó con todas sus fuerzas.

—Jamás te he mentido. —Esta vez Trivaz habló con calma—. Digo la verdad cuando afirmo que no eres quien crees ser. Has olvidado tu verdadero nombre.

Sin darse cuenta, bajó el arma al escuchar sus palabras. Kishur ardió de rabia al reparar en la sonrisa de Trivaz; era consciente de que lo estaba manipulando. Sujetó la espada con fuerza y corrió en su dirección, dispuesto a cumplir su amenaza. Trivaz se apresuró a abrir una brecha y desapareció hacia un mundo de sombras. Cuando Kishur lo alcanzó, el demonio se había esfumado.

Se quedó allí un instante, examinando el lugar donde Trivaz había desaparecido. La espada pesaba en su mano, pero la mantuvo alzada. Odiaba a ese ser, fuera realmente el vigía de la Jistar o no, y jamás creería sus palabras.

La nieve comenzó a caer con mayor fuerza. Kishur se fijó en un copo que acababa de aterrizar sobre la sangre de Trivaz, vertida en la piedra de la terraza. Su mente comenzó a dar vueltas y todo a su alrededor desapareció unos instantes, envuelto por la oscuridad. Le faltó el aliento y notó un dolor lacerante recorriéndole el cuerpo desde el vientre. Vio la tremenda herida y trató de taponarla con sus manos, pero el líquido escarlata seguía cayendo. Había sombras y susurros inaudibles a su alrededor. Tras la nieve que danzaba frente a sus ojos, vio una imponente figura aparecer ante él. No pudo alzar la cabeza para mirarla y, por un instante, pensó que Trivaz había vuelto. «Dime tu nombre», lo escuchó pedirle. De pronto, la visión fue desapareciendo y se encontraba de regreso a la terraza. El dolor desgarró su mente, los recuerdos de una vida que no era la suya intentaban abrirse paso a la fuerza.

Kishur apoyó una rodilla en el suelo y se aferró a la espada, apoyando la punta de la hoja sobre la piedra, que comenzaba a quedar completamente cubierta por la nieve. «Dime tu nombre», escuchó de nuevo en su cabeza. Kishur gritó con todas sus fuerzas, conteniendo aquellos dolorosos recuerdos que trataban de invadirlo.

«Me llamo Kishur, Kishur-Lantae», se dijo.

Pero aquel nombre le pareció de pronto ajeno, lejano. Desconocido. Levantó la mirada hacia el cielo y dejó que las perlas blancas le acariciaran el rostro.

—Mi nombre es... —titubeó—. Es...

«No eres quien crees ser». Las palabras de Trivaz se le presentaron de pronto como una verdad terrible y amenazadora.

Así comenzaba a quebrarse el mundo.

EPÍLOGO

Él está cerca.

Mis manos tiemblan mientras trato de ignorar cuanto ocurre a mi alrededor. Las paredes de la estancia parecen de arena, y tengo la impresión de que están a punto de desvanecerse. Los terremotos se suceden uno tras otro, las estanterías sueltan el polvillo que han acumulado durante ágaras mientras los pocos libros que quedan caen al suelo. Desearía poder esconderme en cualquier rincón del mundo, pero de nada serviría, porque él sería capaz de encontrarme; ahora que ha decidido venir a destruirme nada lo detendrá. Puede hacer sucumbir los bosques, secar los lagos y destruir las montañas que rodean mi castillo. El cielo descarga su furia con una tormenta incansable que lleva dos días cabalgando, anunciando su llegada. La nieve entierra las casas que rodean mi hogar, y el viento, de alguna manera, se abre paso a través de los muros de mis aposentos en un intento de congelarnos aquí dentro. La chimenea continúa encendida, pero ya no basta para calentar la habitación. Debo escribir cuanto pueda antes de su llegada: es mi obligación, lo he postergado demasiado y ahora temo no lograr mi propósito.

Llevaba tantos meses intentando escribir que pasar horas mirando las hojas en blanco se había convertido en una costumbre. ¿Cómo exponer semejante cantidad de recuerdos? Algunos días me despertaba entusiasmado, deseando tomar la pluma y el papel, escribir hasta que mi mano fuera incapaz de continuar; otros, simplemente devolvía los papeles al cajón y me olvidaba de ellos por un tiempo, ignorando la acuciante necesidad que corroía mis huesos de contar todo lo que mi memoria albergaba. Debo dejar constancia de cuanto fui testigo por si desaparezco. Necesitamos conocer la verdad, y solo yo puedo contarla.

Ha dejado de nevar y ahora llueve con intensidad. Desde el sillón veo las gotas golpear el cristal como diminutas perlas de hielo. Hacen tal ruido que todo lo demás parece haberse sumido en un profundo silencio. Y puedo sentir como se aproxima mientras el mundo estalla a su paso.

Mi acólito acaba de entrar. Está junto a la puerta, sosteniendo una bandeja con mi taza de té y con la mirada anclada en el suelo. Es demasiado joven, todavía tiene que aprenderlo casi todo de la vida, además de otras muchas cosas que ya nadie se molesta en conocer. Avanza con timidez. Teme que le lance un grito o que le tire cualquier cosa que encuentre sobre mi mesa. Entonces me fijo en la figura tallada en granito que tengo sobre el escritorio. Su rostro diminuto, cincelado en piedra gris, me mira fijamente.

—¿Vas a esperar a que el maldito té se enfríe?

Tiembla como una ramita azotada por el viento, pero, inopinadamente, deja la taza sobre la mesa, al lado del tintero. Huele a caléndula y a melisa.

He tenido el libro entre mis manos durante toda la tarde. No entiendo el idioma en el que está escrito, pero sé que encierra una gran historia. Lo puedo sentir cuando acaricio su cubierta de cuero, desgastada y ensangrentada en una de sus esquinas.

Mientras lo contemplo, recuerdo cada acontecimiento que siguió a la noche en la que llegó a mis manos. Hace tanto que le fue arrebatado a su dueña que el libro ya se ha olvidado de Alhanna. Ahora tan solo me recuerda a mí.

No imaginaba que escribir fuera tan agotador. Miro a mi acólito, que sigue inmóvil frente a mi mesa. Le indico que se siente a mi lado y le tiendo una hoja de papel en blanco. Busco otra pluma en el cajón y se la ofrezco. También arrastro el tintero, yo ya no lo voy a necesitar. La figura de granito me sigue observando.

—Yo hablaré y tú escribirás. —Acabo de mirar a través de la ventana sin darme cuenta—. Necesito dejar constancia de lo ocurrido. Para que se sepa qué fue lo que hice, para que se conozca lo que otros hicieron, para que no se cometan los mismos errores. Y, sobre todo, para que yo pueda saber que razón me condujo hacia el final que ahora me aguarda.

—No os entiendo —murmura el pequeño.

—¡Ni falta que hace! —Pero en seguida me doy cuenta de que es todo lo contrario —. Viene a matarme y lo logrará.

—¿Por qué teméis a la muerte? Sois un ser inmortal que perdurará sin importar lo que acontezca en el mundo. —Sonrío. Tiene la lección bien aprendida—. Podéis invadir mi cuerpo, ese es mi deber, el de ofreceros un nuevo recipiente. Como lo fue para los anteriores acólitos, antes de mí.

—No esta vez. Moriré para aplacar su ira y volveré en un momento más propicio, cuando ya me haya olvidado. —Me siento agotado por tener que explicarlo, pero debo hacerlo—. Por eso, antes de morir, depositaré mis recuerdos en tu mente y te concederé la labor de acabar de escribir la historia.

Miro al pequeño, que agarra la pluma con fuerza para disimular el temblor de sus manos. Tiene miedo. Y tiene motivos para tenerlo. Un manto espeso cubre el cielo y no deja pasar la luz de la luna. La tierra parece estremecerse como si un animal furioso la estuviera arañando con sus garras. Él está cerca.

—Comencemos pues a escribir: primero seré yo quien dicte, y luego serás tú quien continúe. No te detengas, sin importar lo que ocurra a tu alrededor. —El pequeño dárico asiente con amargura—. Eres demasiado joven para comprender la importancia de este relato, hablaré de un tiempo anterior a tu nacimiento y de seres que solo conoces por las historias de tu pueblo, pero que fueron tan reales como tú y como yo. En algunas ocasiones, merecen ser contadas, porque no todas son iguales ni acaban como deseamos. Los héroes no son siempre bondadosos ni los seres malignos merecen siempre la muerte. A veces, el mal debe triunfar para salvarnos.

—Mi se... señor... —titubea el joven. Respira aceleradamente, con los ojos muy abiertos. Casi puedo oler su entusiasmo. Sé lo que va a preguntarme, puedo verlo en su mente.

—Quieres saber qué clase de historia voy a relatar. Sospechas que hablaré sobre el dárico gris. —Sonríe, expectante—. ¿Sabes cuál es su nombre?

—Kishur-Lantae —contesta, emocionado al poder pronunciarlo en voz alta como

pocos dáricos lo han hecho antes.

—Recuerda mi pregunta cuando finalices el relato, porque tu respuesta no será la misma. —Le sonrío, consciente de la ansiedad que le corroe—. Ahora, pequeño dárico, escribe. —Está preparado, así que, comienzo a dictar—: «Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y se apartó el flequillo, mal cortado, de la frente. Sintió el sabor húmedo y salado en los labios y se dijo que era suficiente. Dejó el libro sobre la balaustrada de ladrillo...».

AGRADECIMIENTOS

Descubrí la literatura fantástica cuando era pequeña con *La historia interminable*. Aún recuerdo el cuidado con el que pasaba las páginas y la admiración con la que las leía. Soñaba con tener mi propia biblioteca, visitaba la de mi pueblo que, por aquella época, tan solo ocupaba una estancia, y me parecía el lugar más maravilloso del mundo.

Fui afortunada, porque a pesar de las dificultades, mis padres siempre encontraron el modo de regalarme un libro, al igual que mi hermana, que tenía un gusto excelente para la lectura. Fue ella quien trajo a mi vida *Crónicas de la Dragonlance*, una trilogía que dejó en mí una huella imborrable e hizo que me enamorara del género fantástico, sobre todo de los dragones y la magia.

Comencé a construir el mundo de Muriath en mi mente hace muchos años, y he disfrutado muchísimo de cada paso y de cada página escrita.

Siempre estaré agradecida a mis profesores, que amaban su profesión y me guiaron hacia la escritura, en todo momento enseñándome la importancia de dejar fluir la imaginación.

A mi familia le debo su apoyo incondicional. En especial, a mi madre, que supo inculcarme la pasión por la lectura.

Gracias a los amigos que se quedaron.

Gracias a mis editores, Job y Roser, por su confianza, entusiasmo y profesionalidad, sin ellos esta novela no sería lo que es ahora. Y a todos los escritores que he leído a lo largo de mi vida, porque de cada libro o relato que ha llegado a mis manos he aprendido algo nuevo.

Por supuesto, a Jesús: gracias por creer en mí cuando yo no lo hacía; por alentarme y por obligarme a no abandonar jamás. Siempre has estado dispuesto a leer mis historias, sin importar cuántas veces. Has aportado mucho a Muriath. Gracias por ese veinticuatro de junio.

Y a ti, lector, por adentrarte en el mundo de Muriath y compartir este viaje con las maravillosas criaturas que habitan en él. Ahora ya conoces al dárico gris. Y solo es el comienzo.

HIJOS DE MURIATH

Con los dáricos

Ádria: Hajaek al servicio de Kishur. Debía convertirse en herrero al igual que todos sus antepasados, pero decidió cambiar su destino. Destaca por la lealtad que le profesa a su señor y por su falta de escrúpulos.

Alhanna: Joven nacida en Asthaluss. La noche de su cumpleaños, es transportada a Muriath y aparece frente a Kishur justo a tiempo de impedir que una espada lo hiera. Es el único ser humano conocido hasta ahora capacitado para usar la endomia.

Alfar: Hermano menor de Kishur. Debido a un trastorno mental, Alfar madura más despacio y parece detenido en la adolescencia. Es hajaek y un gran espadachín. Su misión es cubrir a sus compañeros durante la batalla.

Borat: General de Alviat, sucedió a Ghiro en el cargo.

Cadarean: Profesor de endomia. Dejó de ejercer debido a su abuso del poder, que lo dejó debilitado al agotar una cantidad excesiva de lanfe.

Ceara: Vargum de Kishur. Su nombre significa «cenizas».

Eltsay: Hajaek al servicio de Kishur. Se caracteriza por su rebeldía y su desobediencia de las normas establecidas.

Gaz: Joven que conoce el uso de la endomia y que entabla amistad con Alhanna. Presume de tener muchos conocimientos sobre las creencias y la historia dárica.

Ghiro: Anciano y antiguo general. Posee un gran conocimiento sobre la historia de su pueblo y una gran pasión por sus leyendas, que siempre comparte con las juventudes dáricas.

Kishur: Gran guerrero que sobresale en aptitudes, por todos conocido como el dárico gris, sobrenombre que han tenido todos sus antepasados cuyos cabellos fueron de dicho color.

Mayara: Miembro del grupo de hajaeks al servicio de Kishur. Sus especialidades son la lucha con dos espadas y el conocimiento sobre venenos.

Raysit: El último herrero dárico capaz de usar la endomia para trabajar el acero.

Tottem-Hon: Arquero que acompaña los hajaeks, también al servicio de Kishur. Perdió la voz en el sueño del rechazo.

En Marial-Pat

Gastor: Buen amigo de Quiazz. Se convierte en general cuando Zaraen abdica para marcharse de la ciudad.

Joan: Mano derecha de Zaraen.

Quiazz: Hijo de Zaraen. Fue escondido en un holeoj al nacer. No posee apellido, por lo que es considerado un bastardo. Es escogido por el consejo de ancianos para ejercer como su voz, y es buscado por Trivaz. Alberga un gran conocimiento sobre los dáricos.

Zaraen: General de los humanos y padre de Quiazz.

Con los kalastys

Astrud: Capitán kalasty a las órdenes de Ogrora.

La dama roja: De cabello rojizo y ojos azules, su presencia puede advertirse por el peculiar olor a jazmín que trae consigo. Habita en un castillo en las Avíseas. Está al mando de un numeroso ejército de kalastys.

Ogrora: General del ejército de kalastys que ejerce bajo las órdenes de la dama roja. Es el mayor enemigo de Kishur.

Vibledor: Hermano de Ogrora. Tras su muerte, toma su lugar para encargarse de las tareas encomendadas por la dama roja.

En el norte

Riaku-Hal: Hermano menor de Shudei. Es un soñador con un gran potencial.

Shudei-Hal: Líder de la familia Hal. Es un guerrero temido y respetado por su integridad y fuerza. Los sueños han ligado su destino al de Alhanna.

Xara: Hija de un agricultor, entrenada en el manejo de la espada. Aspiró a casarse con Shudei, pero la familia Hal se opuso.

Nactam-Kae: Hijo del señor de Neca, de donde fue desterrado, y conocido mercenario.

Seres legendarios y figuras históricas

El Dios Dragón: No se conoce su nombre y no se considera hermano de los otros dioses. Poseía el don de la creación y la destrucción. Es el más poderoso y el más temido de todos los dioses.

Egoresa: También llamada «la luna maldita», pues se trata de un ente devorador que en el pasado se alimentó de la energía de Muriath. Es la luna más pequeña y emite un brillo rosáceo.

Erotesa: Luna más grande de las dos que hay en el cielo y hermana de Egoresa.

Gaelos: Diosa poseedora de todo conocimiento. Siempre estuvo presente en los eventos más importantes de la historia. Estaba muy unida a Lumiatz, a quien siempre fue leal.

El Guerrero del Dragón: Ser legendario cuyo verdadero nombre ya nadie recuerda. Fue el primer juez de Muriath y desapareció sin dejar rastro. Su mención está prohibida.

Jakar: Personaje de leyenda. Para los humanos es un demonio que habita el bosque de Jarla-Neva y se alimenta devorando a hombres. Otros consideran que antaño fue uno de los seres Olvidados y que los humanos le concedieron el nombre de Jakar.

El Juez: Ser destinado a juzgar a todos los demás seres. Para Asthaluss representa la figura que se encargará de juzgar a los humanos y ejecutarlos en caso de considerarlo conveniente.

Khaleria: Diosa que controlaba el tiempo y la muerte, y la única entre sus hermanos con la capacidad de devorar lanfes. Desapareció al ser castigada por el Dios Dragón por haber usado el poder de Egoresa para devorar la energía de Muriath.

Lumiatz: Diosa de la bondad. De carácter fuerte, sentía una gran atracción hacia los seres mortales.

Raehlan-Tae: Primer rey dárico.

Shanarás: Dios al que se concedió el don de la sabiduría. Siempre estuvo muy unido a Khaleria y enemistado con Lumiatz.

Trivaz: Según las leyendas, es el demonio designado para vigilar la Jistar. Fue el primero de su raza en nacer, y se cree que posee un poder superior al de algunos dioses.

GLOSARIO

Ágara: Período de tiempo compuesto por quince meses, equivalente a un año en Asthaluss.

Asthaluss: Mundo del que procede Alhanna, hermano de Muriath. Es el nombre que los habitantes de Muriath le dan a la Tierra.

Cerna: Bebida propia de los dáricos, de color blanco, con aroma a fresa y canela. La toman desde infantes y les aporta mucha energía y vitalidad.

Consejo de ancianos: Grupo compuesto por cinco ancianos que amasa el poder político. En Alviat, dicho poder dejó de pertenecer a los ancianos cuando coronaron a su primer rey, a quien se lo cedieron. Desde entonces, el consejo se dedica a vigilar y mantener las tradiciones intactas y apoyar al monarca. Los humanos adoptaron este modelo de gobierno dejando el poder de la ciudad de Marial-Pat completamente en manos del consejo. Dentro del consejo hay una figura predominante: el Galaef. Es quien habla en nombre de los otros miembros, y su voto es el decisivo.

Dáricos: Se consideran la primera raza de seres mortales jamás creada. Sus orejas acaban en punta y sus colmillos son más largos de lo habitual; todos tienen los ojos negros, sin excepciones. Pueden ver en la oscuridad y poseen un oído superior que les permite escuchar a largas distancias. Viven según las mismas tradiciones y normas desde hace miles de ágaras. Una de sus características es su inexpresividad, que los hace difíciles de descifrar. Tratan el mundo con respeto, viviendo en armonía con él; tienen leyes que permiten controlar la población para así no tomar de la naturaleza más de lo que pueden devolverle.

Demonios: Raza de seres inmortales. Nacieron a la vez que los dáricos y comparten su misma sangre, por lo que se consideran sus hermanos.

Devoradores: Otra raza de seres inmortales que se alimentan de energía y devoran el lanfe de cualquier ser vivo, haciéndolo desaparecer por completo. Una vez devorado el lanfe, este pasa a formar parte del mismo devorador.

Drefara: Mesa en cuya superficie se encuentra tallado el mapa de Muriath.

Eldos: Seres fantásticos de cuya existencia no hay pruebas. Las leyendas cuentan que se extinguieron hace más de dos mil ágaras, que fue el mismo Dios Dragón quien los devoró como castigo por usar un poder que estaba prohibido. Las representaciones visuales que se conservan de ellos los muestran altos y desgarbados, con piel clara, orejas acabadas en punta y ojos oscuros.

Endomia: Poder que poseen los seres naturales de Muriath no humanos por el que pueden transformar un tipo de energía en otro, además de convertir ciertas materias, aunque para conseguirlo se requiere de mucha energía, por lo que es una práctica en desuso. La energía utilizada es la que los endómicos hallan en el mundo, así como el lanfe de los seres vivos. Cada vez quedan menos endómicos; la grandeza que tuvieron en el pasado ha desaparecido.

Escáreas: Entidad dentro del ejército de Alviat dedicada exclusivamente al servicio del rey. Se distinguen por llevar una capa roja.

Esparciaras: Virutas de color violeta extremadamente inflamables.

Garabia: Planta medicinal utilizada como desinfectante.

Galaef: Líder del consejo de ancianos.

Hajaek: Soldado dárico entrenado en el uso de la espada. No tiene permitido casarse a menos que lo solicite expresamente y lleve a cabo una prueba concedida por el consejo de ancianos. Un dárico huérfano pasa a ser hajaek automáticamente.

Holeoj: Complejo aislado habitado por una gran familia. En el holeoj no se siguen las normas establecidas por el consejo de ancianos, se vive bajo normas propias.

Jistar: Los dáricos creen que es una barrera creada para dividir el mundo y que Trivaz es el encargado de vigilar que nadie la cruce. Tan solo algunos seres pueden rasgar la Jistar para cruzar de un lado a otro, aprovechando una distracción de Trivaz.

Kalastys: Son parecidos a los humanos en aspecto. Sus pupilas se asemejan a un reloj de arena y su piel es grisácea. Tienen orejas acabadas en punta.

Laen'dah: Lugar que se encuentra en el mundo inmortal, al otro lado de la Jistar.

Lanfe: Similar al alma. Es la energía que se desprende del mundo venidero para tomar conciencia. Cada ser tiene una cantidad finita de energía.

Lashvaeg: Lago del que se desconoce el paradero y que sirve de túnel entre Asthaluss y Muriath.

Mundo venidero: Considerado el corazón de Muriath, configurado por toda la energía que compone el mundo y de donde se desprende el lanfe de los seres al nacer. Los dáricos usan la expresión «Nos veremos en el mundo venidero», porque creen que al morir sus lanfes regresan allí para unirse de nuevo entre ellas.

Muriath: Mundo en el que trascurre la historia, hermano de Asthaluss.

Olvidados: Seres primigenios que el Dios Dragón creó. Fueron abandonados nada más nacer y nunca tuvieron nombre.

Qad'has: Árbol sagrado cuyas raíces rodean el corazón de Muriath. Sus flores son finitas; caen, pero jamás se marchitan.

Sáhico: Idioma del que parten las otras lenguas, considerado el más antiguo y que ya nadie conoce. Se les atribuye a los dioses y otros seres inmortales. Se le denomina comúnmente «lengua sagrada».

Soñadores: Individuos cuyos sueños se hacen siempre realidad. Un soñador puede

pertenecer a cualquier raza, aunque los humanos son los que han desarrollado más esta capacidad. Entre los humanos, son perseguidos y quemados en la hoguera por temor a su poder. Solo pueden soñar con lugares y seres conocidos.

Sueño del rechazo: La primera vez que un endómico usa su poder, se introduce en el sueño del rechazo. Cada ser experimenta el sueño del rechazo de manera diferente. Normalmente se pierde alguna facultad y se insta a no solicitar ayuda mientras se permanece sumido en el sueño, porque se desconoce quién acudirá y qué tomará a cambio de dicha ayuda.

Tálico: Lengua que parte de la Sáhica, antaño usada por los eldos.

Tarsaej: Disciplina dárica por la que se consigue un momento de pura concentración que aleja del dolor, los sentimientos y cualquier otra distracción.

Traspasados: Nombre que reciben los humanos que llegan desde Asthaluss.

Vargum: Animal semejante al caballo, pero más robusto y alto; soporta mejor las inclemencias del tiempo y logra alcanzar más velocidad.

Venfestad: Celebración en la que los humanos festejan la llegada del invierno.

Visión: Capacidad que solo poseen los dáricos. Les ayuda a percibir el mundo de una forma distinta y a leer señales que para otros son indetectables. Gracias a eso pueden anticiparse a los acontecimientos. También les ayuda a conocer lo que otros piensan a través de las expresiones de sus rostros.

Voz del consejo: Solo existe en el gobierno de los humanos. Es alguien designado a hablar por el consejo de ancianos y aceptar las tareas que el Galaef le encomiende. Acabará formando parte del consejo cuando uno de los ancianos deje el cargo o muera.

Zahel: Torre que encierra el antiguo poder.

Zarefíes: Otra raza aparentemente desaparecida. Quedaron diezmados a causa de las enfermedades que los humanos trajeron, aunque hay quien cree que los últimos zarefíes acabaron al otro lado de la Jistar. Eran idénticos a los humanos, salvo por las orejas acabadas en punta. Fueron un pueblo pacífico, imbuido en tradiciones que gobernaban sus vidas.

Querido lector:

La autora se ha volcado por completo en esta novela, como no podía ser de otra manera. Pese a tratarse de una obra de fantasía, en sus páginas hay plasmados momentos de la vida de Eva, que nos explica que se hizo con un arco porque quería experimentar cómo era practicar con él para así poder escribir con más veracidad las escenas de Alhanna durante su entrenamiento y saber que estaba narrando cada movimiento y cada sentimiento con precisión. Lamentablemente, solo conseguía dar en la diana cuando apuntaba a cualquier otra parte. Por miedo de que alguien resultara herido, su carrera como arquera terminó en un suspiro. Afirma que su familia se sintió profundamente aliviada cuando lo dejó.